



Thomas Rydahl

Los desaparecidos



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Primera parte

Domingo

1. Erhard
2. Le
3. Erhard
4. Le
5. Erhard
6. Le
7. Erhard

Lunes

8. Erhard
9. Erhard
10. Erhard
11. Le
12. Erhard
13. Le
14. Erhard

Martes

15. Erhard
16. Erhard
17. Erhard
18. Le
19. Erhard

20. Le
21. Erhard
22. Le

Miércoles

23. Erhard
24. Le
25. Erhard
26. Erhard
27. Erhard
28. Le
29. Erhard
30. Le
31. Erhard
32. Le

Jueves

33. Le
34. Erhard
35. Le
36. Erhard
37. Le
38. Erhard
39. Le

Viernes

40. Erhard
41. Erhard
42. Erhard
43. Le
44. Erhard
45. Le
46. Erhard

Sábado

47. Erhard
48. Le
49. Erhard
50. Erhard
51. Erhard
52. Le
53. Erhard
54. Le

Segunda parte

Domingo

- 55. Erhard
- 56. Le
- 57. Erhard
- 58. Erhard
- 59. Le
- 60. Erhard
- 61. Le
- 62. Erhard

Lunes

- 63. Erhard
- 64. Le
- 65. Erhard
- 66. Erhard
- 67. Erhard
- 68. Erhard
- 69. Le
- 70. Erhard
- 71. Erhard

Martes

- 72. Erhard
- 73. Le
- 74. Erhard
- 75. Erhard
- 76. Erhard
- 77. Le
- 78. Erhard

Miércoles

- 79. Erhard
- 80. Erhard
- 81. Le
- 82. Erhard
- 83. Erhard
- 84. Le

Jueves

- 85. Erhard
- 86. Erhard
- 87. Le
- 88. Erhard
- 89. Erhard
- 90. Erhard

- 91. Le
- 92. Erhard
- 93. Le
- 94. Erhard
- 95. Le
- 96. Erhard

Viernes

- 97. Le
- 98. Erhard
- 99. Erhard
- 100. Le
- 101. Erhard
- 102. Erhard
- 103. Le
- 104. Erhard
- 105. Le
- 106. Erhard

Sábado

- 107. Erhard
- 108. Erhard
- 109. Erhard

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

El sol brilla en Fuerteventura y Erhard, el danés de nueve dedos que conocimos en *El ermitaño*, lleva una vida tranquila atendiendo a sus cabras. Ya no puede conducir su taxi ni tocar el piano; en cambio, lucha para sobrevivir buscando perros perdidos y ciclomotores robados. Para escapar de su solitaria existencia, se ve obligado a aceptar un trabajo que nadie más quiere, algo que lo pondrá todo en peligro.

Mientras tanto, África está sufriendo y miles de refugiados realizan el peligroso viaje a Europa, algunos de los cuales utilizan la isla como ruta. A la vez, en el pequeño aeropuerto de la isla, un equipo de filmación llega para grabar un episodio del exitoso programa *Los desaparecidos*, y dan con el padre desaparecido de una famosa danesa. Pero la famosa preferiría ver a su padre muerto. Y dicha famosa es, nada más y nada menos, que la hija del ermitaño de Fuerteventura.

Los desaparecidos

Thomas

Rydahl

Traducción
de Victoria Alonso
y Rodrigo Crespo

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1427

Primera
parte

Domingo

1

Erhard

Lo llaman el Hombre Cabra de La Gomera. El más impopular de los luchadores de las islas Canarias y feo como un demonio.

Y Erhard ha apostado por él hasta el último euro.

Ceniciento y endeble, luce una tremenda cabellera que le cae sobre los hombros y baja por su espalda. Las orejas tiesas asoman entre los rizos, los ojos se sitúan en cada uno de los extremos del rostro triangular, que acaba en una barba. Parece aturdido, inquieto en mitad de la plaza, y sus ojos dan vueltas durante la presentación. Saluda al árbitro con un nervioso apretón. Y al oponente. Un oponente oscuro y gordo. Con signos y rayas blancas en el pecho, y una cabeza totalmente rasurada. Un lanzaroteño apodado el Panadero. Quizá debido a sus gigantescas manos, blancas de talco que parecen guantes, y dispuestas a saltar sobre el Hombre Cabra para apresarlo y hacerlo rodar por tierra. El Hombre Cabra no está en su salsa. Ya tiene los calzones arriba. Aparta su densa cabellera y sacude la cabeza para espantar a las moscas. Se inclinan el uno hacia el otro, pegan hombro con hombro y meten la mano bajo los pantalones del contrario para situarla junto al muslo. Se escoran aún más hacia delante, y el Hombre Cabra semeja un tambaleante sidecar al lado de una grandísima Nimbus. «Vamos allá, vamos allá», se le escapa casi de la boca a Erhard.

Los pequeños pies del Hombre Cabra se hunden en la arena.

Después quietud, un denso instante antes de que intenten derribarse.

Se percibe una especial tensión en las gradas. Por lo general, un domingo hay entre veinte y treinta espectadores, no más. En su día, la lucha tuvo importancia, pero eso se acabó. Los turistas no quieren ver a tipos gordos peleándose en la arena fría. El entretenimiento familiar conecta mejor con los campos de fútbol bien cuidados del anodino Sport Fuerte, un paseo a lomos de un camello en Oasis Park, o tomar el sol en Corralejo, donde te sirven bebidas en la tumbona y los niños pueden jugar a la orilla del mar. Hace diez años eran las playas nudistas las que atraían a ingleses y alemanes, ahora todo debe ser acorde con los niños y los norteamericanos. No más nudismo ni inmoralidad. Sólo cuando ha pasado la hora de acostarse, abren los bares de *striptease*, los burdeles, el casino y los garitos clandestinos. Pero durante el día todo son amplias sonrisas y toboganes de agua. El negocio lícito de la lucha se nutre de la escasa venta de

entradas, aperitivos y camisetas, ni siquiera las retransmisiones televisivas dominicales dan dinero ya. En cambio, son las apuestas ilegales las que hacen funcionar la máquina y pagan a los luchadores en la penumbra del vestuario. Si se da bien el día, una suma que casi costeará el viaje de vuelta a casa a Santa Cruz o Las Palmas y los gastos familiares de todo un mes; pero un mal día apenas llega para pagarles una humeante cazuela de sancocho al luchador y a su entrenador, o para comprar unos nuevos calzones. Muy diferente es hoy el movimiento de las apuestas en el pequeño aparcamiento: dedos frenéticos contando billetes, imbéciles medio borrachos que intentan calcular la cuantiosa ganancia junto a los urinarios. En teoría no hay combate alguno. Las apuestas están a favor de la victoria del Panadero por un risible 17-1. Se trata sólo de una formalidad que hay que pasar. El Hombre Cabra ocupa el penúltimo puesto de la liga, mientras que el Panadero está situado en tercer lugar de un total de treinta y dos. Si todo marcha como debería, dentro de pocos segundos el Panadero aplastará en la arena al pobre revoltijo.

Sin embargo, un insistente rumor corría desde febrero.

Comenzó en Tenerife y alcanzó Fuerteventura en marzo. Erhard se lo oyó por primera vez en Corralejo al hablador Cormac. La única razón por la cual Erhard no olvidó al instante lo que había oído fue porque Cormac no sabe nada acerca de la lucha, y en líneas generales no conoce sus reglas. Eso confería una mayor credibilidad al rumor. Estaban sentados en el bar de jazz Greenbay, y Cormac señalaba hacia un alfeñique que les daba la espalda. «Es el Hombre Cabra —dijo Cormac—, se puede ganar una buena pasta con él en el terrero de Morro Jable.» Erhard no lo tomó demasiado en serio. El escocés decía ese tipo de cosas para aparentar que estaba enterado de todo lo que se cocía en la isla. En realidad, Erhard tenía una idea más formada del mundo criminal isleño, pero no se la revelaba a nadie. Desde luego no a Cormac. Erhard no se sentía orgulloso de los contactos que tenía, de las personas que había frecuentado ni de las amistades que mantuvo a lo largo de muchos años. Ya no quería tener nada que ver con ellas. En especial con Emanuel Palabras, el hombre más rico de la isla, que había sido su mejor cliente de reparación y afinación de pianos, y el padre de su amigo Raúl. A pesar de ello, un año atrás, Palabras había hecho que encerraran y apalearan a Erhard hasta dejarlo casi muerto. De ahí nació una especie de tregua, una doble pinza de sujeción: Palabras dejaba en paz a Erhard, y Erhard se cuidaba de que no saliera a la luz la verdad acerca de los delitos de Palabras. De modo que, cuando Cormac susurró encima de su Guinness que había dinero sucio que ganar con el Hombre Cabra, no le dio importancia. No comentó nada y continuó viendo el encuentro de fútbol Atlético-Barça, sin verlo de verdad; los ojos se fijaban en los puntos de la gigantesca pantalla, al tiempo que echaba de menos la buena música y los conciertos semanales del bar de jazz. El nuevo dueño, un escocés al que le daba miedo el sol, había implantado el fútbol, la *happy hour*, las tragaperras... y había desmantelado la música en directo. Sin embargo, el nombre se había mantenido. Con toda seguridad para ahorrarse el dinero de un nuevo cartel señalizador en el camino. Lo cual confundía a la reciente concurrencia, formada sobre todo por parejas con las manos enlazadas, que se marchaban apresuradamente cuando reparaban en la novia del dueño con incómodos tacones de aguja, una tal Trudy, que servía bodytequilas en el desayuno.

Unas cuantas semanas después volvió a oír el rumor, cuando se encontraba en Puerto por un trabajo. «El Hombre Cabra ganará, el vasco ha comprado el combate.» Susurrado en esta ocasión

en la trastienda de un quiosco que vendía tabaco, donde Erhard estaba interrogando al dueño sobre lo que sabía de una scooter roja. La moto había sido robada y Erhard la había encontrado con un nuevo candado en un sótano debajo del estanco. El vendedor de tabaco no sabía nada acerca de aquello. O eso decía, pero no parecía sincero. Erhard esperó en el edificio medio demolido de enfrente. Poco después de que cayera la noche, dos chavales con casco fueron a buscar la scooter. Se llevaron una reprimenda por parte del quiosquero, quien tenía un pie en la puerta y los despedía agitando un trapo mientras se marchaban en la scooter calle abajo a toda velocidad. Erhard salió con tranquilidad del edificio, movió la cabeza hacia el vendedor de tabaco y continuó bajando la calle tras la scooter. Unos cien metros más abajo, justo antes del cruce, vio a los dos chavales encaramarse por turnos al pedal de arranque, lo que hizo que sus cascos salieran volando. Él los contemplaba mientras desollaban el puño del acelerador intentando convencerse mutuamente de que iba a ponerse en marcha en cualquier momento. Le bastó a Erhard con levantar el depósito de gasolina para que soltaran la moto y se marcharan corriendo. Erhard arrastró la scooter de nuevo hasta el estanco e hizo pagar al quiosquero la gasolina más la reparación. Mientras iba contando el dinero, Erhard le preguntó si sabía algo de lucha. Al principio no quiso decir palabra. Pero Erhard le insistió, había oído rumores acerca de un combate en mayo. El vendedor de tabaco consiguió recuperar veinte euros por hablar. Erhard echó un vistazo a la trastienda, donde se sentaban tres hombres que removían café negro en completo silencio. «¿Quién ha arreglado el combate?», preguntó Erhard. El expendedor no creía que eso fuera motivo de preocupación. El Panadero de Lanzarote contra el Hombre Cabra de La Gomera, la cosa es que el Panadero pierde y las apuestas están 23-1 si gana el Hombre Cabra. El quiosquero metió el dinero en la caja registradora y encendió un grueso cigarro. «Simplemente con poner cien euros en ese combate se obtiene lo suficiente como para comprarse un coche nuevo», explicó. Más de dos mil euros..., directos a la guantera.

Apenas podía soportar pensar en ello. Tanto dinero por tan poco trabajo. La señora de la scooter pagó a Erhard ochenta y cinco euros por devolvérsela en perfecto estado. Tres días de trabajo pateándose las calles de Puerto, aflojando e interrogando a tipos irascibles. Ochenta y cinco euros, que no constituyen siquiera ni la cuarta parte del alquiler de la casa de Erhard. Transcurría mucho tiempo entre un buen trabajo y el siguiente, éstos con los que realmente ganaba algo. Tenía muchos encargos que respondían más bien a la caridad o la buena vecindad, y sólo uno o dos al mes que se pudieran llamar *trabajos de verdad*, dignos de ser anotados en el libro de cuentas verde con papel carbón.

En febrero resolvió un caso de vandalismo en el Sport Fuerte: un antiguo entrenador de tenis que se sentía relegado. Un trabajo que le reportó cuatrocientos cincuenta euros. El último mes había encontrado en Lanzarote a un aceitunero bebedor, un trabajo de trescientos veinticinco euros; pero el cliente no quiso pagar los gastos del viaje, así que Erhard acabó ganando menos de setenta euros, además de una paliza del hermano del aceitunero, a quien no le agradó que se entrometiera en los asuntos familiares. Confiaba en conseguir más y mejores encargos.

En el último año se topó con un dueño del periódico *CanariasUna*, que le vendió un anuncio virgen, tal y como él lo denominó, al precio de 7,21 euros por palabra. Erhard tardó en escribir el texto casi dos semanas. Cada día le resultaba más difícil, porque se volvía más ahorrador. Por fin

salieron nueve palabras.

Encuentra aquello que desapareció. No separaciones. Pregunta al Ermitaño.

El vendedor de anuncios olvidó recordarle a Erhard que incluyera un número de teléfono, de manera que, aunque Erhard se alegraba de haber insertado el anuncio, éste no le reportó otra cosa que un par de saludos cordiales por parte de algún que otro taxista y de Miza. Sin embargo, el runrún acerca de él comenzó a extenderse: «el Ermitaño te puede ayudar». Eso le gustaba. Vivía de encontrarse en la calle con antiguos colegas y conocidos, gente que le paraba como si cayeran en la cuenta. «Por cierto, he perdido un perro.» «¿Podrías echarle un ojo a mi hijo?» «¿Encontrarías una cabra?» Se vendía a sí mismo muy barato, trabajaba demasiado, tenía muchísimos gastos y sí, vivía en realidad por encima de sus posibilidades. Debería decir que no a esos trabajillos que no le procuraban lo suficiente, pero, en todo caso, no se atrevía. Como se dice en su tierra: «Corona que ganes es una corona ganada», al menos antes de que llegara el euro.

En diciembre la cosa estaba tan mal que Erhard se planteó volver a casa. A Dinamarca. Con las chicas. A la pensión del Estado. Lo consideró, aunque sólo por un breve instante. Mientras estaba borracho de lumumba. Después volvió a hacerse visible la realidad. No había casa a la que regresar ni nadie que lo esperara en ella. Lo quisiera o no, ésa se había convertido en su casa. Esa isla. Tenía que arreglárselas, no le quedaba otra.

De manera que un par de miles de euros suponía mucho dinero que ganar en una apuesta segura. Apenas se podía uno negar. Eso disminuiría la presión que soportaba. Le haría ganar tiempo. Llegarían nuevos clientes, quizá incluso la licencia del taxi pasaría los trámites. En todo caso parecía un asunto viciado. El vasco que había comprado el combate era uno de los Tres Papas, los tres capos mafiosos de la isla. Erhard había abandonado el estanco sin decir nada más. Había atravesado las calles arrastrando la scooter y la había aparcado frente al portal de la mujer. Caso resuelto y el dinero correspondiente.

Llegó abril. Continuaban los garbeos por la avenida o abajo en torno al ferri a isla de Lobos, que le reportó nuevos clientes. Mujeres de Worchester o Swindon que sospechaban de su marido, del vecino o del personal de la limpieza del resort (sin fundamento), dueños de tienda con trabajadores de dedos largos (imposible de demostrar), un perro desaparecido (muerto), un sombrero desaparecido (ningún sombrero está seguro en una isla en la que el viento sopla todo el tiempo), y un par de peticiones que no había por dónde cogerlas y que hacían pensar más bien en la confesión de un pecado. Ningún gran trabajo. En total setenta y siete euros. No podía pagar el alquiler.

Erhard no tenía más remedio que ir a ver al arrendatario a la enorme oficina en Puerto. Bebieron café negro. Oscar sentía simpatía por Erhard, a quien creía alemán y llamaba Waltzer. «Usted es nuestro primer inquilino, señor Waltzer.» Hablaron acerca del edificio y de los problemas con los cimientos y las paredes. No tenía ni idea de que Erhard ya se había instalado en la casa piloto, aun cuando las demás viviendas no iban a estar terminadas hasta muchos meses

después. Oscar jamás había visto las obras, no había estado nunca allí abajo en Esquinzo, ni tampoco lo haría. Llevaba una vida insana y comía con torpeza trozos de una tarta húmeda mientras hablaba de whisky, del escocés con varios años de barril y sabor a verdadera ceniza. Cuando Erhard acertó a decir al fin por qué había venido, Oscar se chupó un dedo con nata y continuó diciendo: «De acuerdo, de acuerdo, señor Waltzer, pagará el próximo mes». No era la salvación, pero sí una ayuda.

Llega el día 23. Está a punto de ganar cincuenta euros por descubrir a un escolar que ha hecho novillos y se ha sentado con la espalda encorvada frente a una máquina tragaperras de un bar en la calle León y Castillo. Entonces ve el cartel colgado en la puerta del aseo del bar EL VIGENTE SUBCAMPEÓN DE LIGA Y COPA. Encuentro de lucha en Morro Jable el 19 de mayo. Y justo a continuación: Día de Canarias el 1 de junio. El acontecimiento anual de lucha, en letras doradas. Seguido de una lista de nombres, el primero de todos: Paco *el Panadero* Álvarez. El Panadero. Puede verlo en una fotografía granulada, de pie con la lengua fuera de la boca mientras levanta por los aires a una persona.

Con un poco de suerte, Erhard podría llegar a ganar cerca de ciento ochenta euros antes del campeonato. Si lo apostara todo al Hombre Cabra, eso significaría unos cuatro mil euros. Más de ocho meses de alquiler. En una sola tarde. No podía dejarlo pasar.

No paga el alquiler. Esperará a que lo desalojen. Oscar le perdonará. Llegan un par de encargos a final de mes: cuarenta y cinco euros (conflicto de vecinos), sesenta y dos euros (infidelidad), y se acerca a los doscientos euros. Cada mañana espera a que un hombre de Diamond Estate se persone en la vivienda, por la tarde se sienta en la azotea para ver la puesta de sol. Las nuevas vistas son mejores que las antiguas. A sus pies, bajo la casa, los surfistas se deslizan por encima y por debajo de las olas. Figuras en negro. Por esto es por lo que paga. Siente que es lo que él se merece. Un nuevo término en su vida: *merecido*. Se merece la casa. Estar aquí. Y eso aun cuando no sea fácil de llevar a cabo, incluso aunque las paredes apenas estén secas, las ventanas no encajen y el barro de las obras se aglomere alrededor del edificio. Sólo tiene que llegar hasta el campeonato. Entonces todo será más fácil. Entonces podrá concentrarse en obtener clientes como es debido. Y, quizá, puede que un bonito miércoles no vaya simplemente a dejar y a recoger a Aaz, a lo mejor puede entrar con él y sentarse en la cocina de Mónica, que ésta le ofrezca una copa. Quizá ella le cuente riendo que el maestro de baile sólo es un amigo. Quizá ella le diga que nadie puede amar a un francés cargante. Quizá ella reflexione y vea que Erhard se ha centrado, que un hombre es capaz de cambiar.

La quietud perdura todavía unos instantes, pero la rompe un grito entusiasta de todo el círculo, el terrero entero vibra con fuerza desatada.

Sobre todo por parte de los lugareños y un grupo de fans incondicionales de la lucha procedentes de Gran Canaria. Seguidores del Panadero, con rayas blancas bajo los ojos y una pancarta de tela donde se lee AL HOMBRE CABRA LO VAN A AMASAR. También están los jugadores empedernidos y los camorristas, padres con hijos, que corretean mientras agitan bufandas. Erhard sólo contabiliza dos mujeres entre el público. Típico en los combates más profesionales. Detrás, en la parte de arriba, en un pedacito de tribuna y protegido por un tipo de negro, se sienta un hombre pálido con traje, que tose en un pañuelo. Lee un periódico como si

estuviera al margen de lo que sucede en el lugar. Lee mientras exprime un limón que sostiene con un tenedor.

El Hombre Cabra y el Panadero están ahora cabeza con cabeza haciendo un puente, las manos se afanan por agarrar mejor los pantalones. Tensan todos los músculos. Erhard repara en que la pierna del Hombre Cabra semeja un manojo de bambú. Está nervioso, como si él mismo fuera a bajar al terrero para ayudar. Hace una hora ha estrujado todos sus euros en la mano del hombre del aparcamiento. Las apuestas habían bajado: 19-1 por la victoria del Hombre Cabra. Han apostado muchos en este combate, ha dicho el tipo antes de anotar doscientos diecisiete en un pedazo de papel. Doscientos diecisiete veces diecinueve. «Van a aplastar a ese desgraciado», ha añadido mientras le daba a Erhard el papel como resguardo. Erhard habría querido decir «Ya veremos», si no fuera porque sonaba demasiado presuntuoso. En lugar de eso, se ha contentado con guardarse el papelito en el bolsillo superior y sentarse en el interior.

Los dos luchadores han entrado en faena. El Panadero tiene al Hombre Cabra colgando de lo alto, y todo apunta a un lanzamiento, pero el cuerpo flácido se escabulle del agarre y el Hombre Cabra vuelve a aterrizar a la posición de su hombro contra el hombro del Panadero; así se quedan meciéndose largo tiempo. Es sólo uno de los muchos combates del día; sin embargo, Erhard repara en un par de tipos subidos a la escalera de piedra, que muestran un interés mayor de lo normal al más mínimo progreso, al movimiento más nimio. Un hombre en las primeras filas lo filma todo. El Hombre Cabra se zafa de nuevo y está a punto de hacer perder el equilibrio al Panadero. Alguno que otro ríe fuerte, como si una victoria del Hombre Cabra fuera lo más gracioso que uno pudiera imaginar. Erhard nota cómo la primera gota de sudor resbala por su frente. Le apetece una cerveza, pero no quiere ir a ningún sitio. No se atreve. Entonces, el Panadero hace un movimiento repentino, un giro de cadera, cayendo ambos sobre el lado izquierdo, y el Hombre Cabra alcanza la arena con todo el peso del Panadero sobre él. 1-0. Si toca una vez más el suelo, el Hombre Cabra se va fuera.

Se ponen en pie de nuevo. El árbitro los hace seguir, y los gritos arrecian desde todos los lados. Erhard no dice nada, sino que fija la vista abajo, en la mano donde ha guardado el papelito, húmedo de sudor, con los tres estúpidos números casi desleídos.

El Panadero quiere terminar pronto: reúne al Hombre Cabra y lo deja listo para una elegante y experimentada torsión de la mano derecha, que pretende hacerle perder el equilibrio. Aunque pareciera poco probable, el Hombre Cabra consigue quedar en pie, como si sus brazos fueran de goma y pudieran retorcerse varias veces antes de provocar un cambio en la distribución del peso corporal. De manera que el Panadero carga con el Hombre Cabra y hace varios intentos para desembarazarse de él. Recuerda a la película de dibujos donde el pato Donald está pegado a un papel atrapamoscas. El Hombre Cabra es de índole latosa. Se aferra al Panadero y cabalga alrededor del terrero. El público abuchea y ríe. Erhard está a punto de enojarse por haber apostado al último desgraciado, doscientos diecisiete euros al pésimo gomero. El enorme luchador hace amago de balancear al otro y hacerlo caer de espaldas al suelo, cuando uno de los delgados pies se planta en la arena con un fuerte impulso y sorprende al Panadero. Éste pisa atrás para encontrar el equilibrio, pero el pie del Hombre Cabra lo obstaculiza, de modo que el Panadero da un último, largo y torpe paso, volcando sobre la espalda sin haber podido utilizar los

brazos. La arena escapa hacia todos lados, y el Hombre Cabra está a punto de acabar sobre el abdomen de su contrincante antes de rodar él mismo por la arena. Punto: 1-1. Es una vergüenza. El punto es justo, pero parece un estrafalario infortunio. Si el Panadero se deja caer adrede, todas las apuestas quedarán en nada, de eso está seguro. El siguiente punto ha de estar algo más enmascarado.

El ambiente en la plaza ha cambiado. Hombres que estaban fuera fumando cigarrillos porque contaban con una rápida victoria del Panadero vuelven corriendo adentro, gritan excitados y miran fijamente su registro de apuestas. La vendedora de barquillos, una chica con hiyab, se dirige hacia arriba, a las tribunas de su jefe, que está sentado en primera fila; ella emprende otra ronda sin que apenas se le pueda oír decir «barquillo» a través del velo mientras todos le hacen gestos de que se aparte; no quieren perderse nada. Por el momento, nadie está de parte del Hombre Cabra, sin embargo, es más divertido cuando el contrincante débil se defiende con uñas y dientes.

De nuevo ambos luchadores se inclinan hacia delante uno contra otro. El árbitro pita para que empiecen. Luchan de modo iracundo y cortante en un par de ocasiones, se detienen y se alinean otra vez. El cuadro total apenas es comprensible. El lenguaje corporal de los dos luchadores, contradictorio. El favorito parece destrozado; el tildado de perdedor, confuso. Si su victoria ha sido comprada, el Hombre Cabra no lo sabe. Mueve el cabello con desasosiego y se agarra a la tela de los calzones del Panadero como si se tratara de un asa. El Panadero está con las rodillas dobladas, a pocos centímetros de tocar la arena. «¡Retuércelo como masa de tarta!», grita uno detrás de Erhard. Entonces, mediante una torsión hacia la derecha, casi logra tumbar al Hombre Cabra de costado fuera del círculo. Se levantan una vez más.

El público comienza a ponerse en pie. Ocurre en raras ocasiones. Se percibe un ambiente levantisco. Exigen que el Hombre Cabra acabe en la arena. A juzgar por las reacciones, hay diez o quizá veinte que han apostado por el gomero. Permanecen sentados y siguen el combate conteniendo la respiración. Erhard también está sentado, mueve la cabeza de un lado a otro para ver en medio de los que están de pie, con el corazón tenso y silencioso mientras intenta calcular cuánto tiempo en verdad le llevaría volver a ganar esos doscientos, además de ocuparse de dos meses de alquiler. El período estival puede estar bien, ya que hay mucho dinero en la isla y muchos que se pueden permitir acudir a alguien como él para solucionar un problema. El último verano fue bueno. Pero por entonces aún vivía en Majanicho y tenía pocos gastos. Obtuvo un encargo jugoso por parte de uno de los hoteles y ganó más de setecientos euros tanto en julio como en agosto. No puede tener la seguridad de que eso vuelva a suceder, sólo le cabe la esperanza. El Hombre Cabra se encuentra arriba casi de puntillas, pero el árbitro da un severo pitido y los dos se sueltan. El Panadero espera en el centro a que el esmirriado contrincante se coloque su polo, que está en lo alto alrededor del pecho, así como los pantaloncitos retorcidos y el pelo enmarañado.

Ya van.

Se quedan un rato quietos, como si no hubieran oído el silbato del árbitro. O como si estuvieran hablando por lo bajo acerca de las próximas estrategias que seguir. Un juego pactado. Entonces, el Panadero estalla con un movimiento hacia delante, al que el Hombre Cabra se une

voluntariamente al tiempo que dirige a ambos hacia la izquierda a lo largo de la línea negra del círculo. El combate acabará dentro de nada, en cuanto el Panadero se haga con el contrario y lo machaque contra el espacio llano y abierto en mitad del terrero. Todo apunta a que el árbitro los va a interrumpir, pero de pronto el Hombre Cabra saca la pierna hacia la izquierda y arrastra al Panadero hacia abajo, que cae cada vez más por su propia inercia. Por un instante, Erhard se eleva del banco, pero entonces ve cómo el pie del Panadero responde y una mano envuelve al Hombre Cabra sobre la rodilla, llevándolo hasta la arena con un estrepitoso batacazo.

Las gradas se estremecen aliviadas. Un clamor general ahoga los comentarios del árbitro, pero arriba del todo un jovencito hace girar un punto más en el marcador:

2-1.

Erhard estruja su papeleta dentro de la mano. Nota ahora cuán hambriento ha estado todo el tiempo. No le queda ni un solo euro. Tendrá que comer pescado del mar. Como cuando vivía en la cueva y golpeaba cangrejos y peces contra las piedras para asarlos en la hoguera. Tenía la esperanza de disfrutar de un nuevo comienzo, pero ha resultado ser uno peor. Quizá si vuelve a donde el embustero expendedor de tabaco, pueda recuperar sus veinte euros.

2

Le

La cinta de equipajes está vacía. Todo el mundo se ha ido.

Cerca, el cazador de autógrafos detrás de la planta que hay junto a los baños. Siempre hay un cazador de autógrafos. Una chica estrábica con sombrero de pescador. Un hombre resfriado con zapatos deportivos desgastados. «¡Hola! ¡Qué! ¿Esperando? Ven, te invito a un café.» Así suele comenzar su conversación. Ha aprendido a hacerlo. Cada admirador cuenta. Entorna los ojos y mira hacia la planta, donde la sombra se agazapa, ocultándose bajo una sudadera roja.

Le ya está cansada de la luz. La luz que entra a través de los ventanales sobre la cinta de equipajes.

Si no fuera por el maldito equipaje, haría tiempo que se habría ido.

Tiene ganas de ponerse a gritar. De montar una escena. ¿Cómo puñetas puede desaparecer sin más? ¿No ponía VIP con letras bien grandes en esa maleta? Pero no, no aparece. Ponerse a gritar no quedaría bien. A cambio, hace una señal a una mujer que está detrás de un mostrador lejos de ella. «Haz algo antes de que te arranque la cabeza, cara de cerda.»

Es Vic la que debería ocuparse de ese tipo de cosas. Es Vic quien debe despejar el camino. Pero ya desde las pruebas, la pequeña sueca se comporta de forma irracional. Y malhumorada. Fue Le la que tuvo que pedirle al equipo de televisión que saliera rápido y estuviera listo para cuando ella pudiera abandonar el aeropuerto. La escena en la que llega a la isla. «Han pasado treinta años desde la última vez, pero el olor, el aire es el mismo», dice ella, rompiendo a llorar. Si no fuera porque el aire no es el mismo. Si no fuera porque no puede oler una mierda.

Si no fuera porque está ahí esperando su maleta.

Se dirige a las narices empolvadas que están detrás del mostrador. Se las ve inquietas, así es como la gente reacciona al verla. Se dan cuenta de que ella consigue lo que quiere. «Mi equipo de televisión me está esperando. Necesito mi maleta. Ha desaparecido.» Quiere que comprueben en sus vetustos ordenadores y llamen a Copenhague desde sus Motorolas y que encuentren ya esa maleta. Ahora. Una de las mujeres, un vejestorio amargado, la mira fijamente durante mucho tiempo. Le tiene que decir «Hola» para que la vieja se explique, pero un individuo insulso, con la camisa abierta y botas camperas, la agarra del brazo y ella cierra la boca. Parece un vendedor de cortinas.

—Señora Berner —dice el vendedor de cortinas—. Entremos.

Lleva a Le a una fría oficina donde le ofrece agua y chocolate, incluso café en una taza con el pulgar de Facebook. Luego cierra la puerta y se sienta frente a ella, mirando hacia abajo mientras habla. Como tantos hombres.

—Imagínese que encontramos una maleta. La investigamos. Pertenece a un conocido personaje danés. Un alma creativa, un artista —dice—. Una estrella. Nos gustan, somos así. Pero no podemos hacer distinciones, debemos tratar a todos por igual.

Ella mira al vendedor de cortinas, que sigue sin levantar la vista.

—Somos parte de Europa, pero no queremos ser parte de Europa. Europa tiene sus propios problemas y no los queremos aquí. Somos una comunidad pequeña. Debemos cuidarnos los unos a los otros. No tenemos nada contra la gente diferente, todo el mundo es bienvenido aquí, siempre y cuando cumplan con las reglas del juego. ¿Comprende?

—No —responde Le.

Él gira la pantalla del ordenador, que muestra una imagen en color de una maleta. Ella no entiende lo que ve en la pantalla. Él coloca el monitor en su anterior posición.

—La policía del aeropuerto tiene un perro —continúa el vendedor de cortinas—. Se llama *Spinoza*, un golden retriever blanco. Lo llevan hasta los montones de maletas y él huele explosivos, cannabis, cocaína, heroína, dicen que incluso puede encontrar trufas y esqueletos de animales.

Le se da perfecta cuenta de por dónde va.

—Y también puede oler benzodiazepina, diez miligramos. Aunque esté en otro envase.

—No sé de qué me está hablando —dice Le.

El vendedor de cortinas se ríe.

—Se lo dejaré bien clarito. —La mira por primera vez. Escruta su rostro. Observa sus labios, su boca, sus ojos—. No es bienvenida. Nunca será bienvenida. No nos gusta la gente como usted. No nos gusta que venga a husmear, que arme jaleo. Si no fuera una persona conocida, si no tuviera su equipo de televisión, la mandaría al calabozo, pero eso no nos vendría bien a ninguno de nosotros, señora Berner. En lugar de eso, le daré una oportunidad: vuélvase a casa. En el próximo vuelo. Créame, no le agradecerá quedarse.

Le se levanta.

—Cuando encuentren mi maleta, pueden enviarla a mi hotel. Si me la devuelven pronto, no le hablaré a nadie de la mierda que acabo de oír.

—No puede irse. —Él rodea la mesa.

—¿Es que no se da cuenta de quién soy yo? —pregunta Le.

—Me doy perfecta cuenta de quién es usted —espeta el vendedor de cortinas, mientras sus largos dedos la sujetan por el collar—. Usted es un problema, igual que su padre. Si a lo único que viene es a buscar a su padre, no le va a ser fácil localizarlo, pero le aseguro que no va a estar muy contenta con lo que encuentre.

Transcurrieron unos instantes antes de que ella comprendiese lo que le estaba diciendo.

—*Fuck you* —dice ella, soltando el collar de la mano del funcionario para poder salir del despacho.

Camina ante el mostrador en el que las mujeres cuchichean a su paso. La persona que estaba detrás de la planta sale por fin para hacerle una foto y pedirle un autógrafo. Al verla, se arruga y se descubre el cuello, como si ella fuese a hincarle los dientes. Pero no, simplemente escribe en su librito. Por allí cerca se extiende un olor a zorros. Esperaba haberlo dejado en su apartamento, pero la ha acompañado. En el avión, ahora en el aeropuerto. Es su sentido del olfato. Desde la operación lo tiene arruinado. Todo se entremezcla, nada huele como debería. La vista y el olfato van cada uno por su lado. Los limones huelen a metal, el papel a gasolina. La semana pasada comió en Geranium una especie de terrina que olía a pólvora y serrín. Quienes la acompañaban a la mesa lo disfrutaron, pero ella tenía miedo de saltar por los aires. La única ventaja son los pañales, que London, gracias a su padre, sigue utilizando; le gusta culpar a Timme de este tipo de cosas, los pañales huelen a hierba, a goma de borrar.

Sale por la puerta giratoria y se prepara para la filmación. La maldita luz. Se pone las gafas de sol y se recoloca las tetas. Han pasado treinta años desde la última vez, pero no lo recordaba así. Desde luego no recuerda el calor. Es imposible que un cuerpo recuerde un calor tan molesto. El equipo de televisión no está por allí. Mira a su alrededor y los encuentra al otro lado de la parada de taxis, entran y salen del coche de alquiler, una enorme furgoneta de pasajeros. Vic, la productora sueca con sus pequeños pantalones cortos, las rodillas rojas y desgastadas como las de una amazona. Y el cámara noruego, Magne, que ha hecho todo el viaje desde Londres dormido con la boca abierta y un cojín para la cabeza. En el exterior, unos jóvenes cargan grandes bultos en el techo de los taxis. Son tablas de surf de colores chillones. A juzgar por el acento, son de una escuela de surf de Sudáfrica o algo por el estilo. Quizá de Australia. Chavales blancos no americanos, con un brillo de porro y porno en la mirada. Uno de ellos se detiene, la mira y le grita.

—Olvídalo, no eres mi tipo —le dice ella, mientras sale de la sombra y siente el sol ardiente. Ojalá que no le estropee el tinte del pelo, que le ha costado cuatro mil coronas.

—Os dije que me grabaseis al salir —suelta Le cuando ya está a unos pasos de la furgoneta.

—Lo siento, Lene, no quedaba bien —se excusa Vic.

Le odia que la llamen Lene.

—Pero podemos grabarte ahora —explica el noruego, cambiando toda una octava en la frase, lo que hace que suene a borracho, aunque con seguridad nunca prueba el alcohol.

—Ya es demasiado tarde, Fleksnes —dice Le.

—Puedes entrar y volver a salir —repite el noruego.

—Este aeropuerto es una puta mierda —señala Le. Además, está demasiado sudorosa, demasiado incómoda.

—¿Qué sucede con la maleta? ¿Llegará mañana? —Parece que Vic ya está planeando algo.

—La envían al hotel —informa Le, sentándose en el asiento de atrás—. Enciende el aire. Y apaga la radio, esa voz atiplada es ridícula.

Cierran las puertas, el noruego arranca la furgoneta. Por fin el aire acondicionado se pone en marcha. El coche sale del área del aeropuerto.

Todo es polvo amarillo y gris.

—Vamos a conseguir buenos planos —dice el noruego al pasar ante una gasolinera

abandonada, un cartel polvoriento, un hombre que ha aparcado su coche al borde de la carretera y que vende tomates y aceitunas en una mesita.

—Me sentaré junto a la piscina. Con una toalla de baño o cualquier otra cosa. Tiene piscina, ¿no? Con el pelo mojado. Tú me preguntas qué siento al estar de vuelta.

—¿De vuelta? —pregunta Vic.

—Estuvimos aquí de vacaciones en 1985.

—No me habías dicho nada. Ni tu madre. —La voz de la sueca se apaga.

—Mi madre no lo recuerda. Yo sí. —Van dando brincos por la carretera y cruzan las montañas—. Apaga la radio —pide ella.

Magne mira a Le.

—Ya lo he hecho. —Pronuncia *jecho*. Por eso y otras cosas los noruegos parecen poco serios.

—Esperaremos a mañana. Estás agotada —dice Vic.

—Estoy estupendamente —afirma Le.

—Anochecerá a las ocho y media —indica Vic.

—No he venido de vacaciones —sentencia Le.

Vic mira al cámara que está al volante.

—Tenemos una hora y media. ¿Podrás estar listo, Magne?

El noruego dice que sí, y habla de la isla, de la luz.

Han llegado a una zona que parece un desierto. La carretera casi desaparece en la arena.

Le comprende que es allí adonde él ha huido. De todos los lugares del mundo, tenía que ser esta isla, este paraíso fallido de arena y piedras.

3

Erhard

En la rotonda de la calle Cervantes da una vuelta extra. Mira los carteles en madera de factura doméstica anunciando ferris para Santa Cruz, Las Palmas, San Sebastián. Puede que ahora lo haga. Empezar de nuevo. Una vez más. La tercera vida. La Gomera por ciento cincuenta euros. Otro lugar donde ocultarse. La posibilidad de evitar aquello que no funcionó en la primera y en la segunda. Parece muy fácil. Un insensible giro de volante y está a mitad de camino. Sin más temor a ser sorprendido por Palabras, sin el duro trabajo para pagar el alquiler. Lo único que emerge en su cabeza es Mónica. Los largos dedos, las uñas rojas de Mónica en un vaso de vino, un dedo que se desliza en círculo por la boca del vaso y alcanza un tono estridente mientras el coche pasa silbando junto a los carteles que indican La Gomera. Lo hará, no lo hará, lo hará, no lo hará. Comprueba el espejo retrovisor y ve un destrozado 2CV con dos surfistas y un perro grande. Continúa hacia el norte. Tiene que darle a esto otra oportunidad, no puede largarse otra vez.

Continúa subiendo por la FV-2, un corredor negro entre el paisaje, bien asfaltada y ardiente, tanto que los geos duermen en el arcén. Atraviesa Puerto del Rosario y considera seriamente pasarse por el estanco, pero sabe que no conducirá a nada. Aparece un enorme basurero al norte de la ciudad, donde en tiempos hubo una gasolinera. Alguien acepta neveras, congeladores, cocinas de toda Europa y África, y los coloca en filas como si fueran piezas de un juego, hasta que se pelan para convertirse en colinas de hojas metálicas. Así es como se gana dinero hoy en día.

Antes de Las Dunas gira en dirección este hacia el agua, donde Miza tiene un pequeño café al final del camino de grava. Aquí acostumbra a tomar el mejor café de la isla y un fugaz baño en el cobertizo que está junto al mar. Pero Aristide, el marido de Miza, murió de cáncer de pulmón hace siete meses, y el ambiente no es el mismo, tampoco lo es ya el café. Hoy acude con la esperanza de que se tercié algún trabajillo. Aparca detrás de un polvoriento coche familiar y se sienta junto a la mesita con vistas a la aldea de pescadores. Este año no hay gaviotas. Durante mucho tiempo fueron una auténtica plaga, y ahora casi se echan de menos sus gritos y su constante ir y venir. Erhard se da cuenta de que Miza duerme mal, pero no comenta nada. Un grupo de hombres está sentado alrededor de una mesa y por encima de ellos asoma la prima

Salma, que ríe entusiasmada. Quiere servirles unos tequilas, pero no aceptan. «Hemos prometido al jefe que hoy no habrá juerga», replica uno de ellos con acento australiano. La prima lo toma como un asentimiento y vuela a la cocina a por unos vasitos. No le da tiempo a volver antes de que dejen el dinero bajo el cenicero y se marchen al minibús.

—Seguro que están en lo de la Copa del Mundo —dice la prima, y empieza a explicarle a Erhard de qué se trata.

Sabe que Erhard no ve las noticias, sin embargo, en esta ocasión él sí ha oído hablar del campeonato de windsurf. De todos modos, hace como si la cosa fuera nueva para él. Lo que a ella parece interesarle es la cantidad de hombres que de pronto hay en la isla. Miza le pide que hable de otra cosa mientras está allí Erhard.

—¿Cómo puede ser que no me entiendas, si los africanos van a inundar la isla antes de que quieras darte cuenta? —Uno de los temas recurrentes de la prima—. Miza, explícale lo que sucedió el otro día.

Sin mucho entusiasmo, Miza le cuenta que una patera arribó hace dos semanas unos kilómetros al sur de Alapaqa.

—Había más de cuarenta personas en la barquita —interrumpe la prima—. Debían de estar colocados por capas, unos sobre otros. Diez ya se habían ahogado antes de llegar a tierra. Dos vinieron hasta aquí y mendigaban comida ahí fuera, en la parte de atrás.

Erhard mira a Miza.

—Así es. Antes de que llegara la policía muchos habían corrido a esconderse en el interior de la isla. Pero aquí arriba es más difícil. No hay muchos lugares donde ocultarse.

—¿Y qué hicisteis? ¿Los escondisteis?

—¡Qué demonios! No —dice la prima—. Miza quería darles comida, pobre ingenua. Si no iba a servir de nada.

—Uno llevaba un pequeño en brazos. A esos les di comida. No me dio tiempo a hacer más.

—Entonces vinieron los del CRA. Con luces, sirenas, chalecos de color amarillo chillón y toda la parafernalia. Uno de ellos intentó marcharse otra vez corriendo, pero estaba tan débil que no llegó demasiado lejos. Lo tumbaron en el suelo y después lo metieron en el furgón.

—Fue horrible —señala Miza.

—Desde luego, habrían hecho mejor quedándose en casa. Al menos nuestros padres habían sido invitados. No vinieron arrasando. Ésta no es la puerta hacia la Unión Europea. Así no van a sacar nada, el CRA está preparado para cazarlos en cuanto se sientan en los botes, luego acaban en ese campamento de costa de Papagayo y son devueltos a sus casas. De manera que todo vuelve a ser lo mismo.

—Yo también soy una especie de inmigrante —dice Erhard—. Por eso no soy tan severo. Todos merecen una oportunidad.

Miza le lanza una mirada de agradecimiento.

—Sí, pero éste no es el lugar. En Barcelona están por todos lados, abren tiendas con ropa barata de mierda y le quitan el trabajo a la gente normal. Ahí tienes a alguien que merece una oportunidad, la gente corriente que se desloma para tener una vida como es debido.

El café se está enfriando y sabe más fuerte.

—Tengo que ir a la ciudad. —Erhard se levanta y echa mano a los bolsillos en busca de un dinero que no hay. No había pensado en ello.

—Paga la próxima vez —ofrece Miza—. Cuando encuentres algún piano que afinar.

—Hace unos años tenía ocho clientes, este año ninguno. Uno se volvió a España, otro murió y el resto afirma que se apañan ellos solos.

—¿Ninguna noticia del comité de taxis?

—De todos modos, me da igual, no voy a volver a conducir un taxi. Ayudo a la gente, que es mucho mejor.

—Mi amiga está aún muy alterada por lo que pasó, pero contenta de que se descubriera —dice la prima cuando Erhard ya está casi fuera.

—¿Reveló las fotos? —pregunta él.

—No fue necesario. El muy cerdo lo admitió. Destrozó todo el apartamento. Ahora ella vive en casa de su tía. No se atreve a ir a la ciudad.

—La verdad cuesta cara.

4

Le

La *suite* parece sacada de una película porno norteamericana. Una *suite* nupcial sin novio, pero con espejos dorados y tapices de pelo largo de pared a pared y una pequeña fuente sobre una mesa de cristal. Y un ramo de rosas y una botella de champán. Con una tarjeta besaculos en inglés. «A su servicio, en todo momento. Afectuosamente, el encargado.»

Se detiene frente a los ventanales abiertos del balcón y siente el viento que le agita el cabello. El agua centellea cientos de metros por debajo de ella, rota tan sólo por dos islas deshilachadas. A la derecha: la playa con pálidas pinceladas, salpicada de arbustos verdes y sombrillas coralmente coloridas, la rompiente ensombrecida por los surfistas de la tarde, que desaparecen entre las olas y emergen en la distancia. Se parecen a gaviotas sobre un barco de pesca. A la izquierda, en dirección al hotel, las tumbonas comienzan a emerger hasta el borde de la piscina de color menta. Cuenta diez o quince personas, la mayoría mujeres, en la sombra bajo las palmeras grises.

—Estoy pensando en sentarme en la playa —dice Le, cuando el chico del hotel se ha ido—. Filmáis desde atrás y yo aparezco mirando el mar y las olas, tal vez la puesta de sol.

—Será una entrevista corta. Aquí arriba. Sobre por qué hemos venido. Algunas de las cosas que no grabamos en casa. Muy sencillo —asegura Vic.

—¿No dijiste que teníamos que mostrar el lado sensible? Como hicisteis con Morten Olsen. Cuando grabasteis en el ferri.

Le tira la blusa, se desabrocha el sujetador y se quita las bragas. No hay mampara en la ducha, se mete bajo el agua. Mezcla el agua caliente con la fría, que casi la deja sin sentido, se inclina contra la pared y siente que las migrañas van remitiendo.

—O Reme. Tuvo violines y toda una orquesta. Eso es lo que yo quiero.

Vic mira hacia el baño, pero se aleja.

—Eso era distinto. Por cierto, Reme no se entrometió en cómo contábamos la historia. —Lo dice en voz queda, como si quisiera que Le lo oyera, pero que de todos modos no le prestara demasiada atención.

Le cierra el agua, va a la pequeña cocina, toma una cerveza del frigorífico y se seca el cabello mientras recorre los canales musicales de la televisión, sin sonido. El mismo pop de mierda en

todas las cadenas.

—Dame las bragas.

Vic las coge y se las lanza.

—Es mi programa, es mi historia —dice Le. La blusa huele a anís, a fósforos—. No es el de mi padre. Soy yo quien tiene que seguir con mi vida, no él.

—Ya te he dicho que la segunda temporada debe ser diferente. Más sobria. Más genuina.

—Venga ya, también hay puesta en escena. ¿Crees que no lo sé? Queréis mostrar quién está detrás de Le Lupus, y yo quiero mostrar que no soy una víctima de nadie, que yo he creado lo que soy. Ésa es la historia, eso es lo que los daneses quieren oír. Sé que no debo interferir con vuestro trabajo. Sólo lo menciono.

—Pero lo haces —apunta Vic, dirigiéndose hasta la puerta—. Voy a pedirle a Magne que se prepare junto a la piscina. Encargo unos mariscos y un poco de vino blanco. Por cierto, he hablado con el aeropuerto. Recogeremos tu maleta mañana.

La puerta se desliza detrás de ella.

5

Erhard

Al encender el intermitente para incorporarse a la FV-1, ve un coche que conoce. Ha conducido muchas veces detrás de él. Es el Toyota naranja del maestro de baile. Un deportivo muy mono. Lo sigue de manera algo casual y alcanza a ver que ese ser insufrible va solo en el coche, seguro que conversando con alguna otra mujer a la que pueda liar. El Toyota gira hacia la derecha y baja hasta Grandes Playas, sigue bajando por la calle Dormidero hasta que empieza a rodar con más lentitud al llegar a una villa plana, sube al bordillo y se detiene.

Erhard aguarda en la esquina de Grandes Playas y para bajo la sombra de una palmera hundida. Ve a Jean Boulard saltar del coche cual chivo lujurioso. El hombre toca el timbre de un portón y se pone de puntillas en sus zapatos de charol para intentar ver por encima mientras canturrea un nombre. Parece imposible, es increíble que Mónica no haya calado ya hace tiempo a un tipo tan ridículo. Seguro que la han confundido sus modales, sus caderas y ese uso demencial que hace del perfume. En una ocasión, Erhard los siguió a media tarde hasta que llegaron a un pequeño cine en Puerto del Rosario. Quiso entrar en la sala detrás de ellos, pero la entrada costaba ocho euros, era una película de larga duración que Erhard no conocía. En lugar de eso, esperó enfrente del cine durante cuatro horas hasta que salieron y se fueron calle abajo cogidos de la mano. No había entre ellos ese clima incómodo que Erhard había esperado. El maestro de baile debía de haberla invitado a salir, seguro que le había hecho regalos, tenía que haberla besado, incluso haberse acostado con ella, sólo que era reservada y por eso no lo miraba con sus ojos vivos ni reía con él. Se sentaron en un café. Cuando el maestro fue al aseo, Mónica sacó un espejito y se pintó los labios con una barrita fina. Era desesperante. En otra ocasión, Erhard había seguido al maestro de baile por todo Puerto mientras hablaba por el teléfono móvil y compraba zapatos. Erhard se puso malo.

Jean Boulard desaparece ahora tras el portón. No ha acabado éste de resbalar cuando Erhard ya está en la acera pegado a él. Se oyen ruidos, arrumacos, charla. «Gracias, gracias, cariño, me hacía tanta ilusión...» Las voces se esfuman tras una puerta que se cierra. Busca con la mirada algo a lo que encaramarse. Un herraje o algo en la parte exterior del portón. Unos metros más abajo del camino hay un cubo de basura. Lo hace rodar para subirlo a la acera y trepa por él con una sola rodilla, lo suficiente como para echar una ojeada por encima del portón. Se ve una casa

distinguida, de forma cuadrangular, con grandes ventanas que parecen pompas de jabón. Entre el portón y la casa hay un Porsche con capota blanca. Erhard escala por completo sobre el cubo de basura y su mirada penetra en la casa hasta una estancia situada en el otro extremo. Se deslizan siluetas que fulguran a intervalos. Una mujer rubia ha apoyado la cabeza en el pañuelo que lleva al cuello el maestro de baile. Si Erhard pudiera fotografiarlos, si tuviera una cámara, tendría material para mostrarle a Mónica. «Míralo, tu pretendiente es el chulo de toda la isla.» Cuando consigue bajar del cubo de basura se le ocurre que una foto comprometida tampoco iba a sorprender a Mónica. A pesar de todo, en eso consiste el trabajo del hombre. Pero Erhard sabe que eso no está bien. Erhard sabe que apesta. Aunque Mónica no pueda olerlo. Deja que el cubo ruede calle abajo y alcance el coche del maestro con un fuerte golpe.

Conduce hasta Corralejo.

La ciudad aletargada, la sensación de olas que todo el tiempo chocan contra los fundamentos. El empujido paseo marítimo con sus cafés y las ruidosas tiendas de cachivaches. El sonido de coches descapotables que se deslizan a lo largo de la avenida. Los gritos de los bañistas en los parques acuáticos. El olor a gambas a la plancha en la esquina de la calle Carabela. Y por supuesto el entramado de callejuelas en torno a la calle del Muelle. Todo y nada le recuerda a Raúl y a Beatriz. Por eso viene aquí lo menos posible.

Al día siguiente por la mañana tiene una media cita con una mujer en Puerto. Media, porque se han citado en una esquina del Banco Santander, cosa que hace dudar a Erhard de que ella vaya a aparecer. Pero tampoco hay ningún otro asunto en perspectiva. Es la primera vez, desde que dejó de conducir taxis, que no tiene ningún encargo en la agenda.

El año pasado comenzó muy bien. Enorme cantidad de clientes, grandes y pequeños. Buena parte de los encargos procedían del hotel Phenix, algunos de ellos fastidiosos, pero bien pagados. Durante un mes, el mes de septiembre del año anterior, ganó más dinero que en dos meses como conductor de taxi. Consiguió al fin salir de la maldita casa en Majanicho y mudarse al sur, con mar y buenas vistas. Compró uno de los viejos taxis de Barouki. Un buen trato por un Mercedes 320.

Pero en enero el hotel Phenix cambió de propietarios tras la quiebra. Propietarios nuevos, ingleses, con un montón de dinero y zapatos relucientes. Despidieron a la mayoría de los empleados, también a Miguel, que estaba en la recepción. Sólo se pudieron quedar un par de chicas del bar. Erhard trató de hablar con los nuevos dueños. Pero no parecían valorar la experiencia, ni nada en absoluto. En realidad, era Miguel Vergara quien le procuraba los trabajos en Phenix, y Erhard esperaba que le consiguiera otros nuevos en el hotel Reina del Desierto cuando contrataron a Miguel en la recepción. Pero éste ya no tenía la misma influencia en el Reina del Desierto. No llevaba ni los horarios ni las llaves de tarjetas electrónicas. La última vez que Erhard vio a Miguel, el recepcionista había sido degradado al servicio de habitaciones y parecía cansado. Erhard se vio obligado a aceptar trabajillos de poca monta, cabras fugadas y sirvientes poco honestos. Trabajaba más y ganaba menos. Al final lo único importante era ganar como mínimo para pagar el alquiler. Y el día en el que pudiera entrar con Aaz para saludar a Mónica no llegaba.

Aparca en lugar prohibido, delante de un vado frente al supermercado indio, y baja deprisa

por la avenida. Saluda a un par de hombres que se encuentran fuera de la tienda de submarinismo, pero están absortos en un juego de cartas. Durante un instante se para a mirar en el escaparate de la tienda la ciudad detrás de él: 2, 4, 6. Cuenta hombres y mujeres, rostros conocidos. Hay un hombre en la partida de la puerta, junto al orfebre, encerrado en sí mismo. Una figura borrosa, prácticamente cuadrada y desleída como en un mal aparato de televisión. Uno de tantos que se han quedado colgando o que no tuvieron suficiente para el billete de vuelta. Un joven chófer llamado Múñez lo llama desde su coche y pregunta si Erhard puede echarle un vistazo a un piano, que figura entre los bienes dejados por su difunta tía, al fondo de la calle Cervantes en Morro Jable, la única casa azul en el camino. La familia no está segura de que pueda volver a sonar. Si no sirve, que Erhard haga con el piano lo que quiera. Erhard tiene ganas de decir que no, en cambio, contesta que a lo mejor puede mirarlo algún día al final de la semana.

El pirata que está a la puerta de la marisquería Captain Jack es nuevo. Un hombre negro de orejas enormes. Lleva un parche falso sobre el ojo y el gorro pirata encasquetado hasta la frente. En comparación con el anterior pirata, un norteamericano gordo, este otro resulta más creíble. Echa pestes del Casino Fuerteventura, que no le ha pagado su sueldo. Echaron a la mitad de los vigilantes y contrataron a nuevos. El subjefe es un antipático hijo de puta. «Ya lo conozco», quiere añadir Erhard, pero no cree que vaya a conducir a ningún lado. El pirata atrapa a un par de hombres que están famélicos y necesitan un buen filete. «¡Andando, a descubrir el tesoro!», grita el pirata mientras empuja a los hombres al interior, a través del umbral de la pesada puerta de madera.

Arriba, en la gasolinera de Shell, Erhard tuerce hacia abajo, toma la calle que lleva al mar y sigue el camino hasta el Gallo Amarillo, un oscuro bar donde se respira pendencia.

Hoy el sitio está poco menos que tranquilo, porque esperan el partido de fútbol del día. El barman, cuyo nombre, Ramírez, aparece bordado en la camisa, abre cervezas con tapa de rosca y vierte vino agrio en jarras. Erhard pide un ginger-ale. Bebe de la botella mientras cuenta las personas que hay en la oscuridad. Hay más gente de lo habitual. Desde la silla de la barra que está al fondo ve ante él a los hombres sentados en filas, con la mirada baja sobre sus vasos, sin ganas ni capacidad para decir nada. Los hombres pueden llegar a un punto en el que toda su energía se emplea en mantener los latidos del corazón, y la conexión de palabra y opinión es como subir muebles a un cuarto piso por una escalera demasiado estrecha. Lo único que pueden hacer es mantener contra la palma de la mano el frío vaso y mirar las ascuas del tabaco liado a través del papel barato o las volutas de humo que se retuercen hacia el techo. La pobreza del hombre blanco. No sólo porque no tiene dinero, sino también porque es pobre de espíritu, extenuado y en bancarrota. No sólo blanco, sino también sin blanca. Y Erhard es uno de ellos, uno más, ni mejor ni peor.

Prueba a entablar conversación con Ramírez. La mayoría de los bármanes veteranos de la isla dominan el arte de la charla insustancial. Son británicos descoloridos que vinieron hasta aquí pensando en encontrar algún que otro alegre coño y terminaron siendo unos borrachos cargados de deudas. Son capaces de hablar sin mirar al grifo de cerveza acerca de fútbol, de mujeres, de la programación televisiva de la semana siguiente, de los políticos —sobre todo de los de la

península— y de los turistas. Sobre todo de los turistas. Hablan de ellos como si se tratara de una bandada de gordos peces cuya presencia en el mundo marino no se explican. Algunas veces hay demasiados y en otras ocasiones —muy frecuentes— demasiado pocos. Sin embargo, a Ramírez no le gusta charlar de esas cosas. O no habla en absoluto o habla de backgammon. Siempre tiene dos partidas empezadas: una con la persona que ahora está sentada a la barra, y la otra con uno de los pescadores, preferiblemente con Polo. No juega por dinero. Lo único que le interesa es el juego, y así —en especial cuando está de espaldas a la barra o busca algo en un armario profundo— habla de Prime alzando la voz o del ancla de oro o del Cross Over, aunque nadie lo escuche ni entienda lo que dice. De vez en cuando gruñe y lanza los posavasos con el logotipo del Gallo Amarillo.

—¿Ya está funcionando el casino tras la inundación? —pregunta Erhard.

Ramírez se encoge de hombros.

—Puede que necesiten ayuda. —Señala hacia el rincón donde se sienta un hombre con camisa blanca desabotonada. Erhard no había logrado verlo antes en la oscuridad—. Josep trabaja allí.

El individuo lleva gafas de sol sobre la cabeza y fuma un pitillo apoyado en la punta de los labios mientras eleva la vista hacia la pantalla de televisión, en donde se puede ver *snooker* antes de que La Primera entre en acción.

—Trabajas en el casino —dice Erhard.

El hombre se queda un rato mirándolo.

—Puede.

—O trabajas o no trabajas allí.

—Bonita conclusión —dice, sin cambiar de expresión el tipo.

—Si hay algún asunto particular que resolver, quizá yo pueda ayudar.

—Tenemos suficientes lavaplatos, gracias.

—Soy un poco mayor para eso.

—¿Eres entonces una especie de proxeneta?

—No —contesta Erhard—. Encuentro cosas, personas. Trabajos que llevan su tiempo y para los que nadie tiene tiempo.

—¿Un buscador de tesoros?

—No son precisamente tesoros lo que yo encuentro.

—Si puedes encontrar al idiota que inundó nuestro sótano la semana pasada, somos muchos los que quisiéramos toparnos con él.

—Creía que había sido un accidente.

—La policía opina que ha sido un accidente, por ahora. Pero ya veremos.

—Habría que averiguarlo.

—No en un edificio lleno de empleados estúpidos que no hacen sino afirmar que ninguno ha hecho nada mal. Porque tienen miedo a perder el trabajo. Luego está el resto de los trabajadores que visitan la casa de vez en cuando. Y además todos esos clientes que se emborrachan y acaban en el sótano.

—A lo mejor yo puedo ayudar —dice Erhard, sin dejar de pensar en cuántas horas de trabajo

supondría un encargo de ese estilo.

—Olvidalo. La policía ya está en ello.

—¿El comisario Bernal?

—Sí, también él. Yo qué sé. El jefe es el que habla con ellos.

—No me voy a inmiscuir en el trabajo de la policía. Pero puedo husmear por ahí.

—No le gustas a mi patrón.

Eso le dio donde más le dolía.

—¿Alfonso Suárez? —pregunta Erhard—. ¿Por qué lo crees?

—Suárez no. Marcellis. Él es mi jefe. Nos ha advertido sobre ti. Ha enviado a todo el casino un lindo papelito con tu cara. ¿No lo sabías?

—¿Y qué pone en ese papelito?

—No mucho. Sólo que no debemos hablar contigo, Ermitaño. Es así como te llaman, ¿no? Erhard no sabe si reír o llorar.

—¿Y tú no estás hablando conmigo?

—Sí, soy un auténtico rebelde. O será que no le tengo miedo a un viejo.

—Sea lo que sea lo que diga tu patrón, puede que no tengas que creerte todo lo que dice.

Aplasta el cigarrillo a fondo contra el cenicero.

—¿Parezco tonto?

Erhard diría que sí. La piel quemada por haber pasado demasiadas horas en la playa. Una cadena con una figura de un águila (el águila vasca en plata) sobre el tórax, justo donde la camisa está abierta. Un pobretón que de repente tiene dinero. Los más peligrosos para andar jugando con ellos.

—Pareces uno que come de la mano del rico —dice Erhard, y vuelve a la barra.

Se termina su botella. Ramírez está de espaldas hablando de *steam* y de *nullo play*. En la pantalla, por encima de la barra, los jugadores del F. C. Barcelona salen de un oscuro túnel al terreno de juego con los ojos medio cerrados.

6

Le

—¿Qué sientes ante la posibilidad de encontrar a tu padre aquí, en la isla?

—Estoy nerviosa, lo he echado de menos.

Una mentira. Para caer mejor a la gente.

Vic parece molesta.

—Probemos otra vez, vamos hasta allí.

Magne quita la cámara del trípode y recorren la terraza. Terminan sentándose en una escalera que baja a la playa. Las sombras de la playa se han alargado, el aire filtra el sol y lanza un pequeño destello sobre el cielo. Casi hermoso. Siente que puede abrir los ojos del todo, sin que las migrañas atruenen a cada pensamiento. El vino blanco también pone un poco de su parte. Un poco.

—¿Qué sientes ante la posibilidad de encontrar a tu padre aquí, en la isla?

—Es algo especial. Saber que él está aquí, que puede haber estado aquí todos estos años.

—Ya habías estado antes en la isla, junto con tus padres. Cuéntanos lo que recuerdas de aquellos días.

Nada. Ésa es la respuesta. Recuerda que encontró un bañador enterrado en la arena de la playa. Recuerda un congelador con puntiagudo hielo y una anciana que recibía el dinero como si fuera de hierro. Unas vacaciones completas, y eso es lo único que recuerda.

—A mi padre le encantaba nadar con nosotras —dice Le—. Le gustaba sumergirse bajo el agua y pellizcarnos en los pechos.

Vic levanta la mano.

—No me lo habías contado antes.

—Es que no me has preguntado antes. Por mis recuerdos.

Vic le hace una seña a Magne para que siga grabando.

—¿Puedes hablarnos de cómo lo recuerdas? ¿Cómo era?

Pregunta imposible. Le tiene ganas de soltar una carcajada. Por un lado, era una persona completamente anodina, que aparcaba el coche de culo en el cobertizo y volvía a casa a altas horas de la madrugada, les daba un beso de buenas noches y olía a tabaco, cuando ella todavía podía oler el tabaco; ¡ojalá fuese capaz de oler el tabaco! Por otro, era una figura misteriosa,

reconstruida de historias que iban apareciendo, apiladas en cajas en el desván, todas las preguntas que comenzaban a llegar de colegas, la búsqueda de la madre para hallar algún sentido, el odio de la madre hacia él; todo ello la había traspasado y había destruido sus recuerdos, y construido una nueva imagen de un hombre que ella no recuerda; al que sólo odia. No sabe cómo era. En realidad, sabe tan poco acerca de él como un niño adoptado justo después del nacimiento. Tal vez incluso menos, porque la memoria que tiene de su olor, del maletín siempre en el mismo lugar del armario de las escobas y de las monedas en montoncitos sobre la mesilla de noche es falsa y no tiene nada que ver con el hombre al que llamaba «padre». Bebe unos sorbos de vino blanco y brinda hacia la cámara. Espera que Vic corte, pero no lo hace. El noruego sigue detrás de la cámara. Está a punto de alabar las vistas.

—Era un hombre sencillo. Así es como lo recuerdo.

—¿Lo querías?

Una pregunta aún más estúpida. Le lanza a Vic una mirada.

—¿No es el padre el gran héroe, independientemente de cómo sea? No se lo merecía, pero nunca logré hacer otra cosa.

—¿Qué es lo que no lograste?

—Nunca logré decirle nada. Decirle que parase.

—¿Que parase de qué?

—Era violento.

—¿Lo has llegado a odiar?

Le se sirve más vino blanco y se ve a sí misma en pie, manteniendo las migrañas a distancia, como un gran colchón que fuera a rodar sobre ella.

—No. No perdí el tiempo con eso. En su lugar, me sumergí en la música.

—Tu padre tocaba el piano. Te enseñó a ti. ¿Es entonces tu padre el que te ha hecho ser lo que eres hoy?

«¿A ti qué te parece?», piensa Le.

—No debería llevarse el mérito. El mérito es mío. Nadie me ha hecho lo que soy. Sólo yo.

—¿Qué dirá tu padre cuando te vea? ¿Crees que te reconocerá?

—Espero que se quede de piedra. Que se cague en los pantalones de puritito miedo.

Vic mueve la cabeza. «Intentalo de nuevo.»

—Espero que se sienta pequeño. Que se arrepienta de lo que ha hecho.

—Tú has cambiado mucho desde entonces, pero ¿él? ¿Cómo crees que será hoy en día? ¿Crees que estará cambiado?

El dedo bajo la estantería. Un muslo de pollo enclenque.

Le sujeta su collar.

—No creo que haya cambiado. Creo que huyó de nosotras porque no quería cambiar. Para algunos es más fácil escapar de los problemas que mirarlos a los ojos. Tal vez se arrepienta, tal vez no. Tal vez tenga aquí mujer e hijos. Quizá no se acuerde de nosotras en absoluto.

—Ya veremos —dice Vic.

Se hace el silencio.

—Vamos a hacer una nueva toma —pide Le—. Ha sido un desastre.

Vic hace una seña al noruego para que deje de grabar.

—Grabémoslo otra vez —ordena Le.

—Ha quedado bien, Lene —dice Vic, levantándose.

—Has estado contra mí desde el principio —repite Le—. Eso es lo que pasa. No me quieres en el programa de ningún modo.

Vic se levanta.

—Eres tú la que necesita este programa. Pero eres una bala perdida. Me temo que estás en decadencia. Que te estás alejando de todo. Es lo que sueles hacer.

Le tiene ganas de tumbar a la chiquilla sueca y pisotearla.

—Necesito una Stella —dice el noruego.

—Ésa es una cerveza francesa —señala Vic, volviéndose—. Aquí se llama San Miguel.

—Cerveza —dice el noruego.

Se han ido. Rápidamente, como si hubieran estado esperando para alejarse de ella. Le tira la botella de vino a la piscina. El vino hace que las migrañas estén mucho peor. Necesita conseguir pastillas como sea.

7

Erhard

Al volver hacia el coche nota que algo va mal.

Casi como un chirrido, un tapón de corcho que fuera saliendo muy despacio.

Durante catorce meses se ha sentido perseguido. Vigilado. Alguien lo observa a distancia. Un hombre con prismáticos desde una vivienda en lo alto de un cerro. O un satélite situado sobre la isla. Es la triste combinación de megalomanía y miedo la que le hace jadear cada vez que se para en una esquina. Y aún es peor cuando se encuentra solo en algún lugar. En la antigua casa llegó a sentirse asfixiado. Igual que un cebo. En la nueva está rodeado de colinas, el mar, gente en la playa y las casas detrás, arriba, que velan por él. Ahora lo nota otra vez. Real, casi ruidoso. El sonido del manojito de llaves o de unas cuantas monedas que se friccionan en un bolsillo. Un tintineo. En el paseo hay una multitud —el novísimo grupo de turistas que ha llegado en las tandas más tardías del día— en busca de cerveza y *fish 'n' chips*. Hombres en chándal y chicas con playeras rosa chillón. Rápidamente, Erhard intenta atravesar los grupos y perderse en el gentío en dirección a la parte posterior de la avenida. El tintineo de monedas lo acompaña. Está casi abajo, en el hotel Phenix, cuando una mano le sujeta el hombro.

Erhard se agarra el cuello, pero la mano ya lo ha soltado. Una mano pálida, delgada, una mano de mujer, aunque no es una mujer, sino un hombre rosáceo con gafas de metal y pendientes negros de esos que parecen un tubo, de manera que se puede ver a través del lóbulo de la oreja. En la nariz lleva un grueso anillo. Erhard lo ha visto antes, pero no recuerda dónde.

—Te he oído hablar con el otro —empieza a decir el tipo, y se mete bajo un arbusto que crece por encima de la pared.

—Sí —responde Erhard, y se adentra también en la sombra.

Las pupilas del hombre se agrandan en la oscuridad. Los ojos son pequeños, como semillas tras las sólidas gafas.

—Necesito ayuda. He oído hablar de ti. A Cormac, el de la electrónica. El de las grandes ofertas en el escaparate. Así que cuando escuchaba de fondo la conversación en el bar pensé que..., eso era una señal..., que tú ibas a ayudarme.

—¿Has bebido? —pregunta Erhard.

—Quizá un poco. Media botella. O a lo mejor una entera —contesta el nariguera.

—Dorado.

—No, algún vino tinto. No es precisamente el vino lo que atrae gente al Gallo Amarillo. No me apasiona el vino español, si he de ser sincero. Mi padre, que en paz descansa, trabajaba en la Ribera del Duero y siempre bebía vino francés. No de forma habitual, por supuesto, lo vertía en botellas españolas, les ponía un tapón y las guardaba en el estante.

—No me interesa el vino —dice Erhard.

—Sin embargo, hay unos cuantos, demasiados, a los que sí. El vino se ha convertido en algo habitual. Todos hablan de él. Pues he comprado seis botellas de éste y seis botellas del otro. 2012 fue mejor que 2011. Un tinto fino es mejor que un tempranillo. Pero la mayoría se dedican a coleccionar sin saber nada acerca de vinos. Llenan los estantes sin tener ni idea de lo que es. Por el contrario, nadie se interesa por los sellos. O por las monedas. Se ha vuelto cosa de chiste. «¿Vienes a casa y vemos mi colección?» Todas esas vulgaridades han acabado con los filatélicos. Te lo juro. Lloramos cuando lo escuchamos en una película.

Erhard está de muy mal humor y demasiado cansado como para seguir escuchando. Se habría largado si el hombre no hubiera insinuado un trabajo en algún que otro punto del rollo que le ha soltado.

—¿En qué crees tú que puedo ayudarte?

—Necesito un buen hombre. Alguien va tras de mí. He dicho «alguien». Hay más personas. Son rápidos, discretos. Auténticos profesionales.

—Suenan a figuraciones —dice Erhard.

—Ojalá lo fueran. A nadie le gusta que lo persigan.

—¿Oyes sonidos en la calle, voces por la noche, o algo de ese estilo?

—Cambian de ropa, cambian de coche, usan prismáticos y hablan en voz baja como los que van a cazar perdices. E irrumpen en mi tienda cuando no estoy.

—¿No tienes alarma? —pregunta Erhard.

—Tengo una caja fuerte, pero no quiero alarmas porque no me apaño con ellas. Silban y aúllan en cuanto uno hace algo mal. Y las cámaras no sirven. Ya he probado, pero las esquivan. Saben con exactitud dónde se encuentran. Me vigilan noche y día. —Mira hacia la oscuridad como si de repente la calle se hubiera llenado de ojos.

—¿Por qué iban a hacerlo? ¿Tienes una fortuna? ¿Algo de gran valor allí guardado?

El nariguera se frota los ojos.

—Desde luego no soy adinerado. Pero a lo mejor han oído que tengo un *Tre Skilling banco* amarillo. A lo mejor es eso lo que van buscando.

—¿Y tienes uno? —Erhard conjetura si será una moneda rara.

—Por supuesto que no. Está expuesto. Bajo siete llaves, en Estocolmo.

—¿Has ido a la policía?

—Sí, pero no saben qué hacer. Cuando la policía está allí, los hombres no aparecen. Ésa es la cuestión. Son profesionales. Le han pagado a ella, a la pequeñaja, la enfurruñada del piso de arriba, quizá los llama cuando yo abandono la tienda.

—Por más que yo quisiera, no creo que pueda ayudarte —dice Erhard.

—Cormac afirmó que eras un tipo diferente. Igual que yo. Por eso acudo a ti. Tú me

comprendes, ¿verdad?

—Nunca he resuelto cosas así antes. No soy un profesional. Más bien un aficionado.

—Sólo necesito a alguien que se quede en mi tienda por la noche.

—¿Quieres decir un vigilante? ¿Un guardia?

—Tampoco es eso. No me apetece tener un Brutus sentado en mi tienda. Mi hermana está casada con uno de éstos. Él duerme con un hacha bajo la cama. Seguro que se ofrecería con gusto. Pero vive en Anguiano. Hacen queso de cabra en Anguiano. El único queso amarillo de la zona. Sabe a demonios. Sólo necesito a alguien que esté en la tienda.

Erhard no está convencido.

—No soy barato —dice.

—No espero ningún descuento. Te pagaré el precio de cada hora y un plus. Aunque no soy rico, pago lo que compro. Puedo darte dinero ahora. Es así como trabajáis, ¿no?

—Acostumbro a citarme con el cliente en otras circunstancias —señala Erhard—. A lo mejor una pequeña entrevista en la que me cuentes más acerca de este *skilling*.

—¿Cómo sabes que tengo un *Skilling banco*?

—Porque tú mismo me lo acabas de decir. Hace un instante.

—He dicho que los que me vigilan creen que tengo un *Tre Skilling banco* amarillo. Pero no he dicho que yo tenga uno, sería estúpido pregonarlo en plena calle.

—Pero tienes uno.

El nariguera se estaba enfadando.

—Nadie tiene un *Tre Skilling banco* amarillo. Se halla en Estocolmo, eso es lo que he dicho.

—Entonces ¿qué tienes? ¿Algún otro?

—Me niego a hablar sobre ello de este modo. Lo importante es que esos hombres dejen de entrar así en mi tienda. ¿Es que no has oído lo que te he dicho?

Erhard ve desaparecer el trabajo bajo la ira del chico.

—Intento comprender tu asunto, me gustaría mucho ayudarte, pero necesito saber más. En otro caso, deberías llamar a tu cuñado.

El nariguera saca un billete de veinte euros de un bolsito en bandolera.

—Quedamos en la tienda, Isaac Peral, 35, mañana a las cinco menos cuarto de la tarde. Si lo resuelves, te pago trescientos euros. Si no apareces, puedes quedarte con los veinte euros.

Erhard mira el dinero. Una comida y un par de litros de gasolina.

—Págame cuando hayamos llegado a un acuerdo —dice—. Pero quedemos en la trastienda de Cormac. Es mejor. —Observa si su propuesta hace recular al nariguera.

—Tienes que ver la tienda para comprender cuál es la situación.

—Claro. Pero ya veremos cómo. Tú mismo lo has dicho. Discreción.

El nariguera mete de nuevo el dinero en el bolso.

—No parece que me tomes muy en serio, señor Ermitaño, pero voy a darte la oportunidad de que creas en mí.

Erhard le da su número de teléfono y le explica que una persona toma nota de los recados. Eso siempre impacta.

El nariguera escribe en un papelito con un lápiz romo.

—Llamaré sólo en caso necesario. Nos vemos mañana a las cuatro.

El nariguera menea la lengua y pasa junto a Erhard con un olor acre de lavabo.

Al fin ha encontrado un cliente que paga bien por resolver algo, pero resulta que el hombre está pirado. ¿Qué mal puede hacerle a Erhard decirle que sí, fingir que lo resuelve y aceptar el dinero del tipo? En condiciones normales, la dignidad de Erhard no le habría permitido siquiera tomarlo en consideración, pero su casero opina otra cosa. Su estómago dice también algo distinto.

Sube la calle en busca de su coche. Un bar ha dejado publicidad en el parabrisas. Los surfistas escoceses actúan en Flicks con canciones gaélicas, capitaneados por Finlay Quinn, el hombre que quedó cuarto en el Campeonato de Europa del pasado año, y que aparece en la foto sobre la tabla de surf vestido con falda escocesa. El olor de los bares, a gambas a la plancha, que se extiende calle abajo, apenas se puede soportar. Bueno, en casa tiene algo de comida. Una lata de sardinas. Melocotones.

En las afueras, toma el caminito de Alejandro y se detiene a escrutar el pedregal. Las nubes se extienden como mechones, todo está oscuro, al acecho, la luna oscila justo en el borde de la montaña. Su antigua casa está sólo a un kilómetro, cree oír sonidos que proceden de allí, música alta y desagradable, pero es el viento nada más. Siempre es el viento. Siempre se le puede echar la culpa al viento. Seguro que las cabras no se han enterado de que él ya no vive allí. Aún buscan comida en las inmediaciones de la casa. Una y otra vez piensa en subir en coche hasta allá arriba y alimentarlas, pero procura mantenerse alejado. Está convencido de que pesa una maldición sobre ese cobertizo. Incluso los dueños han desistido de alquilarla nuevamente. Prefiere abrir el maletero, donde encuentra los restos de una bolsa con zanahorias que vacía detrás de un bloque de cemento. Llama un par de veces. Dice los nombres de las cabras como si eso significara algo para él. Después reanuda la marcha, de bote en bote, hasta entrar en la curva buena y salir de nuevo a la FV-10.

Lunes

8

Erhard

Una cigüeña, o quizá es una garza, se ha posado junto a la ventana. Erhard permanece tumbado sin moverse y mira al pájaro torcer la cabeza con su largo pico como si fuera un enorme mosquito. Un cielo amarillo aparece detrás del animal, es muy temprano, aún hace fresco y el viento es suave.

Se despierta con el sol, así es.

En la antigua casa era distinto. El día empezaba envuelto en sombras.

En la nueva, el sol avanza groseramente y se ve a través de las ventanas como si fueran claras de huevo. Nada lo detiene por encima del mar. Al contrario, parece ir más aprisa para entrar de manera impetuosa en la habitación donde Erhard ha puesto su colchón. Por eso le gusta este lugar. El nuevo aire le sienta bien. Lo rejuvenece. La puerta está abierta frente al mar, y el ave se halla a pocos metros de él, sobre la pila de azulejos que hay fuera, junto a la puerta.

Se despierta con el sol mientras se deshacen los fantasmas que han perdurado del sueño. Mónica hecha añicos contra el suelo, igual que un tiesto, sus pezones, como engranajes, girando el uno con el otro, un cangrejo que trepa por él pantalones arriba. Las mismas imágenes en distintas combinaciones. Lo que un día fue un sueño erótico se ha vuelto agrio, como un vino avinagrado. Por fortuna, se esfuma con el sol.

Dentro de pocas horas oirá el ruido de un motor que subirá desde la curva, después llegará el sonido del freno cuesta abajo, del coche que se desliza por la grava y se detiene por encima de la casa. Los pasos del hombre al bajar la pendiente. Primero llamará a la puerta. Luego caminará alrededor de la casa. Si Erhard ha cerrado la puerta, se inclinará sobre el cristal para mirar dentro. Si la puerta está abierta, dará unos golpes en ella y dirá: «Señor Waltzer, nuestro dinero, señor Waltzer».

Los primeros obreros han llegado y han empezado a trasladar ladrillos en cubos hasta las casas de enfrente. No saludan a Erhard, hacen como si él no estuviera allí. Son cerca de las ocho cuando baja la cuesta y camina a lo largo de las rocas en dirección sur, luego sube por un estrecho sendero entre dos casas hasta un camino silencioso con chalets parduzcos, ardillas grises en los árboles, fuentes japonesas, una pista de squash al aire libre. Tras una pequeña palmera está su coche, aparcado en una entrada de vehículos y bajo una capa gris. Ha alquilado la plaza al

hombre que vive en la casa que se encuentra detrás.

Debería ir a comprobar si alguien ha llamado, pero presiente que será una pérdida de tiempo. En lugar de eso, conduce hacia el norte hasta Puerto. Circula por la zona del puerto, rueda por la calle Reyes Católicos y se detiene en las inmediaciones de la tienda de segunda mano de Solilla a esperar que abra. Sobre las nueve y media ella cruza la calle, apenas reconocible bajo un pañuelo con el que se ha enfundado la cabeza.

—Es temprano —dice ella sin mirar hacia arriba, cuando él se planta en la acera. Está colocando revistas y cómics en un cajón de madera.

—Pasaba por aquí —explica Erhard.

—Vale —responde sin más.

Él se pone a hurgar en una caja con viejos útiles de cocina y piensa si alguna cosa le servirá para su cocina. Un rodillo de amasar turco. Un escurridor. Un cortahuevos oxidado. Seguro que Solilla se las daría gratis, pero no quiere preguntarle. Se sienta en el sofá que está fuera de la casa, bajo el árbol. Una vez que ella ha terminado de abrir la tienda, sube del sótano sin aliento y se sienta en la escalera. Aún lleva el pañuelo.

—Pareces Brigitte Bardot con ese pañuelo de colores.

—Bah, cállate.

—¿Qué tal va la tienda?

—Nunca antes me habías preguntado. ¿A qué viene eso ahora?

—Bueno, siempre me he interesado por tu tienda.

—Sí, por mis libros, pero no por mi economía.

—Hay muchos que se quejan. Son tiempos difíciles.

—Pues yo no me quejo. Al menos no por esas nimiedades. Hay algunos que lo están pasando mucho peor que los pequeños comerciantes. Muchísimo peor. —Solilla se levanta para ocuparse de las flores que se erizan en un enorme sombrero o en un cubo—. Pero si quieres saberlo de verdad, te diré que jamás he ganado un céntimo con esta tienda. Es pura y simple ocupación. Ya habría muerto alcoholizada o me habría tirado desde un risco si hubiera tenido que quedarme sentada cuidando de un gato en un apartamento de Barcelona.

—Tú tienes un gato, si es que no lo has espantado.

—No hables de ese bicho loco. Yo no lo cuido, se cuida a sí mismo, es lo bueno de este apaño. ¿No quieres llevarte algunos libros a casa? He oído que te has mudado.

—¿Quién ha dicho eso?

—No tengo ni idea. Puede que me lo hayas dicho tú.

Él seguro que no.

—Sí, a lo mejor.

En realidad, ha hecho todo lo posible por mantener la mudanza en secreto. Después de las experiencias vividas el año anterior, no se fía de Emanuel Palabras. Ni de ningún otro. La antigua casa le revolvió el estómago. En cuanto pudo permitírselo, se mudó. Se inscribió con otro nombre al alquilar la casa, cambió de coche, modificó sus rutinas. Por supuesto que habrá rumores de que se ha mudado, pero nadie sabe adónde. Revuelve el montón de libros que hay en el sofá. Bestsellers norteamericanos. Una rara y breve compilación de poesía de Jack Svendsen

que lleva por título *Bajo circunstancias atenuantes*. Portadas de colorines con vampiros y licántropos. Encuentra un deteriorado ejemplar de *Binario*, de Almuz Almeida, pero ya lo tiene. Ahora mismo no parece factible que pueda leer libros. Como si su corazón latiera más deprimida de lo que requiere ese tipo de cosas. No ha leído desde que se separó de los libros que había en la antigua casa. Las dos cajas de libros que desde entonces ha traído de la tienda de Solilla aún están en el maletero. A lo mejor tan sólo ha perdido el interés. A lo mejor él pertenece a ese tipo de personas que cambian por completo cuando se mudan.

—No vas a volver a conducir taxis.

—Durante esa época tenía tiempo de leer libros.

—Un gremio podrido, Dios mío, eso pensaba yo del sitio en el que estabas metido.

—Hasta las abejas se pelean por la miel.

Ella se echa a reír sonoramente.

—Los refranes caseros son lo peor que alguien puede brindarle a una discusión.

—Es sólo algo provisional.

—Si vuelves con esa gente, no sé si alguno va a prestarte oídos cuando pidas auxilio. Quedas advertido Jørkenzen.

—No es algo que me apetezca —dice él—. Pero tampoco sé de qué otra manera voy a ganar dinero, así que puede que me vea obligado.

—¿Se trata aún de ella, la de Tuineje?

Erhard suele estar preparado para las preguntas directas de Solilla. Pero no siempre.

—Yo no he dicho que se trate de ella.

—No, no lo has dicho —afirma Solilla, señalando una portada con el dibujo en blanco y negro de un hombre que cae en un pozo—. Éste, éste hay que leerlo.

—No creía que te gustasen los cómics.

—No es un cómic. Se denomina *novela gráfica*. Y es algo totalmente distinto. Materia sutil. Échale un vistazo. —Ella baja al sótano.

La caída de Orfeo, de Thomas Lanier Williams.

En la primera página un joven, Val, anda por el margen de un camino en un estado sureño. Va cansado, apenas tiene fuerzas para hacer autostop. Aridez, última hora de la tarde, coches y camiones pasan por su lado. Así continúan las cinco páginas siguientes, sin una palabra. Las novelas tienen dificultades para describir sonidos, tonos, música, pero lo más difícil de todo es el silencio. El silencio no es posible en un texto. Sin embargo, a lo largo de las páginas el silencio es casi ensordecedor. El paisaje como un pentagrama vacío.

Casi olvida la medio cita que tiene a las once.

—¡Cuando vuelva te pago éste! —le grita a Solilla, que sube la escalera con una bolsa de ropa.

—No, no lo harás —dice ella.

La mujer con la que tiene que encontrarse no va a acudir. Está seguro de ello.

Poco antes de las once espera calle abajo y mira hacia arriba, a la esquina con el banco donde

el barman del Oleaje —el delgaducho de piel deslucida— anotó que habían de verse. No hay ninguna mujer en las proximidades, tan sólo un par de turistas americanos con las mochilas sobre la barriga, sombreros de pescador y gafas de sol que parecen anteojeras. La calle Virgen de la Peña es estrecha y mugrienta, con casas bajas de dos pisos que apenas pueden dar cobijo a las tiendas. Una frutería con el género descolorido. Un zapatero que ha sacado la mitad de su negocio a la acera. Un bar de bocadillos con los pollos que giran en el pincho soltando peste y un pequeño horno sobre una mesa de ruedas. Y el banco tras los oscuros cristales, lúgubre como un garito.

Pasadas las once sube la calle. Pasa por delante de un solar vacío con los restos de una casa derribada. Tres hombres turcos o rumanos juegan a los dados sentados alrededor de una mesita mientras beben alcohol negro en vasos pequeños. Apenas levantan la vista. Erhard se sitúa delante del banco con pose de estar esperando, por si la mujer observa la esquina desde lejos como él ha hecho. Un par de chavales hacen regates con un balón de fútbol en torno a él.

El personal del Oleaje lleva más de cuatro meses echándole una mano. Se puede llamar al chiringuito de la playa y dejar un mensaje. El sitio no abre antes de las once, en cambio, permanece abierto hasta últimas horas de la tarde y con frecuencia también por la noche. Ha llegado a un buen acuerdo con January, la joven norteamericana que conoce desde hace un año. No suele llamar nadie. La mayor parte de los camareros son diligentes al tomar el recado. Con excepción de la chica rusa y el tipo delgaducho, que son terribles. Tampoco representan un problema porque no tienen demasiadas guardias. Por lo general, Erhard se pasa por el bar cada dos días. Un paseo a pie desde su casa. Compra una cerveza y le dan los mensajes. O el mensaje. Pues lo normal es que no haya ninguno, y de vez en cuando sólo uno. Llama a Rico, el comerciante de alfombras. «Urbano dice que no le has contestado.» La semana pasada el delgaducho había tomado nota de un recado: «Assata lunes a las once sandaner calle virgen de la peña», escrito con mano temblona como si el tipo no hubiera usado un bolígrafo en su vida. La única reflexión que hizo acerca de sus anotaciones fue: «No hablaba bien el español».

Hay buenos motivos entonces para buscar un rostro extranjero.

Pero no hay ningún extranjero. En realidad, no se ve ninguna cara. Casi resulta inquietante que la calle esté tan desierta. El viento circula con total libertad a lo largo de la calle y tan sólo trae sonidos de los hombres que juegan, de una radio, un pésimo motor de coche, los quejidos de un perro. De forma inesperada le invade la desazón, el desamparo.

Comienza a llover. Las gotas chocan contra su pelo, la camisa.

No ocurre sino cuatro o cinco veces por año. La última vez fue el 11 de enero. Siempre recuerda las fechas. Los lugareños se enfadan por el trastorno, como si se tratara de un apagón. Pero Erhard no, él viene del país de la lluvia, son sus días. Le gusta beber lumumba puertas adentro mientras la lluvia golpetea el polvo. En la antigua casa el olor a tierra se expandía cada vez que llovía. El techo brincaba, y sentía que todo era pequeño y cercano. En la nueva casa la lluvia es silenciosa y lejana.

Mira hacia arriba. El cielo está despejado. Sin una nube. No puede haber caído lluvia. Hoy desde luego no. Por encima de él ve una fina cuerda de tender ropa que cruza la calle. Está montada sobre unas poleas para poder tirar hacia sí de la cuerda o llevarla hacia fuera, y

desplazar adelante o atrás la ropa tendida. No cuelgan más que algunos vestidos de colores y un par de camisetas interiores de color blanco.

Gotas otra vez. O la sensación de gotas. Bolas blancas como las que rellenan las almohadas brincan a su alrededor sobre la acera.

—Señor. —El sonido procede de arriba. Una voz que susurra—. Señor.

Erhard se vuelve hacia una ventana que está encima del banco, donde acierta a ver una carita. Ella está a punto de lanzarle más bolas blancas, pero se detiene cuando él la mira. Le hace señas con la mano para que suba hasta allí. Parece que intenta decirle que suba por la escalera que está a la derecha de la ventana, un bloque de cemento pésimamente construido en un callejón entre dos edificios. Tan estrecho que apenas se ve al pasar por la acera. Erhard echa un vistazo calle abajo, penetra en el callejón y sube. Sobre los peldaños se alzan varias vasijas rojizas con diseños blancos y amarillos. Son objetos muy sencillos de arcilla. Al fondo se ve un descansillo que da a un patio interior y con dos puertas de madera a cada lado. Junto a la puerta hay dos alpargatas blancas de niño. Cuando se dispone a llamar se da cuenta de que la chica ya tiene la puerta abierta y sin decir palabra le hace señas para que entre.

Al cerrarse la puerta todo se vuelve negro.

9

Erhard

—Hola.

La oscuridad empieza siendo de un tono negro intenso, pero pierde algo de ese color cuando la luz del día penetra por una finísima hendidura en las contraventanas. Puede ver una figura que se mueve rápida en derredor. Ligeras como una lagartija. Una chica.

—No hables mucho —dice con voz apagada.

—¿Quién eres? —pregunta Erhard.

—Soy Aissata. No puedo presentarte. Mi familia se preocuparía mucho si me ven con hombre.

—Te has puesto en contacto conmigo. —Erhard intenta verla al resplandor de la ventana, y, aunque da la impresión de que la luz cada vez ilumina más, ella permanece indefinida, con un rostro sin rasgos distintivos.

—Necesito ayuda. Necesito ayuda de un experto.

—¿Podemos encender una lucecita? Quiero ver con quién hablo.

—Por favor, monsieur, hay que hacer así, estamos ocultos.

—Tienes que confiar en mí. En caso contrario no voy a poder ayudarte.

Se enciende una bombilla incandescente en el techo. La luz es aún débil, un material oscuro tapa la bombilla. Una camiseta alrededor de una estructura de alambre. El cuarto parece un local o un almacén. Muebles apilados cubiertos con plástico y alfombras persas enrolladas, apoyadas unas contra otras. En un rincón se yergue un instrumento que parece una guitarra hecha a mano. Junto a la ventana, en el suelo, hay un colchón, alfombras y un paño de cocina con pan de molde y naranjas.

La chica se queda mirando la mano de Erhard, el muñón del dedo que le falta. Él se lo muestra abiertamente sin decir nada. A veces es buena idea pasarlo lo antes posible. Cuánta curiosidad por algo que ya no está.

—En mi aldea hay muchos sin piernas o brazos —se limita a decir, y le indica que puede sentarse enfrente. Sobre el colchón. Es un colchón muy malo. A Erhard le cuesta llegar a sentarse en él. Será todavía peor cuando se levante.

—Vives aquí —indica él. Suena mal, de un modo como no pretendía. A sorpresa, humillante.

No sabe por qué pierde la sintonía de la conversación y ofende sin querer.

—Sí, vivo aquí. Con mi marido —responde ella como si se le acabara de ocurrir.

Ahora Erhard puede verla. Es pequeña como una niña de diez años, vestida de negro, con un pañuelo alrededor de cabeza y pelo; sin embargo, lleva el rostro descubierto. Un rostro delgado, del África occidental, nariz afilada, dientes que no conocen un cepillo.

—¿Dónde está tu marido, tu familia?

—En casa no, están fuera. Están fuera una hora.

Sin embargo, el cuarto no parece un lugar donde pueda vivir más gente. No parece posible que aquí vivan varias personas. Puede que al otro lado de la escalera. En un cuarto similar a éste.

—¿Por qué necesitas ayuda?

—Tienes que encontrar a mi marido.

—¿Dónde está?

—Ha desaparecido. Fue al trabajo hace varios días. Pero viernes no vino, ni sábado, ni domingo.

—A lo mejor viene hoy.

—Yo rezo, pero tengo miedo.

—Pero me llamaste ya el sábado. ¿Por qué estabas preocupada el sábado?

—Tengo miedo. Le ha ocurrido una desgracia.

—¿Has avisado a la policía?

—Me hablaron de ti.

—¿Qué te hace pensar que ha tenido una desgracia?

Aun con la pésima luz de la pera bajo la camiseta, aprecia cierto desajuste en el rostro de la chica, también su cuerpo expresa que algo va mal. Puede que sea porque él no acierta a ver sus facciones ni su cuerpo. No hay gesto alguno. La cara se encuentra sobre un fondo negro y se confunde con la tela. Ella parece nerviosa, pero no preocupada. Y da la impresión de que hubiera estado entrenándose.

—No es fácil vivir aquí. Sin amigos queridos. Abdi se ha peleado o pillado por autobús.

—Abdi es tu marido.

—Se llama Abdourahmane, pero yo lo llamo Abdi.

—Si hubiera sido atropellado o hubiera ido al hospital, lo sabrías, ¿no? Te habrían avisado. Así funciona.

—No. No deberíamos vivir aquí, somos ilegales. Inmigrantes ocultos. Abdi no tiene que haberse puesto enfermo ni ido al hospital, y si lo pilló autobús, nunca va a decir dónde vivo yo. Abdi me ama.

—¿Ni tu familia ni tú habéis buscado en los hospitales, intentado encontrarlo? A lo mejor lo ha ingresado alguna otra persona.

—No salgo sin mi familia.

—¿No tienes trabajo? ¿Cómo ganas dinero?

—Abdi gana dinero, él es *griot*.^[1] *Trubabur* en mi país.

—¿Tu familia no ha intentado encontrarlo? ¿Han buscado? ¿En los hospitales?

Ella meneaba la cabeza.

—Nos mandan al campamento si nos encuentran. Y en el campamento nos mandan otra vez a Mali. Abdi no quiere volver. Abdi es superviviente.

—¿Cómo has dado conmigo, dónde has oído hablar de mí?

—La hermana Teófila dijo: «Ermitaño con cuatro dedos puede ayudar». Ella me dijo tu teléfono.

—Una hermana. Del hogar Santa Marisa.

Erhard nunca antes había oído hablar de ella. Ni siquiera a Aaz.

—Sí. Ella me ayuda mucho. Me salva la vida cuando llegamos. Se preocupa por darnos ropa nueva.

—Ella es católica —dice Erhard.

—Todos somos uno, así habla Teófila. Ella conoce a Muhammad y comprende a mi familia. A Abdi no le caen bien los católicos, pero a Abdi le cae bien Teófila.

—¿Cuánto llevas aquí? ¿Y Abdi?

—Primero vino primo, después Abdi, después yo. En un bote. Abdi vive aquí, después yo.

—¿Aquí?

—Eso cuesta mucho dinero. Abdi va a ganar dinero. Y así viviremos otros sitios.

—¿A qué se dedica?

—Está en un restaurante elegante.

—¿Es cocinero?

Su mirada vacila.

—Tiene mucho trabajo. Trabaja, así podemos vivir otros sitios.

—¿Estaba en el trabajo cuando desapareció?

—Trabajaba jueves.

—Pero antes has dicho el viernes.

—No estaba en casa viernes.

—¿No lo has visto desde el jueves, cuando se fue a trabajar?

—Miércoles se fue a trabajar. Pero mi primo lo vio jueves. En el trabajo, en el restaurante.

—¿Tu primo trabaja también allí?

—No. —Ella sonríe un poquito. Solamente un poquito—. Daouda no es bueno para comida, él conduce taxis.

Erhard no ha oído jamás ese nombre. Aunque han llegado nuevos conductores de taxi que él no conoce.

—Entonces ¿él vio a tu marido el jueves?

—Sí.

—Y el viernes había desaparecido.

—Sí.

—Has dicho que pudo haberse peleado. ¿Tiene enemigos o suele entrar en peleas?

—No, no, Abdi es muy cariñoso con todos. Me ama.

—Pero tú has dicho que quizá le habían pegado.

—Yo no sé nada.

—Pero ¿lo crees?

—Una desgracia, creo que le ha ocurrido una desgracia.

—Debes decirme si alguien va a por él. Si alguien va a por él, sé por dónde puedo empezar.

—Todos quieren a Abdi. —Se levanta y mira por la hendidura entre las contraventanas.

—Entonces ¿cómo quieres que lo encuentre?

—Teófila dijo que tú podías ayudar, monsieur.

—¿Qué crees que ha pasado? ¿Piensas que le ha ocurrido una desgracia?

—Muchos no quieren extranjeros de Mali en la isla. Quizá ellos le han pegado. Quizá ellos lo han atropellado. Abdi no es fuerte, pero es superviviente, él es *griot*.

—¿Quiénes son ellos? Dices que lo han atropellado.

—Hombres en la calle que gritan a Abdi.

—¿Quién hace eso? ¿Aquí fuera en la calle?

—No, aquí abajo Abdi tiene amigo, amigo de Mali, ellos hacen música.

—¿Dónde vive él? ¿En el edificio de enfrente?

—Él vive en la calle. Bajo las verduras.

Debe de referirse a la frutería.

—Entonces ¿quiénes son los que le gritan?

—Junto al restaurante. Odian a extranjeros de Mali. Uno lanzó botellas a Abdi.

—¿Eso te lo ha contado Abdi?

—No, Abdi nunca hablaría así.

—Entonces ¿cómo lo sabes? ¿Lo has visto tú?

—No, primo Daouda.

—¿Lo ha visto él?

—Sí, él lo vio. Lo vio una tarde, cuando recogía a Abdi. Abdi viaja autobús, camina, pero Daouda lo recoge día y tarde mezclado.

—¿Cómo se llama el restaurante?

—Mirad. Mirado.

—¿En Corralejo?

—No, aquí.

Erhard no conoce el restaurante. Quizá sea nuevo. Es el momento de hacerle la pregunta, tiene que preguntárselo:

—¿Crees que está muerto?

Sus ojos se enfurecen.

—Abdi es *griot* —dice una vez más—. La muerte le ha cruzado tres veces, tres veces ha vivido para que pudiéramos estar juntos.

Suena a canción infantil.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué significa *griot*?

—Hacen buena la vida, salvan a la gente. —Señala hacia la guitarra casera.

—Toca un instrumento.

—No, no, él puede la vida de la familia. Primerísimo cuando hermano Malek y papá Idra Pasu van a la guerra contra Ganda Koy. Papá quiere que vaya Abdi también. Tiene veintidós y Abdi no es fuerte, pero tiene pensamientos sanos. Se llevan a Abdi cuando un camión para

delante de la casa. Viajan a Kidal, donde tienen que disparar y hablar. Por las noches duermen en campamento, Abdi los despierta. Quiere llevarlos a casa con él, ellos dicen no, pero Abdi solo va a casa. Tarda dos días. Se queda de pie junto a la casa de mi familia y toca kora.

—¿Os casasteis en esa ocasión?

—Había acuerdo entre Idra Pasu y tío Yaya, pero no fuimos consumados.

—Pero ¿os conocíais?

—Hablábamos, tomábamos té. Abdi era distinto. No duro, no grande como hombres.

—¿No regresaron a por él?

—Hermano Malek y papá Idra Pasu viajaron hacia Kidal, pero camión fue apresado por una banda de Ganda Koy que tiene misil al norte junto a Gao. Hermano Malek se queda ciego, papá Idra Pasu muere. Mi Abdi está solo en la casa para trabajar, la mamá de papá, abuela Khadijadou Pasu, está en duelo durante cuarenta días.

Erhard no sabe qué decir.

—Segunda vez fue cuando Ansar Dine, tuareg con ametralladora, tomaron granja de Idra Pasu y querían llevarse a Abdi.

—¿Tomaron la granja?

—Idra Pasu crecía henna y cacahuets. No una buena granja. Idra Pasu no era *hartani*,^[2] no diestro con tierra y polvo.

—Pero ¿cómo tomaron la granja?

—Vinieron y tomaron la granja y querían llevarse a Abdi. Pero Abdi hizo que se fueran. Él dijo que Allah quiere *griot*, no soldados Ansar Dine. Se enfadaron mucho, pegaron a Abdi, le dieron daños en el ojo, pero se fueron.

—Fue valiente.

—Sólo porque abuela Khadijadou Pasu había muerto y hermano Malek ido a Timbuktu. Yo vivía en casa con tío Yaya. Abdi no tiene otros.

—Sigue siendo valiente.

—Volvieron más tarde. Pero Abdi reúne cosas y huye norte, por el gran desierto hacia El-Aaiún, una ciudad en el agua. Vende animales y compra billete para l'Europe con todo su dinero. Navegan hacia Tenerife, pero van equivocados con la ola. Llegan a tierra en el campo donde las rocas y se esconden en una cueva. Se esconden de policía. Por la noche sube agua, entra dentro de la cueva y aborda cinco. Abdi y otro sobreviven. Era la tercera. Por eso digo que Abdi es *griot*, por eso no está muerto.

Erhard piensa en su propio viaje a Fuerteventura. Abdi viajó para tener una vida mejor, Erhard para tener una peor. Grotesca la forma en la que son lanzados los dados de la vida. Con tal magnitud y virulencia como para que escape a su comprensión.

—¿Cuándo viniste aquí, de qué modo?

Ella mueve la mano.

—Después de tres meses mi tío Yaya paga dinero para que nosotros navegamos por el agua. Tío Yaya tiene familia. Mi primo Daouda y otro primo Cissé Cheick. Ellos nos trajeron a casa.

Se oyen voces en la calle y la chica se aparta de la ventana.

—Tienes que encontrar a Abdi, mi tío Yaya reza por mí. Para que no me quede sola como

antes.

—¿Ha desaparecido alguna otra vez?

—Abdi no, pero Aissata no buena esposa, dice mi tío, Abdi me tiene que dar la alegría.

—Haré lo que pueda —dice Erhard. De pronto siente necesidad de salir al sol. El cuarto es húmedo y frío como una bodega. Logra ponerse de pie—. Pero no trabajo gratis —añade, sin poder soportar abordar la cuestión. La chica no tiene dinero, eso está bien claro. En total forman un grupo de clientes demasiado miserable como para sacar algo: refugiados ilegales. Debería irse cuanto antes.

—Gracias, gracias, monsieur. La hermana Teófila te pagará. Ella dice que te pagará.

Una monja aflojándose el bolsillo. Eso sí que es el colmo.

—Hablaré con ella. Después veremos si es posible encontrar a tu marido rápido, antes de que sea demasiado caro. No tengo más remedio que ir a pedirle dinero a la hermana Teófila, lo normal es que cobre trescientos euros por algo así. No trabajo gratis.

—¿Esperas poder encontrarlo?

—Seguro que lo encontraré, pero primero voy a hablar con Teófila. —Erhard se dirige a la puerta para marcharse—. ¿Cómo contacto contigo?

Ella parece haber pensado ya sobre la cuestión.

—Deja papel bajo tarro en la escalera, el de tres narices.

Erhard no sabe a qué se refiere.

—¿Y si quiero contactar con tu primo, el taxista?

La ve presa del miedo.

—Con él no debes hablar, él no tiene que mezclar en nada. No, no, es familia.

Erhard sale a la escalera y cuenta con despedirse, pero cuando se vuelve la puerta ya se ha cerrado. Al bajar la escalera se fija en los jarrones, los tarros. Todos son distintos, varios parecen más bien pucheros o vasijas con tapadera, otros tantos tienen un cuello estrecho y algunos dos cuellos, sólo un jarrón posee tres cuellos. Es grande, pesado y cómodo para guardar un mensaje debajo de él. Tiene que ser éste al que ella se refiere.

Los tres hombres juegan aún a los dados, pero de forma más sonora, irritados.

Cruza la calle y mira en el interior de la frutería. Una mujer con un vestido de margaritas está colocando tomates. Por algún sitio hay que empezar.

—Busco a un joven de Mali. Se llama Abdi —dice Erhard ya en el interior de la tienda, que huele a tierra.

—No, no —contesta ella, como si le hubiera pedido alguna verdura exótica. Puede que sea turca. Se encoge de hombros y desaparece en la trastienda.

Él baja siguiendo el pasillo que discurre a lo largo de la tienda. Al fondo de la escalera que conduce al sótano hay un hombre sentado entre contenedores, es un joven negro en el interior de un destrozado saco de dormir. Mira hacia arriba con ojos ardientes, inflamados. Junto a él hay un banjo con las cuerdas estropeadas.

—¿Eres de Mali? —pregunta Erhard—. ¿Conoces a Abdi?

No dice nada.

—¿Abdi era tu amigo? Tocabais música. —Erhard señala el banjo.

El hombre afirma con la cabeza.

—¿Has visto... —Erhard se señala los ojos—, has visto a Abdi?

El hombre niega con la cabeza.

—Gracias —dice Erhard. Esto no lleva a ninguna parte. El hombre está aturdido o borracho.

Erhard se dispone a seguir bajando por el caminito cuando oye al hombre gritar. Se ha puesto en pie y desde el sotanillo agita los brazos.

—¡¿Qué dices?! —grita a su vez Erhard.

—*Cousin, cousin. Cousin, cousin.* —Después el hombre se sienta de nuevo.

«Primo, primo.» Ha debido de ver a Abdi con el primo.

Erhard llega hasta el coche. El polvo se ha depositado sobre el parabrisas.

No es éste el tipo de trabajo que necesita justo ahora. Es probable que lo resuelva con facilidad. Incluso que se solucione por sí solo dentro de un par de horas, cuando Abdi aparezca después de emborracharse con el primo. O cuando Erhard lo encuentre en un patio trasero cercano al Mirador, donde lo abandonaran unos idiotas después de darle una paliza.

El problema radica en que no le apetece exigirle dinero a la chica. Ni mucho menos a la monja.

Pero necesita el dinero. Ahora. Hoy.

Es preciso que se reúna por la tarde con el hombre de la nariguera. Y si ese asunto se lo quita rápido de encima, quizá pueda ayudar a la chica encontrando a su marido.

10

Erhard

Le viene a la cabeza la promesa que le hizo a Múñez de echar un vistazo al piano de su tía, así que sale de Puerto en dirección sur. La calle Cervantes queda al norte de Morro Jable y se comba hacia arriba a través de la garganta que sube y sube. El autobús 19 llega bajando el camino y lo ocupa en su mayor parte, por lo que él tiene que apartarse y esperar a que el abollado autobús azul pase arrastrándose por su lado. Al continuar hacia arriba casi se lo tragan las rocas. Busca con la mirada la única casa azul. A lo largo del camino ha pasado una hilera de casas grises y un par de rojas, pero ninguna azul. Por fin —unos setecientos metros después de haber pensado en dar media vuelta— ve un caserón azul sobresalir por detrás de unas formaciones rocosas de color pardo. Encajona el coche entre el peñasco y la casa y apaga el motor. Aquí hace viento. El viento que habla. Le recuerda a su antiguo cobertizo en Majanicho. Jamás habría pensado que pudiera echar de menos el viento, el sonido del viento, ni que se pudiera echar de menos un sonido.

—Hola —dice mientras golpea una contrapuerta. El postigo se tambalea y parece que va a salirse. Nadie contesta. Lo lógico es que no haya nadie en la casa. No hay coches, y la tía, que era quien vivía aquí, ha muerto.

Camina hacia la parte de atrás, y rodea la casa subiendo por el peñasco. Los geos escapan de la sombra y se meten entre las piedras y los arbustos. Llega a una terraza, un fragmento de piedra plana caliente como una sartén. Sobre ella se encuentran los restos de un árbol reventado, como si hubiera caído desde el cielo y alcanzado la terraza. El árbol está hecho astillas casi por completo. Se vuelve y ve el mar, las nubes deslizándose por un tránsito de colores, poderoso como un lienzo húmedo. Desde la terraza logra empujar una puerta y abrirla, así penetra en una habitación desnuda. Hay una camita de madera, una cama de niño, con un colchón manchado de humedad. Se ven marcas grisáceas en la pared donde en su día colgaban una lamparita de noche, estanterías y cuadros. Sale a un pasillo de grandes baldosas grises, pasa junto a un baño y otra habitación donde hay una cama doble oxidada con un colchón agujereado. Huele a muerte, a comida pasada. A lo mejor viene de fuera. En este lado todas las ventanas están abiertas, el viento habla consigo mismo a través de la casa, contraventanas que zangolotean. Baja por una escalera hasta una habitación enorme que alberga los restos de una cocina. Es decir, la mayor parte de la cocina está aquí, pero se han llevado el frigorífico y un par de alacenas, aunque los

cables sobresalen. Un gato negro descansa en el interior del fogón que ha quedado abierto. Desde este cuarto se puede ver el interior del salón. Tiene que ser el salón. Sin duda, la habitación más impresionante de la casa. Han puesto el suelo de una singular clase de madera gris con un diseño que recuerda una caracola. También aquí las paredes estaban llenas de cuadros y estanterías. Al fondo de la habitación colgaba una pintura enorme.

En el centro se yergue el piano de cola.

Un destartado y olvidado piano de cola.

En el pie un animal, seguramente un gato, ha arañado la madera.

Alza la tapa. Es un Pleyel. Nunca antes había visto un Pleyel.

Las teclas son de marfil auténtico, luego es probable que el piano sea anterior a 1950. Dos de los semitonos, do y fa, cuelgan, pero por lo demás parece impecable. Abre la caja y recorre el teclado arriba y abajo, pisa los pedales y escucha, sobre todo presta atención a los semitonos. Parece que está afinado. Aunque quizá haya estado ahí durante años, todas las notas en apariencia suenan a la perfección. Pero no está temperado. No se oye el sonido propio del piano o, si se quiere, incluso, el sonido propio de la tía o de Múñez o de Erhard. Por eso suena hueco, sin alma, se podría decir. No ha traído sus utensilios, pero cree que con un poco de trabajo puede llegar a sonar genial. Es una perlita, una polvorienta perlita. Ataca las primeras notas de *My Little Brown Book*, que le encantaba tocar para Annette, y oye cómo la casa se sorprende, cómo las paredes se dan la vuelta. Cierra la caja y la tapa y sube de nuevo arriba. Sale a la terraza y vuelve por el mismo camino por el que ha venido.

Ya es por la tarde.

Despertar un piano de cola tiene algo de inquietante, de conmovedor.

11

Le

En un momento dado, la furgoneta sale de la aburrida autopista y bajan hacia la costa, con la luna y el sol alineados de forma vertical y duplicándose en el mar. Todo está tranquilo e incómodo.

Algunas banderas de la playa cuelgan flácidas del mástil. Hay coches por todos lados, arrojados en el borde de la carretera. La ventanilla está abierta, la nueva blusa amarilla pálida, comprada tras el viaje sin éxito al aeropuerto en una tienda de rebajas, se le pega al cuerpo, olor a fogata de su propio sudor; quiere gritarle a alguien, arrancarle el pelo al noruego, pero saca la cabeza por la ventanilla mientras pasan por delante de un grupo de hombres de azul que beben cerveza y se manchan sus barbas. Puede oír cómo los neumáticos se adhieren a la carretera. Hace treinta y cuatro horas. Dentro de poco serán treinta y cuatro y media. Nunca antes había prescindido de las pastillas durante tanto tiempo.

Vic agarra a Le.

—Sé que estás ansiosa por avanzar, pero déjame a mí hablar con ella.

Le no dice nada. Están bajando a la playa. Le va la primera y mira a los chicos. Van descalzos, con mucho pelo hasta el estómago y tatuajes por todas partes, tatuajes que suben hasta el cuello, que bajan por la espalda, la piel del vientre como cerdo asado y los cuellos quemados por el sol y con arena. Pasa entre ellos. La miran y se tiran en la arena. Podría comérselos a todos y escupirlos acto seguido. Los conoce, de la oscuridad por la que corretean al pie del escenario, debajo de ella, gritando, exhalando alcohol caliente, *roofpussy*, *my favorite skunk*, títulos de las pistas que les gustan, su antigua lista de aquel 2006, antes de que ella tuviera a London, son el bosquejo de los hombres en la oscuridad, mientras dure estarán hechizados. Ahora están a la luz. Aquí son pequeños, aquí no son más que chavalillos, animados por chupitos gratis de vodka, *highfives*, *blowjobs*, latas de colores y pelotas.

Hay un chiringuito de piedra con la puerta abierta y una barra de bar que se alarga hasta debajo de una palmera que hay en un macetero. En el techo de la cabaña se ve un cartel con el nombre del bar, el Oleaje, escrito en grandes letras negras en una tabla de surf. Un par de ajetrechos camareros saltan por todas partes sirviendo cerveza con rodajas de lima. A Le le apetecería pillar una.

—Tenemos que hablar con January —dice Vic a un tipo delgado detrás de la barra—. Tu

jefa.

—Está allí, en el puesto del socorrista —explica, haciendo un gesto en dirección a la playa—. Es la de las gafas. Y la cámara.

Se dirigen hacia la torreta, Le siente el picante sol.

—¡January! —grita Vic desde la distancia, y la chica de cabello rubio con grandes gafas se vuelve hacia ellos.

January coge la cámara y les toma una foto mientras se acercan, Le intenta poner la mano delante, pero no lo logra.

—Soy la que te llamó —comenta Vic.

—Dije que vinierais esta tarde. —Tras las gafas January es guapa, pero su piel está plagada de espinillas, tal vez debido a una enfermedad de la piel.

—Dijiste que ibas a estar aquí todo el día.

—Ahora no puedo hablar. Volved esta tarde.

Pasa un tipo que besa a January en la mejilla. Ella se ríe y lo despacha rápidamente.

—Tardaremos diez minutos. Un cuarto de hora. Media hora, no más —asegura Vic.

—¿Aquí? —pregunta January.

—Dentro del bar o quizá detrás si hay más tranquilidad —dice Vic.

January le señala algo con la mano a una chica del bar.

—Bien, vamos entonces.

Se dirigen con esfuerzo a la parte trasera del bar, entre las dunas. Hay algunos surfistas cambiándose de ropa. Hay un chico con el vientre desnudo y con una riñonera, está meando en una caja de botellas. January le grita, sabe su nombre. Él se tambalea un poco salpicando a los lados mientras trata de encender un canuto. Se apoya en el chiringuito de piedra y resbala por la pared, quedando sentado con los pies a un lado, todavía con el peta en la boca.

Vic y January están en la parte baja de la pendiente, y Magne está instalando el trípode. Le levanta la vista hacia dos palmeras unos metros por encima de ellos, en el borde de un par de casonas.

—Vayamos allí a filmar —propone Le señalando esa zona.

—No podemos —objeta Vic—. Nos llevaría demasiado tiempo.

—Quiero estar a la sombra —dice Le.

January mira a Le. Su boca, sus labios, sus ojos.

—¿Es la hija?

—Es Lene —presenta Vic—. Vamos a grabar, ¿de acuerdo?

Vic levanta el micrófono con la piel gris.

—¿Y él no sabe que estáis aquí? —pregunta January.

Vic sacude la cabeza.

—Aún no debe saberlo. No hasta que lo localicemos o contactemos con él.

—Probablemente no le guste que le den una sorpresa —señala January.

Le tiene ganas de reír.

—Empecemos desde el principio —dice Vic—. ¿Puedes contar quién eres? Nombre, edad, de dónde procedes.

—Mi nombre es January, tengo veintisiete años, soy de Morro Bay, California, y la gerente de este bar en Esquinzo. No es el lugar más increíble del mundo, pero las olas son buenas, muy buenas, así que por ahora me quedo aquí.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Llevo en la isla algunos años, y antes estuve en Tenerife.

—Háblanos un poco del bar y de los que vienen aquí.

—Bueno, sobre todo vienen surfistas. Muchos hombres. Gente arrastrada que anda por la playa. De todas partes. Ahora mismo está el Campeonato del Mundo, por lo que se llena de surfistas y espectadores. Y, por supuesto, también hay turistas normales, familias. Una buena mezcla, creo.

—¿Y los lugareños quiénes son?

—También surfistas en general. Hay una gran comunidad. Somos casi como una pequeña familia que se reúne en la playa.

—¿Hay mayoría de españoles?

—Aquí hay muchos holandeses, un par de israelíes, algunos norteamericanos, un brasileño, pero, sí, claro, sobre todo de España. Y de Portugal.

—Pero uno de los lugareños no es surfista, un hombre mayor; ¿puedes contarnos algo de él?

—Bueno, no lo conozco muy bien. En realidad, no hay nadie que lo haga. Sólo viene por aquí de vez en cuando. No siempre hablo con él. Me gusta, pero a menudo sólo se sienta a mirar el agua.

—Y tienes un acuerdo con él, ¿verdad? —pregunta Vic.

—No tiene teléfono ni nada, así que tomamos nota si alguien llama para hablar con él.

—¿Quién lo llama, a qué se dedica?

—Sé que está ayudando a no sé qué mujer. Él la considera muy especial. Me lo ha contado. Eso es algo que hace de forma gratuita.

—Ha vivido en el otro lado de la isla hasta hace un año, pero crees que vive por aquí cerca.

Le busca al tipo del porro que se ha puesto de pie y sube por el camino. Lo ve parado junto a un par de chavales con trajes de neopreno azules en la parte superior del cuerpo.

—Realmente no lo sé —dice January—. A veces sube andando desde las casas, otras veces baja del supermercado. Es un poco especial. Quiere que lo dejen en paz, no es de los que vienen y montan un lío ni nada así.

—¿Sabes dónde vive ella, esa señora? ¿Está cerca? —pregunta Le.

—Tenéis que entender que no es fácil. No quiero andar cotilleando.

—Y tú tienes que entender que lo voy a encontrar. Es mi padre.

—Pero no estoy segura de que él quiera que lo encuentres. —La voz se apaga, tono grave.

—Me importa una mierda si quiere o no —dice Le.

January se quita las gafas y se limpia los ojos.

—Espero que me perdone.

—Diremos que eras reacia —asegura Vic.

—Le he oído hablar de Tuineje. Pero no lo sé. Bueno, es difícil.

Le es incapaz de mantenerse al margen.

—Escúchame bien. Ese jodido abandonó a mi madre. Sin pronunciar ni una palabra.

—A menudo parece oscuro y melancólico, como si algo lo atormentara. Siempre he pensado que huye de algo delictivo, un crimen de algún tipo. Pero yo no me meto. Todos tenemos algo que esconder. Especialmente aquí en la isla.

—Nos pegó, a mi hermana y a mí, golpeó a mi madre. Y luego se largó —cuenta Le, mirando hacia el camino.

El tipo del porro está sacando algo de su riñonera, les da algo a los otros chicos y se va. Los surfistas continúan su camino, mientras que el tipo del porro sigue ascendiendo por el sendero y desaparece detrás de las palmeras.

—Lo siento —dice January—. Eso no está bien. Nunca está bien.

Vic se acerca a January.

—Puedes contarnos algo más. Dices que es oscuro y melancólico, ¿de qué modo?

Le se aleja. No quiere oír a la chica hablar así de su padre. Cuando sube la ladera, ve al tipo caminando por la cuneta entre los coches. Mira dentro de ellos y prueba a abrir. El porro se ha apagado, pero todavía lo tiene entre los labios.

—¿Qué haces? —pregunta ella.

Se da la vuelta y se le cae el canuto de la boca.

—Dios santo —dice—. Pareces Catwoman o algo así. —Habla con acento alemán, tal vez holandés, es una voz de altos registros, de intensidad cortante.

—Estás *colgao* —le responde ella—. ¿Qué estás buscando?

Él no puede quitarle los ojos de encima.

—No recuerdo... dónde está mi coche.

—No puedes conducir.

—Lo haré. Descanso un poco.

—¿De qué color es el coche?

Se encoge de hombros.

—Rojo. O gris.

Le mira los coches aparcados por todas partes. La mitad de ellos son rojos. Y hay muchos grises. Todos polvorientos.

—No sé —dice él—. Da lo mismo. Cualquier mierda de coche. Un Honda o algo así.

—Déjame que te lo localice —pide ella, acercándose.

Él extiende la mano hacia su rostro, los idiotas siempre quieren tocarle la cara como si no lograran comprenderla hasta que no la tocan. Sin embargo, agarra el collar, toma la joya, mira el cristal y lo sacude.

—¿Es cocaína lo que tienes aquí?

Ella se le acerca mucho y le agarra la polla por encima del fino bañador.

—¿De dónde has sacado el peta?

—Mierda, eres la jodida Catwoman —afirma.

—¿A quién se lo has comprado? —pregunta ella.

—Yo mismo. Lo he liado.

Ella cierra la mano.

—Es mío. Tengo una china en el bolso —explica él.

—¿A quién le has comprado la china? Dame un nombre.

12

Erhard

Llama desde el teléfono del Hyperdino para saber si le han dejado mensajes, pero no cogen el teléfono. A lo mejor tienen demasiado trabajo. Baja con parsimonia la avenida. Ve a su peluquera, Petra, atravesar la calle llevando dos bolsas con pollo asado. «¡Es para Rob!», le grita a Erhard mientras levanta las bolsas térmicas en el aire. Él asiente con la cabeza. Se detiene junto a la joyería que está un poco más arriba de la tienda de Cormac y mira hacia allí. Ha sacado a la calle los expositores con gafas de sol y relojes. No hay clientes cerca. Ni siquiera ve al propio Cormac. Erhard cruza la avenida.

—Buenas. ¿A qué se debe este honor? —dice Cormac, al ver a Erhard.

—Baja las armas, Scotsman, necesito que me prestes la trastienda.

—Oh, bien. Eso ya lo he oído antes. ¿Qué has hecho esta vez?

—Es algo totalmente inofensivo.

—Estás desesperado, ¿eh? El piano desafina.

Es incapaz de estar mintiéndole a alguien a quien nunca se le quiere contar la verdad.

—Me has costado varios meses de alquiler. Lucha en Morro Jable.

—El combate estaba amañado.

—No, no lo estaba. El Hombre Cabra perdió. ¿Has estado corriendo detrás de algún ratero?

Tienes la espalda de tu camisa negra.

—Acabo de bañarme en la parte de atrás. No soporto cuando hace calor de este modo, caliente y húmedo, como el espacio oscuro entre los pechos de mi madre. Pero te equivocas, Ermitaño, la pelea estaba amañada. El vasco ganó una suma importante.

—Alguien nos ha engañado a todos. No estaba amañada. Así que ahora necesito trabajar, un trabajo de verdad.

—¿Te has mudado al sur?

—Gran Tarajal —miente Erhard.

—Cerca de Morro, dicen los papagayos.

—¿Puedo usar tu trastienda? Me lo debes.

—No te debo nada.

—Un mal chivatazo tiene que costar algo. ¿Qué me dices?

—¿Desde cuándo soy una agencia de alquiler?

—¿Cuándo pararás de sobornar?

Cormac ríe.

—Una Kilbeggan de diez años, nada más.

—La tendrás tan pronto como haya resuelto el asunto.

—¿Cuándo necesitas el local?

—Dentro de un cuarto de hora.

—Tengo clientes.

—Sí, ya lo veo.

—Nada ilegal. Ya sabes cuál es mi situación. Mujer e hijos.

—Lo más inocente que te puedas imaginar. Un joven que piensa que lo persiguen.

—¿Pirado como una urraca?

—Tú sabrás, eres tú quien le ha aconsejado que acuda a mí. Uno con nariguera y unos enormes pendientes muy extraños que tiene una tienda en Isaac Peral.

—Ah, el nuevo filatélico.

—Tiene que ser él.

—Un tipo interesante. Ha estado buscando, casi con desesperación, a alguien que lo pueda ayudar.

—¿De qué lo conoces?

—No lo conozco. Tropecé con él más abajo, en la esquina junto a Baptista, donde hacen esas tortitas tan ricas. Me preguntó si yo podía ayudarlo. Pero no podía.

—¿Por qué no?

Cormac lanza una risotada.

—Todo ello me resultaba un poco raro. Y a fin de cuentas no conocía al tipo. Además, no quería verme envuelto en nada, pero quizá tú puedas ganar uno o dos sellos; según él tiene oro bajo el colchón. Que lo sepas.

—Me siento fuera a esperar. Si viene, lo mandas a la parte de atrás.

Poco después suena la campanilla de la tienda y la voz de Cormac.

—Te están esperando en la parte de atrás —dice en voz alta, de modo que Erhard no tenga más remedio que oírlo.

Erhard, sentado frente a la mesita cuadrada, se mentaliza como si se tratara de un examen.

El nariguera mira en el interior de la trastienda.

—Tiene un despacho...

Deja el bolso que lleva sobre el hombro. Se pasa la mano por la coronilla, como si tuviera que quitarse polvo o sudor. Los tubos fluorescentes hacen que su rostro se encienda con un tono blancuzco.

—Tampoco es eso, sólo que era mejor encontrarnos aquí. En paz y tranquilidad. Sin perseguidores. —Erhard intenta leer en la mirada del tipo.

—No me he presentado. Soy Fernando Tamariz.

—Erhard Jorgenson.

—He oído que te llaman señor Ermitaño.

—No todos, pero algunos lo hacen.

—Algo está a punto de pasar, señor Ermitaño —dice Fernando Tamariz—. Algo va a pasar. Es como cuando va a venir lluvia, una especie de expectación, ¿no lo has notado nunca justo antes de que llegue? A lo mejor un par de días antes ya se percibe, se la espera. El aire vibra, rueda y se nota áspero.

—¿Desde cuándo tienes esa sensación, señor Tamariz? No me refiero a la lluvia, sino a lo otro.

—Desde que abrí la tienda. Desde octubre.

—¿De manera que estás esperando algo desde hace seis meses?

—En realidad vivo en la tienda. Me mudé aquí el año pasado y mi presupuesto no da para encontrar otra cosa. Pero en los últimos dos meses ni siquiera me he atrevido. Vienen todas las noches y zarandean mi puerta. Muchas veces al pensar que no estoy dentro han intentado forzarla. Tienes que ver mi puerta.

—Ayer dijiste que se paraban frente a la tienda para observar. ¿Sabes quiénes son?

—No.

—¿Has tratado de echarles el guante mientras estaban enfrente?

—Si los hubiera cazado, no habría problema alguno, ¿cierto?

—¿Puedes describirlos?

—Tienen el aspecto de abogados, de ese estilo que no podía soportar en la universidad, carne de cartera desde que nacieron, impecables y anodinos, lo que mi suegra soñaba que yo fuera.

—¿Edad? ¿Atuendo?

—Traje de chaqueta azul. Entre treinta y cuarenta años.

—¿Gafas de sol?

—No.

—¿Y qué pasa con la vivienda de enfrente? Has dicho que han pagado a la que vive ahí para que los llame.

—Doña enfado, la del segundo piso, frente a la tienda. Cada vez que ella mueve la cortina de cierta manera, no pasan por lo general más de dos horas y ya aparecen los dos hombres. Tienen algún acuerdo.

—¿Les hace señales con las cortinas?

—No. Ella mira hacia abajo, a mi tienda. Entonces los llama y avisa cuando no estoy en la tienda.

—Dices que está enfadada. ¿Cómo es eso?

—Está enfadada desde que me mudé ahí.

—¿Por qué?

—La tienda fue de su padre con anterioridad. En los setenta. Sellos y monedas. Pero el hombre era muy desordenado. Se la vendió a Epifanio, a quien yo se la compré. Ella afirma que Epifanio debía dinero a su padre. Pero ya le he dicho que yo no sé nada de eso.

—¿Por qué se la vendió Epifanio?

—De repente tuvo que volver a su casa en Sevilla.

—¿Puede ser que lo molestaran los mismos hombres?

—No lo sé.

—¿Crees que la señora que vive enfrente tiene algo que ver con todo esto?

—Es demasiado mayor y está demasiado amargada como para idear una cosa así, pero sí que pienso que ellos aprovechan el hecho de que yo le caigo mal.

Erhard mira un instante a través de los agujeros en los lóbulos del tipo. Parece como si crecieran a cada instante. Puede ver cada vez más espacio en medio de ellos.

—Suenan muy raro.

—Estoy de acuerdo, señor Ermitaño —dice Fernando Tamariz—. Por eso he tenido una idea. —Se inclina hacia delante en la silla—. Lo único que se puede hacer.

Erhard sospecha que la idea que se avecina no va a ser demasiado buena.

—¿Y cuál es?

—Te ocultas en la tienda. Yo me largo, ellos me verán bajar la calle. Entran, pero no cuentan con que tú estés ahí. —Mira a Erhard y abre por completo los ojos tras las gruesas gafas, como si eso lo explicara todo.

—Si entran en la tienda, no soy precisamente quien mejor te pueda ayudar. No sé qué iba a hacer yo frente a un ladrón. Todavía menos si son dos.

—No tienes que hacer nada. Sólo asustarlos y cuando salgan a la calle yo los agarro.

Él explica el modo en que Erhard ha de entrar en la tienda, por la puerta de atrás para que no lo vean. Fernando cierra la tienda y hace como que se va. En lugar de eso, se queda a distancia vigilando a los hombres. Cuando irrumpen en la tienda, Erhard advierte a Fernando con una luz para que esté preparado. Erhard ahuyenta a los hombres, que caen en los brazos de Fernando. Así los misteriosos perseguidores dejan de ser un misterio.

—¿Y por qué no puedo seguirlos sin más? Me quedo en las proximidades y voy tras ellos con el coche. Veo adónde van. Vuelvo y te lo cuento.

—Quiero agarrarlos yo.

Erhard reflexiona y asiente con un movimiento de cabeza.

—Entonces ¿crees que no estoy loco? —pregunta el nariguera.

—No, si me pagas cuatrocientos euros.

—Te prometí trescientos.

—Tengo que quedarme en una tienda donde se va a cometer un robo. Puede ser peligroso.

—Huirán, ya te lo he dicho. La idea es que huyan.

—Cuatrocientos euros.

—Trescientos veinticinco. Y tiene que ser ahora. Esta noche.

—Tengo pendiente otro asunto que he de resolver también. Podrá ser el jueves.

—Trescientos cincuenta.

Erhard asiente con la cabeza.

—Quiero un adelanto de doscientos.

A excepción del aceitunero, que no quiso retribuirle los gastos de desplazamiento, la mayor parte de la clientela de Erhard paga sin negociar. Son pequeños clientes, gente corriente que espera con los billetes y las moneditas preparados una vez que el asunto se ha resuelto.

Fernando Tamariz saca del bolsillo sin más dilación dos billetes de cincuenta como si los

tuviera listos.

—El resto mañana, cuando hayamos terminado.

Explica a Erhard la manera en que ha de entrar a través del patio y llamar después con los nudillos a la puerta número 2. Exactamente a las 20.30, justo antes de que la tienda cierre. ¿Que si es goloso? ¿Que si le gusta comer tarta, chocolate, dátiles?

—Tarta —dice Erhard, sin saber por qué lo pregunta.

—Perfecto —aprueba Fernando.

Se levantan. De manera repentina, Erhard se ve vencido por el cansancio y el hambre. Como si el tener conciencia de que ahora puede comprarse una ración de gambas a la plancha en la esquina de abajo lo hubiera dejado extenuado por completo. Fernando Tamariz abandona el bazar de electrónica y Erhard se queda sentado en la trastienda aún un par de minutos, antes de que acuda Cormac.

—Santa María de Dios, ese hombre sí que está completamente loco —dice Cormac mientras coloca una caja con pilas sobre una balda—. Estás desesperado, Ermitaño. Un hombre ha de hacer todo lo posible para sobrevivir, pero esto de ahora se llama *desesperación*.

—¿Has estado escuchando?

—Por supuesto que sí. Y cada palabra que oía me sonaba demencial. —Cormac se ríe—. Robarle a un memo no es destino para un hombre.

—A mí me parece que está bien. —Erhard piensa sobre todo en su dinero.

—Puede ser. Pero incluso el loado bardo sabía en aquel entonces que las cosas que parecen ser de un modo no siempre lo son.

—El hombre necesita ayuda y yo lo puedo ayudar. Es así de simple.

—Me caías mejor cuando eras un honrado taxista —asegura Cormac.

—Pero no por eso dejas de recomendarme a los raritos de la ciudad.

—Podéis formar un club. Pero conmigo no contéis. Ya tengo suficiente con mis clientes especiales. Chao —dice como despedida.

—Te agradezco que me hayas prestado el despacho, Cormac. Volveré dentro de poco con una Kilbeggan. No me olvido.

13

Le

Por la tarde se encuentran en el ayuntamiento, donde consultan el nombre del padre en un registro sin encontrar nada. La señora de la oficina parece tener miedo de Le. Y miedo incluso de decir cualquier cosa. Luego recorren una calle larga con una fila de taxis. Hablan con algunos hombres que conocen al padre. Uno es un joven con barba negra. Señala la tarjeta de Vic antes de marcharse en su taxi. El otro es grande y parece un pederasta. Está sentado rellenando una quiniela. Su voz es ronca y estrangulada, como si cada palabra tuviera que abrirse paso a través de los órganos. Le no quiere tener nada que ver con él. «Es un don nadie cabrón», dice, cruzando la calle para sentarse en la terraza de un café. Vic, esa perra, se ríe y se atusa el cabello como si estuviera en ABBA.

Le mira el móvil, que se ha quedado sin batería. En el café se escucha un remix St. Etude de 2001. Al final del mostrador hay un oxidado teléfono de monedas. Cambia un billete en la barra y marca el número que tiene apuntado en el brazo entre los tatuajes. Nadie lo coge. También esta vez sólo se oyen los tonos de llamada.

Pide una cerveza contra las migrañas, aunque sabe que la empeorará, y está a punto de salir de nuevo cuando suena el teléfono. Descuelga pero no dice su nombre.

—¿Te quires? —pregunta un hombre. «¿Qué quieres?» Hasta donde ella entiende.

—Mona Lisa, cinco miligramos, veinte pastillas —dice en inglés. Silencio.

—¿Estás loca, estás en tu sano juicio, madame? —pregunta una voz. Con tono grave—. ¿Eres tú quien me ha llamado tres veces?

—Sí —contesta.

—Déjalo ya.

—¿Puedes conseguirlas o no? —insiste ella, sintiendo que el dueño del café la está mirando.

—Cincuenta. Mil euros.

—¿Cincuenta? Son demasiadas. ¿Veinte?

—Cincuenta. Mil quinientos euros.

Fuck you.

—Lo que sea —dice ella.

—Te enviaré la dirección. —Él cuelga.

Ella deja el auricular y su cerveza en sus puestos. No debería haberlo llamado desde su propio teléfono móvil. Ahora ya es demasiado tarde. Se llena la mano de pistachos de un pequeño bol y los come como una ardilla, uno tras otro los saca de la cáscara con la lengua, no puede parar.

14

Erhard

La mejor comida que ha tenido en mucho tiempo: finas tiras de carne de cabra en espesa salsa de tomate, un par de dátiles enrollados en tocino mantecoso, pequeños calamarcitos azules bien fritos con gruesos trozos de ajo, dos sardinas de un dedo de longitud asadas hasta perder su identidad sobre un denso aceite de oliva con chili. Le lleva mucho tiempo elegir los platos y calcular la suma de ellos. Se conforma con el tinto de la casa en una copita, el más barato que hay. Se queda allí casi dos horas mientras chupa, saborea, sorbe aceite con el pan blanquecino. De vez en cuando lee *La caída de Orfeo*. Tiene ilustraciones muy bonitas: Val se aloja en el miserable hotel de un pueblo donde todas las mujeres en camisa algo desabotonada se parecen a Raquel Welch. Siete paneles, dibujos, muestran la quietud del pueblo, el tempo. Entre otros, el pozo de una mina con un viejo cubo golpeando contra la estructura de madera.

Fuera, los turistas pasan justo al lado, los taxis se precipitan calle abajo en dirección al puerto. Una calle de tránsito impenitente, el local no tiene encanto alguno, las mesas están demasiado juntas y el menú resulta ilegible por las es trastocadas, producto de la dislexia del dueño, y por los guiones en el lugar más inesperado. El sitio no tiene nombre alguno, sólo un viejo rótulo en la parte superior de la fachada con la palabra TAPAS. Rara vez está repleto de gente; sin embargo, el restaurante ha sobrevivido más de quince años, es el lugar adonde un taxista puede enviar a los turistas por ser uno de los más baratos, al mismo tiempo que ofrece una buena muestra de la cocina majorera. Además, se encuentra tan sólo a un par de minutos de la tienda de Fernando Tamariz. Son las ocho pasadas.

El dueño pone sobre la mesa un vaso con la cuenta enrollada. Erhard deja uno de los billetes de Fernando.

—¿Conoces a Tamariz, Fernando Tamariz? Tiene una filatelia en Isaac Peral —pregunta al dueño, quien se frota el incisivo postizo con un trapo.

—¿Dirección de sellos? —inquire éste.

—Eso es —dice Erhard.

—¿Y qué si lo conozco? —replica el dueño.

—¿Es un hombre honrado como tú?

—¿Y qué si lo es? —dice el dueño.

Erhard se levanta.

—Gracias por la comida. —Entonces se acuerda de algo—: ¿Has oído hablar de un restaurante en Puerto que se llama Mirador?

—No se puede abrir un restaurante aquí en la isla sin que quite clientes a los demás —espeta el hombre.

—¿Sabes algo del sitio?

—¿Y qué si lo sé?

Erhard abre la puerta y, cuando está saliendo, el dueño le grita:

—¡Lo único que te puedo decir es que no hay pescado en la sopa de pescado! —Se queda de pie con el vaso y los platos en las manos, mirando a Erhard, pero no añade nada más.

Sin decir palabra, Fernando Tamariz lo hace entrar en una estrecha trastienda más oscura de lo normal. Hay estanterías con cajitas y carpetas desde el suelo hasta el techo. Más allá, en un hueco de la fila de estanterías ha agrandado una de las baldas para colocar una pantalla de ordenador, un teclado y una lamparita de oficina con luz amarilla. Junto al ordenador hay un periódico, una tartita, una botella de vino y un vaso de agua. También hay un cuenco con bolígrafos, pinzas, dos grandes lupas, extrañas minirreglas y escalpelos.

—Aquí tienes tarta y vino —indica Fernando Tamariz con voz amortiguada—. No debes entrar en la tienda porque te pueden ver. Puedes sentarte aquí a leer o usar el ordenador. Pero lo fundamental es que no te duermas.

—Me estás poniendo nervioso —dice Erhard.

—Nunca se sabe lo que se les puede ocurrir.

Fernando cierra la puerta de la trastienda al marcharse. Sus pasos desaparecen. Erhard se queda sentado envuelto en la oscuridad de la tienda. La luz azul de la pantalla. A pesar de que todo esté apagado y cerrado se oyen muchísimos ruidos: agua que corre por una tubería, un niño que llora y ríe, una lavadora que centrifuga, una estridente canción de rock saliendo de un coche que baja la calle. Se sienta en la cutre silla de oficina y gira un poquito. La tarta es un cuadrado blanco azucarado, glaseado con un corazón. Se queda mirándola, pero la aparta. Echa una rápida ojeada al periódico local. Dedicar varias páginas al campeonato de windsurfing y kitesurfing que comienza el martes. Incluye una foto del favorito, el surfista holandés Van Heemskerck, suspendido en el cielo con vela y tabla.

Sobre la mesa hay carpetas. Elige un par de ellas y las hojea una por una. Están repletas de páginas enfundadas en plástico que contienen sellos. En la mayoría de las fundas hay dos o tres sellos, pero algunas tienen sólo uno. Son sellos norteamericanos, franceses, indios y rusos, antiguos y nuevos. Alguien ha hecho anotaciones en etiquetas amarillas que sobresalen de la carpeta. Parecen nombres. Junto a una de las etiquetas amarillas hay un único sello. Procede del Deutsches Reich: una imagen roja y estrecha de Hitler sentado de perfil con un perro. En la esquina pone diez RM, diez reichsmark o marcos imperiales. Una lengua alemana, por ejemplo, una lengua de un ama de casa, ha lamido este sello. Una carta ha viajado a través de la Alemania en guerra. Las palabras de la matrona, noticias sobre la guerra, de la ciudad, del hogar, han

llegado hasta otra persona.

Erhard saca una lupa del cuenco para observar la fina línea roja que serpentea sin interrupción desde el mentón de Hitler y baja hasta la mano en el cuello del animal. Ve perfectamente que apretuja al perro llevándolo hacia sí, oprime los dedos, sólo se distinguen cuatro hundidos en el pelo corto. Sin la lupa se ve un Hitler severo y terminante, pero con ella se percibe una raya junto al ojo que lo hace parecer preocupado, como si el perro estuviera gimiendo o anhelara salir corriendo a un lugar desierto. En la casa familiar, cuando Erhard era pequeño, tenían un pastor alemán de nombre *Pax*, pero como ladraba a los escolares que pasaban por la acera, el vecino lo llamaba *Blondi*, igual que el amado pastor alemán de Hitler, un perro pastor de un marrón rojizo similar a un oso, al que le quitaron la vida en el búnker en 1945, al mismo tiempo que Hitler se suicidaba. El perro del sello no es *Blondi*, sino un perro de hocico afilado similar a una marta. Quizá no fuera *Blondi*, a pesar del nombre, lo bastante ario como para estar en un sello, a lo mejor *Blondi* fue una de las muchas debilidades de Hitler, un *affaire* secreto con un impuro perro de peluche mestizo, que hay que mantener oculto fuera de la vista, en remotas fortalezas del águila y refugios herméticos. Así que cuando se trata de hacer sellos hay que elegir una raza aria y domar al perro para que actúe según el prototipo que representaba el hombrecillo del bigote. La opresión capturada en la esquina de cada carta enviada a lo largo y ancho del Reich.

Hay un reloj sobre la puerta que da a la tienda.

Sólo lleva aquí diecisiete minutos.

Martes

15

Erhard

No duerme, sentado rígido en la silla oye pasar una moto por la carretera, puede ver los cables del techo y oír el reloj que hay sobre la puerta, aunque no debería porque no tiene segundero, sólo un escuálido brazo que señala los minutos, engranajes que crujen, y eso es todo; lo demás está envuelto en la oscuridad, negra y tupida como una tela, donde los ojos ven a través de finas hendiduras, la mujer rodeada de alfombras envueltas, la puerta se abre, ella le tira piedras, le susurra al oído «¿bailamos?», un cangrejo entre tiestos, el aliento cálido de Mónica, un soplo que viene de la calle, agradable como curry en la mejilla, un paño rojo, agitado bajo la nariz, visto a través de pendientes gigantescos.

Hay alguien en la tienda.

Erhard está despierto.

Mira a su alrededor, hacia la salida trasera. Hay una pizca de luz. Sólo consigue ver cierto movimiento entre las estanterías, algo que refleja la luz, quizá una linterna. Entonces oye que encajan la puerta.

—Eh, alto —dice Erhard, sin elevar demasiado el tono.

Se pone en pie y se precipita hasta la puerta. En la oscuridad tarda un instante en abrir el cerrojo. Es de éstos en los que hay que usar las dos manos, al tiempo que uno tira hacia sí de la puerta. El patio está oscuro, le es imposible ver por dónde va. Camina a tientas y pasa por encima de tubos, hoyos, basura. Palpa siguiendo la curva de la esquina y continúa hasta el interior del pasadizo entre los edificios. Va a decir alguna cosa más pero no lo hace. Ahora hay una débil luz de la calle y acelera todo lo que le permiten sus piernas. Lleva mucho tiempo corriendo. Puede que muchos años.

Isaac Peral está desierta.

Mira hacia ambos lados. Nada se mueve, no hay personas ni coches ni motocicletas. Ningún Fernando. Ni siquiera una rata cruzando la calle. Unos cinco metros más arriba, frente al restaurante de tapas, zumba una farola de luz amarilla, rodeada de insectos. Nada más, el resto está en silencio.

No pueden ser más de las dos o las tres, es martes de madrugada. El momento en el que muere la calle, y la ciudad, la isla, el mar. Los taxistas descansan en los coches si tienen guardia.

Lo sabe por los viejos tiempos.

Aun cuando supiera qué camino había de tomar, no se sentiría en condiciones de perseguir a nadie calle abajo. No es capaz de alcanzar a nadie ni de someter a un ladrón. Y menos a dos. Porque parecía que eran dos. ¿No parecía como si fueran dos?

Eleva la vista hacia las viviendas frente a la tienda. Blancas por las cortinas. Sin embargo, en el segundo piso percibe el movimiento de una cortina. El viento quizá. O una mano que ha soltado la cortina de golpe.

Regresa a la tienda. Mira el cerrojo bajo la pésima luz, pero no hay nada que ver. No ha sido forzado ni tiene un solo rasguño. Debería llamar a la policía, pero eso es cosa del propio Fernando Tamariz si así lo quiere. Apaga de nuevo la lámpara. La tarta ha desaparecido. No recuerda si se la ha comido él.

16

Erhard

Esperará hasta que Fernando Tamariz regrese. Van a dar las nueve. Van a dar las diez. Erhard ya ha hecho su parte. El tipo le debe doscientos. Mira a través de la tienda la ventana superior del edificio de enfrente. La cortina cuelga sin moverse, como pegada al cristal.

Al no haber novedad alguna a las diez y media, Erhard sale por la puerta trasera y baja la calle. Ya volverá más tarde. Ahora en la ciudad hay bastante ajeteo. Una madre y un hijo corren para coger el autobús.

Desde Playa Cho Leon, Erhard mira hacia abajo al puerto. El nuevo casino. No tiene ganas de arrastrarse ante Marcelis, pero sabe que debe intentar aprovechar cualquier oportunidad. Necesita hacer algo. No puede quedarse esperando a que el filatélico le pague.

La puerta se abre ante él, la recepción parece un hotel. Hay fuentes con grandes bogavantes de cristal, dados de mármol y una alfombra azul que dirige a la gente hasta la ruleta.

—Marcelis Ossasuna —dice, como si tuviera una importante cita de negocios que no precisa de mayor explicación. La chica teclea con velocidad en un dispositivo.

Poco después aparece junto a Erhard un hombre chino con camisa y chaleco.

—Hay que bajarlo con el señor Ossasuna —explica ella, como si Erhard fuera un paquete que hubiera que transportar lo antes posible.

El chino muestra el camino y Erhard lo sigue. Camina deprisa, pero sostiene las puertas ante Erhard y le enseña por dónde ha de ir sin dar explicaciones. Bajan por un largo corredor, pasan junto a una fila de despachos y habitaciones con pantallas y ordenadores. Atraviesan un vestuario donde un joven está limpiando zapatos, pasan junto a una habitación oscura que tiene una gran mesa de comedor con un periódico. Luego bajan por una escalera, recorren una alargada cocina, que además sirve de almacén, donde hay tres niños de pie cortando tomates. Se nota un olor aplastante a cemento y sal. Un camarero pasa llevando una bandeja con vasos. Otra cocina aún más larga con un cocinero que corta un enorme y repugnante pescado, por un breve instante el olor a ajo ahoga el hedor del sótano. Llegan hasta una nueva escalera. Ésta hay que subirla. Junto a la escalera hay un gran colector de ropa para lavar, montones de camisas sucias, paños y manteles, todo lleva bordado en azul el bogavante del casino con las cartas entre las pinzas.

Al final de la escalera hay una habitación impresionante, con vistas al sombrío recinto del

casino por medio de un cristal tintado. Hay amplios sillones, un pequeño estrado y un bar chiquitito. Atraviesan una puerta más y un largo pasillo, y por fin a mano izquierda entran en un despacho con las dimensiones de la casa de Erhard. Al escritorio se sienta Marcelis.

La puerta se cierra tras Erhard.

—Míster Extranjero en persona —dice Marcelis mientras firma algo.

Erhard ya se está arrepintiendo. Si no fuera tan largo el recorrido por el edificio, se habría marchado enseguida.

—Uno de tus empleados me dijo que debía dirigirme a ti.

—Hasta donde yo sé, Josep te pidió que te mantuvieras alejado de nuestro palacio.

—Un palacio inundado.

—Ya no. El agua ha desaparecido, nos tomamos los negocios muy en serio, y el que diga lo contrario que se vaya a la mierda. ¿Necesitas una mano para pagar el alquiler? Palabras vaticinó que esto ocurriría antes o después.

—No necesito la ayuda de nadie.

—He oído que ya no conduces taxis. A lo mejor tendrías que habértelo pensado.

Erhard continúa de pie.

—El comité no me renueva la licencia.

—No voy a mezclarme en ello, no estoy en ese ramo, demasiado jaleo.

—Pero conoces a dos de los que están en el comité.

—Oh, por Dios. —Tira el bolígrafo en la mesa—. Al fin y al cabo, ¿no eres un poco mayor para estas cosas? ¿No puedes jugar al dominó en la plaza como los demás?

—Podría ser. Pero primero me gustaría pagar mi alquiler.

—No sé exactamente qué es lo que le has hecho a Palabras, pero está harto de ti. Uno de sus gorilas, Charles, me llamó para decirme que vendrías y jugarías al comisario Castilla. Me envió hasta un retrato de tu fea cara para difundirlo entre mis empleados. —Marcelis revuelve sus papeles buscándolo.

—Creía que Alphonso Suárez era tu jefe.

—Suárez se ocupa muy bien de las formalidades, reuniones bancarias, la prensa, ese tipo de cosas; yo me encargo del resto. Pero tú sabes cómo es Palabras, no puede dejarlo estar. Y por algún motivo él tenía la sensación de que ibas a venir.

—Seguro que hay algún que otro trabajillo en este lugar. Algo de lo que no os apetezca ocuparos. La chica del guardarropa que roba propinas. Esa clase de asuntos.

—Hay un empleado que ha estado jugando con los botones de nuestro sistema de refrigeración. Eso es lo que hay. Pero le va a pesar. En todo caso, a Palabras no le haría mucha gracia que te ayudara, aunque sólo fuera con un trabajo de lavaplatos.

—A lo mejor algún crupier se lleva fichas a casa...

Marcelis se ríe. En alto.

—Fíjate. —Señala una pantalla de televisión—. Nadie, nadie roba cuando el local entero se halla envuelto en cámaras, *state of the art*, por todos los santos, Jorgenson, tenemos dos empleados que se ocupan de la seguridad. Josep es uno de los tipos duros de la profesión. Desde luego me das verdadera pena, una parte de mí querría ayudarte, la misma que siente ternura por

unos simpáticos cachorros o cosas así que cuelgan en internet. Pero después de lo que ocurrió el año pasado y con Palabras buscándote, aquí eres hombre muerto.

—Poético —dice Erhard.

—Hoy eres un perro, mañana un mono, como se suele decir.

—Es mejor que te dediques a las amenazas —replica Erhard, yendo hacia la puerta.

—Podría hacer que Lin te diera un repaso mientras aviso a Palabras. Le gustaría recibir una llamadita, estoy seguro de ello.

Erhard regresa por el mismo camino por el que ha venido. Se le da bien recordar este tipo de cosas. Se graban a fuego después de tantos años por las calles. Atraviesa la habitación de la cristalera, baja la escalera, cruza la cocina. Los trabajadores no levantan los ojos, intercambian alguna que otra veloz apreciación, un chaval con bigote friega una olla con un gran cepillo. Dos de los que están en la cámara frigorífica tienen la piel oscura, árabes quizá.

Vuelve a subir a la parte de arriba, donde el chino de antes le sale al encuentro, lo acompaña por la recepción hasta la salida, y lo empuja a través de las puertas automáticas, que se cierran tras él.

Erhard

Pasa de nuevo junto a la filatelia, que aún está cerrada y a oscuras. Si todo hubiera marchado según lo planeado y tuviera el dinero de Fernando, a lo mejor habría esperado hasta el día siguiente para hablar con la hermana Teófila. Pero como no es así, al llegar a la rotonda gira hacia la montaña y sube hasta Santa Marisa, que se halla encima del golfo.

Erhard no ha estado nunca antes en el interior de Santa Marisa. Lo habitual es que recoja a Aaz delante del portón y que lo deje en el mismo sitio. La hermana Liana suele estar esperándolos cuando vuelven. Sin embargo, hoy es una joven hermana de apenas diecisiete años la que lo introduce allí por una puertecita en la pared a la izquierda del portón. No quiere encontrarse con Aaz, no sea que crea que viene a recogerlo. A Aaz no le gustan los cambios. La chica lo acompaña a través de un patio reseco hasta llegar a una oficina blanca, encalada, con dos ventanucos en la parte superior. En el centro, una mesa oscura y vacía que no parece haber sido usada jamás para trabajo administrativo alguno. Es una habitación fresca y algo húmeda sin tener que utilizar aire acondicionado. Un milagro.

—Un momento, señor —dice la muchacha, y desaparece subiendo por una escalera empinada.

Pasa unos minutos en silencio. Entonces oye un sonoro resoplar acalorado al tiempo que aparecen los enormes pies de la hermana Liana y una mano que sujeta el hábito al bajar la escalera. Comienza a hablarle antes de que él pueda verle el rostro.

—Se le ha pedido que venga los miércoles, no los martes —dice. Ahora ya viene la cara. Pero eso no mejora las cosas.

—Sé muy bien qué es lo que acordamos, hermana. Pero no estoy aquí para recoger a Aaz, sino para hablar con la hermana Teófila.

Se queda mirándolo como si él se lo acabara de inventar.

—¿De qué tiene que hablar con la hermana Teófila?

—Teófila ha ayudado a una mujer en Puerto del Rosario, y ahora ésta necesita mi ayuda.

—Las actividades de la hermana Teófila se han de llevar a cabo en el interior de estos muros.

—Creo que por eso mismo ella me ha pedido ayuda, hermana Liana. No quiero ofender, pero sólo si hablo con la hermana Teófila podré sacar algo en limpio. —Piensa sobre todo en el dinero

que Aissata le ha prometido.

—Es probable que me ofenda. No obstante, viene fuera del horario de visitas. De hecho hay ahora una llamada a la oración. La hermana Teófila no va a recibirlo antes de que acabe la hora tercia. Si me confía esas cuestiones, yo se las haré llegar a la hermana Teófila.

—Puedo esperar.

—Va a esperar bastante.

—No soy impaciente.

—No tiene un aspecto muy saludable, señor Jorgenson.

—Gracias por tu interés, hermana Liana. No he dormido demasiado bien.

—No estoy preocupada por su salud, es una crítica a su modo de vida. Por el bien de Aaz espero que mantenga lo que acordó con la señora Mónica.

—Lo hago por Aaz y por Mónica —dice Erhard—. Y por mí. Ambos significan mucho para mí.

—Sería de extrañar que usted no sacara partido de ello.

—Si me lo permites, esperaré aquí hasta que pueda intercambiar unas breves palabras con la hermana Teófila.

—Por supuesto, espere.

La hermana Liana sube de nuevo la escalera. Una vez más, Erhard se fija en los pies que sobresalen bajo el hábito. Los ve de manera fugaz como un pálido pergamino reventado por gruesos pelos.

Tras haber esperado hora y media, Erhard empieza a dudar de si Liana le habrá dicho algo de su visita a Teófila. De vez en cuando oye voces en el edificio, puertas que se abren y cierran, una campana. A pesar de las paredes blancas, la habitación cerrada y casi sin aire parece un sepulcro.

Erhard sube un par de peldaños en la escalera y ve un largo, oscuro pasillo con puertas a ambos lados. Al final del pasillo hay una puerta de doble hoja. Le dan ganas de bajar por el pasillo y llamar a alguna de las puertas, pero está seguro de que si Liana lo ve haciendo semejante cosa, va a tener problemas. Se abre una puerta. Una monja sale y se apresura hacia el otro extremo del pasillo.

—Disculpe, hermana, la llama Erhard.

Se vuelve, pero a la escasa luz del pasillo no puede verle el rostro, tan sólo la parte superior de la toca blanca.

—¿Le podrías decir a Liana que necesito, por favor, hablar un momento con Teófila sobre Aissata? Es importante.

La mujer se lo queda mirando en la penumbra para desaparecer a través de las puertas dobles. No parece que haya captado el mensaje, ni siquiera entendido sus palabras. Vuelve a echar una larga ojeada al pasillo. Nada, está más silencioso si cabe que antes. A lo mejor ha terminado la tercia, pero ha comenzado una nueva ronda de ruegos. No conoce demasiado el sistema católico, pero en música a la tercera le sigue la cuarta, después la quinta, la sexta y así continúa. Describen las distancias entre tonos. Dios al modo de un instrumento descomunal. Una espiral de tonos,

oraciones y cánticos que gira como un tornillo a lo largo de su camino hasta el cielo.

Sobre la puerta cuelga un marquito con un pasaje, un recordatorio antes de salir: «No abrigues temores ni te acobardes, porque el Señor, tu Dios, está contigo por donde vayas. Libro de Josué, cap. 1». Erhard toca el marco, está hecho de madera barata. El mensaje suena furibundo, dominante, aunque es probable que aquí, en este lugar, la idea sea transmitir confianza y hasta se pueda interpretar de forma cariñosa. A lo mejor, la hermana Liana quiere con ello recordar a las monjas que sus pensamientos y actos son vigilados.

Puede que Teófila no se atreva a venir a verlo.

Habrà que ir pensando en hablar con ella en otro momento. A lo mejor mañana, cuando, de todos modos, acuda a recoger a Aaz. Puede ir un poco antes e intentarlo de nuevo, quizá Liana le deje hablar con Teófila cuando lo vuelva a ver. Sale al patio y luego a la calle. El sol está en lo alto del cielo, pica, hace daño. Desliza la vista montaña abajo hacia Corralejo, como un puñado de cubos sobre una alfombra gris, con el mar retorciéndose entre la costa, y mucho más allá la isla de Lobos y Lanzarote. Si el dios de ellas tuviera que pasar alguna vez por Fuerteventura, seguro que se aburriría en su propia casa; en lugar de eso se dejaría tentar por las perezosas playas, la ciudad deshilachada y los bastos nudos de roca en un mar ralo, seguro que sí. Ya pueden rezar las hermanas sus oraciones de la noche y encender velas sin que alguna vez reciban visita.

Conduce por la FV-101 en dirección sur y sigue por la FV-10 este, hacia Puerto. Considera la posibilidad de encender la emisora del taxi y pedir ayuda para encontrar el restaurante, pero sabe que eso va a generar multitud de comentarios por parte de los conductores. En la gasolinera de la Matilla, toma prestado el teléfono por un euro y llama a la central. Está Isabel. Por la razón que sea, siempre le agrada hablar con Erhard. Él le pregunta si conoce el Mirador. Ella conoce todos los restaurantes de la isla, pero no el Mirador. Cree que debe de ser nuevo. Le pide que espere un momento. Oye cómo pregunta a los conductores a través de la emisora. Pasa un minuto o algo más antes de que empiecen a llegar las respuestas con un sonido áspero, algunos se ríen, otros responden que no saben. «En Puerto en la zona del puerto, en Selos pero al este, antes era La Mouscita», dice uno. Parece Luis. Isabel coge el auricular y repite: «Abajo en el puerto, la parte este del barrio de Selos, donde estaba La Mouscita».

No puede tratarse de un lugar con clase. Selos es un barrio horrendo y La Mouscita tiene un pasado variopinto. Restaurante, bar con música, taberna de marineros y burdel. Y, por lo que parece, reconvertido ahora en restaurante otra vez. Mirador. Con vistas al puerto.

Todo el dinero tiene que ir al alquiler, pero necesita algo para el gasoil y algo para comer. En caso contrario no podrá trabajar.

Le atiende la mujer. Mira cómo la bomba cuenta decilitros y litros, los números que giran, tres, cuatro, cinco, y va sumando de cabeza. Siete euros y medio. Si encuentra hoy al cocinero desaparecido, quizá pueda pagar la mitad del alquiler esta semana.

18

Le

—Es la última vez que se lo digo. —La voz del telefonillo suena irritada.

—Nuestro equipo de investigación concertó una cita.

—Ya nos habéis molestado lo suficiente. Largaos ya. Está de viaje.

—Cuándo podemos... Hola... —dice Vic. No hay nadie en el otro extremo.

—Llama otra vez —pide Le, de pie sobre una roca para poder ver por encima del muro. Asoma algún tejado, una torre y un par de ventanas junto a un grupo de palmeras. Hay un olor a acuario, sonido atronador, azúcar.

—No sirve de nada. Está de viaje —señala Vic.

Magne ha comenzado a guardar la cámara en la bolsa.

—Es evidente que era una puta mentira. —Le pulsa el botón. —Déjalo ya, Le, lo único que vas a conseguir es empeorar las cosas. Es evidente que nuestro investigador ya los ha cabreado. Es así. No todo el mundo está dispuesto a participar. Ni aunque seas tú.

—Pero podrá hablar con nosotros cinco minutos. ¿No dijiste que era uno de los amigos de mi padre?

—Esto pasa con algunas personas. En cuanto llega alguien con una cámara, salen en la dirección opuesta. Pero eso ya lo sabes bien, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Sólo digo que no podemos obligar a la gente a participar.

—Estoy hablando de ayudar. Si de verdad es amigo de mi padre. —Le lanza una piedra por encima de la puerta—. ¿Es muy rico?

—Mucho, obviamente. Cambiaremos el plan —dice Vic—. No tendríamos que ir a la casa hasta mañana, pero bien podemos hacerlo ahora.

—¿La casa?

—De tu padre. Está a un cuarto de hora de aquí.

—¿Y por qué demonios no hemos ido allí todavía?

Vic le lanza una mirada.

—Porque es mejor así. Que nos lo tomemos con calma y tranquilidad.

—Mejor para vosotros.

—Mejor para ti. Ahora vamos a comer y luego iremos para allá. Será lo mejor. Podemos tratar de llamarlos mañana, tal vez cambien de idea. El año pasado cuando fuimos... ¿Qué vas a hacer?

Le baja la calle. El camino es irregular y quema bajo sus deportivas. En el lado izquierdo hay casas grandes con amplias puertas de entrada y garajes cerrados. En el lado derecho no hay acera, sino unos altos arbustos. Después de unos cincuenta metros Le se detiene. Vic y Magne van hacia ella, Magne con la cámara por delante. Le echa una rápida mirada hacia atrás, separa los arbustos y se arrastra entre las ramas y las telarañas y el polvo que cae de las hojas. Al llegar a la zona en sombra, puede ver la pared amarilla que rodea la casa. Tiene más de tres metros de altura y termina con cinco filas de alambre de púas que se apoyan sobre la pared. Está claro que alguien, tal vez un jardinero, ha cortado y eliminado las ramas y los arbustos que estaban demasiado cerca de la pared.

Camina a lo largo de la pared, salta por encima de ramas, piedras y cartones que el viento ha arrastrado. Es excitante atravesar la maleza de ese modo. Oye los pasos de los otros, a Vic llamándola. Llega a una zona sin vegetación en la que se puede ver el muro, alguien ha escrito sobre él con un aerosol, pero las palabras y el dibujo se han intentado lavar o se ha pintado encima. El texto no lo entiende, el dibujo parece representar a tres hombres pequeños uno al lado del otro, el del medio está del revés y da la sensación de que los otros dos lo sostienen cabeza abajo. Le no se detiene; se dirige a un árbol espeso y enredado cuyo tronco se inclina sobre la pared. Se levanta sobre sus deportivas y se agarra de la rama más baja, que está a la altura de su cabeza, y se encarama. Es difícil. Utiliza el brazo derecho y ya está en la segunda rama, rodeando el árbol. Alguien ha cortado varias ramas grandes, pero siempre encuentra un nuevo lugar para colocar el dedo gordo del pie y el fuerte dedo largo para poder seguir ascendiendo. No lo había hecho desde que era una niña, cuando subía al árbol del jardín y cogía cerezas. Ella y Mette las vendían en pequeñas bolsas de plástico por diez coronas. Luego se las mostraban a los adultos, que les permitían ir al videoclub a comprar delfines de espuma y alquilar una película. Entonces era fea y tenía miedo a las alturas, una niña de papá. Ahora no es nada de eso. Continúa subiendo por el árbol, y abajo llegan Vic y Magne. «Es peligroso trepar a los árboles», alcanza a oír a Vic desde algún lugar bajo las ramas.

Le se impulsa hacia arriba, hacia dentro, y ya está suspendida sobre la pared, en un lugar por encima del follaje desde donde por primera vez puede ver la villa. Justo debajo de ella, cerca del muro, hay un pequeño anexo, un edificio de madera de reducidas dimensiones, de tejas negras y rodeado de plantas, un olor a anís, hilos. Y por el otro lado, apenas visible sobre el tejado y a aproximadamente un centenar de metros dentro del jardín detrás de palmeras y algunos arbustos azulados, hay una piscina cuadrada con azulejos blancos y negros, una terraza blanca en varios niveles, inundada de estatuas, una casa grande y monstruosa con profundas ventanas, rematada con agujas, columnas y balconadas. Detrás de la terraza se ve un invernadero plano con una palmera que atraviesa el tejado.

En la piscina hay dos chicas negras, cada una en su colchón inflable.

En la terraza, bajo una vela aleteante, tendida desde el invernadero hasta dos grandes puertas que se abren en la casa, se encuentra comiendo junto a una mujer un pequeño español de tonos

beige. La mujer está sentada de espaldas y Le sólo puede ver su sombrero y un brazo apoyado en el reposabrazos de la silla. Él come como si estuviera enfadado o solo a la mesa. Corta con rapidez un trozo de carne, le da vueltas en el tenedor y lo mastica mientras observa el jardín, mira a las dos muñecas de la piscina, mira su vino blanco contra el sol, mira una tira de salsa o de aderezo que ha dejado y que aparta a golpecitos con el dedo índice, que luego se relame. La mujer no come, tal vez está hablando, está sentada dirigiendo la vista hacia la mesa. El viento le da la vuelta al sombrero, que está atado bajo la barbilla o sujeto con agujas, se mueve, queda torcido, pero no sale volando. Bajo el sombrero puede ver algunos rizos sin brillo.

La voz de Vic, suplicante y amenazante, bajo ella.

—Le, baja, baja, Le, estás haciendo una tontería.

Otra chica negra sale de la casa y se queda junto a la mesa sirviendo vino. Hasta el mismo borde de los vasos. Luego va detrás de la mujer y tira de su silla. Es una silla de ruedas. La chica negra empuja la sillita por una rampa y lleva a la mujer a la casa. El hombre de la terraza las sigue con la mirada. Bebe vino blanco y rebusca en su bolsillo, de donde saca un cigarrillo que enciende después de varios intentos. Le oye los chasquidos del encendedor como una pistola húmeda.

—Es un maldito mentiroso —dice Le—. No está de viaje. Está ahí sentado bebiendo vino blanco.

Desliza el pie por la rama y gira el cuerpo hacia delante. Casi puede poner la punta del pie sobre la parte superior de la pared. Durante un momento la rama se cimbrea y ella toma impulso. Se oye un gritito de Vic y el noruego dice «cashate». El árbol cruje y se agita, Le suelta la rama y se queda de pie sobre el muro.

—¡No, Le! —Es lo último que oye de Vic. Luego baja al techo del anexo y se descuelga hasta el jardín.

19

Erhard

El Mirador parece una caja recién pintada, con el nombre del restaurante impreso en las sombrillas. Una reluciente mancha blanca en medio de las andrajosas construcciones del puerto, garajes deslucidos, europalés apilados de cualquier manera y cúteres incautados. Todo da la impresión de estar en paz y armonía.

Y al mismo tiempo hay algo que no encaja. Inquietante como una trampa para osos.

Evita ir hacia allí. Se sienta en un carro de la compra volcado y mira el agua mientras observa de refilón el restaurante un poco más abajo. Se oye ruido alrededor, cosas que golpean, hombres que aplauden, pero en el puerto sólo se ve un hombre regordete que intenta pescar con un palo y una cuerda mientras bebe de una litrona de San Miguel.

Pasados unos minutos, Erhard se pone a caminar a lo largo de los garajes y las ventanas con tablones, sobre los agujeros abiertos en el camino y casi como por casualidad en dirección al Mirador. Mira a través de los cristales oscuros. No hay mucho que ver. Mesas puestas con servilletas sobre los platos. Una barra de tablas desnudas. Estantes con bebidas alcohólicas, vasos de vino y pajitas de colores con brillos plateados. Podría parecer un lugar preparado para una noche ajetreada. Pero no se puede afirmar si lleva así desde la tarde anterior o el año pasado. Da la vuelta al edificio. Hay una buena muestra de grafitis y líneas en un revoltijo incoherente. En la parte baja de la pared se ven tres garabatos de hombre dibujados con tinta china. Es el vandalismo barato canario. Sobre un cubo de basura hay dos gaviotas sacándole las tripas a una rata.

Oye sonar un teléfono en el interior del restaurante. Un timbre escueto, como si el teléfono estuviera estropeado. Vuelve a sonar, pero al fin se calla.

Empuja la puerta sólo por ver si alguien se hubiera olvidado de cerrarla. Se abre. Un olor a piedra cocida le abofetea la cara. Se asoma. En el centro de la habitación hay una cocina de gas con una olla, que chisporrotea y echa humo, del tamaño de un coche pequeño. Y de pie justo delante de la olla hay un alfeñique con el torso desnudo. Escucha música con unos enormes cascos mientras mira las burbujas danzar, el humo y el vapor de cientos de crustáceos. Levanta tranquilamente la vista hacia Erhard.

—¿Mercancías? —pregunta.

—No —dice Erhard.

Pero el chaval no puede oírle.

—Déjalo ahí —pide, y vuelve a fijar la mirada en la olla, como si algo importante hubiera desaparecido dentro.

—¿Dónde está el cocinero? —quiere saber Erhard.

El chaval se afloja uno de los cascos.

—Soy yo, yo soy el cocinero. Oswaldo Garcia.

Le sorprende. Un cocinero es grande y viejo. Éste es lo contrario. Casi tiene pinta de rehuir la comida.

—¿Dónde está tu jefe, Oswaldo?

—¿Y qué pasa si soy yo el jefe? ¿No vas a hablarme entonces como es debido, abuelo?

El chaval mira a Erhard con unos ojos apretados que parecen estar muertos, como los de una langosta, y se escapan del rostro afilado, ajado (asolado, con estragos, deteriorado, cansado, devastado) por una mala maría. Erhard tiene ganas de empujarlo dentro de la olla.

—Abdi. ¿Cuándo lo has visto por última vez?

—Abdi... —dice el muchacho, mirando hacia arriba mientras piensa.

—¿Cuántos empleados tenéis?

—No soy yo quien contrata.

—Eres jefe pero no contratas.

—Lo hacemos así. Vasco contrata a la gente. ¿Es camarero?

—Creo que cocina.

—El único que cocina aquí soy yo. Y Vasco.

—Es de Mali, un chico negro.

—Te refieres a nuestro lavaplatos.

Erhard se queda mirando al muchacho.

—Puede ser. ¿Cuándo lo viste por última vez?

—Hace varios días. La semana pasada, creo yo. Tenía guardia y no vino. Desde entonces no lo he visto. A lo mejor Vasco lo ha despedido.

—Entonces ¿cuándo fue la última vez que lo viste?

—El miércoles. Estuvo aquí hasta que cerramos.

—¿Y cuándo cerráis?

—A las once de la noche. Pero se fue un poco antes. —El chaval cuelga un enorme cucharón en el borde de la olla—. ¿Por qué lo preguntas?

—Soy amigo de la familia. Busco a Abdi.

El muchacho se ríe con un peculiar jadeo ronco.

—Buenísimo. Amigo de la familia.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Ese pobrecillo no tiene familia, por lo que sé es un refugiado.

—Sus vecinos no lo han visto desde hace varios días. Están preocupados.

—Buenos vecinos —dice el muchacho, y reanuda la tarea de dar vueltas al contenido de la olla—. Pero entonces saben también que él no debería estar aquí. Seguro que por eso ha

desaparecido. Ha decidido volver a África.

—Ninguno quiere volver a Mali.

—Lo que sea. Pero yo no sé dónde está.

—A lo mejor tu jefe, Vasco, lo sabe.

—Él no es mi jefe, yo soy mi propio jefe.

—¿Dónde puedo encontrarlo? ¿Pasa por aquí más tarde?

—Vasco se pasa cuando le va bien.

—¿Tienes su número de teléfono?

—Sólo se llama a Vasco cuando es importante.

—Es importante. ¿O no has entendido nada, gilipollas? Abdi ha desaparecido. —Erhard eleva al chaval y lo aplasta contra la olla.

—¡Ay, joder! —Se quema con los bordes de la cocina.

—Dame el número de tu jefe, de Vasco.

—Está allí, debajo del teléfono. —Señala la puerta que da al restaurante.

—Tomo prestado vuestro teléfono —dice Erhard mientras atraviesa las puertas batientes y entra en el restaurante.

Justo delante de él se halla la caja registradora y a la izquierda hay una mesa alta con un gran teléfono negro y una agenda. Erhard levanta el teléfono. Ve una pegatina que tiene apuntados tres números de teléfono. Y al lado de cada uno de ellos figura una letra. P. V. F. Erhard cree adivinar que la V significa Vasco. Marca el número en el teléfono y escucha los tonos.

—Aló —dice una voz. Parece joven.

—Pásame a Vasco.

Vuelven a sonar los tonos.

—Diga.

Erhard no tiene muy claro cómo seguir, pero la conversación ya está en marcha.

—Oswaldo me ha dado tu número. Busco a uno de tus empleados, Abdi, un maliense. ¿Puedes decirme cuándo lo viste por última vez?

—¿Quién has dicho que eras?

Erhard reflexiona.

—Jean Boulard.

—¿Eres de la policía?

—No.

—Entonces ¿por qué habría de contestarte?

—Soy amigo de Abdi.

—¿Y por qué lo buscas?

—Porque ha desaparecido.

—Seguro que se esconde de la policía. Así pasa con los refugiados. Nunca debería haber aceptado tenerlo a prueba.

—¿A prueba?

—Ya sabes, para probar sus cualidades en el ramo. Por supuesto sin sueldo. No se puede contratar a un inmigrante en situación ilegal.

—Tu amigo Oswaldo dice que Abdi era un empleado.

—Ese muchacho está idiota. No sabe una mierda de esas cosas. Soy yo quien contrata a la gente, no él. Y no contratamos inmigrantes en situación ilegal.

—Pues no, como tú quieras. Me da igual si contratas o no a inmigrantes indocumentados. Lo único que me gustaría saber es si alguien lo ha visto después del miércoles pasado cuando estuvo trabajando aquí en tu restaurante. De prueba, naturalmente.

—Tengo tres restaurantes, pocas veces voy al Mirador.

—Oswaldo dice que Abdi tendría que haber venido a trabajar el jueves, pero que no apareció.

—Sólo sé que el maliense tenía una guardia de prueba el jueves. No remunerada. Y que no vino. Uno de los camareros me llamó.

—¿Siempre te mantienen así de informado acerca de las cosas más nimias? Tienes tres restaurantes.

—Me gusta estar al tanto.

—Entonces ¿sabes si la del miércoles fue una tarde ajetreada, cuando Abdi, que estaba a prueba, acabó a las once?

—Nunca tenemos tardes flojas, mis restaurantes van muy bien.

—Si tienes noticias de Abdi o te enteras de algo relacionado con él, por favor, contacta conmigo. Escribiré mi número de teléfono en un trozo de papel que dejaré colgado en el bar.

—Estoy convencido de que tu amigo de Mali se oculta en algún lugar. Muy lejos de todo. Pero si nos enteramos de algo, por supuesto que llamaremos. —La conversación se interrumpe.

Erhard vuelve a colocar el auricular en su sitio. Rasga una esquina de una hoja de la agenda y escribe «En relación con Abdi» y el número del Oleaje. Luego lo deja sobre la caja registradora. La agenda figura abierta en esta semana, de domingo a sábado. En ella hay reservas anotadas. Hora, número de personas, nombre, teléfono y un breve comentario. No hay casi ninguna. Erhard pasa las hojas hacia atrás hasta llegar al miércoles y jueves de la semana anterior. No figura más que una reserva el jueves, dos personas, nueve y cuarto, Muriel, pensión Nerea. Ninguna el miércoles. Ni el martes.

Vasco ha dicho que no tenía tardes flojas.

Erhard vuelve a avanzar las hojas hasta la semana actual. Apunta para el miércoles a dos personas, a las seis, Jean Boulard, postre por cuenta de la casa. Después sale a través de la cocina y al pasar da una palmada en la espalda a Oswaldo.

Erhard ya está con un pie en la bocacalle cuando se vuelve.

—Adiós, chaval, gracias por la ayuda.

El muchacho se limita a asentir.

—¿Alguna vez te has encontrado jaleo aquí en el puerto al volver a casa?

—No, nunca —dice el chico. Parece sincero.

—¿Alguien molestó a Abdi por ser africano?

—No lo sé. Desde luego, la mitad de los camareros y lavaplatos de Puerto son africanos. Puede que si se tratara de una chica... Aquí hubo una lavaplatos. Tenía el rostro destrozado y le gritaban por la calle. «Hocico de barro», «cara parrilla», cosas así.

—¿Quién le gritaba esas cosas?

—Otros africanos. Al menos eso es lo que ella decía.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos meses.

—¿Dónde está ahora la chica?

—No lo sé. Cambiamos mucho. Siempre hay nuevos.

—¿Viste en alguna ocasión a Abdi con otros africanos? ¿Con malienses?

—No. Era un tipo tranquilo. Siempre tenía prisa por volver a casa.

—¿Y eso?

—Miraba el reloj de ahí arriba muy a menudo. Preguntaba cuándo iba a tener libre.

Quería ir a casa con Aissata. La chica de la hermosa nariz.

—Incluso tomó un taxi. Eso es tirar el dinero. «Cómprate una scooter», le dije.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unas semanas.

La mirada del muchacho se detiene en la mano de Erhard.

Erhard empuja la mano dentro del bolsillo de los pantalones y va hasta la puerta.

El chaval hace amago de ponerse otra vez los cascos sobre las orejas.

—Puedes llevarte su camisa. Mañana tengo que hacer la colada y no me apetece lavarle su camisa. Que él se apañe.

Erhard mira hacia donde el chico señala. Detrás de una escoba y una fregona hay un cesto con delantales sucios y trapos. Erhard mira dentro de la cesta y remueve las cosas. Ve una camisa negra, húmeda con manchas blancas. La sostiene en alto, a contraluz.

—Es grande —dice Erhard.

El chaval asiente.

—Alto y delgado.

Erhard dobla la camisa. Se la llevará a Aissata. Nota que hay algo en el bolsillo, en un bolsillito a un lado del pecho que apenas se ve.

—He dejado mi número sobre la caja registradora —le dice al muchacho—. Llamad si tenéis noticias de él. O si te acuerdas de algo.

Pero el chico ya se ha puesto los cascos.

Una vez que Erhard se encuentra fuera del restaurante mira en el bolsillo de la camisa. Es una tarjeta de visita plegada. «IDEF. Instituto de Especialistas Fuerteventura. Calle Isla Graciosa, 88, 35600 Puerto del Rosario. Nuestra discreción garantiza el éxito del tratamiento.» Algún tipo de clínica. Figura un dibujo de una mujer en bata. «Sólo los médicos reales.» A lo mejor Abdi tuvo algún problema.

En algún lugar detrás de los edificios oye un coche que acelera con un chillido de los neumáticos.

20

Le

No pierde el tiempo. Quiere agarrar al gordinflón de beige. Pasa por delante de las muchachas negras de la piscina. La miran como si fuera una visión, un espíritu que ha surgido entre los arbustos. Siente el mármol caliente bajo sus pies y va directa a la puerta de la casa. Se oye música procedente de un viejo altavoz en algún lugar tras las cortinas, que aparta a un lado. Podría estar impresionada, pero no lo está. Le dan lo mismo las estatuas, los escudos pintados, los vetustos pianos de cola y las antigüedades. Son cosas viejas de un mundo viejo. La riqueza le dice aún menos. Está acostumbrada a entrar en los reinos ridículos, ha estado con los friquis de Minecraft, ha actuado para el fundador de Spotify cuando éste cumplió los veinticinco, ha cenado con el productor Pilfinger en su apartamento de Nueva York, justo después del famoso concierto en el Irving Plaza. Pero aquí, en un laberinto de salones, la riqueza es aún más prolija, casi vulgar.

En un comedor con una gigantesca mesa circular está la chica negra que servía vino. Ésta se vuelve y lanza un grito.

—¿Dónde está el hombrecito? —pregunta Le.

La chica señala hacia arriba. Y hacia abajo a la vez.

Al final del pasillo hay un recibidor y una gran escalera que se divide en torno a una balconada interior. En un lado de la escalera se ha montado un ascensor para minusválidos. Le comienza a subir cuando lo ve. En la distancia parecía colonial y distinguido. Ahora sólo se muestra como un hombre atormentado con demasiada ropa. Está fatigado y con la cara roja, y se limpia la barbilla cuando descubre a Le subiendo la escalera. Grita dos veces en voz alta el nombre de Charles, luego baja un par de escalones hacia ella y le habla en español.

—¿No sabes quién soy? —pregunta ella. El hombre no entiende inglés, parece como si sintiera que ella no pudiese expresarse—. ¿No sabes que tiene una hija?

Él vuelve a hablarle en español. Tono grave. Ahora ella siente que es un hombre con poder, un hombre cuyas palabras pueden derribar edificios o ahogar cachorritos.

En el recibidor entra un hombre, un auténtico toro. Deja una caja de cartón y se dirige hacia la escalera.

Ella se vuelve otra vez hacia el gordinflón.

—¿Qué te ha dicho de mí?, ¿qué te ha dicho de su familia?

—Se te hizo una oferta pacífica para volver a casa, pero no quisiste —señala el toro.

Ella reconoce su voz. Era con él con quien ha hablado por el telefonillo.

—Y ahora vienes aquí a empeorarlo. No queremos que ni tú ni los periodistas vengáis aquí a preguntar por cosas que no entendéis. ¿No te lo ha contado tu padre?

—Sois unos mentirosos —le dice al atocinado—. Sois unos jodidos mentirosos. Todos vosotros.

Espera que la agarren del brazo. Que le pregunten qué está haciendo allí y por qué ha entrado en su casa. Pero el toro es más rápido y violento de lo que ella podía imaginarse. En un instante le ha retorcido el brazo y le tira del pelo escalera abajo. El gordinflón mira cómo desaparece y sale por la puerta principal como si la hubiera despachado de un soplo. Le duele tanto el cuero cabelludo que no puede decir nada, las migrañas son sustituidas brevemente por un dolor extremo, como si las raíces del pelo estuvieran arrastrando los ojos hacia el interior del cráneo.

El toro la arrastra hacia la entrada de la casa. La mira fijamente a la cara, casi la olfatea.

—Eres un engendro, una patética yonqui. No te ahogo en la fuente sólo porque tus amigos están ahí fuera con las cámaras.

Otros dos hombres, más jóvenes, vestidos con chándal, han aparecido al lado del toro. La agarran de los brazos y la llevan a la entrada. La puerta se abre con un mecanismo ruidoso. A empujones, sacan a Le a la calle. Ve a Vic de pie junto al coche, inmóvil, Magne está grabando. La puerta comienza a cerrarse.

—No tenéis ni idea, os vais a arrepentir —asegura Le.

—Vete a casa, monstruo, y llévate a tu padre —dice el toro antes de que la puerta se cierre.

21

Erhard

Ha aparcado detrás de un edificio a unos doscientos metros del restaurante. Nada más girar la esquina ve que algo va mal. Su coche está prácticamente en el suelo. Los cuatro neumáticos yacen desinflados.

Hay un trozo de cartón en el parabrisas. Tiene algo escrito con tinta. Apenas es legible.

No te metas en los asuntos de otros. Puedes hacerte daño.

Mira a su alrededor. Todo está tranquilo. El que haya escrito ese aviso hace tiempo que se ha largado. Erhard abre el maletero para sacar el compresor negro y el líquido reparapinchazos. No parece que hayan cortado las cubiertas, sólo las han pinchado con algún objeto punzante, pero sin llegar a hacer un gran agujero. En total no le lleva ni una hora. Ha hecho esto muchas otras veces, aunque jamás en las cuatro ruedas.

Una vez terminada la operación, conduce hacia el sur. A Esquinzo. Tendría que comprar unas zanahorias y pasarse por donde las cabras. Debería cambiar los neumáticos. Más tarde. Aparca cuando el sol se está poniendo, la sombra del pequeño pino piñonero mide casi diez metros. Cubre el coche, baja por el camino y toma el sendero. Al dividirse el sendero se queda parado un instante. No le quedan fuerzas. Los sucesos de la noche pasada en la tienda de Fernando y las especulaciones por el día lo han dejado desfondado. Sin embargo, en lugar de marcharse hacia la izquierda para ir a casa, baja el sendero hasta la playa. Cincuenta metros después puede oír ya la música que proviene del Oleaje y oler los cubos de basura que hay en la parte trasera del bar. Están montando algo sobre la arena, parecen cuerdas y banderines. Dos hombres enderezan una red. «Vóley playa, mañana, si el viento amaina», explican los hombres. Son ellos quienes mejor deberían saberlo. El viento rara vez amaina aquí.

Busca con la mirada a January pero no está. Saluda a algunos hombres en la barra, entre ellos uno de los socorristas, que a veces está sentado en la silla naranja de la pendiente. Detrás de la barra, la chica rusa, Ilena o Irena, o algo así, está limpiando un estante, y puede verle la piel rasurada, roja y temblona de la axila. Mira a Erhard como si no lo hubiera reconocido en modo alguno.

—January no quiere tomar recados —dice—. Ya no más.

—¿Qué ha pasado? —pregunta él.

—Alguien viene preguntando por ti, diciendo cosas de ti —arguye la rusa.

Erhard teme que esté relacionado con un episodio del año anterior, un pequeñín que fue encontrado muerto en una playa. Muchos periodistas estuvieron preguntando por la zona acerca del asunto.

—Pero éstos llamaron. Es la última vez —indica ella mientras agita un papelito.

Erhard asiente.

La rusa le muestra un papel que él no puede leer por mucho que apriete los ojos.

—Necesitas gafas —afirma, y se lo lee en voz alta—: Una chica de nombre hermana Teófila que ha llamado hace un par de horas. Ningún número de teléfono. Ha dicho Flicks a las nueve menos cuarto de la noche. No más tarde.

Erhard levanta la vista hacia el reloj que está por encima de la barra. Son las seis y media. Apenas se siente con fuerzas. Volver al coche y conducir hasta Corralejo. ¿Cómo puede ser que una monja proponga encontrarse en un bar? Quizá haya renunciado a hablar con él dentro de los muros del convento al estar Liana cerca. Pero ¿por qué justamente en Flicks, uno de los bares más ruidosos de la ciudad? Debe de ser importante. Le explica a la rusa que si alguien llama con un recado acerca de Abdi, un amigo que ha desaparecido, el mensaje es para él. Es muy importante. Repite el nombre otra vez. Abdi.

—Habla con January —replica la rusa—. No más recados.

Erhard vacía el vaso y lanza dos euros. Mientras sube por el sendero hacia el coche, nota cómo la bebida fría corre a través de sus órganos calientes. Algunos de ellos rara vez los nota. Tiene que esforzarse para ir colina arriba, todo se menea y echa vapor como si fuera un viejo tren. Hace mucho tiempo que no va al médico. Varios años, puede que una década. Se acuerda de la tarjeta de visita en el bolsillo de Abdi. La ha embutido en uno de los bolsillos de sus pantalones. Sólo médicos auténticos. Camino de Puerto pasa por la calle Isla Graciosa y se detiene frente a un edificio cuadrangular rojo. En la puerta repintada figura el nombre del instituto en letras mal fijadas.

Aprieta un botoncito que hay bajo un gran sauce junto a la puerta, entonces suena un zumbido y entra en una sala ardiente de calor con juguetes esparcidos por el suelo. En dos sofás de color rosa hay ocho personas sentadas por parejas cuyos miembros sudan y se aferran el uno al otro. Nadie dice nada.

Una mujer fuerte que lleva una camiseta con las letras IDEF en el pecho aparece detrás de un estrecho mostrador.

—¿Tiene cita con el doctor Aldeguez?

Es más fuerte que Erhard, parece una quiropráctica capaz de partir huesos y la cerviz, sin embargo, tiene una pátina de blandura en el rostro. Erhard opta por ser sincero.

—Estoy buscando a un amigo. Creo que tiene una cita en esta clínica. Se llama Abdourahmane, Abdi, es maliense.

—Tenemos muchos clientes, señor. —Mira en un pequeño ordenador.

—Pero no demasiados malienses, ¿verdad? —dice Erhard, al tiempo que lanza una mirada a

las parejas del sofá, que parecen sacadas del meollo de la juventud madrileña. Todos los hombres llevan camisa azul y dos de las chicas van vestidas con un conjunto de color gris. El calor de la habitación es casi demencial. Nota cómo el sudor le resbala por la oreja.

—Disculpe, se nos estropeó el aire acondicionado la semana pasada. —Le entrega una toallita—. Siento no poder darle información acerca de nuestros clientes.

—Entonces ¿es cliente vuestro? ¿Ha estado aquí?

—Yo no he dicho que lo sea.

—Lleva desaparecido más de una semana, su mujer lo busca, no preguntaría si no fuera importante.

—Lo lamento, no le puedo ayudar. —Lo expresa con firmeza, pero no de manera desabrida.

—¿Ni siquiera puedo saber si ha estado aquí de visita? He encontrado esto en el bolsillo de su camisa. Tiene que haber estado aquí. —Le da la tarjeta de visita.

Ella la observa.

—Sí, es nuestra tarjeta, pero, como le he dicho, jamás damos información referente a nuestros clientes, tampoco a miembros de la familia —apunta, mirando a los que esperan.

Erhard tiene la impresión de que lo dice por ellos. Para que oigan que no va a revelar información a nadie.

—Yo espero de verdad que lo encuentre. Puede intentar buscarlo en esta dirección. —Escribe en la parte posterior de la tarjeta y se la devuelve a Erhard.

Erhard mira el mensaje.

—Gracias —dice, y se lleva un folleto antes de salir por la puerta. Oye que una de las parejas se levanta y se aleja por un pasillo.

Erhard camina a lo largo del edificio y se sienta sobre una escalera en sombra que conduce al tejado. Lee el folleto. Hay tres doctoras —sin nombre ni foto—, pero se asegura que son auténticas. Sea lo que sea lo que eso signifique. Practican abortos medicinales y quirúrgicos, eliminan quistes del útero, llevan a cabo tratamientos de fertilidad. Absoluta discreción garantizada. Financiación a medida.

Cinco minutos después, ella sale por una puerta trasera. Se ha puesto un pañuelo rojo sobre los hombros.

—No podía contarle nada mientras mis clientes están escuchando, espero que lo entienda —dice ella.

—Gracias —responde Erhard de nuevo.

—Sólo lo hago porque algunos de nuestros clientes llevan una vida dura y arriesgada. De manera que si podemos ayudar al joven, por supuesto que vamos a hacerlo.

—¿Por qué motivo vino a la clínica, qué le pasaba?

—No lo sé. No vino a la clínica.

—¿Qué quieres decir? ¿No se estaba tratando?

—No. Nunca estuvo con nosotros. En realidad, no sé si es a él a quien busca usted.

—Entonces ¿por qué me has pedido que esperara fuera?

—Porque... —Mira a su alrededor—. Hace unos dos o tres meses había un hombre alto africano que se quedaba a menudo allí enfrente. —Señala la acera opuesta de la calle, justo

detrás del coche de Erhard—. Aparecía muy entrada la tarde o ya casi de noche, se ponía en la sombra, delante de la tienda vacía, y miraba la clínica. No hacía otra cosa, se quedaba ahí mirando. Al principio creímos que su novia seguía aquí algún tratamiento. Un día crucé al otro lado para hablar con él, pero se marchó rápidamente. Entonces, uno de los médicos aventuró que estaría planeando algún hurto o un atraco. Pensábamos que buscaba morfina o gas de la risa como los drogadictos. Y de pronto un día llamó al timbre. Le dejé entrar y quise hablar con él. Pero se precipitó al interior, cogió una tarjeta de visita y se marchó otra vez corriendo.

—¿Y qué pasó después?

—Nada. Desapareció. No nos dio tiempo a hablar con él.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace mes y medio. Puede que algo más. Casi me había olvidado de él. Hasta que usted ha aparecido.

—¿Y ni tú ni tus colegas lo habéis vuelto a ver desde entonces?

—No. Entiendo que no le será de mucha ayuda, pero es todo lo que sé. —Comienza a volver hacia la puerta—. Lo lamento.

Erhard asiente con la cabeza. Entonces se le ocurre algo.

—¿Os ha llamado?

—A lo mejor —dice la mujer—. Hay muchos que llaman y cuelgan. O llaman y preguntan algo sin revelar su nombre. —Levanta la mano en señal de despedida y entra por la puerta trasera.

Vuelve al coche. Era Abdi. Por algún motivo acechaba y esperaba algo, lo que sea que fuere. Lo que Erhard no tiene muy claro es que eso esté relacionado con la desaparición de Abdi. ¿Debería ir en busca de uno de los médicos? ¿Podría presionar a un paciente que se hubiera sometido a un aborto clandestino? Erhard enciende el motor y gira el mando de la radio.

Ya al bajar por la vía Ropia puede ver a la gente de pie en la calle, los unos prácticamente encima de los hombros de los otros para mirar dentro. Una imagen poco frecuente a esta hora de la tarde, incluso tratándose de Flicks. Por las ventanas y puertas abiertas se oyen silbidos y griterío, de fondo suena simple música folk con violín y gaita. No es un lugar al que le guste ir. Le recuerda a sí mismo, pero en una versión peor. La alfombra huele a cerveza negra y pastelón, y los servicios son de esos en donde todos mean a un tiempo en una larga fila y miden el equipamiento. Se siente cada vez más cansado, las rodillas parecen bisagras torcidas.

Se ha retrasado un par de minutos, así que no tiene más remedio que apretujarse entre la gente para alcanzar el mostrador que se halla en el centro del local; mientras tanto aplauden, gritan salvas y piden canciones, singulares títulos acerca de marineros, whisky y chicas que tocan fondo. Busca con la mirada a la monja, pero no ve a nadie que se le parezca. La mayoría son hombres con gafas de sol y pelo verde, y chicas con largas colas de caballo blanquecinas, piel tostada y camisetas pequeñas. Está considerando preguntar a uno de los bármanes si ha venido por aquí una monja, pero en ese instante comienza una nueva canción y todos se quedan absortos de inmediato en el hombre que se halla al otro extremo del local, sentado a la barra del bar

cantando con los ojos cerrados. Es un joven de pelo blanco que lleva una falda escocesa naranja y verde, y el tatuaje de un tiburón en la pierna. No le arroja instrumento alguno. Su voz pura se mueve casi a saltos por todo el registro. Durante un par de minutos todo lo demás está en silencio. Los grifos de cerveza no gotean. Ni un pie cambia de sitio. Todos los rostros están vueltos hacia el sonido.

Erhard no entiende una palabra, es gaélico, críptico. Palabras que suenan conocidas, pero no lo son. Fluyen alejándose y metiéndose entre la gente, se puede sentir cómo la canción gira y forma remolinos. Es el sonido de los océanos, el choque de todas las gotas, la canción quejumbrosa del vientre de la ballena. En un solo suspiro, quinientos años con la mirada fija en el mar.

Tan pronto como el cantante cierra la boca y abre los ojos, brota de los grifos la cerveza de barril, y las salvas de aplausos y gritos rompen la magia. Duda si pedir algo, pero prefiere volver hasta la puerta desde donde pueda verla. En un reloj de pulsera ajeno ve que faltan ocho minutos para las nueve. Seguro que la monja ha regresado a Santa Marisa tras comprobar la barahúnda del bar.

Sale fuera.

Entonces la ve de pie, en la acera contraria de la calle, cincuenta metros más abajo, junto a la farmacia. Va vestida de negro, con el cuello y los bordes de la toca blancos. Se ha colocado detrás de un expositor de gafas de sol con la mirada baja en dirección a Erhard, pero sin hacerle seña alguna ni mirarlo directamente. En cualquier caso, sabe que es ella. Sólo puede ser ella. Baja hacia ahí con lentitud, de manera casual, aún por la acera opuesta de la calle. Y cuando está casi enfrente, ella se da la vuelta para meterse bajo la sombra de la callejuela situada entre la farmacia y una lavandería cerrada. Por algún motivo, el corazón de Erhard empieza a latir deprisa. Echa un vistazo a uno y otro lado de la vía Ropia. Hay un solo cliente en la farmacia, y aparte del concierto en Flicks no sucede nada más en la calle. Cruza y baja hasta la calleja. Ella está a media altura. Con el rostro vuelto hacia el suelo.

—Buenas tardes —dice él, y se detiene unos metros antes de llegar hasta ella.

—No debes volver a preguntar por mí —indica con voz muy fina, sin mirar aún a Erhard.

—Necesito saber algo más de tu amiga y su marido. —No es capaz de empezar preguntando por el dinero, aunque sea eso en concreto lo que más le interesa ahora.

—Sé breve. La hermana Liana sólo me ha concedido media hora. Tengo que coger el autobús dentro de diez minutos. —Utiliza la mano izquierda para mantener baja la toca, de modo que Erhard no puede verle la cara. Una mano de tono marrón claro y suave.

—No parece sincera, hay algo extraño en ella; ¿crees que puede mentirme? —pregunta Erhard.

La monja mueve la cabeza como si fuera a mirarlo, pero frena el movimiento.

—Ten confianza. No miente. Duda, tiene miedo. Está aquí de manera ilegal, tiene miedo de ser devuelta a casa.

—¿Y qué hay del primo?, ¿sabes algo de él?

—El primo no tiene nada que ver con esto.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Erhard.

—He consultado a santa Teresa.

—¿Y cómo lo sabe ella?

—No hace falta más que fijarse en Aissata, deja de imaginarte cosas, sólo mírala. —Ella insiste en sostener su toca hacia abajo, cosa que a Erhard le fastidia. Mujeres que no quieren ser vistas.

—Está complicado —dice él.

—¿Qué necesitas? Me tengo que marchar ya.

—¿Tienes idea de por qué estaba considerando acudir a una clínica? ¿Qué le hacía quedarse plantado delante de una clínica en Puerto?

—Ninguno de ellos puede acudir al médico de un ambulatorio, no tienen tarjeta sanitaria. Por ese motivo, Aissata vino a mí. Leyó el cartelito de Hijas del Espíritu Santo que hemos colgado en todas las farolas del barrio de Selos. Ofrecemos cuidados gratis y ayuda médica a los más necesitados. Tenemos un dentista que nos presta ayuda una vez al mes.

—¿Y qué ayuda necesitaba Aissata?

—Es confidencial —dice la monja—. No tiene nada que ver con tu trabajo.

—Pero ¿Abdi no recibió tratamiento por vuestra parte? A lo mejor estaba enfermo.

—Dormía mal, puede que sufriera de estrés. Aissata estaba preocupada por él —explica la monja.

—No comentó nada acerca de su salud, dijo que era un superviviente.

La monja calla.

—¿Podría ser que la hubiera abandonado? ¿Que haya encontrado a otra?

—¿Por qué lo crees?

—La explicación más simple es muchas veces la correcta —afirma él. Erhard tiene en la mente el motivo que puede haber llevado a Abdi a esperar delante de una clínica de abortos.

La monja mueve la mano como si pudiera adivinar los pensamientos de Erhard.

—Se dice que entre dos posibles explicaciones del mismo fenómeno hay que preferir la más sencilla. Pero ¿cuál es el fenómeno? ¿Un marido echado en falta, un cocinero extraviado o un refugiado desaparecido? Quizá las cosas serían como parecen ser si pudiéramos ver de verdad cuál es su apariencia.

No estaba preparado para este tipo de argumentación. Ella le ha creado aún más confusión. La lisa mano le ha inducido a creer que era una rubicunda joven hermana —Lone Hertz en *Frøken Nitouche*—, pero al final de aquella mano perfecta la hermana se ha revelado curtida y docta.

—No pareces una Teófila; ¿cuántos años tienes, hermana?

—¿Necesitas alguna otra información? Tengo que marcharme.

—No me has dado ninguna todavía.

—Confío en ti, señor Ermitaño.

—¿Por qué?, ¿de qué me conoces?

—La madre de Aaz. Ella me ha hablado de ti.

Erhard sufre una sacudida.

—Mónica —dice él con una tos.

—En relación con el pago propongo darte ahora la mitad y el resto cuando se haya aclarado el asunto —apunta, de un modo casi profesional.

—Vaya —suelta Erhard.

—Mónica afirmó que tú me cobrarías un precio módico por tus servicios. Que lo harías incluso sin pedir nada a cambio.

—¿Eso dijo? —Está convencido de que Mónica lo ha hecho para fastidiarlo, para que le resultara imposible exigir dinero por su trabajo.

—Pero yo insisto —añade la monja.

La mano que está en el borde de la toca desciende. Al cabo de un instante, la mano de ella se coloca por encima de la mano dañada de Erhard. Suelta dos billetes, doscientos euros, que crujen y se desdobl原因. Erhard espera notar la mano de ella contra la de él, aunque sólo sea para comprobar que existe, pero ha regresado de inmediato al borde de la toca.

Contempla el dinero como si no lo quisiera. No sabe si tomarlo. Una cosa es aceptar los euros dispersos de un dueño de perro por encontrar un atolondrado yorkshire terrier, y otra cosa es aceptar dinero de una monja. Ella confía demasiado en él.

—Creo que no es un trabajo para mí —señala.

—Ella me advirtió, dijo que eras duro de pelar.

—¿Y qué pasa si el hombre se ha caído en un hoyo del camino o lo arrestó la policía? ¿Si le han pedido la identificación y no la tiene?

—Entonces lo encuentras.

—¿Y si lo han enviado al campo de refugiados? ¿Y de nuevo a Mali?

—Eso no debe ocurrir. Tú tienes que impedirlo. —Pone sus manos alrededor de la de él, cerrándosela con el dinero dentro. Siente como si ella llevara puestos guantes de goma. Las manos son resbaladizas, frías—. Encuéntralo sin más.

En ese instante, todo parecía sencillo. Abdi no está sino pescando en el puerto. Abdi sólo está pasando unos días de borrachera con el primo. Vaya, Abdi se ha quedado dormido en un cobertizo de cabras. Abdi está leyendo un libro muy largo en la biblioteca, nada más. Anda, pero si Abdi está rastrillando arena en Cotillo. Si Abdi se encuentra a la vuelta de la esquina.

Abdi camino al infierno.

Desliza el dinero en el bolsillo.

—Tengo que marcharme ya.

Enseguida ella pasa a su lado sin que le dé tiempo a apartarse. El hábito desprende un débil olor a vinagre. No entiende cómo ella puede moverse tan deprisa.

—¿Te llevo? Puedo ir por el hogar Santa Marisa.

—No deben vernos juntos. Y la hermana Liana no tiene que saber nada. Ha sido a mí a quien le has hablado en el pasillo. No te podía contestar. No allí. En lugar de eso, he escondido algunas medicinas de los niños y he dicho que era imprescindible ir en busca de más. Esto quedará entre nosotros y Dios.

—¿Y qué sucede si necesito volver a verte?

Se queda callada un instante.

—Presta atención al autobús 6 de las siete y media de la tarde. Ése es el que tomamos. Yo o

alguna otra hermana. Casi a diario. Siempre me apeo ahí abajo, en Lepanto. Si he venido sola a la ciudad, podremos encontrarnos. Como ahora.

Sin despedirse sale de la callejuela y cruza la calle. Una scooter pasa por su lado. Entonces, Erhard la sigue, no por otro motivo que la curiosidad, y la ve deslizarse por la vía Ropia. Dobla la esquina de la calle Lepanto y se detiene unos cien metros más abajo, junto a la señal del autobús. Se oculta en la entrada de una tiendecilla. Cuando el autobús número 6 toma la curva y se para, ella sube y camina por dentro. El autobús pasa al lado. Sólo ve otras dos siluetas femeninas en el interior. Y el traje negro, apenas visible, revelado únicamente por el borde blanco de la toca, ondeando como una luminosa medusa en el sombrío autobús.

22

Le

Le come bajo una palmera. Un camarero sale con un filete crujiente que corta en pedacitos. «Y champán. Tráeme el más caro que tengas. Y dos copas.» Brinda con la mesa en el otro lado de la piscina, un par de surfistas que creen ver realizada su felicidad. La luz del sol asciende por el hotel camino de la noche. Las luces se encienden en la piscina, en el bar y en las habitaciones. No en la de Vic. No en la de Magne. Sus ventanas permanecen oscuras. La han dejado allí, se han ido sin ella. La sueca intenta controlar a Le, ponerla en su lugar después de la escena con el ricachón. Le les había dado buenas imágenes para la televisión, pero la sueca estaba furiosa y no había manera de hablar con ella.

El bar es amarillento y está muy iluminado, suena una aburrida música de listas de éxitos que atrae a algunas figuras comiendo cacahuets. Entre número y número se oyen las olas. Ella permanece en la oscuridad y mantiene alejada las migrañas con champán. O tal vez empeoran. Es difícil saberlo.

Llama a Timme para hablar con London, sólo durante cinco minutos, sólo para saludar, pero no puede dejar de escuchar su voz, sus palabras; él también quiere hablar para mantenerla al teléfono, le habla sobre unos dibujos animados, describe las comidas de hoy con todo lujo de detalles, que ella rápidamente olvida, le cuenta lo que está haciendo Timme, aunque ella no quiere oír nada de eso, sólo saludar. «No tienes que decir nada, calla, London, déjame escucharte respirar.» Durante un momento casi siente su aliento en el oído, luego él comienza de nuevo, una historia sobre *Slayer*, el perro de Timme que tiene pulgas. Querría que permaneciese al teléfono, le pregunta si está comiendo bien, si está durmiendo sin pañal, pero London ya ha terminado hace tiempo y le quiere entregar el teléfono a su padre, que trastea de fondo. Cuelga antes de que Timme vuelva a ponerse.

Mientras estaba hablando por teléfono, uno de los surfistas se ha sentado a la barra con las piernas abiertas, la cara vuelta hacia ella. Supone que tendrá unos veintitantos años, una jeta graciosa, indiferente. Ella apura el resto del vaso y sale de la oscuridad en dirección al bar. Él dirige la vista al fondo de su vaso, bebe y los hielos tintinean.

—¿Qué quieren que hagas? —pregunta, observando a los demás surfistas que se han quedado sentados mirando en dirección al bar.

—Tengo que invitarte a una copa —dice en un falsete, la voz baja media octava y vuelve a subir. Como si dijera la verdad.

—Entonces hazlo. ¿Y después qué?

Él llama al camarero.

—Ella... ella quiere una copa.

—Un tequila —pide Le, mirando hacia el octavo piso, donde las luces siguen apagadas.

—Y luego debería preguntarte si puedo ver tus pechos.

—Puedes —acepta Le. Lo contempla durante mucho tiempo, él intenta mantener la mirada, pero es imposible con los hombres. La mayoría mira hacia abajo o bien sus labios—. Puedes buscarlos en Google. Le Lupus desnuda.

Él se hunde en el taburete. Y quiere desaparecer.

Ella se bebe el tequila.

—¡Quieto! Pórtate como un hombre. Mantente sentadito y haz como si estuvieras a punto de enrollarte conmigo mientras me invitas a más tequila. Quiero cogermelo y follarlo.

Bebe cuatro tequilas mientras el chaval va palideciendo y habla del surf. Ella no lo escucha, sino que observa las habitaciones de la sueca y el noruego. Hasta que ve las luces encendidas.

—813 —le dice en voz alta, y le pasa la mano por la espalda. Recoge el cubo de champán, atraviesa el vestíbulo y sube al octavo. Pasa ante la habitación de Vic. Y llama a la 815.

El noruego entreabre la puerta y la mira. Ella la empuja antes de que él pueda decir algo. Magne lleva unos bóxers y una camiseta, con una toalla sobre un hombro.

—Champán —informa ella, haciendo sonar el cubo y los vasos.

—¿Qué pasa? ¿Estás borracha?

—Claro que estoy borracha —contesta ella.

La habitación es pequeña, la puerta del balcón está abierta. El televisor de la pared está encendido, el sonido quitado. Ella se deja caer en un sillón junto a la cama. El tirante de su top se desliza por su brazo, ella lo sube hasta el hombro, pero vuelve a caer.

—Iba a bajar a hacer un poco de ejercicio —dice él, poniéndose la toalla alrededor de los calzoncillos.

—Déjalo —le pide ella—. No lo necesitas.

—¿Qué quieres decir?

—Hacer ejercicio. Estás jodidamente sano, acompáñame con la bebida. Es más divertido.

Él la mira.

—¿Qué quieres?

—Nada. Apenas hemos hablado. Vic me odia, y no quiero que me pase lo mismo contigo.

—No deberías haber hecho aquello —señala él, cerrando la puerta del balcón—. Debes prometer que no volverás a hacer esas cosas.

—¿Cómo fue? ¿Lo encontrasteis?

—Estamos casi seguros de que lo hemos encontrado. Hemos visto que todavía cuida cabras por allí, hay zanahorias por el camino, pero no parece que nadie haya vivido allí desde hace bastante tiempo. Una jodida ruina. La cabaña está destrozada, hay mierda de cabra y basura y polvo. Lo único bueno es la vista del mar.

—No podéis hacerlo sin mí. Es mi programa, Magne. —Ella le toca el cuello con la mano y la baja por el hombro.

—Vic piensa que eres una diva —dice el noruego.

—Puede que me veáis así. Pero también soy un ser humano. Y para mí todo esto es difícil.

Al final él se sienta en la cama. Frente a ella.

—Por supuesto —conviene.

»Por supuesto que es complicado, muy complicado para ti. Lo entiendo. —Su voz se transforma en un vibrato sordo y suave.

—Sólo con que me entiendas significa mucho para mí —dice ella. Apaga la lámpara—. ¿Te importa? Me está dando justo en los ojos. —Eso le cambia a él la respiración, uno, dos, tres, uno, dos, tres.

Ahora sólo está la luz de la televisión, inquietas imágenes de un canal de noticias, una masa gris de personas que se amontonan unas sobre otras como una enorme amalgama de cuerpos.

Le llena las copas. Beben. La nuez del noruego es más grande que su nariz y golpea la garganta con cada sorbo. La piel es roja y salpicada de puntos, tal vez por el sol, su pálida piel no lo soporta.

—Contigo estoy en buenas manos —afirma ella—. Para ti es más que un trabajo, es una llamada, ¿no? Quieres hacer buena televisión con imágenes fuertes, con gente fuerte.

—Sí —contesta él, sin saber lo que dice.

—Se nota que te apasiona de verdad —continúa ella. Le bebe champán, y la espuma resbala por su barbilla y baja entre los pechos, respira de forma sonora para que él pueda oírlo. Algo que se introduce en él, sin que se dé cuenta.

—Eres muy especial —le dice él mientras juguetea con su collar—. No logro entenderte.

—Tampoco tienes que hacerlo —responde ella. Nadie tiene que hacerlo. Le retira los dedos del collar y se lleva la mano a la cara. Por las mejillas y los labios, por la abertura, mete el dedo índice en la boca y lo chupa y lo muerde, hasta que él siente sus dientes afilados. Mantiene la mirada, lo mira a los ojos, que parpadean y se agitan.

—¿No te duelen? —pregunta él.

El dedo bajo la estantería. Un muslo de pollo enclenque.

Ella no contesta y usa la lengua contra el dedo como si quisiera lamerlo para dejarlo limpio de carne. Él trata de beber más champán, pero se le sale de la boca y baja por el cuello. Ella toma la botella y la vierte sobre él, de modo que le empapa la camiseta, la toalla; el dedo se remueve en la boca, y ella puede ver sus duros pezones peludos detrás de la camiseta. Agarra uno de ellos y lo retuerce completamente. Él emite un suspiro.

—¡Dios! —grita él, inclinándose hacia atrás y tirando al suelo la lámpara de la mesilla.

Ella escupe el dedo.

—Te voy a hacer pedacitos —le dice mientras agarra la toalla y se la quita, con lo que el noruego rueda sobre la cama y queda tumbado encima del estómago.

Coge sus calzoncillos, tira de ellos hacia arriba y se deslizan entre los huevos, los huevos blancos como el papel; él se incorpora en la cama, pero ella le separa las rodillas y le aferra la polla detrás de la fina tela y tira de ella hacia atrás y hacia arriba. Él intenta coger aire, uno, dos,

tres, cuatro. Está sentada justo detrás de él. Una y otra vez ella tira y oye la tela cediendo y la ve estirarse y presionar contra su culo, aprieta un poco más. Él trata de mirar hacia atrás. Ella empuja sus caderas contra las bolas de él con un golpe duro, de forma que él desaparece entre las almohadas. Ella es consciente de que le duele, pero mientras su respiración se eleve en intensidad sabe que la polla los acompaña y siente que se está poniendo más y más dura.

Entonces, sin previo aviso, ella cambia el ritmo, le baja los calzoncillos hasta las rodillas y le pone una mano en las cervicales. Coge la botella de champán y desliza el cuello hasta el esfínter, hacia delante y hacia atrás. Las últimas gotas de champán caen sobre él, y ella hace que la boca de la botella se deslice lentamente por el agujero, que se expande, late, casi se dilata. Por último, la deja reposar en la parte superior del orificio y lo empuja con un golpe corto que lo hace jadear de miedo y gritarle:

—¿Por qué haces esto conmigo? ¿Por qué me haces esto?!

Le agarra la camiseta y tira de ella hacia atrás de modo que él se tensa, hasta que la tela se rasga y él cae hacia delante en la cama con la botella enhiesta en el recto. El primer grito procede de él, ella empuja la botella y le levanta el culo, un nuevo grito. Le agarra la polla y tira de ella con violencia, trata de que la respiración y los gritos se acompasen. Ve cómo trabajan los músculos de los huevos y siente una nueva dureza en la polla, está a punto de correrse. Ahora escucha su respiración.

Lo suelta y saca la botella del culo con un plop. Un grito, las almohadas ceden, la cama guarda silencio, el televisor parpadea.

Respiración.

Las sandalias del noruego al lado de la cama. Ella las empuja tras la colcha. Luego sube a la cama y le da la vuelta, está tumbado con su polla en alto. La agarra y empuja la piel con violencia hacia atrás, hacia la raíz hasta que los ojos de él se pierden.

—Eres tan... —dice, pero no continúa al ver que ella se quita el top por la cabeza y lo suelta de forma que cae sobre el pecho del noruego.

Ella apoya una mano contra la pared, levanta una pierna y se desprende de sus pantalones cortos. Luego se coloca sobre él y se baja las bragas, de manera que él puede contemplarla desde abajo. Su mirada fija, parpadeante, emitiendo pitidos, observadora, contiene la respiración mientras ella deja caer las bragas sobre su rostro. Ella se vuelve y se pone en cuclillas, sus labios vaginales recorren la nariz y la boca del noruego, él intenta alcanzarla con la lengua, pero lo esquiva, le agarra los pezones con las uñas y se los retuerce. Un hup y un plonc, cada vez que se da la vuelta, hup, plonc, ella empuja los labios sobre su cara hasta que él pierde el aire y resopla dentro de ella. En los bordes, las manos ondean y se aferran a la cama como si fuera un barco hundiéndose, y ella las atrapa y las aplasta contra sus senos hasta que siente que los implantes crujen y ceden. Las rodillas de él están separadas. Ella las agarra, las levanta y las sostiene alrededor de los muslos. La polla se levanta en el aire y la cabeza cuelga ante ella como un micrófono. Coloca los labios contra la pequeña carne rosada y canta, la hace vibrar en el glande, hasta que él se retuerce. Puede hacerlo. Hace que el cuerpo de él se estremezca y se tense, y los brazos se abren a los lados y los dedos se extienden.

—¿Por qué me haces esto?

Ella se echa hacia atrás, nota durante un breve segundo que su lengua se dirige hacia ella antes de que ella se deslice sobre él, y siente subir todo el rostro hacia ella, y él desaparece. Ella le levanta el muslo y le muerde la polla hasta que él siente sus dientes, dientes de fiera; lo muerde y lo lame a conciencia, lo lleva arriba, arriba, arriba. Piensa en Timme. En un concierto en 2008 en Berghain, Berlín, en el que él estaba bajo la mesa de mezclas comiéndole el coño mientras actuaba. Estaba embarazada de London y no sentía nada. La lamió en tres ocasiones, más de cien minutos, hasta que su piel quedó fina e irritada, y se corrió mientras hacía las mejores mezclas de Roofpussy que había hecho nunca. Entonces se da cuenta de que la polla del noruego cede, ella lo libera y concentra todo el cuerpo sólo en la polla, mientras él se corre en su brazo, y grita dentro de ella, el sonido de un perro sometido, suplicante y gimoteante.

Miércoles

23

Erhard

El whisky más caro se llama Epharaighm. En la etiqueta aparece la imagen de una choza en la montaña. Cuesta cincuenta y cinco euros. No tiene más remedio que elegir una botella pequeña de Longhorn, más barata, que lleva un toro. El tendero la envuelve en papel. Erhard pone lo que queda de los doscientos euros en una bolsa de tela y baja la calle hasta Diamond Estate, la oficina de su arrendador, situada en un bonito edificio de la calle León y Castillo, a un par de minutos a pie del ayuntamiento. Son las ocho pasadas. Quiere estar seguro de encontrar al casero en persona. Un madrugador, por lo que recuerda Erhard de su última entrevista.

La secretaria, una mujer más joven que la que se sentaba allí la última vez, pregunta de qué se trata. Se presenta como Waltzer, el nombre falso con el que se registró como arrendatario. Después de buscarlo en el ordenador, ella mira por encima, en dirección al sofá y la mesa de las flores marchitas.

—Será mejor que esperes ahí —dice. Lo tutea.

A Erhard le da igual, ya ha pasado por esa experiencia del cambio. Empresas muy tradicionales que despiden a empleados mayores para contratar a jóvenes con ordenadores. Se plantea si dejar un mensaje y abandonar la oficina lo antes posible. Pero seguro que el arrendador no va a ver con buenos ojos un simple mensaje, una explicación por escrito. Es un hombre práctico. Erhard toma asiento y piensa lo que va a contar. Es decir, lo intenta. No tiene ninguna buena disculpa. A lo mejor es eso lo que debe decir, sencillamente. Que no va a dar explicaciones para maquillar nada. Un gesto que el casero apreciará. Hará un movimiento con la mano y dirá: «Deja ya de pensar en ello». Beberán un vaso del whisky del toro y quedarán en verse el próximo mes. Una amistad así, hasta en los tiempos difíciles. Lee un folleto del nuevo casino, la mejor manera de vivir el juego en las islas Canarias, un complejo sostenible con vistas espectaculares, eso pone. Cuenta los cuadrados del suelo, contempla el whisky de medio pelo con el dibujo rectilíneo del toro de pie, en un campo grisáceo y con hierba en la boca.

A las ocho y cuarenta minutos se abre con estruendo la puerta de la oficina. Un hombre con vetustos pantalones y cigarrillo sin filtro atraviesa el antedespacho y va directo al portal. Una mujer rapada permanece en el umbral detrás de él. Podría parecer un hombre delgaducho, pero los grandes pendientes y el rojo de labios lo lleva a concluir que se trata de una mujer.

—Penoso —afirma ella, volviéndose hacia la secretaria—. ¿Es él? —pregunta, sin mirar a Erhard.

La secretaria asiente.

—Así que eres tú —le dice a Erhard.

—Me gustaría hablar con el arrendador. —Erhard intenta parecer tranquilo.

—Quieres decir con Oscar Raphael Domingo; no está aquí —explica la rapada, sin mirar aún a Erhard.

—Tenemos un acuerdo, preferiría esperarlo y hablar con él.

—Ya no está aquí, y así va a ser. ¿Lo entiendes? Entra.

Erhard mira a la secretaria, la chica que lo ha dejado en la estacada, pero tiene la mirada baja, en su teléfono. Sigue a la rapada hasta el interior de la oficina, se detiene detrás de una butaca junto al escritorio, la escena entera se ha trastocado. Coloca el whisky y la bolsa con los billetes y las moneditas, que se salen rodando por la mesa y se meten bajo un ordenador negro de los modernos. Le enoja haber venido sólo con ciento setenta y ocho euros. Y una mierda de whisky.

—¿Qué demonios es esto? —pregunta la rapada. Las encías se le ven claramente cuando habla, parece un depredador. Toma una de las monedas y la hace dar vueltas entre los dedos.

—Yo tenía un acuerdo con el arrendador.

—Por más que Oscar sea viejo e incompetente, estoy segura de que no puede haber acordado un alquiler de calderilla y alcohol barato.

—Ciento setenta y ocho euros y un Longhorn —dice Erhard mientras oculta el dedo que le falta bajo la mano derecha.

—Calderilla y whisky barato —insiste la rapada. Teclea en su ordenador—. Por lo que puedo ver, debes al menos tres meses de alquiler. Casi mil euros. Pronto serán cuatro meses de alquiler. El contrato que tenías no es válido, sólo un necio podía hacerte un contrato así. Las obras aún no han finalizado. Te puedo echar como si tal cosa.

Su lenguaje corporal da a entender que podría demoler casas, aniquilar barrios enteros, cada vez que agita las manos. Intenta encontrar razones para que una mujer se afeite el pelo. Quizá está enferma, pero no tiene pinta. Está convencido de que lo ha hecho para intimidar, para ver cómo los hombres se encogen. Y funciona. Se ha quedado vacío por dentro.

El trato se formalizó por la intermediación de Pauli Barouki, quien se sentaba con el arrendador en la junta directiva. Erhard no quiere sacarlo a colación. Intuye que ese tipo de cosas irritarán aún más a la mujer.

—Estoy pasando por un momento difícil, pero vine aquí hace un mes y medio y hablé con él, con Oscar —dice Erhard.

—Olvida a Oscar. Ha estado a punto de llevar la compañía a la quiebra. Está en casa de su pobre madre bebiendo Oporto. Mejor para él.

Erhard piensa por un breve instante en su propia madre. Sus edredones fríos, sus secas galletas de coco. Nada más.

—Pagaré lo que debo.

—Mil euros. Mañana a más tardar. En caso contrario, te irás de Club Playa Verde.

—¿Playa Verde?

—Así se llama el complejo.

Un nombre exagerado, si es que alguna vez tuvo uno.

—Mil euros. Los primeros ciento setenta y ocho están aquí. Puedo conseguir el resto la próxima semana. —Erhard no tiene ni idea de cómo va a hacerlo, pero tiene que proponer algo.

La rapada recoge de la mesa cada moneda y las echa en la bolsa de tela.

—Tu calderilla será el recargo. Estás pagando el alquiler con cuatro meses de retraso. Págalos mañana. No sé de qué agujero has salido, señor Waltzer, pero espero que conozcas el camino de regreso.

—No me puedes echar. Vivo allí. —Erhard intenta apelar al lado benevolente de la mujer, y en lugar de eso se le oye hosco, retador.

—Puedo hacer lo que me venga en gana. Vives en mi edificio, no pagas a tiempo, pues te largas; me da igual si eres pensionista, estás algo enfermo o lo que sea. Y puedes quedarte con tu aguachirle.

—Tendrás tu dinero, te lo prometo —dice él.

Ella lo mira. No sabe si está disfrutando o ya ha olvidado quién es él.

Antes de que ella reaccione, sale por la puerta e intenta dar un portazo tras de sí, pero la puerta se limita a deslizarse con un golpecito. Puede notar su mirada durante todo el trayecto hasta la calle. Después de todo, quizá debería subir hasta el casino en busca de su viejo amigo Marcelis. O bastaría con encontrar al maliense desaparecido antes de que acabe el día. Cuando regresa al coche se encuentra tan cansado que le dan ganas de echarse en el asiento trasero a beberse todo el condenado whisky como si fuera un biberón.

24

Le

Duerme, no duerme. La migraña la mantiene al borde del sueño y la agujonea cada vez que aquél se aproxima. Justo después de la operación notaba que el dolor provenía de la nariz, más tarde se extendió a la frente y los ojos, ahora siente como si estuviera en un charco de sangre, una isla eléctrica que hace que su cerebro crepite y cruja como metal triturado.

Cuando mira hacia fuera, el cielo es de color marrón oscuro, poco después el sol se arrastra silenciosamente por el borde sin despertar a los pájaros. Su teléfono zumba, un mensaje con el texto «Monalisa». Lo contempla durante largo tiempo, luego escribe: «Sí. ¿Dónde?». Mira una foto de London mientras espera una respuesta que no llega. Son poco más de las ocho. Sale de la cama, se envuelve en la colcha y baja un piso.

—Vic —dice, llamando a la puerta—. Vic.

Está ya a punto de irse cuando la puerta se abre. Vic está vestida y secándose el pelo.

—No puedes hacerlo sin mí —señala Le.

—No puedo hacerlo contigo —repite Vic—. ¿Lo entiendes?

—No me vas a dejar aquí otra vez, no lo voy a tolerar.

—Vamos a ir a averiguar dónde está tu padre hoy. Y va a ser sin ti.

—Me voy a casa. Te despido, mi mánager se asegurará de que no te den nunca otro trabajo.

—Y luego te recogeremos, cuando lo hayamos encontrado. No antes.

—Para entonces ya me habré largado.

Vic mira hacia el fondo del corredor, por donde avanza un carrito de limpieza con una oronda mujer detrás.

—Te gusta que la gente te tenga miedo. Pero, mira por donde, no lo tengo.

—Sólo tú estás así. El noruego no tiene problemas conmigo. Pregúntale.

—Si quieres que este programa de mierda haga algo por ti, tendrás que bajar esas ínfulas. A ras de suelo.

—Es mi programa, es mi padre, es mi vida.

—Entonces, ¡coño, compórtate de una vez, Lene!

—No sabes nada.

—Sé lo suficiente. Y lo siento por ti.

—¿Qué es lo que sabes? —Le se aprieta los lagrimales con los dedos.

—Que estás a punto de perder a tu hijo en favor de tu exmarido. Que tienes muchos dolores después de las operaciones. ¿Crees que no nos hemos preparado?

—No sabes nada.

—Por el bien del programa, espero que salgas adelante. Que no lo dejes todo, como dejaste a tu ex. Y a tu hijo. Y tu rehabilitación. En cuanto algo se vuelve complicado, te largas.

Le quiere irse, pero se siente atrapada.

—No me apetece tener más problemas, Lene. No quiero que ningún chaval calentorro vuelva a aporrear mi puerta a las tantas. No más ocurrencias. Te recogemos en el vestíbulo a las cuatro de la tarde. Asegúrate de estar lista. De lo contrario, puede que seamos nosotros los que nos volvamos a casa. —Vic cierra la puerta de golpe.

Le recorre el pasillo. La mujer de la limpieza la sigue con la mirada cuando entra en el ascensor y los espejos la muestran desde cuarenta y ocho ángulos.

25

Erhard

Echa a caminar avenida abajo al encuentro de los taxistas por si saben de algún que otro trabajo. No hay nada. Habla con Gustavo, uno de los conductores, que se va a divorciar y se queda con todas las guardias que puede. También los taxistas lo tienen difícil. Pregunta a Gustavo si sabe dónde para Daouda, si sabe dónde conduce. El nombre no le dice nada. Pero le sugiere que pruebe en el aeropuerto, donde hay mucho movimiento estos días. Y la mayoría de los nuevos prefieren estar allí.

Erhard se cansa enseguida de estar de pie y reposa en un banco junto al local donde los taxistas toman café. Inicia una charla con Alberto que se alarga demasiado, se queja de que los jóvenes no dejan los coches en condiciones cuando tienen guardias nocturnas. No es un tema apasionante que digamos. En la pared del fondo del café cuelga un reloj de Coca-Cola en el que la hora se aproxima a las diez. Se ve obligado a interrumpir a Alberto y a regresar en un tiempo récord al coche. Le produce dolor de costillas.

A las diez y catorce minutos para delante del hogar Santa Marisa y mira la enorme puerta, por donde Aaz suele salir. Tiene que acordarse de decirles a las hermanas que va a llevarse a Aaz por la tarde a comer fuera. La diferencia es de una hora. Estarán de vuelta hacia las siete. Sintoniza Radio Mucha y escucha una parte de una actuación en directo de Charles Mingus. «En el Dunbar Hotel», dice el locutor. Mingus se enfada por el ruido que hay en el bar y abandona el escenario durante las grabaciones.

Alguien golpea la ventana.

Es capaz de reconocerla a pesar de que sólo le ve el torso y un gran crucifijo colgado de una cadena. Él baja despacio la ventanilla.

—Ya le advertí ayer que esperarías en vano —dice ella sin agacharse.

—Siempre queda la esperanza, doña Liana —repite Erhard.

—Hermana Liana —le corrige—. La hermana Teófila ha declinado la entrevista con usted, es una de nuestras pupilas más devotas, ella misma ha solicitado que todas las cuestiones que tenga me sean remitidas. Quería asegurarme de que lo entiende, antes de enviar fuera a Aaz. De que no intentará ponerse en contacto con ella de nuevo. Ni con ninguna de mis hermanas.

Ahora sí se agacha, de modo que su enorme cabeza (rodeada de tela y puntales que hacen que

el hábito parezca un traje espacial) está justo al lado de la ventana, con un olor a vinagre. Ella lo mira a los ojos e intenta endurecer los suyos y que parezcan insensibles, tensando la piel floja que los rodea, al tiempo que baja las cejas.

Ella dirige la mirada al asiento del copiloto con la botella de whisky que sobresale de la bolsa de plástico. Sin decir palabra, Erhard la pone en el suelo.

A las mujeres él les produce un efecto estimulante. No en el buen sentido. Cuando lo ven, les entran ganas de amonestarlos, de hacerle trizas. De nuevo nace en él un deseo trepidante de replicarle. Pero piensa en Aaz y Teófila.

—Te prometo que no volveré a entrar a buscar a Teófila. Fue un grave error.

—Ni a las demás.

Sería el momento de decirle a Liana que va a llevar a Aaz a comer fuera, pero sabe que se opondría sin pensarlo dos veces.

—No, eso sería un error aún mayor —dice sin más.

Lo mira fijamente por un momento para valorar si está borracho o se está riendo de ella. Entonces, da una vuelta en derredor y desaparece por la puerta. Poco después sale Aaz. El Niño Hombre, grande y cuadrado como un luchador, pero con ojos de niño. Corre alrededor del coche, entra y se sienta. Hace ya varios años que Erhard lo lleva cada miércoles a casa de su madre. Hubo un tiempo en el que entraba con él, pero ya no.

—Buenos días, Aaz —dice Erhard.

Aaz no contesta, mira la guantera. Le encanta la guantera. Erhard gira para bajar por el camino y salir a la carretera que va hacia el este.

—Tu equipo ganó el domingo —explica.

—No me dejaron verlo.

—Tampoco yo lo vi, me fui del café cuando empezaba el partido. Pero he oído que fue un encuentro aburrido. Messi metió dos goles antes de que hubieran transcurrido siete minutos. Así que todo estaba decidido.

Aaz tiene el rostro vuelto hacia la ventanilla mirando el paisaje, Las Dunas, un campo de arena siempre nuevo.

—Tus ruedas hacen un ruido como si fueran globos.

—No me puedo permitir comprarme unas nuevas. Ni llevarlas a reparar. Tengo el alquiler sin pagar —dice Erhard. Suele mejorar el humor de Aaz cuando Erhard cuenta cosas de su vida—. Me dieron un soplo seguro, una apuesta, que luego resultó ser falso, así que perdí mucho dinero. Una jodienda porque ahora mi nueva arrendadora está cabreada, una desabrida joven dama que quiere echarme a la calle. Tu madre dice que no debo entretenerme con este tipo de cosas.

—Lo que más me gusta es cuando van por detrás y ganan. Es lo mejor. Lo mejor es cuando van perdiendo y Messi mete siete goles, entonces ganan.

—Sí, eso es lo mejor —afirma Erhard.

Van hacia el oeste bordeando Puerto del Rosario y bajan por la FV-3. Erhard podría encender la emisora del taxi y preguntar por Daouda, el primo de Abdi, pero si Daouda está escuchando, a lo mejor se asusta y se larga. Sería igual de sencillo desviarse por el aeropuerto e informarse de si él trabaja hoy. Hablar un momento con él. Erhard toma una salida y sube hasta la rotonda.

—La hermana Liana dice que el fútbol perjudica el alma. Ella dice que a Dios no le gusta el fútbol, Dios quiere que los domingos vayamos a misa y no al fútbol.

—Seguro que ella no ha visto jamás un buen partido de fútbol —apunta Erhard—. Puede que Dios no haya visto jamás un buen partido de fútbol.

Aaz se ríe. Se ríe con los ojos, pero al mismo tiempo parece algo confuso por la alteración de la ruta habitual.

—Mi madre se ha echado un novio.

Erhard está a punto de saltarse un semáforo en rojo.

—¿Ah, sí?

—El bailarín ese. Dice que baila con ella. Que es muy cortés.

—Jean Boulard —indica Erhard, poniendo en su voz todo el desprecio de que es capaz. No puede soportar que Aaz vaya a encontrarse con el maestro de baile.

—No sé cómo se llama. Me lo contó el sábado, cuando ella vino a visitarme.

—¿Fue a visitarte el sábado? ¿Por qué no me llamó? Podría haberla acercado.

Aaz mira hacia el cielo al cernirse un avión por encima de ellos como un cisne en vuelo bajo, que desaparece tras el edificio del aeropuerto. El primer vuelo de bajo coste procedente de Inglaterra acaba de llegar. La acera frente al edificio parece un mercadillo. Maletas y equipos de golf, tablas de surf y peluches amarillo neón de esos que reparte Ryanair. Mujeres con el pelo rosa y hombres con la camiseta de Rooney. Como primera medida escruta la fila de coches para encontrar al primo de Abdi. Pero no puede distinguir unas figuras de otras y se ve obligado a salir del coche.

—Cruzo un momento para hablar con mi amigo de aquel taxi.

El Niño Hombre se queda en silencio. Con la cabeza baja, como si los aviones pasaran justo encima de él. Erhard sale del coche y se encamina al último taxi de la fila, donde se sienta un conductor que conoce. Álvaro.

—Busco a un conductor que se llama Daouda.

—Daouda. No me suena. ¿Qué aspecto tiene?

—De Malí. Es moreno —indica Erhard.

—Hay de hecho un par de morenos que conducen para TaxiVentura. Nunca he hablado con ellos.

—¿Por qué no?

—No lo sé. No sé qué decirles. Tampoco parece que a ellos les apetezca hablar conmigo. La verdad es que no vemos el trabajo del mismo modo.

—¿Por qué lo dices?

—Se pasan todo el día sentados fumando al otro lado del edificio. Y cuando están en la cola, se meten en uno de los coches a escuchar música.

—Entonces es porque se lo pasan mejor que tú.

—No es eso. Yo no me puedo permitir esas cosas. Tú sabes cómo funciona, algunos de nosotros conducimos todo lo que podemos.

Erhard no quiere entrar en ese tipo de conversación. Además, parece que la cola se disuelve.

—¿Has visto hoy a alguno de ellos?

Álvaro enciende el motor.

—Date una vuelta por los tejadillos. —Avanza y se detiene frente a una familia que de inmediato introduce bolsos y maletas a través de las ventanillas abiertas del taxi.

En breve volverá la calma. Erhard sabe cómo funcionan las colas en el aeropuerto. Mucha frustración y movidas por un viaje a Corralejo. No lo echa de menos. Regresa al coche. Aaz permanece en la misma postura. Atemorizado y al tiempo entusiasmado con el tropel de vuelos que descienden de las nubes.

—Voy un momento al quiosco, ¿quieres algo? —pregunta a Aaz.

El Niño Hombre no responde.

Erhard atraviesa el aeropuerto y toma un atajo para cruzar hasta la salida en el extremo opuesto, donde sabe que están los coches de alquiler. Se detiene en el quiosco, nada más atravesar las puertas, y mira hacia fuera por los enormes cristales. Ve a tres hombres de pie bajo el tejadillo. Dos son negros, el tercero es blanco, griego quizá. En esa zona del aeropuerto no hay ajetreo, casi ningún turista, sólo el crudo sol descendiendo del cielo en línea recta. Tan severo en el asfalto que las oleadas de calima hacen que los hombres parezcan una pintura al óleo. Sobre el fondo gris, sus camisas de colorines se amalgaman y confunden entre sí. Erhard no tiene ganas de acercarse. Al menos mientras sean tres. Todo apunta a que el primo es un hombre violento. «Puedes hacerte daño.» Lo que ponía en el letrero de cartón que encontró en el parabrisas. Erhard se mantendrá a distancia y saldrá cuando el primo se quede solo. El problema es que no sabe quién de ellos es el primo. Ni siquiera tiene la seguridad de que el primo sea uno de ellos.

Se da una vuelta por el quiosco y gasta uno de los quince últimos euros que tiene en el bolsillo en un paquete de chicles para Aaz. Uno de éstos en los que aparece la imagen de un conejo haciendo un globo enorme.

—¿Cuál es vuestro número de teléfono? —pregunta Erhard mientras mira un periódico inglés, como si estuviera interesado en él.

El chico tras el mostrador toquetea aquí y allá hasta que encuentra una pequeña tarjeta de visita con el nombre del quiosco y el número de teléfono.

—También podemos enviar faxes y escanear —comenta el muchacho. Está leyendo un artículo en una revista de informática: «Habla con tu propio robot».

Erhard se dirige a la zona de llegadas, pasa junto a unas máquinas de refrescos y golosinas, y sigue hasta un teléfono de monedas. Teclea el número del quiosco y escucha los tonos al otro lado, muy lejanos, como si llamara a una aldea en la montaña.

—Diga —dice el chico robot.

—Tengo que hablar con Daouda, es importante.

—No es aquí, aquí no hay ningún Davda —responde el chico robot.

—Tengo que hablar con Daouda. Está fuera, en el aparcamiento, bajo el tejadillo. Un tipo negro, necesito que salgas ahora mismo y lo traigas. Daouda.

—Davda.

—Date prisa —dice Erhard mientras escucha el sonido de la moneda y una voz femenina que le pide más dinero.

—Ya, pero yo no puedo salir.

La llamada se corta. Erhard ve una pantallita parpadear, cuelga el auricular y va hacia el quiosco. Ve al chico robot fuera del quiosco mirando a través de los ventanales que dan al aparcamiento. Entonces, el muchacho camina hasta las puertas, que se abren de inmediato, el viento árido se cuele en el recinto. El chico se detiene y mira hacia donde se encuentran los hombres. Se ve con claridad que el muchacho duda, no sabe cómo reaccionarán si empieza a llamar a Daouda. Erhard se ha aproximado a un estante con souvenirs y tras él puede mirar hacia el aparcamiento.

—¿Os llamáis alguno Davda?! —grita el chico robot.

Uno de los hombres, el blanco, se vuelve y le grita a su vez. Erhard no puede oír lo que dice.

—Trabajo en el quiosco, alguien pregunta por uno que se llama Davda.

El hombre vuelve a decir algo.

Erhard ve cómo tira su cigarrillo en el aparcamiento y va hacia la entrada. El chico robot se apresura de nuevo a meterse tras el mostrador del quiosco, como si hubiera hecho algo malo. Toma el auricular y escucha. El hombre, el blanco, atraviesa las puertas y entra en el quiosco, con los hombros arriba en torno a la nuca, como si buscara una rata gorda. Su mirada barre el quiosco sin detenerse al pasar junto a Erhard.

El hombre se para delante del mostrador.

—¿Quién es? Es Mitsos, ¿nooo?

El chico robot intenta encogerse de hombros.

—Han colgado.

El hombre coge el auricular. Escucha.

—¿Quería hablar con Daouda? ¿Eso es lo que ha dicho?

El muchacho asiente con la cabeza.

—Si llaman de nuevo, si es Mitsos, toma nota del recado. Entiendes, ¿no?

—De acuerdo —dice el chico robot. Ya temeroso sin duda alguna.

El hombre regresa rápidamente al aparcamiento. Al acercarse a los otros dos, Erhard ve cómo grita algo mientras hace gestos con las manos. Uno de los hombres negros comienza a andar, después a correr en dirección a dos taxis aparcados en la sombra bajo los tejadillos.

Tiene que ser Daouda.

No es como se lo había imaginado, pero tiene que ser él.

Erhard regresa todo lo deprisa que puede al coche. El terreno es llano y está asfaltado. Alcanza a ver cómo el taxi de Daouda baja por la rampa que lleva hasta la ancha vía que desemboca en la rotonda al pie de la autopista. Aaz permanece igual, como si no hubiera notado que Erhard se había ausentado. Mientras Erhard cambia de marcha y da la vuelta, desenvuelve un chicle y lo introduce en la boca de Aaz, que va al encuentro de la blanda pella con su lengua cálida. Como si alimentara a un animal. Conduce en sentido contrario. No ocurre nada. No hay ningún coche. Sale con rapidez a la vía y ve que en ese instante el taxi abandona la rotonda para tomar la FV-101 en dirección norte. Se sitúa cien metros más atrás y lo sigue.

—Vamos a dar un pequeño rodeo, enseguida volvemos a la ruta de siempre —dice Erhard, cuando se da cuenta de que Aaz se agita en el asiento.

—He soñado con una chica que se llama Sancia. Uno de esos sueños en los que estábamos

tumbados en el jardín notando nuestros dedos y ombligos. Sus dedos eran muy pequeñitos, producían la sensación de un insecto que subiera por mis brazos y bajara por la espalda.

Aaz iba creciendo, madurando, pero de manera febril. Su cerebro tenía tanto de qué ocuparse que no era suficiente con una conversación cada vez.

—Es delicioso, Aaz; ¿ella vive en Santa Marisa?

—No lo sé, nunca la había visto. Se me puso tiesa.

—Se llama *pubertad*, Aaz.

Delante de ellos Daouda se desvía y se mete en la parte norte de Puerto del Rosario, conduce a gran velocidad por las calles que rodean el pequeño estadio de fútbol, donde hace años Erhard asistió a un par de encuentros. No se atreve a conducir tan rápido como Daouda por temor a ser visto en el espejo retrovisor. Sin embargo, al llegar a un cruce con semáforos, el taxi se ve obligado a frenar y Erhard se queda cuatro coches más atrás.

—Las hermanas no deben saberlo. Se enfadarán. Uno se llevó una regañina porque se fijó en los pechos de Lupita.

—¿Lupita? ¿Es una de las hermanas? —pregunta Erhard.

Los hombros de Aaz suben y bajan.

—No, es una estatua que hay en el jardín detrás de la escuela.

Erhard se ríe también.

—Si quieres saber mi opinión, son un poco aburridas estas monjas.

—Mamá dice que a lo mejor se casa con el maestro de baile. Es un buen hombre. Eso dice.

—Sus trajes son muy oscuros, y le preocupan demasiado los zapatos y las señoras —opina Erhard.

—No te gusta.

—No lo conozco, si he de ser sincero.

—Todos en la isla lo conocen.

—Sí, eso es lo que al menos él cree.

—Ha bailado con la reina Sofía.

—Sí, eso dice él.

Ahora están llegando a la calle Virgen de la Peña, donde vive Aissata. Erhard empieza a pensar que Daouda va camino de casa. Pero el taxi aminora la velocidad. Daouda se desvía hacia la parte trasera de una gasolinera y se para. Erhard pasa junto a él y se detiene en la siguiente esquina. Mira hacia la gasolinera.

—¿Qué harás si te echan? ¿Te mudarás a tu antigua casa?

—No —responde Erhard.

—¿Te mudarás entonces al apartamento otra vez? Me gustaría ver el fútbol en la pantalla grande.

Erhard ve que el primo mira al frente en la parte trasera de la gasolinera y cruza la calle.

—No, el apartamento se vendió. Ya no soy amigo del padre de Raúl. Él es quien me permitió vivir allí.

—Messi siempre mete más de un gol cuando marca en los primeros minutos. Parece que se le dan bien las tandas.

Daouda parece casi negro carbón con su camisa azul cobalto mientras habla enfrascado por teléfono, y se apresura a entrar por unas puertas dobles en un gran edificio de cristal que sobresale y parece una tienda de muebles en quiebra.

—No lo había pensado. —Erhard mira al niño grande. Tan vulnerable en su simpleza—. Por lo demás, he reservado una mesa para nosotros. Cuando te recoja de casa de tu madre, iremos a comer fuera.

—Yo quiero aros de calamar.

—Encargaré al cocinero un gran cuenco para ti —dice Erhard mientras gira el coche para salir a la calle de nuevo y regresar atravesando el tráfico. Conduce por la FV-20, entre Casillas del Ángel y Antigua, donde un microbús está parado, averiado en mitad de la vía. Los pasajeros, jóvenes con gorras, se han sentado en un murete a beber cerveza.

Erhard estaba convencido de que Mónica no iba a caer ante ese tipo de hombre, un hombre que parece un trapezista, un hombre que es capaz de emplear una tarde entera viendo zapatos. Sin embargo, ahora no está tan seguro.

—¿Conoces a la hermana Teófila? —pregunta a Aaz.

—Tiene las manos suaves.

—Te gustan las manos. ¿Cómo es? ¿Es buena contigo?

—Me escuchó cantar y dijo que sonaba como la luz de la luna que entra por la ventana.

—Me gustaría escucharte cantar alguna vez.

Aaz toquetea la guantera.

Entran en Tuineje. Erhard gira para tomar el camino. Teme ver el coche del maestro de baile, pero en el camino sólo está el coche gallinero del vecino. Erhard aparca al pie de la casa de Mónica. Algún que otro miércoles se ha quedado en las cercanías. Sentado en el coche viendo la casa. Daba un paseo hasta la dudosa cocina de la Taberna del Puerto, donde elegía la menos mala de las comidas que ofrecen, una sopa. Mientras tanto, miraba a través de la malla metálica que cubre las ventanas con la esperanza de ver a Mónica y a Aaz dando una vuelta hasta la gasolinera en busca de bebidas frías. Pero Mónica es tan tozuda como él. O es que, tal y como ella afirma, como le ha dicho gritando varias veces y le ha recalado con tono agrio por teléfono, simplemente él le es indiferente. Puede hacer lo que quiera. Y ella hace justo lo que quiere. De todas formas, piensa que todo este asunto con el maestro de baile lo hace sólo para castigarlo.

Aaz baja del coche y va derecho a la casa, sin despedirse.

—Voy a entrar contigo, tengo que contarle algo a tu madre —dice Erhard desde el coche.

Aaz desaparece en el interior de la casa y deja la puerta abierta. Cuando Erhard llega y se dispone a entrar, Mónica le corta el paso. Se ha pintado los ojos. Intenta alisar las arrugas de la piel con crema. Lleva puesta una de esas camisas que le hacen un escote largo y profundo.

—No tienes que entrar con él —apunta ella.

—Buenos días, Mónica. Lo recogeré a las cinco.

—Eso es lo pactado. No necesitas entrar para decírmelo.

—Vamos a comer fuera. Le gusta estar por ahí un rato.

No parece contenta. Él había esperado que se alegrara.

—No sé si me gusta. ¿Lo has acordado con la hermana Liana?

—Sí —afirma Erhard.

—¿Y a ella le ha parecido bien?

—Cree que es una buena idea.

Ella se lo queda mirando, después cierra la puerta.

—A lo mejor puede... —dice Erhard, pero no le da tiempo a decir más antes de que la puerta se cierre. Tiene la esperanza de que no le haya oído.

26

Erhard

Erhard está de regreso en la tienda de muebles, el coche de Daouda permanece en el mismo sitio de antes. Aparca el suyo junto a un pequeño comercio y baja la calle sin quitar la mirada del edificio. Durante casi un cuarto de hora no ocurre nada. Tráfico cansino, una calle famosa por sus movidas, por aquí no se pasea nadie.

Pasa por el cruce y empuja una de las dos puertas.

Están vaciando o remodelando la tienda. Hay tubos fluorescentes colgando de las lámparas del techo, una escalera plegable con una pareja de guantes en el peldaño superior, música que rebota contra las paredes vacías. El papel delante de los ventanales colorea de lila la luz en el interior, como un club nocturno o una habitación infantil. Se percibe un débil olor a basura, a podrido.

Erhard se asoma con precaución por una puerta abierta y su mirada domina un largo pasillo. Al final del corredor, entre dos puertas cerradas, un joven está sentado en un taburete. Tiene aspecto de croata, una particular y severa tirantez en torno a los ojos y una nariz que parece encolada en cinco puntos de la cara. Lleva puestos unos guantes de seguridad.

Hacia la mitad del largo pasillo hay una ventana que se abre a una oficina. La música procede de la ventana. Erhard se aleja del pasillo para encaminarse al otro extremo del local lila, donde se accede a una zona administrativa con un armario estrecho, dos escritorios y una polvorienta silla de oficina, además de cajas de cartón y una abandonada figura de cartulina que representa a una madre alegre con una almohada. En la ventana que da al pasillo una radio —encajada entre el cristal y el marco— lanza un sonido áspero de música folclórica. Erhard mira hacia el pasillo. Sólo lo separan un par de metros del joven croata que habla por teléfono. No es fácil oír lo que dice. Erhard se acerca más, de modo que su hombro roza la ventana con un ligero empujón. La ventana se cierra haciendo caer la radio, el cable se estira y sale disparado del enchufe. Durante un breve segundo no se oye nada, entonces la radio alcanza el suelo y suena como si se hubiera hecho pedazos.

Silencio. De nuevo.

Erhard no se atreve siquiera a respirar, pero se pone en cuclillas.

Oye al croata venir por el pasillo. Dentro de un momento mirará en el interior a través de la

ventana. Erhard no tiene tiempo de salir del despacho. Piensa en esconderse bajo uno de los escritorios, cuya parte frontal está cerrada por una chapa. En su lugar, se desplaza con cuidado hasta el estrecho armario y mira dentro. Está vacío. A excepción de una barra de esas que sirven para enrollar los toldos. Erhard entra en el armario y deja que la puerta se cierre tras él. Se da la vuelta, preparado para golpear al croata con la barra si se le ocurriera abrir la puerta del armario.

Alguien habla. No es el croata, es otro de voz más grave.

—¿Qué haces, Dali, qué narices haces? Tienes que quedarte aquí fuera.

—Se ha roto —explica el croata.

—¿Por qué tienes que causar problemas, chavea? —Una palabra que Erhard desconoce—. Ya te he dicho que te quedes quietecito sentado, sin tocar nada.

—No he tocado nada, pero se ha caído.

Siguen hablando fuera, en el pasillo. El mayor está enfadado, pero Erhard no puede oír lo que dice. Abre un poco la puerta del armario para escuchar.

—¿Cuándo? Tío Mitsos, no puedo estar sentado más tiempo.

—El maliense acaba de ponerse a ello, ya sabes cómo va. Paciencia, Dali. —Y deja de hablar por teléfono.

El maliense. Abdi.

—De acuerdo, Mitsos.

—Tu padre me jura que eres bueno. Olvida a esa cría, te tiene hechizado. Olvídala y sé un hombre, siéntate quietecito.

—Me quedo aquí, tío.

Silencio.

Erhard permanece totalmente quieto.

—Bien, chavea, bien.

Se cierra una puerta.

La música comienza de nuevo. Una melancólica canción popular con un coro de hombres.

Erhard se escabulle del armario, abandona la oficina, llega hasta las puertas y sale a la calle. Aprieta el paso. Tanto como sus piernas le permiten. Se le cansan las rodillas. Llega hasta el comercio y se sienta en el coche unos minutos mientras nota sus rótulas alborotadas. Conduce por la parte trasera del barrio, rodea el estadio y baja por la calle Virgen de la Peña. No tiene fuerzas más que para aparcar delante justo de la escalerita. Sube hasta el descansillo. Mira en el interior, hacia la puerta de madera del lado izquierdo.

En lugar de llamar, vuelve a bajar. Saca su cuadernillo y el bolígrafo de la guantera para escribir en inglés. «Creo que el primo Daouda está implicado, creo que lo está escondiendo, lo haré salir, E.» Dobla el papelito, regresa y lo deja bajo la vasija de los tres cuellos. Al dejar el mensaje, ve otro papel escrito con mano casi ilegible y en un inglés tan pésimo como Erhard se temía. «Dices que mi primo Daouda está loco. No hables con él. Por favor. Le echo mucho de menos, encuéntralo lo antes posible.»

Deja su propia nota en el mismo sitio y conduce hacia el centro.

Erhard

A pesar de todo lo sucedido, sigue pensando en Emanuel Palabras. En la casa de puertas abiertas, el jerez de color almíbar, las hipnóticas mariposas y en el más hermoso piano de cola que Erhard ha visto. Echa de menos esa complicada amistad. Echa de menos sentirse valioso ante alguien que tiene poder y dinero para hacer lo que le venga en gana. A lo mejor es así de simple. Precisamente por eso ha preferido evitar volver a verlo, encontrarse con él.

Pero justo en este instante no se puede hacer otra cosa.

No hay ningún otro sitio donde buscar ayuda. La policía está descartada. Aunque quizá pudieran salvar la vida de Abdi, le denegarían asilo al maliense. Sería enviado a alguno de los campamentos provisionales del Estado. Puede que al de Lanzarote. La legislación es estricta, de manera que, unos meses después, del campamento lo enviarían a casa. Y Aissata sería aún más desgraciada. Ella se lo diría a Teófila. Y Teófila hablaría con Mónica.

Se coloca delante de la puerta, nada más, ante la cámara.

El portero automático cruje.

—Afinador. —Es Palabras.

—Hola —dice Erhard.

—Intenté que ella viajara de regreso a casa. Pero no quiso escuchar. Olvídalo, vais a pagar por lo que ha hecho.

—¿De qué me hablas?

—No voy a tolerar ese tipo de cosas. Viene aquí. A mi casa. Como cualquier puta a la que no le hubieran pagado.

¿Estará hablando de la monja? Erhard intenta imaginarse a la monja sacando de quicio a Palabras y no lo consigue.

—¿La hermana Teófila? —pregunta.

—No te hagas el tonto —espeta, a través del aparato.

—No tengo ni idea de lo que me hablas. O de quién me hablas.

Silencio. El telefonillo suena con aspereza.

—Dijiste que no querías volver a verme nunca.

—No es preciso que te vea —replica Erhard, y golpea la cámara.

—Continúas tan gracioso como un vagabundo borracho.

—Necesito que me prestes dos de tus..., como sea que se denominen, empleados —pide Erhard.

Al principio no se oye nada. Entonces, Emanuel Palabras se echa a reír. Y continúa. Mucho tiempo. Sigue y sigue. Erhard no acierta a percibir si es risa auténtica o falsa. El telefonillo la hace sonar como un centrifugado.

—Está en juego la vida de un hombre. No tiene gracia.

Entonces, Palabras se ríe todavía más.

—Y eso habría de despertar en mí la curiosidad, la gran empatía que siento por la triste suerte de esta isla.

—Aún puede haber una persona detrás de los gruesos muros —explica Erhard.

Calla.

—El pasado está a punto de darte alcance, pero no lo sabes, ¿verdad?

Erhard no tiene ni idea de lo que dice, pero le da igual. Palabras siempre ha sido aficionado a ese tipo de cosas.

—Sólo quiero tomar prestados a Charles y a uno de tus otros bueyes. Una hora. Y todo habrá pasado.

—Vas a lamentar el día en que viniste a poner tus nueve dedos en mi isla. ¿O mejor debo llamarte «Cazador de perros»? ¿Cómo te va buscando perros, cabras y coladas desaparecidas?

Erhard lo deja correr.

—No he venido a suplicarte ayuda, préstame los dos hombres o no lo hagas.

El portero automático resuena.

—Pero me gustaría ayudarte, Perrero. Me agrada ayudar a los más desesperados. A aquellos que no tienen un lugar adonde ir. Aunque sea un negocio terriblemente malo. No necesito decírtelo, tú bien lo sabes. Por cierto, ¿dónde vives?, ¿te has mudado? —Parece como si estuviera entreteniéndolo el tiempo. Hay ruidos al otro lado del portón. Alguien se está preparando para salir.

—Vivo en Parque Holandés, realquilado —informa Erhard mientras da un paso atrás para inspeccionar el camino.

—Parque Holandés me pertenece. Nadie va a alquilarte ni una tumbona. Di dónde vives. Así podré ir a ajustarte las cuentas a ti y a tu pequeño monstruo mientras dormís.

—Eh... —dice Erhard.

Mucho más abajo, casi en la esquina, atisba dos hombres que han salido de entre los arbustos. Es posible que por una puerta en el muro que rodea la casa. Erhard se vuelve de inmediato para marcharse al coche. Puede oír cómo se abre el portón, pero arranca rápido el motor, da la vuelta en la rotonda y se lanza a toda velocidad colina abajo. Los dos hombres salen a su encuentro para detener el coche, pero uno de ellos se ve obligado a saltar hacia un lateral cuando Erhard no para. El otro grita tras él.

Continúan las obras en el carril de aceleración y él se ve conduciendo a demasiada velocidad por un largo trecho de gravilla suelta. El polvo se retuerce en altos remolinos detrás de él. Un peón le grita. Sale a la FV-101 y puede ver por el retrovisor el polvo que ha dejado tras de sí. No

le sigue ningún coche.

Piensa en el marido de Aissata, prisionero quizá en una tienda de muebles de Puerto, es probable que mortificado y golpeado.

No puede pensar con claridad, pisa hasta el fondo el viejo Mercedes, que tiembla y traquetea. Al atravesar la rotonda para bajar por Alcalde Gabriel Turró, colea y bota. Se detiene durante un minuto bajo el puente y eleva la mirada hacia el Castillo, la comisaría de policía de la isla. No ha estado aquí desde su detención hace ya más de un año.

Después pugna por subir la escalera y entra.

El sitio no ha cambiado. La misma triste planta en medio de la sala de espera, la misma recepcionista que toma el recado de Erhard para el subcomisario de policía Francisco Bernal. Mira un cartel que explica cómo hay que comportarse en el lugar. No se puede llevar perro, ni hablar por teléfono, ni fumar, ni portar armas, ni gritar, ni comer, ni beber alcohol, ni cantar, ni quitarse la ropa.

Junto al cartel hay un artesano sentado con el torso desnudo y laca de uñas o cardenales en cada uno de los dedos, no deja de fumar mientras dice el nombre de un santo o de una persona llamada Lorenzo, «mi Lorenzo, mi querido Lorenzo».

La recepcionista hace señas a Erhard para que pase a través del detector de metales y entre en el gran local destinado a oficina, repleto de sillas de despacho marrones, papeles que se agitan por el aire que procede de las hélices en el techo, y cables que corren a ras de suelo. Erhard busca con la mirada al joven Hassib, pero no hay nadie en la habitación excepto Bernal, que acude a su encuentro.

—Jorgenson —dice él.

—Tengo algo para ti, pero antes de que siga hablando tienes que prometerme una cosa.

—Sabes lo que sucede con este tipo de promesas —responde Bernal mientras echa un rápido vistazo al pasillo y empuja a Erhard hasta el interior del almacén.

—Hay que dejar marchar a Abdi cuando todo termine.

—Lo que no sé es quién es Abdi.

—Prométemelo.

—No puedo prometértelo, Ermitaño.

—Elige: ¿quieres que te dé un soplo o me lo guardo?

Bernal consulta su reloj.

—¿Me dará tiempo antes de la hora de cerrar?

—Es preciso disponer de un par de hombres. Pero ha de ser ahora. Ahora mismo. Lo tienen preso en una fábrica de muebles.

—¿Quiénes son? ¿De qué me hablas?

—El primo y algunos de sus amigos.

—No puedo ayudarte, estoy aquí yo solo y tengo que marcharme en breve. También está Hernández, pero no es de mucha ayuda.

—¿Dónde os metéis? Tenéis que poder hacer algo.

—Muchos están abajo, en Jandia, windsurfing, multitudes, fiestas, biquinis, y lo demás.

—La policía está para salvar vidas y atrapar delincuentes.

—Los turistas demandan seguridad, ya sabes.

—¿Queréis salvar la vida de un hombre o no?

—Dime de qué se trata y veremos.

Erhard lo mira.

—¿Cuántos niños tienes ya, Bernal?

Bernal se ríe.

—No es cosa que deba incumbirte.

—No pareces demasiado interesado en hacer ni una mierda por nada, pareces más interesado en cuidar de ti mismo.

—No sabes en lo que yo empleo mi tiempo. A lo mejor hasta te estoy ayudando sin que tú lo sepas. Luego, ¿qué tal si dejas de inmiscuirte y así podremos hacer nuestro trabajo policial?

—Te paga un delincuente. Eso no es trabajo policial.

—Pero vienes una y otra vez, ¿no? —dice Bernal, y se señala la nariz, que ya ha cicatrizado, quizá de un modo más torcido que antes.

Erhard da media vuelta y se va. Pega una patada a una caja con papeles que está en el suelo.

—¡De nada, viejo! —grita Bernal tras él.

Hasta el último instante, Erhard abraza la esperanza de que el policía vaya corriendo a buscarlo, pero no sucede. Cuando tras meterse en el coche cierra la puerta con un golpe y sale, no ve a Bernal por ningún lado. Tendrá que hacerlo él mismo. Encontrar alguna manera de rescatar a Abdi de esa habitación.

Conduce por la FV-3 en dirección norte. Se detiene en una triste gasolinera a echar diésel. Una de esas en las que se sirve uno mismo. Enojado, pulsa la máquina por todos lados, hasta que acude en su ayuda un hombre de pelo plateado que está rellenando su scooter.

—¿Qué ha sido de la tienda donde uno podía pagar y comprar vino? —pregunta Erhard.

—Ardió antes de Navidad —dice el hombre—. El hijo del dueño, cigarrillos demasiado cerca de los surtidores. Estalló, la gente se escondió bajo las camas. Vivo justo aquí arriba. La calle parecía el Madrid del setenta y seis.

—¿Qué le ocurrió al chaval? ¿Murió?

—No, pero está desfigurado. Su cara parece una lombriz. Nueve años. El padre perdió las ganas de trabajar. Ahora te tienes que servir tú mismo. Eso sí, nadie fuma en las proximidades. —El hombre arranca su scooter.

—Eh, olvidas tu bidón de gasolina —dice Erhard—. Es dinero.

—No es mío, pero puedes quedártelo. —El hombre le da gas a la motocicleta y desaparece.

Erhard agita el bidón. Está a la mitad.

28

Le

Espera en el vestíbulo. Saca dinero. Se sienta a mirar su teléfono y escribe cuatro mensajes con el mismo texto. «Sí. ¿Dónde?»

Un admirador la reconoce. Un surfista con bigotito. Se queda un buen rato junto al mostrador de recepción fingiendo teclear en el móvil mientras toma una foto de ella. «Mira a quién me he encontrado con un horrendo top en mi hotel de Fuerteventura. #lelupus.» Ella no tiene claro si enseñarle el dedo o levantarse la blusa. Será mejor que no lo haga. Cada admirador cuenta.

Son más de las cinco cuando la furgoneta aparece frente al hotel.

—Apaga la música —ordena Le mientras entra.

Salen a la carretera. Magne le lanza una mirada rara por el espejo retrovisor.

—Llegáis tarde. Podría haberme largado —dice Le.

Vic la ignora.

—Ha llevado un poco, pero ahora sabemos dónde podemos encontrarlo.

—No estoy preparada para verlo —reconoce Le—. No puedo.

Vic enciende un cigarrillo y echa el humo por la ventanilla bajada. Abandonan la carretera y entran en un apretado pueblecito con un surtidor de gasolina y algo similar a un restaurante detrás de un cartel de madera podrido. Tuercen dos veces y ruedan por un camino estrecho. Habrá unas diez casas. Todas están construidas en el mismo estilo, pero varias décadas de reparaciones las hacen diferentes, ladrillos deslucidos, un depósito de agua en el techo. Detrás de un murete de piedra picotean el suelo seco un par de gallinas. Enfrente de la casa hay aparcado un coche con más gallinas en finas jaulas de alambre como carga. Magne refunfuña mientras aparca. ¿Quién deja los animales al sol? En otro lugar hay cactus entre las piedras, flores azules en frascos hexagonales.

—Falta poco —dice Vic, el motor suena como una sauna.

Los dedos de Le buscan la botellita de cristal que lleva colgando del collar y la aprieta de tal forma que está a punto de romperla.

29

Erhard

—Hay una tienda de muebles ardiendo, el fuego la devora, tenéis que venir ahora mismo.

—¿Desde dónde llama, señor?

—Está en Bethencourt, junto a Sevilla. —Erhard mira la tienda frente a él.

—¿Quiere decir en Puerto del Rosario?

—Sí, daos prisa.

—¿Y ha dicho que en la calle Juan de Bethencourt, esquina con Sevilla?

Erhard puede oír cómo ella teclea.

—Sí.

—¿Qué es lo que ha pasado, señor? ¿Ha habido una explosión?

—No, gasolina. Todo está ardiendo. Hay llamas por todos lados. Y gente.

—¿Es en el interior de un inmueble?

—Sí, dentro.

—¿Cuántas personas hay en el edificio?

—No lo sé, seis o siete hombres, creo.

—¿Cuál es su nombre, señor? ¿Desde dónde llama?

—Boulard, Jean. Vivo aquí al lado.

—Nuestros coches estarán ahí tan pronto como sea posible, señor Boulard.

Erhard cuelga. Toma la bolsa y el bidón de gasolina que están junto a la cabina de teléfono, y se apresura a cruzar la calle. El coche de Daouda permanece en el mismo lugar. Se cuela con precaución por una de las dos puertas. Se oye música que sale de la radio igual que antes. Y el croata con los guantes de seguridad continúa sentado mirando su teléfono.

Erhard pone la bolsa junto a la escalera plegable y vierte gasolina por el suelo y a lo largo de las ventanas. Lo hace en uno de los lados de la tienda, muy próximo a las ventanas, de manera que los bomberos puedan acceder fácilmente. En el bidón hay más de lo que él había calculado. Continúa volcando el contenido. La sensación de podredumbre es desplazada por el olor a gasolina que le recuerda al taller, a Anphil, el mecánico que siempre huele a gasolina, incluso cuando tiene libre. Por fin caen las últimas gotas. Cierra el bidón con el tapón de rosca y lo deja de pie con cuidado. Luego saca unas medias de nailon de la bolsa y se las embute en la cabeza.

Aprietan.

No había más que una talla en la tienda. Reflexiona acerca de si debería haber adquirido otro modelo o haber prescindido de ellas. Las medias son de color marrón claro y le frotan la barba. Tiene ganas de volver a quitárselas, sin embargo, las baja aún más por delante del rostro. Es difícil ver a través de la malla. Va a por la bolsa y se pone una ligera chaqueta de deporte de colores chillones. También hay un extintor de polvo. Tira del seguro que lo mantiene cerrado para comprobar si el mango cede cuando lo presiona hacia abajo. Así es. El tubo suelta un pequeño estallido y sale disparada por la boca una pizca de polvo.

Entonces prende fuego a una revista de modas que ha traído en la bolsa. Tira la revista a la esquina rociada con gasolina. Se oye un chasquido al correr el fuego a lo largo del suelo. Riza el papel que cuelga frente a las ventanas y el calor hace que Erhard se retire. Se dirige hasta la pared donde se encuentra la alarma de incendios y retuerce el pequeño mango en círculo. Chasquea, hace ruido, pero la alarma no suena. No ocurre nada. Ni sirena que aúlle, ni agua que salpique desde las tuberías del techo. El humo empieza a arremolinarse alrededor de las ventanas.

Erhard agarra el extintor de polvo, dobla la esquina y corre por el pasillo hacia las dos habitaciones.

—¡Fuego, fuego! —grita, tan fuerte como puede, pero es difícil oír si alguna palabra sale a través de las medias. Puede ver en ese preciso instante al croata, que sin saber qué hacer se levanta de su taburete.

El croata grita alguna cosa a su vez, casi en un chillido.

Pero Erhard presiona la empuñadura del extintor y el polvo sale disparado hacia el rostro del joven, mientras él continúa avanzando, en dirección al hombre que sujeta una de las puertas, aunque sólo llega a abrirla a medias antes de que Erhard lo empuje al pasar a su lado y entre en la habitación de enfrente. Le duelen las rodillas, que runrunean durante un instante, hasta que las domina.

Echa un rápido vistazo al entorno, antes de descubrir a los hombres junto a la mesa. Están sentados alrededor de un tablón con comida, la mesa está cubierta de botellas.

—Todos tienen que salir. Hay fuego.

Lanza una nube de polvo hacia los hombres, entonces las botellas se vuelcan y los hombres se llevan las manos a los ojos. Uno de ellos grita. Se levantan de modo que sus sillas plegables se cierran. Uno empieza a recoger cosas de la mesa. Parecen billetes, pero Erhard no puede verlo a causa de las medias y el polvo suspendido en el aire. Busca con la mirada a Abdi o a Daouda, pero no es capaz de diferenciar a uno del otro. Todo resulta borroso, sus ojos están irritados y puede oler su propio aliento, nervioso y agrio.

El hombre llamado Mitsos —Erhard puede reconocer su voz— tose y grita fuerte:

—¡Que nadie toque nada! Vamos a ver, ¿este hombre quién...?

Retumba un estallido, un estruendo hueco como de algo que se desploma. Seguido de una succión que hace titilar la habitación. Puede que sean las ventanas hechas astillas, quizá los bomberos ya están en camino. O el bidón de gasolina, que a lo mejor no estaba del todo vacío.

Todos los hombres, excepto uno al que Erhard no puede ver, se lanzan sobre la mesa para

rebañar cosas que se meten en los bolsillos. Erhard vuelve a rociarlos con otra tanda de polvo y se encamina hacia la única persona de la habitación que permanece de pie, inmóvil, encendiendo un cigarrillo. Erhard se acerca a él y logra ver que tiene puestas unas gafas de sol.

Es Daouda.

—Un momento, Mitsos, un momento. ¿Por qué ese hombre de ahí lleva unas medias en la cabeza?

Mitsos grita entre el polvo:

—¡Recógelo todo, chavea, ahora mismo!

—Ese hombre no es...

No le da tiempo a decir nada más, en ese instante llega corriendo el croata a espaldas de Erhard y grita: «¡Fuego, fuego, toda esta mierda está ardiendo!». Seguro que ha estado en la zona de la tienda donde ha visto las llamas y el humo. Un par de hombres han abierto una ventana volcándose al exterior uno encima del otro. Daouda sigue de pie quieto.

—¿Dónde está Abdi? ¿Adónde ha ido a parar?! —Erhard apunta con el extintor hacia Daouda. Grita todo lo alto que puede.

—¿De qué coño hablas, *mon pote*? —dice Daouda.

Erhard coloca el extintor a un lado y pulsa la empuñadura dos, tres veces. Una serie de nubes golpean a Daouda de forma que las gafas de sol salen volando y el hombre se cubre la cara.

—¿Dónde está?, ¿dónde lo habéis escondido?! —grita Erhard.

Daouda no contesta, no puede contestar, sus rodillas titubean y lo llevan contra la pared, busca a tientas una estantería, intenta tomar aire. Erhard se dispone a interrogarlo otra vez, pero de pronto Daouda alza una lámpara que ha encontrado. Una lámpara de oficina de gran envergadura que alcanza a Erhard en la sien y hace que la bombilla se rompa. Daouda tira la lámpara lejos de sí y se lanza hacia Erhard. Daouda grita algo que Erhard no es capaz de descifrar.

Erhard consigue dar algún paso hacia atrás y apunta el extintor a la cara del hombre. Lo vacía, mantiene presionada la empuñadura hasta el fondo, hasta que la presión desaparece y el extintor crepita. El polvo parece haber llenado la boca y la nariz de Daouda, el hombre cae de espaldas entre las sillas, que yacen desperdigadas por el suelo.

—Eso por pincharme las ruedas —dice Erhard.

Ve una puerta entre un par de grandes cajas de cartón. Tiene ganas de quitarse las medias de la cabeza, pero parecen funcionar como una mascarilla, un filtro contra el polvo de la habitación.

Mitsos está saliendo por la ventana con la ayuda del croata, que se encuentra al otro lado.

—Mis mercancías, mi dinero —ordena Mitsos, pero el croata alza al anciano hasta que sale fuera.

—Yo te salvo, *stari*[3], ya se acabó.

De fondo, Erhard oye las sirenas como si fueran música.

Va hasta la puerta, descorre el cerrojo y la fuerza a abrirse. Hay algo que la obstaculiza. El cuarto se halla a oscuras. De aquí es de donde procede el olor a podrido. Debe de ser Abdi, golpeado, desangrándose, próximo a morir, en un charco de pis. ¿Quién sabe por qué razón? Erhard susurra su nombre. Empuja la puerta con la fuerza de su dolorido hombro para abrirla.

Sobre un pequeño palé de madera hay frascos de encurtidos, cajas con gigantescas latas de aceitunas y pequeñas latas de piña. Altos sacos de harina se recuestan en la puerta. Una estrecha estantería está repleta de bandejas con tomates negros agujereados, y por encima de la estantería cuelga de una soga un trozo de carne que en su día pudo ser jamón o embutido y ahora está plagado de moscas.

Una voz resuena en el edificio.

—¿Hay alguien?

Erhard se acerca a la ventana. Los demás hombres se han marchado. Seguro que han aterrizado en la esquina y han saltado a sus coches. Daouda sigue quieto en el suelo. Erhard coloca una silla delante de la ventana y trepa hacia fuera. Rodea un edificio gris, atraviesa una valla poco elevada y desciende hasta una entrada de vehículos con basura y escombros. Las sirenas de los coches de bomberos se oyen nítidamente desde aquí. Pasa junto a un carrito de la compra que está en una zona de hierba, tira la chaqueta y camina a lo largo de una gran ventana, desde la que se oye a un hombre cantar una canción infantil.

Cuando llega a la amplia vía ve que dos coches de bomberos y una ambulancia rosa obstaculizan el tráfico. En la acera hay dos hombres de uniforme negro y un tercero rocía de espuma la fachada. Las ventanas han desaparecido. Una franja de humo negro se yergue sobre la tienda como una mimbrera.

Se oculta tras el volante cuando ve que se llevan a Daouda sobre una camilla. Encienden la sirena y la luz intermitente para marcharse. Erhard tiene el rostro ardiendo y está cansado, como ocurre de manera indefectible cuando uno se ha sentado frente a una hoguera durante varias horas.

El reloj del coche muestra las seis y cuarto, lo cual quiere decir que son las siete y cuarto.

Recoge a Aaz más tarde porque la vida de Abdi corría peligro. Está convencido de que eso podrá disculparlo ante Mónica.

30

Le

Llega un automóvil desde la carretera y frena delante de la casa. Se está poniendo el sol, el polvo flota en el aire, por lo que el conductor tiene que disiparlo al salir. Vic le ha dicho a Magne que no debe grabar, pero de todos modos el noruego lo hace; la cámara está en el salpicadero y registra al hombre cerrando de golpe la puerta del coche.

Guardan silencio. Le asoma por detrás de los asientos delanteros. Nota que el teléfono vibra en algún lugar de su bolsillo.

—¿Es él? —pregunta Magne.

Ella mira al hombre. Lleva gafas de sol. Su cuerpo parece delgado y fuerte mientras camina hacia la casa. Un pañuelo de color le sobresale de la camisa. No está como lo había esperado Le, cerca de la muerte y agotado.

—Vamos a salir —dice Vic—. Tienes que venir, Lene.

—Déjala por ahora —replica Magne—. Primero debemos preguntar si podemos filmar, tenemos que tener permiso antes de seguir grabando.

Saltan del coche y van corriendo hacia la casa. Magne con más problemas. Corren tras el hombre. Ella no puede verlos. La oscuridad se cierne desde los árboles y arbustos. Sale de la furgoneta y se para detrás del coche de las gallinas y ve a las aves tendidas en las jaulas, una de ellas apoya el pico en los barrotes. Los rayos del sol hacen que las plumas doradas refuljan como bronce. Trata de ver la casa, mira hacia el jardín por donde han desaparecido la sueca y el noruego.

Saca el teléfono.

Calle Efequen, Puerto. 19.30. Ven solo.

Por un momento, la migraña se alivia, luego aterriza con pesadez y entra rodando en el cuerpo y tira de ella hacia las profundidades. Tiene que conseguir las pastillas. Ahora. Justo ahora.

—Lene. —Vic está a la puerta de la casa y agita los brazos.

Le va al minibús y se sienta en el asiento delantero. Las llaves están en el contacto. Quiere

salir rápido a la carretera, pero no puede meter la segunda y termina pasando despacio mientras mira a Vic, que se dirige hacia la calle y comienza a correr detrás de la furgoneta cuando ve que Le se marcha.

Dobla la esquina en dirección a la carretera, bajo los olivos y las palmas apagadas. Como todavía hay algo de luz, puede ver la carretera principal que serpentea atravesando las montañas. Baja totalmente la ventanilla y siente que el aire la empuja. En el cielo, hacia el este, ve un avión iluminado.

31

Erhard

Encuentra pocos coches por el camino y llega justo antes de que se haga de noche. Al torcer la esquina ve el dos puertas del maestro de baile parado frente a la casa de Mónica. Erhard aparca bajo un limonero y sube el camino mientras observa el interior del coche. Puede ver la nuca de Aaz a través de la luna trasera, está sentado en el asiento delantero. El maestro de baile se halla en el jardincito de la parte anterior de la casa gritando algo en dirección a ésta. Ve a Erhard y se vuelve hacia él mientras se coloca las solapas del cuello de la camisa. Tiene un rostro fino como uno de esos que se untan con crema grasa.

—No te vas a ninguna parte con él —espeta Erhard.

—Mantente alejado, taxista, ya no eres bienvenido —dice el maestro de baile, como si eso le regocijara.

—Aaz no te conoce. Le provocas inseguridad.

—Eres tú quien le provoca inseguridad —se oye desde la casa.

Erhard mira hacia la puerta, donde se halla Mónica. Entre ella y el maestro de baile hay dos personas jóvenes, una parece una cigüeña y la otra parece una secretaria dura de pelar. Salta a la vista que ninguna de ellas entiende de qué hablan. La cigüeña sostiene una enorme cámara en las manos.

—Lo siento, Mónica —dice Erhard.

—Te has retrasado tres horas. Y no me apetece escuchar tu disculpa.

—Sabes cuánto significa Aaz para mí. Permíteme llevarlo a casa.

—Se acabó —dice el maestro de baile mientras se sienta dentro. Da la vuelta al coche rápidamente y pasa junto a Erhard. Aaz no levanta la vista.

No sabe qué decir. Se queda donde está, mirando el camino. Oye a Mónica cerrar la puerta.

—¿Eres Erhard Jorgenson? —pregunta la secretaria, que se ha acercado a él por completo, con un singular acento danés.

Está a punto de hacer caso omiso. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez.

—No, no —dice Erhard. Camina hacia atrás, nota algo que le gotea de la sien—. No soy yo —añade en español.

—¿Podemos hablar contigo, podemos grabarte? —De nuevo en un danés muy particular.

A pesar de entenderlo todo, las palabras le suenan extrañamente retorcidas y chistosas, casi hasta erróneas. Como si el idioma se hubiera vuelto estúpido desde que él lo hablara hace muchos años. La cigüeña sostiene la cámara en alto a la altura del hombro, encañonando a Erhard.

Da media vuelta y camina hacia el coche todo lo aprisa que le permiten sus rodillas.

—¡¿Por qué sangras?! —la oye gritar.

Sale marcha atrás en dirección a la carretera, todo el camino hasta hallarse fuera del alcance de la cámara. No lo sigue ningún coche. De todas formas, no va a arriesgarse. Llega a la FV-20 y conduce en dirección sur hacia la costa, hace prácticamente el camino de Morro Jable dando pequeños rodeos y pendiente del retrovisor. Los neumáticos no están bien, meten ruido y el coche sigue inestable. Espera diez minutos bajo un viaducto. Después conduce hasta Esquinzo y oculta el coche. Abajo en la playa hay una fiesta, se oye música alta y alguien que habla por un altavoz. Camina en medio de las rocas, sube entre las casas nuevas, donde las obras avanzan y retroceden con desidia. No puede pensar en otra cosa que no sea volver a casa, a su colchón.

El agua caliente no funciona aún, pero no le molesta. Toma un baño rápido. La sangre de la sien corre alrededor de la rejilla como un hilo rojo. La herida parece que no coagula. Se da unos toques con una camiseta, pero aquello no para. Se queda quieto bajo el marco de la puerta para secarse. Por lo general tiene tres calzoncillos que va rotando, pero durante la última semana la cosa se ha descompensado. Los echa en un cubo con jabón y se pone los pantalones sin nada debajo. En Radio Mucha suena *Hey There Bush*, de Boise Cooper. Desconecta y escucha el jugueteo del viento, la arena que choca contra la ventana. La casa está vacía y gris. Las enormes lámparas de la zona de obras arrojan cuadriláteros blancos sobre las paredes de la sala.

Se sienta en la butaca bajo una bombilla mortecina a leer *La caída de Orfeo*. El peculiar señor Hames, un hombre con un resquebrajado ojo de cristal, le ha prohibido a Val mirar por encima del seto para ver a la hija, gravemente enferma, dormir la siesta bajo un quitasol. En el último cuadro: árboles como fósforos abrasados, un pezón cortado a la mitad.

Erhard levanta la mirada del libro.

No llega a comprender por qué un par de daneses con una cámara han ido a aparecer junto a la casa de Mónica. Lo estaban esperando. Sabían su nombre. No va a regresar por ahora.

Pone los calzoncillos y las camisetas limpios sobre las baldosas de fuera. Nadie puede verlo. La puerta está abierta. Se tumba con la barriga desnuda, come una lata de guisantes y aspira el aire hasta el fondo de los pulmones como si hubiera olvidado lo que se siente al hacerlo. El mar tiene la misma respiración y arrastra los barcos sobre el horizonte. Las cigarras llegan trepando entre las obras. Por el día sólo se ven aburridas paredes de hormigón, huellas de excavadoras y las colillas de cigarrillos de los trabajadores. En la oscuridad es posible imaginar la mudanza de jóvenes a las otras casas, sus hijos chapoteando en la piscina situada en el centro, sus perros que cagarán entre las piedras de la parte trasera. Eso si uno se fía de los dibujos que cuelgan arriba junto al camino.

Mil euros. Antes del viernes.

Tiene que hablar con Aissata. En el mejor de los casos puede que encuentre a Abdi antes de que ella descubra que ha enviado al primo al hospital.

La calle Efequen parece una pista de aterrizaje. En el lado izquierdo, hay edificios tras la valla de alambre de espinos. En el lado derecho, se ha preparado una zona de aparcamiento detrás del terreno desigual, roto sólo por farolas desordenadas. Pájaros blancos que vuelan en torno a las luces. Hay algunos remolques, una lancha planeadora en uno de ellos. Y detrás de una pequeña casa con un mástil alto en el techo hay una figura que le hace señas con una linterna. El sol acaba de descender por detrás de la isla. El cielo es de todos los colores y de ninguno.

Le avanza despacio por la calle y se detiene detrás de una tienda. Sube un montoncito de escombros, piedras, tablas largas, bichos y basura, y cruza el espacio abierto, avanzando entre las manchas oscuras, no por precaución, sino porque no puede soportar el sonido y la luz de las farolas.

Cuando está a mitad de camino, una motocicleta rodea la casa y se dirige hacia ella. El conductor no se quita el casco, sólo frena y dice «*Money*». Ella saca los billetes y los pone en el guante.

—¿Eres Lene Berner? —pregunta él. Suena como Line Borner.

—¿Quién eres? —Intenta ver a través de la visera del casco.

El hombre mete los billetes en la cazadora, gira el puño y la motocicleta salta hacia delante y abandona la calle.

—¿Qué demonios...?

El lugar es tranquilo. Siente que su cabeza es como un trozo de papel de aluminio. Luego vuelve a ver al hombre de la linterna junto a la casa. Tiene una espesa barba y coleta.

—Lene Berner —dice, alzando extrañamente la voz y mirándola.

¿Es que tienen todos que decir su nombre?

—Dame las pastillas —ordena Le.

—Calma, loba —dice. Camina hasta el final de la casa y toma algo del tejado. Lo pone en la mano de Le. Es un paquete marrón.

—¿Qué es esto? —Le lo contempla. Nerviosa—. Acabo de pagar por cincuenta pastillas, aquí no hay cincuenta.

Él se vuelve para mirar hacia la oscuridad a sus espaldas. Tras una de sus orejas, Le puede

ver un auricular.

—Entonces devuélveme mi dinero. —Le se da cuenta de que un poco más abajo está aparcado un automóvil. Está segura de que dentro del coche hay una persona, tal vez dos.

—No sabes lo que haces —replica él.

Le tiene ganas de agarrar a aquel idiota por la garganta y hundirle las uñas. No hace más que mirarla con ojos apagados, seguro que tiene un cuchillo en el bolsillo o una pistola. Ella avanza hasta él.

—Calma, calma —pide, como si ella hubiera dicho algo y fuera a levantar otra vez el brazo hasta el tejado.

El coche arranca, no enciende las luces, pero se acerca hacia ellos.

—*Fuck you* —dice Le mientras se aleja de la casa.

—¡¿Has traído a la policía, puta fea?! —grita el hombre, intentando agarrar a Le, pero ella comienza a correr. Sus zapatos no le sirven para ir deprisa, el tacón puede romperse en cualquier momento, pero no le importa. Corre tan rápido como es capaz.

Otro hombre grita y dirige un haz de luz hacia Le, que corre lo más rápido que puede. Oye el ruido de un motor que se acerca, ella se detiene detrás de la lancha y toma aire mientras se coloca el paquetito en las bragas. El automóvil está a sólo diez metros cuando ella se arrastra por el suelo entre la plataforma del remolque y se sienta en silencio. Transcurre un instante en el que no sucede nada, luego dos hombres salen del coche y rodean el barco. No la han visto, y sus pasos resuenan justo en el lugar donde ella está. Cuando se van, Le se arrastra e intenta alcanzar la oscuridad. Le duelen los pulmones del esfuerzo y se lanza hacia delante.

—Eh —llama uno de los hombres.

El otro grita algo que ella no entiende, pero está escondida en la oscuridad y no pueden verla.

—Sal, sabemos dónde vives. Se acabó.

Deja el asfalto y se dirige hacia el dique, se arrastra sobre rocas y palés aplastados cuando los hombres regresan al coche y encienden una potente luz que barre las piedras y unos barriles de aceite apilados. Le baja rodando hasta detrás de una roca y se queda alerta. Tan pronto como la luz ha pasado, se levanta y corre todo lo que puede hasta la esquina de la tienda. Está empapada en sudor, querría quitarse la camiseta y tirarla. Salta detrás del volante y enciende el motor. Con las luces apagadas traza un gran arco por detrás del almacén y conduce hacia Efequen.

No puede salir. En ambos extremos de la calle hay un automóvil bloqueándola.

Regresa hasta la tienda. Aparca casi en el mismo lugar, pero más cerca de la esquina. Toma de un montón una tabla larga. Es robusta. Con clavos. Si se estira, puede alcanzar las farolas de la tienda con el madero y golpear la bombilla para romperla. Oscuridad. Cruza el dique con el tablón sobre el hombro. Rompe dos bombillas, con lo que se hace la oscuridad en torno a la planeadora. Luego arroja la tabla a la oscuridad y se arrastra bajo el toldo de la lancha.

Intenta escribir un mensaje de texto a Vic. Escribe «Lo siento». Lo borra. Escribe «Todo bien».

Rondan a su alrededor. Parece que hay diez o quince personas, voces españolas, incluso música, el jodido Enrique Iglesias, en algún lugar cercano. Al cabo de un momento se oyen pasos, tal vez en la pequeña casa o fuera en la carretera. Levanta el toldo y mira hacia la

furgoneta. Hay un hombre mirándola, alumbra los bajos. Es el vendedor de cortinas del aeropuerto. Se aplasta contra el suelo. No sabe qué pasaría si la agarrasen, pero está segura de que no sería bueno. Respira lentamente, pero nota que cada inspiración y espiración hacen que el todo se levante y se golpee.

Mete la mano dentro de las bragas y saca el paquete. Debajo del papel marrón hay papel plateado. En el medio hay algunas píldoras, tal vez quince, veinte. Es difícil de ver, pero a la luz del móvil puede distinguir una A en un lado y tres dígitos en el otro.

No es Mona Lisa.

Arroja las pastillas al fondo del bote y resuenan.

Tiene miedo de estar en la oscuridad. Consigue mantener alejado el sueño meneando la cabeza, parpadeando. Durante la siguiente hora, su cabeza está peor que nunca. El cráneo le explota, cruje, crepita. Con cada respiración, puede seguir el rumbo de la migraña. Sólo hasta que se duerme, una pieza blanca de tela cae sobre ella, cae entre coladas, pupilas, cascarones de huevo. Un agujón desaparece en un agujero.

Jueves

Alrededor de la lancha zumban y atruenan los camiones, y el aire es marrón por el humo. Está rodeada de hombres que se gritan entre sí y que dan portazos cada vez que entran y salen de las cabinas. Ella se arrastra por debajo de la lona y pasa a través de algo que se asemeja a un laberinto de logos y motores que hacen tictac, y cruza el dique.

Son más de las ocho. Se siente exhausta e incómoda con esa ropa sucia, una puta que vuelve a casa después de un *gangbang*.

La furgoneta todavía está allí. Al doblar la esquina, hay una chica con guantes de plástico, una pobre trabajadora de la clase más débil, en la parte alta del edificio, fumando un cigarrillo y mirando a Le, que entra en el automóvil y sale del aparcamiento.

No tiene batería en el móvil. Conduce hasta que ve un McDonald's, donde se detiene y entra. Está muy bien decorado, aburrido. Olores a plásticos. Se dirige al baño y se lava debajo de los brazos con el basto papel higiénico. No hay ningún espejo. Por una vez, le parece estupendo. Se sienta en una esquina, bien lejos de un grupo de surfistas que están atiborrándose de patatas fritas y de una familia que parece sueca. Saca las cosas de la bolsa de Vic y las va poniendo sobre la mesa. La tarjeta de prensa, la tarjeta de la habitación del hotel, las píldoras, ibuprofenos, chicles de nicotina, pastillas para la garganta; ordena los lápices de labios, cacao, protección solar y laca de uñas. Localiza el mapa doblado de la isla y revisa el billetero, saca las tarjetas de crédito, cuenta el dinero, alrededor de cuatrocientos euros más las monedas sueltas.

La sueca tiene razón, sería mejor que se alejase de todo. Ya. Salirse del camino y al aeropuerto. Volar a casa. Ahogarlo todo en vinorro barato y píldoras y niños pequeños. Montar una escena en el bar Palace y mandar a tomar por culo todo el plan. Nunca va a deshacerse de esta migraña. No podrá tocar de nuevo. Nunca terminará el nuevo álbum. Está jodida, está tan jodidamente jodida, joder, que sólo estaría más jodida si no supiese que está jodidamente jodida.

Dobla el mapa. Un gran mapa desgastado.

Vic ha rodeado con círculos los lugares más importantes de la isla. En uno de ellos pone «Hotel», en otro «Taxis». En los otros círculos no hay nada.

Uno de ellos es la casa del padre. Tiene que serlo.

Quizá uno de los que están en la ciudad o cerca de ella, cerca del hotel.

¿No había dicho la sueca que el padre vivía cerca de la ciudad, en una cabaña arruinada donde alimentaba cabras por los caminos? Le intenta descartar algunos de los círculos. Quedan seis. Uno de ellos está en la ciudad, dos de ellos están al oeste, los últimos tres al sur.

Se toma los ibuprofenos, saca algunos euros y va a la barra. Pide un batido de vainilla. Le pregunta a la chica de la hamburguesería en qué punto del mapa se encuentra. La muchacha señala justo la gran ciudad. Se tarda media hora en ir en coche hacia el norte. Puede eliminar uno de los círculos. Así que quedan cinco.

Va por las carreteras amarillas, con el mapa doblado en el asiento del pasajero. Le lleva más tiempo, pero se siente más segura haciendo todo el viaje de vuelta al hotel sin coger las vías principales, las rojas. Las nubes son hoy espesas y cansadas. El sol lucha por atravesarlas. Pasa por delante de uno de los círculos al sur de la ciudad y ve a su alrededor una zona residencial aburrida con casas blancas. Una pareja de ancianos está de pie mirándola. Quiere hacerles una pregunta, pero se alejan cuando detiene el automóvil. Sigue por un camino recto y llega por fin a un lugar que reconoce. El centro comercial sin actividad y las grandes rotondas.

Está a punto de girar en la carretera para subir hacia el hotel cuando ve los coches de policía. Dos coches patrulla con las puertas abiertas. Un policía tomando café en una taza de plástico y hablando por teléfono. Están mirando al vestíbulo de entrada. Con las ametralladoras al hombro. Apenas logra cruzar la rotonda para volver a salir a la carretera. Le quema todo el cuerpo. Igual que antes de un concierto. Llena de aire los pulmones y la migraña patatea.

La están esperando. Desde luego que es eso lo que hacen.

En cierto modo, había pensado que podría regresar al hotel y continuar como si nada hubiera sucedido, pero no puede. Ahora todo ha cambiado.

34

Erhard

El viento se los ha llevado. Una camiseta descansa en la parte baja de la ladera del tejado de la casa. Los calzoncillos están dondequiera que sea, quizá enterrados en el barro por las carretillas de los obreros al llevar ladrillos. Busca descalzo por los alrededores. Saluda a los trabajadores, quienes, como de costumbre, no devuelven el saludo, y no quiere preguntarles si han visto un par de calzoncillos rojos con bragueta, muy desgastados. Limpios. Casi limpios. Son más de las ocho y media, según sus cálculos, cuando llegan los tres griegos y van por su segundo paquete de cigarrillos, mientras se turnan para mantener en marcha una amasadora. El capataz, un palo pelirrojo que lleva el teléfono móvil en la oreja a modo de pegote, dirige un camión grúa al lugar correspondiente. Erhard mira dentro de una alcantarilla abierta y atisba sus calzoncillos rojos flotando en el agua. Con una varita seguro que podría pescarlos. Busca algún que otro palo, pero no ve nada por el estilo.

Arriba junto al camino, diez metros por encima de él, hay un hombre con corbata. Baja por la pendiente. Su rostro es delgado y lleva un tupido bigote negro que parece los cuernos de un coleóptero. Tras él camina un hombrecillo con sombrero.

—Señor Waltzer —dice el hombre con corbata, cuando ya se encuentra cerca—. Soy de Diamond Estate, he venido a clausurar el inmueble.

—Pagaré tan pronto como pueda —asegura Erhard—. Tenía un buen acuerdo con el anterior director.

—Estoy aquí tan sólo para satisfacer el cierre temporal de todas las puertas y ventanas.

—¿Satisfacer? —pregunta Erhard—. Dadme un par de días para que me vaya.

—Lo lamento. He de supervisar un cambio de cerrojos. —El hombre con corbata hace señas al hombrecillo para que vaya hasta la puerta—. ¿Ha desalojado la casa?

—Yo confiaba en que pudiéramos hallar una solución —dice Erhard. Le habría gustado tener un billete o una moneda que poder darle. Pone una mano sobre el brazo del hombre con corbata para tranquilizarlo, pero el hombre con corbata baja la mirada hacia los cuatro dedos y se zafa.

—La señora Ruiz considera que habló de forma extremadamente clara en la susodicha

conversación. Sus oportunidades se han agotado.

—No voy a irme.

Erhard mira a su alrededor en busca de algo con lo que golpear. Su mirada se desliza por la radio (demasiado engorrosa), la mesita (demasiado grande), la lamparita de noche (demasiado frágil), el colchón (en absoluto), la caja de libros (repleta de libros). Toma uno de ellos, *Binario*, de Almuz Almeida, un gastado tomo de tapa dura bien pesado. Observa el rostro del hombre con corbata, en qué lugar podría el libro hacer más daño.

—Su obstinación no conduce a nada bueno —señala el hombre con corbata. Tras él están ya los griegos y el capataz. Con los guantes puestos. Como si estuvieran dispuestos a emparedar a Erhard en hormigón. Mira a los hombres.

—Por lo menos dejad que me lleve mis cosas —solicita Erhard. Recoge del suelo *La caída de Orfeo*, desenchufa la radio y coloca ambos en la parte superior de la caja de libros—. Dadme cinco minutos. —Carga con la caja a lo largo del sendero y llega hasta el coche.

Cuando regresa, la casa está cerrada. Fuera, sobre el polvo, están el colchón, la lámpara y la silla. Piensa en Guillermo Trajo, un puto chalado que en tiempos asaltaba casas; en una ocasión bebieron juntos vino tinto sobre una hoguera. A lo mejor él podría forzar la puerta y abrirla de nuevo. O bien Erhard podría seguir su ejemplo instalándose en el hotel Olympus, al lado de los romaníes, surfistas y los rusos que esnifan pegamento.

O vivir en las rocas, donde la historia comenzó.

La culpa de todo la tiene el Hombre Cabra. Si hubiera ganado el domingo, la cosa sería del todo distinta. Habría tenido dinero para el alquiler y para invitar a comer a Mónica. Ahora se ve obligado a marcharse y a conseguir dinero lo antes posible. Más tarde ya se ocupará del lugar donde dormirá después.

Conduce hacia el norte. Las cubiertas suenan igual que al retirar esparadrapo de un brazo. Debería ir a cambiarlas.

Aissata le había pedido a Erhard que se mantuviera lejos del primo. Quizá éste no haya tenido nada que ver con la desaparición de Abdi, por más que lo parezca a simple vista. ¿Un marido desaparecido, un cocinero echado en falta o un refugiado extraviado? ¿No fue eso lo que había dicho la monja? ¿Será que la policía ha capturado a Abdi y lo ha enviado de regreso a Mali? ¿Con qué rapidez se llevan a cabo este tipo de cosas? ¿Habría intentado entonces contactar con Aissata, o no, por miedo a delatarla a ella también? ¿Acaso los refugiados indocumentados tienen permiso para contactar con alguien, tienen derecho a un abogado, o los embarcan directamente en una nave rumbo al este?

Él mismo había huido del bienestar para alejarse del orden, de las relaciones medidas, y lejos de la buena moral, mientras que Aissata y Abdi habían huido en busca de eso mismo. En su fuero interno ellos aspiraban a integrarse en el orden, a vivir una vida normal. Y puede que ahora a Abdi le hayan arrebatado esa posibilidad. Volviendo del trabajo, del autobús a casa, al bajar la calle, a escasos metros de la vivienda, quizá tropezó con un policía que le pidió la identificación. Y Abdi no pudo mostrar ninguna ni decir nada. Lo mejor que podía hacer era salvar a Aissata si se mantenía callado y emprendía el viaje de regreso. Ilegal por una vía e indeseable por la otra, y puede que incluso expuesto a represalias por parte del gobierno o de sus paisanos una vez que

llegue a casa.

Busca un lugar para aparcar en Virgen de la Peña y termina por hacerse un sitio entre un par de cajas de cartón y unos contenedores de residuos, un perro y una silla. En una de las cajas hay zanahorias podridas de color gris. Las cabras no van a notar la diferencia. Intenta remolcar la caja hasta el coche sin que el fondo se desbarate, pero al estar reblandecido por la humedad las zanahorias ruedan calle abajo. Se apresura a recogerlas para meterlas en el maletero antes de que el frutero salga. Se queda sin aliento. Un taxi le pita y está a punto de caer sobre el bordillo. Al subir la escalera que lleva a la vivienda de Aissata, mira bajo la vasija de tres cuellos. Ningún papelito. No le da tiempo a llamar una sola vez a la puerta cuando se abre.

Ella tira de él hacia el interior de la oscura habitación. Parece distinta, como si no estuviera preparada para mostrar su lado dulce; al contrario, tiene cara de pocos amigos.

—Te digo no hablar con mi primo. ¿Qué le dices a él?

Erhard medita la respuesta que va a darle. A lo mejor lo más simple.

—Le pregunté si había visto a Abdi.

Le suelta el brazo.

—Así vuelve él loco. ¿Qué dice? —Ella se coloca junto a la ventana para poder ver la calle.

Por lo que parece, no tiene noticias del primo desde ayer. Lo más probable es que aún esté ingresado.

—Él no pudo contarme nada.

—Daouda quiere a Abdi, un buen hombre.

—Estoy seguro de ello —dice Erhard.

—¿Cómo vas a ir a él si yo pienso que no hay que ir a él?

—Me has pedido que encuentre a tu marido, tu amiga del convento me paga para que lo encuentre. Y tu primo lo ha visto, por eso.

Por alguna razón eso la disgusta. Erhard mira hacia el suelo y se da cuenta de que ella estaba comiendo. Encima del pésimo colchón hay extendido un paño a modo de mantel. Ella había intentado enrollar un tomate y algunas aceitunas dentro de una tostada. Erhard ha espachurrado una aceituna en el suelo, de manera que el pimiento rojo ha salpicado el trapo y el cuchillo.

—Oh —dice él.

—No, no. —Ella agita la mano.

—Me gustaría encontrarlo, quiero hacerlo, pero me tienes que ayudar, necesito saber más cosas sobre Abdi. ¿Hay algo que no me hayas contado?

—¿Piensas que primo ha acabado con Abdi? —susurra ella mientras agacha la cabeza.

—¿Podría ocurrírsele hacerlo?

—Mi primo quiere a Abdi, pero me quiere mejor a mí.

—¿Crees que está celoso?

—¿Seloso?

—¿Crees que Daouda le ha hecho algo, algo malo a tu marido?

—Daouda es fuerte —dice, sentándose de repente en cuclillas para ponerse a comer el pan.

—Entonces tendré que hablar con él de nuevo —informa Erhard para ver su reacción.

—¿Puedes matarlo? —suelta ella, sin levantar la vista.

—Estás furiosa, no sabes lo que dices. Tu primo no ha... Seguro que no le ha hecho nada a Abdi —repite Erhard. Aunque sabe que el primo miente. El primo dijo que había visto a Abdi en el trabajo el jueves. Pero Abdi faltó al trabajo el jueves. A lo mejor el primo simplemente no se acuerda bien.

—Mi Abdi nunca estará ausente muchos días, yo presiento, presiento que le ha pasado algo. Algo malo. —Pone sus largos, bellos dedos delante del rostro—. Abdi es superviviente.

—Eso ya te lo he oído decir antes.

Agita la mano.

—No sé nada nada.

Parece como si todo lo que ella explica hoy fuera mentira, como si estuviera actuando, como si atrajera a Erhard hacia un callejón sin salida o a alguna forma de celada. Eso le pone nervioso. Quizá es una buena actriz y la otra vez lo engañó; sin embargo, hoy la representación le ha quedado algo más histriónica, de manera que él puede oír el guion.

—¿Tienes aseo? —pregunta él.

Lo mira espantada.

—No —responde.

—Entonces ¿cargas en la esquina?

—No —dice ella todavía más horrorizada—. Está sucio.

—Tengo que ir al servicio.

Ella se levanta y se queda mirándolo. Hace mucho tiempo que no miraba a una jovencita a los ojos. La blancura del papel alrededor de la pupila, el color castaño del ojo. Pero hay algo más, algo que sólo conoce por experiencia propia y no puede soportar. Un ser humano cautivo de las cosas que ella ha visto y que su cuerpo ha percibido. Todo lo que ella ha hecho. Se envuelve el pañuelo alrededor de la cara.

—Ven.

Salen a la escalera, abre la puerta que se halla al otro lado y entran en un cuarto idéntico al anterior. Igual de cerrado y claustrofóbico. Pero alguien ha extendido alfombras, alguien ha colocado una lámpara sobre una mesita, alguien ha dejado un cojín junto a una bandeja con tetera, alguien ha colgado un rollo de signos árabes en un diseño que parece un rostro. Ella le hace señas para que no haga ruido. Él intenta ver detrás de una mampara plegable situada en la esquina y que está separando algo del resto de la habitación. Puede que alguien duerma ahí. Aissata lo empuja hasta otro cuarto y le señala dentro de un armario. Hay un servicio de tamaño infantil. Sin tapa. Erhard trepa al interior del armario, ella cierra la puerta tras él. No hay lámpara alguna, pero la puerta también es pequeña, de forma que entra luz desde abajo y por arriba. No es exactamente el aseo de sus sueños. Zarandea los pantalones, se los baja para que ella pueda oír que él necesitaba ir. Suele sentarse para mear si hay posibilidad, pero no le apetece porque ella está junto a la puerta y puede verle los pies y los tobillos.

En el fondo sólo quería hacer una pausa para poder pensar. Sin embargo, ahora, de pie con la picha fuera, nota cómo la vejiga rechina. Si al menos saliera una sola gota de pis... Es el momento de pensar en otra cosa. Mira justo al frente, hacia un delgado tubo de ventilación que conduce a la azotea. Si acerca la cabeza hasta el mismo agujero puede ver una cuerda de tender

con una sábana, un par de paños y sencilla ropa interior contra un cielo parduzco, enturbiado por las nubes.

Se ha convencido de que el primo no estaba involucrado. Había algo en la mirada de Daouda, en su respuesta cuando Erhard se acercó a él. Abdi quedaba muy lejos de su pensamiento. Si le hubiera hecho algo, habría mostrado cierta prevención, Erhard estaba casi seguro de ello. ¿Qué pretende entonces la chica, por qué quiere implicar al primo? ¿Está aquejada de añoranza y horribles presentimientos? El temor a la pérdida le ha proporcionado la natural necesidad de desquitarse, quiere utilizar a Erhard para que castigue a alguien y el primo es el candidato apropiado. ¿O hay algo más que ella no cuenta? Le apetecería tirar este asunto y alejarse de él. No trae consigo nada bueno. Lo siente. Pero necesita dinero.

No ha conseguido que caiga nada en la taza. Seguro que a ella le va a extrañar el modo tan silencioso en que él es capaz de mear. Se sube los pantalones y abre la puerta. Ella mira hacia otro lado mientras le tiende un cubo. Él tira el agua por el inodoro y deja el cubo.

Regresan a su vivienda.

—El agua era para tu lavado, tu mano —dice ella, una vez que ha cerrado la puerta.

—Ah —contesta él.

Se retira el pañuelo del rostro.

—Si Daouda ha hecho algo a Abdi, yo me encargaré de él. Te lo prometo.

—Gracias, monsieur.

—¿Abdi no ha nombrado nunca algún amigo o alguien que lo pueda alojar en su casa, o que a lo mejor sepa algo?

—No, Abdi me quiere sólo a mí —dice ella, volviendo a la réplica tan ensayada.

—¿Y un amigo? ¿O alguien del trabajo?

—Íbamos a tener pequeños bebés, a Abdi le gustan los bebés.

—¿Estás embarazada?

—No, no. En absoluto. No. Todavía no. No estamos casados hoy. Pero algún día. Algún día Abdi será papá, está orgulloso de ello.

—Resulta difícil —constata Erhard, pensando en preguntarle acerca de la tarjeta de visita que encontró en el bolsillo de Abdi, pero decide esperar.

—¿Tú mismo eres un papá? —pregunta Aissata.

—Bueno, no, quería decir que no es fácil para ti. Que él no esté. —Va hacia la puerta—. Tengo que pedir más dinero. Lleva más tiempo del que yo había calculado.

—Habla con la hermana Teófila, te puede dar más. Estoy segura.

—¿Y si preguntamos a tu tío si puede ayudarnos?

—¿Mi tío?

—El que vive ahí al lado.

—Con él no puedes ir a hablar, no dice nada en tu idioma.

—Vaya —responde Erhard.

—No cree que Abdi está perdido, él cree que está en el restaurante.

Erhard asiente.

—Hablaré con Teófila.

—No más visitas. Deja papel bajo tarro.

No quiere pararse. Conduce por calles de un sentido, entra y sale de callejones sin salida. Desemboca en una gran avenida con palmeras y se mezcla con el tráfico. Tiene miedo de llamar la atención. El asiento es alto y el volante grande, intenta esconderse detrás de él. Vigilando a los automóviles que van detrás de ella.

A la derecha, reconoce el café donde estuvo esperando el otro día, y la fila de taxis en el lado izquierdo. El círculo con la palabra *Taxi*. El lugar donde Vic habló con el conductor joven. Busca un lugar para aparcar, avanza lentamente por una calleja estrecha y para frente a un supermercado indio. Empuja el bolso debajo del asiento, dobla el mapa de Vic y lo coloca en el sujetador. Cierra la furgoneta y deja las llaves detrás de la rueda delantera. Luego regresa a la avenida principal y pasa delante de las tiendas, escondiéndose debajo de los toldos. Se detiene frente al escaparate con joyas en forma de tortugas y peces. Los taxis están parados, con las ventanillas bajadas y música en los altavoces. Hay un grupo de conductores en sillas de tijera al otro lado de la calle. Busca al joven. Él debe de saber dónde vive su padre.

Va a cruzar la calle cuando una poderosa fuerza aparece rugiendo entre dos taxis y la empuja hacia un salón de juegos en el que parpadean maquinitas que atrapan osos de peluche con una grúa y disparan fuegos artificiales en grandes pantallas en la pared del fondo. Ella trata de mantenerse en pie, pero tiene que seguir su ritmo. El hombre es grande, va empapado y huele a medicina. La empuja contra una máquina con dos revólveres azules en sus cartucheras.

—Es absurdo que te atrevas a venir aquí —le susurra a Le en inglés. Hace un breve gesto a un chaval colorado sentado detrás de una ventanilla. No hay ningún cliente cerca.

Los dos ventiladores están quietos sobre sus cabezas. El calor es opresivo, crepitante, como si todas las máquinas estuvieran a punto de descontrolarse. Ahora lo reconoce. Es el pederasta, el taxista con quien Vic habló el otro día. Ella se da la vuelta y trata de liberarse.

—Tranquila, Caracortada.

—Tú no sabes quién diablos...

—Soy el único que sabe quién eres.

—Yo soy...

—Eres una fugitiva —afirma, mirando a su alrededor.

El salón es un barullo, con sonidos extraños, ametralladoras que disparan, payasos que ríen, un grito de un dinosaurio. Él la mira. Su cara la incomoda, tal vez sólo por estar demasiado cerca, llena de vello y arrugas en la piel. Su respiración es agitada e irregular. Como un diabético.

—Pareces lo que dicen. Un monstruo. Cuentan que vendes drogas.

—¿Y tú qué crees? —le pregunta Le y se suelta de sus manos.

—Creo que eres como tu padre. Una peste.

—Lo conoces.

—Eso es mucho decir. No somos compatibles, por decirlo de alguna manera.

—Dime dónde vive. —Ella saca el plano del sujetador.

El hombre niega con la cabeza.

—Nadie lo sabe.

—Es uno de estos cinco lugares. —Ella desdobra el mapa y lo pone en uno de los *pinballs*.

—Este mapa no sirve para nada, no se ven las carreteras.

—Entonces déjalo, encontraré a alguien —replica ella.

—No puedes ir a ninguna parte. Todos te andan buscando. Los taxistas. Incluso la bofia.

—No me escondo de nadie.

—Jodido. —El hombre se queda quieto por un momento y la observa. Le mira los pechos. Ella le deja—. Te mostraré dónde vive —añade—. Pero no me jodas y quédate aquí, voy a por mi coche.

—¿Por qué? ¿Por qué me ayudas?

—Tu padre destruyó mi Lexus. Todavía me debe una cerveza fría. —Está a punto de irse—. Jorge Ponduel. De Triquivijate.

—Le Berner —se presenta ella, sin estrecharle la mano.

Él desaparece en la calle. Hay varios automóviles, varias personas. Le se mueve hacia la sombra y ve al chico sentado detrás de la ventanilla leyendo un cómic. Poco después, el hombre aparca en la calle.

Ella sale y se sube al coche.

Ninguno de los dos habla. La radio del taxi chisporrotea, emite clics. Le intenta seguir la ruta en el mapa, pero él gira a menudo y va eligiendo las carreteras secundarias. Se detiene en una carretera tortuosa frente a una casa sin cortinas. Él rodea la casa. Pero allí no ha vivido nadie desde hace muchos meses. Continúan. Se detiene junto a un edificio amarillo de varios pisos con ropa tendida en la galería exterior. Él mira hacia un apartamento y vuelve a la carretera.

—Parece que sólo queda un lugar —dice él.

—¿Ha hablado alguna vez de mi madre, de mí?

Él la mira y busca un cigarrillo en el bolsillo de su camisa.

—No mucho —responde—. Pero algo sí que se ha oído. —Deja que el cigarrillo se consuma sin sacudir la ceniza.

Van por una ciudad más grande, que ella no conoce, y aparcan junto a un gran edificio blanco. Voces en la radio, largos pitidos. Ponduel pronuncia un número en el micrófono.

—¿Dónde estamos? —Le mira el mapa.

—Estamos ahí —señala él sin mirar—. Por aquí. —Sale del coche y echa a andar por la amplia acera. Le se apresura tras él.

—Entro yo primero —dice ella.

—Eh, entramos juntos —repite él—. Es aquí, a la vuelta de la esquina.

Llegan al final del edificio y ante ellos se extiende un gran estacionamiento, el hombre dobla la esquina y llega a dos grandes puertas.

—Vamos —ordena.

Le mira el letrero que hay sobre él. PUERTO DEL ROSARIO. POLICÍA LOCAL. Aparta al hombre de la puerta con un empujón y lo echa contra la pared.

—¿Qué coño estás haciendo?

—Te buscan. Hay, ¿cómo se dice?, una recompensa.

—¿Cuánto?

—Mil euros. Eso es mucho para un pobre, para un taxista.

—No he vendido drogas —asegura, y lo aplasta contra la pared.

—Díselo a la policía.

—¿Qué hay de los sitios en los que te has detenido?

—Intentaba ver cómo podía llevarte a la comisaría.

—Entonces ¿no son lugares donde él haya vivido?

—Lo siento, Caracortada.

Le se lleva la mano al bolsillo.

—Vamos a hacer un trato. Te doy cuatrocientos putos euros y me llevas y me ayudas a localizar los cinco puntos de mi mapa.

—No es ninguno de esos cinco, te lo aseguro. Ya te he dicho que nadie sabe dónde vive.

—Cuando lo encuentre, le diré que me querías vender a la policía.

—A él también lo buscan. Saben que es tu padre —dice el hombre jadeando—. Dos mil por los dos.

—Ayúdame a encontrar esos cinco lugares o te arrepentirás.

—Tengo que ir a casa con mi mujer, hoy comemos pescado. No tengo tiempo para esto.

Ella lo suelta. Él la mira y regresa al coche.

—¿¿Puedo ver el dinero?! —grita.

Ella cae en la cuenta de que está en la furgoneta.

—Primero, ayúdame —dice ella.

Conducen al sur de la ciudad. Uno de los círculos es Taxinaria, adivina Ponduel. Se paran fuera y miran a través de las grandes puertas. Es el único lugar de las cercanías adonde el padre ha ido con frecuencia. Pero eso era hace meses. El segundo círculo está casi en el agua, donde hay un café. Ponduel sabe que el padre suele ir allí. Le sube hasta los ventanales del local y mira dentro, pero no hay nadie. Hay una mujer de pelo rizado en la trastienda, fumando y hablando por teléfono, pero no ve a Le. Deciden seguir el camino. Ponduel parece nervioso y enfadado, habla bastante por la radio del taxi. Le intenta entender lo que dice, pero su español no le da para más que para entender un par de palabras de la conversación. El último de los círculos al sur de la ciudad está en un camino tranquilo. Lo siguen colina arriba. Hay una escuela, algunas

empresas, un gran convento. Descubren una pequeña casa detrás de un taller, pero desde la entrada pueden ver balones de fútbol pinchados y un burro cabreado. Éste no es el lugar.

Se dirigen con el coche hacia un círculo ubicado en la zona cara de Corralejo, explica Ponduel. Aquí hay árboles podados, asfalto nuevecito. La cabeza de Le está confusa y pesada. Mientras van por la carretera, reconoce el muro alrededor de la casa. Le pide a Ponduel que detenga el automóvil. Él frena de golpe y se queda quieto. Sólo se oyen los sonidos de la radio del taxi. El círculo se encuentra sobre la villa del hombre rico.

—Creía que eran buenos amigos —dice Ponduel mientras da la vuelta.

—Ya no lo son —replica Le, arrojando el mapa.

—Ya te dije que nadie sabe dónde vive ese cabrón —insiste Ponduel.

—Todavía nos faltan dos lugares —contesta ella.

—Uno de ellos lo conozco. Está en la costa. Allí no hay nada. Ha vivido allí. Junto con sus cabras, pero lo abandonó hace un año. Después desapareció.

Entonces sólo les falta uno de los círculos. Pasan por delante de un aparcamiento y al lado de una valla con grandes anuncios del parque acuático de la isla. Detrás de la valla puede ver una montaña de escaleras y palmeras, toboganes de colores con niños en traje de baño, aun cuando el sol no luce. El camino parece hecho para turistas. Con arcos árabes y grandes números dorados sobre cada manzana. Ponduel no cree que al padre le guste o se pueda permitir vivir en ese lugar. Le recorre la calle arriba y abajo, oyendo los gritos del parque acuático, mientras Ponduel fuma y habla por la radio. Se interrumpe cuando ella regresa.

—Todos hablan de ti. Te están buscando. También puedes presentarte tú misma. O dejarme ir contigo. Te ayudaré.

—Pregúntales si alguien nos ha visto. Si alguien me ha visto a mí o a mi padre.

—Olvídalo. No se puede confiar en nada de lo que digan. Si les preguntas, seguro que todos han visto a la momia guanche o a Federico Molino.

Le no sabe a qué se refiere.

—Pregúntales de todos modos.

Ponduel toma el micrófono y habla. Las respuestas van volviendo de una en una. Él traduce. Uno la ha visto en el aeropuerto, otro ha visto a alguien que se le parecía fuera del complejo deportivo. Uno ha visto a su padre en Puerto, dos lo han visto en Corralejo antes de saber que lo buscaban.

—Y ninguno de ellos es fiable —dice Ponduel.

—¿Alguien lo ha visto entrar o salir de Corralejo?

—Uno, Gonzo, lo vio en el casino. Seb lo vio frente a la tienda de discos. A pie. —Se oye una voz en la radio. Ponduel escucha y traduce—: Y Ana lo vio arrastrándose por la calle.

—¿Dónde? —pregunta Le.

—Ana dice que fue en Puerto.

—¿Por qué se arrastraba? Pregúntale.

—Seguro que estaba borracho —apunta Ponduel, y, tras preguntarle a Ana, explica—: Dice que había verduras y zanahorias por toda la calle.

Zanahorias. Quiere preguntarle cuándo sucedió, pero cambia de idea.

—Llévame al centro y te doy el dinero —ofrece ella—. No lo vamos a encontrar.

Él tira el cigarrillo en un gran macetero con una planta.

—Puedes dejarme junto al supermercado indio —dice ella.

Se dirigen hacia la calle principal, Ponduel se desvía en una estación de servicio.

—Bueno, aquí nos quedamos, Caracortada. —Se detiene detrás del túnel de lavado. Tres taxistas están esperando y se acercan al automóvil—. He vendido tu jeta de plástico —explica. Abre la puerta y les grita algo a los tres conductores.

Le no se queda esperando. Se vuelve en su asiento y golpea a Ponduel en la espalda con el puntiagudo tacón y con el resto del zapato, empujándolo con violencia fuera del coche; él aúlla y cae sobre la puerta y al suelo, con el culo al aire. Por un momento, Le puede ver la piel entre la camisa y los pantalones, y una larga y ancha ranura entre sus bolas peludas mientras ella se arrastra por encima de la palanca de cambios hasta el asiento del conductor. Oye fuera a los hombres gritándole. Gira la llave y tira de la palanca de marchas hacia la R para dar marcha atrás. La puerta golpea a Ponduel en un lateral de la cabeza, con lo que vuelve a caer, los tres hombres comienzan a correr detrás de ella mientras se dirige dando botes hacia la carretera. La puerta sigue abierta. No puede cerrarla. Cambia a D para conducir hacia delante y pisa el acelerador, aunque apenas responde.

Los hombres llegan al lado del coche, y uno de los taxistas, un hombre joven con bigote, trata de abrir la puerta del pasajero, pero entonces el automóvil comienza a acelerar. Ella grita, se sube por el arcén con el lado izquierdo del vehículo y pasa una fila de coches parados. Por último, la puerta se cierra. Ella no sabe hacia dónde huir, pero tiene la sensación de que debe ir a la izquierda, hacia al oeste, hacia la costa; la sueca había dicho que desde la cabaña se veía el mar, recoge el mapa del suelo del automóvil y trata de estirarlo. Ve el círculo al oeste de la ciudad y el agua a unos milímetros al norte del círculo. Se oye un extraño ruido. El espejo retrovisor del lado derecho roza contra un camión estacionado, ella endereza y se encamina por una calle estrecha que conduce a un entramado de callejuelas. Está pensando en buscar la furgoneta, pero abandona la idea al percatarse de que ya está al otro lado y que puede ver la carretera principal. No pone los intermitentes, no se detiene; entra directamente en la carretera entre los vehículos que pitan. El ruido continúa. Echa un vistazo rápido al mapa y cambia de carril, pasa una parada de autobús y gira a la izquierda junto a una pared con grafitis rojos y entra en un camino amarillo de grava.

Éste la conduce, rodeando un edificio bajo, hacia fuera, hacia el mar, hacia las rocas. Los guijarros saltan a su alrededor. El ruido es ahora diferente, algo golpea con fuerza contra la carrocería del automóvil. Abre la puerta y mete el micrófono de la emisora mientras los hoyos del camino hacen saltar el coche como un bote de remos entre alocadas olas. En la radio las voces salen disparadas como palomitas de maíz. Continúa y continúa. El sol se ha ocultado, apagado por nubes marrones.

Tiene ganas de cerrar los ojos.

Erhard

Sentado en el coche al pie de la tienda de discos Bird —cuyo dueño, Antón, ha colocado altavoces en las palmeras— oye una singular estrofa de un trovador español que suena a J. J. Cale. «Lanzo mi último dado, apuro el último vaso, ninguno oye, inmersos en el bullicio de la ciudad, que el fin está cercano», antes de que lo avise el parpadeo amarillo. No es necesario molestarse en patear la calle buscando algún trabajillo, ya no tiene motivos para dar vueltas por la ciudad. Ha perdido la casa. No hay alquiler que pagar. Ha regresado a la nada.

Sale de la ciudad y considera si pasarse por el hospital de Puerto, donde se encuentra el primo. Pero algo, un viento que golpea el cristal, le hace levantar la vista hacia la costa y seguir el caminito de Alejandro. Se detiene en el lugar de siempre. Abre el maletero para lanzar algunas de las zanahorias sobre las piedras.

La montaña semeja un tupido pelaje. Las nubes, que cuelgan bajas, se muestran enojadas. Llama a las cabras, la voz desaparece, no ha llegado siquiera a traspasar la primera línea de piedras. Se acerca más con el coche.

Pasa la casa de los surfistas. Y a Guzmán.

Toma la subida que conduce a la casa. Durante su ausencia casi se habrá derrumbado.

Sin embargo, aún sigue en pie.

Es más parduzca y gris de lo que él la recordaba. El tejado se ha desmoronado, dos pedazos apuntan al cielo y en el suelo descansa un tercero sobre las cuerdas de tender la ropa. Echa un trozo de lona por encima del coche, para que no pueda verse desde abajo, desde el camino, y va hacia la parte trasera. Parece como si alguien hubiera estado allí. A lo mejor es cosa de los animales o del tiempo, pero lo cierto es que han movido las cosas, las han trasladado. Alguien ha brincado sobre la silla, alguien ha cambiado los cubos de lugar. Llama a *Laurel*, a *Hardy*. Es bonito decir sus nombres en alto. Llamarlos a gritos. Siente que puede invocarlos. Cree oír una voz en alguna parte, pero no puede determinar dónde. Quizá sea simplemente el eco, su propia voz que ha subido a la montaña y rueda abajo de nuevo, gastada y extraña. Toma un cubo y lo golpea. No hay comida que pueda echar.

—¿Hay alguien? —pregunta, alzando la voz.

Del interior de la casa sale un sonido. Podría parecer un «no» enojado. Sigue rodeando. La

puerta está abierta. Entra. Hay aún un par de zapatos que parece como si se los hubiera acabado de quitar de los pies. En la mesa de centro hay cubiertos y un plato. El polvoriento sofá blanco. Justo aquí es donde esperaba encontrarse un sin techo, uno de esos escultores playeros, desnudo y rebozado de arena, pero no hay nadie.

La puerta del aposento está cerrada. Le extraña. Hay que hacer fuerza para cerrarla. Sus pasos crujen en el suelo. Cuando se queda quieto oye unas pulsaciones, una respiración, un fumador. Acopla el hombro a la puerta y la abre de un empujón. En un primer momento no ve a nadie. Levanta la vista hacia el altillo en el rincón, donde Alina yació varios días. Entonces algo voluminoso avanza hacia él. Desde abajo. Y se cuela por su lado.

Da una vuelta a la sala de estar y salta al sofá.

—¡Joder, *Hardy*!

Parece como si *Hardy* fuera a desmoronarse. Hace semanas, meses quizá, que Erhard no lo veía. En la piel polvorienta lleva basura, ramitas y algo semejante a aceite. Erhard se dirige hacia él, pero éste se baja de un salto, sale corriendo por la puerta y continúa montaña arriba. Se detiene tras subir unos doscientos metros y comienza a armar ruido. Brinca entre las piedras, da coces, alborotado. Puede que le haya irritado quedarse encerrado en el aposento. Puede que incluso haya estado dentro un par de días.

Erhard vierte agua en un cubo y lo coloca paralelo a la casa. Va a por más agua para limpiar las mesas del comedor y la cocina. Barre el suelo. No queda más que una pizca de gasoil en el generador, y tarda diez minutos hasta que se pone en marcha. El sonido, el olor de la máquina en funcionamiento. Saca la radio del maletero. La coloca encima de la nevera y pone Radio Mucha.

Puede quedarse un par de días. Juntar dinero e ir al arrendador. Si acude con toda la suma, ella le brindará una oportunidad. ¿Es optimista o un ingenuo? A lo mejor da un poco igual. Vivir aquí un par de días, una semana, está bien, pero lo que no aguantaría es pensar en mudarse de nuevo a este lugar. Es demasiado arriesgado.

De repente encuentra a *Hardy* otra vez dentro. Está tranquilo, de modo que Erhard se acerca a él. Desliza la mano entre sus cuernos y orejas, pero algo se le pega en los dedos. Se dispone a lavarlo con el cubo. Sin embargo, no es aceite. De color rojo, casi se nota caliente.

Erhard levanta la vista a la montaña.

No ve nada. No se oye nada. Todo apunta a que va a llover, ese desasosiego estremecido resulta inconfundible. Empieza a ascender. *Hardy* corre por el lateral dando una enorme curva en dirección hacia una mancha inquieta que se queja y tintinea detrás de una piedra.

La pequeña casa se encuentra al pie de la colina, casi escondida detrás de las rocas, se confunde con los peñascos de la altura de un hombre. Siente que sus sienes se abren y se cierran como branquias. Es algo imposible de comprender. Que un hombre, un padre, renunciara a todo por esto. Por este agujero. Para vivir aquí. Es burlarse de ella, y de su madre y de su hermana. No tiene sentido. En esos momentos, lo que realmente quiere es partir y no volver a mirar atrás. Justo lo que había dicho la sueca.

¿Para qué diablos vive aquí? No quiere saberlo.

Se detiene a cien metros de la casa y baja del coche. Se vuelve para observar el camino que ha desaparecido en el paisaje. Aquí no hay nadie, aquí no viene nadie.

Hay basura, una olla y una carretilla abollada frente a la casa. El edificio parece una amalgama de cartones y tablones viejos, la ventana está hundida, el tejado levantado como una caja abierta. A la derecha de la casa hay un cobertizo aún en peores condiciones, nerviosos pedruscos en equilibrio. Restos de una lona aletean sobre un automóvil del que se ve una rueda. Entonces oye música, un motor. Camina hacia la casa y se detiene en el quicio, mirando hacia el interior con miedo de que todo se derrumbe. Es una radio que emite música, jazz. Una escoba caída en el piso ha dejado claras líneas en el polvo. Entre ésta y Le hay tres gotas rojas. Llevan al exterior. Fuera de la casa. Se da la vuelta. El ruido del motor proviene del cobertizo, suena como una motosierra. Empuja la puerta con el pie y puede ver una máquina apoyada en el suelo temblando. Presiona el botón, la máquina se detiene, la música se detiene.

Sólo oye su propia respiración, el retumbar de las olas, el viento. Un silencio agobiante. Por un momento olvida por qué está allí. Por un momento prácticamente no está allí. El lugar parece hallarse fuera del tiempo. Una visión del ascenso y la caída del planeta Tierra. Mareante y liberador.

Luego vuelve a sentir su cuerpo. El calor como una voltereta.

Sigue las manchas. En una roca. En la grava.

En las sábanas. La sangre de él en las sábanas.

La montaña es más empinada e inaccesible de lo que parece desde abajo. Busca sitios por los que pasar entre las rocas grandes. Es imposible mantener el equilibrio con esos malditos zapatos.

Las nubes se desploman, parecen inseguras. Por lo demás, no hay nada que se mueva, sólo el viento que rasga su cabello. Aquí ni siquiera hay moscas.

Algo la atrae hacia un saliente de una peña. Si sube hasta allí, podrá ver la isla más allá de la casa. Está a punto de caer y tiene que agarrarse con las manos. Uno de los tacones queda atrapado entre dos piedras, deja el zapato enganchado y se quita el otro.

Justo antes de llegar a la roca, oye un sonido que la atrae. Apenas es un ruido, más bien una burbuja de energía de baja frecuencia que apaga todos los demás sonidos. Ya lo ha experimentado antes, pero nunca tan compacto. La sensación es la de estar cerca de una lavadora centrifugando. Atraviesa el peñasco. A pocos metros de ella hay una gran cabra, tropezando, inquieta. Está vuelta de espaldas y no la ha oído. Da un rodeo para no asustarla a la vez que trata de ver qué la atrae.

Se produce una sacudida en el paisaje. De repente, todo es oscuro.

En la roca hay un hombre con otra cabra en brazos. Tiene sangre en la barbilla, en la cara, en el pelo. Su cuerpo y el pelo de la cabra se han entrelazado, los dedos y los cuernos. La boca del animal se abre y se cierra, la lengua es de color púrpura y está hinchada, los dientes sobresalen de la carne roja, mientras él la llama, dice su nombre, susurrándole en la oreja grande y peluda, detrás del cuerno: «Cómo voy a vivir sin ti, cómo voy a apañármelas sin ti, cómo puedes dejarme», pero no lo oye. Las patas se estiran y golpean. Los ojos miran hacia arriba sin ver. Sus pezuñas se derrumban, las orejas se tumban. Él parece aferrarse aún más al animal, a su piel, lo abraza. La cabeza del animal yace contra su pecho. Por un momento, suena el sonido de baja frecuencia, y la burbuja estalla. El sonido del océano penetra de nuevo. Pero no es el océano, es el cielo el que se ha abierto sobre ella.

El hombre levanta la mirada hacia Le. Es un rostro quebrado que jamás había visto.

—Papá —dice ella.

Entonces comienza la lluvia.

Erhard

—¿Me ayudas?

Cargan con la cabra montaña abajo. La piel es resbaladiza y el animal pesa, él no lo puede sujetar. Se escurren en las piedras y él no deja de acomodar las manos. La lluvia arrecia. Gotas como puños les golpetean las orejas. Aferran al animal por las patas y lo llevan poco a poco bajando la montaña por encima de las negras piedras mientras las ropas se les caen, el pelo se pega al cráneo, el rostro se desdibuja y las lágrimas desaparecen sin más en algún lugar. La chica tira más de lo que él puede responder, pero no dice nada. Ella quiere acabar con esto, él no quiere en absoluto. Lo que quiere es quedarse así de pie, caminar, estar aquí. Con el animal muerto.

Un poco más abajo ella acerca la carretilla, que brinca y chirría bajo el peso de la cabra, los restos de *Laurel*. Había sido el más afable, el más patoso de los dos. La mayoría de las cabras son hábiles escalando, son capaces de subirse a una piedra puntiaguda, pueden ascender por una pared rocosa vertical; sin embargo, Erhard ha visto varias veces caer a *Laurel* de las caras escarpadas de una loma igual que un dado. Es así como perdió uno de sus cuernos.

Llevan la carretilla al lateral del cobertizo.

—Sujeta la otra cabra a la cadena —dice él, pasando al interior.

El sonido de las palabras danesas le deja completamente mareado. Como si fuera un idioma que su cuerpo y su mente recuerdan, pero que su cerebro ha intentado olvidar. Le entra la duda de si lo habrá dicho en danés. Pero la chica se ha ido, con toda probabilidad haciéndose cargo de sus palabras, así que deben de haber surtido efecto. Rebusca en la despensa y encuentra algún resto de coñac, algo de cacao en polvo apelmazado y una lata de leche condensada caducada hace dos meses. Está calentito y dulce. Se toma un vaso, hace uno más. Otro también para ella. Después se sienta en un banco, una tabla que oscila entre dos bidones de gasolina. Y que está bajo un tejadillo. Mira cómo ella intenta capturar a *Hardy*. La cabra cocea cada vez que se le acerca. Por un momento no puede verlos en absoluto a través de la lluvia, piensa que ella es algo que él ha inventado para la ocasión, un fantasma, un demonio en el umbral de la puerta, hasta que descubre el otro vaso de lumumba, las pellas de color marrón que continuamente se dividen en dos. Entonces tiene que recordarse a sí mismo que es ella. Ella, era ella. Su hija, la pequeña Lene, la misma Lene que sentada en su habitación recortaba ponis relinchando de revistas

alemanas de caballos, que es la Lene que se dejó confirmar porque le encantaba la historia de José, el que interpretaba sueños, la Lene en cuyo gracioso cabello con gomas de colores piensa cuando ve una niña pasar por la calle, es Lene, la Lene del sueño que él, en el instante antes de dormirse, ve ante sí aparcando una bicicleta grandísima junto a un anónimo puesto de trabajo, o amamantando a una pequeña sudorosa, o tendiendo ropa en un patio trasero, o quedándose dormida en el autobús camino de la biblioteca.

Ahora la ve aparecer de nuevo. Sale de la lluvia, corre a meterse bajo el tejadillo y se sienta en el banco. Bebe lumumba sin mirar ni preguntar qué contiene. Los muslos de ambos se tocan por un instante, no, no se han rozado en ningún momento, es el calor de su pelo lo que él nota. Siente el impulso de estudiar su rostro, pero no es capaz de soportarlo. Todo lo que ella ha hecho para destrozarse su rostro le resulta demasiado chocante. Baja la vista, pero también es un suplicio. Su pequeña blusa, empapada por completo, se le queda pegada al cuerpo, de forma que él puede percibir sus pechos falsos de pezones baratos, de esa clase los ha visto muchas otras veces sin que jamás le molestara, nunca le importó mirarlos, pero ahora le parece desagradable. Igual que cuando uno descubre cómo un prestidigitador algo lento introduce la moneda en su bolsillo.

La cadena yace por tierra. Eso le enoja.

—La he dejado marchar —dice ella.

—No debería hacerlo. Tiene que quedarse aquí. Hay perros salvajes.

En la oscuridad, los perros se reúnen alrededor de las cabras, las persiguen entre los peñascos, ladran y aúllan hasta que las cabras se vuelven apáticas dándose por vencidas, se quedan quietas en un lugar, alborotan, cagan, esperan la muerte, esperan a que salgan de la oscuridad los dientes afilados. Se puede oír a los perros en el momento en que lo logran. Guau, guau, como brillantes disparos de cañón. Entonces se ponen a la faena, rebanan la caja torácica, que abren como si fuera una ostra, penetran hasta el estómago para llegar al corazón, lo devoran, espachurran sus válvulas y las venas, buscan las vísceras saladas, repletas de hierro y magnesio gracias a las algas y a los arbustos. Y cuando se escabullen, dejan la carcasa atrás, que apenas recuerda a un animal que pueda identificarse.

—¿Qué vas a hacer con la que ha muerto?

—Tiene que secarse, después lo quemaré.

—Déjasela a los animales si la quieren. Que obtengan alimento. Así funciona la naturaleza.

—La naturaleza no tiene nada que hacer aquí. Es tan antinatural como lo que más. Un animal de compañía frente al animal doméstico, perros y cabras que han sido situados en la isla de los seres humanos. Lo quemaré. Enviaré al pobre *Laurel* fuera de aquí.

—El humo se ve desde lejos. No es una buena idea.

—El viento en esta zona es ansioso. El humo lo tiene difícil para llegar a serlo, sale embarullado de la madera antes de dispersarse sobre la isla, la montaña y el mar. Si espero hasta que anochezca nadie verá nada. Incluso la luz de una hoguera desaparece bajo la montaña.

—Mírame —dice ella.

—Miro, pero no sé lo que veo —repite él.

—He viajado hasta aquí para que me veas. Así que mírame.

Fija la mirada en el interior de la lluvia al tiempo que oye susurrar la respiración de ella. Le

le toma la mano y la lleva hasta su rostro. Los cuatro dedos sobre los labios, la nariz, los ojos y el espacio desnudo donde se hallaban las cejas. Le posa la mano sobre la mejilla. Él procura sentir a Lene, pero no puede. Los pómulos se notan metálicos bajo la piel.

La lluvia para. Sólo faltan un par de horas para que el sol se ponga.

En un perchero de la entrada encuentra una camiseta con el logo Esso y la cambia por su camisa. El resto de la ropa está todavía húmeda, los zapatos chorrean, pero da igual.

—Tengo que marcharme —dice, y rodea la casa. Reconoce el taxi de Ponduel. El nuevo BMW. Pero no se ve a Ponduel cerca. Es preocupante. Ponduel jamás prestaría su coche.

—Una larga historia —explica ella a sus espaldas—. Te están buscando. Y a mí.

Erhard retira la lona de su propio coche y la echa sobre el de Ponduel. Da un rodeo por el sur pasando junto a Calderón Hondo.

El parabrisas está blanco, lleno de insectos blancos.

Nota la mano rígida y anestesiada, como si la hubiera restregado entre las ortigas.

Baja la vista hacia la emisora del taxi, que durante tantos meses ha permanecido apagada. Gira el botón y oye cómo las voces se desbordan, intercambian direcciones y nombres, salen con las mismas gracietas de que suelen hacer gala. Después de unos minutos, una de las chicas de la central les recuerda que se fijen en el BMW de Ponduel. Visto por última vez en La Flecha Oxidada de Corralejo. También se busca a la mujer que se ha llevado el taxi y a nuestro antiguo compañero. Un par de conductores bromean. Dicen que Ponduel ha empezado a prestar su coche. Pero Ponduel irrumpe para contestarles que cierren la boca y encuentren su coche. Pita y se oye un clic. Erhard vuelve a apagarla y aparca detrás de un comerciante de automóviles en la FV-1.

Ahora, de pie en una esquina, bajo un toldo, intenta recordar qué es lo que tiene que hacer. Observa el tráfico, un hombre sobre una scooter lanza blasfemias hacia su novia, que se sienta detrás, un par de gemelos en un carrito agitan los pies. Entonces ve la señal del autobús muy abajo de la calle Lepanto y pregunta a un chaval que pasa corriendo qué hora es. Le dice que son más de las siete. Desde la distancia ve el autobús número 6 apretujarse para subir la calle.

El autobús deja a Teófila en la parada. Justo detrás de ella va una monja más joven y menos tapada. Ambas casi tienen que saltar por encima de un gran charco.

Eso complica las cosas. Lo primero que piensa es si debe aplazarlo, volver otro día con la esperanza de que la monja vaya sola a la ciudad. Pero necesita hablar con ella y no tiene ningunas ganas de regresar a casa. Las ve pasar por delante del comerciante de alfombras, Rico, que está a la puerta; se detienen brevemente en la frutería, después las sigue por la vía Ropia. No hablan entre sí, Teófila camina con una lista en la mano y la joven monja intenta ir a su paso mientras su mirada se queda clavada en el arcón de los helados de un comercio, en los letreros de la tienda de fotografía o en la tienda de ropa al otro lado de la calle. Al panadero que vende pan por una ventana abierta le compran un pan alargado envuelto en papel. Abajo, cerca del pequeño supermercado, se separan. La más joven entra mientras Teófila se queda mirándola. Después, ella cruza la calle y entra en la farmacia.

Erhard se apresura tras ella.

Había ya otras dos mujeres en la farmacia, y nadie mira cuando él hace ruido al pasar por la puerta. Toquetea con torpeza en las estanterías, hasta que se da cuenta de que se halla en la sección de productos para el pelo. Va a colocarse junto a las sandalias y chanclas de baño haciendo como que está interesado en un par azul oscuro. Teófila está al otro lado de un gran cesto con esponjas de baño eligiendo una crema. Él susurra su nombre y ella mira con precaución hacia un lado.

Comienza a rodear la estantería en dirección a Erhard. Sin mirarlo le dice:

—Hoy no podemos hablar. Dentro de un momento he de reunirme con la hermana Luz.

—Dame un minuto —pide él.

Ambos miran hacia el mostrador donde las mujeres prestan atención al farmacéutico que les habla de un nuevo tipo de cepillo.

—¿Has encontrado a Abdourahmane? —pregunta Teófila.

—No —dice él. Ahora viene lo difícil—. Pero necesito más dinero.

—Te daré doscientos cuando lo hayas encontrado.

—Ya he invertido demasiado tiempo. La familia no colabora.

—Dios siempre nos pone retos. Habla de nuevo con Aissata.

—Ése es el problema. Creo que miente. Hay algo acerca del marido que no me dice. ¿Te ha contado a ti alguna cosa que yo deba saber?

—Eso queda entre Aissata y Dios.

—No puedo encontrar a Abdi si no me ayudan un poco.

Teófila le agarra el brazo.

—¿Qué le ha sucedido a tu ropa, a tu cara? —Se refiere a las manchas de sangre en los pantalones y la señal que le ha dejado la lámpara de oficina de Daouda.

—A eso me refiero. La familia no colabora.

Le echa un vistazo rápido bajo el borde de la toca.

—No puedo darte dinero ahora. A lo mejor la próxima semana. ¿Es grave?

—Muy grave. —*Teófila* es un nombre típico de religiosa. Será uno que ha adquirido al ingresar en Santa Marisa—. ¿Cómo te llamabas antes de ser monja?

—¿Por qué lo quieres saber?

—Yo también tuve otra vida. Antes de ésta.

—Galatea —dice ella—. Galatea Rubio.

—Como el libro.

Ella lo mira.

—No hay muchos que lo sepan. Mi padre era maestro. Le encantaba. Más que *Don Quijote de la Mancha*.

Cuando las dos mujeres pasan por su lado, ella se apresura a abrir su bolso bandolera y mira dentro. Se acerca al mostrador para pedir algún medicamento. El farmacéutico se va a buscarlo. Un teléfono suena en algún sitio. Teófila le tiende a Erhard cincuenta euros junto con algunas monedas, vacía el monedero en su mano.

—Y nada de alcohol —ordena ella—. Hueles a ello.

Siente el impulso de explicarse.

—Gracias, hermana —dice simplemente, y regresa al cesto de las sandalias.

El farmacéutico vuelve con el medicamento en una bolsita.

—Si eres tan amable, ¿me podrías hacer el favor de cobrarme la próxima vez? —pregunta Teófila—. No he traído a la ciudad el dinero suficiente.

El farmacéutico asiente y se apresura a subir por una escalerita para contestar el teléfono.

—Ve a ver al primo. Él sabe algo —indica ella.

—Ya he hablado con él. El chaval me pinchó las ruedas.

—Pregúntale otra vez. Acerca de Idowu.

—¿Quién es ése?

—Ésa. Es la segunda mujer de Abdourahmane. La hermana Luz viene ya, tengo que irme.

Ella se estruja al pasar por la puerta y suena un tintineo. Ve a las dos monjas hablar un momento y regresar por la vía Ropia con tres bolsas de la compra llenas, además del largo pan bajo el brazo.

Idowu.

Habrá querido decir su exmujer. El primo sabe algo acerca de la exmujer de Abdi.

Parece una pista importante. Tan importante que Aissata no ha mencionado el tema. Lo bueno del caso es que Erhard ha dejado de tener mala conciencia por pedir más dinero. Lo malo es que el primo, visto por última vez en una camilla envuelto en mantas, seguro que no va a estar abierto al diálogo.

Por lo menos ahora tiene para un poco de diésel y algo de comida.

Piensa en la mujer de la montaña. Surgiendo por arte de magia de las piedras como una maldita aparición, una pesadilla grotesca, con el rostro destrozado, que una vez fue el de una niña. Al mismo tiempo tan vehemente y tan real. Le ha bastado con bajar la vista para intuir los gruesos brazos tatuados que aferraban la piel y tiraban de la cabra bajando la montaña. Mientras ella blasfemaba, él maldecía en una lengua que apenas podía recordar.

Espera que el cobertizo esté vacío cuando él regrese a casa.

Todo el lugar es asqueroso y hace que la migraña resurja con fuerza. La cabra en la carretilla zumba por las moscas. Ella se sienta, un poco alejada, en las peñas y ve cómo el sol se oculta detrás de las nubes, un proyector tembloroso que se extingue entre gruesos cortinajes.

Se detiene en la puerta durante un largo tiempo tratando de comprender la casa. Todo parece abandonado. Un poco de ropa en una bolsa a la entrada. Los cojines del sofá están tirados por el suelo. En la pared un póster está a punto de caerse. No hay papeles ni carpetas en los estantes. No hay televisor ni ordenador. Intenta localizar alguna vieja foto o una pila de cartas no enviadas, signos de vida, pero no hay ninguno. Lo más interesante es la radio, un viejo radiocasete de General Electric con Auto Stop, y en la parte posterior hay una pequeña y divertida despensa, llena de latas de conserva y libros. Pone un poco de orden en el sofá. Echa un vistazo a un par de libros. Sólo conoce uno de ellos, una novela policíaca de Almuz Almeida, que en danés se titula *Tosomhed*, pero que aquí lo llaman de diferente forma.

Llega la oscuridad. Y envuelve la casa. No hay luz excepto la escasa que proviene de la luna en algún lugar sobre la isla.

Se recuesta en el sofá. Murmullo y repiqueteo del viento en el tejado. Poco después, oye el ruido de un motor, pisadas a lo lejos. Lo oye entrar en la casa mucho antes de que esté realmente dentro. Es como si ella reconociera su sonido. Su ritmo. El peso de los pasos. Uno se adapta así a las personas que ama, incluso cuando las odia también puede sentirlos. Los largos suspiros de Timme cuando dormía. El baile de su pierna cuando comía.

Él se tumba en algún lugar cercano. No sabe dónde. Se hace el silencio. Ella espera sus palabras. Como el sonido del palo que cae al suelo después de que el cohete ha salido disparado.

—¿Cómo puedes soportarlo? ¿Cómo puedes soportarte a ti mismo? —pregunta ella.

—No puedo. Por eso estoy aquí.

—Es lo que pensaba, es lo que siempre he pensado.

—Échate a dormir.

—No me dejes quedarme. Te mataré. No puedo prometerte que no te asfixie mientras duermes.

—No te creo.

Ella abre los ojos e intenta encontrarlo. Jura que hace un momento él estaba allí. Pero no lo puede ver. La habitación está en silencio. La despensa está sumida en una clamorosa oscuridad. Alguien le ha puesto por encima una manta mohosa. O es tan sólo que está dormida.

Viernes

40

Erhard

No duerme. Cada vez que va a desaparecer le recorre una punzada por el cuerpo que desemboca en la mano. Está tumbado sobre el altillo, en la parte superior de la despensa, donde Alina yació una vez. Amanece. La luz se cuele hasta que llega a él. Desde la cama puede vislumbrar a Lene en el sofá, la pesanta^[4] enorme y reconstruida.

Repta para bajar, es más fácil descender que subir. Sale de la casa y echa un vistazo en el coche de Ponduel. Está impecable, casi como si acabaran de pasarle el aspirador. En la guantera hay boletos de apuestas, una revista de fútbol y un miniordenador de esos que los jóvenes usan como cámara. Se ilumina cuando Erhard pulsa un botón. No hay mucho más. Las llaves están puestas. Arranca el coche y rueda hasta Guzmán. Con cuidado para que el ruido no despierte a nadie, con cuidado de no levantar polvo. El desdentado comerciante está marcando el precio sobre unas descoloridas palas de pimpón. En la parte posterior de la tienda hay un almacén de escasa altura. ¿Hay sitio para dejar aparcado un coche? ¿Durante un par de semanas? Guzmán tiene aspecto de pensárselo. De pensar si debe preguntar por qué y de dónde ha salido el coche. Pero no dice nada por el estilo. En lugar de ello, mira por la ventana en dirección al cielo y pronostica que la calima viene de camino. Ya llega el viento rojizo que pronto hará sangrar el cielo. Así lleva diciéndolo los últimos años, puede que siempre, cuando hay clientes. Y al final termina llevando razón. Salen a la parte trasera. Erhard puede introducir el coche hasta el mismo montón de botellas de plástico. Si lo mete lo suficiente, la puerta de la construcción seguirá pudiendo cerrarse.

Regresa al cobertizo. Hacía mucho que no daba este paseo. El sol justo a su espalda, la sombra de nueve metros de largo. Coloca la lona sobre su coche y pone piedras en las esquinas para que no se vuele.

—Tenemos que irnos —dice él mientras da un empujón al cuerpo bajo la manta.

Prepara una bolsa con algunas cosas. Un encendedor. Una vieja lámpara de aceite. Un par de latas sin marbete, cree que son bolas de pescado. Mantas. Una almohada. Un par de periódicos y un taburete, que pueden usarse para una hoguera. Una pequeña olla. Dos tazas. Algo de pegajoso café en polvo. *La caída de Orfeo*.

Ella, arisca y triste, no está por la labor. Esconde el rostro entre las manos. Por nada del

mundo querría llevarla consigo, pero de todas formas siente la necesidad de cuidarla. Del mismo modo que aún le entran ganas de pasarse la mano por el pelo que no tiene.

Comienza a caminar y oye cómo ella lo sigue. Por las piedras. Hacia el sendero. Subiendo la montaña. En el primer dique atraviesan la Puerta de Lezcano, una puerta derrumbada de piedra gris que lleva un poema cincelado en el pie. Ella no se fija, aunque se sienta con la espalda apoyada en la puerta, un descanso veloz mientras trastea en su teléfono móvil. Él llama a *Hardy*, *Hardy*. Podría alcanzar a verlo a una gran distancia por debajo de ellos, casi tan abajo como el caminito de Alejandro, en las inmediaciones de donde acostumbra a tirarle comida. Se puede ver muy abajo, pero también se verá hacia aquí arriba. Se pone en pie de nuevo y se obliga a ascender la montaña. Por encima de su cresta.

Ella resopla y suda, no para de mirar alrededor, le pregunta todo el tiempo que qué hacen aquí, de quién huyen, adónde van, por qué tienen que caminar tanto. «¿Ya llegamos?» Descienden hacia el norte rodeando un risco negro que semeja una uña en la cumbre de la montaña. Desde aquí ven cómo la isla se extiende hasta el agua, costras de tierra, verdes mechones y por último arena blanquísima.

Hay un pequeño refugio de pastores oculto entre las peñas, que el viento y las bestias han desgastado dejándolo ralo. Una sencilla construcción, elevada sobre la tierra para que uno se pueda sentar o tumbar. Edificado muchísimos años atrás para los pastores de la montaña. Un lugar donde podían tomar café y descansar. Y vigilar a los animales. Erhard no había estado aquí arriba desde hacía varios años. Puede que incluso una década. Pone sus cosas en el refugio y golpea el pequeño taburete contra una piedra hasta que se hace pedazos.

41

Erhard

Cuando el sol ya está arriba, él desciende por la montaña.

Ella lleva toda la mañana dando vueltas por los alrededores mientras lo observa. El cuerpo vibra desasosegado como si hubiera consumido alguna sustancia. Ha visto otras veces ese tipo de chicas frente a las discotecas, echando mano de algo en lo que sostenerse. Tiene el aspecto de fiesta barata. Su ropa es demasiado colorida, un hombre con prismáticos en la Capellanía la podría ver desde allí abajo. Una mancha estridente en medio del gris. Ha intentado que se sentara para enrollarla en una manta, pero ella se la ha quitado de los hombros marchándose a trompicones, ofendida como una adolescente. Lo siguió cuando él empezó a bajar la montaña. Sus voluminosos pies desnudos por las rocas.

Una vez que llega abajo se detiene junto al cobertizo frente a la carretilla con *Laurel*. Mira hacia atrás y ya no la ve. Quiere decir su nombre, pero no puede.

Retira la lona del coche y la deja en el maletero. Hace bascular la carretilla de manera que *Laurel* rueda por encima del parachoques y caiga dentro, sobre la lona. La sangre se ha solidificado. Las piernas están rígidas como las patas de una mesa. Conduce por carreteritas en dirección sur, hacia Puerto. Cuando llega al negocio en quiebra de alquiler de camellos, justo antes de Lajares, se sitúa en el lateral junto a un teléfono de monedas y saca su libreta de la guantera.

Da línea. Algunos tonos de llamada.

—Cirugía Faliando.

—¿Michel? Soy Erhard Jorgenson.

Silencio.

—¿Hola?

—No me gusta que llames —dice el médico.

—Llamo sólo porque te necesito de verdad. ¿Puedo pasar por tu despacho?

—Mi clínica. No.

—Tengo algo que quiero que veas. Son cinco minutos.

—¿Algo ilegal? Habrá otros médicos a los que puedas incordiar.

—Dos minutos. No es nada ilegal.

—Dispongo de media hora. Tendrás que darte prisa.

—¿Podemos quedar afuera? Lo tengo en el maletero.

El médico sopla en el auricular.

—Casillas del Ángel justo donde la rotonda. Mi clínica tiene el tejado dorado. Para detrás del edificio. No entres, no quiero que mi mujer se inquiete.

Erhard cuelga el auricular, entonces cae del teléfono una moneda sobrante que sale disparada, atraviesa la calle y desaparece en el interior de un montón de mierda de camello seca. Ya no brilla. La recoge y sube al coche. Va por el Roque, un gran rodeo para llegar a la Matilla, y toma la FV-255 hasta meterse en Casillas del Ángel.

Tarda diez minutos. Ve de inmediato la clínica, el tejado pintado de color dorado, así como las columnas en torno a las puertas; las palmeras están lozanas. Conduce hasta la parte trasera y aparca junto a una pila con cactus, al lado de un Chrysler dorado.

Poco después sale el médico. Lleva bata con el nombre de la clínica en el bolsillo por encima de los bolígrafos. No se habían visto desde hacía más de un año.

Erhard abre el maletero y un olor nauseabundo los golpea.

—¡Santo Dios! —dice el médico, aunque parece aliviado.

—La encontré así —explica Erhard.

—No la puedes traer aquí. Yo no puedo librarte de...

—Cuéntame cómo ha muerto.

El médico echa un vistazo al aparcamiento y en dirección a la puerta.

—Sólo dispongo de un par de minutos. No puedo determinar la causa de la muerte en tan breve espacio de tiempo.

—Hay mucha sangre en el cuello, a lo largo del estómago. Mucha sangre.

El médico toma uno de los bolígrafos que lleva luz para alumbrar la lengua y el interior de los ojos de *Laurel*.

—No sé nada acerca de cabras. Ni de animales. Pero todo apunta a que ha sufrido una cuantiosa pérdida de sangre. No hay indicios de envenenamiento. Se vería en las pupilas.

Erhard se impacienta. Él le levanta la cabeza y el cuello, de modo que pueden ver la sangre solidificada casi negra, la piel apelmazada.

—Creo que lo han mordido. Mira.

El médico hurga con el bolígrafo entre el pelaje.

—¿Puedes apartar la piel de ahí, justo ahí? No llevo guantes.

Al tirar Erhard de la piel hacia un lado suena como si se despegara y se rajara.

El médico mete la cabeza mientras alumbra. Por fin abandona sus reparos y mete un dedo dentro del pelaje, a través de la sustancia roja y espumosa.

—Lo que puedo decir es que no se trata de un mordisco. Sería más amplio, más asimétrico. La herida es una punzada. ¿La has subido al coche tirándola del cuello o del cuerpo?

—Un poco —dice Erhard.

—Quizá la herida fuera redonda, ahora está rajada de modo que parece una estrella. ¿Puede haberse topado con un caño o una cerca?

Erhard mira los brazos del médico, rosados por la sangre.

—Pero, entonces, ¿no estaría por delante o bajo el estómago?

La herida se halla en un lateral. Justo en la parte pelada.

—Ha debido de caerse —dice el médico, y consulta su reloj.

Laurel siempre fue el patoso. De todas formas, parece extraño.

—¿Podría tratarse de una herida por disparo? —pregunta Erhard.

El médico observa la herida.

—Sí. Muy bien podría ser. Pero...

Erhard empuja un casco dentro del maletero y cierra.

—Gracias, Faliando. Una cosa más, ¿conoces a alguien en el hospital de Puerto, alguien con quien se pueda hablar para encontrar a un paciente?

El médico está muy serio.

—¿Por qué has venido aquí hoy, tanto tiempo después? ¿Por qué justo ahora? —pregunta el médico.

Erhard ya está rodeando el coche.

—Hace un par de días recibí una llamada de Emanuel Palabras. Me preguntó si había oído hablar de ti. O te había visto. Le dije que no te había visto ni oído hablar de ti desde... desde aquella vez.

—¿Y qué harás cuando me haya ido? ¿Lo telefonarás o hay una parte del juramento hipocrático que dice algo así como «silenciaré lo que vea y oiga»?

—No creo que valga para los animales.

—¿Así que lo llamarás?

—Dijo que estabas implicado en la inundación del casino.

—Ya lo conoces, Faliando. No le importa mentir con tal de obtener lo que él quiere. — Erhard se sienta en el interior del coche.

—Él dijo prácticamente lo mismo de ti. Afirmó que no tenías ningún respeto por la vida humana.

Erhard se ríe. No se puede hacer otra cosa.

—Y yo no he olvidado lo que hiciste con Beatriz en aquella ocasión —dice el médico.

Erhard se queda mirándolo.

—¿Por qué me ayudas entonces?

—No lo sé. ¿Por qué ayudamos alguna vez a alguien?

—¿Y si Palabras te pregunta si me has visto?

—Entonces quizá lo ayude a él.

Erhard cierra de un portazo y sale del aparcamiento. Por el retrovisor ve cómo el médico coloca el bolígrafo en el bolsillo y se mete dentro de la clínica.

Enciende la emisora del taxi y escucha a los conductores en una charla insustancial mientras baja por la FV-20 y sube hasta la FV-2. No dicen nada nuevo, nada interesante.

El hospital se halla situado al sur del Castillo. Cuando era taxista traía aquí a menudo gente enferma o iba a recogerla. Pero sólo conoce a una persona que trabaje en el hospital. El verano

pasado ayudó a Evie, una enfermera inglesa que pensaba que su marido le era infiel. En lugar de eso, el hombre estaba restaurando un viejo bote de remos. En esa ocasión, Erhard se encontró con Evie después del cambio de guardia, fuera de una de las alas del hospital. Si las guardias cambian aún en torno al mediodía, a lo mejor llega a tiempo de encontrarla. Una idea peregrina, sí, pero no se le ocurren otras.

Da con la entrada y se pone a transitar por insípidos pasillos. Se detiene para mirar a su alrededor cuando, tras girar una esquina, aparece un joven celador con una cama. Erhard le dice que busca a Evie Hobart. El joven le señala más adelante para que suba por una escalera. En la sección de neonatos. Las puertas están cerradas, pero hacia el fondo del pasillo puede ver a Evie sentada junto a una mesa hablando con otra enfermera. Reconoce a Erhard y lo saluda con la mano.

—Tengo mala conciencia cuando te veo.

—Cuarenta y cinco euros fue sin duda un buen precio por un día de trabajo —dice Erhard mientras limpia las migas con el dorso de la mano.

Ella se ríe.

—Todavía le sigo pidiendo perdón.

—Muy bien.

Ella se fija en la herida de la frente.

—¿Cuidas de ti mismo?

—Un pequeño accidente con una lámpara —dice él—. Busco a un hombre, un maliense. Daouda. Ingresó ayer aquí. Seguro que en urgencias.

Vuelve a rodear la mesa para sentarse frente al ordenador.

—¿Cuál es su apellido?

—Sólo sé ese nombre.

—No es un nombre fácil de consultar. Puede que se deletree de otro modo.

—Intenta con A, O, U. Daouda.

—Aquí hay uno. No puedo saber qué le pasa, sólo ver en qué sección se halla.

—Perfecto.

—Soumana Daoudana Gueye. Admisión el miércoles a las siete y treinta y cinco de la tarde, ¿puede ser? Está en 1A/03/06.

—¿Qué quiere decir eso?

—En observación. Seguro que le darán de alta en breve, si no ha ocurrido ya. Está aquí abajo —dice ella, señalando por una ventana un edificio a la izquierda.

»Puedes tomar la escalera ahí. La última puerta según bajas la escalera, luego no tienes más que seguir hasta el fondo.

—Gracias, Evie. Recuerdos a Robert.

—Ten cuidado —dice ella.

Baja por la escalera y camina silencioso por el pasillo. En una habitación, una mujer sentada agarra la mano de su hija. En otro lugar, alguien cuchichea alterado. Busca la numeración, 03/11, 03/12. En una esquina ve una caja con ropa y zapatos olvidados, donde encuentra un par de zapatillas deportivas blancas que podrían ser de la talla de Lene. Una joven enfermera sale al

pasillo marcha atrás. Erhard la sujeta.

—Soy de la European Immigration Services. Tengo que hablar con un tal señor Daouda, un inmigrante maliense. ¿Dónde está?

—Ehh —dice la mujer mientras echa un vistazo al pasillo, seguramente en busca de algún colega con un poco más de experiencia—. Creo que te refieres al que está en la número 6. No está despierto, acabo de verlo.

—No pasa nada —contesta Erhard, y se encamina a la número 6. Coloca las zapatillas junto a la puerta.

Daouda comparte la habitación con otros tres. Uno está despierto y parece un pajarillo que acabara de ser vomitado por un zorro. Otro yace tras una cortina blanca. Daouda duerme. Tiene el rostro rojo y un parche sobre la nariz. Erhard le pone una mano en la frente. La piel está húmeda, casi como una piel de serpiente. Sus ojos se mueven bajo los finos párpados. Entonces los abre y fija la mirada en Erhard.

—Buenos días, Daouda.

—¿Ya estoy curado? —pregunta Daouda, e intenta incorporarse, pero una mezcla de dolor y analgésicos lo sujeta a la almohada.

—Aún te falta mucho para curarte. Sin embargo, necesito hablar contigo de algo importante —dice Erhard mientras mira hacia la puerta y al pajarillo, que parece estar enfrascado en lo que ve en la pantalla de un televisor colgado en la esquina—. Soy de Inmigración. Tus papeles han desaparecido, así que tenemos que revisar tu caso.

—No, por qué, ya he obtenido, quiero decir...

—Tranquilo. Vamos a arreglarlo, por supuesto. Sólo necesito saber un par de cosas.

—¿No puede esperar?, yo he...

—Lo lamento pero corre prisa, si no quieres pagar la factura del hospital. Casi diez mil euros.

—*Putain de merde*, yo no tengo ese dinero. ¿Qué está pasando aquí?

—Sólo ayúdame un momento y con toda seguridad te librarás de pagar.

—Mi pasaporte, lo tengo en casa, mis papeles. —Daouda señala abajo hacia una mesita junto a su cama. Sobre la mesa hay una taza con agua y un teléfono móvil.

—Quizá después. Déjame preguntarte algunas cosas.

De improviso, el pajarillo se pone a reír sonoramente. Por televisión echan el programa que suele ver Aaz, una tortuga disfrazada de tiburón.

Erhard oprime con fuerza el hombro de Daouda. Primero una pregunta insustancial:

—¿Estás implicado en alguna forma de actividad ilegal en el país?

—No, no, por supuesto que no, conduzco un taxi —responde Daouda.

Segunda pregunta:

—¿Tienes conocimiento de algún negocio de venta ilegal de frutas y verduras?

—No, nada. Nada.

Tercera pregunta:

—¿Has trabajado en el sector hotelero o de hostelería?

—No en mi pellejo, te ponen a hacer toda la mierda posible que nadie quiere.

Cuarta pregunta:

—¿Tienes conocimiento de contrabando de seres humanos o prostitución?

Daouda reflexiona.

—He oído hablar, conozco a alguien que habla de ello, pero yo no sé ni una mierda de ese tipo de cosas. ¿No vas a escribirlo o qué?

—No pasa nada. Siguiendo pregunta. —Erhard se posiciona junto a la mesa—. Ahora tienes que ser sincero. Estamos buscando a una inmigrante en situación ilegal, Idowu, vive aquí en la isla, necesitamos encontrarla porque está en grave peligro.

Algo sucede de inmediato en el rostro del primo.

—No sé, a ella no la conozco.

—¿Estás seguro? Es de vital importancia. No querrás ser sancionado por ello.

—No la conozco. Estoy seguro.

—Entonces no tengo más remedio que proponer la supresión de tu permiso de residencia.

—¿Qué coño...? —Ahora sí que se incorpora a pesar de todo.

Una enfermera, una mujer alta de ojos negros, entra por la puerta. Tras ella se encuentra la chica de antes.

—¿Quién es usted? —pregunta la alta.

—Qué bien que haya venido, señora, llame enseguida a la policía —dice Erhard—. Este hombre acaba de admitir que reside en el país de manera ilegal.

—*Casse-toi*, no he dicho nada —se defiende Daouda.

La enfermera no sabe qué debe hacer. Mira a la joven que se halla detrás.

—María, llama al 339, que te pasen con López. —Se vuelve hacia Erhard. ¿Puede mostrarme alguna identificación?

—Tan pronto como este hombre se encuentre bajo custodia policial, le enseñaré a usted mis papeles, señora.

La enfermera no parece que vaya a moverse de allí. Última posibilidad, y también la más desesperada:

—Tengo que pedirles que evacúen la habitación, este hombre procede de Sierra Leona y es probable que esté infectado; saben ustedes ya cómo hay que actuar, ¿verdad?

—No —dice la enfermera, dando un paso atrás—. Pues..., supongo..., tenemos que clausurar de inmediato la habitación. Parágrafo 22 —añade ella, más bien para sí.

—Sí, exactamente —asiente Erhard.

La enfermera comienza a sacar de la habitación al pajarillo, en silla de ruedas. Daouda sigue sentado petrificado mirando fijo a Erhard.

—¿Qué coño...?

—Cuéntame dónde vive Idowu, ahora mismo. —Se inclina sobre Daouda mientras pone una mano en el teléfono móvil.

El primo baja la vista.

—La he visitado sólo una vez en la calle Manuel Velázquez, en Morro Jable. Ella es la que me atacó, yo me defendí nada más.

La enfermera ha vuelto a la habitación para llevarse rodando la cortina de baño.

—¿Qué número? —musita Erhard, y se guarda la mano con el teléfono móvil en el bolsillo

trasero—. ¿Qué número?

—No lo sé. Detrás de la tienda de tatuajes, dentro del patio.

Erhard se yergue para marcharse. Se topa con la enfermera en la puerta.

—Propongo un completo aislamiento —dice él—. Parágrafo 22. Hasta estar seguros.

Ella se limita a asentir y aferra la última cama. Erhard la sigue.

—Eres tú, tú, *motherfucking* demonio —espeta Daouda tras él—. Fuiste tú el que me golpeó. Fue él quien me atacó.

—Y tú el que me pinchó las ruedas del coche.

Erhard se lleva las zapatillas deportivas y enfila el pasillo, siguiendo el mismo camino por el que ha venido. Oye gritar a Daouda. Sale a la escalera y entra por una puerta distinta. Si hubiera podido correr, lo habría hecho.

Aquí abajo el tráfico es lento. Hay sobre todo autobuses y coches que remolcan tablas de surf. Al atravesar Esquinzo fija la vista en el camino para no pensar en lo que ha perdido.

Una superposición de pequeñas calles y caminos que se encuentran y se extinguen atraviesan Morro Jable. Conoce la calle Diputado Manuel Velázquez Cabrera de los viejos tiempos, había un pastelero turco que hacía sus propios bombones. Desde entonces la calle se ha vuelto más triste, perezosa, simplona. Rabiosas ofertas de recorridos en ferri y viajes de avión en un escaparate, para ver en el siguiente unas bragas con estampados de leopardo sobre un oso disecado. No se sabe por qué motivo. Hasta donde él puede ver no hay ningún tatuador. Precisa subir la calle una y otra vez, dar un rodeo para volver a ascender de nuevo antes de encontrarlo. A excepción del montón de coches y motos verdes aparcados en diagonal, la calle está desierta. Aparca en el único lugar libre y se cuela en el patio sin que nadie lo vea. Percibe un olor dulzón a carne de cordero y canela, quizá anís. Piensa si Daouda le ha mentido enviándolo al lugar equivocado. No tiene pinta de ser un lugar para vivir. Parece un cobertizo de maquinaria pesada o un lugar donde se almacenan bombonas de gas.

Llama a la puerta, que oscila a cada golpe.

Dice el nombre de la chica. De alguna manera, espera que al oír su nombre tenga miedo, y al asustarse salga. Pero no ocurre nada. No sería raro que uno de los tatuadores apareciera por la puerta trasera a preguntar qué coño está haciendo, pero a lo mejor no están trabajando aún. Un cubo de la basura negro se ha volcado, de modo que esbozos en tinta roja sobre fino papel crujen aquí y allá con el viento.

Se dispone a llamar de nuevo. Pero ya ha jugado esa carta. Si la chica fuera a abrir, ya lo habría hecho. Quizá está asustada, hecha un ovillo bajo el lavabo con un cuchillo abotargado, que utilizará contra él o contra ella misma si manipula la puerta para abrirla.

—Busco a Abdourahmane. Soy un amigo. Volveré.

Cuando está a punto de salir del patio se detiene. Unos cincuenta metros más allá ve un convertible blanco aparcado al otro lado de una barrera. Ya antes se había fijado en el mismo coche cuando daba vueltas a la manzana. Ahora está parado y casi parece como si lo estuviera observando. No le es posible ver cuántos ocupantes hay en él. Se mete en su coche para bajar la

calle Manuel Velázquez todo lo aprisa que puede. Conduce en paralelo al agua y sube hasta el camino que discurre por encima de la ciudad. Un camino ancho muy bello con las montañas a la izquierda y el mar a la espalda. Cuando se halla en la rotonda vislumbra el coche blanco, que sube por el camino de la montaña. Erhard acelera más, baja por la FV-2 para circular de nuevo hacia el norte. En la zona de Solana Matorral la vía se divide en dos con un paseo de palmeras entre ambas. Se desvía hacia el aparcamiento en la parte trasera del gran supermercado y se queda en el coche diez minutos. Después se da una vuelta por el supermercado sin ánimo de comprar nada.

Un hombre no puede sacar su carro de la compra del resto. Erhard lo ayuda. Cada uno tira de un lado. Finalmente sale. El hombre le da las gracias con la mirada y empuja su carro por el pasillo para desaparecer entre los alimentos matutinos y la comida de perros.

Erhard echa un vistazo al aparcamiento, donde hay movimiento de coches, ciclomotores al borde del colapso pasan al lado. No puede seguir por ahí conduciendo el coche sin que lo localicen. Necesita conseguir otro coche lo antes posible. Se apresura a salir del aparcamiento para dirigirse a Majanicho.

43

Le

Está cansada tras haber vagado por la montaña, trepado hacia arriba y hacia abajo, llamado a su padre como un cordero perdido. Por supuesto, no lo ha llamado. Ha pensado en él. Lo ha maldecido. Que esté aquí y que no esté aquí.

En las sábanas. La sangre de él en las sábanas. El dedo debajo de la estantería.

Nunca ha experimentado un silencio así, una ausencia de sonido. Especialmente después de que su estómago haya dejado de bramar. O tal vez sólo la presencia de otros sonidos, crujidos, silbidos, el tic-tic de la tapa de la lata. Cuando la gira hacia el viento, suena. ¿Es un la, un sol, un si? Una roca que rueda. Un re. En el estudio, puede hacer clic en todas las pistas. Puedes coger cualquier tema y quitar cualquier pista. Eliminar las mezclas, el bajo, la batería, la percusión, la guitarra solista, la voz. Al final, tienes un número musical sin pistas. O con una pista. De nada. Tres minutos y veinticinco segundos de silencio que nadie se ha molestado en escuchar.

Aquí no hay nada más.

Su carrera está rota. Hecha añicos. Una expresión absurda que sólo surge porque así es como suele decirlo su madre. Como algo que se ha estrellado contra las rocas, que se ha caído. El programa de televisión debería haberla salvado, reconstruido. Pero detrás no hay nada que tenga sentido. Un montón destrozado, que queda tendido en el suelo del gimnasio cuando todos los niños lo han aporreado.

Puede que sea sólo el mono. Cinco días sin Mona Lisas han hecho que el cuerpo esté rendido e infeliz. Está en la sombra. En el refugio de madera, que alguien ha abandonado en la cima de la colina. Come unas albóndigas blancas que nadan por la parte superior de la lata que ha encontrado en la bolsa de su padre. Saben a lana, a muérdago. Si no estuviera a punto de morir de inanición, no se las comería, pero se las come, se las come todas, y bebe el agua turbia que hay dentro y atrapa con los dedos los pequeños restos de carne que están adheridos al interior de la lata.

Tal vez es porque echa de menos a London. Quiere llamarlo, pero el móvil está muerto. Da lo mismo; de todas formas, está en la guardería. Le odia ese lugar, a ella no le dicen nada, pero se quejan a Timme tan sólo porque él se acuerda de llevar el almuerzo, o el gorro, o unos calzoncillos extra, y ella no. Le ha prometido a su abogado que tendrá más cuidado con estas

cosas. Ha prometido controlar las grandes líneas y los pequeños detalles. El bocadillo es uno de los pequeños. El almuerzo es una de las cosas que tiene que resolver. Tiene que volver a casa. Tiene que estar en el avión del domingo. La reunión en el juzgado no se puede cambiar, ya la han pospuesto dos veces porque ella lo olvidó.

Lo oye subir la montaña. Camina de espaldas y tira de la carretilla con la cabra, esquivando las piedras y los matorrales. Además de la cabra en la carretilla, lleva libros y piezas de madera de una encimera de cocina. También hay un par de zapatos y un hacha.

—Los zapatos son para ti. Para que no te cortes con las piedras —dice.

Ella se los pone, le están un poquitín grandes, pero es mejor que llevar los dedos al aire.

Toma el hacha y da unos golpes en los laterales de la cabaña.

Es para hacer una hoguera, por lo que ha comprendido.

—Le dispararon —explica el padre.

—¿Quién disparó a quién? —Ella mira hacia la cabra.

—Es peor de lo que pensaba. Van detrás de mí. Y parece que también de ti. He oído un aviso en la radio cuando regresaba. No deberías haber cogido el taxi de Ponduel.

—Quiero irme a casa —dice ella—. Quiero ir al hotel y hablar con Vic, tenemos el billete de vuelta para el domingo.

—¿Era la que me gritó a la puerta de la casa de Mónica?

—Es sueca. Es una de las personas que hacen el programa de televisión.

—¿Y por qué estás en un programa sueco?

—No es sueco, es danés.

—¿Y es de éstos en los que uno encuentra a su padre o a su madre?

—O a una antigua novia o a un hijo. Se llama «Los desaparecidos».

Él está de pie dándole la espalda.

—¿Por qué quieres encontrarme? ¿Por qué, después de todos estos años, quieres encontrarme?

—Porque te debo algo, porque quiero devolverte algo. —Juguetea con el colgante que lleva al cuello—. ¿Crees que fue idea mía? Yo no quería participar en el programa ni por casualidad, pero mi mánager y todos en mi entorno me gritaban que debía tomar parte. Por mi carrera profesional.

—Pero ¿hay alguien que vea este tipo de cosas?

—Yo no lo entiendo, pero al parecer es uno de los programas más populares.

—Por eso ya no veo la televisión. —Tira la encimera al suelo sin dirigirle la mirada—. Pero si la policía te persigue, esa señora de la televisión, la sueca, no va a poder ayudarte. La policía controla el aeropuerto. Puedes dirigirte a ellos y contarles tu caso. —Y arriesgarse a una larga condena.

—¿O...?

—O esperar hasta que la policía esté ocupada con otras cosas. Y dejar la isla sin que se enteren. Pero puede ser complicado. Puede llevar su tiempo.

—No. Tengo que salir en ese avión.

El padre la mira.

—Eras terca de pequeña. Y aún lo eres.

—Tengo un hijo —dice Le—. Quiero ir a casa con mi hijo. Él me necesita. No soy una madre asquerosa. —Quiere verlo reaccionar, hacer algo, pedirle que se quede.

Él se vuelve hacia ella por un instante.

—¿Cómo se llama?

—De todo lo que podrías preguntarme, ¿lo único que quieres saber es cómo se llama?

—Bueno, pues déjalo. Tengo que ir a la ciudad. Tengo que cambiar de automóvil, conseguir uno nuevo. Puedo llevarte al hotel.

—¿No acabas de decir que Vic no podría ayudarme?

—Si todo va bien, te puedo dejar allí. Si todavía te están buscando, puedes volver conmigo. Puedes dormir en el refugio. —Se acerca a las piezas de madera, que ella ha cortado con el hacha—. Bueno, lo que queda del refugio.

—¿Quieres dormir aquí? ¿Qué pasa si empieza a llover?

—Eso no va a pasar. Quemamos la cabra y calentamos la comida. —Él mira la última lata—. Pensé que tenía dos.

Erhard

Barouki está sentado tras su escritorio vacío apuntando algo en una libreta.

—No deberías estar aquí. Todos los taxistas te buscan.

—Eres el único que queda en el edificio —dice Erhard.

—Anphil también está —repite Barouki.

—¿Alguna noticia del comité?

—Si yo fuera tú, me olvidaría del asunto. Búscate otra cosa.

—Como ya puedes suponer no voy a salir con ningún taxi por un tiempo. Sin embargo, alguien ha hecho lo imposible para que no recupere mi licencia, y creo que sé quién es.

Barouki se levanta para dirigirse al lavabo que está en la esquina. Se lava las manos bajo una humeante agua caliente, a continuación con agua fría. Entonces gira en torno a la mesa y le da la mano a Erhard. Una mano helada, refrescante.

—De todos modos, has hecho enfadar a Marcelis.

—Él ya no está en el comité.

—Entonces a Palabras. Uno de los dos. Pueden influir en aquéllos de los municipios que son los que se sientan en el comité. Marcelis conoce al señor Cardone de tiempos pasados. Era representante sindical de Servicio Canarias. Conectan. A lo mejor tampoco hay que darle muchas vueltas, puede que sólo piensen que ya es hora de que te jubiles.

Erhard se sienta en una silla frente a Barouki.

—Alberto Ramírez conduce todavía. Dentro de poco cumplirá setenta años.

—Entonces ¿no estás aquí para que te ayude a recuperar tu licencia? —dice Barouki.

—No, quiero que me prestes un coche.

—¿Y qué ha sido del que compraste? ¿El viejo 320?

—Me gustaría pasar desapercibido. Lo he aparcado a la vuelta, aquí detrás. Eso es todo —dice Erhard.

—No querría verme mezclado en esto.

—No vas a mezclarte en nada.

—El Corsa está libre, pero te prevengo, Anphil lo ha dejado pelado. Y no tengo otro.

Erhard se levanta para ir hacia la puerta. En la pared hay un panel de cartón sobre el que

aparecen varios papelitos. Mira uno de ellos. PON MANO DE OBRA BARATA A LIMPIAR LOS COCHES.

—¿Has empezado a poner en práctica ideas nuevas, Barouki?

—Es algo que me ha hecho hacer mi nueva secretaria. Una de esas mujeres afanosas de Tenerife. Acabará empujándome de la silla.

—Quizá sea mucho mejor.

Erhard hace amago de marcharse.

—¿Te acuerdas de Oscar? ¿Tu viejo amigo de Diamond Estate? Me gustaría hablar con él acerca de un alquiler.

—Hace un año que no lo veo, puede que dos. ¿Qué tal está?

—Me mudé, tenía un buen trato, pero después no sé lo que ha ocurrido, pienso que lo han despedido.

—Es socio, no pueden despedirlo. —Barouki parece contrariado.

—Lo han dejado fuera. Hay una nueva directora. Y no le gusto. Acaba de echarme de mi vivienda alquilada. Lo llaman Club Playa Verde, a pesar de que no hay nada parecido al verde en las proximidades.

—Pero eso no pueden hacerlo. ¿Qué hay de tu contrato?

—Tenía un acuerdo de palabra con Oscar, y ha dejado de valer —dice Erhard.

—No lo entiendo. Oscar era abogado antes de entrar en Diamond Estate. Durante muchos años ayudó a Taxinaria cuando ésta empezaba y dos años después a Roberto, a poner en marcha TaxiVentura en el año 2000. Lo recuerdo como todo un profesional.

—A lo mejor con los años se ha relajado un poco —opina Erhard.

—Jugábamos al tenis en Sport Fuerte.

A Erhard le cuesta imaginárselo. El cuerpo colosal del arrendador en movimiento.

—¿Cómo puede ser que vayas a Sport Fuerte si pertenece a Palabras? Pensaba que te mantenías alejado.

—No me cae bien, pero están los sentimientos, y luego la política.

—¿También Oscar es amigo de Palabras?

—Nadie es amigo de Palabras, pero hay comidas en común y se acude a las mismas fiestas. Así ocurre cuando estás dentro de determinados círculos. Si uno quisiera evitar a Palabras y todo lo que se relaciona con él, la mejor solución sería mudarse al continente.

Barouki lleva razón. El propio Erhard piensa en ello cuando come tomates o gambas. Palabras es dueño de muchas fábricas y empresas que producen diversos productos, alimentos, de modo que resulta difícil dejar de echar euros en su cubo.

—¿Está Palabras en el consejo de Diamond Estate?

—No —dice Barouki—. Pero Diamond Estate se sienta en el consejo de Sport Fuerte junto a Palabras. Y seguro que también están juntos en el consejo de Fuerteventura Shopping Mall. Quizá en alguno de los hoteles. Puede que incluso el Olympus en su época. ¿Crees que Palabras hizo que te echaran de la casa? ¿Que él hizo que Oscar te echara?

—No. Oscar parecía ayudarme. Es con la nueva directora con quien la cosa se ha torcido.

—¿Y quién es?

—Un demonio arrasador. Rapada y colérica. Pero no parece que sea obra de Palabras. Ella tiene pinta de ser así. —No le cuenta a Barouki que dio un nombre falso a Diamond Estate. Fue una buena decisión.

—Todos pasamos apuros. Nosotros estamos apurados. Y también lo está Diamond Estate. A lo mejor es por eso. Los nuevos complejos de ocio no venden. Han invertido mucho dinero en el casino. —Barouki cruza hasta el lavabo para lavarse rostro y manos. Toma un paño de papel de una bandeja y se seca lentamente.

—No sabía que tuvieran algo que ver con el casino.

—Es la mayor compañía inmobiliaria de la isla. Están metidos en casi todo ese tipo de cosas —dice Barouki.

Erhard se impacienta al oír ruido en el edificio.

—Mi hija está conmigo. Me espera fuera.

—Uno de los chóferes lo sacó a colación abajo en el comedor —apunta Barouki—. Pero no quise creerle.

—¿Que tengo una hija?

—No, que la metas en tus problemas. El año pasado te libraste, pero no va a repetirse.

—¿De qué piensas tú que me libré?

—He oído los rumores. Igual que todos los demás. Que encontraste a los padres del pequeño. Lo que se comenta por ahí. Que chantajeaste a la policía, que mataste a un gánster en Calderón Hondo.

—No fue eso lo que pasó. —Erhard también había oído esos rumores.

—No voy a juzgarte por algo acerca de lo que no sé nada, pero deja a tu hija al margen, y a mí no me metas —concluye Barouki—. Puede que Anphil quiera rescatar el Corsa, los restos de él. Si alguien me pregunta, lo has robado.

45

Le

El mecánico saca el Corsa. Es rojo y con manchas y suena como un ciclomotor.

Ella se sienta. Le recuerda al primer coche que tuvo de joven, lo llevaba con toda su colección de discos y el equipo en el asiento trasero, el cenicero con su pequeño resorte estaba lleno de porros. El padre se lanza a la carretera. Pasan por la zona industrial desierta, calles oscuras sin gente. En tercera chirría y no tiene quinta. No hay aire acondicionado. Pero, a cambio, el aire sale casi ardiendo de las rejillas de ventilación. Ella nota su propio olor corporal, sudor entre los senos, la ropa sucia, sin saber a qué huele. Sus pies ya están húmedos. Da vueltas durante un buen rato a la manecilla y baja la ventanilla. Siente cómo la tarde se arremolina alrededor de sus orejas.

Ya en la ciudad, gira por calles de un sentido. Van en círculos, varias veces pasan por delante de un bar con chicas en tops y hombres de largas piernas en trajes de neopreno. Él conduce lentamente delante de una tienda cerrada y la observa. Mira entre dos autobuses y hacia la carretera principal.

—Esperaba no tener que volver a conducir este coche. Lo tuve hace un año. Ahora ya casi puedo despedirme de mi licencia de taxi.

—¿No puedes conducir en negro? Hay muchos que lo hacen.

—No aquí en la isla. Tengo que hacerme a la idea de que se ha acabado lo de llevar un taxi.

Trastea con la radio para encontrar una emisora de jazz, pero no hay nada. Conducen por rotondas, que se parecen entre sí. Pronto están a las puertas del hotel. La policía aún hace guardia frente a la entrada principal.

—Es la Guardia Civil, los pesos pesados —dice el padre.

Va a la parte trasera y entra en una zona de aparcamiento. Detiene el automóvil en un rincón vacío bajo una inquieta luz, miran hacia una puerta que da al hotel.

—Déjame a mí —pide él—. Conozco a alguien que trabaja aquí. Tal vez puede ayudarnos.

Ella niega con la cabeza.

—Tengo que hablar con Vic.

—Puedo ir a buscarla y traerla aquí.

Ella sale del coche y cierra la puerta. Mira a través de la ventanilla abierta.

—Su nombre es London.

Él se queda mirándola.

—Mi hijo. Tu nieto. Se llama London. Tiene cuatro años. Tiene rizos y bizquea. Y en esta época está completamente loco por Mi Pequeño Pony, es jodido, lo sé.

Se lo ve incómodo. Como si fuera demasiada información a la vez.

—Iré al camino de grava —dice—. Detrás del hotel. Si sucediera algo, tienes que ir hasta el final y saltar por encima del murete, vas a ir a dar justo a donde yo estaré.

Desde el estacionamiento llega, pasando por un corredor, hasta el vestíbulo.

El recepcionista pelirrojo está ocupado con una llamada telefónica. Se puede ver a un policía al otro lado de la puerta giratoria, vuelto de espaldas. Le mantiene la cabeza gacha y sigue la pared hasta la escalera. Hay ocho pisos hasta arriba. El hueco de la escalera es de hormigón oscuro; parece húmedo y sin estrenar.

Todavía tiene la llave de su habitación en el bolsillo. Considera por un momento la posibilidad de subir al noveno y coger el cargador, pero puede que le hayan dado la habitación a otra persona. O tal vez han cambiado el código digital y ya no funcione. Subirá después de haber hablado con Vic.

En el séptimo piso, hay voces agudas y golpes debajo o sobre ella, consigue alcanzar la puerta más cercana totalmente aterrada, pero las voces se apagan, tal vez sólo un par de niños jugando a lo bestia; sus voces resuenan por la barandilla.

En el octavo piso, camina por el tranquilo pasillo azul del hotel. Se golpea los dedos de los pies con los restos de un servicio de habitaciones: ketchup y patatas fritas, que está a la puerta de la habitación de Magne. Un vaso de vino rueda sobre el piso y golpea la puerta. Se queda atenta a los sonidos del interior, pero no oye nada. Sigue hasta la puerta de Vic.

—Vic —dice con cuidado. Golpea con el dedo índice.

Ruido de una puerta que se abre en otro punto. Es Magne.

Lleva una cámara al hombro y una lámpara dirigida hacia ella, por lo que no le puede ver la cara.

—Creíamos que te había pasado algo. Intentamos contactar con tu exmarido. ¿Qué has hecho?

—Deja eso y, además, no deberíais llamar a nadie. Desde luego no a Timme, no hay que preocupar a London. —Ella se aparta de la cámara—. ¿Dónde está Vic? Quiero hablar con ella.

—Está abajo hablando con la policía otra vez. Anda muy preocupada. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—Sólo quiero irme a casa. Coño, Magne. ¿No puedes dejar esa camarita?

Magne retrocede hasta la habitación. La mirada estúpida que tenía en los ojos la otra noche cuando se lo folló ahora es pura simplicidad, la determinación del idiota.

—Estás mintiendo, joder, te importa una mierda todo, haces lo que te viene bien, y utilizas a los demás; te largaste, te largaste con la mayoría de nuestros equipos. ¿Tenías miedo de conocer a tu padre?, ¿fue por eso?

—No sabes de lo que estás hablando —dice ella, parada en el centro de la habitación, rodeada de espejos y sopesando qué hacer. Quiere levantar una mano al frente, pero tiene miedo

de cómo quedará ante la cámara. En lugar de eso, da media vuelta y se va—. El coche está en la ciudad —añade, por encima del hombro—. Frente a un supermercado indio. Las llaves están detrás de la rueda delantera.

—También los policías se han convertido en auténticos fans. Dicen que estás involucrada en tráfico de drogas. ¿Es eso cierto? ¿Puedo oír tu versión?! —grita él.

—Que los jodan, y jódete tú también —replica Le, ya desde fuera de la habitación—. No he hecho nada.

El noruego la persigue.

—Tu padre apareció, pero luego se volvió a ir. Ahora no sabemos dónde está. Dicen que ha huido. Se ha ido. ¿Qué se siente?

Ella sale al pasillo y corre hacia la puerta de la escalera.

—No te puedes ir, Le, quédate aquí. Te grabé el otro día. Tu pequeño secreto. Sobre esa joyita. Lo tengo todo en la cinta.

—Mejor que no lo hayas hecho —dice ella mientras oye las puertas del ascensor que se abren en el otro extremo, a Vic y unas voces de hombre que la llaman por su nombre.

Ella echa a correr por el pasillo, baja la escalera. El quinto. Abajo, abajo. Los tacones van golpeando los escalones y la vista se le nubla.

Empuja la puerta que da al vestíbulo e intenta caminar con tranquilidad junto a la pared, pasando por delante de una máquina de agua y entrando en el aparcamiento. La puerta chirría, pero nadie en el vestíbulo la mira. El Corsa no está, habrá dado la vuelta al edificio para ir al lugar que han acordado.

Recorre la fila de coches y mira la carretera por encima del muro buscando luces encendidas en la oscuridad, pero aún no puede ver el Corsa. La puerta chirría otra vez y oye pasos a su espalda. No se vuelve para mirar y acelera el paso. Es difícil correr con esos zapatos demasiado grandes.

«Tu pequeño secreto.» ¿Qué demonios será eso? Debe de ser un farol, un intento de retenerla.

Trepa por el murete y pasa entre un arbusto de hojas afiladas y un cactus. De eso no le había dicho nada su padre. Nota un fuerte latigazo en la rodilla y ve una rajita de la que salen una serie de gotas de sangre que resbalan por la tibia. Puede sentir que alguien se le acerca, ella recobra el equilibrio en el camino y mira hacia la izquierda, hacia la playa. En la oscuridad, divisa un par de luces temblorosas que se aproximan y le hacen señales. Oye al hombre, debe de ser un hombre, gritar algo en español. Cuando se da la vuelta, ve dos sombras a la carrera cruzando el aparcamiento. Uno es compacto y oscuro. Eso es todo lo que alcanza a ver.

Erhard frena junto a ella, que se precipita al interior del coche.

No levanta la vista; esconde la cabeza entre las piernas como si los hombres fueran a dispararla, pero no se produce ningún disparo. Sólo los saltos y tumbos del automóvil por el camino de grava hasta que llegan al asfalto.

46

Erhard

Huyen montaña arriba, a través de la Puerta de Lezcano, se turnan para hacer avanzar al otro en medio de la noche. Es un lugar terrible en el que se ocultan. Están extenuados y desprotegidos, no llevan nada consigo, ni siquiera agua. Pueden oler a *Laurel* durante toda la subida hasta la cresta, una peste que no hace sino crecer y adquirir nuevos matices, por más que se alejen de la chabola. Él no ha querido encender la lámpara de aceite, aunque eso habría supuesto un poco de consuelo, tampoco abrir la lata de bolas de pescado, a pesar de estar hambrientos.

Ella se derrumba en el refugio de pastores, desfallecida y casi sin nada por encima. Cuando las nubes cubren el cielo todo se vuelve negro. Espera hasta que la oye respirar, entonces se recuesta contra una piedra a procurarse el sueño. Pero no viene. En lugar de ello ve las manos oscuras de Aissata desplazarse sobre paños blancos con bogavantes. Ve a la monja Teófila rezando sobre el suelo. Ve a Lene en un charco de sangre. Ve a Abdi. Abdi en una jaula que baja por el pozo de una mina.

Sábado

Erhard

Se despierta con la primera luz del día porque ella sufre fuertes dolores.

Tiene que darle de comer. Va vertiendo las bolas de pescado en su interior mientras ella mantiene la cabeza hacia atrás. Le dice que es un enfriamiento, cistitis, migrañas, que está muy jodida. Suelta muchos tacos. Los pequeños dientes afilados aplastan las bolas de pescado hasta formar en la lengua una pasta gris. Después, ella se amodorra, duerme con la boca abierta mientras sale el sol.

Él mantiene la mirada fija en una de las páginas del libro. Val, el héroe Val, intenta salvar al señor Hames, que se ha tragado su propio ojo de cristal, tres paneles ocupa la vivencia del ojo de verse a sí mismo desde dentro, de ser tragado.

—No sé por qué ni quiénes son los que van tras de ti. Pero no puedes quedarte —dice ella a su espalda—. Te encontrarán.

—Por esa razón nos ocultamos.

—Si continúan buscando, también llegarán hasta aquí.

—No vendrán aquí arriba.

—Tan pronto como uno de ellos levante la lona ahí abajo y vea el coche rojo, supondrán que tú estás cerca. Pero, joder, si sólo tienen que pasar al otro lado del cerro. Y nosotros aquí tumbados durmiendo...

Él lo sabe de sobra. No pueden quedarse ahí.

—Vámonos a un hotel —dice ella—. Un cochambroso hostel en mitad de la nada. Puedes seguir viviendo allí después de que yo me haya marchado.

Sólo le quedan unos cincuenta euros del dinero que le dio Teófila.

—A lo mejor —responde él.

—Puede que los taxistas dejen de ir detrás de nosotros si devolvemos el coche de su amigo —propone ella—. No debería haberlo hecho, no debería haberle pateado.

—Se lo había buscado. En cualquier caso, él es nuestro menor problema.

Erhard comprende a los hombres tan poco como a las mujeres. Ponduel y él han vivido algo en común, se salvaron el uno al otro en Calderón Hondo. Podría haberse convertido en una amistad. Pero al final Ponduel mostró un afán desmesurado por poseer cosas, automóviles,

aparatos electrónicos. Toda su existencia se centró en mantener a su esposa ocupada para así poder irse al Gallo Amarillo a ver jugar al Real Madrid y ganar un dinerito extra que emplear en comprar más cosas. Aún sigue enfadado con Erhard por lo del Lexus, que acabó destrozado en aquella ocasión, aunque la aseguradora cubrió la mayor parte de los costes.

Erhard bebe agua en la lata. Sabe harinosa y salada.

—No tengo más remedio que bajar a Morro Jable. Busco a un hombre que ha desaparecido. Si puedes, duerme un poco, échate bajo la manta. Traeré algo de comida cuando regrese.

—Eso es una estupidez. Quédate aquí. Habrá otros que puedan encontrarlo. O incluso a lo mejor se encuentra él mismo.

—Nadie más va en su busca. Sólo yo.

Una sombra pasa por el rostro de ella, quizá sea ira, quizá mera indisposición.

—En ese caso, voy contigo —dice ella.

Describe un gran bucle alrededor de Puerto y reposta en el PetroJet de Tiscamanita, a unos pocos kilómetros de la casa de Mónica. Siente el impulso de pasar por allí, de echar un vistazo a su calle, pero eso no lo llevaría a ninguna parte.

Abajo Costa Calma es un caos de autobuses, furgonetas y scooters. Vendedores con coloridos rótulos y sombreros, comerciantes de melones, vehículos de comida ambulante con el pollo ensartado. Un policía dirige el tráfico en torno a un camión pinchado con hombres riñendo. Hay un gran letrero en forma de arco, tensado por encima de la vía: BIENVENIDO A LA MEJOR COPA DEL MUNDO DE WINDSURF.

—Prueba a encogerte todo lo que puedas en el asiento —dice él.

Pasan junto a tres agentes motorizados que, de pie, observan el tráfico mientras hablan por el *walkie-talkie*. Uno de ellos le dedica una mirada al ruidoso Corsa, pero no le hace mayor caso. Al otro lado de Mal Nombre el tráfico está más normalizado, aunque todavía se nota ajeteo en sentido contrario, dirección norte.

Rodean la parte posterior de Morro Jable entre callejuelas. En esta ocasión para en una bocacalle, de manera que si algo sucede pueda elegir el camino que quiere tomar a la hora de salir de la ciudad. Daouda sabe que Erhard irá en busca de Idowu y se le puede ocurrir enviar a sus amigos allí para que vigilen. Sin embargo, la calle está en calma, a excepción de la tienda de ropa, que está sacando los expositores de camisas a la calle haciéndolos rodar con gran estruendo. Y el tatuador se halla sentado en el sofá con sus amigos fuera del taller.

—Vuelvo dentro de un momento —explica él.

Ella sigue pareciendo desazonada. Y no dice nada.

Va directo hacia el patio trasero sin mirar a los tatuadores. Oye que uno de los hombres le dice algo en voz alta, pero no se detiene. Hay aparcadas algunas scooters y un Seat 131 azul claro con la rueda de repuesto colocada. Llama a la puerta.

—Señorita Idowu. —No tiene esperanzas de que ella conteste. Golpea de nuevo. La puerta tiembla al tiempo que el cerrojo cruje.

Echa una mirada en torno al patio. No hay nadie.

Entonces sujeta la puerta y la abre de un empujón.

Es un cuchitril lleno de basura. Una nube de mierda, goma quemada y sudor se retuerce hasta la puerta. Se pone el brazo delante de la nariz para entrar. La puerta se desliza tras él con un sonoro chasquido.

El suelo está cubierto de cartones, periódicos, embalajes. Alguien ha intentado preparar comida sobre una pequeña llama de gas, la sartén ennegrecida descansa en la esquina. De una pared a otra cuelgan trapos sobre una cuerda, nada de ropa, trapos, trapos a todo lo largo, y en todas las direcciones. La mayoría de ellos son blancos, pero muchos están moteados. Los aparta hacia un lado. Contra una pared se apoya una pequeña cómoda con un par de paños a modo de mantel. Sobre ellos hay dos lucecitas, el dibujo de un Jesús negro con un cordero tuerto, una cruz de plata, algunas ramas blancas sin corteza, un coche de juguete. El coche está arrinconado por completo contra la pared, las luces justo a punto de caer por el borde.

Alguien ha atestado el cenicero de colillas. Y detrás del cenicero, detrás de la puerta, hay una pequeña alfombra, una alfombra oriental de unos horribles tonos rojo y marrón. Echa el cerrojo de la puerta y aparta los trapos hacia un lado. Se sienta en el suelo frente al arcón.

—Idowu —dice en voz baja.

No ocurre nada.

Contempla la sencilla cruz que alguna vez debió de colgar de una cadena o de un clavo. Observa el cochecito, un Mercedes quizá.

Entonces se levanta un poquitín la tapa del arcón, sólo lo justo para intuir una rendija negra bajo los trapos.

—Soy amigo de Abdi —dice él—. *I am Abdi's friend.*

La tapa se cierra de nuevo. Entonces oye a alguien llorar de un modo perfectamente audible dentro del arcón.

Retira las cosas de la tapa y la alza con cuidado. En el fondo del arcón yace una chica, hecha un ovillo como una cobaya. Se le ha corrido el maquillaje. Erhard la ayuda a levantarse. No puede mantenerse en pie, sino que ha de permanecer sentada masajeándose los pies mientras habla y habla en inglés.

—¿Abdi te golpeó? ¿Abdi hizo esto? —le pregunta él al tiempo que arranca uno de los trapos de la cuerda y lo pone contra la nariz de ella, que sangra.

Ella vuelve a decir algo que él no comprende. Palabras, unas sobre otras, en inglés, español y algún idioma más.

—¿Dónde está Abdi?

—El hombre agarró a Abdi, *the men onttu Abdi.*

48

Le

Pasan en rojo un cruce con semáforos y atraviesan una franja en obras, de modo que el Corsa cruje, se estremece, y ella está a punto de vomitar.

—¿Hablas francés? —pregunta él.

—No parece muy francesa —dice Le mientras se contorsiona para intentar ver el rostro de la chica. La muchacha se oculta detrás de un paño que sujeta contra la nariz, un rastro de sangre discurre desde la nariz hasta la boca, como si se hubiera lamido la sangre.

—Es de Mali. Sólo sé eso.

—¿Y ahora..., qué vamos a hacer? ¿Cómo se llama?

—Idowu. Estoy buscando a su amigo, Abdi, que ha estado viviendo con ella. Unos hombres se lo han llevado. Y ella se ha escondido para que no la encuentren. No sé nada más, y no entiendo una mierda de lo que dice. ¿Sabes francés?

La muchacha tiene un ojo vidrioso, como si estuviera ciega, el otro, esforzado, es marrón claro. En cada oreja lleva una fila de aros. Su traje es blanco con una especie de diseño entretejido.

—¿Hablas inglés? —pregunta Le.

La chica asiente.

—Sí, sí.

—¿Alguien te ha golpeado?

La muchacha suelta una retahíla que ninguno de ellos entiende. No para, sigue y sigue hasta que se echa a llorar. Oculta la cabeza entre sus finos dedos. En cada uno de ellos lleva anillos baratos, de los que se compran en cualquier puesto callejero. Anillos puntiagudos de color rojo y blanco.

—Está totalmente fuera de sí —dice Le—. ¿Qué demonios ocurre?

Salen a un largo tramo desierto.

—Mi amiga Mónica me ha recomendado a una monja que ayuda a una mujer maliense, Aissata, y ésta me ha pedido ayuda. Su marido, Abdi, ha desaparecido. He investigado en su puesto de trabajo. He hablado con familiares. Ayer me enteré de que él podía estar en casa de la chica, su exnovia.

—¿Exnovia? Pero ¿cuánto puede tener, doce, trece años? ¿Cuántos años tienes?

—*Jenesaniekonesvilosino.*

—Suenan a francés, pésimo francés —dice el padre.

—¿Hablan francés en Mali? —pregunta Le.

—Sí, eso parece.

—¿Y dónde está ahora el novio? ¿La ha pegado él?

—No lo sé. Pero ella se ha escondido en un pequeño arcón, una especie de cómoda que había en el cobertizo. Sólo le ha dado tiempo a decirme que unos hombres se han llevado a Abdi. No he comprendido nada más. Entonces ha venido corriendo hacia mí uno de los tatuadores y ha empezado a chillarme. Le he tenido que dar veinte euros.

—¿Adónde vamos?

—A un lugar donde podremos pensar —dice él—. Y donde hay alguien que sabe francés.

Giran para tomar un camino de grava que hace que el coche brinque y se bambolee. Después de haber rodeado la colina bajan y Le puede ver el agua desde arriba, azul cielo, bañada por el sol. Entre los peñascos hay un par de edificios negros y algunas barcas de madera en el agua. Se dirigen hacia una casa pintada de verde y blanco con una red de pescar envolviendo el tejado. Un par de grandes gaviotas tironean de la red, pero echan a volar cuando el coche frena sobre la grava. Bajo el tejado cuelga un cartel negro que tiene pintada una gran taza blanca de café. Reconoce el sitio, el que visitó junto al siniestro taxista hace algunos días.

—Adentro, adentro —dice el padre.

Ayudan a la muchacha a entrar. Ella se apoya en la barandilla para subir por la escalera. No hay nadie en el café. Él sienta a la chica en una silla y pasa detrás de la barra a por una taza de agua. Ella ingiere el contenido.

En algún lugar se abre y se cierra una puerta. De la cocina sale una señora corriendo. Es la misma que Le había visto a través de la ventana. Saluda al padre. No con un abrazo, le toma la mano, la que tiene cuatro dedos, y la aprieta. Hablan español, en voz baja y deprisa.

—Ésta es Lene, y ésta es Idowu —presenta el padre en inglés. No menciona que es su hija. Ella no acierta a saber si eso le produce alivio o la hierde—. Y ésta es Miza.

Miza mira a Lene.

—La chica necesita comer —observa el padre—. Y más agua.

—Tengo algo de harira —ofrece Miza, que ya ha pasado detrás de la barra, donde se oye un trajín de pucheros.

—Y si puedes hablar un poco con ella, traducir lo que dice... Parece que habla francés, suena a algo así —explica el padre.

Le está mareada, se sienta.

El padre prueba a hablar con la muchacha de nuevo.

—Abdi, ¿dónde está Abdi?

La chica niega con la cabeza.

—*Jenesaiparkilsongfetpurli.*

—Algo así como que ella no sabe lo que ha pasado —aventura Le.

—No sabe qué ha sido de él ni adónde se lo llevaron —especifica Miza, al volver con la

sopa, una sopa densa y roja. También pone en la mesa una taza de café frente al padre.

—*Eat, eat* —dice el padre—. ¿Comprendes todo lo que ella dice?

—Se me da mejor el inglés, pero me apaño —responde Miza—. Aristide era francés, a lo largo de los años me enseñó algo.

La chica toma la sopa. A pesar de que está quemando se llena la boca y sólo se detiene para beber. A Le se le revuelven las tripas.

—¿Y alguno de los amigos de Aristide?

—Ninguno sabe francés, por lo que yo sé —señala Miza.

—¿Y qué hay de la otra chica de Mali, la nueva novia? —pregunta Le—. Podrían hablar entre sí.

—Había pensado en ello, pero no creo que sea buena idea —apunta el padre.

—Si quieres encontrar al hombre... —dice Le, mirando la sangre de la nariz que desciende hasta la sopa de la chica.

—Déjame que intente hablar con ella. —Miza desliza una silla hacia delante y se sienta.

49

Erhard

—Pregúntale dónde está Abdi.

Miza traduce.

La maliense arranca con una extensa respuesta como una taladradora.

—Oh —exclama Miza—. Dice que al hombre, Abdi, se lo llevaron tres hombres, tres voces, le pegaron mucho, lo torturaron y después se lo llevaron.

—¿Quiénes eran los hombres?

—No lo sabe. No conoce las voces. Tampoco sabe lo que le dijeron a Abdi cuando lo apresaron. Hablaban español.

Idowu toquetea los anillos de sus dedos.

—Intenta preguntarle si ha sido él quien le ha dado los anillos —pide Lene.

Miza traduce. La maliense asiente con la cabeza.

—Cuando él visitaba a Idowu le llevaba regalos —explica Miza.

—Pero ¿por qué se lo llevaron? —pregunta Erhard.

—Abdi tenía miedo, se ocultaba de los hombres.

—¿Por qué?

—Dice que lo habían utilizado para hacer algo peligroso, algo malo.

—¿Qué había hecho él?

Miza pregunta, pero no entiende la respuesta de la maliense. Vuelve a preguntarle.

—No comprendo del todo lo que ella quiere decir. Algo sobre gas, han estropeado una máquina.

—¿En el restaurante, donde él trabaja?

Una vez más Miza no comprende la respuesta.

—No es un restaurante, ella lo llama un «juego con dinero».

—Juego con dinero. —Piensa en Daouda y los hombres en torno a la mesa. Jugaban con dinero—. ¿Fue el primo, Daouda, quien se llevó a Abdi?

Él se da cuenta de que la maliense reconoce el nombre.

—No, el primo no —dice Miza—. También él cuida a Abdi. Cuida o busca. No habla un buen francés, esto es realmente difícil.

—Pregúntale si Daouda se llevó a Abdi.

Idowu niega con la cabeza.

—El primo no es bueno. La semana pasada le pegó, la tiró al suelo, cuando él buscaba a Abdi —indica Miza.

—Entonces no ha sido el primo. Pero ¿por qué los hombres iban detrás de Abdi, era su máquina la que él había estropeado?

—No, ellos decían que él tenía que saltar sobre la máquina. Abdi reúne dinero.

—¿Saltar? ¿Qué es lo que dice, destrozar o saltar?

—Ella dice saltar, pero no sé a qué se refiere.

—¿Qué tipo de máquina era? ¿Lo sabe?

—Una máquina de agua. Dice que Abdi se golpeó la cabeza cuando entraba el agua.

Una máquina de agua. Puede que alguna clase de bomba.

—¿Y para qué reúne dinero? ¿Quiere largarse?

La maliense niega con la cabeza.

—¿Para qué reúne dinero?

Miza vuelve a preguntar a Idowu. La maliense sujeta el paño bajo la nariz y mira su mano. Tiene un color rosa.

—¿Son amantes? ¿Es novia de Abdi? —pregunta Lene.

Miza toma la mano de Idowu.

—Es la segunda esposa de Abdi.

—¿Segunda esposa o antigua novia?

—Ella dice que es la segunda esposa.

—¿Qué significa eso? Tiene que querer decir exnovia —intuye Erhard.

—Un hombre bueno tiene dos esposas —dice Miza—. Es una tradición.

Erhard se levanta de la silla.

—Pero ¿cuántos años debe de tener?

—Catorce.

—*Shit* —espeta Lene.

Erhard le lanza una mirada intencionada.

—¿Él ha abandonado a Aissata? —pregunta.

—No, él ama a su primera esposa, la quiere mucho, muchísimo.

—¿Por qué no le ha dicho nada a Aissata? ¿Por qué lo mantiene en secreto?

—La primera esposa está enfadada, no le gusta Idowu. Quiere ser la primera en tener un hijo con Abdi.

Erhard intenta leer en el rostro de Idowu. No parece haber sombra de mentira en sus ojos, a pesar de que no le agrada su ojo derecho, que está muerto, blanco. Unos hombres han ido a buscar a Abdi. ¿Cómo sabían que estaba con ella? No tiene sentido. Se queda mirando el paño que ella tiene. Los trapos del cobertizo.

—¿De dónde proceden esos paños?

Miza fija la vista en Erhard. Entonces ella traduce al tiempo que toca el trapo.

Idowu enseña el trapo.

—De Abdi, trabaja en la cocina, lava tazas.

Erhard despliega el trapo. Es un paño blanco con delicadas líneas azul claro. Un paño como los que cuelgan en casa de Aissata. En el centro aparecen las manchas de sangre de la maliense. En una esquina se ve un bogavante con cartas entre las pinzas.

—¿Trabaja aquí? —Él señala al bogavante.

Idowu asiente.

—¿Trabaja en el casino? —pregunta Erhard.

—Creo que no entiende la palabra —interviene Miza—. Ella dice que trabaja en una cocina.

—Pero, por todos los demonios... —suelta Erhard—. ¿Y qué hay del primo? Pregúntale si ella ha estado con el primo.

—Jodidos prejuicios —dice Lene—. Contrólate un poco.

Erhard no la mira. Sólo mira a Miza.

—Pregúntale, es importante. Tiene que haber un motivo por el que el primo le haya pegado. Si es tradición tener dos esposas, ¿por qué se ha enojado tanto Daouda?

Miza pregunta y traduce.

—El primo creía que Abdi estaba en casa de ella.

—¿Y por qué se enfadó?

—El primo está enojado con Idowu porque es cristiana.

—¿Dónde estaba Abdi cuando el primo pasó por allí?

—Abdi no estaba en casa de ella en ese momento.

—¿Cómo es eso? ¿Cuándo fue Abdi a su casa?

La maliense cuenta. Y enseña seis dedos.

—Él se escondía. Se escondía y además estaba enfermo.

—¿Cómo que enfermo?

—Ella dice que él comió basura porque no tenía comida, nada.

Idowu continúa.

—Y él se había golpeado la cabeza cuando ellos saltaron sobre la máquina.

—¿Por qué no regresó a su propia casa? ¿Sabe ella por qué él no volvió a casa de Aissata?

—No quiere involucrar a la primera esposa. La segunda esposa era secreta.

—Pero ¿no para Aissata?

—No. La primera esposa quiere tener un hijo. Después Abdi podrá estar con la segunda esposa.

—¿Está embarazada Aissata? —pregunta Erhard, y se vuelve hacia la puerta del café, que se ha abierto.

Salma los mira desde el umbral con los brazos alrededor del marco.

—¿A quién tenemos aquí?

Miza se levanta.

—Son amigas de Erhard —dice ella, rodeando la barra.

—¡Qué agradable! —suelta Salma, que va directa al frigorífico para verter vino blanco en una taza—. También podrían parecer dos señoritas que hubiera recogido en Puerto.

Erhard se alegra de que Lene no comprenda el español.

Miza lanza una mirada a Erhard.

—Está borracha.

—Qué narices voy a estar borracha, ya me habría gustado estar borracha.

—Vete fuera, Sal, ve a fumarte tus cigarrillos. Lo siento mucho, Erhard.

—No pasa nada —dice él—. Vámonos —añade, dirigiéndose a Lene.

—¿Qué dice? —pregunta Lene.

—Nada, pero puede complicar las cosas.

Idowu sigue a Lene, quien la toma del brazo para salir de allí y llevarla hasta el coche.

—A veces la odio —asegura Miza, que acompaña a Erhard afuera, hasta la cubierta que hay delante del café.

—Nos marchamos antes de que la cosa se ponga peor. Antes de que ella se entere de algo que luego pueda largar.

—¿Y qué pasa con la muchacha? ¿Qué vais a hacer?

—Ya se nos ocurrirá algo. Te debo la sopa. —Erhard baja por la escalera y camina hacia el coche.

—¿Es cierto? —pregunta Miza desde la puerta.

Levanta la vista hacia ella.

—¿Es tu hija?

Él se limita a asentir.

50

Erhard

Por el espejo retrovisor puede ver a Idowu tumbada en el asiento trasero, como si fuera una niña grande que se ha dormido camino de casa volviendo de un paseo por el parque zoológico.

—Vamos a hacer lo que tú proponías —dice él.

—Sí —asiente Lene. Parece agotada. En su propio mundo.

—La dejamos en casa de Aissata. A ver qué pasa. Seguro que quedan en tablas. O si no la otra la mata.

—¿Por qué hacemos eso entonces?

—Estoy harto de las mentiras de Aissata. Ha mentido desde el principio. Y no había contado con que estuviera embarazada.

—A lo mejor miente Idowu —sugiere Lene.

—Podrían ser hermanas —señala Erhard—. Excepto por la religión. Pero si el hombre puede vivir con dos religiones, ellas tendrán que poder también.

Durante un tramo de la autovía lleva detrás un jeep gris que va muy pegado a él, si se queda rezagado vuelve a acelerar para darle alcance. En la rotonda sale hacia Bethencourt, el otro continúa recto. Baján por la calle Virgen de la Peña, para frente al zapatero. No debería aparcar justo delante de la vivienda, pero no hay tiempo para otra cosa; además, Idowu no puede andar demasiado.

—Vengo enseguida —dice él, y cierra la puerta del coche. Al subir mira bajo el jarrón con las tres narices, pero no hay nada.

Aissata abre antes de que él llame.

—La he visto, la he visto en tu coche. ¿Qué haces aquí con ella?

—Entra —ordena él mientras penetra en el piso—. Nunca me has hablado de ella. Si lo hubieras hecho, a lo mejor habríamos encontrado a Abdi. Ahora se lo han llevado unos hombres y no sabemos ni quiénes son ni dónde están.

Ella lo mira.

—La oscura no puede estar en mi casa. No quiero.

—Es una niña. Podrías ser su hermana.

—No es santa —suelta ella, y la llama «bruja». Una *bobo*.

—No me importa lo que sea. Es igual que tú, Aissata. Ni una puñeta mejor ni peor.

Era la mayor ofensa que ella podía imaginar. Si hubiera podido escupir, lo habría hecho.

—No has hecho otra cosa que mentirme. No me contaste que Abdi tenía una segunda esposa o como demonios lo llaméis. No me dijiste que estás embarazada. Y tampoco me explicaste que Abdi trabaja en el casino.

—¿Ha dicho ella eso? ¿Que es segunda esposa? ¿Que estoy embarazada? —Parece como si Aissata fuera a bajar corriendo directamente a desollar a Idowu.

—Va a vivir aquí. O en la vivienda de al lado. Eso lo decides tú. Así va a ser si es que quieres volver a ver a tu marido. Es una niña. La he encontrado en un arcón, una caja, donde se escondía de los hombres que tienen a Abdi.

—Encuentra a mi marido. No a otros.

—Es lo que hago.

—Y ella no tiene que estar en mi casa.

—Entonces déjala que viva en la de al lado.

Se hunde sobre el colchón que hay en el suelo. Comparada con el cobertizo de Idowu ésta parece una vivienda confortable.

—¿Por qué no me dijiste que Abdi trabajaba en el casino?

—Él es musulmán, es *griot*, no tocará *maisir*, no arrojará dinero.

—Sólo trabajaba allí. —Erhard busca con la mirada los paños que vio la última vez que estuvo aquí. Un trapo blanco descansa sobre una caja de cartón, pero es de otro tipo—. Abdi traía a casa paños del trabajo. Los he visto. Fuera, ahí detrás. Colgaban del tendedero. Son del casino.

—Tú eres error. Abdi no hará *maisir*. Nunca.

Erhard contempla su nariz afilada y el rostro entre los bordes del pañuelo.

—Ven aquí, vamos —ordena él. Sale del piso, atraviesa el descansillo y entra por la puerta. La oye protestar. Él abre la puerta del servicio con brusquedad y señala hacia fuera por el hueco de la ventilación. Los trapos blancos siguen colgados—. Ahí. Los paños del casino. Y deja de decir que no puede ser. Porque es así.

Ella permanece rígida detrás. Él baja la vista a la alfombra donde un anciano está sentado con un pañuelo azul en torno al cuello y parte de la cabeza mientras bebe té y lee un periódico.

—Ehh —exclama el hombre y pone una mano junto a la oreja.

Aissata dice algo al hombre. Él mira con fijeza a Erhard; o es ciego o no se deja impresionar por nada. Después vuelve a mirar el periódico.

Erhard regresa al piso.

—Mi tío Yaya —explica ella, tras cerrar las puertas—. Ahora tiene que estar enfadado. Le he contado que eres de la tienda de abajo. —Ella enseña sus feos dientes.

—He estado tan cerca de encontrar a Abdi, tan cerca... Si me hubieras hablado de Idowu desde el principio, esto se habría acabado.

Ella mira hacia la calle por una rendija de la cortina.

—Él me promete que no estará con ella. Somos marido y esposa bajo Al-jaami.

—Éste es el momento de que me cuentes si sabes algo más.

—No tengo ningún saber.

—Ahora la voy a traer.

Él cruza la calle. Idowu no tiene la más mínima posibilidad de saber qué va a pasar, sin embargo, parece inquieta y dócil como un prisionero que se ha rendido. Ya está acostumbrada a este tipo de cosas. Que la lleven de aquí allá, que la empujen hacia otro sitio, le den un empujón para dejarla en una esquina o para que suba por una escalera. Lene está a punto de salir del coche, pero él le hace señas con la mano para que se vuelva a sentar.

—Deja de hacerme gestitos —dice ella.

—Quédate aquí vigilando por si viene alguien.

Lene mira calle abajo.

—Pitaré si ocurre algo.

Aissata ha cerrado su puerta. Erhard empuja la puerta de la otra vivienda, se abre y le pide a Idowu que se siente sobre la alfombra junto al tío.

—Dale un poco de té —pide Erhard al tío, que no puede evitar lanzarle una mirada como si se tratara de un incidente gracioso en una biblioteca pública. Toma dos vasitos y vierte en ellos el té negro.

Aissata entra en la habitación sin mirar a Idowu y habla enojada a su tío.

—¿Tu tío podría traducir? —pregunta Erhard.

—Entiende español, pero no lo habla —explica Aissata. Un suave olor a sudor se escapa de sus vestiduras negras.

—Entonces deberías hacerlo tú —dice Erhard—. Traduce todo lo que ella diga.

Aissata se sienta apoyada en la pared al otro extremo del pequeño cuarto. Erhard es incapaz de determinar si las dos mujeres, las dos niñas, se miran. Durante un instante se oyen los coches bajando la calle, un gato que maúlla, una mosca. Pero ningún pitido.

—Pregúntale por qué esos hombres se llevaron a Abdi.

Aissata permanece callada. Idowu, sentada, mira hacia el suelo. Ella es la pequeña, no hay la menor duda.

—Pregúntale.

Aissata le hace la pregunta. Un idioma saltarín, que retumba y se genera a la altura de los labios.

Idowu responde.

—¿Qué dice? —quiere saber Erhard.

—Abdi necesitaba dinero.

—¿Qué dinero es ése? ¿Para qué lo quería Abdi?

—Para su primera esposa. Para mí —apunta Aissata.

—¿Eso lo dices tú o lo dice Idowu?

Aissata señala a Idowu.

—¿Para qué necesitaba el dinero? —Erhard mira a Idowu mientras Aissata le pregunta.

—Abdi ama a su primera esposa, él quiere darle un hijo.

—Entonces ¿era porque tú estás embarazada? —le dice a Aissata. Ella niega con la cabeza—.

¿Has estado embarazada? —inquiere Erhard. Tiene en la mente la clínica, a Abdi plantado durante semanas delante de la clínica, quizá planificaba un aborto. Pero se calla.

El tío intenta seguir la conversación. Como si ella tuviera frío, le ha puesto una mantita sobre los hombros a Idowu, que está sentada con el vasito de té.

—¿En qué iba a emplear el dinero? —pregunta Erhard una vez más.

Aissata tiene lágrimas en los ojos.

—No lo sé. Yo no sé lo que quiere decir *bobo*, no estoy embarazada, no puedo ser embarazada. Somos marido y mujer bajo Al-jaami.

—¿Quieres pedirle a tu tío que vaya al otro lado durante cinco minutos? Sólo cinco minutos.

El tío ya lo ha comprendido. Se levanta para salir al descansillo y entrar en el otro piso.

—¿Qué es lo que no me cuentas? —inquire Erhard—. Cuéntamelo.

—Hemos intentado. Él quiere pero yo no puedo —dice Aissata.

—No quieres sexo.

Se enoja. A lo mejor por el término.

—No puedo tener un hijo, estoy vacía.

—¿Quieres decir que aún eres púber? —Erhard no se siente muy capacitado para este tipo de conversación. Le gustaría que Lene los hubiera acompañado. Reflexiona sobre si ir a buscarla.

—La voluntad de Dios. Es lo único.

Erhard empieza a alterarse.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con los hombres y todo lo demás? ¿Lo sabes? ¿Por qué necesita dinero? ¿Para una nueva casa?

Aissata no tiene respuesta.

—Pregúntale cómo lo encontraron los hombres, cómo sabían que Abdi estaba en casa de Idowu.

Aissata traduce.

—Dice que fue mala suerte. Dice que ellos volvieron poco después de que tú llamaras a la casa ayer.

—¿Cómo es eso? —quiere saber Erhard.

—Es lo que dice. Que tú llamaste ayer, primero Abdi no quiso abrir. Él miró, pero tú no estabas. Poco después, un cuarto de hora después, vinieron los hombres.

—¿Y qué pasó entonces?

Idowu no llora pero su boca está contraída, la vista baja.

—Abdi le pidió entrar en la caja.

—Los hombres no la descubrieron. Y entonces ¿ella se quedó ahí tumbada? ¿Se quedó dentro de la caja?

Aissata traduce.

Idowu asiente levemente. El ojo blanco impulsa una lágrima casi blanca, corre por la mejilla y desaparece en el trapo, que la torna negra.

51

Erhard

No se atreve a decírselo claramente a Lene, pero teme que Abdi ya esté muerto. Comprueba el espejo retrovisor a cada minuto. Lleva viendo todo el tiempo un coche detrás de él, pero de pronto desaparece y otro lo reemplaza.

El sol va camino de ocultarse, es hermoso cuanto más se fija uno, si se está muy cansado o no ha dormido.

—Pero, joder, ¿no vamos a poder fumarnos ni un porro? —pregunta Lene.

Él siente ganas de reír. Pero no lo hace.

—Conozco un restaurante por la zona del aeropuerto. Tienen buena comida y barata. Y el cocinero siempre fuma porros.

—¿Nos lo podemos permitir? —inquire ella.

—Tengo veintitrés euros. Pero quizá pueda dejarle a deber.

Ella baja la ventanilla para escupir.

—Esto es demasiado grande —asegura Erhard—. Nunca habría aceptado el trabajo si hubiera sabido adónde conducía.

—¿No es siempre así?

—Puede ser —dice simplemente.

—¿Por qué no dejárselo a otros? ¿Periodistas?

—No les gusta escribir acerca de ese tipo de cosas. Y a la gente no le gusta leer sobre ello. Y entre tanto él ya está muerto. O peor aún, lo envían de regreso a Mali.

—¿Cómo se puede llegar tan lejos por esa gente? No es por dinero. A ti te acaban de echar de tu casa. Vives en una jodida montaña. Es otra cosa.

A lo mejor ella tiene razón. Quizá no se trate de ayudar. Puede que la cuestión radique únicamente en difundir el hedor de la mala conciencia a través del sistema.

Una vez que cruzan Puerto y salen a Playa Blanca, continúan paralelos al aeropuerto. Ninguno de los dos dice nada mientras los rayos de sol atraviesan el coche, entonces ella baja el polvoriento parasol del Corsa. Él se desvía por largos caminos rectos, hasta que se detiene en un desgastado aparcamiento junto a una casa azul. Apaga el motor.

—Y, lo creas o no, es comida africana —apunta él.

Entran en el restaurante y reciben una punzada de calor. Sólo un par de gruesas velas iluminan las mesas atestadas de comida. Se percibe un sonido compacto de personas sentadas en taburetes y bancos a lo largo de las paredes.

Erhard le grita a uno de los camareros, que mira por encima de la barra. Se saludan y hablan un instante con las cabezas juntas. Al final, Erhard consigue un papel enrollado y se lo da a Lene.

—No entiendo —dice ella, echando un breve vistazo a la carta—. Pide lo que quieras.

Erhard señala un agujero en la pared por el que se puede ver la cocina. Un cocinero negro con el pelo sujeto por gomas está friendo algo parecido a una larga salchicha o puede que una anguila.

—Le he preguntado si tienen algún compañero que haya trabajado en el casino —explica Erhard—. Me ha contestado que han tenido alguno. Entonces he inquirido si han oído hablar de un cocinero ilegal que ha desaparecido. De eso no sabe nada, pero me ha dicho que hay rumores de que un gran barco contrata inmigrantes sin papeles para llevarlos por mar a España.

—¿Y Abdi podría estar en ese barco?

—No lo creo. Pero esa clase de rumores son siempre interesantes.

Un extraño trueno sacude la casa, un bramido y tableteo. Todas las mesas, la comida y las luces brincan mientras los clientes comienzan a reír y a festejarlo. El sonido de un avión retumba sobre ellos para desaparecer con un grito sofocado. Ya pasó.

—Alquiler barato y un toque de ambiente internacional —dice Erhard—. Entonces me cuenta que la policía ha descubierto en los últimos meses a muchos de sus trabajadores, que han sido enviados de regreso a casa.

—¿Es el propietario? Parece DJ Premier de niño.

Erhard no tiene ni idea.

—Tiene veintitantos. Puso en marcha Casa Negra cuando tenía diecisiete. Se desloman para ganarse el pan. Vengo aquí de vez en cuando. Nunca lo he visto sentarse ni estar parado.

El camarero los lleva a la cocina, donde Erhard saluda al cocinero. Les tienen preparada una bolsa con pan y un gigantesco envoltorio de papel de aluminio. Le la sostiene, es pesada y está caliente. El cocinero les muestra la salida por la puerta trasera, donde se sienta un tipo larguirucho que lleva puesto un gorro tricotado. Deja un porro sobre la comida de Le. Rodean la casa para regresar al coche.

Un avión más echa a volar por encima de la casa para penetrar en la bruma vespertina.

Durante el viaje ella enciende el porro.

Hace muchos años que Erhard no prueba el tabaco. El sabor es terrible, aunque pincha la boca de modo divertido. Él le cuenta acerca de las montañas, de la teoría de algún científico acerca de una lluvia de estrellas hace cuatro mil años antes de nuestra era. Acerca de cómo surgieron singulares animales y plantas en la isla. No tiene ni idea de si escucha. Ella fuma el porro como si lo hubiera estado esperando todo el día. Le habla de los primeros majoreros, que gobernaban los vientos desde la cumbre de las montañas mientras sus cabras tenían permiso para vivir en las llanuras, verdes por aquel entonces gracias a las plantas silvestres, tan verdes que los primeros europeos llamaron a la isla Flor de África, pues pensaban que la isla formaba parte del continente africano. Pero cuando españoles y portugueses se disputaron las islas, los majoreros

sufrieron las consecuencias. Las cabras fueron dejadas a su libre albedrío. Y devoraron hasta hartarse, mientras que la isla se tornó árida y severa.

Entre montañas atraviesan un pueblo plano de tapias bajas. Erhard frena el coche, da marcha atrás y gira para subir por un camino estrecho. Para bajo un árbol. Apaga el motor.

—Se me ha ocurrido algo. Tengo que hablar con un tipo. Quédate aquí.

—Cuéntame de quién se trata —dice Lene.

—El forense de la isla. Un hombre atroz, endemoniado. Tardo dos minutos. —Deja la puerta abierta y dobla la esquina.

52

Le

Sobre ella crepitan las hojas secas de los árboles. Algunos caballos o mulos charlan en algún lugar cercano. Y entonces él regresa.

—Sí que han sido sólo dos minutos —dice ella.

—Le he dado un mensaje a Adela, su esposa.

—¿Qué le has dicho? ¿Te debe dinero?

—Me debe servicios. Le he pedido que vigilara a un hombre de Mali.

—¿Cómo?

—Forense. Se entera si alguien muere.

—Pero, entonces, ¿es que está muerto? ¿No quieres encontrarlo antes de que suceda?

—Tengo la sensación de que ya ha sucedido. —Coge el porro, lo fuma y expulsa el humo—.

No sabe bien —le dice, devolviéndoselo a ella. Arranca el automóvil y sale de nuevo a la carretera.

—La policía me persigue porque traté de conseguir unas inocentes pastillas y luego llega mi padre y me compra un jodido canuto.

—No son totalmente inocentes.

—En Estados Unidos son legales, es sólo en Europa donde tenemos una legislación tan ridícula.

—Suena como si lo hubieras dicho antes.

—No soy una drogadicta, si es lo que piensas.

—Pero estás enganchada a las pastillas.

—En este momento me gustaría contestarte que no eres mi padre, pero sería mentira.

—Incluso si no fuera tu padre, que lo soy, pensaría lo mismo.

—No sabes lo que es tener migrañas. Después de mis operaciones, ha sido terrible. Tengo la sensación como si alguien hubiera plantado una semilla dentro de mi cerebro. Y cruje mientras crece.

—¿Tienes dolores ahora? ¿Te duele?

—Esto ayuda. —Expulsa humo—. Pero todo ha sido dolor. Dentro de mi cabeza. —Ella aspira, y el brillo del porro se vuelve rojo y ancho.

—Vamos a intentar aparcar en otro lugar hoy —dice—. Hay un pequeño sendero que lleva hasta el refugio de pastores. Si el cochecito puede aguantarlo.

Gira tras una gran granja. El Corsa hace lo que puede. El sendero está plagado de agujeros. Animales pequeños y grandes huyen delante del cono de luz. Activa el limpiaparabrisas para quitar los restos de un insecto, pero lo empeora aún más. No hay agua en el depósito.

Van ascendiendo hacia el refugio envueltos por el pardo crepúsculo. Tienen la costa detrás de ellos, y ella puede sentir el paisaje, la insinuación de una ciudad, los puntos vigilantes del cielo como ojos.

Erhard

Erhard se siente colocado y extrañamente nervioso. Como si algo malo lo esperara. O los esperara.

Laurel yace aún en la carretilla.

—Vamos a hacer un poco de fuego —dice él mientras derriba el refugio de pastores.

Construye una pequeña y afilada hoguera entre las piedras. Prende fuego a los periódicos y restos del taburete. Las llamas calientan sus manos, el humo desprende un olor fresco y mojado. Sentada sobre las piedras, ella desaparece en el humo, sostiene las manos frente a las llamas.

Ella abre el papel de aluminio que envuelve la comida. Hay un pan de arroz denso y húmedo con un suave gusto a plátano. Un diluido aliño de yogur a la menta. Un plato de arroz con cordero y judías en una salsa que parecen gachas con olor a canela y lima. Y por último el plato fuerte, pescado con mango fresco, pasas y algo que recuerda a las patatas pero más dulce y rojizo. No hay cubiertos, así que usan los dedos para pescarlo todo con el pan.

Después, él pone a cocer al fuego una cazuela con un poco de agua. Hace un café fuerte. Con coñac. Para los dos. Despelleja cada vez más el cobertizo de pastor, varios de los trozos son tan grandes que parece que van a apagar las llamas, pero las llamas no hacen sino crecer. La anaranjada luz de la hoguera se contonea en la oscuridad.

—¿Puedes verme? —pregunta ella.

Él se limita a asentir.

La puede ver. Es Lene, es Annette a esta luz.

—Siempre es el padre el que se larga —dice ella—. Es cosa de hombres. Alejarse de sus hijos. ¿Lo sabías, pensaste sobre ello en ese momento? Las madres no se van. Se quedan. Por más que la situación sea terrible. Se quedan. Como los capitanes de los buques agujereados.

Él menea la cabeza. Tiene ganas de decir que también hay madres que desaparecen. Pero da igual. Sabe que no puede evitar lo que ya es imparable.

—Por eso, los hijos se ponen en camino. Parten en busca del padre. Llaman a la puerta y dicen: «Aquí estoy, papá, soy tu hija». Entonces se abrazan con las manos alrededor del cuello y apoyan la cabeza sobre el hombro del otro. «Te he echado tanto de menos, papá; te quiero, papá.» Y también: «Mi hija, mi preciosa, mi querida hija. ¿Cómo pude marcharme de tu lado?

Me arrepiento tanto... Me arrepiento de todo, ¿me perdonas?». Eso es lo que dicen. Se me saltan las lágrimas cuando veo esos programas. Todos moquean. Tú no los has visto. Los echan continuamente en la televisión. A todos les gustan. Por esa razón yo tenía que salir ahí. Pero ¿qué sucede si ése no es el caso? ¿Qué pasa si el padre no quiere que lo encuentren y la hija lo odia? Y así es preferible.

—Puede que sea mejor así —dice él. Sin atreverse a añadir ninguna otra cosa. Se siente como si lo hubieran llevado ante el director, un recuerdo de la niñez tan lejano que no sabe siquiera si sucedió.

Ella deja que las lágrimas inunden sus ojos. No hace nada por impedirlo. Y tocan las llamas entre largos sonidos silbantes.

—No se puede perdonar lo que yo he hecho, lo sé muy bien.

—Se puede. Pero yo no quiero. No quiero perdonar.

Siente impulsos de contárselo todo. Contarle lo que ocurrió. Aquella tarde, aquella noche. Lo que sucedió durante meses, y años antes. Remontarse hasta lo de Morten. De cómo empleaba él las noches con el presidente del consejo estudiantil, con sus pantaloncitos cortos, y lo caliente que estaba. Ella es lo bastante mayor como para escucharlo. Pero no es capaz ni mucho menos. No podría contárselo a nadie. Ni siquiera a sí mismo. Una explicación no mejoraría las cosas, lo empeoraría todo.

—Yo te entiendo muy bien —afirma él. Y lo dice de verdad.

—Tú no entiendes una mierda. No te voy a perdonar. Eso es lo que me ha permitido hacerme a mí misma. Lo que me ha mantenido en la brecha. Lo que me ha dado la energía. Mi carrera, mi nombre, mi jodida cara, se han configurado a partir de esa vivencia. Mi música surge de ahí. Lo noté pocas semanas después de que te fueras. Se me ocurrió que podía hacer justo lo que me diera la gana. Una noche bajé trepando por la ventana y caminé por la calle peatonal, mortecina a las tres de la madrugada. Hice añicos los cristales de todas las tiendas y volví a mi cama. Bajo el edredón me sentía fuerte. Sentía que había sido yo la que te había hecho marchar, para poder ser libre.

—No, eso no tiene nada que ver —afirma él—. No fue ésa la cuestión.

—Así lo era para mí. Tienes que saber la verdad.

—No necesitas hacerlo.

—Joder, no es por ti por quien lo hago, sino por mí. Y te lo digo porque me vuelvo a casa. No regresaré jamás a esta isla, no volveremos a vernos nunca más. Lo que voy a contarte morirá contigo, no le hablaré a nadie de esto otra vez.

—Si eso alivia tu corazón... —dice él, notando que le arde la piel.

—Pero sobre todo te lo cuento para que sientas el peso que supone echar de menos. Para que atisbes mínimamente lo que un ser humano, una muchacha, un pequeño hace consigo mismo cuando echa en falta a su padre.

Le entran ganas de taparse los oídos, pero no puede hacerlo; sólo le queda, como al trozo de madera bajo el peso de algún otro trozo más sólido, hundirse y dejar que el fuego lo devore.

—Cuéntamelo todo —propone él—. Después quemaremos la cabra.

Ella habla y habla para hacerle parpadear, ve crecer sus ojos, cada vaso sanguíneo estalla. Ella lo abrumba, le llama todo lo que se le ocurre. Palabras de aquel tiempo. Cabrón. Psicótico. Palabras que ella nunca antes ha utilizado. Le escupe. Todas las horas que ella ha desperdiciado para desear que él regresase. Y ahora, cuando lo ve, no merece la pena dedicarle ni un solo pensamiento, ni un solo minuto. Él se hunde, se da por vencido sin que la cara cambie, sin cerrar los ojos. Por fin, ella no tiene nada más que decir. Casi nada más que decir.

Ella extiende el colgante hacia él.

—Dime que mamá mintió —pide ella—. Dime que no has hecho las cosas que explica. Dime que eras un buen padre, dime que eres una persona, no un maldito cerdo, como asegura mamá; estoy muy cansada de oírsele decir, pero tiene toda la puta razón. Intenté recordarte sin odiarte, notarte sin sentir náuseas. Y cada vez que veía esto. ¿Sabes por qué?

Él mira la joya. La palpa entre los dedos.

Ella mira su mano.

—Es tan jodidamente estúpido... Esa noche. Cuando te fuiste. Es como si esa noche nunca hubiera terminado, parece como si todavía estuviera sucediendo, nunca he estado en otro lugar, nunca he pensado en otra cosa, la peor lista de reproducción del mundo en modo repetición. Pero tú, tú has seguido, has empezado de nuevo.

Él suelta el collar.

—Annette tiene razón. Ningún padre, ninguna buena persona se aleja de su familia. ¿Ya has terminado?

—¡Ojalá hubiese terminado! ¿Quién diablos crees que tuvo que limpiar cuando te largaste? ¿Quién crees que lavó las sábanas mientras mamá lloraba en el salón? ¿Quién crees que tiró el martillo en el lago? ¿Quién crees que fue, quién crees? Así que, por Dios, di algo, hombre estúpido y mudo.

—No puedo. No sé qué decir. ¿Qué se puede decir en realidad? No hay nada que decir, queda todo por decir.

—Sólo di algo. Di cualquier cosa o te tiro al fuego. —Ella lo agarra de los hombros. Sus grandes manos contra su cuello nervudo. Un pollo en la mano de un carnicero.

—Pensé. Pensé que no significaba nada. Pensé que daba igual que me hubiera ido. Me imaginaba que no os habíais dado cuenta de que había desaparecido. Me imaginaba que todo estaba mejor sin mí.

—Eres mi padre, ¿cómo demonios puedes creer algo así?

—Porque soy una mala persona. Si tu madre no te lo ha dicho en estos veinte años, lo diré yo mismo. Y no tienes por qué perdonarme.

Ella lo suelta con un empujón; él se tambalea hacia delante y se levanta.

—Lo peor no es que no puedas perdonar. Lo peor es descubrir cuánto te pareces a quien odias. —Ella escupe en el fuego—. Ahora he terminado.

—Pero no la golpeé. Si eso es lo que ella dice. No le pegué.

Las llamas se han levantado como un arbusto crepitante entre ellos, se estiran y se extienden hacia ella.

El padre se inclina sobre la cabra. Lo que queda de ella. Le susurra.

Ella nota que los ojos del padre están vidriosos y se humedecen. Hace todo lo que puede para mantenerlos bien lejos.

—Que arda el maldito animal, que arda, así tiene que ser —dice ella.

El padre mira fijamente al fuego.

Luego empuja la carretilla hacia delante y tira de las asas, pero no se levanta. Se ha vuelto demasiado pesado o él está demasiado débil, desfallecido.

—¿Me ayudas? Ayúdame, Lene.

Ella está sentada, inmóvil, mirando cómo mantiene el equilibrio y empuja la carretilla hacia la piedra. Luego se levanta y toma uno de los mangos. Lanzan al animal sobre las llamas. Suenan un golpe y un silbido, los últimos restos del espíritu del animal salpican la montaña, luego crepita, luego borbotea, como si el fuego amara la piel, como si el fuego amara la grasa y la sangre y los huesos y las cabras.

—Vaya con Dios —dice el padre.

Ella libera sus pensamientos y los permite entrar. Ve al padre de pie, flaco y asqueroso, el fuego lo tiñe de marrón, como una frágil figura de arcilla. La hoguera la empuja hacia arriba, la hace calmarse, ve su propio cuerpo borboteando, el cuerpo carnoso que está cosido de arriba abajo, deshaciéndose, la silicona arde detrás de los pezones. Ve todo esto desde arriba y desde abajo. La hoguera es un agujero, la hoguera es una cara, la hoguera es un punto.

Segunda
parte

Domingo

Está en calzoncillos. El último par que tiene.

En cierto momento de la noche, el calor era tan intenso, el humo se le incrustaba de tal modo en los pulmones, que se alejó bajando por la ladera de la montaña. Trepó aquí y allá en busca de un lugar donde sentarse. Su intención era regresar arriba tan pronto como el rostro, el cuerpo y la cabeza volvieran al estado sólido. Se había tumbado dejando que el hambre y la noche pasaran, y, sonámbulo, fue a acurrucarse en un hueco entre dos rocas planas, igual que bajo una manta. Ahora tiene frío y repta para subir hasta el sendero.

Aún sale humo de la hoguera. Los restos de *Laurel*, el colosal animal, parecen una choza de tepe arrasado, humea y bufa. La madera del refugio se ha convertido en polvo blancuzco. Muy cerca de las brasas ve *La caída de Orfeo*, con una esquina quemada, lo empuja con el pie para sacarlo de la hoguera y lo recoge. Sus pantalones cuelgan de la carretilla junto al fuego, su camiseta no sabe ni dónde está.

Lene se ha ido.

Se podría pensar que la pena procede de las cosas que ocurren. Que los sucesos se transforman en dolor, que la pena es la herida de la mente. La pena es una ausencia. Una esperanza decepcionada de algo que pudo haber sido y no fue. Todo lo que no sucedió, todo lo que se echa en falta, eso es lo peor.

No había vuelto a pensar en ello desde 1995. En realidad, no había pensado en nada especialmente desde 1995. Durante el primer semestre en la isla no pensaba en otra cosa. Comía medusas luna y pensaba en las chicas, allá en casa. Pensaba en Morten. Lo llamaban Morten. Lo habían llamado Morten en dos ocasiones. Aparte de eso, no lo llamaron de ningún modo. Ni hablaron de él. El niño que pudo haber sido. La vida que pudo haber sido. La pena era real, pero surgía como algo místico a partir de cosas que no eran. Recuerdos que él no tenía.

Sobre la manta donde Lene ha dormido se halla la camiseta de él doblada. La ha usado de almohada. Se encarama a los pantalones cortos y nota una ligereza inusual en el bolsillo lateral. Se ha llevado las llaves del coche y ha conducido ella misma hasta el aeropuerto. Probablemente dejará el Corsa aparcado en una zona prohibida, justo delante de la entrada principal, con las puertas abiertas y las llaves en el contacto. Tira de la camiseta para pasarla por la cabeza y encaja

los pies en los zapatos. Cruza la loma, la agotadora bajada en un tiempo récord a través de la Puerta de Lezcano y por la montaña. Hasta casa, para continuar por el camino que lleva a Guzmán.

Intenta correr, pero le duele la rodilla.

La tienda está abierta, el tendero, sin embargo, no acude hasta que Erhard lo llama. Tiene el aspecto de alguien que viniera directo del servicio o de una convalecencia, el rostro amarillento y desorientado como un gato enfermo.

Erhard saca del almacén el BMW de Ponduel y sale al caminito de Alejandro. El coche es de 2009 o 2010 pero huele a nuevo. Los asientos en cuero beige, la palanca de cambio parece marfil. No le extrañaría que Ponduel adquiriera este tipo de cosas de forma ilegal y lo montara después él mismo. A Erhard nunca le han apasionado los BMW, pero éste es un V8, que se muestra agresivo y con control sobre la grava. Debería ir por el otro lado, alejándose de Corralejo, y sin embargo es preciso que llegue al aeropuerto lo más rápido posible para recoger el Corsa antes de que lo descubra la policía o se lo lleven las autoridades del aeropuerto. Ha entrado en la curva buena y pasa por el lugar donde suele alimentar a las cabras. Unos cien metros dentro del pedregal ve a *Hardy* brujuleando como si esperara compañía o comida. Traquetea hasta salir del camino y se dirige hacia el oeste de la ciudad, a través de Tres Islas, para salir a la FV-101. Trastea un poco con la emisora del taxi de Ponduel y por fin logra encenderla, así puede estar al tanto de la actividad matinal. Los domingos siempre son tranquilos, pero hoy es distinto, el último día de los campeonatos de surf, porque los espectadores se agolparán para ver las finales. Alguno que otro pregunta si se sabe algo nuevo de Múñez. Se oye dos veces clic. Confirmando. La central llama a varios taxis para que acudan a Costa Calma. Ana, una conductora, dice que no hay buen viento, que los surfistas esperan sentados en lo alto de la loma con los trajes puestos.

Atraviesa las rotondas en el área del aeropuerto y continúa hasta entrar en la zona de aparcamiento, pero sin acercarse a las paradas de taxis. Encuentra un sitio donde no hay coches ni gente en los alrededores. Los tejadillos situados en postes arrojan sombra. Si mira bajo los tejadillos en dirección a la entrada del aeropuerto, debería localizar el Corsa. Pero frente a la entrada sólo hay un par de taxis lentos y un autobús con jóvenes. Deja que la mirada recorra esa área, a lo largo de las filas de carritos de equipajes y de los pasajeros que esperan. Hay un vigilante armado por la parte interior de las puertas giratorias. Y algo que podría ser un coche de la Guardia Civil está parado con una puerta abierta. Asoma un pie y una mano sosteniendo un cigarrillo.

Apaga el motor, se echa hacia atrás en el asiento y sube el volumen de la emisora. Jean Boulard.

Oye el nombre tres veces antes de caer en la cuenta. Hablan del maestro de baile. Varios han leído sobre él en el periódico. «Múñez lo presencié», dice uno. «¿Se sabe algo más? ¿Dónde está Múñez?» «Libra. Múñez lo vio todo», dice otro. «Dejad ya las habladurías, comprad un periódico», se oye sugerir a una de las chicas de la central. «Se llevó su merecido», señala uno en voz baja. Un coche para Costa Calma. Dos clics.

Erhard siente una punzada de mala conciencia.

Se da una vuelta por la zona de aparcamiento. Recorre las filas de coches de arriba abajo. Entonces, sus ojos se detienen en el Corsa rojo. Se encuentra tras un enorme anuncio de Oasis Park. La puerta del coche permanece abierta. Mira en el interior. Las llaves aún están puestas. Ella ha corrido directamente del coche al avión. Se lleva las llaves y cierra la puerta.

El reloj delante de la puerta principal muestra las 11.18. En todo caso, ella tiene que haber partido ya. Haberse marchado. Curioso, cómo alivio y pena pueden sentirse como la misma cálida vibración entre el estómago y la entrepierna. Mira de un lado al otro, del coche de la Guardia Civil al Corsa. Todo está tranquilo. Se diría que demasiado tranquilo. Sale al exterior y se dirige a la entrada.

56

Le

Le busca la parte más apartada del aparcamiento y se detiene a la sombra de un anuncio. Hace ya un calor incómodo, casi insoportable. Apaga el motor y mira hacia la entrada. Justo en ese momento llegan autobuses y taxis con familias equipadas con un revoltijo de cochecitos, globos, padres en sandalias y maletitas verdes con la tortuga de la televisión.

Un vehículo con sirena pasa por la autopista. El sonido hace que mire a su alrededor y se hunda en el asiento, pero no sucede nada.

Después de más de media hora, pasa un taxi frente a la entrada. Un automóvil negro se desliza por delante de él a baja velocidad, pero Le puede ver a través de las ventanillas el cabello rubio de Vic y sus caras gafas de sol. El taxi aparca a un lado. Magne sale y comienza a arrojar los bultos a un carrito mientras el taxista permanece junto al maletero como si el portón fuese a bajarse de golpe si se alejase. Vic está aún dentro del taxi.

Le sale del Corsa. Se apresura hacia el edificio por detrás de un jeep y dos motocicletas. Vic ha salido del taxi, está hablando por teléfono, da vueltas delante de la puerta giratoria. Le va preparando lo que dirá, cómo se disculpará por todo, barriéndolo como si hubiese sido una experiencia divertida. Sabe que es probable que no pueda volver a congraciarse con Vic. No le importa. Con tal de poder partir en ese avión, le da lo mismo. En cuanto esté en casa, no volverá a ver a la productora.

Rodea un autobús. No hay ni siquiera veinte metros hasta Magne, que está de espaldas, y Vic, que está pagando el taxi. Se siente casi aliviada. Dentro de nada se habrá acabado.

Un hombre se acerca a Le. Un hombretón. De tripa redonda y redondo de hombros.

—Lene Burner —dice en inglés—. Estoy aquí para ayudarte.

Ella le lanza una mirada rápida. Tiene la boca torcida.

—¿Quién eres tú?

—Ayudo a tus amigos a sacarte del país. Pero no puedes cruzar el aeropuerto. La policía lo vigila todo. Quieres llegar a tu avión, ¿verdad?

A menos de quince metros de allí, Magne empuja el equipaje hacia la entrada y Vic lo acompaña. Un grupo de chicas llega en una limusina blanca, animadoras o jugadoras de vóley playa con blusas cortas.

—¿Qué tengo que hacer?

—Ven conmigo, esquivaremos en coche los controles de seguridad para ir directamente al avión. Está todo organizado. Tardaremos diez minutos y estarás camino a casa.

—¿Lo has hablado con ellos? —pregunta, señalando a Vic, que ha entrado en el círculo de la puerta giratoria. Magne espera en la acera con sus sandalias.

—Todo está hablado. —El hombre la lleva en la dirección opuesta—. Ven por aquí.

Hay un jeep grande y negro aparcado a la sombra detrás del edificio. Un conductor al volante que mantiene el motor en marcha. El hombre abre la puerta del asiento trasero y deja que Le se siente, da un portazo y salta con cierta prisa al asiento delantero. El coche arranca y pasa a gran velocidad delante de la terminal. En los cristales del edificio se refleja toda la escena y Le puede ver el jeep negro que sale a la carrera y se aleja del aeropuerto hacia una rampa.

—Os habéis equivocado de camino —dice Le.

—Vamos a tomar un atajo —aclara el hombre, volviéndose en el asiento. Hay algo en su boca que reconoce. Tal vez sea sólo porque tiene la cicatriz de una operación de labio leporino. Igual que le ocurrió a ella.

El conductor lleva el automóvil trazando un arco al otro lado de la carretera. Parece como si se alejasen de la zona del aeropuerto. Hasta ahora no se había dado cuenta de que el conductor tiene unos ojos azules cortantes que ya ha visto antes, barba y bigote, y pelo castaño y liso, recogido en una coleta aún más lisa.

—*Fuck you* —escupe ella—. No me estáis llevando a ese puñetero avión.

El hombre del labio leporino sostiene un arma en la mano. Le no había visto nunca una así.

—Te vamos a llevar al infierno —dice él, como si hubiera estado esperando ese momento—. Póntela en la cabeza y tumbate en el suelo del coche, o te suelto siete millones de voltios en esas tetas postizas. —Él le lanza una bolsa de tela de las que llevan las personas mayores a la compra.

Quiere responderle, pero no se le ocurre nada.

Con cuidado, tira de la palanca de la puerta, lista para lanzarse en marcha fuera del automóvil, pero la puerta no se abre. Habría sido demasiado fácil.

—Póntela en la cabeza. Y tumbate —ordena de nuevo el tipo del labio leporino. Irritado. Estira el brazo hacia ella y le empuja el arma contra la boca—. Te voy a dar una descarga en tu asquerosa bocaza de vampiro si no obedeces —la amenaza.

El coleta guarda silencio y ajusta el espejo retrovisor.

Le mira por la ventanilla. Desde la carretera se ve el aeropuerto, cuatro o cinco aviones brillan al sol, uno rojo despega y se dirige directamente hacia ellos. Se coloca la bolsa en la cabeza y se deja caer por el asiento hasta tocar la parte inferior del automóvil. La bolsa parece vieja y tiene un fuerte olor a cardamomo, cera, níquel.

—¿Qué queréis? ¿Es por las putas pastillas? —pregunta ella tan alto como puede, para salvar la bolsa y el ruido del avión que se eleva por encima de ellos.

Suena como si uno de ellos se riese.

—Joder, ya las he pagado, os habéis quedado con mi dinero.

—Calma, calma —oye decir al coleta—. Tan sólo dinos dónde vive tu padre. Lo conozco. El viejo idiota va por ahí... —Suena un golpe y el coleta se calla.

El tipo del labio leporino habla:

—Tendrás las pastillas que quieres. Eso es todo lo que necesitas saber. Quédate tumbada y cállate.

Es difícil respirar con esa bolsa polvorienta. Las migrañas se han colocado detrás del ojo derecho. Le habría gustado poder llorar. Estar ya llorando histéricamente.

Erhard

Entra en el aeropuerto con la cabeza agachada y pasa junto al vigilante armado. Hay cola en los mostradores de facturación y movimiento en el quiosco. Jóvenes que compran grandes bolsas de cacahuets y latas de refrescos. Detrás de la caja registradora se halla el mismo chico de la otra vez. Erhard toma el delgado periódico local, lo dobla dos veces y lo embute en el bolsillo de los pantalones. Hay pocas personas en el otro extremo del vestíbulo, donde vio a Daouda la vez anterior; baja en esa dirección para salir por una puerta automática.

Junto a una limusina blanca, un joven con gafas recoge latas y flotadores pinchados que algunos clientes han dejado tras de sí. Erhard se acerca a él quedándose tras el maletero abierto, de modo que puede observar el coche de la Guardia Civil antes de ir a la zona de aparcamiento.

—¿Una semana ajetreada? —pregunta Erhard.

El hombre va vestido con un anticuado traje de color lila que lleva las palabras «Happy Limo» sobre el pecho. Examina a Erhard mientras sostiene en el aire un puñado de basura antes de echarla en una bolsita.

—Una compañía muy animada que ha cantado todo el camino desde Jandia.

—Llevo un taxi, sé de lo que hablas —dice Erhard.

—No me quejo, tampoco me lo puedo permitir —responde el hombre, mirando un olvidado paquete de cigarrillos de colores vivos.

—Ya regresan los surfistas a casa. Entonces volverá la calma —afirma Erhard, y ve que un autobús baja la rampa del aeropuerto.

—Algunos de ellos no se van hasta mañana. Y el resto de la semana también es buena.

—¿Día de Canarias? —pregunta Erhard.

—Siete viajes. Ya sabes, la boda por todo lo alto. Han contratado músicos, una orquesta sinfónica completa, de todo el mundo, llegarán en aviones antes del mediodía. Un buen dinerito. Tengo que llevar puesto mi sombrero amarillo. —Ofrece a Erhard un cigarrillo rosa.

—No, gracias —contesta Erhard, mientras hace un movimiento con la mano, de modo que el conductor le ve los cuatro dedos.

En ese instante, el autocar abre sus puertas soltando en la acera a un aturdido grupo de jugadores de golf y hombres pálidos en pantalones de tenis. Se mezclan en su ir y venir tirando

de maletas y equipos de golf.

—Que tengas buen día —dice Erhard, y se marcha rápido para rodearlos por detrás.

Cruza el ancho paso de peatones y el aparcamiento. Hojea el periódico en busca de un artículo menor. Aparece en la sección «Noticias breves». Una foto en blanco y negro de un hombre elegante. Se yergue por encima de su propia sombra, que baila bajo él. «Agredido conocido bailarín. La noche del sábado, el conocido bailarín y actor Jean Boulard fue agredido frente a su vivienda en Corralejo. El francés, de sesenta años, sufrió lesiones graves y su estado es crítico. Hasta ahora no ha habido detenidos por la agresión, que, según fuentes policiales, se investiga como intento de asesinato. Jean Boulard se trasladó a las islas Canarias en 1998, tras veinticinco años en el mundo del espectáculo francés, y ha dirigido en los últimos años una reconocida escuela de danza en Fuerteventura.»

Va camino del Corsa, pero vuelve sobre sus pasos hasta el BMW de Ponduel; se queda sentado un momento antes de conectar la emisora del taxi.

—Aquí 28, ¿dónde puedo encontrar a Muñoz? Tengo un recado importante para él.

Pasa un instante, dos, tres. Erhard teme que Ponduel esté escuchando y genere desconcierto en la emisora antes de haber obtenido respuesta.

—Ahora nada de asuntos privados, 28, tenemos mucho trabajo. —Se oye hacer clic.

—17 a 28, ¿eres tú, Ponduel? Muñoz está con la familia en el campeonato del mundo. También yo debería haber ido, pero he tenido que hacer una guardia.

—Gracias —dice Erhard—. Y gracias por el préstamo. El taxi de Ponduel está aparcado en el aeropuerto. —Él hace dos clics.

Pasa por encima de un pequeño pasamanos, atraviesa un macizo con plantas, palmeras y piedras, y se sienta en el Corsa.

Erhard

Coches aparcados en la grava, furgones con banderitas y tablas de surf sobresaliendo de la parte trasera, ingleses abrasados por el sol con sombreros mexicanos y un torbellino de perros de todos los tamaños con bufandas. Se oye el jaleo por el camino mucho antes de llegar, una voz que dice los nombres, aplausos. Dentro de una hora habrán terminado la primera ronda de la final.

Erhard entra a través de dos arcos con el logo de la Copa del Mundo y una pantalla enorme que ofrece las vistas sobre la bahía. Se ven chiquillas de rosa vestidas como papagayos que venden bebidas y almendras tostadas, y una larga barra donde hay hombres jóvenes con el torso desnudo y cócteles butterfly. Hay uno que canta a Liza Minelli, mientras que otro vomita en una lancha neumática. Sube por la escalera de las gradas prefabricadas, y desde una plataforma puede dominar el paisaje sobre el mar. El sol está justo encima de él.

Millares de personas. Comienza por la esquina donde se encuentran los puestos con tómbolas, máquinas tragaperras y un ti vivo de animales marinos, delfines, pulpos y tiburones. Un hombre asa un cerdo y lo sirve en grandes trozos mientras padres con globos hacen cola.

Múñez no está entre ellos.

Atraviesa una zona donde tumbados y sentados hay cientos de pequeños y familias frente a una pantalla gigante. Una jovencita con el pelo igual que el algodón de azúcar toca un tambor. Huele a hierba quemada y coco.

Durante largo rato permanece entre las cabinas de aseos mirando su entorno. Enfrente hay tiendas que venden ropa de baño y enormes trajes de kitesurf. Detrás de él, un bar de bocadillos con bancos y un pequeño parque infantil. Aquí se concentran muchas familias, niños en traje de baño, una abuela con sombrilla y bastón. Entonces ve a Múñez, una versión joven y cansada del Al Pacino de *Malas calles*, que intenta sentarse a presión en un banco mientras su hijita con chupete mira fijamente a una gaviota que ha aterrizado sobre el tejado del bar. Erhard se queda un momento observándolo antes de meterse entre los bancos. Se inclina sobre la oreja de Múñez.

—¿Podemos hablar?

Múñez levanta la vista.

—Jorgenson... —Parece asustado. Dirige una mirada a su esposa, que está poniéndole a su otra hija un trapo alrededor del cuello.

—Sólo es un minuto —dice Erhard—. Cuéntame lo que viste.
—No puedo. Aquí no.
—Me debes un favor. Me fui hasta la casa de tu tía para ver el piano, es un buen piano.
—Al demonio con el piano. Me da igual ese piano. Estás poniendo a mi familia en peligro.
—Ayúdame y me iré.
Múñez mira hacia el suelo.
—Quedamos detrás de los aseos dentro de cinco minutos.
La esposa dedica a Erhard una enojada sonrisa.

Las puertas de los aseos se cierran y dan golpazos continuamente. Impacientes pequeñines se desabrochan antes de haber entrado en la cabina. Erhard, sentado en una escalera, mira hacia una exposición de lanchas motoras.

Por fin llega Múñez. Está angustiado. Con los ojos abultados, como si el histerismo aguardara a la vuelta de la esquina.

—Sólo será un momento —dice Erhard.
—No puedo hablar contigo, te buscan, no sé lo que has hecho.
—No he hecho nada. Confía en mí.
Múñez intenta leer el rostro de Erhard.
—Ya te he dicho que no quiero verme envuelto en nada. No puedo.
—Cuéntame lo que viste.

Múñez echa un vistazo en torno al lugar y se esconde entre dos cabinas.

—No vi nada. Estaba oscuro. Yo estaba fumándome un cigarrillo en la parte trasera del Hyperdino, pero no vi quién era.

—¿El que golpeó al maestro de baile era negro, africano?

—He hablado con la policía. Pero no quiero decírselo a los periodistas. No quiero que mi nombre aparezca. Mi familia...

—Yo no voy a contárselo a nadie. Intento encontrar a un joven que ha desaparecido. Tú puedes ayudarme.

—Patearon al maestro, le gritaban y lo pateaban. Es lo único que pude ver.

Un bullicio casi histérico ha comenzado en las gradas. Voces que chillan, pies que pisotean. Múñez mira alrededor inquieto y se incrusta más en los aseos.

—Tienes que haber visto quién lo pateaba. Esos mismos también van detrás de mí.

—No era negro, ninguno de ellos era negro en absoluto —dice Múñez, y mete un trozo de servilleta en el ralo bolsillo de la camiseta de Erhard—. Dicen que el maestro de baile ha dado clase a Helena Berasategui. Dicen que es por eso. No sé nada más. Ten la amabilidad de no volver a buscarme.

Múñez se da la vuelta con presteza para desaparecer entre los aseos.

Erhard aguarda un minuto. El olor de los servicios es fuerte. La servilleta le quema en el bolsillo, siente impulsos de mirarla. Baja la vista hacia las gradas y ve una riada de gente que afluye desmandada a la explanada mientras los altavoces se dirigen a ellos. Intentan

tranquilizarlos.

Rodea a un padre que ha tomado a su hija bajo el brazo y corre con ella hacia la salida. Él se mueve en dirección a las puertas que puede ver justo enfrente, al tiempo que saca la servilleta e intenta leer lo que Múñez ha escrito. Una única palabra. Casi ilegible. Primero piensa que Múñez no ha sabido escribirla. Parece extranjera, rara, pero debe de ser el nombre de uno de los que Múñez ha visto.

Txapela.

Tiene que ser un apodo. Igual que Ermitaño. Una *txapela* es un sombrero. Un sombrero negro, como el de Pavarotti. Una especie malograda de gorro de pintor.

Vienen muchos, muchísimos más corriendo detrás, abriéndose paso. Los gritos aumentan, cientos de personas se estrujan en los estrechos callejones que parten de la zona de asientos de los espectadores. La gente huye.

Los altavoces continúan hablando. Piden a la gente que se comporte de forma serena. Que la situación está bajo control. Sin embargo, no lo parece. A lo mejor un tiburón ha entrado en el área, pero ¿por qué iba entonces a huir la gente?

Erhard da media vuelta y camina a contracorriente. Avanza hacia los asientos de los espectadores. Está a punto de ser derribado, pero se repone a lo largo de las gradas y consigue subir a uno de los peldaños más altos para ver el agua. Muchos espectadores están en pie con los prismáticos dirigidos hacia algo situado a la izquierda de la zona de competición. Las pantallas se han tornado negras.

—¿Qué está ocurriendo ahí? —pregunta Erhard a un hombre situado justo por encima de él en las gradas. Un inglés con una chaqueta corta de cuero.

Le contesta en inglés.

—Una lancha neumática negra ha entrado justo en la zona delimitada. Le han avisado de que no siguiera, uno de los hombres de la CRA ha intentado cortarle el paso, pero lo ha esquivado y ha acabado en la playa. Se ha visto todo en la pantalla. Mi novia creía que era parte del entretenimiento, ya sabes, mientras esperábamos al viento. Pero uno de los del bote ha saltado a la playa y ha empezado a vomitar. Otros dos han saltado al agua y han pinchado la lancha neumática. Algunos de ellos han llegado a tierra echando a correr entre los deportistas y espectadores. También vomitando. Entonces, las pantallas se han apagado y la gente ha comenzado a gritar. Mi novia no ha podido soportarlo y ha sido una de las primeras en salir corriendo. —El inglés tiende a Erhard los prismáticos.

Un grupo de soldados con chaleco amarillo rodean a algunos de los pasajeros del bote, todos varones. Portan antiguos chalecos salvavidas con el color comido por el sol y tienen aspecto de estar deshidratados, histéricos o simplemente abrumados.

Arrecian los gritos tanto fuera como en las gradas mientras por los altavoces se intenta que la gente no abandone el lugar. No comentan nada acerca del bote en la playa ni de sus pasajeros.

—¿Por qué gritan? —pregunta Erhard.

—Creo que gritan por cualquier cosa. Aunque justo antes de que la pantalla se apagara hemos visto cómo uno de los surfistas tiraba su equipo y se precipitaba corriendo entre los espectadores. Alguien ha gritado «¡ébola!». Y ahí ha comenzado el histerismo. Ha sido entonces

cuando mi novia se ha marchado.

Erhard echa un vistazo alrededor con los prismáticos. La cosa se disuelve. Vuelcan cervezas y sombrillas, hay tumultos en las gradas cada vez que alguien salta hacia abajo para largarse. Adultos que chillan, aunque no tengan cerca a ninguno de los africanos. Una succión, una fuerza presiona la tierra al cruzar la explanada. Un espectador manotea a uno de los soldados, que intenta que reine la calma.

—Mierda —dice el inglés—. ¿Sabes adónde se llevan a los hombres?

—Seguro que los trasladarán a Lanzarote, costa de Papagayo, donde tienen un campamento. Hay fotos del lugar. Tierra de nadie, la completa humillación. Por supuesto les dan de comer. Y reciben atención médica. Esto es la Unión Europea. Pero después los envían al lugar de donde vinieron. Cada semana los embarcan y los dejan en Agadir o en una de las ciudades portuarias menores.

—Eso contraviene la Convención de Ginebra, ¿cómo pueden hacerlo?

—El gobierno español aún no ha tomado cartas en el asunto, yo creo que no saben qué hacer. Muchos de los inmigrantes tienen intención de seguir hasta Europa, pero las islas Canarias no van a costearlo. Sobre todo con una economía tan precaria como la que tienen.

—Pobres, apenas han puesto un pie en suelo libre y se acabó todo.

—Con la diabólica particularidad, además, de que ahora han conocido otra cosa —dice Erhard—. Durante diez minutos han estado cerca del paraíso. Han llegado justo a tiempo de ver gente corriente con jarras de cerveza, patatas fritas y ropa bonita, han alcanzado a oler la comida, han sentido la libertad y el bienestar de manera casi tan real como la playa que pisan.

—Tampoco es todo felicidad lo que hay aquí —dice el inglés.

—Vivir. Fundar una familia. Sin temor por su vida o por perderlo todo. Son cosas muy básicas las que echan de menos. No la felicidad. La felicidad es algo que nosotros, los demás, buscamos.

—Puede que tengas razón. Creo que debo ir a por mi novia, seguro que está esperando en la moto.

Erhard le tiende los prismáticos. Se despiden brevemente. Después, el hombre se va y desaparece entre la multitud que se atropella para salir. El espectáculo se ha malogrado. Mejor dicho, ni ha podido comenzar. Los vigilantes han empezado a reconducir a los espectadores a la explanada para evitar el pánico en las gradas. Un helicóptero ha bajado siguiendo la costa y se ha quedado colgando a medio kilómetro de la playa. Los hombres de la CRA empujan a los africanos al interior de los furgones, que abandonan la playa con la luz de emergencia encendida.

No es ébola, están mareados. Nadie se preocupa en ver la diferencia. La histeria triunfa.

Se une a la corriente para salir de la zona y atraviesa un bonito barrio residencial. El Corsa está detrás de un arbusto. Cientos de coches intentan tirar por atajos para salir directamente a la carretera. Erhard da un rodeo por la parte posterior, pasando frente a una larga hilera de garajes. Cruza la carretera para seguir por vías menores hasta colarse en la FV-605 que va hacia el oeste y luego subir a Puerto.

59

Le

El automóvil entra lentamente en un túnel, un garaje, el clic del motor antes de apagarse. Ella no consigue incorporarse, pero de inmediato hay un par de manos que la agarran y la sacan del coche. Grita, quiere quitarse la bolsa de la cabeza y se revuelve, pero aparecen más brazos hasta que está casi cubierta de manos que la sujetan, la toquetean, la alzan, la bajan a empujones por una escalera, a través de un sistema de pasillos, izquierda, derecha, izquierda. Hay una mano bajo su sujetador que le aprieta los implantes como si quisiera romperlos.

—Ya vale —dice el tipo del labio leporino, y todas las manos desaparecen.

Ella cae al suelo.

Le quitan la bolsa de la cabeza y los oídos le pitan.

Puede ver a un par de hombres más, uno de ellos con blazer, que están sacando cosas fuera de la habitación: un ordenador, una silla de oficina, una caja con refrescos.

—Si te pones nerviosa, te castigaremos. Así de sencillo —dice el hombre del labio leporino—. Dinos dónde vive tu padre. —Observa a Le desde lo alto.

Sin pensárselo, Le se pone de pie y se lanza apuntando con el hombro, primero al grande del labio leporino, que cae hacia atrás en el pasillo. Ella se tambalea contra la pared y golpea a otros dos hombres. Se levanta y ve a la derecha un corredor con puertas. Los hombres ya están de nuevo sobre ella, pero se libera y corre por el pasillo. Llega a ninguna parte. Una mano la ha atrapado por el pie, otra mano con guante le tapa la boca y el rostro y la arroja contra un armario en la pared, contra el suelo. Alguien ríe. Hay prácticamente cincuenta caras sobre ella. La agarran del pie y la arrastran otra vez hasta la habitación. Alguien la tumba en el suelo y le pone el codo en el cuello bloqueando la tráquea. Es el hombre del labio leporino. Es pesado, quizá cien kilos, y no se retira. Ella jadea, jadea, jadea. Un hilo de aire, no lo suficiente como para llevar oxígeno al cerebro, silbidos en los pulmones.

—Habla, perra. Te vamos a dar tus pastillas. Entonces hablarás. —El codo del cuello desaparece, busca aire, tose, está a punto de vomitar. Él le mete tres pastillas en la boca.

Los hombres se alejan y cierran la puerta. Hay música en algún lugar cercano. Movimiento en el pasillo. Trata de incorporarse, pero siente dolor en el brazo y el pecho, de cuando la han empujado contra el suelo. No puede esperar a las píldoras, quiere más, quiere que la adormezcan,

que le quiten el dolor, que le den paz.

La habitación está iluminada por una lámpara de oficina parpadeante sobre una mesa de madera sin nada más. Hay dos estanterías altas con baldas vacías, una gran caja de cartón con periódicos y hojas, un sillón de cuero marrón claro que está roto en el centro o rajado con un cuchillo. A lo largo de la pared, un cable alargador sin nada conectado. Encima de la mesa cuelgan cuatro esquinas de un folio que estuvo pegado en la pared. Está claro que han despejado la habitación para poder meterla allí.

En el suelo junto a la puerta se encuentra su colgante, la botellita de cristal está todavía en el cordón de cuero, roto en dos pedazos. Se arrastra por el piso y siente la botella contra su mano, entre sus dedos. La mete en el bolsillo de los pantalones. Luego repta hasta la silla de oficina y permanece en silencio, escuchando. Comienza a pensar en cómo podría sorprenderlos, escapar de la habitación. Mira hacia la puerta, que es gris, muy gris. Es un gris raro. Se desliza en la raja del sillón. Y no comprende por qué está allí tirada.

Se incorpora. Intenta sentarse.

Mira al frente. A una cara, la cara del labio leporino; su piel está llena de manchas, la piel gris de cerdo de un fumador. «¿Qué es lo que quieres de mí?»; de repente no entiende su inglés, tal vez no sea inglés, habla con los otros hombres, que se ríen, entonces un estómago da saltitos, una gota de sudor corre por la manga de otra camisa, hace calor en la habitación, «estamos en un sótano», dice uno, o piensa ella.

«Tu maldito padre. Dónde está. —El tipo del labio leporino la mira—. Tu maldito padre. Dónde está.»

Ella niega con la cabeza. «No lo sé, no sé lo que dices.» No quiere reírse, lo enojaría, pero seguramente lo hace, él se enfada, pero no la golpea, le introduce dos, tres, cuatro pastillas en la boca. «Gracias, gracias.» Se abalanza tras él. Piensa en ello, pero la puerta ya está cerrada, esta vez apagan la luz y se hace la oscuridad, sólo se oye una música en algún lugar por encima o por debajo de ella. David *fucking* Guetta con su característico ritmo, ciento treinta golpes por minuto que resuenan en las paredes, es su gran éxito, *She wolf* , es ridículo.

60

Erhard

Pasa por delante del piso de Aissata sin detenerse y aparca calle abajo, detrás de un zapatero. En una sofocante tiendecilla compra pan plano de patata por dos euros. Camina por Virgen de la Peña y sube la escalera. Cuando está a punto de llamar, la puerta se abre de inmediato. Aissata, disgustada, tira de él hacia dentro.

—Soy muy triste porque nos visites ahora —dice Aissata en voz baja una vez que ha cerrado la puerta. Parece alterada.

—Os he traído pan —explica Erhard.

Aissata menea la cabeza.

—También para Idowu. Y tío Yaya.

—No podemos tomar la comida de otros —apunta Aissata.

—Para de una vez, chalada —replica Erhard. Él se sienta en el colchón y comienza a desenvolver el pan—. Trae a los demás.

Aissata se queda quieta un momento. Luego sale al pasillo para cruzarlo corriendo hasta la otra vivienda. Vuelve con Idowu y el tío, ambos se quedan mirando la bolsa de comida. El tío debe de dormir con la ropa, la túnica azul oscuro está arrugada y sucia; Idowu parece enferma, sus ojos están casi amarillos por la inflamación o la fatiga. Sin decir nada, él desenvuelve la comida. Tienen el aspecto de no haber comido nada en todo el día.

—¿Por qué no te has ocupado de tu invitada, Aissata?

Aissata levanta la vista. Y sigue comiendo.

—Me ocupo de invitados. Yo no la he querido aquí.

—Pero es tu invitada.

El tío dice algo encima de su pan. Aissata le contesta brevemente.

—Estamos en secreto —dice Aissata—. El tío ve dos mirones enfrente en la tienda.

—¿Mirones?

Aissata se señala los ojos.

—Mirones.

—¿Miran hacia aquí desde enfrente?

—Tío dice a Idowu, e Idowu dice a mí. Nosotros estamos en secreto en la azotea mientras

ellos llaman a la puerta. Lllaman veces de un puño. Lo dicen a la puerta. Sólo después de la puesta de sol volver a la vivienda. Tío Yaya no puede ningún dormir en la azotea. Idowu llora, Idowu se esconde conmigo, cuido de mi invitada.

—¿Cuándo? ¿Esta noche? —pregunta Erhard.

Aissata asiente.

—¿Quiénes eran? ¿Los conoces?

—No, no —niega Aissata—. Ellos dicen que buscan a Abdi. Que son amigos de Abdi.

—¿Cómo que lo dicen? ¿Quién habla con ellos?

—Lo dicen a la puerta. Lllaman. Dicen a la puerta: «Somos amigos de Abdi. Amigos».

—¿Lleva alguno de ellos sombrero? ¿Sombrero? —Erhard pone las manos sobre la cabeza, como si llevara puesto un sombrero.

Ella no lo sabe.

—Pregúntale a Idowu si conoce las voces —pide Erhard—. Ella oyó las voces de los hombres que buscaban a Abdi.

Aissata se chupa los dedos. Después le pregunta a Idowu, que se queda pensando un rato. Él casi puede entender su respuesta simplemente por el tono.

—No —dice Aissata—. Ella no oye la voz antes. Pero el hombre dice sólo palabras rápidas, después se van.

—He logrado saber algo más sobre los hombres que quizá tengan a Abdi. Son peligrosos. Hemos de buscar otro lugar en el que podáis estar —señala Erhard.

—No, no —implora Aissata—. Ésta es la casa de Abdourahmane. No puedo irme.

—Abdi ha desaparecido, es muy probable que esté muerto —dice Erhard de súbito—. Y si no os vais, puede que os ocurra algo.

No llega a terminar la frase antes de que Aissata empiece a golpearlo, lo golpea con nudillos puntiagudos y toda su fuerza.

—Dije ayuda diestra, pero tú no eres una ayuda diestra.

Erhard intenta contener los golpes de la chica, pero la deja continuar mientras él mira cómo Idowu hunde el rostro en las palmas de las manos. Piensa en el episodio que acaba de presenciar en la playa de Costa Calma.

El tío expele un singular sonido, que hace que Aissata se detenga. Él habla de manera pausada y retumbante.

—Dice que si Abdi está muerto, la casa tiene que ser de luto durante cuarenta días —traduce Aissata—. Luego podemos irnos, dentro de cuarenta días.

—Cuarenta días —repite Erhard—. Entonces será demasiado tarde. Los hombres pueden regresar en cualquier momento. Pueden volver esta misma tarde, por la noche.

—El tío dice cuarenta días. Así es.

La voz de Aissata suena punzante y excitada mientras continúa hablándole a Idowu, que ha cerrado los ojos. El tío caza migas de pan entre los pliegues de su túnica.

—Volveré dentro de un par de días para llevaros a otro sitio —asegura Erhard.

Aissata no dice nada, pero lo mira como si él fuera la maldad personificada. Como si no fuera sino un hombre blanco más, de los que los utilizan y destruyen su vida.

—Y escondeos. Si los hombres regresan, no se van a conformar con llamar a la puerta. Escondeos en la azotea. Dormid fuera, incluso aunque no durmáis bien.

Idowu se ha recostado en Aissata como un cervatillo haría con su madre.

El tío muestra a Erhard cómo puede bajar descolgándose desde la escalera hasta el patio trasero. En la oscuridad pisa sobre una zona húmeda, fangosa y camina unos cien metros a lo largo de un muro para salir a la calle por una pequeña abertura entre los edificios. Está oscuro, el asfalto caliente y resulta fatigoso bajo los zapatos. Necesita descansar. Llega hasta el Corsa. Estaba pensando en ir hacia el sur, pero se dirige al norte, a través del laberinto de caminitos al otro lado de Calderón Hondo. Se propone seguir con el coche tan lejos como pueda, por un sendero estrecho que sube hacia el refugio de pastores. No le quedan fuerzas para arrastrarse montaña arriba en este momento.

Negro como el tizón. No hay puntos de referencia, tan sólo el leve velo de las estrellas, que le permite ver las piedras más elevadas para no caer encima de ellas. Sube hasta el refugio y se tumba sobre los últimos tablones. Un avión se desliza por el cielo y se adentra en la oscuridad. Oye algo de trájín en las proximidades, pero no es capaz de prestarle atención.

61

Le

Se oye una voz en la oscuridad.

No ha oído abrirse o cerrarse la puerta.

La voz es cálida y húmeda junto a su oreja. Nota la saliva en el lóbulo, tal vez incluso una lengua que recorre el laberinto auricular. Es español pronunciado al revés, o, en todo caso, los sonidos resultan abruptos.

Intenta alejarse, pero la lengua está adherida, la voz está adherida, se mete en el oído. No entiende ni una palabra.

—No entiendo, no sé lo que queréis de mí —dice ella.

—Tu maldito padre. Dinos dónde está. Dilo ahora. No tendrás más pastillas hasta que nos digas dónde. Dilo ahora, perra, o lo machaco.

—¿Machacas qué? ¿De qué vas? Que te jodan. Que te jodan. —Vuelve la cabeza hacia la cálida voz y escupe en la oscuridad.

Silencio. La música sigue ahí, no es Guetta, sino alguna europorquería, con bajos baratos, que se repiten hasta el infinito.

Luego, habla despacio la voz española, profunda y desde el fondo del estómago. «Te lo digo. Lo cogeré. Lo cogeré.»

Hay unos crujidos y arañazos.

La lámpara de la mesa se enciende. Arroja una luz naranja que recorre el piso, ilumina los pies de Le hasta la silla donde reposa su mano. Una de ellas, ¿es la izquierda?, tiene cuatro dedos extendidos encima del reposabrazos de la silla. El meñique se levanta un poco y queda sobre una tabla de madera. Sobre el meñique hay un pesado martillo. Es el hombre que sostiene el martillo el que habla español, ella quiere volverse hacia él y verlo, pero su dedo está atrapado, no puede moverse.

El dedo bajo la estantería. Un muslo de pollo enclenque.

—Lo voy a machacar. Dinos dónde podemos encontrar a tu maldito padre.

—No —dice ella—. No.

Ella tira del dedo y quiere volver la mirada hacia el hombre del martillo. Pero no puede encontrar su rostro, sólo consigue llegar a ver un sombrero negro, que parece un gorro alpino

demasiado grande, antes de que el martillo se eleve y regrese con un sordo cloc. Cloc, cloc, cloc.

Al principio, no siente nada en absoluto. Observa su dedo como si fuera un clavo travieso al que se está colocando en su sitio. Siente la sangre, caliente y pegajosa como mermelada, contra la cara, contra los labios.

Luego viene el primer golpe de dolor. Una onda eléctrica que le cortocircuita la médula espinal. De su estómago sale un largo gemido y los últimos restos de una comida que no recuerda haber ingerido.

—Dinos dónde está, perra. Entonces tendrás tus malditas pastillas.

62

Erhard

Pa. Pa. Pa.

Se despierta con el ruido de una palabra, un estampido, un estruendo amazacotado, que no descifra. Escucha, se queda quieto esperando a que haya más. Puede que sea el viento sobre la montaña, una lenta cigarra, polvo que cambia de lugar, la labor constante de unos cascos que se aproximan mucho, que se pierden en la lejanía.

Se levanta.

La oscuridad aún es densa, habrá dormido una hora o, a lo sumo, dos. Sobre el contorno de la montaña intuye a *Hardy*, el embarullado pelo de color plata, los cuernos en forma de coma; se halla unos diez metros más arriba. Él se desplaza hacia la cabra, la oye resoplar y mover las orejas, patea a su alrededor, emite pequeños sonidos, un chirriar y chasquear, quejidos. A lo mejor se siente intranquila después de la muerte de *Laurel*, ahora se ha quedado sola. La seguridad que le daba ser dos ha desaparecido, la montaña resulta más solitaria, la noche más amenazadora.

Primero le ha dado la impresión de que había una correa de fuego en el cielo detrás de *Hardy*, que le hacía brillar en la noche, pero ahora es más bien como si una luz grisácea se elevara detrás de la cabra, y cuanto más se acerca él al borde de la montaña, más fuerte es la luz. Por un instante pierde la orientación, es de noche, está en dirección al norte. ¿Cómo puede ser que el sol salga de repente antes de tiempo y además por un sitio distinto?

Ha avanzado hasta la cabra, nota sus cuernos y las blandas orejas. Ella se relaja un poco, deja de hacer ruidos. Lo suficiente como para que él pueda oír un crepitar, golpear, crujir, debajo de él. Da unos pasos hacia arriba y sale a una piedra plana desde la que puede ver montaña abajo. Una gigantesca hoguera, o algo que parece la quema de un campo, ilumina toda esa ladera, el calor se nota en forma de bruma ferviente que se adhiere a la ropa haciéndole sentirse húmedo y enojado. Mira dentro del fuego, que respira y devora sin medida todo lo que está a su alcance. Transcurren varios minutos antes de que lo ubique. Antes de darse cuenta de la forma del fuego, las placas sueltas del tejado, arrugadas como el periódico del día.

Es la cabaña.

Han prendido fuego a la cabaña.

Sin pensárselo dos veces salta desde la piedra para sufrir el dolor de sus delicadas rodillas, afortunadamente es hacia abajo. Tiene que bajar, bajar, llegar corriendo abajo, tiene que ir a por agua, tiene que extinguir las llamas con mantas viejas, tiene que apagar el fuego, y pisa sobre piedras cayendo hacia delante.

Un conjunto de sonidos y destellos le hace mirar a su derecha, hacia la senda que conduce a lo alto de la montaña, la senda que atraviesa la Puerta de Lezcano, el único sendero nítido. Suben por él tres o cuatro figuras con pequeñas linternas. Son hombres jóvenes, fuertes, que llegan desde la chabola. Le han prendido fuego y ahora siguen camino arriba. Lo están buscando. Saben por qué camino tienen que ir, saben que él duerme al otro lado, de otro modo no hay razón alguna para que alguien suba por ahí. En todos estos años sólo él —y Lene— ha transitado ese sendero, a través de la Puerta de Lezcano, cruzando la montaña.

Gira y comienza a moverse hacia arriba. Con lentitud, porque a las rodillas no les va bien el cambio; cree oír los pasos de los hombres, las botas sobre la grava, sus voces alentándose entre sí a apretar el paso. Cruza el borde de la montaña y está a punto de pasar de largo junto a *Hardy*, que no se ha movido del sitio. Se coloca tras la cabra y la empuja hacia el refugio de pastores, gatea para ver qué puede encontrar en la oscuridad. Aquí está el libro, aquí la lámpara de aceite, aquí la manta. Rasga la manta para hacer tiras, que une entre sí y cuyo extremo ata alrededor de *Hardy*, se apresura a bajar la montaña por el otro lado, hacia el coche, rodeando las enormes piedras que sus manos notan cálidas. Ha anudado el resto de la manta a modo de bolsa en torno al libro y la lámpara, que lo golpean metiendo ruido; está a punto de tirarlo todo, pero continúa hacia abajo por el accidentado terreno mientras tira de *Hardy*; *Hardy*, que piensa que se trata de un juego; *Hardy*, que quiere pararse a comer de un arbusto, que se yergue sobre el suelo y semeja un arbolito. Por encima de él puede oír el silbido de voces, a los hombres, que han alcanzado el refugio.

—Esa perra ha mentido —oye decir a uno de ellos mientras otro, como un topetazo, le pide que mantenga la boca cerrada.

Es imposible continuar adelante sin hacer ruido, sin emitir largos bufidos al tomar aire. Erhard intenta localizar el coche, que se halla bajo un saliente rocoso, una piedra blancuzca, pero el negro cielo lo vuelve todo uno, que ha quedado reducido a dos dimensiones.

—Abajo, abajo —oye cuchichear a una voz sobre él.

No pueden ser las piedras, los peñascos que comadorean acerca de la fuerza de la gravedad. Está seguro de que es uno de los hombres que se arrastran por la ladera de la montaña abajo, justo hacia él. Tirando de *Hardy* logra que rodee una puntiaguda formación, y ahora intuye un cachito de parabrisas del Corsa apenas veinte metros más abajo. Sobre él suenan botas que saltan de roca en roca. No se atreve a mirar arriba, a empellones dirige al animal para que baje y rodee la siguiente piedra. Abre la puerta lateral y empuja la cabra al asiento trasero, ella protesta con una coz que le da en el codo, de manera que tiene que apretar los labios para no soltar un sonoro taco. Bajo el Corsa han caído piedras, pedazos de roca que él aparta con el pie, después de lo cual va bordeando las piedras hasta ponerse en el asiento delantero. Hay dos carraspeos antes de que el motor arranque, entonces enciende las luces y da marcha atrás a toda prisa hacia el camino algo más grande que discurre a lo largo de la montaña. Erhard utiliza el espejo retrovisor para

orientarse, las luces rojas le proporcionan una pésima iluminación. Justo antes de girar el coche, alcanza a ver a los hombres que bajan por el sendero y entran en el cono de luz. El uno, alto y ancho, viste colorida ropa deportiva y calcetines altos; el otro, algo más pequeño, se halla detrás con camisa blanca y chaqueta negra. Sobre la cabeza lleva un sombrero negro. El más grandote se encamina ya hacia el coche por el sendero. Erhard sube directamente de primera a tercera para dar un rodeo por el este y dirigirse hacia la calle de la Cancela. Tras él, todo está oscuro. Han apagado sus linternas.

Hardy no deja de revolverse en el asiento y apesta como si se hubiera cagado.

«Gracias, vieja piel, por avisarme.»

Baja la ventanilla y atraviesa Lajares para seguir la FV-109 hacia abajo. Piensa si dormir en las rocas junto a Cotillo, pero no le quedan fuerzas para trepar por los escarpados peñascos en la oscuridad buscando una cueva que no esté ocupada por nudistas, cangrejos o la marea. Sólo hay un lugar accesible al que pueda ir a dormir. Y gratis. Sin pedir permiso. El hotel Olympus. La abandonada construcción situada en la costa justo antes de Las Dunas. Vira hacia la carretera que lleva a Corralejo. Confía en que a los hombres les falte todavía mucho para llegar a sus coches. No le sorprende que encontraran la cabaña. Ni que aparecieran en mitad de la noche. Es precisamente lo que él había temido. Pero que subieran por la montaña en su busca, no lo entiende. Nadie aparte de Erhard conoce el refugio de pastores. El antiguo propietario del terreno, aquel que en su día permitió a Erhard vivir en la chabola, ha muerto hace ya varios años, y nadie se ha interesado por la montaña. Es posible que a pesar de todo alguien haya visto arder una hoguera, o quizá Guzmán le ha dicho algo a alguien. Pero no cree posible ninguna de las dos opciones. Sólo hay una explicación, que le incomoda, aunque sabe que es cierta.

Ha sido Lene.

Lene le ha dicho algo a alguien.

«Esa perra ha mentido», había dicho uno de los hombres.

Pero ¿cómo han logrado que lo diga? ¿Se lo ha contado a alguien en el aeropuerto? ¿La han obligado a contarle antes de permitirle abandonar la isla en avión?

Apenas encuentra coches por los caminos. Cada vez que pasa junto a alguno teme que sean los hombres que lo buscan. El edificio se oculta detrás de un muro casi derruido y de arbustos silvestres. Gira para atravesar un portón similar a la entrada de vehículos de una capilla, continúa a lo largo del muro y sube por una rampa que lo introduce debajo de la construcción inacabada. A la luz de los faros ve escombros, elementos de acero y basura. Conduce lo máximo que puede. Apaga el coche, abre la puerta.

Huele a pis, hormigón mojado, cartón, sal, a podrido y papel quemado. Es un hotel. Podría haber sido un hotel. Ahora el edificio es un lugar a medio camino entre imponente y deprimente, una exhibición en hormigón diseñada por un arquitecto, que justo atrae todo aquello que pulula en lo más bajo de la sociedad.

No hay tiempo ni oportunidad de aclimatarse. Saca a *Hardy* y ata la cabra a una barandilla de modo que pueda caminar en un pequeño radio, picotear de los arbustos y desperdicios, o cagar cuando le venga en gana. Él va a buscar un sitio entre los pilares, y nota la presencia de seres, personas que gimen en sueños o de dolor. Hay un espacio abierto con vistas sobre el agua, donde

puede intuir un par de pálidas bañeras y asientos de coche con figuras sin vida, cabezas oscilantes y brasas de un cigarrillo. Algunas latas vacías ruedan de aquí para allá con el viento.

Se tumba encima de unas cajas de cartón, deja junto a él la lámpara de aceite y el libro. Despliega la manta sobre sus piernas. El sopor de los ecos del mar detrás del susurro de las palmeras.

Lunes

63

Erhard

Duerme como un tronco. Sin interrupciones. Y se despierta con el sonido del ferri que va a isla de Lobos, que toca su sirena un kilómetro y medio más allá. Un nuevo sonido. Que cruza la bahía. Es una de esas mañanas cálidas que acaban siendo un día tórrido, atrapado bajo una capa de nubes delgada como el cristal.

El resto de los ocupantes del edificio se han marchado hace rato. Menos un drogadicto tunecino, que yace a lo largo del murete como si se hubiera caído y no pudiera llegar a levantarse. Tiene el aspecto de haber sido portero de algún local, mozo de carga; ahora sus brazos están negros por el abuso, el rostro dislocado, un ojo le cuelga mientras él busca con la mirada a *Hardy*, que se está comiendo la parte superior de un asiento de coche.

Camina a lo largo del sendero que va por la costa hasta el hotel Dos Lagos. Hace algunos años usaba el teléfono de monedas del hotel situado junto a los aseos. Tiene el palpito de que aún seguirá allí. Los antiguos dueños se lo han vendido a una mujer joven que está sentada en la terraza fumando. Entra a la vez que él para situarse en la recepción, pero se enoja y le grita a Erhard que no puede usar gratis los aseos. Necesita buscar el número en la guía de teléfonos que hay sobre la balda. 850635. La llamada se establece, da tonos y repiquetea.

—Comisario Bernal.

—Soy Jorgenson. Tengo que hablar contigo.

—¿Qué has hecho?

—¿Puedo pasarme por ahí?

—No puedes entrar aquí.

—¿Por qué?

Silencio.

—¿Eres tonto?

—Vamos a quedar donde Miza. ¿A primera hora de la tarde?

—No, ahora, dentro de un rato. Hay un quiosco justo aquí. Enfrente del Castillo. El que tiene un camello en el rótulo. Podemos sentarnos en la parte de atrás.

Erhard reflexiona.

—¿Puedo confiar en ti?

—Estaré ahí dentro de media hora. Esperaré quince minutos.
Ha colgado.

Cuando regresa al Olympus, *Hardy* se ha enrollado en una bici destrozada. Erhard traslada la cuerda a un bloque de hormigón delante del hotel, donde hay más arbustos y menos cosas.

Lleva el coche hasta el interior de Puerto y aparca en el Barranco, en la parte oeste de la FV-2. No va a correr riesgos, siendo Bernal quien ha preparado la cita. Pasa bajo el viaducto rodeando la mole, a través del recinto de un lavadero desierto para subir por Puerto de Cabras. No hay imágenes de camellos, pero sobre un rótulo pone QUIOSCO DEL CAMELLO, así que debe de ser ahí. No parece que el quiosco esté abierto, aunque la puerta permanece entreabierta. Mira en el interior, el hombre del quiosco está sentado fumando mientras ve lucha en una granulada pantalla de televisión. El sonido es particularmente elevado. El hombre hace un café expreso sin dejar de mirar la pantalla.

En la parte trasera del local hay un tabique plegable con un diseño de temática hawaiana. Bernal, sentado en la oscuridad, apila monedas.

—He dicho media hora.

—Tenía que aparcar —se excusa Erhard.

—¿Por qué eres tan puñetero? ¿Por qué siempre es lo mismo?

—Yo no soy puñetero.

—Claro que lo eres, Jorgenson. Eres un estúpido viejo puñetero. —Arrastra una silla de madera hacia fuera.

Erhard se sienta. Detrás de Bernal ve un terrario con un tronco de árbol y alguna planta seca. Cubriéndolo por arriba, un macizo tablón de madera. Al fondo hay un par de piedras planas, pero ningún animal. Erhard bebe su café. Bernal permanece sentado con un vasito entre las manos, huele a ron y miel. Sobre la mesa: un periódico plegado.

—¿Por qué me buscáis, comisario?

—¿Te refieres a la policía? ¿O a conocidos míos? —pregunta Bernal.

—En primer lugar, la policía.

—¿No lo sabes?

—¿Es por lo del taxi? ¿El BMW de Ponduel?

—Bueno, eso es cosa tuya. He oído que ya lo has devuelto.

—Entonces ¿no es el taxi?

—El maestro de baile. Jean Boulard. Sostiene que fuiste tú quien lo sorprendió la pasada noche. Delante de la vivienda.

—No ha podido decir eso —exclama Erhard—. No está hablando en serio. ¿Por qué iba yo a hacerlo?

—Afirma que le seguiste.

—No conozco a ese hombre. Ni siquiera sé dónde vive.

—Has molestado a su novia.

Erhard siente una punzada al oír decirlo así.

—Él no me cae bien. Pero no le he pegado.

—Quería ver cómo lo decías.

—¿Me crees?

—No es a mí a quien tienes que convencer. Te buscan. Y a tu hija. ¿Dónde está?

—Ella es el motivo de mi llamada —explica Erhard. Se desliza en la silla hacia delante. Hay un hueco entre las piedras del terrario. Por un instante parece como si algo se moviera entre las piedras—. ¿Sabes algo?

—Ella es una jodienda, igual que tú.

Erhard no dice nada.

—Está claro que ha cabreado a Palabras, le ha llamado, ha merodeado por la villa, etcétera. Una vez que Palabras descubra que es una jodida adicta a las pastillas, la va a emplumar por tenencia. Quizá pueda ayudarla si soy yo el que se la encuentra. Pero no sé dónde está.

—¿Y sabías todo eso cuando me pasé por el Castillo el miércoles?

—Al principio creí que venías por esa razón, pero luego sólo hablaste de la tienda de muebles. Aunque hubiera querido tampoco te habría podido contar lo que yo sabía.

—Permíteme ahora que me entere de lo que dices. ¿Ella ha estado rondando la casa de Palabras?

—Ella y sus amigos fueron a husmear con cámaras para indagar acerca de viejos asuntos. Al parecer, tu hija trepó por encima del cercado y entró en una de las estancias voceando. Eso no le gustó nada a Palabras.

—¿Cuándo? —pregunta Erhard—. ¿Ayer?

—No, joder, la pasada semana. El martes.

Erhard mira dentro del café. No se le cuenta todo a un padre.

—Comprendo muy bien que ella sea tan popular, con esos gigantescos pechos. Y los labios. Parece como si pudiera succionar las plumas de una gallina.

—Basta —dice Erhard.

—De manera que se os busca a ambos.

—¿Y qué hay del aeropuerto?

—Me habría encantado estar allí, pero claro, era domingo, y a mi mujer no le gusta que me pierda la misa.

—¿Sabes lo que ocurrió?

—La estuvieron esperando. Pero no pasó nada.

—Ella se fue —dice Erhard—. Aparcó el coche, llegó a tiempo al avión.

Bernal agita la mano.

—No lo creo. Si ella hubiera puesto un pie en el aeropuerto, la habrían cazado. O Hassib o alguno de los hombres de Palabras.

—Los esquivó. Subiría directamente al avión. Sobornaría a uno o a otro.

—No sigas, Ermitaño. Estábamos por todas partes en el aeropuerto.

—Piensa lo que quieras.

—Eres tú quien me quiere hacer creer que ella se marchó. Así yo lo iré diciendo también por ahí.

—Lo único que quiero saber es si vosotros la habéis detenido. O si la tiene Palabras.

Bernal apura el vasito. Menea la cabeza.

—Palabras sigue su camino. Hay otras cosas que lo mantienen ocupado.

—¿Y no habrá otros que la hayan retenido?

Bernal lo mira.

—¿Quién podría ser?

—Cuéntame si es Palabras el que está detrás de todo esto —le pide Erhard, aunque sabe que no puede fiarse de la respuesta de Bernal—. ¿Ha apaleado Charles al maestro de baile?

—¿Por qué iba a hacer eso? —dice Bernal.

—Me siguió el otro día, cuando conducía por Morro Jable. No sé cómo demonios me encontró, pero de repente estaba ahí.

—¿Venías del hospital?

Erhard no había contado con eso.

—Puede.

—Hablé con Charles el jueves por la mañana y le dije que te habías pasado por el Castillo. Mencioné lo del almacén de muebles y el fuego, asunto del que por entonces ya había oído hablar. Y el viernes Charles me envió un mensaje desde el hospital. Quería saber el nombre del individuo que sacaron del edificio, nunca le contesté. Pero quizá te esperaron fuera. En todo caso, no creo que eso tenga nada que ver con el maestro de baile.

Erhard echa un vistazo al otro lado del tabique plegable, el quiosquero está tirando helado derretido del congelador a un cubo de basura.

—La persona que golpeó al maestro de baile le ha hecho decir que fui yo. Y la misma persona prendió fuego a la casucha de Majanicho anoche.

—Yo creía que ya no vivías allí.

—Por lo que se ve eso no lo sabía tal persona.

—Míralo como una señal para pasar a otra cosa.

—Por supuesto que no lo voy a ver como una señal. Es la misma persona. Y a no ser que tú ya sepas quién lo ha hecho, debería interesarle a esa pequeña parte de ti en franca desaparición que aún es policía.

—¿Por qué tendría que ser la misma?

—Simplemente lo sé.

—A esa parte, la mayor en mí, que es policía, eso no le sirve de nada.

—El autor de los hechos llevaba sombrero —dice Erhard—. En las dos ocasiones.

—Oh, vaya, un sombrero. Una prueba condenatoria. La pistola humeando en la mano.

—Una *txapela*.

La sonrisa desaparece.

—Tienes la nariz demasiado larga, Jorgenson. Ya te lo he dicho.

—¿Así que sabes de quién se trata?

—No juegues más con africanos. Eso es lo que sé. —Bernal pone la mano sobre la mesa. Bajo la mano, Erhard puede ver una pila de billetes. Billetes de quinientos euros—. Veinte de los grandes. Más de lo que has ganado en el último año. Más de lo que vas a ganar en varios años.

—Lo empuja hasta ponerlo frente a Erhard.

Erhard nunca ha visto tanto dinero. Y sin embargo el montón no impresiona demasiado. Parece un montoncito de papeles, nada más.

—Tómalo y vete, sigue tu camino. No tienes nada que hacer aquí. Ya no.

—¿Así que me estás diciendo que es Palabras?

—Te he contestado. Aunque te dijera que no, no me creerías, y si te dijera que sí, seguirías adelante con tu lucha contra molinos de viento. Y lo que no tienes es que seguir con nada, tienes que parar.

Erhard empuja el dinero sobre la mesa volcando la taza, y por el tablero corre el café, que absorbe el periódico.

—No hay ningún otro que ayude a esa gente.

—Tampoco son inocentes. Son ellos los que han elegido venir aquí. Si quieren vivir en Europa, entonces que vivan bajo las normas europeas.

—Díselo a la segunda esposa del maliense, que tiene catorce años y se ve obligada a esconderse en un arcón mientras a su marido lo golpean.

—¿Dónde?, ¿cuándo ocurrió eso?

—Deja de fingir que te interesa —dice Erhard, que se alegra de ver cómo el café ha llegado al borde de la mesa y cae sobre los pantalones de Bernal.

—Te he avisado —insiste Bernal—. Te avisé el otro día en la comisaría. Te he avisado en otras ocasiones. Has llegado al extremo del peñasco y hay muchos haciendo cola para empujarte por el borde. Joder, si hasta yo tengo ganas. Y sin embargo no dejo de advertirte una y otra vez. *Stop*. No hagas nada. Conduce taxis. Léete más libros. Regresa a tu casa, con tu familia.

—¿Y si no?

—Cuando alguien juega con un erizo de mar, se pincha —dice Bernal—. No voy a salvarte más veces. Ya te lo digo. Y tampoco a tu hija.

El del quiosco trae dos vasitos. Los dos con el espantoso ron miel.

—Tómalo con calma, él es poco menos que sordo, no oye nada —informa Bernal, que se bebe uno de ellos de inmediato.

—Tú eres una parte del problema —señala Erhard sin tocar su ron—. Se te pone tiesa por todo el poder que tienes. Eres demasiado tonto para ser malo y demasiado codicioso para ser bueno.

—La razón de que haya alguien como yo es que hay algunos como tú que necesitan de mí para quebrantar la ley. Tú piensas que lo haces por los demás, y en realidad el deplorable motivo por el que lo haces eres tú. Pero es igual, en definitiva, es lo mismo.

Durante un momento, Erhard se queda mirando el agujero negro entre las piedras. ¿Por qué han puesto una madera gruesa encima del terrario si no hay ningún animal dentro? Algo se revuelve, algo está aguardando. Erhard se levanta.

—Hazme un último favor. Si oyes algo sobre Lene, sea lo que sea, deja un recado en el Oleaje.

Bernal hace un gesto con la mano. Se han acabado los favores para Erhard.

—De un padre a otro padre —dice Erhard.

En televisión, uno de los luchadores ha conseguido que el otro caiga, y las piernas y los brazos de ambos quedan apuntando en todas las direcciones, como una rueda de miembros. El comentarista está entusiasmado.

Yace en el suelo. Está tumbada como una muñeca hinchable pinchada, con las piernas abiertas mientras los hombres vienen y van, la puerta se abre y se cierra con estrépito, le soban los muslos, el pelo, bajo el sujetador y le aprietan los pezones, se quedan en las esquinas a fumar y a hablar, hablan de ella, quieren follársela, comérsela, si no fuera por el de la boina de pintor, que está en la habitación contigua y golpea la pared y les pide que se relajen en cuanto los oye discutir, cada vez que uno de ellos se acerca y mete la nariz, la lengua, abajo entre sus muslos, mientras los otros ríen; ella está allí en el suelo tumbada, apoyada en una esquina, de pie en la puerta, y se arrastra a lo largo de la pared mientras contempla su cuerpo sin poder volver a él, sin poder encontrarlo, ni duerme ni está despierto, ni vivo ni muerto. Sólo el dedo habla, el trozo de piel blanda, desprovista de carne y hueso, emite un golpe claro, lo puede oír, incluso por encima de la música irritante y absurda, comenzó en un momento y continúa y continúa como un mercancías que marcha en círculos, el dolor penetra en su cuerpo como la luz tenue de un faro.

Eso son las pastillas. Lo sabe. La han cebado para librarse de sus gritos, sus lamentos, ella misma las ha pedido, les ha rogado. Han estado jugando con ellas, le han puesto una pastilla en los labios y la han metido en la boca con un pulgar grande, basto y caliente, contra la lengua, y ella se las ha tragado una tras otra. Para apaciguar a los hombres. Para apaciguar el dolor. Para apaciguar la música.

Pero nada puede apaciguar la música.

En las sábanas. Su sangre en las sábanas.

Procede de las oficinas relucientes de Londres, de los estudios de Los Ángeles revestidos de terciopelo, de los talleres clandestinos de la industria musical en los que la música se escribe con los datos de Spotify y los artistas son descubiertos cuando llegan a más de diez mil visitas en YouTube. Es pop fabricado a máquina, se filtra a través de las tablas del suelo y de las telarañas de la pared de tal forma que ninguna melodía permanece, tal vez porque nunca la ha habido; ahora sólo quedan las cajas de ritmo sin tambores y las líneas de bajo digitales, y gotean dentro de su cabeza, ahora que yace allí sin poder moverse, sin poder apartarlos.

Debe de haber un club nocturno, una discoteca, un bar donde la música va cambiando. Cada vez que el ritmo varía, ella espera que sea la última canción que suene. Pero continúa y continúa.

Una mano empuja varias pastillas en su boca, tres Mona Lisas, que siente como azucarillos entre los dientes.

Si tan sólo pudiera salir del sótano...

Ojalá pudiera recorrer el pasillo y subir la rampa empinada que lleva al local de arriba. Tan sólo un momento antes de que la volviesen a arrastrar abajo, antes de que le aplastasen los otros dedos, así metería un tenedor en los altavoces y acabaría con la música. Saltarían chispas. La luz parpadearía y se apagaría. Sonarían unos segundos de silencio en la oscuridad antes de que los hombres la atraparan.

No se traga las pastillas; las pone en la mejilla y espera. Espera hasta oír a los hombres cambiar de habitación. Uno de ellos recorre el pasillo y mea ruidosamente en un barreño. Tiene la boca seca y las pastillas se le pegan, pero consigue empujarlas entre los dientes hasta la comisura de los labios y escupirlas. Intenta alcanzar la raja de la silla, pero caen en el asiento, tiene que usar el hombro para empujar las pastillas hacia el corte y meterlas debajo de la espuma polvorienta. Uno de los hombres la ve moverse y llama al tipo con la boina de pintor.

—No estaba en la montaña —dice el de la boina, y le pisa el dedo meñique hasta que cruje. El dolor casi la hace desmayarse—. ¿Dónde está, dónde está?

«Os lo conté todo», dice, pero no sale ningún sonido. «Os lo diré todo», pero no dice nada.

Aguanta el dolor, cierra los ojos y se siente superada. Ellos siguen hablando, pero las voces desaparecen. Sólo la música permanece, continúa.

Puede verse a sí misma de nuevo, allí tumbada. Puede ver a Boina de pintor limpiarse la sangre de sus zapatos de charol, uno de los hombres aplasta la colilla de su cigarrillo en un plato con restos de pescado y tomate, puede ver una cucaracha corriendo por el suelo del pasillo, puede ver una caja de fusibles y grandes conmutadores y un interruptor principal oxidado detrás de una pequeña tapa de cristal.

Un solo clic y todo estará en silencio.

Espera, espera. Reúne fuerzas para poder levantarse y apagar esa maldita música.

65

Erhard

Piensa pasarse por donde Solilla para reorientar las opciones que tiene con ella. Seguro que a estas horas está abriendo la tienda. Pero cuando sale a la FV-2 ve las letras rojas sobre el tejado del hospital y decide buscar a Jean Boulard. Se le pasa por la cabeza si acudir de nuevo a Evie, pero no quiere abusar de su amistad. A lo mejor sólo tiene que entrar y decir que viene a visitar a Jean Boulard. Puede que sea así de sencillo.

Se detiene junto a una de las salidas, donde pacientes y familiares salen a tomar el aire en una serie de bancos. En este momento hay sentado un hombre con pantalones azules del hospital y los dedos de los pies al aire. Habla por teléfono. Junto a él asoma un enorme ramo de rosas del cubo de basura. Erhard se las lleva, tuerce la esquina y entra por la puerta principal. En la recepción se encuentra una joven con pañuelo.

—Vengo a visitar a mi cuñado —dice Erhard.

—Las horas de visita no empiezan hasta las diez y media.

—Esperaré.

—¿Y dónde está? —pregunta la recepcionista mientras mira su ordenador.

—No lo sé. Lo lamento. No he podido hablar con él. Y mi hermana duerme. Ha sido duro.

—¿Cómo se llama? —Está preparada para teclear.

—Jean Boulard —responde Erhard.

Levanta la vista.

—El bailarín —dice ella—. Le han dado el alta. Ayer por la tarde.

—Pero ¿cómo habéis podido enviarlo ya a casa?

De pronto se vuelve escéptica.

—No serás periodista, ¿verdad?

—¿Parezco yo un periodista?

Por vez primera aparta la vista de las rosas para bajarla a lo largo de la camiseta de Erhard.

—Creo que no se pudo evitar. Por lo visto, él sólo quería volver a su casa —indica ella.

Va a preguntarle si puede darle la dirección, que lo más seguro ella tiene ante sí, pero simplemente le da las gracias y se marcha. Se lleva las flores consigo al coche y conduce hacia Corralejo.

Sabe dónde vive Jean Boulard.

El edificio y el portal. Ha visto desaparecer al maestro de baile por una puerta al fondo de la calle, en ese pequeño tramo que está cerrado al tráfico. Aparca mucho más abajo, en Hernán Cortés, y cruza en diagonal a la acera mientras mantiene la vista en el suelo, no vaya a ser que al maestro se le ocurriera mirar hacia la calle.

Entra en el portal. Junto a la escalera hay un hombre sentado hecho un ovillo. El conserje. Erhard levanta las flores.

—Monsieur Boulard —dice él. Y el ovillo mueve la mano para que continúe, como si le estuviera permitiendo saltarse un amplio control de seguridad.

Por desgracia vive en el tercero. Hay una puerta verde con una placa de metal barato que incluye dos estrellas, y entre las estrellas se lee la inscripción en inglés MR. BOULARD. ENTRENADOR DE MR. SHEEN. Oye música, voces tras la puerta. Llama con los nudillos.

Abre una chica alta en bata blanca. Parece una actriz sacada de una de esas series matinales. Tiene pintados los labios de rojo, aunque no lleva tacones altos. Erhard teme haber llegado en medio de algún jueguecito. Boulard, en el sofá, igual que un veterano de la segunda guerra mundial gravemente herido, necesita la ayuda de una enfermera para aliviar sus muchos años de soledad. Pero, echándole un segundo vistazo, parece que la chica es inteligente y tiene algo de acné, así que puede que sea enfermera de verdad. «Qué bien que por fin haya venido algún familiar», comenta ella mientras le muestra a Erhard el pasillo. También podría haberle dicho que siguiera la música, una música alta de swing, pero no dice nada.

Quizá la habitación sea un salón. Sobre el sofá descansan unos cuantos trajes brillantes con detalles vomitivos. En las estanterías hay pequeñas estatuillas, polvorientos premios, recortes dentro de marquitos. Sobre la mesa de comer, un par de jarrones con flores. Más allá, junto a la ventana y un enorme equipo de música, Jean Boulard está en una silla de ruedas con los pies en alto envueltos en mantas de color rosa. De espaldas.

—¿Quién era, Estela?

—Pues..., no sé —dice la chica tras Erhard.

Erhard mueve un bastón y un sombrero plateado de una silla para sentarse al lado de Jean Boulard. Ahora puede ver el rostro del maestro de baile. Espantoso. El lado derecho, rojizo tirando a negro y amarillo, está hinchado y supura. Lleva la nariz y la barbilla escayoladas hasta el cuello. Toda la parte derecha, brazo y hombro, la tiene vendada. El pie izquierdo también está escayolado. El maestro de baile gira la cabeza con lentitud para ver quién se ha sentado. La lengua intenta mojar los labios, secos por los medicamentos. El único ojo abierto se agranda y de inmediato un brote de dolor atraviesa su rostro.

—¿Qué hace usted aquí?

—He oído hablar de la agresión —dice Erhard, como si fueran buenos amigos que acostumbran a ir rápidamente al quite cuando el otro lo precisa.

El ojo se detiene en las rosas.

—Viene con un ramo de rosas baratas para regodearse en mi final. Es usted tan chabacano como lo había imaginado. —Jean Boulard intenta llegar a un botón del equipo de música. Presiona varias veces hasta que la música cambia.

—Fred Astaire —dice Erhard.

—No quiero hablar de música con usted. Ni hablar con usted de nada. De hecho, voy a pedirle a Estela que lo acompañe a la puerta. Y puede llevarse consigo sus rosas.

La chica está de pie detrás de la silla de ruedas sin saber qué hacer.

Erhard echa un vistazo al entorno. Entre todos los galardones cuelga una vieja fotografía de un joven con camisa negra. Ya en aquel entonces tenía los ojos demasiado juntos, pero el pelo le hacía parecerse a Rock Hudson.

—¿Cuánto tiempo tienes que estar en silla de ruedas? —pregunta Erhard.

—¿Cuánto? El resto de mis días. No volveré a pisar un salón de baile. No se puede comparar con la pérdida de un dedo. Así se puede seguir adelante. Esta desgracia... Esos gorilas me han arrebatado la vida entre las estrellas, mi dorada carrera. Todo ha terminado. *C'est fini*.

—Pero los médicos afirman otra cosa, señor Boulard —interviene la chica.

—No confío en los médicos. Son un rebaño de españoles mal pagados, el sistema entero de la Seguridad Social se desbarata, no serían capaces de remendar ni un asado.

La chica mira a Erhard como si ya hubiera escuchado eso alguna que otra vez.

—Dentro de pocos meses estará usted en marcha de nuevo —dice ella, y se va a la cocina, donde algo zumba.

—Tienes que retirar tu testimonio —indica Erhard—. Sabes bien que no fui yo.

—Es posible que usted no agitara el puño, pero usted está detrás de todo esto, no hay la menor duda.

—¿Por qué lo has dicho? ¿Por qué le has mentado a la policía?

El maestro de baile estalla en una mueca macabra que tiene que haberle dolido en todo el cuerpo.

—Es usted igual que todos los demás hombres. Me odia porque he hecho que Mónica vuelva a la vida. Por haberla conducido fuera de la triste existencia en que usted la había dejado. Para introducirla en el baile, en la sensualidad.

—Es Mónica la que elige con quién quiere estar —repite Erhard, apartando de su pensamiento la Mónica de la sensualidad, una imagen repentina de la lengua del maestro de baile en sus pezones.

—Las mujeres son criaturas eróticas. Y como cualquier mujer, Mónica puede ser seducida y adorada. Es algo muy simple, pero que ningún hombre corriente sabe cómo llevar a la práctica. Y ahora alguien me lo ha arrebatado, mi don, ahora soy como usted, un hombre destruido que puede estar sentado frente al televisor todo el día viendo cómo viven la vida los ricos y guapos de «7 vidas».

La misma canción de Fred Astaire. *Dancing in the Dark*. Una y otra vez. Los dedos de Boulard buscan el botón para ir hacia atrás, cada vez que el reproductor de CD va a saltar a la siguiente.

—Después de haberme estrujado, después de que me hubieran pisoteado, destruido mi cuerpo, que durante tantos años he edificado al servicio de la danza, uno de ellos agarró mis manos. Las agarró y las puso delante de la farola. ¿Y sabe usted qué es lo que dijo?

El maestro de baile sostiene la mano izquierda en el aire. Erhard no hace sino que mirarle la

mano.

—Él dijo: «Pero éste tiene diez dedos».

—¿Y qué pasó entonces?

—Entonces se fueron.

—¿Eso es lo último que dijeron?

—Sí. ¿Y sabe usted cómo lo interpreté yo?

Erhard lo sabe perfectamente, pero dice que no.

—Que esta desgracia le estaba destinada a usted. Y que en la disparatada farsa de los dioses, asumí yo por un momento su penosa existencia y pagué por sus necesidades. Así lo interpreto. Y por eso le digo a usted, a la policía y a todo el que me pregunte, en especial a la pobrecilla de Mónica, que usted está detrás de esto. Que usted es el criminal. Usted será demasiado cobarde como para llevar a cabo en primera persona semejante hazaña, pero es obra suya.

Erhard no puede censurarlo. En cierto modo tiene razón. Y tampoco se va a poner a dar explicaciones al maestro sin empeorar las cosas todavía más.

—¿Qué aspecto tenían? Tendrás que haberlos visto —dice Erhard.

—No nos tuteamos.

—¿No podríamos dejar eso ya? —pregunta Erhard—. Estaba convencido de que querrías encontrar a esos hombres. Y yo quiero castigarlos.

—¿Y por qué razón habría usted de querer hacerlo?

Erhard no quiere contarle nada al maestro acerca de Lene o Abdi.

—¿Se podría decir que aún siento simpatía por Mónica?

—Ahórreme sus intimidades. Por culpa de usted no volveré a bailar jamás, nunca podré siquiera ponerme en pie, me quedaré aquí sentado con los recuerdos de mi gran carrera, de modo que ¿por qué habría yo de ayudarlo en nada? Lo que usted se traiga entre manos con esos hombres no va a sanarme ni la pierna ni mis heridas.

—Sé que es difícil de entender, pero hay otras cosas además de su carrera de bailarín.

—Estela, pídale a este hombre que abandone el inmueble. —Jean Boulard agita la mano—. O llame a la policía.

La chica pone una mano sobre el hombro de Erhard para acompañarlo hasta la salida.

—Sé la manera que tienes de seducir y de adorar. Pero no sé si Mónica lo sabe. No creo que ella conozca el modo en el que vas de casa en casa y susurras en los oídos de las señoras mayores de toda la isla.

—Puff, usted no entiende nada, monsieur troglodita. No soy yo, sino el aliento del tango, el alma del pasodoble. Mónica no tiene de qué preocuparse. Hay suficiente para todas.

Erhard ya estaba harto.

—¿Y tú te crees que yo me lo creo? Todos tus premios y tus cejas teñidas. Si eres tan jodidamente hábil, un seductor de primera clase, ¿qué haces aquí? En este apartamentucho. Tú no eres una estrella, no tienes carrera alguna. Eres un gigoló con zapatos de charol que sólo vive para sus asuntillos, un beso en el cuello y un polvo en la calle Dormidero.

—Es usted ruin, primitivo. Conozco a la señora Borell desde hace muchos años, antes incluso de conocer a Mónica.

—No creo que esa explicación le vaya a entusiasmar demasiado a Mónica o al señor Borell.

—¿Qué quiere usted? ¿Ha venido tan sólo a fastidiarme todavía más? ¿A sacarme los pocos euros que tengo? Porque lleva usted razón en que la vida de bailarín no es ostentosa. Yo he seguido mi pasión, mi danza...

—No quiero tu dinero —dice Erhard, aunque bien mirado podría sacarle un par de cientos al imbécil—. Cuéntame quién te agredió. ¿Qué aspecto tenían?

—No vi nada, estaba aturdido. —Los ojos del maestro de baile parpadean como si de pronto la luz de las ventanas lo deslumbrase.

—Concéntrate. —La rodilla de Erhard oprime adrede la escayola que el hombre lleva en el pie izquierdo—. ¿Cuántos eran?

—No lo recuerdo. Dos, tres, cuatro quizá. O más.

—¿Dónde te asaltaron? ¿Dónde ocurrió? ¿Te siguieron desde el coche?

—No, aparecieron. Justo delante de la puerta, al fondo de la calle.

—¿Dijeron algo?

—El grande habló igual que los negros en los suburbios de Londres, tacos y palabras en argot. El otro no dijo nada. Hasta que alzó mi mano y maldijo porque yo tenía diez dedos.

—¿Te preguntaron algo o se pusieron a golpearte de inmediato?

Jean Boulard intenta girar el rostro para poder ver a Erhard.

—No voy a decir más.

—Tienes miedo de que ellos regresen. Que vengan a por ti si hablas.

El maestro de baile cierra el ojo, una lágrima le resbala por la mejilla.

—¿Y el pequeño? ¿Era delgado, era gordo? —pregunta Erhard.

—El otro era gordo. Y medía más de dos metros.

—¿Tenían alguna cosa de particular? ¿Aparte del tamaño?

—El grande. Se movía como un mono rojo, un orangután. Un luchador.

—¿Cómo?

—He enseñado a ese tipo de hombres, luchadores, bailarines ineptos, sobones y perezosos.

—¿Un orangután? ¿Y qué hay de su ropa, llevaban algo sobre la cabeza?

—Un olor a Cacharel. El pequeño olía a Cacharel.

—¿Era él quien mandaba?

—El pequeño señaló mi pie, entonces el grande me tiró al suelo y me pisoteó la pierna. Pisaba como si hubiera llamas sobre una alfombra. Pero en ese momento yo estaba al borde del desmayo. Apenas me acuerdo. Sólo que él pisoteaba.

—¿Dijiste algo? ¿Les hiciste ver que tú eras bailarín? Es importante, Boulard, piénsalo.

—No dije nada. Supliqué por mi vida, por mi madre. Es posible que ellos estén acostumbrados a esas cosas, pero yo nunca antes había sido agredido. Les pedí que me respetaran a mí, a mis piernas.

—¿Les pediste que no les hicieran daño a tus piernas y entonces el grande te pisoteó una de ellas?

—Sí. O a lo mejor lo dije después de eso. No lo recuerdo. Estoy terriblemente cansado, quiero que Estela lo acompañe afuera ahora mismo.

Erhard querría pedirle a Jean Boulard que dejara de hablar como si viviera en una casa señorial o en un apartamento de siete habitaciones en París. Pero no lo hace.

—Dicen que has dado clases de baile a la hija de un hombre rico.

—Mis alumnas son siempre hijas de algún hombre rico.

—Helena —aclara Erhard—. ¿Puede ella haber tenido algo que ver?

—Oh, no, Helena no, no lo creo. En absoluto.

—¿No será que has ido demasiado lejos, quizá su padre o su marido han sentido celos?

—Le caigo bien a la madre, fue alumna mía cuando ella era joven y flexible como una rama de bambú. Y es la que decide en todo. De eso no se puede dudar. Además, ya le he explicado a usted cómo ocurrió hasta el extremo. No abrigo ninguna duda acerca de por qué sucedió. Y parece que usted tampoco.

—Barajo todas las posibilidades —dice Erhard.

—Pues no es preciso que lo haga. Son gente refinada, estamos hablando de gente muy muy refinada. No de un rudo matón de Barcelona. Y Helena aún no se ha casado. Por esa razón le doy clases. El baile nupcial. *Es mi niña bonita*, de Manolo Escobar. Una canción algo fatigosa, si quiere saber mi opinión.

—¿Y qué hay del novio? ¿Puede estar celoso?

—Como ya he dicho, los hombres no entienden nada. Con toda seguridad está muerto de celos, pero Helena no permitiría jamás que me pusiera una mano encima. Una muchacha bonita, es una lástima que tenga la mentalidad del padre. Sería una bailarina decente si no fuera tan atolondrada y veleidosa. Ha de estar continuamente en Facebook o enviando mensajes. Pero ahora ya todo ha terminado. Ahora todo eso ha terminado.

—Le he dado cinco miligramos de morfina hace media hora —dice la chica desde el pasillo. Ella lo ha escuchado todo—. Eso lo vuelve algo más..., sensitivo, si se puede llamar así.

No parece que Jean Boulard la haya oído poner de nuevo *Dancing in the Dark*. En unos días ha envejecido veinte años, casi parece más viejo que Erhard. El pelo se le ha acumulado bajo el vendaje, una de las piernas descansa como si fuera carne fresca que asoma por la abertura del batín, y en el pie sano una babucha lila con un pequeño lazo.

—Volverás a ponerte en pie —asegura Erhard.

Eso ha dicho la chica, aunque Erhard no tiene esa impresión cuando mira el pie cascado bajo la manta y los varios centímetros de escayola. Espera que Mónica visite al maestro un par de veces. Lo empuje en la sillita hasta el jardín, ida y vuelta. Y que después de eso interrumpa la relación lo antes posible. Pero a lo mejor el maestro sabe de verdad lo que quieren las mujeres. ¿Podría ser que él fuera para Mónica mejor de lo que Erhard jamás podría ser..., incluso ahora?

—A pesar de todos sus esfuerzos por atenuar las circunstancias y embarullar los puntos neurálgicos del asunto, seguiré manteniendo ante la policía que es culpa suya —afirma Jean Boulard.

—Es preciso que cambies tu declaración. Que posiblemente la agresión, y digo «posiblemente», me estuviera destinada no es lo mismo que estar detrás de ella. Al contrario. Me duele que haya sucedido.

—¿Es así? Porque no lo parece. De ninguna manera. Viene usted aquí alborotando, me

interroga y me amenaza.

Erhard querría mostrar empatía, pero no sabe cómo.

—Tiene que alejarse de Mónica, monsieur troglodita. No más mezquinos intentos para impresionarla. Y ese interés insano por el Quasimodo de su pobre hijo. Usted ha estado rondando su casa como un insecto alrededor del champán. Y de repente aparece un periodista que lo busca a usted porque se ha escabullido de su mujer y sus hijos al menos en una ocasión, seguro que también en otras. Antes de eso yo no tenía nada personal contra usted. Aunque no lo crea. Tanto como lo que se pueda tener contra una moscarda que se lava en la esquina de una ventana. Incluso me da usted lástima; a fin de cuentas, le falta un dedo. Sin embargo, Mónica lo odia, un odio auténtico. Y no se lo puedo reprochar. Cuando le cuente lo que usted me ha hecho lo odiará aún más por un breve instante, claro está, para olvidarse de usted a renglón seguido. Y si acaso su indiscreto hijo lograra de algún modo que ella hablase de usted, yo, con mi cuerpo destrozado y deforme, estaré a su lado para recordarle que es usted una persona destructiva. Una plaga que cayó sobre su vida y desapareció. Si se retira de manera definitiva, entonces pensaré si cambiar el modo de enfocar el asunto ante la policía. —Jean Boulard agita la mano izquierda y mira fijamente por la ventana hacia el agua que puede verse entre los edificios.

Erhard siente impulsos de volcar al maestro de baile de su silla de ruedas sobre el lado izquierdo, así conseguiría mayor simetría en su dañado rostro. En lugar de eso pone el sombrero plateado encima de la cabeza del maestro y se marcha.

Sale a la escalera y baja.

El conserje sigue ahí sentado. Está recomponiendo el timbre de una puerta. Aceite en los dedos. Erhard lo saluda de nuevo.

—¿Todos los días estás aquí?

El conserje se limita a asentir.

—¿Estabas aquí sentado el viernes, cuando el señor Boulard fue agredido?

El conserje menea la cabeza. Parece como si ya le hubieran preguntado antes.

—¿Librabas?

—Ratas. —Muestra con las manos lo grandes que eran.

—Cazabas ratas. ¿Aquí dentro? ¿En las viviendas?

—El jardín. —Y señala.

—¿Las atrapaste? —Erhard está a punto de salir a la calle.

El conserje vuelve a menear la cabeza.

—Muertas.

—¿Ya estaban muertas? ¿Raticida? —pregunta Erhard.

El conserje se encoge de hombros.

—¿Cuánto tiempo te ausentaste de tu silla? ¿Una hora?

El hombre enseña dos dedos en el aire.

—Pero ya estaban muertas. ¿Por qué te llevó tanto tiempo?

—Así son las normas —dice el conserje, a punto de impacientarse.

—¿Hay normas para ese tipo de cosas?

Él asiente.

—¿Y por qué justamente en ese momento? ¿No podía esperar hasta el sábado por la mañana?

—Entró un hombre. Había visto ratas.

—¿Uno de los vecinos? —Erhard dirige la mirada a una pared con nombres en donde se puede ver el de Jean Boulard.

—No, un hombre grandote. Bien vestido. El labio de arriba puntiagudo. —El conserje dobla el labio y lo arruga en punta hacia la nariz.

—Y entonces saliste a echar un vistazo a la parte trasera. ¿Fuiste a buscar las ratas?

—Sí. Así son las normas.

—¿Quién ha puesto esas normas? ¿Quién es el propietario del edificio?

—Así son las normas en todos los sitios.

—¿Qué quieres decir?

—Así son las reglas en todos los sitios. En toda la ciudad. En la isla.

—Ah —responde Erhard.

—Desde 1982. La plaga de ratas. Vinieron de Inglaterra. Ratas del tamaño de un cerdo. Y ahora dicen que han vuelto. Yo no las he visto todavía, pero dicen que han vuelto. El clima, ya sabes.

—No sé nada de eso. —De repente, Erhard se siente estúpido—. Y el hombre que te habló de las ratas ¿qué aspecto tenía? ¿Llevaba sombrero?

El conserje se limita a encogerse de hombros.

—¿Quién sabe?

—Gracias —dice Erhard y sale.

Una vez en la acera y bajo la farola, al levantar la vista ve una meseta, que es la entrada de personal del Hyperdino, donde Múñez presuntamente estaría con algunos de los empleados del supermercado fumándose un cigarrillo. El ángulo de la farola fue decisivo a la hora de que Múñez pudiera ver lo que los hombres llevaban puesto mucho mejor que Boulard. Boulard fue deslumbrado por la luz. Sin embargo, Múñez vio lo fundamental.

Un singular ovillo se vuelve visible de pronto.

Conduce de Abdi al hombre de la *txapela* y hasta Lene.

A no ser que Lene escapara de la isla a pesar de todo lo que había en su contra, Erhard está convencido de que la misma persona que tiene a Abdi también tendrá a Lene. Buscan a Erhard. Y están desesperados. No puede retirarse del caso como Bernal pretende que haga. No le queda más remedio que meterse de cabeza en él.

66

Erhard

Se acuerda de Cormac. Deja el coche y se desliza junto a los edificios. No quiere encontrarse a ningún conocido. Atraviesa callecitas con motocicletas aparcadas en prohibido y puertas de diferentes colores que abren y cierran de golpe. Se oyen gritos por las ventanas, gatos que bufan en la sombra, hay un pintor descalzo en un balcón bebiendo cerveza.

Desemboca en la avenida y anda cincuenta metros escasos para alcanzar el bazar de Cormac. A distancia puede observar ya que algo va mal. Cormac acostumbra a tener sobre la acera expositores con gafas de sol, sombreros y equipo de baño. Hoy el espacio frente a la tienda está vacío, el cierre bajado. Erhard mira a través del oscuro escaparate.

Es uno de esos días.

Un día al año, o puede que cada medio año, Cormac se levanta y va directamente al pub. Una especie de melancolía escocesa.

Erhard puede ver los taxis mucho más abajo. Al menos hay cuatro o cinco conductores jugando a las cartas al tiempo que discuten sobre política bajo una de las palmeras. Aunque Erhard fuera por el otro lado de calle se arriesgaría a que lo vieran pasar y lo persiguieran. Vuelve sobre sus pasos por el mismo camino por el que ha venido y serpentea. Sube por Acorazado España, pasa la peluquería y baja Isaac Peral hasta la filatelia. El comercio está oscuro. Puede ver el interior y comprobar que en la oficina todo sigue igual que hace una semana. Fernando no ha pisado la tienda desde entonces.

Abajo, junto al puerto, pasa bajo el rótulo del Gallo Amarillo para entrar y sumergirse en la oscuridad. Ramírez está limpiando los estantes, de modo que ha bajado todas las botellas. Envía a Erhard un corto saludo mediante un movimiento de cabeza y lanza un par de dados sobre el tablero de backgammon. En todas las pantallas de televisión se puede ver *snooker*. Arrojan un resplandor verde sobre el lugar. En la barra, dos pescadores cuelgan sobre enormes cervezas. Uno de ellos tiene heridas en los nudillos. Algunos ingleses, jovencitos, se han reunido alrededor de una mesa y tienen el aspecto de llevar ahí desde esta mañana temprano. Ninguno dice nada, uno duerme. En los rincones alcanza a distinguir alguna que otra figura solitaria con una cerveza o una botella de Oporto. Y detrás, al fondo, Cormac está sentado delante de una maquinita. El Gallo Amarillo nunca ha sido un lugar que frecuenten las mujeres. A Erhard le entra la duda de

si alguna vez habrá habido aquí alguna.

—No estarás malgastando tu fortuna con el juego, ¿verdad, escocés? —dice Erhard a su espalda.

—Ése es el problema. Que no hay fortuna alguna. —Cormac aprieta un botón y la pantalla entera se vuelve un remolino.

Erhard no conoce este tipo de maquinita. Es mucho más complicada que aquéllas en las que él jugaba de niño en las atracciones de Bakken, con Thorkild; cinco céntimos daban para una hora de duro trabajo apretando palancas mecánicas en una máquina tragaperras.

—Tengo que preguntarte un par de cosas. Tú conoces la isla mejor que nadie. —Pura lisonja. Pero es necesario.

—Invítame a un whisky, entonces tendrás toda mi atención —dice Cormac. La pantalla muestra dos revólveres idénticos. Parece que la máquina tiene temática de vaqueros. Herraduras, lazos, plumas de indio y revólveres.

Erhard ha de persuadir a Ramírez para que sirva un whisky por cuenta de Cormac. Regresa y lo pone sobre la mesita situada a la izquierda de la tragaperras.

—Creo que me he cruzado en el camino de los Tres Papas —explica Erhard.

Cormac pulsa la máquina.

—Por el amor de Cristo y sus hermanos, ¿cómo puede sorprenderme? ¿Estás condenadamente loco? ¿Por qué acudes a mí? No debes venirme con el cuento. No soy de mucha ayuda. —Se bebe el whisky—. Estoy borracho.

—Tú te conoces todos los rumores que corren por la isla. ¿Has escuchado algo sobre el casino? ¿Acerca de la inundación? Dicen que fue un accidente. Pero yo no estoy seguro.

—Ah, así que no lo estás.

—¿Por qué tendría alguien que inundar el casino? Toda la isla está encantada con el casino. Incluso los políticos. Está destinado a salvar la economía.

Cormac mira a Erhard.

—Dime una cosa, husmeador de pacotilla, ¿no te enteras de nada en absoluto? Hay una guerra. Alguien robó en el gran casino de Santa Cruz. Ayer.

Erhard

—Antes de que digas nada más. ¿Has bebido mucho?

—¿Y quién lleva la cuenta?

—Me gustaría saber cuánto tengo que alejarme. ¿Estás muy borracho?

—¿Según la escala escocesa o según la española?

—Olvídalo. ¿Qué sucedió? ¿Quién lo hizo?

—Eso sólo lo sabe Dios en su perfección. Pero creo adivinar que fue una pandilla de aficionados, se pusieron a pegar tiros a su alrededor y desaparecieron. Esta mañana ha habido una redada en el puerto de Santa Cruz. Lo han retransmitido por televisión, parece que la policía les ha echado el guante a algunos tipos lastimosos, pero hasta ahora no hay nada nuevo.

—Tiene que haber sido una casualidad —dice Erhard. No puede tener nada que ver con la inundación. Nada que ver con Abdi. Parece como si el caso no parara de crecer y crecer.

—Las casualidades raramente son casuales —opina Cormac.

—Sólo un idiota que necesita dinero haría una cosa así.

—Excepto un idiota que quiere lanzar un mensaje. Todos saben quiénes son los que ganan dinero con los casinos. —Cormac aprieta con fuerza uno de los botones, que se ha quedado atascado.

—Yo pensaba que Palabras era propietario del casino en esta isla. Y algún otro rico poseerá el casino de Santa Cruz. ¿Por qué habrían de estar en guerra?

—Berasategui —dice Cormac mientras en la pantalla salen dibujos animados de un pistolero que baja por una calle polvorienta—. Es uno de los Tres Papas. Eso dicen. Pero nadie sabe una mierda.

No puede ser una casualidad.

—¿El vasco es dueño del otro casino? —pregunta Erhard.

—Pálido como un albino. Sólo come huevos cocidos. Está loco por los huevos. Los imbéciles chiflados son siempre los que se hacen ricos.

—Y su hija se va a casar —explica Erhard.

—Sí, una bella serpiente. Se va a casar con Rodolfo, el del imposible y larguísimo nombre, el hijo de Del Fico. Dicen que es la boda del año.

—Seguro que sólo tú lo dices —suelta Erhard.

—No, pregúntale a Penny, ese león marino loco de amor me entretiene con ese tipo de cosas.

—¿Por qué iba Del Fico a hacer eso, cómo puede permitirlo? Si Berasategui es uno de los Tres Papas.

Cormac obtiene tres herraduras. Lo que le supone una ganancia de treinta y seis créditos.

—Berasategui es un hombre fuerte en Tenerife. Posee hoteles, restaurantes, un centro comercial en Santa Cruz, y qué sé yo, incluso es dueño de un hospital, donde los enfermos toman angulas para almorzar y cava cuando les dan el alta. Pero, según dicen los rumores, va camino de salir de los Tres Papas. Nadie sabe por qué. A lo mejor la crisis financiera le ha costado cara.

—Pero ¿Del Fico qué motivos tiene para hacer eso? Va a minar toda su credibilidad. Las elecciones no están lejos.

—Nada de política cuando juego a Gunslinger —ordena Cormac, y se termina el whisky—. De todos modos, la hija no es de las que se dejan gobernar. Penny cuenta que ha sido la hija la que lo ha escogido a él, a Rodolfo, aunque parece un memo aprendiz de torero.

—¿Por qué los periódicos no se han explayado con semejante historia? —pregunta Erhard.

—Porque el Vasco se sienta en la junta directiva de *Las Canarias*, por eso. Además, *El Mundo Hoy* y *Canarias Una* pertenecen ambas a Federico de Gamas, que dicen igualmente que es uno de los Tres Papas. *La Provincia* podría escribir acerca de ello, pero quizá está presionada por su hermano mayor, *Las Canarias*.

—¿Y cómo se ha enterado tu novia?

—Oh, Penny lo sabe todo por sus amigos.

—¿Y cómo se han enterado ellos?

—Facebook. Una de sus amigas trabaja en una joyería de La Orotava en Tenerife. Por lo que parece compraron anillos. —Cormac pulsa aquí y allá en la pantalla—. Lo lamento, no sé más, no te puedo ayudar.

—Estoy reuniendo pruebas para demostrar que la inundación del casino fue un sabotaje. No un accidente. ¿Crees tú que hay una guerra entre los casinos?

—Yo no creo nada, amigo escandinavo, y tú tampoco deberías. Nadie debe ponerse en el camino de esa gente. En todo caso, no voy a meter la mano bajo ese monolito. Sólo soy un mísero, insignificante vendedor de teléfonos móviles y palos de selfi, y la cosa tampoco va demasiado boyante. Me siento aquí para intentar olvidarme de todo, aunque sólo sea por un par de días, un par de horas; puede que durante un par de minutos albergue la esperanza de que ese robot giratorio saque cuatro revólveres y me conceda fortuna y felicidad, pero es difícil de creer cuando tú no haces más que interrogarme y Penny no cesa de llamarme al móvil.

—¿Llevas sentado aquí desde ayer?

—Anoche fui por la tienda y estuve un par de horas en la butaca, tomé un baño, después regresé. Ésta es mi máquina de la suerte, la última vez superé a cuatro caciques. Cien euros.

—Fantástico —dice Erhard, sin importarle demasiado—. Por lo demás, ¿has visto a Fernando Tamariz recientemente?

—El así llamado «rey de los sellos» —repite Cormac.

—He pasado un par de veces junto a la tienda. Ha estado cerrada desde la semana pasada. —

Erhard teme que le haya sucedido algo a Fernando, pero no se lo dice a Cormac.

—Un cuervo, seguro que ha seguido volando hasta otro nido. Necesito un whisky antes de que desaparezca la embriaguez con tanta seriedad. Chao, Ermitaño. —Se levanta e intenta alcanzar la barra.

Ramírez alza la vista y lanza los dados sobre el tablero de backgammon.

Erhard

De regreso al coche ve descollar sobre los edificios las astas de las banderas del casino. Gira para bajar la calle y se sitúa en el cancel de una librería desde donde puede ver el portón y el jardín detrás del casino. Un camión con cajas circula por el recinto. A lo largo de la cerca hay un par de coches con el logo del casino, cajas de botellas y contenedores de basura de tamaño gigante. Unos minutos después salen por una puerta tres hombres uniformados que se sientan en unas sillas plegables no muy lejos de la valla. Permanecen de espaldas a Erhard. No hablan entre sí, sólo escupen, fuman y tiran piedras en dirección a una gaviota que se ha posado sobre una farola.

—¿Me das un cigarrillo, amigo?

Erhard se coloca donde la cámara del cercado no lo pueda ver. Le habla al hombre que tiene más próximo, quien se vuelve. El hombre está hinchado, con un bigote que casi apunta hacia arriba. Podría ser norteafricano. Árabe quizá. Mira a Erhard mientras agarra la verja como si estuviera confinado contra su voluntad. Entonces palpa el interior del bolsillo de su camisa y saca un paquete de tabaco. Deja caer un cigarrillo en su mano.

—¿Eres cocinero? —pregunta Erhard, antes de que el hombre le tienda una mano para encender el cigarrillo.

—Lavo vegetales —dice el hombre en un español precario.

—¿No conocerás a Abdi, que ha trabajado también aquí?

El hombre niega con la cabeza.

Erhard vuelve a intentarlo.

—Es lavaplatos, se llama Abdi. Ha desaparecido.

—Alguno tiene parásitos.

—¿Qué quieres decir? —Erhard no tiene más remedio que dejar que el hombre encienda el cigarrillo; aspira una bocanada de humo y lo envía fuera de inmediato. Sabe a alambre.

El hombre lo repite. Aunque esta vez no suena a parásitos.

—¿Cuando dices «*An desaparecido*» quieres decir que alguien ha desaparecido? —pregunta Erhard.

El hombre mira hacia atrás, a sus compañeros, que mantienen las cabezas bajas entre las piernas en dirección a la puerta abierta del casino. Entonces, él afirma con la cabeza.

—Desaparecido —repite él.

—¿Quién ha desaparecido? ¿Quién?

El hombre se retuerce y niega con la cabeza.

—¿Tú has visto las máquinas? ¿Las que se estropearon? ¿Las bombas?

Le muestra a Erhard la tarjeta de acceso que lleva en su cinturón. Mehdi Hassen. Cocina. Área C. Sólo área C. Hace que sus compañeros acudan a la verja. En sus respectivas tarjetas figuran asimismo «Cocina» y «Área C». Tienen aspecto desgastado, fuman rabiosamente y tiran sus cigarrillos a la calle a través de la verja.

Un hombre con el mismo uniforme los llama desde la puerta.

Comienzan a regresar. El hombre se vuelve y le tiende a Erhard el encendedor.

—Un souvenir —dice él, después desaparece en el interior.

Sale un nuevo grupo de fumadores, de hombres cansados. Dos de ellos son africanos, el tercero tiene un tono de piel grisáceo, turco quizá, con la frente como una bola de bolera.

Erhard observa el encendedor. Lleva el dibujo de un bogavante que sostiene algunas cartas. Debajo pone CASINO FUERTEVENTURA. DEJA QUE LA AVENTURA COMIENZE.

—¿Me das un cigarrillo? —le pregunta Erhard al turco.

69

Le

Dumdumdum, chocgabusi, chocchoc, dumdumdum, chocgabusi, chocchoc, chocchoc, dumdumdum, chocgabusi, chocchoc, chocchoc, suena a *Dirty*, de Christina Aguilera, es *Dirty*, de Christina Aguilera, tichactichac, dumdumdum, chocgabusi, chocchoc, chocchoc, dumdumdum, chocgabusi, chocchoc, chocchoc, dumdumdum, chocgabusi, chocchoc. Está segura de que es *Dirty*. Es irónico. Arriba tal vez suena como una canción excitante que hace que los hombres busquen con lascivia por el local. Aquí abajo suena como una auténtica locura. Pura idiotez. Ahora entiende porqué la CIA la ha utilizado durante muchos años para sus sesiones de tortura.

No sabe qué hora es.

Ha tratado de contar las canciones.

Ha llegado a noventa y siete, pero no está segura de no haberse saltado todos los sesentas. Si ha contado de más o de menos. De media, cada pieza dura algo más de doscientos segundos. Lo sabe bien. Noventa y siete por doscientos, aproximadamente veinte mil, dividido por sesenta, dividido por sesenta. Eso supone entre cinco y seis horas. Desde que ha escupido las pastillas por primera vez. Tras cincuenta y seis cortes han entrado y le han dado cuatro pastillas más, que ha escupido en la raja de la silla. Desde entonces, ha contado cuarenta números..., y ahora *Dirty*, de Aguilera. El dolor del dedo va en constante aumento, todo su cuerpo está sumido en una especie de confuso pánico, no sabe si se debe ocultar o huir.

Hay un hombre en la habitación, mientras que otro camina por el pasillo hablando por teléfono. Ella tiene los ojos cerrados. Puede oír que el que está sentado detrás de ella juega al puto Candy Crush, el volumen está bajo, pero se puede reconocer el sonido de las líneas que desaparecen y las palabras «*tasty*» y «*sugar crush*». Le recuerda a Svend, su mánager, que juega al Candy Crush cuando está entre bastidores.

Por fin cambia la pieza. Espera tres números más.

Entonces prueba si los brazos y las piernas pueden hacer lo que les pide. Los levanta lentamente, un miembro cada vez, por lo que el hombre de la habitación no se da cuenta. Se puede hacer. La parte difícil será conseguir levantarse de la silla y salir al corredor. También debe vigilar que el hombre del pasillo pase de la puerta, en la dirección opuesta al armario de los fusibles. Abre un ojo un poco y lo ve pasar. Todavía está hablando por teléfono y por lo tanto va

sin rumbo ni patrón. A veces, un corto recorrido de arriba abajo. A veces con una pausa en un extremo o en el otro. A veces se detiene en la puerta y habla con el Candycrush. En breve puede que vuelva Boina de pintor. Con otra ronda de píldoras. Tiene que intentarlo antes.

Dos canciones más.

Sugar crush.

El hombre del corredor pasa.

Abre los ojos y se impulsa con codos y manos fuera de la silla. Una cuña de dolor sube desde el dedo hasta el cerebro. Camina hacia la puerta y usa el marco de madera para llegar al pasillo. El Candycrush no llega a decir nada, ella puede adivinar que baja el teléfono unos centímetros y la observa. El corredor es más oscuro y largo de lo que había esperado. Duda si recuerda correctamente, si en realidad hay un armario con interruptores y fusibles después de la otra puerta, justo antes de la escalera. A la luz de la bombilla amarilla pegada al techo, parece sólo un cuadro colgado en la pared. Tan sólo cuando avanza dos pasos es capaz de ver que hay unas tapas. Tal como ella lo recordaba.

Pasa a tientas delante de una puerta. Está ya casi junto a la escalera.

«Perra», se oye decir a una voz que casi desaparece con la música. La música es ahora más clara, más alta y peor que nunca.

Se acerca a las tapas y las arranca. El hombre del pasillo ha dejado su teléfono y ha echado a correr, ella oye sus botas contra el piso. Le mira el cuadro, un revoltijo de fusibles y contadores antiguos.

Ahora hay más hombres en el pasillo. Siente también la presencia de Boina de pintor en algún lugar a su espalda, su voz tranquila bajo todas las exaltadas.

Elige el único botón que está un poco más aislado, parece un interruptor, uno de esos que emiten un sonoro clonc cuando se presiona desde la posición de encendido a la de apagado, tal y como aparece con letras desgastadas en la caja de al lado del botón. Ofrece resistencia. Ella se inclina hacia el cuadro y lo fuerza a bajar.

El sótano y los sonidos y su cuerpo desaparecen.

Todo es negro. Tranquilo.

Todo su sistema nervioso puede reordenarse por un instante, un momento de paz para pensar claramente. Piensa en su padre: inclinado sobre la cabra. Piensa en London: caminando descalzo por su apartamento de Copenhague.

Pero el momento ha pasado. Vuelve a oír a los hombres respirando en su oído, golpeándola y agarrándola, la arrastran del pelo por el pasillo, hacia la habitación. Hacen clic en varios contactos hasta que uno de ellos encuentra el adecuado. La luz de la bombilla sobre ella parpadea y se enciende. Alguien grita por la escalera y le responden.

La tiran al suelo de la habitación y cierran la puerta.

Yace en silencio, el dedo ha comenzado a sangrar de nuevo, a doler y a palpar.

Gritos y portazos, pasos, como si estuvieran siendo atacados. Debe de haber al menos diez o quince hombres. También oye una aguda voz de mujer que atraviesa el techo.

Y la música vuelve. Peor que antes. Mucho peor, porque sabe que no puede detenerla de nuevo. La jodida Nicki Minaj, el jodido David Guetta.

Pronto entrará Boina de pintor. En cuestión de segundos. Esta vez no se contentará con aplastar un dedo. Esta vez le cortará un dedo. Con las tenazas que uno de los otros ha exhibido varias veces. «Hacemos que te parezcas a tu padre, perra.» Todavía no lo han encontrado, quieren saber dónde está. Ella querría decírselo. Diría cualquier cosa para escapar de aquello.

Se arrastra hasta la silla y rebusca las pastillas en la raja del asiento. Encuentra siete y mucho polvo. También hay algo que parece pelo de gato, algo indeterminado. Se lo mete todo en la boca e intenta tragar mientras la puerta se abre.

70

Erhard

Es ya tarde cuando conduce por la costa para, por así decirlo, colarse en Puerto. La luna se ha elevado sobre el cielo azul oscuro, débil y aprisionada. Cruje algo detrás de los ojos, pero no está cansado, siente náuseas después de haber encendido más de siete cigarrillos e intentar fumárselos como si estuviera acostumbrado a ello.

Erhard no sabe qué conclusión sacar. Uno de los empleados, un marroquí, le ha contado que jamás salen de la zona de la cocina. En una ocasión utilizó el teléfono de una oficina. Uno de los jefes lo acompañó abajo y volvió con él. El marroquí no tenía ni idea de dónde estaba el sistema de refrigeración. En todo caso, daba igual. Para orientarse allí hacía falta un mapa, había dicho el marroquí.

Eso hace que contemple dos posibilidades: o que Abdi hubiera confeccionado su propio mapa, cosa que le habría llevado semanas hasta hacer un registro concienzudo de todos los pasillos, habitaciones y rincones del casino; o bien, alguien ayudó a Abdi a conseguir un mapa. Alguien le proporcionó a Abdi un mapa exacto del casino, con dibujos que mostraran dónde demonios se hallaban las máquinas que había de tocar para inundar el sótano y que el casino cerrara. Alguien con poder y deseos de tener más poder.

Para Erhard eso no hace sino acentuar que Abdi está en peligro o puede que incluso muerto. Que alguien está interesado en borrar todo rastro. Aissata e Idowu están en peligro. No pueden esconderse por más tiempo en el piso. Por un instante considera si utilizarlas como cebo. Vigilar la vivienda y esperar hasta que alguien aparezca. Pero no puede hacerlo. Tiene que llevárselas a otro sitio.

Al acercarse a Virgen de la Peña encuentra un gran aparcamiento de grava a dos calles de distancia. Se queda un buen rato mirando la carretera. No hay sino el tráfico habitual. Sale del aparcamiento y pasa frente a los hombres que discuten mientras tiran los dados. La pequeña abertura se halla en diagonal respecto a la frutería de enfrente, pero es difícil verla aun cuando él sabe que está ahí. Penetra entre los edificios. El pasadizo es más angosto y largo de lo que recordaba. Ahora puede ver que en el suelo hay agujas hipodérmicas, papel de plata y trozos de vidrio triturados junto con algo marrón y húmedo que sale de las cañerías de los muros.

Entra en el pequeño patio trasero atestado de basura, mierda de pájaro y polvo. Trepa por la

pared con los pies sobre las piedras que sobresalen hasta llegar a lo alto del descansillo. No hay voces, ni un leve ruido. Llama con el dedo índice a la puerta de Aissata. Mira en el interior de la estancia. Está revuelta y vacía. Huele a sudor y ajo. Nervios.

Llama a la puerta del tío.

Empuña el pomo de la entrada de la vivienda del tío y la abre de un empujón.

Está vacía, en silencio. Oscura.

Hay una taza de té sobre el suelo. Está frío. La tetera también fría.

La puerta del aseo cruje, él la abre del todo, pasa al interior y mira a través del hueco de ventilación hacia fuera, a la azotea.

Varios de los trapos faltan de la cuerda de tender, los han recogido o han salido volando. Detrás de los paños y de unos depósitos de agua ve asomar el pañuelo del tío. Sale a la salita, la cruza hasta la esquina donde hay un hornillo y un lavabo. Sobre el lavabo ve una ventanita. Está abierta, así que la empuja hacia arriba y saca la cabeza fuera. Hay una escalera que casi se diría que es casera, extendida desde el borde inferior de la ventana hasta la azotea del edificio de al lado.

—Aissata —dice él. En voz baja y de forma breve—. Aissata.

No hay respuesta.

Se agarra al grifo mientras empuja las piernas por la ventana hasta la escalera, que se balancea desplazándose por el borde. Cinco metros más abajo se halla el patio trasero que acaba de atravesar. Gatea hacia atrás con cuidado, un peldaño cada vez en dirección a la azotea. Sólo cuando ha hecho todo el camino llama de nuevo a Aissata.

Se arrastra bajo las cuerdas de tender y continúa por detrás de un par de fulgurantes depósitos de agua con tubos que sobresalen. En la sombra ve al tío sentado, rígido de pies a cabeza. Junto a él, sobre una estera, yace Aissata cubierta de tela negra. Al principio piensa que ambos están muertos, deshidratados por el calor, sin embargo, la caja torácica de Aissata se mueve y la boca abierta del tío suelta largos suspiros.

—Aissata —dice Erhard, sin atreverse a tocarla.

El tío abre un ojo y mueve a la sobrina.

Ella se sienta, lo mira a él y a la azotea.

—¿Ha regresado? ¿La pequeña?

—¿Quieres decir Idowu?

—La pequeña se ha ido. Abandonó esta mañana para hacer té.

—¿Hacer té?

—Le pedí que hiciese té para tío Yaya. A lo mejor ha quedado dormida dentro.

—No hay nadie dentro —dice Erhard—. ¿Cuándo ha sido eso?

Aissata mira al tío.

—No lo sé. No tenemos hora. El sol estaba ahí. Sobre el techo.

—Han pasado muchas horas.

—A lo mejor ella está dentro.

—No —repite Erhard—. No hay nadie ahí dentro.

—*Onkel* Yaya necesita té.

—Voy a entrar para mirar de nuevo. Si ella no está, tenéis que venir conmigo. No podéis quedaros aquí.

—Ella vuelve más tarde, ella hace té.

—No, no lo hace. Nadie hace té.

Aun cuando sólo puede ver un poquitín de rostro, parece como si ella estuviera a punto de derrumbarse. Sus ojos no cesan de moverse en derredor, los labios tiemblan furiosos o al borde del llanto.

Una vez más, Erhard pasa por la escalera y se aplasta por la ventana. Se raspa el vientre con el alféizar y nota una punzada de dolor. Echa un vistazo en la cocina. No hay signos de que ella haya hecho té. Mira en los armarios de la cocina, abre cada uno de ellos y observa el fondo. Moscas de la fruta se elevan de una tapa de cacerola abollada. Con anterioridad, Idowu se había escondido en un arcón, pero no parece posible que quepa en armarios tan pequeños.

El servicio también está vacío, el armarito en la habitación del tío.

Cruza el descansillo y penetra en el cuarto de enfrente. Mueve el colchón en todas las direcciones. Mira detrás del plástico compacto que cubre un sofá, comprueba el espacio entre las alfombras persas.

Aparta unas cajas.

La chica yace doblada en la esquina. No hay ninguna duda de que está muerta. Erhard alarga el brazo hacia ella, pero se detiene. Aunque no sea fácil ver algo a través de la tela negra de las vestiduras, no hay sangre ni heridas a la vista. Los largos brazos están desperdigados. El pañuelo le cubre la mayor parte del rostro, pero da la impresión de estar sosegado, los ojos abiertos y algo enrojecidos; también lo blanco, que parece mármol. No sabe a qué se ha debido. Una sobredosis quizá. Pero no hay indicios de abuso de drogas, agujas u otros utensilios en las proximidades.

Toma un tenedor que descansa junto a la pared, donde Aissata suele sentarse. Aparta levemente el pañuelo para ver si presenta signos de violencia en el rostro, en la nariz, pero no se ve nada. Vuelve el pañuelo para retirarlo de la boca y alcanza a ver algo que sobresale, un paño o una prenda que con toda probabilidad ha sido introducida a la fuerza en su boca para que no pudiera pedir auxilio. Es azul claro con costuras negras y bordes raídos. Erhard sabe de inmediato dónde lo ha visto antes.

Es uno de sus calzoncillos. Alguien la ha asfixiado con unos calzoncillos suyos. Prueba a agarrarlos y tirar, pero no salen de la boca. No se atreve a tomar en su mano la cabeza porque tiene miedo de dejar huellas dactilares en otro sitio que no sean los calzoncillos. Los abandona y se levanta.

Aissata y el tío tienen que marcharse enseguida. No es capaz de contarle a Aissata lo sucedido, si bien sería lo más sensato. No ahora. Ella ya tiene suficiente miedo, miedo de lo ocurrido, miedo de perder a Abdi. El temor la puede llevar a sufrir una conmoción que haga que resulte imposible hablar con ella.

Vuelve a poner cajas y alfombras en su lugar. Regresa a la otra vivienda y hace señas a Aissata para que vayan adentro. Ya está preparada junto al tío, que se coloca en la escalera como si se tratara de un tablón. Se vuelca hacia delante y echa la mano en busca del alféizar. Erhard llega a tiempo de cogerle la mano justo cuando la escalera pierde su apoyo y se desploma sobre

el jardín. El tío ha puesto un pie en la cornisa bajo la ventana y mete de lado la parte superior de su cuerpo. Expele algún sonido, palabras. Su pañuelo se ha desenrollado, cayendo al jardín.

—Espera —le dice Erhard a Aissata, que mira la escalera.

Él sale al descansillo y desciende al jardín. Una pata de la escalera se ha quebrado, pero si le da la vuelta alcanza hasta la mitad de la pared que lleva a la azotea. Da indicaciones a Aissata de por dónde ha de bajar y ayuda a su pie desnudo hasta que pisa el peldaño más alto.

—Regresaremos por Idowu —dice él—. Ahora hay que sacaros de aquí.

Trasladan la escalera al otro lado del descansillo y hacen que el tío baje lentamente. Erhard no es capaz de determinar la edad del hombre. Bien puede ser que en realidad sea algún año menor que Erhard, pero parece diez o quince años mayor. Erhard recoge el pañuelo del hombre. Siguen el sendero entre los edificios, Aissata muy despacio mirando hacia abajo.

Les pide que lo esperen en el pasadizo hasta que traiga el Corsa. Conduce por Virgen de la Peña y siente el impulso de gritar al tío, que ha abandonado el pasadizo para cruzar la calle y mirar el surtido del frutero y la caja delante del zapatero. Erhard los mete en el asiento de atrás. Aissata quiere dar una vuelta por la zona para buscar a Idowu, quien a lo mejor está sentada delante de alguna tienda; es tonta, dice Aissata, pero Erhard le explica que eso no va a servir de nada. Salen a Cataluña, poco después Bethencourt en dirección sur, donde pasan frente a los restos de la tienda de muebles, los cristales han desaparecido, el tejado está abierto igual que una caja registradora.

Erhard

Aguardan en una calle sin salida hasta que el sol se pone y la oscuridad de la noche rodea por completo el coche. Un par de lámparas se encienden en las palmeras y se columpian con el viento que procede del mar. El tío se ha dormido en el asiento trasero, Erhard intuye la mirada de Aissata en el espejo retrovisor.

Todavía llega un autobús más, que resopla al subir la cuesta.

Los dos últimos autobuses justo acaban de pasar.

Esta vez, el autobús aminora la velocidad y enciende el intermitente para meterse en el lateral. Una silueta, dos siluetas se bajan y transitan por el sendero que corre a lo largo del camino que sube al hogar Santa Marisa. Sus trajes negros se funden prácticamente con la oscuridad. Tiene la esperanza de que una sea Teófila. Y confía en que ninguna de ellas sea la terrible Liana.

Arranca el coche y cruza al lado opuesto.

Las monjas caminan más rápido ante las luces, sus bolsas de la compra se balancean adelante y atrás. Una se vuelve para intentar ver dentro del coche. Erhard baja la ventanilla.

—Buenas noches, hermanas —dice él.

Una de las monjas hace que la otra se aleje. Se acerca hasta el coche. Es Teófila. Ve a Aissata en el asiento trasero.

—¿Qué queréis de mí? Le he pedido a la hermana Luz que se adelante, pero si no la sigo de inmediato voy a llamar la atención.

—Necesito ayuda —explica Erhard deteniendo el coche, aunque deja el motor en marcha.

—¿Lo has encontrado? —pregunta la monja.

Erhard mira por el retrovisor. Aissata ha comprendido la pregunta y niega con la cabeza.

—No —responde Erhard—. Tenemos problemas.

—Si lo que quieres es más dinero, no puedo ayudarte —dice Teófila.

—Creo que Aissata y su tío están en peligro.

—¿Cómo que en peligro?

—Tanto que no pueden quedarse en el piso. —Erhard no quiere decir más, teme que Aissata se inquiete—. Y yo no dispongo de un lugar donde puedan quedarse. Lo siento. No los puedo

dejar siquiera en un albergue económico. Eso si encuentro alguno.

—Espero que no estés pensando en renunciar. No puedes. —Abre la cremallera de un bolso pequeño que lleva colgado en el hombro—. Toma. —Le tiende dos billetes, dos de cincuenta.

Erhard se queda mirándolos.

—Con todo respeto, pero esto no llega para ningún sitio.

—Pero en todo caso se trata de dinero. —Ella se pone a buscar más, enseñando billetes y monedas.

A Erhard le da lo mismo si es monja o no.

—¿Parezco alguien a quien le importe mucho el dinero? Mira mi coche, mi ropa, mi cara. Mi casera me ha echado, mi antigua casa ha sido destruida por el fuego. Por mi causa, un hombre ha sido vapuleado hasta dejarlo casi muerto. Y temo que algo terrible le haya ocurrido a la segunda esposa, Idowu. Necesitan un lugar seguro donde quedarse.

Teófila se da cuenta ahora de lo que él quiere. Se inclina y pone una mano sobre la ventanilla bajada. Una vez más, Erhard percibe el suave olor a vinagre.

—Santa Marisa es un convento católico —replica ella—. Por más que yo quiera a Aissata, no la puedo meter dentro. Ni desde luego al tío —dice en voz más baja.

—Tú misma has dicho que ayudáis a los pobres. Además, tenéis viviendo ahí a chicos, a chicas, a niños y a adultos.

—Ayudamos a los pobres, señor Ermitaño, pero no los hospedamos. Aquellos que traemos al convento son niños, personas con retraso, enfermos graves. No musulmanes. No es decisión mía, la hermana Liana no lo permitiría jamás. No necesito preguntarle.

—Por todos los demonios, ¿no es la casa de Dios lo que administráis? ¿Y no somos todos hijos de Dios?

—No administramos nada. Servimos a Dios mediante rezos, con nuestras obras.

—Y ahora puedes hacer lo correcto ayudando.

—Lo lamento. —Se inclina hacia delante y mira a Aissata—. Lo siento mucho, Aissata, no puedo.

Está a punto de irse.

Erhard le pone la mano con cuatro dedos sobre la suya.

—Te lo suplico, hermana Teófila. —Le mira el rostro suspendido que parece atornillado al hábito. Esos ojos blanquísimos.

La monja cierra su bolso y se da la vuelta. Levanta las bolsas de la compra. Pero no va a ningún sitio. Se queda quieta.

—Esperad aquí —dice ella, para desaparecer por la pequeña puerta de la pared.

Erhard apaga el motor.

Ninguno habla. Bajo el hiyab, la respiración de Aissata suena alterada. Erhard no deja de imaginarse a Idowu, el rostro inacabado, los pómulos puntiagudos que tiraban de ella en direcciones distintas, la tela agujereada de los calzoncillos de él. Los hombres debieron de encontrarla fuera, junto a la casa.

—No va a venir —señala Aissata.

Ha pasado más de un cuarto de hora. Puede que treinta minutos.

—Volverá —asegura Erhard, quien piensa que ha ido a buscar más dinero.

—Va a llamar a la policía —indica Aissata temerosa.

Erhard no le responde. No quita la vista de la puerta en la pared. Justo hasta que la lámpara que hay sobre la puerta se apaga. Las palmeras se cimbrean de modo que las sombras saltan, van y vienen.

Un coche sube con lentitud el camino, da la vuelta y regresa. Erhard se hunde en el asiento y lo mira cuando pasa. Aissata susurra algo al tío.

—Rápido, venid conmigo.

Es Teófila, que ha vuelto. Mantiene la puerta abierta.

Erhard se baja para sacar a Aissata del asiento trasero. El tío es más lento y se apoya en la mano de Erhard. Sale del coche. Aissata se acerca a la puerta de forma que la luz que hay sobre ésta se enciende, ella mira hacia dentro como si alguien estuviera escondido al otro lado. Teófila la conduce por debajo del pequeño marco al interior oscuro. Erhard remolca a tío Yaya hacia delante. Él lo acompaña sin decir nada. Esa prontitud que sólo un fugitivo puede mostrar. Ellos no tienen nada. Ni un bolso con ropa caliente, ninguna bolsa donde llevar las cosas de plata, ni sobres con fotos. Envía al tío adentro y lo sigue.

Teófila lo detiene.

—Tú no puedes ir con ellos.

—Sólo quiero ver de qué modo los vais a acomodar.

—No creo que vaya a ser de tu agrado, pero es lo único que hay. La hermana Liana no debe saberlo.

—Si tienen una cama, una habitación...

—Pasarán la noche en nuestro gallinero. Un día, una noche, veremos.

Erhard va a protestar, pero ya es tarde. Aissata y el tío han desaparecido. Teófila está a punto de cerrar la puerta.

—Volveré mañana.

—Usa tus energías para hallar al hombre. Sólo pueden quedarse un par de días. En cualquier momento uno de los niños los puede encontrar. Y entonces sí que van a estar en manos de Dios.

—Parece que ahora también lo están —dice Erhard.

Teófila cierra la puerta sin hacer ruido.

Martes

Erhard

Un perro brinca en torno a *Hardy* como si nunca hubiera visto cosa semejante. Erhard no acierta a distinguir si son cuatro o cinco las figuras que observan a la cabra, que se encuentra al otro lado de la cuerda tensada casi dentro de un arbusto. Es muy temprano, la bruma descansa aún en forma de pellas sobre el agua. Baja la escalera. Conoce a la mujer. La llaman Frida, por Frida Kahlo, porque tiene las cejas juntas. También conoce al hombre del perro. Se llama la Grúa, esculpe en la arena, uno de los más hábiles, construye serpientes marinas y calamares de doce brazos en la arena de Corralejo. Además, está el yonqui, el tunecino que vio ayer, y un joven español que parecería un turista corriente si no fuera porque tiene la piel cuajada de pintas blancas y sus ojos miran todo el tiempo hacia arriba.

—Intentamos convencer a Ismael de que la cabra no se puede comer —dice la Grúa sin más preámbulos.

—Parece que sólo quiere jugar —opina Erhard, mirando al perro.

—Me refiero a Ismael —repite la Grúa mientras señala al chico español—. El perro se llama *Diez*.

Igual que el perro bípedo de Binario.

El español desliza el dedo índice por el mentón.

—Me gusta la carne, me vuelve loco la carne. Sabe de locura.

—Alguien le ha disparado a mi otra cabra. Por eso me he traído ésta aquí.

—No queremos más disparos, no queremos tener problemas —dice Frida—. No queremos que venga la Guardia Civil como aquella vez con los cañones de agua; una vez trajeron cañones de agua, dispararon agua entre los pisos y nos arrastraron como si fuéramos focas.

—No habrá problemas —asegura Erhard—. Sólo voy a estar por aquí un par de días.

—Eres bienvenido. También tu cabra —afirma la Grúa, al tiempo que le pasa a Erhard una bolsa con pan. El pan huele amargo, pero Erhard le da un mordisco de todos modos.

—La carne y el merengue saben bien —dice Ismael—. El merengue, los bombones están buenísimos.

El perro ahuyenta a la cabra, que se queda en medio de ellos, y la cuerda se enrolla alrededor de sus patas. Ismael desliza las manos por la piel y la agarra por el cuello.

—¿Tengo que preocuparme? —pregunta Erhard—. He de bajar a Puerto. Espero poder dejar aquí la cabra.

—Ismael es inofensivo —responde la Grúa—. Habla continuamente de comida, pero yo nunca le he visto ingerir más que leche para bebés.

Erhard se deja caer por Virgen de la Peña para comprobar si la policía se halla en el piso de Aissata. No se ve nada, la calle está casi desierta. Idowu aún sigue arriba, con los anillos de colores en los afilados dedos. Una niña larga que no llegó a ser mujer. Piensa en Lene cuando tenía la edad de Idowu. Ella también era magra y ajena a la realidad circundante. Durante unas vacaciones en un camping la vio cambiarse de blusa bajo una toalla. Era pálida y abollada como una bolsa de lona llena de ramitas. No puede dejar ahí a Idowu.

Intenta acordarse del número del Castillo mientras aparca el coche al pie de una lavandería en cuya ventana puede ver un teléfono de monedas.

—¿No recibiste mi mensaje? —dice Bernal en primer lugar.

—No —responde Erhard.

—Les dije que no debías llamarme.

—No lo he recibido. ¿Quedamos?

—Por supuesto que no quedamos. —Bernal habla deprisa y pegado al teléfono—. Tuvimos una llamada ayer por la tarde. Tu hija no se fue en el avión. El equipo de rodaje que la acompañaba regresó a Dinamarca el domingo, no han vuelto a hablar con tu hija desde el viernes por la tarde.

—¿Quién os llamó?

—El exmarido. Tim o algo así.

—¿Qué vais a hacer ahora?

—La Guardia Civil se ocupa del caso.

—Creo que tú sabes dónde está —dice Erhard. Vale la pena intentarlo.

—Que te den.

—No cuelgues. Aún queda una mala noticia. —Una lavadora tras Erhard comienza a alborotar. Se tapa su otro oído presionándolo con un dedo—. Virgen de la Peña, 35, primer piso. El cadáver de una chica maliense.

—¿Qué es lo que has hecho ahora, pinche idiota?

—Ella tiene unos..., ehh, calzoncillos míos en la boca. Pero yo no he tenido nada que ver.

—Deberías haber cogido el dinero. Tómallo y sigue tu camino.

—Intentan que parezca como si...

—Sé muy bien lo que intentan que parezca. El problema es que yo te creo. Pero no te va a creer ningún otro cuando encuentren el cadáver. ¿Y por qué demonios no quitas de ahí tus putos calzoncillos?

—Eso lo empeoraría aún más. Con mis huellas dactilares por todos lados.

—La batalla está perdida. No lo encontrarás nunca. Métetelo en la cabeza de una vez, Ermitaño.

—Tienen a mi hija. Los mismos hombres tienen a mi hija.

—Eso no lo sabes. ¿Qué pruebas tienes?

—No necesito aportaros pruebas. Sería una pérdida de tiempo.

—Ven y entrégate. Encontraremos a tu hija.

Erhard tiene ganas de reírse de él, pero no puede.

Ahora oye voces hablar alto y una puerta que se cierra detrás de Bernal.

—No puedo hablar más. No vuelvas a llamar. —La voz de Bernal cambia—. Le doy las gracias por habernos avisado, le garantizo que investigaremos esas sospechas. —Bernal cuelga.

Erhard sale discretamente de la lavandería y se mete en el coche.

El Corsa baja la calle para salir a Reyes Católicos y rodar hasta el puerto. Da un par de vueltas alrededor de un cercado con barquitos de pesca sobre caballetes, para continuar entre los pequeños astilleros y llegar al muelle. Sigue siendo demasiado temprano, aunque el puerto hace ya mucho que está despierto, un barquito pequeño sale, uno grande entra. Una relajada grúa se endereza.

El Mirador está cerrado, la luz apagada, la puerta cerrada con llave.

¿Qué se había pensado? No es un restaurante de desayunos. ¿Podría ser que el cocinero no llegara hasta las once o las doce? A la derecha del edificio hay un mapa pelado que muestra el puerto y la numeración de los puestos del muelle.

Eso le recuerda algo.

Para orientarse allí hacía falta un mapa. El marroquí del casino lo había dicho en tono de broma, pero era algo decisivo realmente. Abdi no había hallado la instalación frigorífica de manera casual para introducir en la máquina un cucharón de madera. Estaba planeado. Alguien le facilitó a Abdi los planos. El tipo de dibujos técnicos que descansan en la caja fuerte del director del casino. O el tipo de dibujos que tiene clasificados bajo la C de Casino el archivo de Diamond Estate que se halla en el cuarto que está detrás de la secretaria pequeña.

Podría pasarse por la oficina y convencer a la chica para que le permita ver los planos. De todas formas, no tiene otra cosa que hacer mientras espera a que el Mirador abra.

Aparca bastante lejos de allí. Se queda en pie largo rato, bajo una marquesina oxidada que silba con el viento, estudiando el tráfico. Un escolar sobre un patinete eléctrico. Un furgón con la puerta posterior abierta. Una pareja de novios que lleva zapatillas iguales. Nada fuera de lo normal. Entonces cruza la calle y sube la escalera. Son peldaños profundos, altos, de codicioso mármol. No va demasiado rápido, pero termina subiéndolos. La pequeña secretaria está sentada frente a la mesa, absorta en algo que ve en el ordenador. Pasa al interior. Se aproxima a su mesa sin que ella levante la vista. Se cuida de mantener la mano en el bolsillo para que ella no vea los cuatro dedos. La gente recuerda cosas como ésa. Cualquiera se acuerda de un hombre con cuatro dedos.

—¿En qué puedo ayudarte? —dice la secretaria.

—Tengo algo de prisa, así que sólo voy a robarte un minuto.

—¿No viniste la semana pasada?

—Sí, eso es —asiente Erhard.

—Me acuerdo de la gente, quiero decir..., de su cara.

—He venido a recoger los planos del casino. El nuevo casino.

—Ah —dice la chica mientras desplaza de un lado a otro algunos papeles.

—Sí, los planos del proyecto. —Él mira hacia la puerta de la rapada. Está cerrada, intenta escuchar si se oyen voces detrás.

Parece como si hubiera interrumpido a la secretaria en mitad de algo a lo que quiere volver lo antes posible.

—¿Has escrito a Antonio?

—Sí —dice Erhard. No tiene ni idea de quién es Antonio—. Pero no me respondió. Le he escrito varias veces.

—¿A qué email?

—No lo sé. Al suyo particular.

—Pues hay que pedírselo a él. Todo pasa a través de él.

—No contesta. Lamento importunar, pero...

—¿Para qué los quieres? ¿De dónde vienes?

—Tiene que ver con la inundación.

Ella lo mira.

—¿Y no has hablado con él?

—No desde la semana pasada.

Fija la vista en el ordenador.

—A lo mejor puedo imprimírtelo.

—Con eso bastaría —conviene Erhard.

—Y dime otra vez, ¿de dónde vienes? —inquieta ella, al tiempo que pulsa algo en el ratón redondo que tiene en la mano. Unas manos que están ligeramente enrojecidas, hinchadas, Erhard baja la vista hasta el vientre y ve un pequeño abultamiento, una curva donde debería haber un pliegue.

—Enhorabuena —dice Erhard. Un disparo a ciegas.

Ella levanta la vista.

—¿Cómo? —pregunta. Es la primera vez que ve realmente sus ojos. Son de un color verde poco corriente—. ¿Cómo te has dado cuenta? Pero si no se lo he contado a nadie. Sólo estoy en la sexta semana. —Ni siquiera ella lo sabe. Dirige la vista hacia donde se encuentra la rapada.

—No se lo diré a nadie —asegura Erhard.

Parece desazonada.

—Pues no voy a poder imprimirlo —constata ella—. Sólo tenemos una copia, y está en el archivo. —Se da la vuelta y mira hacia el cuarto ubicado detrás de ella en diagonal, cuya puerta se halla cerrada—. No tienes más remedio que contactar con Antonio.

—¿Podrías hacerme una copia? Tenemos a los técnicos esperando, les gustaría saber por dónde empezar.

Ella mira la pantalla.

—Lo lamento. Puedes echarles un vistazo a los planos aquí en la oficina.

—Corre un poco de prisa —dice él.

—Puedes sentarte allí —le ofrece ella, levantándose para ir hasta la puerta. Lo mira un instante. Entonces saca una llave del bolsillo y con ella abre la puerta del archivo—. Ya le puedes decir a Antonio que te he ayudado cuando es cosa suya.

—Claro —afirma Erhard, mientras observa que el picaporte de la puerta de la rapada se mueve arriba y abajo como si alguien fuera a salir.

Ella entra en el cuarto avanzando hacia un alto archivador.

Erhard va hacia la sala de archivos. No quiere que lo vean si la puerta de la rapada se abre.

—Muchas gracias —dice él.

Ella desplaza algo dentro del armario y mete la cabeza por completo en su interior.

—No lo entiendo. —Habla desde dentro del armario, de manera que apenas se la puede oír. Vuelva a sacar la cabeza—. Un momento —dice mientras pasa junto a Erhard para ir al ordenador. Teclea. Regresa al archivador y mira de nuevo. Después cierra el armario—. Pues no puedo ayudarte. Así que no te queda más remedio que hablar con Antonio.

—¿Me dejarías echar un vistazo? Sólo un minuto. —Él se coloca de espaldas a la puerta de la rapada. Oye voces justo al otro lado.

—No es culpa mía. Tienes que hablar con Antonio.

—Tenemos a los técnicos esperando —insiste Erhard.

La chica se inclina hacia delante hasta estar cerca de él de modo que puede oler su chicle.

—Después del robo está todo un poco desordenado.

—¿Qué robaron? —pregunta Erhard.

—Buscaban dinero, descerrajaron cajones y armarios. Se llevaron mi iPad esos hijos de puta. Deberíamos poner una alarma. O alguna cámara.

—Pero ¿por qué yo no puedo...?

La puerta de la rapada se abre. Erhard le da la espalda mientras la oye hablar con un hombre que dice:

—No cuando nosotros estábamos fuera, pero eso va a cambiar.

—Tengo que irme —indica Erhard. Camina hacia atrás como si quisiera saludarla una última vez, luego se vuelve, agarra la puerta y sale de costado a la escalera. Cree oír a la rapada gritar.

Erhard se arrastra escalones abajo y a lo largo de la calle hasta llegar al coche. Pone el intermitente para tomar la calle León y Castillo, donde unos hombres sobre afiladas escaleras cuelgan una pancarta enorme de un lado a otro, por encima de la calle. EL DÍA DE CANARIAS. UNIDOS POR EL ORGULLO DE SU HISTORIA.

Pensaba que podría convencer a la secretaria para que le permitiera ver los planos. Pero se ha puesto un poco rara. Algo había, algo que ocultar. Tiene que regresar ahí arriba. Cuando la secretaria no esté. Un nuevo robo al abrigo del precedente. Nadie tendrá por qué notarlo si procura no destrozar nada. Pero necesita ayuda.

Guillermo Trajo. Un ladrón sin demasiado éxito. Ha estado entre rejas por robo. Y puede que por alguna otra cosa. Hace algunos años estuvo viviendo en el Olympus. Erhard no lo ha visto desde hace tiempo. Quizá haya muerto. La mortalidad es alta entre los sin techo. Muchos de ellos mueren deshidratados o ahogados mientras duermen en la playa, la marea sorprende a la mayoría. Hay un edificio, una antigua fábrica de conservas, lugar de encuentro y donde duermen los sin techo.

¿Es posible que Guillermo Trajo esté allí?

Erhard ha regresado ahora al Mirador. La puerta del restaurante está abierta. Al pie de ella

hay una motocicleta de tres ruedas con plataforma para llevar carga. Una enorme olla descansa sobre el soporte.

Minutos después sale del restaurante un hombre con casco negro y una carretilla delante de él. El motor de la motocicleta está en marcha. Echa un humo parduzco por el tubo de escape. El hombre pone la olla en la carretilla y la conduce al restaurante.

Erhard tiene que entrar. Para echar un vistazo a los números que hay bajo el teléfono.

Saca una goma elástica de la guantera. Las tiene a docenas. Solía utilizarlas para sujetar las facturas de los viajes cuando las entregaba en la central. Después sale rápidamente del coche hasta colocarse en el muro, caminando a lo largo de él, así podrá ver el interior del restaurante.

Es el chico con el que habló la última vez. Oswald. Se ha quitado el casco y habla por teléfono detrás de la barra. Erhard se apresura a tensar la goma elástica en torno a su muñeca para pasarla por encima del puño de la motocicleta. Entonces embraga, mete una marcha y sujeta el acelerador con la goma.

La motocicleta comienza a rodar hacia delante.

Erhard la gira un poco para que pase muy cerca de la puerta del restaurante, antes de que continúe bajando hacia el muelle. Erhard se sitúa en la pared a esperar. Transcurre un instante. Entonces el chaval sale deprisa fuera del restaurante. No ve a Erhard, sino que deja caer una cuchara enorme mientras corre todo lo que puede tras la motocicleta, que va camino del muelle en dirección al agua.

73

Le

Hay una mujer en la habitación. Le lo siente. Después de horas y horas y horas en compañía masculina, puede olerlo, no, no puede oler una mierda, sólo sudor tibio, algodón de azúcar, albaricoque, nota que los hombres callan, puede sentir un tipo diferente de energía, tal vez son sólo los tacones en el piso, cerca, justo al lado.

Todo queda suspendido.

Tiene una venda en los ojos y un cinturón apretado en torno a la cabeza y la boca, para que no pueda hablar ni gritar. Sabe a plástico. Un cinturón barato de uno de los hombres, que ahora andará perdiendo los pantalones. Intentaron atarla a la estantería y a la mesa, atarle las manos a la espalda, pero ninguno de ellos sabía cómo. El dedo le dolía, le latía y chillaba, se soltó, escupió y gritó, sangró por todas partes, y uno de los hombres, Candycrush, tuvo que agacharse para limpiar la sangre con papel higiénico. Puso su móvil en el reposabrazos y salió con el papel. Ella se volvió loca, fuera de sí, pateando y gritando. En realidad, quería llegar hasta la silla y empujar el móvil que descansaba en el brazo. Quería que cayera a la abertura, donde podría cogerlo tan pronto como estuviera sola. En cambio, el teléfono cayó desde la silla hasta el suelo. En el siguiente intento, le pegó una patada para que se deslizara bajo la mesa. Tendría que llegar a la pared, donde los hombres no podrían verlo. Pero antes de que pudiera darle la última patada, se cabrearon. Les importó una mierda su dedo roto. La colgaron por los brazos de una tubería en el techo. Le arrancaron la blusa y el sujetador.

Todo cuelga en libertad. Puede sentirlo. Quedará tan horrible... Es lo malo de los implantes. Pesan demasiado como para que todo pueda quedarle pendiendo sin límite. Y ahora hay una mujer. Una mujer contempla sus tetas.

Arriba: *Government Hooker*, de Lady Gaga. Las cajas de ritmos como un reloj de pared averiado.

Un dedo en un seno, ronda el pezón y gira en círculos hasta la piel del vientre donde se mezcla con los michelines. Luego vuelve a subir. Por encima de la música suena una risa, una risa cordial y feliz.

La mujer habla con ella. O eso parece. La voz es ronca. Está acostumbrada a gritar. Es una mujer grande, tal vez con sobrepeso, tal vez de unos cincuenta años, su boca escupe las órdenes.

«Lláname Afrodita», dice la voz ronca varias veces. Una frase que pronuncia a la perfección. Sus piernas parecen las de una cocinera de una fábrica, pero están metidas en un par de zapatos de tacón de Brian Atwood, que cuesta por lo menos cuatro mil coronas. La mujer ve los cordones de cuero que cuelgan del bolsillo de Le, tira de ellos, con lo que sale la botellita de vidrio. La ata alrededor del cuello de Le. El aliento de la mujer gorda contra la oreja, la mejilla de Le. «Conozco a tu padre, conozco a ese bastardo delgado.» La mujer desabrocha los pantalones de Le. Tira de las bragas y mete la mano. Es un leve contacto. No es incómodo en sí mismo. Sin embargo, es humillante, cruzando de tal modo los límites que Le se retuerce en la cuerda.

La mujer habla de nuevo. Una frase larga y retorcida, un flujo de palabras de subastador charlatán mientras describe un producto. Le se da cuenta de que está a punto de ser vendida. O comprada. Que la mujer está pujando por Le, y que tal vez ella podría sacarla de ese sótano, de este lugar, si le agrada lo que ve.

Le deja de mostrar resistencia ante sus dedos. Muerde y resopla en el cinturón, con lo que el falso cuero cruje; inclina la cabeza hacia atrás ligeramente, saca su sexo. Le ha actuado ante miles de personas, ahora actúa ante una, una a la que casi no puede ver, pero a la que siente como un roce cálido contra su coño.

—*Ohlala* —dice la mujer a la que puede llamar Afrodita. Los hombres en la habitación están callados por completo.

Entonces, la mujer suelta el elástico de las bragas con un latigazo. Los hombres sueltan una breve risa. Muy breve, como si Afrodita, con una mano o una mirada, los hubiera silenciado. Es una mujer poderosa, que decide. Le da un fuerte jadeo, un suspiro en el cinturón, por lo que la saliva y el esputo corren por su cuello.

—Me gustas —dice Afrodita, desde muy cerca—. Un tigre grande y encantador. Muy peligroso

Los dedos cogen el sujetador y lo vuelven a colocar en su lugar. Le suben la blusa hasta los hombros. La mujer habla con brusquedad. Los hombres gruñen.

—Soy un lobo, no un jodido tigre —espeta Le.

—Eso es lo que he dicho, querida. —Luego se va.

La puerta se abre y se cierra. Puede oír la voz de Afrodita, los altos tacones desapareciendo entre los sonidos de arriba, ducducducbeduc. La música sigue siendo insoportablemente alta y corta los oídos de Le. Pero al cabo de unos pocos segundos no significa nada. Unos segundos después, Le percibe una nueva sensación que la hace derrumbarse y colgar de la cuerda, y los brazos ceden.

Los hombres tiran de la soga para levantarla. Le quitan el cinturón y le ponen algo dulce en la boca, sabe a plátano. La venda de los ojos se baja un poco. No es un plátano, son pedazos de una carne marrón que Le no puede reconocer. Casi no puede comerlo, pero tiene hambre y teme que le quiten la comida si se resiste. Traga los trozos sin mastincarlos. Hay huesos dentro, o alguna otra cosa que rasca en la garganta. Uno de los hombres vuelve a apretar el cinturón alrededor de su cabeza, otro tira de la cuerda que la alza hasta el techo. Entre su nariz y el borde de la venda puede atisbar la mesa, su sombra negra. Tiene que moverse ligeramente hacia atrás para mirar debajo de la mesa. El hombre que está a su espalda se enfada y la empuja hacia

delante. Alcanza a ver el teléfono móvil negro que está junto a una de las patas de la mesa, medio escondido, antes de que él apriete la cuerda y sienta el tubo frío contra sus manos.

Tiene que estar de puntillas y no puede inclinar la cabeza hacia atrás sin lastimarse el dedo, toda la mano.

En las sábanas. Su sangre en las sábanas. El dedo debajo de la estantería.

Suena una voz característica, es Homer Simpson diciendo «ay, ay, ay. Ay, ay, ay. Ay, ay, ay». Es un tono de móvil. Le busca el teléfono debajo de la mesa, no puede verlo, dentro de un momento lo encontrarán, dentro de un momento Candycrush se arrastrará por el suelo y buscará su teléfono. Está en la sombra, junto a la pared, dentro de un momento caerán en la cuenta de que ha sido ella quien lo ha empujado hasta allí. Pero no sucede.

Le puede verlo sin cinturón mientras busca su teléfono en el bolsillo, tiene una breve conversación y cuelga. Luego salen por la puerta él y Candycrush. Una música de baile absurda, que Le no conoce, se cuele entre las paredes del pasillo. La puerta se cierra. Está sola.

Erhard

Erhard se apresura a entrar y a llegar hasta la barra. Encuentra los tres números de teléfono. Anota en un papelito el número de Vasco y vuelve a poner el teléfono en su sitio.

El problema es que no se trata de un número directo. La llamada ha sido transferida. Va a resultar difícil saber dónde se encuentra Vasco en realidad. A lo mejor está sentado en un gran despacho dentro de la ciudad.

Erhard está a punto de salir e irse hacia la derecha en busca del coche cuando ve a Oswaldo volver corriendo. Sin la motocicleta. El muchacho corre en dirección a la puerta. Erhard se retira a la pared y se pone en cuclillas. Justo cuando Oswaldo entra por el hueco de la puerta Erhard saca una mano para obstaculizar el pie derecho del chico. El chaval sale volando hacia delante, se va contra una mesa y golpea algunas sillas antes de quedarse quieto en el suelo. En un primer momento, Erhard teme que el chico haya muerto y se acerca más a él. Pero el chaval ya se levanta de nuevo. Erhard da media vuelta para salir a toda prisa. Pero no alcanza a dar más que un paso en dirección a la puerta. El chico es rápido. Se lanza hacia delante sobre Erhard de forma que ambos caen, yendo a empotrarse en un velador, un arconcito de helados, una planta seca, una estantería de vinos vacía tapizada con rafia, hasta que el muchacho logra tumbar a Erhard sobre una mesa y lo deja con el rostro pegado al tablero. Erhard nota el peso del muchacho encima de él mientras el chico retuerce la mano de Erhard contra la espalda, la mano de cuatro dedos.

—¿Quién coño eres tú, abuelo? ¿Qué coño estás haciendo?

—Suéltame, gilipollas, y te lo explicaré, entonces lo entenderás.

—No hay nada que explicar, lo que sé es que tenía que llamar a Vasco si te volvía a ver. Quédate quieto. —El chaval tira del brazo de Erhard hacia arriba de forma que le duele el esqueleto entero. Erhard lo oye teclear en un teléfono móvil.

—Cuelga antes de que consigas que nos maten a los dos.

—Él me ha dicho que eres un viejo enfermo que pretende destruir su negocio. Que quieres ir contando cómo ganamos el dinero.

—Me da igual vuestro dinero. Tu jefe ha mandado golpear a un hombre y matar a una chica. Tiene a mi hija. —Erhard puede oír cómo el teléfono da tono.

—Es mentira, Vasco dijo que mentirías.

—Soy el único que se atreve a decir la verdad. Abdi ha desaparecido. Puede que alguien lo haya matado. Y tu jefe está involucrado.

—No quiero saber nada más de ese puto lavaplatos. Vasco dijo que no debía hablar contigo sobre él.

Continúan los tonos.

—Cuelga y escucha lo que te cuento, chaval. Han matado a la novia de Abdi. Y a lo mejor también a él. Tú eres joven, deja de...

—Se lo han buscado los africanos, es su jodida culpa —dice el chico—. Pero ¿es que no pueden dejar de venir aquí? Éste no es su sitio.

—¿Y tú qué piensas que ha sido de Abdi? ¿Quién crees que es el culpable de su desaparición? A lo mejor eres tú el que desaparece la próxima vez, piénsalo, piénsalo un poco.

—Diga. —Hay una voz al otro lado muy lejana—. ¿Hola?

El muchacho no responde. Se puede oír el tictac de un barco, un motor grave que saca con esfuerzo un pesado casco del puerto. Entonces, el chaval interrumpe la llamada y suelta la mano que Erhard tiene a la espalda.

El brazo está mustio, lo nota basto, ajeno. Erhard se impulsa para ponerse en pie. Mira al muchacho con sangre resbalándole por la frente debido a la caída.

—No es porque te haya creído —dice Oswaldó.

—¿Para quién trabaja Vasco? ¿Has visto a un hombre que lleva sombrero?

—Relájate, abuelo. Yo no hago sino la comida que me piden, no me mezclo en ninguna otra cosa.

—Claro que lo haces. Te chivaste de que yo había estado aquí, un hombre con cuatro dedos, les dijiste, y encontraron el nombre en la agenda. Entonces dieron una paliza al hombre equivocado. Tú ya estás involucrado.

—¿Y qué demonios podía hacer yo? Es mi jefe.

—¿Has visto a un hombre con sombrero?

El chico parece confuso.

—Hay un montón con sombreros.

—No digo la redecilla del cocinero ni la gorra de color del lavaplatos. Me refiero a una *txapela* sobre la cabeza de un hombre trajeado.

—Lo que sea. No tengo ni idea de lo que hablas.

—¿El número al que llamabas? ¿Vasco? ¿Dónde tiene su despacho?

—Cotillo. El restaurante de Cotillo.

La respuesta ha sido muy rápida, demasiado fácil.

—Mientes —dice Erhard.

—Preparo comida, no soy un criminal. Le prometí a mi madre que haría que se sintiera orgullosa de mí.

—Entonces deja de ayudar a los delincuentes. Cuéntame dónde está Vasco.

—Demasiado tarde, mi madre está muerta.

—Nunca es demasiado tarde. ¿Dónde está Vasco?

—El Paraíso —dice Oswaldó—. Quizá. No lo sé. Es cierto, no sé dónde está. Tiene varios

sitios. Pero...

Ahora vuelve a la vida el brazo de Erhard.

—Pero ¿qué?

—No debes contarle que te lo he dicho yo. Si no, me despide.

—No diré nada.

—Tengo que entregarle la olla y siete ovejas. Me lo ha pedido él mismo.

—¿A qué te refieres?

—A que es probable que sea él quien las despiece, las corte y limpie la carne. Es su especialidad.

—¿Es carnicero?

—Ha crecido entre faisanes, ovejas, cabras, cerdos. Puede partir un gato hasta en sueños. Lo dice él mismo.

—¿Y por qué me cuentas eso?

—He de ir a por las ovejas hoy. Y él las prepara para mañana. Tienen que estar listas mañana a mediodía.

—¿Dónde?

—Pensión Nerea, abajo en La Pared.

Un hotelito con pista de minigolf. Erhard conoce el lugar.

—¿Y él estará ahí mañana a mediodía?

—Eso creo.

—Cuéntale a Vasco que hoy he estado por aquí. Dile que me has dado un repaso por el suelo, tal y como ha ocurrido. Dile que yo parecía, ¿cómo dijo él, enfermo? Puedes añadir *demente*.

El chico asiente.

—Vale, abuelo.

Erhard va hacia la puerta.

—¿Puedo confiar en ti? ¿Que no le vas a decir nada a tu jefe? Si descubro que te has chivado voy directamente a la policía. ¿Entiendes, chaval?

Erhard

Sube Virgen de la Peña con el coche y se queda de pie en un local de comida rápida picante donde preparan una carne casi achicharrada sobre un pincho giratorio. Desde el interior, muy retirado, al fondo del negocio puede ver trabajar a la policía. Han venido dos coches de policía, un coche de la Guardia Civil y una ambulancia, estacionados todos en la acera junto a la vivienda. En paz y silencio. Como cuando recogen a un centenario que se ha adormecido con una sonrisa en los labios y tres gatos sobre el vientre.

Un par de chicas toman fotos con el teléfono móvil, por lo demás, el episodio no despierta mayor expectación. Y puede también controlar el tráfico. Un coche blanco se desliza por la calle. Un gato blanco cruza la vía en dos saltos. Erhard intenta localizar a alguien que resulte sospechoso. Hombres con sombrero, hombres que arrastran los pies y apenas pueden ir erguidos, hombres de barba poblada. Hombres que encienden cigarrillos mientras intercambian unas breves palabras con una moto de por medio. Ninguno de ellos mira hacia la vivienda, ninguno se detiene.

Un coche blanco se desliza por la calle. Él mira calle arriba. Más allá de los comercios, más allá de la hamburguesería que parece en cuarentena, con tablonos frente a la puerta, puede que víctima de la plaga de ratas, quién sabe. Hasta el semáforo arriba del todo, el pequeño, amodorrado cruce, por donde raras veces llegan coches del insignificante ramal.

La luz cambia. De verde a rojo. Y de nuevo a verde. Algunos coches bajan por Virgen de la Peña y pasan justo por el cruce.

Vuelve al rojo, verde para el pequeño ramal.

—Ahora —dice él. Lo dice en alto.

Primero no ocurre nada.

El cruce está desierto. Al cabo de unos segundos, la luz va a cambiar una vez más.

Entonces aparece un coche por la esquina. El convertible blanco. Otra vez. Es largo y cuadrado. Lleva dos hombres, uno en el asiento delantero, otro en el de atrás. Por lo menos es la cuarta vez que pasan. Erhard no ha reparado en él hasta que ha dado la segunda pasada. En ese momento había tres hombres en el coche.

Giran la cabeza, aunque sólo hacen el amago; al pasar miran hacia la vivienda y los coches

de policía. En esta ocasión van algo más rápido. A pesar de las gafas de sol, Erhard reconoce fácilmente al conductor alto y delgado, así como al hombre pequeño y corpulento que se sienta en el asiento del copiloto con el brazo derecho saliendo por la ventanilla. Josep, del casino, y Charles, la mano derecha de Palabras. En el asiento trasero va Mario, el sobrino de Charles, con un reluciente aparato de ortodoncia sobre sus grandes dientes.

Erhard se apresura a salir del local para ir hacia el Corsa. No sabe qué va a sacar con eso, pero siente el impulso de ver qué es lo que hacen. Arranca el coche y gira en redondo de forma que casi le da a una motocicleta. La vía se vuelve unidireccional mucho más abajo, hay seis o siete coches detrás del convertible blanco y se ve obligado a embutirse para salir por delante de un camión si quiere seguirlos.

Llegan a Constitución. Casi cien metros por delante de él, el automóvil blanco busca situarse a la derecha, se mete en la rotonda y baja por Cabrera. En las piernas se materializan los muchos años de conducción, Erhard siente cómo regresa a él la energía.

Llegan a una zona carente de vida. Ningún niño jugando, ni una ancianita en los bancos. Lo que hay son camionetas de tres ruedas, muestras de asfalto incomprensibles, palmeras como puntas de zanahoria que emergen justo de un punto concreto en la anaranjada tierra reseca. Al final del camino se ve el mar como una pared azul y cuadrillas de gaviotas que esperan preparadas sobre los tejados de los almacenes multicolor. El coche blanco delante de él circula por toda la zona sin poner intermitentes. Durante un largo trecho conduce detrás de un furgón que lleva sobre su plataforma a dos trabajadores molidos, pero, cuando se desvía, él se mantiene a una buena distancia del automóvil que va por delante, al que está a punto de perder de vista en varias ocasiones. Alcanza a ver cómo se mete tras un enorme edificio que parece una tarta y sube por una estrecha calle donde todo está cerrado.

Ya se encuentran casi en Parque Occidente y continúan a través de una oleada de callecitas. Después giran para bajar por un par de calles de un único sentido y bordean un jardín cercado, una jaula verde con un par de tiendas y un restaurante que están cerrados pero que parecen caros. El automóvil blanco se detiene, sube la mitad del coche sobre la acera, mientras Charles sortea con fastidio algunos coches para entrar por una enorme puerta que tiene una G en el centro. Geordi. Varias generaciones de fanáticos sastres que cosen a mano.

Erhard estira las piernas mientras espera.

Poco después sale Charles a la calle con una gran bolsa en una percha, que mantiene en alto para que no toque el suelo. Se ha quitado las gafas de sol. Parece un niño cansado, un deportista de lucha libre con los ojos húmedos.

Charles deja la ropa en el asiento trasero del convertible blanco, donde está Mario, y se sienta de nuevo en el automóvil. Continúan bordeando el jardín para salir a una vía amplia. Una scooter con tres jovencitas los adelanta haciendo eses por la calle. Perros de singulares tamaños corren entre el tráfico.

Giran hacia la FV-1 en dirección sur. Erhard va cuatro coches por detrás de ellos. Es fácil seguir a un coche de este estilo. No hay tantos lugares por donde circular. Y a lo mejor carece de interés. Puede que bajaran casualmente por Virgen de la Peña. Quizá sólo vayan de tiendas. Debería dejar que se fueran y buscar al ladrón revienta cerraduras Guillermo Trajo en la azotea

de la fábrica de conservas en Hispanidad. Pero no puede dejarlo, necesita ver adónde van.

El convertible blanco atraviesa Malpaís Grande. Pasa junto a Costa Calma, que tras la invasión de los surfistas, y si se prescinde de la enorme cantidad de basura, ha vuelto a su aburrido ser. Atraviesa Jandia. Morro Jable.

Modera la velocidad al llegar al interior de la ciudad. Parece como si fuera a aparcar, pero Charles se detiene un instante para gritarle a un hombre al otro lado de la calle. El hombre agita los brazos. El coche acelera y circula eludiendo unas obras. Entonces gira atravesando el sentido contrario y se embute en una calle estrecha.

La calle en la que vivía Idowu.

El convertible blanco se para un poco antes del patio trasero. Los hombres salen a la calle y entran en el patio, el delgado Mario va brincando detrás. El tatuador y un par de amigos con pelo verde y falda escocesa están sentados en el sofá delante del negocio bebiendo cerveza de botellas que parecen medicinales. Erhard conduce frente a ellos y se desvía hacia el lateral. Se apresura a cruzar la calle, a meterse entre vehículos hasta subirse a la acera. El tatuador y sus amigos han empezado a reñir y se salpican con cerveza.

Da la vuelta a la esquina para entrar en el patio trasero, se oculta todo el tiempo detrás de un edificio. Ahora ve a los hombres que han entrado en la pequeña habitación de Idowu. Josep da patadas a las cosas, arranca las cuerdas de forma que los trapos caen en picado, ruido de madera que se astilla. Mario no hace sino que fumar de pie. Charles se ha quedado junto a la puerta hablando por teléfono, su chaqueta tiene la espalda mojada por el sudor.

—Hey.

Un sonido a la espalda de Erhard.

Es uno de los tatuadores.

—¿Qué haces aquí? Tú eres el del otro día —dice el hombre.

Erhard se acerca a él para que ni Charles ni los otros los puedan oír.

—Hay tres hombres en el patio destrozando la habitación de la chica.

El tatuador dice algo a sus amigos, y dan la vuelta a la esquina. A la carrera. Una visión tremebunda para la mayoría. De hecho, es cosa rara ver correr a un tatuador. Por lo general suelen tener bastante sobrepeso o ser demasiado vagos como para moverse con rapidez.

—A lo mejor podéis hablar un poquito con ellos —sugiere Erhard, pero sus palabras no consiguen detenerlos.

Cuando mira tras la esquina, el tatuador está golpeando a Josep en la nariz, la sangre chorrea sobre la camisa blanca. Josep no tiene una apariencia demasiado elegante. Parece un vendedor de barcas. Pero Josep es jefe de seguridad, está acostumbrado a tranquilizar a ludópatas enojados. Hace un pequeño movimiento y machaca la cara del tatuador con la mano abierta. Fuera del cobertizo, el tipo de la falda escocesa se aferra a las orejas de Charles, pero éste lo empotra en la pared de forma que la falda se le baja hasta las rodillas. El del pelo verde se ha hecho con un pernil de madera que parece una pata de mesa de Ikea y se lanza hacia delante contra Mario, y ambos desaparecen en el interior de un contenedor. Erhard puede ver cómo Charles saca un arma, algún tipo de pistolita. Entonces, Erhard da media vuelta para regresar rápidamente al coche.

Luego Bernal miente.

Palabras está implicado, también Palabras busca a Idowu.

Erhard pone rumbo a Hispanidad, a la fábrica de conservas. Para junto a una de las escaleras.

En el momento en el que involucre a Guillermo Trajo se colará el desorden, la cosa se tornará más caótica. Lo sabe muy bien. Pero no tiene más remedio que ver los planos. Es preciso que descubra quién ha ayudado a Abdi. Sólo así encontrará a Abdi.

Sólo así encontrará a Lene.

Sale del Corsa de medio lado y sube a la azotea. Hay cinco o seis personas sentadas entre el sistema de ventilación y las cajas de cartón. Elige de inmediato al único que parece que no está emporrado o borracho. Un hombre con las cejas pintadas.

—Guillermo, ¿lo has visto?

—Aquí no hay ningún Guillermo —dice el de las cejas.

—Alto y larguirucho. Por lo general lleva un vestido con pechos cosidos.

—Lo vi hace un par de días —indica uno de los otros, una chica con un suéter demasiado grande y el pelo apelotonado.

—Gata —dice el de las cejas, que intenta poner en su lugar a la chica.

—No es peligroso —repite la chica al de las cejas mientras mira a Erhard—. Hace trencitas a las niñas allá abajo, junto al centro comercial.

Podría ser Guillermo.

—¿Las Rotondas?

La chica asiente.

—¿Duerme aquí algunas veces? —pregunta Erhard a la chica.

—Duerme detrás del centro comercial. Después de que desaparecieran los romaníes hay algunas rejillas libres —explica el de las cejas.

Circula alrededor de Las Rotondas, con mayor lentitud cuando pasa junto a las puertas de entrada. De pie delante del Burger King hay un vendedor de bisutería. Erhard baja la ventanilla del lado derecho y le pregunta si ha visto a Guillermo. El vendedor de bisutería le responde que mire en el edificio del aparcamiento.

Saca un ticket y sigue las flechas a través del edificio. A pesar de ser el centro comercial más conocido de la isla, apenas hay coches. Lo que sí hay son muchos rincones oscuros y anchas columnas que dificultan la tarea de ver si hay algún hombre durmiendo. Llega a la planta inferior y vuelve a subir por una rampa. Y da un nuevo paseo. En esta ocasión más lentamente. Erhard detiene el coche para vocear, de modo que el nombre de Guillermo resuena en el hormigón parduzco.

Piensa si dar una vuelta alrededor del centro comercial en busca de las rejillas. En la barrera tiene que pagar a un joven un euro. Erhard nota cómo las monedas del bolsillo empiezan a escasear.

Justo cuando vira para tomar el carril, una persona aparece frente al coche. Erhard pisa el freno con brusquedad, las finas cubiertas del Corsa silban, el motor se cala.

—¡Guillermo! —grita Erhard por la ventanilla.

El hombre se cimbreo delante del coche con un vestido de leopardo que cuelga sobre los enormes pechos como una vela rasgada. Después comienza a caminar a la carrera por la acera. Erhard arranca para rodar tras él hasta la esquina y el Burger King, donde ha entrado.

Después aparca bajo una palmera.

Se precipita para introducirse por las puertas del Burger King y ve a Guillermo Trajo sentado a una de las mesas de color beige. Erhard se sienta sobre el banco de plástico frente a él.

—Te estaba buscando —explica Erhard.

—Lo he oído a la perfección. Que sepas que a uno como yo escuchar así gritar en alto su nombre en los sótanos de un aparcamiento le evoca recuerdos especialmente desagradables.

—Necesito tu ayuda —dice Erhard.

—Me gustaría tomar dos helados de caramelo —señala Guillermo Trajo.

Erhard va a buscar dos helados. Ahora sólo le quedan un par de euros más.

Guillermo los come sin decir palabra. Una vez que ha rebañado con la cucharilla ambos vasitos levanta la vista hacia Erhard.

—Creo adivinar que no me necesitas para hacerle trencitas a una niña.

Erhard

Descansa sobre unos trozos de cartón. A las ocho ya está listo. Conduce hasta Puerto. Para recoger a Guillermo. Atraviesa una zona desierta con la carretera cubierta de arena. Las máquinas barredoras están en marcha. Se arrastra detrás de una de ellas hasta que la puede adelantar. Un camión y un furgón pasan sobre las dunas. No es algo que se vea todos los días, apenas si llega a concebirlo. No se puede conducir por la arena. Enseguida el camión y el furgón han desaparecido. Casi parece que se hubiera confundido al verlos por el retrovisor. Sin embargo, no hay nadie detrás de él. El cielo está rosa, rojo, moteado.

Lene se las había recordado. Las vacaciones de 1985. Todos estos años en la isla deberían haber borrado ese tipo de cosas por completo. Ahora acude a su memoria una vuelta por el Oasis Park. Las dos niñas en el asiento trasero de un automóvil alquilado. Annette se quedó en el hotel, abrasada por el sol y cabreada, con una novelucha policíaca. Las chicas estaban preocupadas. No hacían más que hablar de su madre, preferían regresar al hotel y no les gustaba el parque zoológico, que por entonces no era gran cosa. El papagayo aburría. Los camellos olían. No se podían permitir el viaje, pero Annette no soportaba el largo invierno. Así que había que ir a Gran Canaria, decidió ella, y se compró un bikini amarillo. Una vez en el aeropuerto todo estaba vendido. Pudieron optar a una anulación para ir a alguna de las otras islas. Miraron a las niñas con sus camisetas de tirantes de color rosa y compraron los billetes sin saber cómo se llamaba la isla. No había en realidad ningún hotel y apenas había turistas. La comida era pésima. De todas formas, Erhard sintió algo moverse en su interior. La sensación de que podía respirar. Ahora lo recuerda, mientras se adentra en la noche, cuando las casas encienden las luces y la ciudad surge a lo largo de la costa. La sensación de remover los límites del mundo, las fronteras de la razón, los bordes de la nada. Despertó algo dentro de él. Una honda perturbación.

Vira para subirse a la acera junto al acceso al edificio del aparcamiento.

Sobre las nueve, unos quince minutos tarde, sale Guillermo Trajo de la oscuridad del aparcamiento vestido con un chándal verde que pretende ser femenino, y le hace parecer Marilyn Manson con un traje de señora. Lleva un bolsito en el hombro. Bajo el terciopelo, los pechos semejan un grueso vientre.

—Mi querido juego de gonzúas —dice Guillermo mientras golpea el bolso.

Aparcan en una bocacalle para caminar un trecho en la dirección contraria antes de cruzar apresuradamente y regresar hacia el edificio donde se encuentra Diamond Estate. Guillermo va dando saltos con sus zapatos planos. Se aproximan a la extensa parte acristalada donde se halla la entrada. Guillermo abre el bolso, quizá para sacar algún utensilio, pero la puerta del vestíbulo ya está abierta. El lugar está iluminado por bombillas blancas y luminosas. Van directos a subir por la escalera.

Erhard no puede dejar de mirar hacia atrás ni de estar atento a frenazos de coches en la calle o pasos por la escalera. Guillermo mira dentro de la bolsa mientras mete ruido y tintinea como una cabra. Alcanzan el primer piso. Hay música en algún sitio, pero es imposible oír si viene de fuera. Continúan hasta el segundo, Erhard apenas puede seguirlo.

DIAMOND ESTATE, se lee sobre la puerta, que está cerrada.

Tiene también un cartel con una alarma.

Guillermo suelta un breve suspiro.

—Todos ponen letreros falsos —dice él. Se sienta en cuclillas delante de la cerradura para examinarla.

—¿Llevas una linterna? —pregunta Guillermo.

—Eres tú el ladrón —apunta Erhard.

—Sólo he preguntado.

Guillermo saca dos ganzúas planas que parecen parte del instrumental de un dentista. No para de trastear como si no tuviera ni idea de lo que hace. Erhard se pone nervioso. Se coloca junto a la escalera y mira hacia abajo.

—Es una MCM —informa Guillermo Trajo. Se refiere a la cerradura—. No somos buenos amigos, sólo quería decirlo. —Se oye barullo en la calle. Un grito.

Por fin se oye un pop y un clic.

Guillermo con su conjunto deportivo verde empuja la puerta, que se abre dando contra la pared. Erhard piensa si no deberían llevar guantes puestos, pero lo más seguro es que Guillermo no tenga, y de todos modos le dará igual. Guillermo silba como si la habitación fuera imponente. Parece que no haya estado dentro de un edificio desde los ochenta, cuando uno se dejaba impresionar por una tanda de baldosas ajedrezadas y un conjunto de sofás. Una lámpara de oficina ilumina la mesa de la secretaria. Sin decir palabra ninguno de los dos, entran. Erhard empuña la puerta que se halla detrás del escritorio. También está cerrada. Señala la cerradura.

—*Conchetumadre* —dice Guillermo—. Pensaba que sólo era una virgen a la que había que rendir.

—No sabía que ésta también estaba cerrada.

—¿Qué es lo que guardan aquí? ¿Las joyas de la corona desaparecidas?

Erhard calla.

De nuevo, Guillermo se sienta en el suelo, observa la cerradura y saca las ganzúas.

Erhard corre las cortinas grisáceas tanto como dan de sí. No cubren todo el tramo, pero tapan justo la mitad en donde Guillermo está sentado hablando consigo mismo. Una de las ganzúas se queda enganchada, él la maneja con cuidado, pero no se suelta.

Erhard no lo soporta, así que se pone a mirar en los armarios, a revolver entre las pilas de

papeles que descansan en el escritorio por grupitos sin criterio aparente de unión y con pósits sobre ellos. Apoyado contra el ordenador hay un papel que lleva un elegante motivo en la parte superior.

Una invitación de boda. 30 de mayo.

Es la celebración de la que hablaba Cormac. La rapada ha sido invitada. Señora Teresa Ruiz. A la ceremonia y a champán con música. Todo tendrá lugar en Las Dunas. Lo más probable es que después haya comida y una fiesta, pero a esa parte no ha sido invitada la rapada. El tema es «noches árabes».

Finalmente, Guillermo abre la cerradura. Se yergue y recoge las ganzúas que descansan en el suelo. Erhard empuja la puerta hacia un lado, enciende la luz y agarra el pomo del archivador. Cerrado también.

—Me estás explotando. —Guillermo tiene aspecto de haber trabajado suficiente por una sola noche. O por una semana. Las rayas negras alrededor de sus ojos se han corrido por el sudor y parece un payaso ahogado.

Erhard sale del despacho en busca de un armario donde ha visto que había un par de botellas de vino y bebidas alcohólicas, lo abre, saca una botella marrón y la destapa. Se la acerca a Guillermo, quien lee la etiqueta antes de beber a grandes tragos, que hacen que su aguda nuez dé golpes bajo la piel.

Se oye más alta la música que viene del pasillo. Alguien sube o baja, pasos que resuenan. Una voz o dos. Erhard apaga la luz del despacho, sin saber si eso sirve de algo. Las voces pasan de largo por la escalera, pero la música sigue igual de alta. Procede de arriba. O de fuera.

Guillermo vuelve a la tarea. Hace que Erhard le sujete la lámpara del techo de modo que alumbré el armario. Utiliza unas ganzúas largas y las mueve con lentitud. El archivador emite un breve clonc.

Guillermo cae exhausto por el suelo.

—Ya no más por hoy —dice él, y vierte el contenido de la botella marrón directamente en la boca.

El armario está repleto de cajas con carpetas.

—Tenemos que mirar todo esto —explica Erhard.

—Mi misión era procurar la entrada al paraíso —suelta Guillermo—. No jugar a los bibliotecarios.

Erhard no sabe qué responderle. Hay otros cuatro archivadores en la habitación. Habrá que empezar ya. Pone una de las cajas en el suelo. En la portada de cada carpeta aparece el título. Algunas de ellas llevan incluso el croquis de un edificio.

Se detiene en una carpeta con el título CASINO PUERTO DEL ROSARIO. No es la que busca, pero tiene que ver el contenido. Es un antiguo proyecto. En la portada nueve fichas forman una casa. Continúa buscando.

Al principio lee a conciencia cada portada y echa un vistazo a la mayoría de ellas. Hasta que se da cuenta de que los cinco números situados a la izquierda de la portada de cada carpeta son códigos postales. Ha estado revisando las cajas que no eran. Encuentra la caja con la numeración 35660. Las carpetas no están por orden numérico. Todo parece revuelto, es posible que lo

hicieran tras el robo.

—Hotel Olympus —le dice a Guillermo al tiempo que agita una gruesa carpeta llena de papeles doblados, pero a Guillermo no le interesa.

Erhard llega al fondo de la caja antes de encontrar algo.

CASINO FUERTEVENTURA. PROYECTO AGOSTO DE 2011.

Se levanta con la carpeta entre las manos. Al manipularla pierde varias hojas. Hay algunas con lengüeta que marcan los proveedores, acuerdos, materiales. No sabe lo que busca.

—¿No puedes llevarte las joyas de la corona? Así abandonamos el castillo antes de que el dragón despierte. —Guillermo parece borracho. Ha vaciado la botella.

—Sólo necesito los planos —aclara Erhard.

Hay cientos de páginas repletas de texto, cláusulas, esbozos del puerto visto desde el agua, algunas incluyen los trazos de un par de delfines y el nombre del casino debajo.

Estrujada entre otros papeles hay una hoja arrugada con lengüeta que lleva las palabras «Plan de sitio». Seguida de un par de páginas con dibujos de componentes y fotos de un hoyo en la tierra, un enorme agujero cuadrangular. Hojea, hojea. Algunas tiras sueltas de papel caen de la carpeta.

Nada más.

—Joder, joder —exclama Erhard mientras empuja los papeles bufando de frustración—. No están aquí. No están las putas hojas.

—Ehh —dice Guillermo Trajo.

Erhard mira las tiras de papel que hay en el suelo. Son completamente idénticas. Doce. Del mismo tipo de papel. Un papel basto.

—Alguien ha sacado cuatro páginas. —Sujeta las tiras ante él.

Erhard vuelve a poner las carpetas dentro de las cajas y éstas en el armario.

—Arriba, vámonos —ordena él mientras empuja con el pie a Guillermo.

Cierra el archivador con el clic de la propia cerradura. Apaga la luz. La puerta no se puede encajar sin echar la llave. Erhard ve de inmediato que Guillermo no va a poder hacer ese trabajo. Ya no más. A lo mejor, la secretaria no se da cuenta de que no está cerrada. Erhard descorre la cortina y desliza la vista por la habitación antes de empujar a Guillermo hasta la escalera. Cierra la puerta tras ellos. Agarra el pomo varias veces. Permanece cerrada.

De nuevo se oye la música como si viniera justo de arriba. Asimismo, parece que alguien baje la escalera. Erhard se apresura, empuja a su amigo por los peldaños, las rodillas se quejan. Abajo y girar. Abajo y girar.

Fuera en la calle el calor es seco y compacto. Erhard se encamina directo hacia la bocacalle, mira a Guillermo, que viene justo detrás de él, con el bolsito reluciente de piedras preciosas falsas.

El Corsa espera en la oscuridad.

No da la vuelta, sino que conduce a través de la angosta calle hasta que alcanza otra vía estrecha y gira a la derecha. Se ve una única luz que procede de la moto que va detrás de ellos pero que cuando llega a un café da el intermitente para hacerse a un lado.

Salen a la carretera. Erhard baja su ventanilla.

Guillermo hace lo mismo y comienza a cantar un confuso popurrí de Led Zeppelin, mezcla *Whole Lotta Love* y *Black Dog* con una tercera canción que Erhard no conoce.

—*Fight the horde, sing and cry, Valhalla, I'm comiing.*

—Robaron los planos —confirma Erhard, aunque sabe que a Guillermo le da igual, ni oye ni entiende—. Robaron los planos, así le mostraron a Abdi dónde estaba la máquina y de qué manera tenía que estropearla. El robo de la oficina sucedió hace unas semanas. Poco tiempo antes de la inundación.

»Puedes dormir con la Grúa y conmigo en el hotel Olympus —añade Erhard.

—*So now you'd better stop and rebuild all your ruins* —grita Guillermo por la ventanilla.

Cada vez que uno de los hombres entra en la habitación y se va de nuevo, la puerta se cierra de golpe contra el marco, ella se impulsa hacia arriba y tira de la cuerda para moverse lentamente, milímetro a milímetro, hacia la pared. No sólo hacia la pared, sino más bien hacia la mesa. Ahora puede apoyarse en la cuerda y estirarse, desde el dedo palpitante hasta la punta de los dedos de los pies. Siente cada hueso fuera de su lugar, todo el cuerpo se prolonga con alambre de acero.

Hasta que al fin toca el teléfono móvil con el dedo del pie.

Candycrush lo ha estado buscando. Ha estado en la habitación escudriñando, mirando las estanterías vacías. Ella podía intuirlo por debajo de la venda de los ojos. Él ha empujado el sillón, luego se ha dirigido hacia ella, iba a preguntarle si lo había visto, pero no ha dicho nada. Puede apretarlo contra el suelo y arrastrarlo hacia ella. Es un proceso lento. Dentro de poco lo tendrá fuera de la sombra de la mesa. Desde ahí es importante que se mueva deprisa. Lo trae hasta ella para poder verlo por debajo de la banda. Espera poder teclear un número con los pies antes de que regrese alguno de los hombres. Escucha por encima del elevado volumen de la música, tratando de sentir la actividad en el corredor. Apenas puede oír algo debido a su propia respiración, que es silbante, agitada.

Entonces saca el teléfono móvil a la luz. Se apoya en la cuerda y se estira para presionar con el dedo gordo del pie. Cuando consigue pasar el móvil por una raja en el suelo de linóleo y sólo le faltan unos pocos centímetros, entra Boina de pintor. Al instante puede distinguir sus pantalones y sus zapatos de charol.

Boina de pintor anda a su alrededor y comienza a hablar. Una larga historia, un torrente de palabras. Casi no puede entenderlo, su inglés es agradable, pero su acento es raro, demasiado curvilíneo, enrevesado.

—Conocí a Etxahun Iruri. Yo tenía diez años. Él era el mejor versolari de todos los tiempos. Cantó para mi madre en su cumpleaños. Cantó con tal hermosura que los hombres lloraron y las mujeres enviaron a los niños a la cama. Al día siguiente, mi padre fue a la iglesia. Le pidió al párroco que dejara su trabajo y se dedicara a cuidar de los cerdos de la ciudad, que vivían en la pocilga a las afueras. «¿Por qué?», dijo el párroco. «¿Por qué? Hemos oído a Dios», dijo mi padre, «y no debes perturbar su canción». Y luego llevaron al sacerdote a la pocilga.

Boina de pintor se calla.

Arriba, desde el bar, llega el sonido de Ricky Martin.

Le teme que el silencio haga que los hombres miren hacia el suelo y descubran el teléfono. «¿Qué?», ella gime con fuerza bajo el cinturón que corta sus labios. «¿Qué?», dice Le otra vez mientras con lentitud empuja el teléfono móvil hacia ella.

Boina de pintor enciende un cigarrillo justo a su lado, puede oír el clic del mechero detrás de ella, y luego él comienza a hablar de nuevo.

—Debes entender que puede que seas una estrella, pero aquí no eres nada. Nada. No nos has ayudado. Pero tu estupidez cuesta vidas. La chica murió. Y es culpa tuya. Si nos hubieras ayudado, ella no estaría muerta.

Le no sabe de quién está hablando. Siente el teléfono entre sus pies. Trata de ponerse encima de él, sin aplastarlo. Tiene miedo de perder el equilibrio y que descubran lo que esconde.

—Me gustaría cortarte los dedos uno por uno hasta que digas algo. Quiero cortarte los senos hasta que grites. Eso es lo que me gustaría. Pero no nos cuentas nada. Y tal vez es que no sabes nada... Entonces ¿por qué no entregarte sin más a alguien que realmente pueda aprovecharse de un... —él busca durante largo rato la palabra adecuada— monstruo, de una criatura inusual? A mi amiga le gustas. Eres su pequeño tigre. Un pequeño tigre con el que puede jugar. Al que humillar como a ella le gusta. Pero te daré una última oportunidad. Para volver viva y entera a casa. Con tu hijo y tu marido. Te daré la última oportunidad de hablar, de decir algo que podamos utilizar para encontrar a tu padre.

La palabra *hijo* le hace morder con fuerza en el cinturón de plástico. Le gustaría decir «yo no sé nada» o «¿qué queréis saber?», pero ninguna de esas respuestas le traerían nada bueno. No tiene nada más que decir. Si no han encontrado al padre en la montaña, no tiene ni idea de dónde estará.

Candycrush se para detrás de ella y afloja el cinturón para que pueda hablar. Sólo ahora siente lo doloridos que están sus labios. Cómo se le ha clavado el cinturón en la comisura de los labios.

Le piden que hable.

Ella escupe en el aire y espera alcanzar a alguno de ellos.

Boina de pintor se detiene a su espalda y le quema el pelo del sobaco con el encendedor, crepita por un momento y se apaga.

—Lo sabía. Eres un pequeño tigre gracioso. —Boina de pintor agarra los labios de Le y tira de ellos.

—No soy ningún jodido tigre —dice Le.

Boina de pintor sale, ella puede oír cómo desaparecen los zapatos de charol. Candycrush empuja cuatro Mona Lisas en su boca y le aprieta el cinturón de nuevo, incluso más que antes. Se le escapa todo el aire y queda colgada pesadamente de la cuerda. Luego él también sale.

Se saca las pastillas de la boca, se pegan al cuello y caen al suelo. Trata de hacerlas añicos con los dedos descalzos, pero no puede. Entonces las empuja a la esquina. Una de las píldoras golpea la pared, las otras tres no llegan tan lejos.

Ahora puede apresurarse a mirar hacia el móvil. Puede tocar la pantalla con el dedo del pie y

ver el reloj. Incluso lo inicia y se iluminan los múltiples iconos del teléfono sobre un fondo azul. Intenta presionar el icono de llamada. Es naranja. Falla varias veces y cada una de ellas tiene que pulsar para volver a la pantalla principal. Al final, consigue que aparezca el teclado.

¿A quién llamará? Piensa en las personas que conoce. La lista es larga, pero la lista de amigos es corta. Quizá no hay nadie en esa lista. Su mánager, Svend. Timme. Ambas son personas a las que también odia, con las que está en guerra, dos gilipollas integrales. Su hermana. Con la que no puede soportar estar. London. Que no cuenta como amigo. Su madre. No puede llamarla, quedaría confusa y temerosa con una llamada. Ni siquiera sabe qué hora es. Tal vez sea plena noche. Y no puede hablar. Con el cinturón en la boca sólo llegarían gemidos extraños. Sería muy inquietante para cualquiera que recibiera esa llamada. La única persona a la que podría llamar, la única a la que quiere llamar, es su padre. Pero él no tiene teléfono.

Vuelve a la pantalla anterior. Está considerando la posibilidad de abrir Candy Crush.

Entonces vuelve a empujar el móvil debajo de la mesa y nota que la tela que cubre sus ojos se humedece.

Erhard

Una vez que el edificio duerme y Guillermo Trajo se ha hundido en una bañera a roncar, Erhard baja la escalera para ir a mear en un arbusto. Lleva su tiempo. Al otro lado del arbusto, *Hardy* está en pie mirando justo al frente, hacia el agua, en dirección al viento.

Sale a caminar junto al agua por las piedras que, resbaladizas, se balancean y ruedan bajo él; es difícil mantener el equilibrio, hacen daño. Las olas blandas y perezosas suben en torno a los tobillos para retirarse entre las piedras con una succión burbujeante. Mira la ciudad de enfrente. Sabe que su luz es muy bella desde este lado de la bahía. Pero no ve más que una culebra de resplandores, que se avivan y se extinguen. Hace unos años, su peluquera, Petra, le sugirió que fuera al oculista, pero no llegó a hacerlo. Dentro de un año debe renovar su permiso de conducir. Entonces se verá si tiene que llevar gafas. Cierra los ojos y se imagina Corralejo por la noche. Las tiendas cerradas de la avenida, la luz verdosa del bar de jazz Greenbay y sus falsas antorchas de llamas sólidas, la luz amodorrada del Gallo Amarillo, como la cabina de un cúter. El antiguo piso de Raúl, con sus grandes ventanas desde las cuales miró de pie tantas veces el otro lado de la bahía, el Olympus. Un coche de policía a toda velocidad, la luz azul intermitente en las ventanas donde rostros curiosos miran hacia abajo, una cortina que vuelve a su lugar. Entonces todo se queda en silencio. Completamente en silencio. Las luces también son ahora menos hirientes.

No puede descansar. Se sienta junto a las últimas brasas de una hoguera que ha encendido la Grúa y lee los restos de *La caída de Orfeo*. Todas las páginas están negras y blancas, Val huye a través de un cementerio con una mujer sin órganos bajo el brazo que parece una prenda, un mono mugriento. Es perseguido sin descanso por hombres con perros, a uno se le cae un farol. Prende fuego al follaje, el fuego se extiende, Erhard desaparece dentro del fuego, en el interior del negro dibujo de líneas negras de los negros troncos, en el sueño.

Miércoles

Erhard

Aaz.

Se despierta pensando en el Niño Hombre. Es miércoles. El primer miércoles en muchos meses sin llevar a Aaz a casa de su madre. No es fácil hacerse a la idea. Tampoco sabe exactamente si es a Aaz a quien echa de menos o a Mónica, sus uñas pintadas, el olor a crema de limón, la marca de pintalabios en un vaso de vino.

Guillermo Trajo se ha despertado en la bañera y quiere que lo lleve a Corralejo. Erhard conduce a lo largo de callecitas de chalets para dejarlo junto al parque acuático. Un enorme león marino descolorido por el sol sujeta un letrero con el horario de apertura del parque.

—Me gustaría pagarte por tu ayuda —explica Erhard—. Pero sólo tengo cinco euros. El último billete.

—Olvídalo —dice Guillermo Trajo, que parece embriagado de sueño o a lo mejor sólo embriagado, dentro de su chándal arrugado—. Odio a los tiburones de las finanzas, la especulación inmobiliaria, las multinacionales, la gente de familia pudiente, la Yakuza, el proyecto entero de la Unión Europea, la mayoría de las casas reales, los partidarios de Franco y el McDonald's. Luego, si puedo contribuir de algún modo a amargarle la vida aunque sólo sea a uno de ellos, con eso me doy por satisfecho. —Mira los cinco euros que Erhard tiene en la mano. Y se los lleva.

Erhard sigue el otro camino que conduce al hogar Santa Marisa, a través de la bonita Bahiazul, donde en una ocasión lo pararon vigilantes de seguridad que no querían taxis circulando por la zona. Se detiene junto a la puertecita por la que entraron Aissata y el tío el otro día y se apresura a golpearla.

Al poco tiempo oye trastear en la puerta.

Es Teófila. A la luz del día, lleva un traje ligero, sin cuello que pueda ocultarle el rostro. Desnudo, sin experiencia. Como una persona que no hubiera llorado ni reído. Erhard no había visto antes esa clase de rostro.

—La hermana Liana está en la hora sexta. Los saco dentro de un par de minutos —dice ella.

—No he venido a recogerlos. No puedo. Sólo quería saber cómo está Aaz. Si le va bien.

—Es preciso que te los llesves. No pueden quedarse aquí. El tío hace ruido.

—Dame dos días y los recojo.

—Me da miedo que los descubran antes. Ayer la cosa estuvo a punto de acabar mal.

—Dos días. Entonces vendré a por ellos. ¿Qué pasa con Aaz? ¿Alguien lo va a llevar a casa de Mónica?

—Se irá en el autobús dentro media hora.

—En autobús no, no le gusta el autobús, no sabe dónde se tiene que bajar.

—La hermana Luz va a acompañarlo. Su madre los recogerá en la parada.

Erhard asiente.

—Me gustaría llevarlo yo, pero eso es imposible.

—Ella sentía gran simpatía por ti. Una vez. —Pronuncia las dos últimas palabras bajito, como si quisiera ocultarle la verdad.

—Me odia —dice Erhard.

—El perdón llega cuando uno más lo necesita.

—Es obstinada. Durante un año he intentado que me perdonara. Y no he hecho más que empeorarlo.

—Un año no es nada. Ten paciencia —pide Teófila.

Erhard se queda mirándola. ¿Cómo se puede tener ese tipo de relación con el tiempo y los conceptos?

—Tienen a mi hija. Los mismos que tienen a Abdi. Tienen a mi hija.

—Rezaré por ella, señor Ermitaño. Y por Abdi. —Ella va a cerrar la puerta.

Arranca el motor, pero lo apaga de nuevo. Espera hasta que ve salir a la joven monja con Aaz. El niño casi tiene que agachar la cabeza para salir por el portón. Aaz con su mochila a la espalda, Aaz con una camiseta de rayas y enormes sandalias pesadas. Van el uno junto al otro camino del autobús. Esperan como si no se conociesen, miran al infinito, hasta que el autobús llega y se los lleva en su interior. Aaz en la ventanilla, ella a su lado. Aaz mira hacia fuera y abajo cuando pasa junto al Corsa, pero no reconoce el coche ni a Erhard, su mirada no vacila ni un instante. Erhard da la vuelta al coche y los sigue. Se mantiene a distancia cuando el autobús deja o recoge a alguien. Todo el camino hasta Tuineje. Espera detrás de una curva. La figura de Mónica como una luz que él quiere apagar con los dedos. Aaz y la monja se apean y suben el camino con Mónica. La mano de Mónica agarrada a la de Aaz. El autobús desaparece. Erhard avanza a hurtadillas y apaga el motor. Silencio. Un gallo canta en las proximidades. Se siente en tierra extraña.

Sólo una vez que giran para subir por la calle de Mónica, arranca el Corsa y continúa bajando en dirección sur hacia La Pared. Hacia el matarife de ovejas: Vasco.

Erhard

No puede ver el agua, pero la intuye, un brillo sobre el cielo. Rodea la ciudad trazando un arco, ya puede ver el molino de viento colocado encima de un montón de piedras de la pensión Nerea, una de las señas de identidad de la ciudad y reclamo publicitario de la pista de minigolf que tiene Nerea. Conoce la ciudad perfectamente. Hace algunos años había un lugar de comidas muy popular junto al agua, que atraía a gran cantidad de turistas. Sólo hay un camino para meterse en La Pared, de modo que se desvía pronto para mantenerse a lo largo de un sendero de grava desde donde puede ver más abajo la ciudad, el hotel y la pista de minigolf a modo de puzzle verde y azul que representa la ciudad. Ahí está Corralejo con sus casitas junto al puerto, de donde se ve salir un cúter mientras los cangrejos saludan en el agua; y Las Dunas como papel de lija amarillo. Ahí están las ruinas y los comercios de Puerto y los aviones en círculo por encima del mar. Ahí, Costa Calma, los surfistas y delfines sobre las olas, el parque zoológico con una jirafa que se asoma desde un arbusto. Betancuria y la torre blanca de la iglesia. Ahí está La Pared con la playa de color casi cristalino, los peñascos y el muro de piedra que una vez dividió la isla en dos. En el centro: la pista de minigolf en miniatura.

Rodea una caseta por la parte posterior, es una estación de bombeo que suministra agua potable a toda la ciudad; baja por una colina en dirección a una agrupación de casas y por una franja de camino desgastado. Entre palmeras puede ver los pequeños apartamentos de la pensión. Y abajo del todo, donde el camino termina: la entrada al minigolf.

Se dirige a la taquilla, donde se sienta un joven con gorrita que recoge el dinero. Hay una pequeña cola. Un padre con dos niños bronceados, un par de inglesas que llevan calcetines azules. En las pistas hay un solo grupo lanzando la bola entre tres ferris hasta el hoyo que se halla detrás de una ola con un surfista en lo alto. Cuando le llega el turno a Erhard, el gorrilla lo mira como si estuviera pensando si prohibirle la entrada al minigolf. Pero Erhard echa las monedas en el mostrador y el gorrilla acaba por darle el bastón, la bola y un bolígrafo junto a la hoja de puntos sobre una pequeña tablita.

—¿Está hoy Vasco? Llevo mucho tiempo sin verlo.

—¿El señor Moulian? Está en la cocina.

—¿Dentro de la pensión?

—Detrás del hoyo 18. La de la luna y el perro, el zorro y el cangrejo —dice el gorrilla, señalando una construcción plana—. Por la puerta lateral o a través de la pensión.

Sobre la pared de detrás del gorrilla, ve un reloj con manecillas como bastones de golf que marca algo más de la una de la tarde.

Da una vuelta como si echase un vistazo a toda la pista antes de empezar. No es la actividad adecuada para estar solo. Una de esas cosas en las que por el hecho de ir solo ya pareces lujurioso o rarito. Igual que cuando uno va al cine. Erhard lo experimentó al comenzar el año. Hacía muchos meses que no iba a ver una película. El cine de Puerto ponía una película mexicana sobre una madre que busca a su hijo. Se había llenado una cuarta parte de la sala, todos los demás iban en parejas. Novios. Amigos. Él se sentó solo. Cada vez que trasteaba con la bolsa de patatas, una joven lo miraba como si él fuera a quitarse la ropa.

Se escabulle en dirección al edificio y la puerta oculta bajo un arbusto. Oye a las inglesas que, junto con el sonido de un niño o una niña que grita de júbilo tras un golpe, hacen que el asunto parezca no conllevar peligro alguno, como si fuera algo casi agradable. Abre la puerta para penetrar en una fría oscuridad. Cajas de cartón, latas y enormes cubos con signos árabes. Hay una puerta mucho más adelante. Apenas Erhard termina de empujar para abrirla, la puerta se cierra y la oscuridad se cierne en torno a él. Aunque así puede ver la luz de la habitación contigua. Abre la puerta por completo. La luz viene de arriba, de dos grandes claraboyas, y sale música de un reproductor de audio portátil que cuelga en el techo de un gancho para carne.

Junto a las paredes se ven enormes cocinas, grandes frigoríficos y una estantería con una larga serie de carpetas.

Justo frente a él, sobre una mesa de metal con ruedas, descansan siete cabezas de oveja. Casi da la impresión de que las ovejas estén de pie bajo la mesa y saquen la cabeza a través de la encimera. Han sido atrapadas en medio de un movimiento, con la boca un poco abierta como si fueran a emitir algún sonido. Sin embargo, tienen los ojos cansados, no se les ve ni un mínimo atisbo de vida. Tras la mesa, por medio de un cristal borroso, puede ver a un hombre de espaldas cortando con un cuchillo un cadáver enorme.

Erhard se acerca hasta el cristal y mira dentro del cuarto amarillo y marrón. El hombre va en camisa, pantalones cortos y zuecos rosa de goma, aunque lleva un delantal de plástico que lo cubre por delante y grandes gafas de plástico en los ojos. Cuando suelta aire al respirar sale una nube de su boca y nariz. Y cuando con toda su fuerza impulsa el cuchillo sobre el cadáver, la nube se vuelve densa y casi gris.

Es ahora cuando se le ocurre pensar a Erhard que está cortando personas ahí dentro.

Sigue la caja torácica del cadáver hacia abajo, las líneas curvas que bajan hasta los muslos y las fuertes piernas. Como remate puede ver una pezuña negra.

Además de la puerta que da a la cámara frigorífica y la puerta por donde Erhard ha entrado, hay una tercera. Erhard la abre con precaución y ve un patio ajardinado cubierto por la parte superior con arbustos y listones de madera colocados en todas las direcciones. Muy retirados, en el rincón más umbrío del patio, seis hombres están comiendo. Dos parecen cocineros, los otros camareros. Uno de ellos cuenta una historia mientras come. Algo de una chica que lo mordió en el brazo. Detrás de ellos, de pie hay un hombre joven con traje.

El de la cámara frigorífica tiene que ser Vasco.

Sobre la puerta de la cámara hay un pequeño mando que se puede girar. Señala «Bajo». Se puede cambiar a «Medio» y «Alto». Frío, más frío y máximo frío. También hay un gran botón azul con dos copos de nieve. Erhard presiona el botón, y la lámpara azul junto a éste empieza a lucir. Gira el mando hasta el máximo frío. Luego coloca el palo de golf hacia arriba contra la pared, la cabeza del palo bajo el picaporte. Encaja con toda exactitud al tiempo que mantiene el picaporte hacia abajo de manera que no pueda abrirse desde dentro. Espera un instante. Observa a Vasco, que está despiezando la oveja. Su mano sujeta el cuchillo como si éste fuera una batuta que agitara en el aire. Cada vez que el cuchillo toca la oveja, caen al suelo tiras finas de carne.

Erhard va hasta la otra puerta y mira hacia fuera. Los hombres han acabado de comer, tres de ellos se levantan, el del traje se ha sentado. Sólo es cuestión de minutos que los cocineros atraviesen el jardín para entrar en la cocina.

Dentro de la cámara frigorífica, Vasco sigue con su tarea, el vapor de su cuerpo se hace ahora visible como un brillo que relumbra en torno a él. Mientras Erhard lo contempla, Vasco baja el cuchillo y mira hacia la esquina donde se halla el mayor de los cuatro ventiladores que funcionan en el interior. Después se da la vuelta para encaminarse a la puerta. Agarra el picaporte, lo zarandeo. Erhard ve cómo se mueve el picaporte, el palo de golf opone resistencia. Entonces Vasco mira por la ventana. Sin enemistad, sino casi como si se tratara de una ocurrencia. Tiene una barba marrón que le ocupa la mayor parte del rostro y una aplastada nariz portuguesa.

—*¿Q' hac?* —se oye con dificultad desde dentro.

Erhard camina hasta el cristal y espera a que Vasco ponga la oreja justo al otro lado. No quiere hablar demasiado alto, no sea que las voces se oigan desde fuera.

—¿Eres Vasco? ¿Eres el jefe?

Vasco se lo queda mirando, luego habla en dirección hacia abajo, por las hendiduras que hay a lo largo del cristal.

—*Shí.*

—Busco a Abdi, tu lavaplatos maliense. Ya sabes a quién me refiero. —Vasco retira la cara del cristal.

Erhard lo oye blasfemar:

—*¿Q' oño t ha crid res?*

—Acércate —dice Erhard—. Más cerca. —El ruido que viene del aparato de música es exasperante.

—¿Quién coño te crees que eres? —espeta Vasco, justo en las hendiduras. Se palpa el delantal y saca un teléfono. Teclea en él y se lo lleva a la oreja. Lo mira. Teclea de nuevo. Está ocupado o el teléfono no funciona.

—Cuéntame dónde está Abdi y me iré —asegura Erhard cuando el hombre levanta la vista del teléfono.

—*¿No cre u poc fio par cerme blar?* —Vasco blasfema de nuevo, la nube que sale de su nariz es ahora más blanca, también su cuerpo ha empezado a desprender vapor—. ¿Sabes para quién trabajo? —dice, con la barba pegada al cristal.

Erhard levanta la vista hacia el botón de los copos de nieve. La lámpara azul ha dejado de

lucir. Erhard lo pulsa de nuevo. Vasco mira hacia los ventiladores que expelen un gemido.

—Berasategui —dice Erhard. Es una conjetura.

—*No ties n idea* —responde Vasco, con una voz que suena como si de veras se pudiera notar el frío de ahí dentro. Vuelve a agarrar el picaporte, el palo de golf se opone.

—Cuéntame dónde lo tenéis. Cuéntamelo y te deajo salir.

—*Tú o ntendes ni na merda...*

—Acércate más —ordena Erhard. Va hasta el aparato de música que está en el gancho de carne y lo apaga. La cocina se queda en silencio. Ahora puede oír cómo los ventiladores crujen y braman.

—Tú no entiendes *n* una mierda, no tengo nada *q* ver con eso —dice Vasco.

—Cuéntame lo que sepas.

—¿Crees que *pues* amenazarme? Lleva *varas* horas matar *alguen d* frío. Pronto vendrán los demás. *Tonces* serás tú, *hombrecito*, *quen* entre *quí*.

Vasco tiene razón. Lleva muchísimo tiempo matar a alguien de frío. Mucho más tiempo del que él dispone. Va hacia los fogones. Vasco no puede verlo mientras él trastea del otro lado, toquetea los fuegos. Regresa al cristal.

—Ahora he encendido el calor. Estoy preparado para tirar una cerilla tan pronto como tú me digas.

Vasco se seca la mano sobre el cristal, que se empaña, y mira a Erhard.

—No *l* rás. —Pone la cabeza más cerca—. No *l* harás. Tú *tabién t quemrás*.

—No, si salgo por la puerta trasera —indica Erhard—. Cuéntame lo que sepas.

—*N sé naa* —asegura Vasco—. Nunca *sé naa*. *Smnistro* comida.

—¿Y qué hay de los lavaplatos? ¿También los suministras?

Vasco no puede oírle. El ventilador hace mucho ruido.

—¿Suministras también lavaplatos? —insiste Erhard—. Aunque ellos son bastante fáciles de olvidar, ¿no?

—Así son *as* cosas, *vejo* idiota —dice Vasco, y ahora sí parece que se congela de veras—. Nadie sabe nada, sólo aquellos que *sabn lgo*.

—¿A quién le suministras, quiénes son? Dame nombres.

—*Tngo* tres restaurantes, *centos trajadores*. Envío hombres, señoras a una dirección. Un trabajo. Un buen trabajo. Algunas veces regresan. Otras veces...

—¿Qué trabajo?

—Apaga el *maldit* ventilador, déjame *alir*.

—¿Qué trabajo?

—Para ya *d na* vez, joder. Te buscan, te encontrarán. *Etonces* te degollarán. O lo haré yo. —Vasco enseña el cuchillo en el cristal.

Erhard va hasta la otra puerta y mira fuera. La mayoría de los hombres se han ido. Uno de los cocineros fuma de pie. El otro comienza a cruzar el jardín. Erhard se apresura a cerrar la puerta y a girar la cerradura. Seguro que tienen llaves. Empuja contra la puerta la mesa con las cabezas de oveja. Las cabezas se balancean y un par de ellas ruedan fuera de la mesa dando en el suelo con un golpe seco. Erhard toma una cabeza para encajarla. El morro de la oveja tiene el mismo

tamaño que la distancia entre la mesa y el picaporte. No sabe si funcionará. Puede que la cabeza sea demasiado blanda para que resista.

Presiona de nuevo el botón con los copos de nieve.

—*Q* te den, *gilpollas* —se oye en el interior de la cámara frigorífica.

—Cuéntame dónde está Abdi. —«Y mi hija», aunque Erhard se lo calla.

—*Nol* sé —responde Vasco, pegado a las hendiduras—. No *teno* ni *put* idea.

—¿Con quién hablas? Un nombre.

—*Nol* sé. —Vasco observa el cuarto, entonces mira hacia el techo y resbala hacia abajo a lo largo de la puerta. Erhard puede ver sus pies en el suelo.

—Mierda —dice Erhard.

En ese momento, alguien echa mano a la otra puerta. El picaporte se menea una pizca, pero la cabeza de oveja aguanta. Alguien llama a la puerta.

—Jefe —se oye.

—Un momentito, un momentito —pide Erhard en voz alta—. Estamos cambiando de sitio uno de los armarios. —Silencio al otro lado.

Después vuelve la voz.

—¿Quién eres tú?

Erhard mira dentro de la cámara frigorífica. Las piernas de Vasco aún siguen en el suelo, sólo que están en otra posición. Quizá se ha incorporado, aunque continúe sentado. A lo mejor intenta engañar a Erhard.

—Voy a salir por el otro lado —indica Erhard en voz alta, y apaga la luz de la cámara frigorífica mediante un gran botón que hay junto a la puerta.

El cristal se queda a oscuras, ya no puede ver las piernas de Vasco. Erhard se dirige a la puerta por la que ha entrado. Junto a la otra puerta, el cocinero ha empezado a vociferar y a armar bulla.

En ese momento, Erhard acierta a ver la cara de Vasco en el cristal oscuro. No puede oír lo que dice, pero sí ver sus ojos muy abiertos, como los de alguien que se estuviera ahogando. Erhard se apresura hacia la puerta.

—Di algo —pide Erhard.

—El Nieto me matar.

Erhard no le entiende. El hombre debe de estar hablando en un delirio.

—Él me *matrá*.

—¿Quién, quién te matará?

El rostro desaparece del cristal, se adentra en la oscuridad.

Ha cesado el estruendo en la puerta. Eso sólo puede significar una cosa. Que el cocinero ha emprendido el camino alrededor del edificio para entrar por la puerta que hay junto a la pista de minigolf.

Entonces, el rostro regresa de nuevo al cristal y la voz dirigida justo a las hendiduras.

—Árabe. El banquete, ovejas para el banquete.

Erhard mira las cabezas de oveja que se han dispersado por todos lados.

—¿Son ellos los que necesitan las ovejas? ¿Son ellos los que tienen a Abdi?

Vasco intenta decir algo pero no sale sonido alguno. Erhard gira rápidamente el mando que está sobre la puerta de modo que señale el cero. Quita el palo de golf para que la puerta pueda abrirse desde dentro.

—¿Dónde? ¿Dónde tienes que entregarlas?! —grita.

Entonces ve los papeles.

Se dirige todo lo deprisa que puede a la estantería y lee las pegatinas sobre los cajones archivadores abiertos. 2010, 2009, 2011, 2012. Menos el de arriba del todo. Que no tiene pegatina alguna. En la primera factura que cae en su mano pone 2013. Erhard se lleva el montón entero del cajón y atraviesa rápidamente el cuarto de las cajas y latas para salir por la puerta a la pista de minigolf. Tiene el tiempo justo de sentarse en un banco detrás de la familia con niños antes de que el cocinero y el hombre trajeado vayan corriendo a abrir con violencia la puerta de la cocina y a lanzarse en su interior. Justo cuando el hombre agarra la puerta para entrar, la chaqueta se le sube y Erhard puede ver un revólver, una pistola sobre sus riñones. Erhard se levanta con rapidez en dirección a la salida. Pasa de largo y va hacia el camino, al sendero de grava por el que ha venido.

El gorrilla sale por una puertecita que da al camino.

—¿Tienes que devolver el palo al terminar! —le grita—. ¡Te multarán!

A Erhard le gustaría poder apretar más el paso al ascender por la colina, pero parece como si no dejara de subir, subir, subir. Intenta sostener el palo de golf al mismo tiempo que los papeles, algunos de los cuales pierde por el camino, y también deja caer el palo al suelo a mitad de la subida. Nota una ijada y dolor en la rodilla, siempre en el momento más inoportuno. Al alcanzar la cumbre lanza el montón de papeles en el asiento del copiloto y se acurruca en el suyo. Gira la llave en el Corsa y logra que el motorcito empuje el coche hacia delante. Rodea la estación de bombeo para subir por el camino y a través de la garganta.

Es un mal camino, como máximo se puede ir a unos ochenta kilómetros por hora, con piedras y grava que proporcionan una lluvia de golpes a los bajos del coche, si bien el Corsa no puede aguantar mucho más de todos modos. Aunque, por otro lado, es un camino apenas transitado, en el que además puede ver a distancia si alguien lo persigue, dibujado con nitidez contra el cielo en forma de nube de polvo. Pero no hay nadie. Una vez que el polvo se ha posado, lo ve tras él desierto, abrasador. Mira hacia los papeles, confía en que puedan darle una idea acerca de dónde está Abdi.

81

Le

Grita, les grita a ellos, la cuerda está a punto de desmembrarla, tiene hambre, tiene sed, gotea el grifo del lavabo que hay fuera, se oye por encima de la espantosa música, «*there were days when I was just broken, cause everything starts from something*», tiene que defecar, tiene que orinar, después de tres días tiene que cagar y mear, coño, si al menos se le cayesen los pantalones, podría cagar y mear ahí en el suelo y ahora, pero no se caen, los hombres no hacen nada, está segura de que Boina de pintor les ha dicho que no deben tocarla, hablarle, está segura de ello, así que ya puede darse por vencida y dejar que pase, que ocurra en el suelo, al ritmo de Justin Bieber.

En cierto momento oye alboroto, voces, hombres que golpean contra las paredes, un grupo que se abre camino por la escalera y pasa ante la puerta, tipos altos en camisetas baratas, tal vez friegaplatos, como Abdi, ¿es Abdi?, y una mujer con falda muy corta que pasa ante la puerta a empujones precediendo al coleta. Ella trata de llamar, dice el nombre de Abdi, pero no ocurre nada, los dolores vienen y van. Nunca se le ha dado bien quedarse quieta, respirando, sin hacer nada. No tiene otras opciones, cierra los ojos, se deja caer en un número pop indiferente que suena en el piso superior, el suelo como un mar de manos que la eleva hasta un escenario. «Abdi», llama ella. Un hombrecito indio o pakistaní entra en la habitación, uno de éstos con barba moteada y gafitas. Rodea con cuidado su orina en el suelo, la mide, el pecho, la cintura, desde arriba hasta los pies con una cinta métrica. Ella quiere decir algo. «¿Voy a morir, es para mi tumba?» Quiere preguntarle algo, pero él ya está afuera, todo ha pasado antes de que ella llegase a preguntarle.

Erhard

Conduce hacia el oeste rodeando Montaña Cardón para subir por la FV-605, que está absolutamente desierta, serpentea con precaución entre montañas y explotaciones agrícolas. Aunque el asfalto está liso, el Corsa mete tanto ruido como un generador. Pasa junto a enormes carpas sobre campos de tomates y ajetrechos molinos de viento. Todo su cuerpo se halla en tensión, primero cree que es debido a la carrera, la subida por la colina que aún nota en forma de vibración en las rodillas, pero es temor lo que hace que su respiración se encuentre al borde de los pulmones, como si el aire estuviera enrarecido. Ni por asomo se halla cerca de dar con Lene y Abdi. Y encima lo persiguen hombres armados.

Palmeras y arboleda se meten en el camino, ha penetrado en la reserva natural, rara vez de interés de los turistas, pero que los expertos en aves adoran. Enormes rapaces aguardan a que haya viento, al igual que los surfistas. Erhard controla el retrovisor sin decidirse a parar en un lateral. Al menos no aquí, en la FV-30, con esos tramos planos donde se puede contemplar todo el tráfico por delante y por detrás. Evita uno, dos, más ciclistas, que pronto se convierten en nutridos grupos de hombres vestidos de verde con culos bamboleantes que se contonean subiendo la colina. Quiere encontrar un lugar en donde poder echar un vistazo a la carpeta. Es algo que no puede esperar. Siente que probablemente sea cuestión de horas. La imagen de Vasco en la cámara frigorífica con la oveja brillante bajo la luz parpadeante del techo.

Afloja la marcha y deja que el coche se deslice a través de las curvas que llevan a Betancuria. No recuerda si hay algún café, un sitio en donde pueda sentarse en paz con vistas al tráfico de la ciudad, los coches y gentes que van y vienen. Se desvía del camino para entrar en una tanda de callecitas adoquinadas. Deja el Corsa detrás de un enorme cactus con forma de rayo.

Se lleva consigo los papeles y baja una pequeña calleja. Hay una plaza con un comercio para turistas, un bar y una tienda de ropa que huele a cuero. Gente sentada en bancos al sol, personas sobre los muretes que conducen a la iglesia. El bar está abierto, pero aquí sólo hay cinco personas, mujeres con tazas de café muy espumosas; sin embargo, lo peor es que se oye música alta, de rap, que no puede soportar. Erhard se une a un grupo de turistas comandados por un hombre de zapatos ruidosos. Atraviesan la plaza, se detienen a mirar la torre de la iglesia, después avanzan hasta la entrada amplia y oscura para desaparecer en su interior. Un gran letrero

dice que la iglesia se abrirá de forma excepcional el Día de Canarias. Erhard entra. No ha pisado una iglesia desde la ceremonia por Beatriz hace más de un año. El olor es el mismo. Sea cual sea la forma en que lo consigan. El olor a infinitud, humedad y obleas. Se sienta en la mitad del recinto desde donde puede ver a todo el que entra y al mismo tiempo esconderse tras una columna. La luz que viene de los ventanales es poderosa. Comienza a hojear entre todas las facturas, cuentas, pedidos, ingresos de la pensión Nerea, anotados con una letra inclinada ilegible, la comida suministrada a otros hoteles, direcciones particulares, bares de Puerto, un bar en Corralejo, vino en cajas, cerveza de barril. Dos hombres con gafas de sol entran en la iglesia. No se quitan las gafas, sino que miran al tiempo que se deslizan por el pasillo central. Entonces localizan a una mujer que está encendiendo una vela y la llaman. Erhard vuelve a bajar la vista. Entregas al puerto en Morro Jable. Varias compañías. Muchos bares. Erhard no tiene ni por un momento la más remota idea de qué es lo que busca. Casi al fondo del montón encuentra un papelito translúcido: «Siete ovejas preparadas 19-22 kg, cabezas, perniles/paletilla/espalda, deshuesado. 29/5». Un texto ilegible seguido de las palabras: «Nuez moscada, canela, comino». Sin precio. El papel es de poca calidad, al tocarlo se deteriora. Del tipo que proviene del rollo de papel que utiliza una cocina grande. Hojea todo de nuevo. El mismo tipo de papel se repite varias veces, muchas veces. Pedidos de «Shepherds Pie» entre comillas. «Fish and Chips» entre comillas. Un pedido de «tres unidades» entre comillas. Erhard no sabe qué significa. Ninguno de los papelitos incluye precios. Pero en la parte superior cada uno de ellos lleva el nombre de un bar que sí que conoce. Flicks.

Sobre él, la campana de la torre empieza a repicar, el pasillo central está ahora lleno de gente. Un grupo de mujeres con vestidos azules. Erhard toma el montón y se abre paso a contracorriente para salir fuera, al sol. La plaza se despeja, todos desaparecen dentro. Regresa siguiendo la misma ruta. Se ve obligado a dar marcha atrás para volver a la FV-30. Está a punto de salir de la ciudad cuando ve a una familia de pie junto a la parada de taxis. Llevan una maleta enorme. Una niña mayor en traje de baño rojo. Un bebé que duerme en los brazos de la mujer, que lo mece de un lado a otro.

Erhard baja la ventanilla.

—¿Vais al aeropuerto?

—¿Eres taxista? —pregunta el hombre.

—Ya vuelvo a casa, mi último viaje.

El hombre mira a su novia, que está dispuesta a entrar en el coche. Discuten un momento, luego ella se sienta dentro con la niña mayor que tendrá once, quizá doce años.

—No llevas ningún rótulo de taxi —dice el hombre una vez que ha tirado la maleta en el asiento trasero y se ha sentado en el del copiloto—. No parece un taxi.

—Tienes razón. Conduzco en negro. Pero os voy a hacer un buen precio —ofrece Erhard—. Treinta euros. Diez euros más económico.

El hombre mira hacia atrás, a su novia. Ella no parece haber pensado en moverse, el pequeño está empezando a mamar dormido. La chica está sentada en el centro, subida a la maleta, y tiene aspecto fatigado.

El hombre asiente con la cabeza. Erhard va hacia el norte para cruzar directamente la isla. Es

una canallada que les hace a los antiguos colegas. Del continente ha llegado un debate acerca de las carreras en negro y los conductores sin licencia que todavía no han pisado las islas, pero que todos piensan que vendrán. Esto sólo lo hace por ayudar a la familia. Podrían esperar un taxi bastante tiempo en ese lugar.

Pero a lo mejor es sólo una disculpa. A lo mejor hace lo que le da la jodida real gana. O por dinero. Porque le va bien.

El bebé come durante todo el camino. Los chasquidos de la boca al chupar son un sonido adormecedor, y el calor en el coche adquiere tintes catastróficos. El hombre baja la ventanilla, deja el brazo fuera. La chica se queja de algo, suena a neerlandés, pero por lo demás no se le ocurre de dónde puedan venir. Podrían ser daneses, quizá de Bornholm, hace muchos años que no ha oído hablar la lengua de allí, aunque si quieren llegar al vuelo de las siete entonces a lo mejor son alemanes o austríacos.

Conduce con cautela dentro de la zona del aeropuerto. No había pensado en que es un lugar bien estúpido para que él ande por ahí. No utiliza el carril de taxis, sino que se dirige al área de aparcamiento para detenerse detrás de un camión. Consigue los treinta euros, mira cómo la familia se encamina a la terminal mientras el sol se tumba tras los edificios, las vacaciones han terminado.

Por lo menos ahora tiene para un poco de gasolina.

Erhard

De pronto, Flicks le resulta extraño. Un lugar amenazador que lo observa a él. Mira hacia allí desde la esquina, sube la calle por la acera contraria, pasa junto a la farmacia, la lavandería cerrada y la callejuela donde se encontró con Teófila hace varios días. Ahora que los surfistas se han marchado y la temporada de fútbol ha terminado, la clientela del bar está representada por ingleses en su mayor parte. Se sientan cerca de las ventanas a fumar cigarrillos, con las cabezas rojas por el sol y la excitación.

Durante unos minutos reflexiona sobre si entrar, pero no sabe qué es lo que busca, ni qué puede pasar si alguien en el interior lo reconoce. Junto a la lavandería hay un restaurante chino famoso por provocar dolor de estómago. Empuja la puerta y se sienta a una mesa junto a la ventana, oculto tras un falso bambú y un pez de plástico. El sitio está vacío, el aire frío. Abre la carta como si estudiara el menú al tiempo que intenta penetrar la oscuridad de Flicks con la mirada. Puede dominar la fachada entera del bar y vigilar un portón en el pretil que va del bar a una pequeña agencia de viajes.

Aparece una mujer impaciente para preguntar qué va a tomar. No es china. Está preparada para escribir en un bloc, como si esperase un pedido complicado. Él baja la vista al menú y escoge una sopa de alverja,[5] una sopa barata. Ella desaparece por la parte de atrás, pero poco después se queda de pie tras la barra mirándolo mientras fuma uno de esos nuevos cigarrillos sin fuego, el humo blanco como la niebla.

No hay especial movimiento en Flicks. Un grupo de fortachones con la camiseta del Arsenal beben cerveza. Un par de chicas con arena en los pies salen por la puerta con bebidas de color amarillo, pero un camarero las detiene para hacerles apurar los vasos antes de que vayan más allá. Una mujer mayor intenta bailar con su marido, al que no le apetece. La música está alta. Prácticamente asfixia los altavoces del restaurante, el penoso sonido de un *erhu*. [6]

Le sirven la sopa unas manos temblorosas, de modo que cae al platito de debajo. Erhard preferiría no tomarla, pero huele a especias, sal; entonces usa la pequeña cuchara de porcelana para comer los guisantes amarillos, los dados de zanahoria y sorber el claro consomé. Tan pronto como vacía la última cucharada, ella despeja la mesa. Erhard mira el menú de nuevo, pide lo más barato que encuentra, un rollito de primavera con huevo.

En la calle está anocheciendo. Lo que parece ser un autobús entero de jubilados alemanes vestidos con primor se detiene frente a Flicks y mira la carta de bebidas antes de desaparecer en la oscuridad del interior.

Por fin vienen más clientes al restaurante. Dos parejas, medio riñendo después de haber buscado durante mucho tiempo un lugar donde comer a una hora tan temprana de la noche. Se sientan justo detrás de Erhard.

Entonces, un furgón negro llega frente al portón del pretil. Un hombre en ropa deportiva sale para empujar la puerta hasta abrirla, conduce el furgón adentro, en un estrecho patio, y cierra el portón de nuevo. Erhard puede ver la parte superior del furgón, pero no lo que sucede tras el pretil. Fija la mirada largo rato en el pretil, parduzco y rayado después de haber sido pintado por encima con aerosol, que luego han limpiado. No parecen sino puros rayajos, pero en el centro del portón acierta a ver el contorno de un dibujo desleído que le es familiar. Los tres garabatos de hombres, los Tres Papas.

Erhard mira hacia una estrecha escalera que conduce a la parte superior.

—¿Puedo sentarme arriba? —le pregunta a la mujer, cuando le está sirviendo el rollito de primavera sobre un plato del tamaño de un cenicero—. ¿Es posible ver la calle desde arriba?

—No hay nadie —dice ella. Seguro que prefiere que se quede sentado en la ventana, así lo podrán ver desde la calle y atraer a otros clientes al interior.

—No me importa —repite él, y sube la escalera.

La estancia es similar a la de abajo. Los mismos bambúes, los mismos peces, los mismos manteles rojos. Desde la ventana situada al extremo de la pared puede ver por encima del pretil y dentro del patio. El furgón tiene la puerta abierta. Hay un hueco de escalera que conduce al sótano bajo Flicks. No se ve al conductor por ningún lado.

Se toma el rollito de primavera. Y otro más.

Las sombras de la calle se han vuelto más largas, dentro de poco el sol se deslizará por completo detrás de la ciudad. Se enciende una luz en el hueco de la escalera. Uno de los camareros sube del sótano con varias cajas de botellas vacías que vierte en un contenedor situado en la parte posterior del patio. Desaparece de nuevo, y Erhard clava la vista en el hueco, pero no pasa nada.

Erhard cuenta sus euros y pide un café.

Alguien de Flicks ha encargado siete ovejas. Y en otras ocasiones han solicitado cosas muy singulares. Los Tres Papas en el pretil. Borrados. Sabe que la desaparición de Abdi ha sido llevada a cabo por criminales expertos. Se hicieron con los planos del sótano del casino. Dieron una paliza al maestro de baile, mataron a Idowu, quemaron la choza de Majanicho. No es Palabras, sino alguien más poderoso aún, con mayor poder todavía. Las pistas han conducido a Erhard hasta aquí. Pero no sabe qué es lo que espera encontrar. Quizá a Lene en brazos de un irlandés irreductible. A Abdi con un cubo de basura. O al hombre de la *txapela*. Cualquier cosa que pueda anudar alguno de los cabos sueltos y conducirlo en una u otra dirección. Algo a lo que agarrarse.

Ella viene con el café.

—¿Has visto alguna vez algo fuera de la legalidad ahí enfrente? —le pregunta él.

—No, no —dice ella—. Son muy simpáticos. Nos gustan todos los clientes.

—¿Has visto a un hombre con sombrero?

—Sí —asiente ella. Pero él no sabe qué conclusión sacar. Ella se vuelve a ir.

Alguien abre el portón. Es un hombre con un casco de moto. Lo empuja para abrirlo a medias. Entonces avanza la moto y se detiene fuera, dejando el motor al ralenti mientras mira hacia el hueco de la escalera.

Sube otro hombre por el hueco de la escalera. Está a punto de ponerse el casco, pero agita el largo pelo para que no esté por medio antes de bajarse el casco por la cabeza. Erhard le ve apenas el rostro antes de desaparecer detrás de la visera negra. La última vez que lo vio fue hace muchos meses, sin embargo, Erhard lo recuerda. Los ojos de un azul casi cian. Tras una bolsa de plástico. Totalmente cerca, con olor a orina.

Hace un año intentó estrangular a Erhard. Dos veces. Erhard puede notar las finas tiras plastificadas cortando la delgada piel del cuello. La fuerza rabiosa del hombre cuando volcó a Erhard por el borde del cráter allá en Calderón Hondo.

Es Juan Pascual. Pesce.

Se sienta en la parte posterior de la moto. El otro hombre sube la pata de cabra, hace oscilar el puño hacia abajo para subir con lentitud la vía Ropia detrás de un vehículo de carga. Erhard tiene que seguirlos, ver adónde van. Baja la escalera y sale jadeando a la calle. La moto se ha marchado hace rato. Antes de que él haya llegado al coche para seguirlos calle abajo, ellos podrían haber estado ya en La Flecha Oxidada saliendo de la ciudad. Imposible saber adónde se dirigen. Regresa al chino y sube al primer piso. Ahora sí que el sol se ha ocultado finalmente, no queda ningún resto de amarillo en el cielo. El piso está oscuro a excepción de un par de débiles lámparas sobre un par de mesas.

Llegan más clientes a Flicks. Según las tiendas de la calle van cerrando, la clientela afluye a la acera, a la calle, hombres con enormes vasos, dos chicas fuman en una refulgente pipa de agua.

Tiene la esperanza de ver regresar la moto. Que hayan enviado a Pesce y a su colega a por algo a la ciudad para volver luego a Flicks. Si entraran por el portón, él podría ir corriendo al coche y estar preparado hasta que salieran de nuevo. Perseguirlos a un almacén, un chalet abajo en el sur, un barco junto a Cotillo, donde el hombre de la *txapela* se sentaría a beber vino tinto. Entonces las líneas se enlazarían.

Y, entonces, ¿qué? No sabe.

No sabe cómo va a hacerse con Lene. O con Abdi. No tiene ningún respaldo, ninguno del que pueda echar mano. Y no puede presentarse simplemente a pedir que se los devuelvan. No tiene nada que ofrecer ni nada con lo que amenazar, no posee otra cosa que la verdad. Y ésta lo tiene difícil. Aparte de que la verdad se abre paso hasta la realidad de manera más bien lenta y esmerada. Una tortuga por una carretera. Si le da la historia a un periodista o a un político honrado, pueden pasar días, semanas, meses antes de lograr que las historias adquieran sentido, aun con la ayuda de Erhard. Y entonces a lo mejor sería demasiado tarde. El barco habría partido, el hombre de la *txapela* se habría largado, jamás encontrarían a Abdi, Lene no sería más que una danesa desaparecida.

Erhard tiene que pedir otro café. La mujer va a encender la lámpara del techo, pero Erhard le ruega que la vuelva a apagar. Ella hace lo que él quiere, pero pone mala cara.

Abajo en el patio hay movimiento en torno al furgón. Es difícil ver, ahora que la luz del día ha desaparecido. Junto al edificio cuelga una sola lámpara. Arroja una luz parda. Puede ver cómo el conductor abre las puertas laterales del furgón, poco después suben él y otro hombre del sótano con un gran saco. Es pesado. Lo dejan con cuidado en el interior del vehículo y lo recolocan. Erhard piensa que contiene algo valioso, algo peligroso, quizá armas.

—¿Problemas? —pregunta un hombre que ha subido por la escalera. Pone el café en vaso de cartón sobre la mesa de Erhard. El hombre huele a ajo y carne. Debe de ser el restaurador, el cocinero—. Mi mujer dice que te comportas de modo extraño. Dice que eres bastante raro, que sales a la calle, vuelves a entrar y no consumes nada.

—Me estoy bebiendo el café —señala Erhard.

—Nadie viene a tomar café aquí, sino a comer tallarines fritos, rollitos de primavera y helado frito.

—He comido —responde Erhard, pero prefiere mirar hacia Flicks. El conductor y el otro hombre vuelven con más sacos, ahora los tiran en el furgón.

—Jamás hemos tenido un problema con los de ahí —asegura el restaurador—. Y no quiero que tú nos los crees.

—Yo no os voy a crear problemas. Estoy aquí a lo mío.

—¿Crees que no pueden verte? ¿Aunque te sientes en la oscuridad? Tienen cámaras de vídeo que apuntan a la calle y al patio. De vez en cuando también las dirigen hacia aquí. Saben cuándo hemos tenido un buen día. Saben si mi esposa ha vendido una botella del vino de mi primo.

—¿Quiénes son? ¿Has visto a un hombre con sombrero? ¿Una *txapela* negra?

—Tómate el café y vete.

Erhard mira por la ventana como si estuviera pensándoselo. Los hombres suben del sótano otro saco más. El saco se mueve. Se les escapa, entonces el saco resbala y asoma un rostro. Un hombre negro. Lucha por ponerse en pie, parece que grita algo. Por un segundo, el sonido cruza la calle para diluirse en el barullo del club. El conductor y el otro zarandean al hombre para volver a ponerle el saco por la cabeza. Golpean unas cuantas veces el saco y por fin lo meten sin miramientos en el furgón. El conductor encaja las puertas del furgón con violencia. Y desaparece de nuevo por la escalera mientras el otro hace guardia al pie del furgón.

Abdi.

Es Abdi. El superviviente.

Erhard se levanta.

—Si has visto a un hombre con sombrero, enciende la luz justo después de que yo me haya ido. Si no es así, entonces mantenla apagada.

Deja su café sobre la mesa además de seis euros y treinta céntimos.

—Muchas gracias —dice el restaurador.

Erhard sale a la calle, la música alta y las voces que vienen de Flicks retumban en los edificios. El portón continúa cerrado. Un joven con camiseta de tirantes verde fosforito vomita delante del pretil. Erhard va a por el Corsa. Cruza la calle y mira hacia atrás. En el primer piso

del chino la luz aún sigue apagada. Entonces se enciende una lámpara, a continuación, una más.

Entra en el coche. Lo único que puede ver es justo la fachada y el portón. Le gustaría acercarse un poco pero no hay ningún sitio libre, de manera que espera. Transcurren unos minutos, entonces regresa la moto. Zumba al pasar por su lado. El hombre se baja para abrir el portón y rueda de nuevo hasta el interior. Pesce, que iba detrás, no está. El portón no se cierra. Poco después ve encenderse luces rojas, así como la parte trasera del furgón, que da marcha atrás para salir a vía Ropia. Cambia de marcha y avanza. La moto viene detrás. El motorista cierra el portón y hace gestos al furgón para que continúe hacia delante. Luego bajan la calle, primero con lentitud, entre toda la gente que se halla frente a Flicks, que sólo se mueve de mala gana.

Erhard arranca el coche y los persigue.

Puede ver cómo las luces traseras de la moto tuercen la esquina para salir a la avenida. Hacia el norte. Él se decide con rapidez a rodear el Centro Atlántico por detrás y alcanza a ver el furgón, así como la moto justo cuando pasan a su lado. Los sigue con un coche de por medio y en la rotonda permite que se deslice uno más entre ellos. Conjetura que van a girar hacia La Oliva. En lugar de eso salen de la ciudad pasando junto al Olympus y cruzan Las Dunas. La suave curva, los hoteles con las habitaciones iluminadas, parpadeando en la noche como cajas registradoras que hicieran cortocircuito.

Las luces traseras ondean por un breve instante, entonces tanto el furgón como la moto giran a la derecha. Para adentrarse en las dunas de arena. Lo primero que piensa es que se han equivocado de ruta, han pinchado o tienen que preguntar para saber el camino. Se quedan quietos un momento, luego continúan por el área desértica. Flotando, corriendo sobre la arena. Poco después, Erhard pasa frente al lugar donde ellos han abandonado el camino. Un sendero beige, casi naranja, compuesto por grandes planchas de hierro empieza en la carretera y se mete en Las Dunas, sobre la colina. Dos hombres de uniforme están de pie junto al sendero, detrás de un Range Rover con la cabina iluminada. Erhard medita si cambiar de sentido para intentar conducir tras el furgón. Pero los uniformes eran azules. La policía. No es con esa gente con quien Erhard tiene ganas de hablar.

Continúa un tramo por la FV-1 antes de dar la vuelta al coche y regresar lentamente. Pasa una vez más por delante del lugar. Los policías están ocupados leyendo unos papeles a la luz del coche. Erhard mira el sendero, pero no logra ver a nadie. Ni la luz de ningún vehículo, no se mueve nada, ni siquiera espejismos producidos por el calor de la tarde. Se detiene en un lateral en el área de descanso antes de los hoteles y apaga el motor. Baja la ventanilla para escuchar. Tras él, el sonido de las olas. El viento por todos lados. Cree oír voces, gritos, estrépito, motores, pero los arrastra de inmediato la respiración tan cercana del mar.

Saca el papelito del bolsillo. Enciende la luz del techo y lo mira.

Es la invitación de boda que encontró en Diamond Estate. Su mirada baja dando saltos por el programa. Ceremonia y champán. Banquete y celebración según la tradición. Una celebración que homenajea a dos familias. Una aventura musical.

Ahora viene.

«Noches árabes.» En Las Dunas.

No se atreve ni a pensar lo que supone dar una fiesta en el desierto. Dinero, medios,

planificación, personal. Es una especie de idea disparatada. Una demostración de poder. Con toda probabilidad cientos de invitados mimados que beberán y comerán durante días enteros, millares de vasos, platos, cubiertos, que habrán de ser recogidos y lavados, largas filas de camareros y montones de gente lavando platos a la fuerza, que no llegarán al sueldo mínimo.

Abdi.

¿Será así de simple? ¿No será Abdi sino un tornillo barato en la gigantesca máquina, como todos los demás inmigrantes en situación ilegal? ¿Un joven que no puede decir «no»? Lo reclutaron en el Mirador, lo utilizaron para inundar el casino y ahora lo usarán para aclarar la vajilla sucia en la mayor boda del año. Abdi, quizá por miedo o porque sea fácil de doblegar, no cuenta para nada. Hace lo que le piden. Sólo es un conjunto de brazos y piernas que pueden poner a trabajar en donde les haga falta.

Ahora Erhard lo ve delante de sus ojos.

Si pudiera lograr que Abdi hablara...

Si pudiera lograr que Abdi contara lo que han hecho con él... A lo mejor entonces sí. Abdi podría ser esa prueba, la presión necesaria para que Txapela entregue a Lene. No es que sea muy buena idea. De alguna forma también Erhard estaría explotando a Abdi tanto como los demás, pero Erhard siente que es su única posibilidad. Quizá la única esperanza para Lene.

Pero no puede subir por el sendero sin más e ir a por Abdi. En el mejor de los casos, los policías junto al camino le impedirán el paso si no lleva una invitación a su nombre. En el peor de los casos, tendrán instrucciones de apresarlo o darle una tunda. Tiene que conseguir entrar sin que reparen en él. ¿Y si caminara a través de Las Dunas aprovechando la oscuridad? De inmediato sabe que no funcionaría. Eso lo dejaría extenuado. Y si hay vigilantes en torno a la zona de la celebración, tendría que dar media vuelta para hacerse todo el camino de regreso.

Algunos coches pasan junto a él por la FV-1 hacia el centro de Corralejo. Uno de ellos es una limusina blanca.

Erhard se acuerda del conductor, el joven del traje lila con el que habló en el aeropuerto. A lo mejor puede convencerlo para que lo lleve a la fiesta. Si va junto con otros invitados no parece probable que los policías soliciten la invitación de cada uno. No le va a quedar más remedio que cambiar de aspecto. Afeitarse esos pelillos de la cabeza y hacerse con una camisa bonita.

El conductor de la limusina comentó algo de una orquesta que había de tocar con ocasión de las nupcias. Una orquesta de jazz. O puede que una orquesta sinfónica. Músicos que tendrán que venir a Fuerteventura. Si Erhard pudiera llegar junto con algunos de ellos, podría hacerse pasar por un timbalero o un violinista suplementario a quien el ricachón habría llamado en el último minuto.

No es capaz de recordar el nombre del joven conductor, pero sobre el bolsillo del pecho ponía HAPPY LIMO. El nombre de la compañía.

Erhard arranca el coche para adentrarse en la ciudad. No quiere aparcar debajo del Olympus, sino que se desvía por caminitos y deja el coche junto a un solar vacío. A juzgar por el color del cielo, son más de las diez de la noche. Baja por el sendero que discurre paralelo al agua y ve asomar el hotel inacabado por encima del bosque. Oye a *Hardy* llamando a *Laurel*. Y una hoguera circundada de voces en el interior del edificio.

Tiene los pies atados. Piernas desnudas, miembros negros como tallos, coños oscuros y ombligos marrones, tetas jóvenes, un único hombre, no dos, vergas lampiñas, rodillas chupadas, limpias de pluma y pelo. No dicen nada, nada, mueven ligeramente los pies, como si estuvieran en un ascensor, se mantienen alejados de su orín en el suelo, de su carne blanca y grasienta. Ella trata de levantar la cabeza y ver sus caras, pero no puede. Porque no es capaz o porque no tiene fuerzas. «Abdi», dice, pero no pronuncia nada, los labios no se separan, es un zumbido, algo que ocurre en la garganta y se detiene detrás de la lengua.

«Abdi, adi, di.»

Ella puede balancear un poco la pierna derecha y golpear a uno de ellos, lo hace una vez, dos. Habla con ella, su voz es profunda, un hombre joven con una nueva voz profunda. Señala el teléfono con el pie, «mira lo que hay allí, tómallo», quizá él pueda llamar a algún conocido, él no lo ve, él la reprende con su voz profunda, uno de los otros intenta que se mantenga callado. Ella vuelve a señalar, pero él le empuja el pie una vez, dos veces, hasta que lo ve. Entonces se tira al suelo y se arrastra debajo de la mesa. Está tumbado bajo la mesa pulsando en el teléfono, se lo muestra a los demás, hay revuelo entre ellos, los pies se mueven inquietos, Le intenta echar la cabeza hacia atrás y ver sus caras, pero no puede, no tienen rostros, incluso el hombre de la mesa no tiene cabeza, teclea frenéticamente y habla con excitación.

Candycrush entra en la habitación. Puede ver sus botas, botas polvorientas de trabajo. Y también otro hombre, con piernas como un jugador de fútbol y sandalias de playa de colores. El del labio leporino saca a rastras al hombre de debajo de la mesa y le arrancan el móvil de la mano. Candycrush mira el teléfono para asegurarse de que sea el suyo, lo mete en el bolsillo trasero y patea al hombre varias veces, en el estómago, en el pecho. Los otros no hacen nada. Candycrush y el sandalias de playa los empaquetan en bolsas negras, retuercen el plástico negro sobre la cabeza, los envuelven en cinta americana y los apilan en la puerta. Uno a uno desaparecen. A una chica con marcas blancas en la espalda la meten dentro de un saco, baja y la empaquetan mientras ella tiembla y llora en silencio. Y el hombre en el suelo parece inconsciente. Le tiran encima las bolsas, se revuelve cuando cortan la cinta adhesiva alrededor de su pecho, y tienen que aflojársela y lo miran. Jadea buscando aire. Discuten qué hacer. Lo dejan

tumbado por un momento, luego le colocan una nueva bolsa por la cabeza, pero no lo envuelven con cinta. La quietud es lo peor, lo más difícil.

Luego se vuelven hacia ella. Candycrush le quita la venda de los ojos. «Diré lo que sea, lo que sea. Puedo mostrarte dónde vive, puedo mostrarte dónde está su coche», intenta ella. Él le pone un cuchillo debajo de la garganta. «No harás nada, no dirás nada.» Y no hace nada. Corta la cuerda, con lo que ella se desliza en el piso. Ella se deja empaquetar. El saco sobre la cabeza la encierra en un espacio húmedo y ruidoso con una luz grisácea. Poco después la levantan. La llevan por el pasillo y suben la escalera. Está a punto de caérseles. Ahora está afuera, puede sentir el aire contra la parte exterior, la tumban y la empujan hacia delante hasta que topa con algo duro. Al principio, cree que está en un cobertizo, sobre un estante, pero luego oye cómo arrojan los demás sacos detrás de ella, sus cuerpos golpean el fondo, unos a otros, el sonido de una caja de carga, un camión. Ella está apartada y puede oírlos suspirar cada vez que lanzan una nueva bolsa. «¿Quiénes sois? ¿Qué vamos a hacer?», pregunta ella. Pero no quieren hablar con ella. «Cierra la boca. Puta blanca. Nos vas a causar problemas», susurran las voces. Hay barullo en el exterior del vehículo. Los hombres golpean uno de los sacos y lo arrojan contra la pared del camión con un violento golpe. El vehículo arranca. Avanzan, giran lentamente, el sonido del motor aumenta. Se agita cada vez que el camión da un giro. Está mojada y sedienta. De pronto piensa en su parto, no cuando dio a luz a London, sino cuando ella misma nació en el hospital Hillerød en 1977. Segundos antes de que ella se precipitase a través de la vagina de su madre, bien como una idea o como un recuerdo, la oscuridad protectora y húmeda, la sensación de ir camino de la luz y odiarla desde el principio.

El vehículo permanece parado por un momento. Va a gritar pidiendo ayuda, pero el motor hace demasiado ruido. Entonces arranca de nuevo. Bajo ella las ruedas chirrían, como si fueran sobre pequeños raíles de ferrocarril en dirección a una gran montaña. El vehículo se balancea. Es casi tranquilizante.

Hasta que frena, da marcha atrás y las puertas se abren. Nuevos sonidos, voces atareadas. Ahora más de cuatro manos. Tal vez seis u ocho. Suena como un mercado, sonidos de Marrakech, donde actuó una vez al aire libre, sonidos de las tiendas de campaña en el Festival de Roskilde. Alguien grita, saluda, la ponen sobre algo blando, desaparecen. No hay puertas que golpeen, sin embargo, hay una sensación de sonidos apagados. Después de un tiempo, llegan los demás, los dejan en la habitación, ella puede oírlos. Alguien la coge. «*Please, please*, no, dejadme ir.» Con un corte, la bolsa se abre, y la luz y la fragancia de una extraña habitación roja fluyen, se abalanzan sobre ella. Puede ahora ver a los demás acostados en una fila recta en el suelo, bolsas de cadáveres antes de la inspección, pero se mueven. Mira hacia el joven, debe de ser él, está en la última bolsa rasgada, acurrucado en una esquina de la habitación entre una gran pila de almohadas con borlas y una jaula redonda con un monito con cara de esqueleto. La habitación está en silencio. Los suelos y muchas de las paredes están cubiertos con alfombras orientales; grandes rieles con telas rojas y púrpura se tienden del techo al suelo como divisores de la sala. Hay un par de lámparas de suelo encendidas, en el techo cuelgan grandes lámparas de araña rojas con una luz tenue. En la única abertura de la habitación, la puerta de una tienda de campaña, hay un hombre con uniforme oscuro. Una mano, unas cuantas manos, la empujan hacia

abajo para que se quede tumbada. Las manos pertenecen a varias mujeres.

—Oh, querida, deja volar tu alma, no la necesitas, tu cuerpo es mío.

Frente a ella está sentada la mujer del otro día. La voz ronca, los dedos gordos. Ahora Le puede ver su cara grandota con *piercings* en una amplia fila desde la oreja izquierda, y por encima del ojo, bajando por la nariz, hasta los labios. Saca el collar del bolsillo de los pantalones de Le. Mira la botellita de cristal y la agita, moviéndola como un péndulo. Luego se lleva las manos alrededor del cuello y anuda los cordones. La botella de vidrio cuelga entre sus pechos rosados.

—Haz lo que te digo y no te haré más daño. Lo haré, te convertiré en mi lobo monstruoso, lo último que quieres que pase.

Jueves

Erhard

Está despierto, echado sobre el delgado cartón con los miembros agarrotados. La luz arde en la línea del horizonte. Sentado en la escalera delante del Olympus deja que *Hardy* despunte una rama de hojas secas. Se queda en el coche con el motor apagado, el presentador habitual de las mañanas en Radio Mucha anuncia al pianista ciego de jazz Ignasi Terraza y su mágico *Everything happens to me*. Sentado en el banco junto al área de descanso ve un automóvil, que lleva en el maletero las palabras LA FLOR DEL CORRALEJO, apartarse de la carretera y hablar con los vigilantes. Poco después conduce por las planchas de hierro, pasa la colina para desaparecer en las dunas.

No le gustan las bodas.

Hace cincuenta años que no asiste a una de ellas. Cincuenta años. Incomprensible. Ya entonces no le gustaban las bodas. Tampoco ahora le gustan. En aquella ocasión fue la suya propia. Ni siquiera recuerda aquel día. Sólo que se le cayó helado de vainilla en la entrepierna.

Dentro del coche con el motor en marcha, en el área de aparcamiento del aeropuerto, busca con la mirada a *Happy Limo*.

Un par de semanas antes de su boda cayó en la cuenta de que Annette quería deshacerse de las tres litografías que colgaban en el salón. Llegaba la familia. Las litografías tenían que desaparecer. Por completo. La verdad, a él le daban exactamente lo mismo. Eran unos esbozos sin color de Hans Bendix de los sesenta, cuerpos de mujer simulando ser árboles o pescado seco. Significaban algo para él sólo en la medida en la que los había heredado de su abuelo paterno y porque los había colgado en su primera habitación de la residencia de estudiantes, nada más.

Se sienta sobre el banco de la zona de llegadas, detrás de un periódico gratuito para contemplar al conductor de *Happy Limo* que agita un letrero de cartón junto a la recepción. Los zapatos del hombre están limpios pero verdes. El sombrero es amarillo.

Annette quería deshacerse de las litografías. Él mismo no albergaba ningún deseo de salir en su defensa ni de conservarlas. Pero durante un segundo experimentó el primer mal sabor de boca. Sentir que otra persona ha tomado las riendas de uno. La sensación de achicarse. Annette debió darse cuenta. Se rio de él. «Así va a ser —dijo ella— si quieres que sea tuya.»

Se sitúa dos coches más atrás de *Happy Limo*.

«Cuando uno se casa renuncia a la mitad en favor del otro», continuó ella. La frase le había corroído las entrañas. Quizá porque ella tenía razón. No con el matrimonio. Sino incluso en el encuentro con la otra persona. Uno tiene que estar dispuesto a renunciar a todos sus planes, a dejar que la vida discurra de una manera por completo diferente en el encuentro con el otro. La completa rendición. Como sólo un enamorado tiene valor para ello.

Se apoya en el Corsa frente a un chalet en Geafond.

El conductor del sombrero amarillo ha ayudado a un hombre apuesto a atravesar un portón. Se ha ocupado de su equipaje. Y de su violonchelo. Cuando el conductor vuelve a salir ve a Erhard.

—Has circulado detrás de mí desde el aeropuerto. —Empuja un montón de billetes dentro del bolsillo interior—. ¿Nos conocemos?

—Conversamos hace unos días. En el aeropuerto. Me contaste que ibas a llevar a unos músicos a un banquete de boda. —Erhard levanta la mano con cuatro dedos. A veces funciona.

—Me acuerdo perfectamente de ti. Eres taxista.

—Lo era. He perdido mi licencia.

—No puedo ayudarte con el trabajo en negro, si eso es lo que estás pensando. Ya he tenido líos con Taxinaria anteriormente. Piensan que les robo sus clientes. Estoy solo. No quiero tener empleados. Ya lo he probado. —Saca un cigarrillo rosa de la cajetilla y lo enciende con un encendedor intermitente.

—No es eso —dice Erhard—. Quiero ir en el vehículo cuando recojas a los músicos para llevarlos a la boda.

El conductor parece confuso.

—¿Por qué? ¿Has perdido tu invitación?

—Si pudiera entrar de algún otro modo, te aseguro que lo haría.

—¿Eres un revientabodas? Algo mayorcillo para esas cosas. Siento decirlo.

—Quiero pasar desapercibido. Sólo tengo que hablar con uno de los invitados. Es importante.

—No puedo ayudarte, lo lamento —repite el conductor y lanza el cigarrillo, que vuela con el viento hacia abajo antes de que él llegue a pisarlo.

—No tendrás ningún problema por mi culpa, te lo prometo —asegura Erhard, mientras se acerca a la limusina en cuyo interior se ha sentado el conductor.

—No puedo ayudarte, no soy yo quien los lleva a la fiesta.

—¿Quién entonces?

El conductor baja la voz.

—Un autobús los recogerá a todos. Eso es lo que sé. Los irá recogiendo entre las dos y las tres de la tarde para conducirlos a la fiesta. En breve iré a buscar dos más al aeropuerto y los llevaré a su hotel. Después tendré libre. Estoy en marcha desde las seis y media. Lo siento, amiguito.

Erhard no sabe qué más decir. El conductor cierra la puerta y gira la llave para arrancar. Erhard golpea la ventanilla. Ésta baja con lentitud. El conductor parece un poco molesto.

—¿Sabes si la orquesta es muy grande?

—No lo sé, creo que le oí decir a uno de ellos que serían unas catorce o quince personas.

Entonces lo más probable es que cuenten con un director que además toca un instrumento. Podría ser el violonchelista o el pianista.

—¿Has recogido a un pianista? —pregunta Erhard.

Eso divierte al conductor.

—¿Y cómo voy a saberlo? No hablamos entre nosotros. Se sientan detrás del cristal a beber champán y a hablar por teléfono.

—Tienes que haber visto los instrumentos. ¿Recogiste a alguno que no llevara consigo un instrumento?

—Recogí dos al mismo tiempo ayer por la tarde. Una llevaba una pequeña caja alargada de la que no quiso separarse, era la típica coreana muy elegante y callada; el otro no llevaba nada, venía de Barcelona. Sólo tenía dos de esos bolsos caros con el logo VL, ya sabes. Se comportó como un verdadero continental. Me obligó a parar junto a una tienda para comprar una botella de agua. No quería el agua que tengo en el frigorífico. Y esperaba además que yo le pagara la botella.

—Pero ¿todos los demás sí que llevaban consigo instrumentos?

—Sí. Grandes y pequeñas cajas. Violines y flautas. Y los de los grandes violines.

Quiere decir los violonchelos.

—¿Recuerdas el nombre del barcelonés?

—Pilar. Es lo que escribí en el letrero cuando lo recogí.

—¿Y a qué hotel iba?

—Reina del Desierto, por supuesto.

El mismo hotel en el que Lene había estado. Justo al lado de Las Dunas. Probablemente sea la última parada en la ruta del autobús si el viaje comienza en los hoteles situados más al norte de Corralejo.

—Gracias —dice Erhard.

El conductor sube la ventanilla.

—Ehh —añade Erhard—. Una última pregunta. ¿Es muy grande? ¿De mi tamaño o mayor?

—Menor. Menor que yo. Casi media cabeza menos. Un canijo. Y larguirucho, igual que un niño, si quieres saber mi opinión. Ni una pizca de vello en la cara.

Seguro que es uno de esos genios salidos del Conservatori del Liceu de Barcelona. Que recorre el mundo llenando las salas de conciertos a la edad de diecisiete. Pilar. Maletas caras. Gustos caros. Dormirá con antifaz. Cada dos noches, rusas descoloridas le masajearán los pies. Un principito. Erhard ya lo odia.

La limusina rueda por la calle Guirre.

Erhard llevaba traje. Aquella vez en 1965. Se inauguró en ese tipo de cosas. Un traje azul de forro amarillento y con anclas. De eso sí se acuerda. Se lo proporcionó su suegro. No tenían dinero para más, no fue una boda maravillosa, pero daba igual.

Se sienta y da la vuelta por abajo para conducir hacia Puerto.

Annette era cuatro años mayor que él. Una mujer joven. No una chica como las que acostumbraba a mirar embobado. Tomó la palabra durante la excursión del sindicato de profesores al parque de Bakken. Llevaba pantalones y pajarita, parecía Charlie Chaplin con su

pelo corto, puso en su lugar a los hombres canos de la primera fila. No recuerda su discurso. Más tarde se sentó frente a él en una mesa larguísima del restaurante Deleite del Bosque para meter un pie desnudo entre los muslos de él y presionar su polla, lo recuerda; ella gritó a través del barullo y los cigarrillos: «¿No podríamos follar?». Él se encogió de hombros y contestó: «Eh, sssíí». Ella le pidió matrimonio, tuvo a Lene, después vino Mette, y también Morten, como lo llamaron sin haberlo visto. Cuya ausencia fue muy grande aun sin haberlo conocido.

Erhard

Había olvidado que era el Día de Canarias. Baja por la calle Reyes Católicos, cuyas tiendas han sacado fuera mesas y toldos. Una joyería ha adornado con cadenas para el cuello un enorme caballo de cartón piedra. El camarero de un bar corta finas lonchas de una gran pieza de jamón. Solilla se encuentra fuera de la tienda poniendo a un maniquí la vestimenta tradicional canaria de falda colorida de rayas, chaleco rojo y camisa blanca. Y un sombrero trenzado. Solilla lleva un traje de chaqueta blanco y enormes gafas de sol.

Al levantar la vista, ella lo examina.

—Dios mío, Jorgenson.

—Necesito algo como es debido, un traje oscuro.

—Desde luego, lo comprendo. Pareces un sin techo, eres consciente, ¿no? —pregunta ella—. ¿Has dejado de lavar la ropa? ¿O de bañarte?

—Tengo que ir de boda. Hoy. He de parecer un intérprete de música clásica.

Ella toma su rostro entre las manos y lo mira.

—¿Te has dado un golpe? ¿Te encuentras bien? ¿O te has vuelto completamente loco?

Él no puede soportar mirarla a los ojos. Pero tampoco quiere mentirle.

—Déjalo para otro día.

—Prométeme que no estás cruzando la línea. Que cuidas de ti mismo. No quiero perder a mi único cliente que sigue leyendo libros de papel.

—Déjalo ya —dice él sin más.

—Y además hueles. —Le suelta—. Pero yo no tengo trajes oscuros. Odio los trajes oscuros. Sólo gentes como los políticos o los abogados los llevan.

Le hace gestos para que la siga por la escalera al sótano en sombra y al calor sofocante. Ella se desliza por estrechos pasillos formados por todo tipo de cosas como si fuera un conejo a través de un caótico entramado de túneles, para desaparecer entre tablas de planchar, equipos de golf, un viejo reloj que muestra las 10.33, un caimán disecado, un banco de remo.

Acaban su periplo en una pared con ropa sobre dos barras, arriba y abajo. Tira hacia fuera de un traje marrón claro.

—Puedo hacer que tengas el aspecto de un mayordomo, del estilo de *Paseando a miss Daisy*;

la has visto, ¿no?

—Voy a parecer un nazi en vacaciones de verano.

—Tienes razón —dice ella, y saca otro traje. Uno blanco de rayas negras. Lo sujeta para que él lo vea.

—Pareceré un mafioso —opina él.

Ella rebusca entre las perchas para sacar un traje azul claro.

—¿Lleva palomas en los bolsillos y monedas en las mangas?

Logra que ella se ría.

—Eres un hombre demasiado exigente para no bañarte.

—Tiene que ser algo más clásico, si puede ser aburrido.

Ella ha llegado abajo y al final de ambas barras de ropa.

—Espera, aquí, recibí algo hace un mes que aún no he sacado. Entre ello había un par de trajes. Y un frac, si es que no es demasiado elegante para ti.

Regresa poco después.

—Así a simple vista es demasiado grande para ti. —Sujeta la chaqueta por delante de Erhard, calcula el tamaño.

Él se lo prueba. Y los pantalones mientras se vuelve de espaldas.

—No te queda nada bien —dice ella—. ¿A lo mejor si ponemos un alfiler en las perneras? Luego con el chaleco y una camisa puede que no se note. Sólo tengo una camisa de tu talla.

Él se prueba la camisa, rígida y desagradable. Se pone el chaleco y la chaqueta.

Ella lo mira.

—Es difícil afirmar algo aquí abajo a oscuras, pero yo creo que está pasable. Dame los pantalones para que les suba los bajos con algo de hilo y aguja, tardo diez minutos. Espera arriba, puedes echar un vistazo a unos libros que he reunido. —Ella desaparece entre los pasillos.

Por el camino él encuentra un par de zapatos negros, con el tacón desgastado y un número mayor pero bonitos. Son de esos que elegiría un párroco. Se sienta en el sofá a mirar los libros que Solilla ha agrupado en una caja. Una edición prácticamente pulverizada de *La Ciudad Vertical*, de Joaquino Tac. *Loved past tense*, de Frank Cojote. *Los signos de la Yonderbeast*, del mexicano Víctor Alonso Ruiz. Han llegado varias personas a la calle. En la mesa que hay detrás del maniquí un joven mira la cubierta de un disco. El gato salta al sofá y se restriega contra el brazo de Erhard, de modo que sus pelos rojos tiñen la chaqueta negra.

Poco después regresa Solilla. Erhard se pone los pantalones detrás del árbol y los zapatos negros. Solilla revisa el largo de los pantalones.

—No es que sea muy elegante, pero vale así. Y aquí tienes una pajarita y un fajín que puedes ponerte alrededor del estómago. Has dicho que fuera aburrido, pero no tengo otra pajarita, así que tendrás que sobrellevar el color.

Es roja. El fajín es amarillo y rojo. Erhard lo despliega. Es una bandera española de esas que se cuelgan en los balcones cuando se celebra la Copa del Mundo de fútbol.

—Nadie lo notará cuando te lo anudes en torno a la cintura —dice ella. También le cierra la pajarita alrededor del cuello con un broche. Cepilla los pelos de gato que tiene en la manga—. Déjame ver. —Ella da un paso hacia atrás.

—¿Y qué? —pregunta él.

—Hay que cortarte el pelo.

—¿Parezco un pianista clásico?

—No lo sé. Pero eres un hombre bien parecido, muy bien parecido. Eso sí, tienes que cortarte el pelo. Un momento —pide ella, para revolver dentro de una caja.

Él vuelve a ponerse sus pantalones cortos y su camiseta, dobla la otra ropa. Solilla ha encontrado una antigua maquinilla de afeitar. La enchufa y lo esquila mientras él está sentado en el sofá con la cabeza sobre el respaldo. Zumba y raspa la cabeza. Siente frío una vez que ella ha terminado y lo abanica con un LP de la colección para apartar los pelos. Le tiende una gruesa bolsa con la ropa y los zapatos.

—Gracias —dice él—. Por todo. —Va a darle un abrazo. Queda muy estúpido. No suelen hacerlo.

—Para —ordena ella mientras lo empuja—. Vuelve y págame cuando ya estés en el otro lado. ¿No quieres llevarte un libro?

—En cuanto termine el que me diste, volveré.

Ella espanta al gato, que se sube en el árbol, y se pone las gafas de sol.

87

Le

Primero, la bañan en leche amarilla y grasienta que huele a hierba. Ella está tumbada en una gran bañera, muchas manos vierten leche sobre su cuerpo y le empujan la cabeza bajo la superficie del líquido. Tiene un sabor dulce. La empujan, le frotan las extremidades, entre las piernas, debajo de las tetas.

Luego la rasuran. Debajo de los brazos. El coño. La cara.

La cabeza. Lo cortan con unas tijeras gruesas. La afeitan. Apurando. Canturrea sobre el cráneo. Como si repasasen la piel de la espalda de una oveja. Retiran la crema de afeitar, siente el frío, cada pequeño movimiento en la habitación se percibe en la parte superior de la cabeza como ráfagas de viento.

No tiene más remedio que quedarse quieta. Ve que los guardias cambian, hombres diferentes con la misma ropa árabe, punteras de botas militares que sobresalen bajo el traje.

Luego la rocían. De plata. De abajo arriba. Le dan la vuelta. La pintura está primero fría, luego caliente contra la piel, se seca, araña, se pega, pero no puede hacer nada. Le cierran los ojos y le ponen una máscara sobre la nariz, entonces le rocían la cabeza, las orejas, la cara, los párpados. Por un momento parece como si todo se concentrase en ella, la atrapase en una armadura de plata. Le quitan la máscara, alguien comienza a pintar con un pincel el área alrededor de la boca y la nariz.

Es la mujer, la dama con los dedos gordos. Pinta con lentitud, hipnotizando. No hay música alta. Hay pruebas de audio o ráfagas cortas de sonido, voces, instrumentos, lejos de la tela, pero hay una ausencia liberadora del bajo, la respiración del continuo, aquí son sólo susurros, un crujido suave, las personas que andan a su alrededor, la preparan, limpian, decoran como a los dóciles caballos antes de un derbi.

Intenta abrir los ojos. Hay una potente lámpara justo encima de Le. Una lámpara de trabajo. Los *piercings* de la mujer relucen en la cara. Puede ver tumbadas sobre el suelo a las otras figuras doradas, plateadas, en bronce, como estatuillas. Hay dos o tres que parecen hombres. Uno es fuerte. Torso y pecho desnudos como una mujer. Quizá es el maliense. «Abdi, Abdi», dice ella.

Cuatro o cinco brazos la colocan de rodillas y sobre los codos, y la empujan en dirección a

una caja alargada, hacia delante, cadenas y metal que suenan como campanillas. Siente una piel de animal en brazos y piernas.

Por último queda metida por completo en la caja, que desprende un fuerte olor.

Primero hay oscuridad, silencio, una bendición. Un lugar en el que podría desaparecer. Entonces descubre que las cadenas la mantienen sujeta. Que la caja es tan pequeña que sólo puede tumbarse de una manera. Sobre las rodillas y las manos. Con las piernas extendidas hacia los lados, la cabeza estirada. La caja se agita, rueda un poco y se detiene.

Retiran partes de la caja de forma que sólo queda un esqueleto de metal. Una poderosa jaula en la que están atornilladas las cadenas. Sigue sin poder moverse, y comienzan a dolerle las rodillas. Los hombres se han ido otra vez. Puede ver el interior de la habitación, ligeramente perceptible en la penumbra de una lámpara que ilumina la pared en un patrón rojo, púrpura y verde. Una luz digital cenital.

Todo lo demás es blanco.

La luz flota sobre una figura, un oso polar alzado sobre las patas traseras, las garras adelantadas como para el ataque. Y detrás del oso polar hay un tigre blanco, un reno y una gran cama con almohadas y pieles y una mesa que parece de hielo, de la que sobresalen botellas. En la cama hay un látigo blanco y un juego de esposas blancas forradas de felpa.

«Socorro», dice ella.

No hay ninguna necesidad de decirlo de nuevo.

A lo lejos puede oír el sonido de una orquesta y cientos de manos que se golpean unas a otras.

Erhard

Los kitesurfistas pululan sobre el agua unos alrededor de otros, el viento es fuerte pero cálido. Aparca en la parte trasera del Reina del Desierto, oculta las llaves del coche detrás de la llanta trasera y se lleva la bolsa de la ropa bajo el brazo. Entra por la parte que da a la playa y sube la escalera que lleva a las dos grandes piscinas. Se percibe cierto ajeteo aplatanado, un par de hombres velludos brindan en el bar, le traen a una familia italiana nada menos que bogavantes. Camino del vestíbulo adelantan a Erhard algunos niños que resbalan con los pies descalzos.

Se sitúa junto a una estantería con folletos turísticos; la mirada puesta en la recepción. Una mujer pelirroja contesta las llamadas telefónicas y envía a un mozo al aparcamiento con un carrito de equipajes repleto. Una vez que la recepcionista se queda sola utiliza su teléfono móvil para mirarse mientras se repasa la pintura de los labios con un pincelito.

No va a ser fácil hablar con ella.

En su lugar, Erhard se encamina al edificio del aparcamiento a esperar en la rampa hasta que el mozo regrese con el carrito de equipajes.

—¿Miguel trabaja hoy? —pregunta Erhard, cuando el recepcionista pasa al lado.

—¿Miguel de Cassina? ¿Del restaurante?

—Miguel Vergara. De mi edad.

—No es recepcionista, está en la parte de atrás. En el servicio de habitaciones. —El hombre sigue empujando su carrito hacia la recepción.

—Envíalo a mi habitación. Tengo un encargo para él.

—¿Qué número?

—101 —responde Erhard.

El mozo no se detiene ni por un momento.

—Vale —dice simplemente por encima del hombro y desaparece.

Erhard sube la escalera hasta el primer piso y atraviesa los pasillos azules. Una chica de piel oscura trajina con un aspirador. Él llega al final y se coloca en una esquina desde la que puede ver tanto los ascensores como la habitación 101.

Pasa un cuarto de hora, según Erhard. Y más. De vez en cuando el ascensor campanillea, pero sólo en una ocasión alguien se baja. Un par de mujeres norteamericanas con bolsas de

compra y montones de gafas en el pelo.

Por fin llega Miguel Vergara. Elegante y gallardo como cuando trabajaba en el hotel Phenix, aunque su andar es cansado. Se detiene al ver a Erhard y mira a su alrededor.

—Señor Jorgenson. ¿Se aloja usted aquí?

Erhard no ha reflexionado acerca de cuánto va a mentir.

—Necesito que me ayudes, Miguel.

—¿Qué puedo hacer? —pregunta Miguel.

—¿Tenéis alojado a un jovencito que se llama Pilar? Es músico, tiene que tocar en una boda. —Erhard no dice en qué boda. Le preocupa que Miguel se inquiete.

—No lo sé. ¿Ha preguntado a la señorita Martina en la recepción?

—Sí —dice Erhard—. Pero ella no me podía ayudar. Ya sabes, la gente joven.

Miguel baja la vista.

—Entonces yo tampoco puedo.

—Por nuestra vieja amistad —pide Erhard.

—No, no es eso. Me gustaría. Pero el sistema de reservas es demasiado sofisticado, un engorro en mi opinión, por eso me han trasladado al servicio de habitaciones.

—¿Puedes preguntarle a la chica de la recepción dónde se aloja Pilar? Di que ha pedido algo en el servicio de habitaciones y que no recuerdas el número de habitación.

—Y, entonces, ¿qué? ¿Qué hará usted cuando le diga el número de habitación? —Erhard sabe por qué lo pregunta.

Hace más de un año Erhard montó jaleo en el hotel Phenix. También tenía que ver con un músico. «¿Qué coño haces, cuatro dedos?» Erhard golpeó al tipo y vertió whisky sobre su herida. Piensa si contarle lo de Abdi, Aissata e Idowu, pero recuerda que Miguel suele quejarse de los inmigrantes que trabajan por menos, haciendo que los sueldos bajen.

—Alguien tiene a mi hija —dice él.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Aquí en el hotel?

—No, aquí no.

—¿Ha sido él, Pilar, quien lo ha hecho?

—No, él sólo es músico, pianista.

—Pero eso es terrible, señor Jorgenson, es un delito.

—Sí —dice Erhard.

—Yo no lo sabía. Que usted tuviera una hija.

—Estuvo alojada aquí la semana pasada. En el hotel. Junto con un equipo de rodaje. Ellos volvieron a casa. Sin embargo, ella no, alguien la retuvo y ahora el músico puede ayudarme.

Miguel baja la vista hacia el lugar de donde procede el ruido del aspirador sin llegar a ver a la chica que lo maneja.

—Creo que sé de lo que habla. La Guardia Civil estuvo por aquí hace dos días. Interrogaron a todos aquellos que prestaron sus servicios al equipo. También a mí, puesto que yo atendí a su hija. Es muy guapa. Espero que no le haya pasado nada.

—Mi hija no es guapa. No sé lo que es. Pero guapa, no.

Miguel se queda callado.

—Entonces su hija no era la rubia, su hija era la otra. La estrella de rock. Ellos la llamaron...

—¿Cómo la llamaron?

—Fueron los policías. Estaban muy enfadados. No hay que hacerles demasiado caso.

—¿Qué dijeron? ¿Qué dijeron de ella?

—La llamaron «monstruo», dijeron que llevaba muchos años tomando drogas, dijeron que ahora intentaba vender sustancias aquí en la isla.

—¿Tú la viste?

—En dos ocasiones. La primera vez estaba en la cama cuando yo entré a servirle la comida en la salita. La segunda vez ella estaba de pie en el balcón, yo sólo empujé el carrito dentro y me marché. Dijeron que era una estrella de rock. Esa clase de gente sigue un rumbo propio. A mí eso no me molesta.

Erhard no sabe a qué se refiere. Lene no era una estrella de rock.

—¿Puedes averiguar dónde se aloja Pilar?

Miguel se queda mirando a Erhard un rato.

—Por nuestra vieja amistad. Por su hija. —Enfila el pasillo—. Espere aquí.

Miguel lo llama desde el ascensor. Cuando Erhard entra, le pasa una tarjeta delante de los botones y pulsa el ocho, las puertas se cierran.

—Se aloja en una de nuestras *ultra exclusive suites* —dice Miguel.

—¿Está él en la habitación ahora?

—Espero que sólo vaya usted a hablar con él. —Mira la bolsa de Erhard como si contuviera algo peligroso.

—¿Quieres saberlo?

—Ya que no he tenido más remedio que preguntarle a mi compañera, preferiría evitarme problemas. Puedo asegurarle a usted que no es difícil sustituir a un hombre de sesenta y cinco años. Quieren trabajadores jóvenes, mejor si son mujeres. O simplemente ordenadores. Los hay por todos lados. En cualquier artilugio. No se puede hacer un café sin que uno tenga que mover una tarjeta y pulsar botones. —Le enseña a Erhard la tarjeta sujeta a un cordón unido al cinturón.

La puerta campanillea.

—Es la número 805 —indica Miguel, y se queda dentro.

Erhard sale a un pasillo igual al anterior. Los colores son distintos.

Miguel pulsa de nuevo el ascensor.

—Espera —dice Erhard mientras frena el cierre de las puertas.

—A partir de aquí tendrá que apañárselas usted solo, señor Jorgenson, lo lamento.

—Dame un instante —pide Erhard.

De primeras había pensado abrir con violencia la puerta y golpear con ella la cabeza de Pilar. Pero es posible que no funcione. Si el golpe no da en el blanco a lo mejor él irá corriendo hasta el cuarto de dormir o al baño, donde hay cerrojo. A lo mejor llamará a la recepción. O a la policía.

—Necesito dejarlo fuera de juego un par de horas. O tres.

La mirada de Miguel se vuelve errática.

—Ya he ido demasiado lejos, no puedo ayudarlo, lo siento.

—¿No tenéis un armario con medicamentos, pastillas para el dolor de cabeza, contra el insomnio? —pregunta Erhard.

Los hoteles siempre cuentan con ese tipo de cosas. A veces en una gran caja bajo el mostrador de la recepción, otras en un armario con llave.

Miguel pulsa los botones del ascensor. No le interesa el asunto.

—¿Quién prepara las bebidas cuando la gente las solicita a través del servicio de habitaciones? —inquire Erhard.

—Yo mismo, aunque los cócteles y ciertas bebidas alcohólicas los prepara el barman.

—¿Le podrías enviar a Pilar una copa de champán que contenga píldoras para dormir?

—No le puedo enviar nada de nada. Además, ese tipo de cosas se ven en una copa de champán. Y seguro que también se notan al beberla.

—Tienes razón. Tampoco creo que Pilar beba champán. ¿Y qué hay de una bebida de frutas sin alcohol, totalmente sana? —pregunta Erhard.

—Se llama *smoothie*.

—Con los saludos de la pareja de novios. Mucho zumo y fruta. De manera que no se pueda detectar una tanda de píldoras.

—Es el barman quien prepara los *smoothies*. Y no lo vamos a convencer para que ponga dentro píldoras. Olvídelo.

—Consígueme las píldoras y pide la bebida. Después seré yo quien las machaque y las eche dentro.

—No quiero participar en ese tipo de cosas. No puedo.

—Soy yo el responsable de todo, tú te limitas a traer la bebida —dice Erhard.

—Pero usted mismo ha dicho que el hombre no ha hecho nada malo. Es inocente.

—¿Quién es inocente en estos tiempos, Miguel? Además, tiene un carácter endiablado. Lo sé por el conductor que lo recogió en el aeropuerto.

Miguel le lanza una mirada. Erhard consulta el reloj de pulsera de Miguel. Son casi las doce. Vuelve a entrar en el ascensor. Miguel no usa la tarjeta para bajar. Pulsa la G, las puertas se cierran.

Miguel le proporciona una bolsa *takeaway* llena de pastillas de diferentes tipos y se marcha para pedir la bebida. Erhard utiliza dos grandes cucharas para machacar ocho Dormipana contra el insomnio y cuatro Annixalax contra el estreñimiento. Las convierte en fino polvillo. Lo recoge en una servilleta de tela y tira el resto de las píldoras al cubo de la basura. Antes de que Miguel regrese, Erhard toma prestadas unas tijeras de la recepción. La pelirroja habla por teléfono sin percatarse de nada.

Poco después ve a Miguel atravesar el restaurante para salir al vestíbulo con una bebida amarilla sobre una bandejita de madera. Esperan frente a los ascensores. Ninguno de los dos dice nada. Una de las puertas se abre. Miguel emplea la tarjeta y pulsa el ocho. Una mujer que porta un grueso libro salta hacia el interior justo cuando las puertas se cierran. Se baja en el cuarto.

Erhard observa la tarjeta de Miguel que cuelga del cordón y tiene preparadas las tijeras en el bolsillo de los pantalones.

—Es un *smoothie* de mango —explica Miguel, cuando Erhard vierte el polvo en la bebida—. Una bebida muy popular entre los jóvenes.

—Espero que a Pilar le gusten las bebidas amarillas —dice Erhard. La remueve con la pajita y una cereza japonesa casi desaparece.

Salen de nuevo en el octavo. Esta vez llegan hasta la 805. Erhard escucha junto a la puerta, pero no oye nada.

—Mira a ver si puedes oírlo.

Miguel apoya la oreja en la puerta. Traslada el peso a una sola pierna. Escucha. Mientras tanto Erhard palpa las tijeras. Corta el cordón justo cuando Miguel se aparta de la puerta.

—No oigo nada.

—Pero has dicho que estaba dentro, así que adelante —apremia Erhard, guardando las tijeras—. La bebida es de parte de los novios, acuérdate. Una bebida sana. Díselo.

—¿Y qué hará usted?

—Espero a la vuelta de la esquina. Tú límitate a servirle la bebida. Y después tienes libre. O te vas a hacer lo que corresponda.

—¿Y qué pasará cuando se descubra que yo he servido una bebida que lleva tranquilizantes?

—Tú no has servido nada que contenga tranquilizantes.

—El barman sabe que yo he pedido un *smoothie* de mango, y Pilar contará lo que yo le he dicho. Que la bebida era de parte de los novios.

—Tú sólo tienes que explicar que alguien llamó para encargar la bebida. De parte de la pareja. Tú no hiciste sino lo que se te pidió.

Miguel mira la cereza, cuya arrugada hoja es lo único que asoma de la bebida. Después levanta la mano para golpear la puerta.

Erhard tuerce la esquina y se pega a la pared. Puede ver el interior del cuarto de limpieza. Pequeños carros con escobas y cubos..., además de un par de aspiradores.

Miguel llama tres veces. Luego otras tres.

La puerta se abre.

Se oye un zumbido atravesando el pasillo, el viento que procede de la habitación, la corriente.

—Buenos días, señor. Le traigo este saludable *smoothie* de mango de parte de la pareja de novios en el día de su boda. Le envían sus saludos y aguardan con ilusión un concierto maravilloso. —Miguel suena convincente, casi sincero.

Erhard intenta imaginarse la voz de Pilar. Como la de un chaval. Muchos de los mejores pianistas en los años noventa eran austríacos o rusos y no pasaban de los diecisiete o dieciocho años, no seguían siendo sino niños de pecho vestidos con trajes caros. A lo mejor sigue ocurriendo lo mismo y Pilar habla igual que la tortuga del programa infantil, con voz aflautada y estridente.

Sin embargo, no se oye voz alguna. Sólo la puerta al cerrarse.

Espera un instante para correr tras Miguel cuando ve que enfila el pasillo.

—¿Qué ha dicho? —pregunta Erhard.

Miguel le invita a bajar la voz.

—¿No le ha oído? No ha dicho nada. Sólo ha cogido el *smoothie* y ha cerrado la puerta.

—Ya te he avisado de que era endiablado. —Erhard lo comenta para que Miguel lo lleve mejor.

—Le deseo al jovencito una siesta bien larga —afirma Miguel mientras entra en el ascensor.

»Otra cosa. No sé si le va a ser útil, pero uno del equipo de rodaje se sentó junto a la piscina a emborracharse. Completamente borracho. Era el hombre joven. El martes.

—Volvieron a casa el domingo —dice Erhard.

—Dejaron la habitación el domingo. Pero es evidente que él debió de regresar. Muy muy borracho. Se tomó varias cervezas y empezó a gritar hacia arriba, a las habitaciones. Es así como lo reconocieron. El cámara. Al final tuvieron que meterlo en un taxi.

Erhard no sabe cómo interpretarlo.

—¿Adónde lo llevó el taxi?

—No lo sé. —Las puertas se cierran—. Adiós, señor Jorgenson.

Erhard espera hasta oír que el ascensor va hacia abajo. Se dirige a la número 805.

La tarjeta de acceso de Miguel.

Ha tenido el tiempo justo de cortar el cordón para hacerse con la tarjeta cuando Miguel se ha inclinado hacia la puerta. Es mezquino, pero no se le ocurría otro modo de entrar en la habitación de Pilar. Miguel no tardará mucho en darse cuenta. En el mejor de los casos perderá algo de tiempo buscando la tarjeta, antes de adivinar que Erhard la ha robado. En el peor de los casos lo descubrirá tan pronto como llegue a la recepción. Es posible que aguarde a Erhard en el vestíbulo. A lo mejor se enfada tanto que le cuenta todo lo ocurrido a la pelirroja y a otros compañeros. Eso podría acarrearle problemas.

Sólo ha pasado un cuarto de hora desde que le han servido la bebida a Pilar.

Erhard habría preferido esperar media hora, pero no dispone de tanto tiempo. Quiere estar seguro de que Pilar quedará fuera de juego durante unas cuantas horas. Agita la tarjeta frente a la cerradura de la puerta y oye que hace clic. Agarra con cuidado el picaporte para colarse en el interior.

La 805 es una habitación de hotel de tamaño medio grande que dispone de armarios a lo largo de un pasillo, un aseo a la izquierda y acceso a un gran salón, así como a una cocina con vistas al mar. Las ventanas están abiertas, la luz, el aire, el viento silban directamente en la sala, las cortinas blancas ondean sobre la barra de la que cuelgan. Erhard mira dentro del dormitorio. La cama está vacía, la butaca junto a la ventana está vacía. Con tiento empuja la puerta del gran cuarto de baño hasta abrirla. No hay nadie.

—Hola —dice Erhard.

Regresa a la salita. Entonces ve a Pilar en el balcón, echado en una tumbona. No se mueve. Un pie se apoya sobre la barandilla. La mano cuelga relajada por el borde del asiento.

Erhard sale a través de las ondeantes cortinas.

Sobre la mesa que hay junto a Pilar ve el vaso de la bebida amarilla, ahora vacío, abajo del todo los restos de la cereza japonesa, que se ha comido; sólo queda la hoja. Erhard observa los

delgados muslos dentro del grueso batín del hotel y sube hasta el rostro del muchacho.

Tiene los ojos entreabiertos. Erhard piensa si habrá muerto, hasta que se da cuenta de que el chaval lleva puestos unos cascos.

—¿Tú quién coño eres?! —grita el muchacho, sin quitarse los cascos. Mira a Erhard de arriba abajo, que no va vestido como los empleados del hotel.

Erhard no puede moverse. Se queda con la mirada fija en el chaval blancuzco en calzoncillos de seda negros. Sus uñas pintadas de negro y el extraño pelo negro de la cabeza que está como pintado en el cráneo.

—Soy el pianista de reserva —dice Erhard.

—¡Habla más alto! —vocea Pilar, sin quitarse los cascos.

—Soy el pianista de reserva —repite Erhard.

—¿Quién coño ha pedido un pianista de reserva? Yo no necesito un pianista de reserva.

—Berasategui, el que ha pagado la boda, te ha alquilado a ti. Y a mí. Por si te pusieras enfermo.

Pilar se baja un poco los cascos de manera que la música suena por fuera. Parece el Concierto para piano en sol mayor, de Ravel. Una obra desgarradora. Hace muchos años que Erhard no lo escucha. Pilar se queda mirando a Erhard como si no alcanzara a concebir lo que ve.

—Qué mierda voy a estar enfermo. Jamás tengo una jodida enfermedad.

Agita la mano, que semeja una araña zancuda de las que se sitúan bien entrada la noche en las ventanas de las casas de veraneo; la mano cae sobre el regazo. Parece como si le sorprendiera que de pronto esté ahí cuando él la había enviado volando hacia arriba.

—Claro que no —dice Erhard. Sin que se le ocurra responder alguna cosa razonable al muchacho.

Un niño mimado. Seguro que ha crecido en los pasillos vacíos del conservatorio de música, junto a un pianista octogenario con peluquín como único compañero de juegos. Justo hasta que el genio del piano se hizo lo bastante mayor como para recorrer el mundo él solo, el monito del organillero sin organillero. Le da lástima. Con su esmalte de uñas y todo lo demás. Erhard se sienta en la otra tumbona.

—¿Qué haces? —dice Pilar—. No tendrías que estar aquí.

—Espero.

—Vete a tu habitación.

—No tengo habitación.

—Entonces vete. —Pilar se encoge en el asiento.

—Sólo espero aquí —dice Erhard mientras mira un jarrón que está sobre una mesa baja en la salita. Un jarrón pesado.

—No tienes que estar aquí. ¿Acaso te he abierto yo? —Pilar toma aire como si fuera a levantarse. Se balancea hacia delante en la tumbona, pero se lleva las manos al estómago. El aire escapa de él, mira a Erhard con cierta curiosidad—. No necesito ningún jodido pianista de reserva —insiste él.

Entonces cierra los ojos. Y se ha ido.

Erhard espera un instante, contempla cómo respira el muchacho. Después vuelve a ponerle a

Pilar los cascos sobre las orejas y busca algo que pueda utilizar para atar al muchacho a la tumbona. La silla es muy sólida. Un cable o una cuerda alrededor de las muñecas y los pies, puede que también en la caja torácica, apaciguará sin duda al delgado chaval, incluso cuando se despierte dentro de tres o cuatro horas.

No hay nada.

Podría rasgar una sábana.

Se acuerda del cuarto de la limpieza. Abre con precaución la puerta y mira el pasillo. No se ve a nadie, aunque uno de los carritos se halla al fondo, casi junto al ascensor. Erhard se apresura hasta la puerta abierta del cuarto de la limpieza y busca a tientas el interruptor, pero la luz se enciende de forma automática al entrar y ve que está entre estantes con papel higiénico, sábanas, vasos limpios, flores artificiales. Encuentra un rollo de cordel. Un cordel fino de seda que no le sirve. Mira en una caja que tiene alargadores. Pero se trata de cables gruesos y cortos. Entonces se fija en los cables de los dos aspiradores. Son largos y delgados. Intenta arrancarlos de la máquina pero no puede. En la pared del fondo cuelga un hacha del sistema contra incendios. Se hace con ella para tajar los cables.

Tensa tanto las ataduras de Pilar en torno a brazos y pies que la sangre se acumula en los miembros en forma de bolsas rojas. Desde las manos pasa el cable por detrás de la tumbona para rodear con él el pecho del chico y volver hacia los pies, donde anuda los dos cables entre sí. Si Pilar lleva el respaldo de la silla hacia delante, se le irán los pies hacia abajo. Debe de ser complicado y muy doloroso liberarse, lo más seguro es que eso disuada al chaval de intentar nada.

Llaman a la puerta. O al menos suena así.

Erhard se queda quieto.

La puerta exterior que da al pequeño recibidor se abre. Una voz clara grita dentro en inglés.

—¿Puedo limpiar la habitación?!

—No, no —responde Erhard—. No, gracias.

—¿Cuándo puedo regresar? ¿En una hora?—pregunta la voz.

—Ehh —dice Erhard, y se quita la camiseta. Va hasta la puerta para que la chica lo pueda ver—. Estoy enfermo, muy enfermo, necesito dormir.

La chica, puede que sea griega, no lo mira, baja la vista.

—Limpiaré mañana.

—Sí, mañana —asiente Erhard, y cierra la puerta.

Lleva rodando la tumbona hasta la salita, cierra la puerta del balcón para que no oigan a Pilar gritar auxilio. Por último, le quita los cascos y tira el teléfono móvil en el jarrón, donde burbujea un poco. Enciende el televisor, echan una antigua película del Oeste que acaba de empezar, *Centauros del desierto*, sube el volumen, no demasiado, pero sin quedarse corto. Pulsa la flecha hacia arriba del sistema de ventilación hasta que el aparato hace ruido y un aire glacial sale con fuerza.

Después se quita el resto de la ropa para darse un baño hirviente. Se queda en pie durante un instante sintiendo los chorros como alfileres en los hombros. No recuerda cuándo fue la última vez que tomó un baño que se pudiera notar. En la casa no había agua caliente. Donde Miza el

agua de la ducha estaba templada. Echa mano de una gruesa toalla y se seca. En los diversos espejos del cuarto de baño ve su polla, que parece una patata pocha rodeada por los pelos de color gris. Un sentimiento de profunda tristeza lo invade. Igual que la visión de un par de zapatos infantiles que jamás hubieran sido estrenados.

Busca la bolsa de Solilla para ponerse la camisa, los pantalones y los zapatos. La chaqueta aún no. La cuelga en la entrada sobre una percha. Se anuda la faja alrededor del estómago, de manera que no se vean los colores amarillos. Se abrocha la pajarita. Rebusca en el neceser de Pilar (con el sonido del primer duelo de pistolas de la película) y encuentra una botella de perfume entre diferentes tubos de crema. Se rocía con ella un poco las manos para darse golpecitos en el cuello.

Se sienta en el sofá a ver la película. En la esquina aparece *Wayne-o-mania*. John Wayne sale de un excusado poniéndose los tirantes.

Poco después suena el teléfono.

—Señor Pilar, su autobús está aquí —dice la pelirroja de la recepción.

—Gracias.

Erhard se lleva las gafas de sol de Pilar que están sobre la mesita. Se pone la chaqueta. Tira su antigua ropa en el cubo de la basura del cuarto de la limpieza. Después sale de la habitación para bajar en el ascensor. Antes de salir al vestíbulo se pone las gafas de sol y deja que la tarjeta de Miguel resbale hasta el suelo del ascensor.

Se trata de un minibús, un Mercedes plateado con cabida para unas veinte personas. Ya está lleno. Se introduce en él a través de una puerta en el lateral y se sienta a la derecha de una muchacha asiática.

—¿Dónde está mister Pilar? —pregunta la chica.

—Está enfermo, me ha enviado a mí en su lugar. Fui su profesor en el conservatorio.

—¿En Barcelona?

—En Copenhague —dice él sin mirarla.

El conductor cierra la puerta. El autobús se desliza fuera de la zona de llegadas para tomar la FV-1. El viento forma pequeños círculos de arena a lo largo del trayecto. Después de tres minutos rodando, el autobús da el intermitente de la derecha. Erhard puede ver el Range Rover con sus dos vigilantes en el mismo lugar que la pasada tarde. El autobús aminora la velocidad. Erhard empuja las gafas sobre la nariz aún más arriba mientras se prepara para dar una explicación acerca de la indisposición de Pilar la tarde anterior, motivo por el cual lo llamaron a él. Pero el autobús no frena por mucho tiempo. El conductor se limita a asentir a los vigilantes y a gritar «¡gracias!» a través de una ventanilla abierta. Luego continúan rodando despacito sobre las planchas para internarse en Las Dunas. El motor martillea, pero logra empujarlos por encima de la primera colina de arena. El corazón de Erhard da latidos ocasionales y el sudor resbala a través del pelo corto. Por encima de las dunas amarillas ve ahora en lo que han estado trabajando durante varios días. Tres o cuatro gigantescas carpas formando una construcción que podría parecer un barco blanco o una ciudad resplandeciente contra el cielo azul claro. Ahora se le ocurre pensar por vez primera en lo rico y poderoso que es Berasategui en realidad. Un murmullo recorre todo el autobús. La chica asiática hace una foto con su móvil y escribe

«OMFG» en la pantalla.

Erhard

Más adelante, el camino se bifurca. Uno lleva a una gran zona de aparcamiento con cientos de plazas, el otro discurre por detrás de las tiendas. El camión al que Erhard siguió el día anterior está estacionado junto a otros automóviles, furgonetas y remolques. Aquí sólo hay unos pocos coches caros. Debe de ser la entrada del personal. Hay hombres en kandura, la blanca túnica árabe, en las entradas de las tiendas. El autobús aparca detrás de un gran camión y apaga el motor. Las puertas se abren, los demás músicos se apresuran a salir, como si llevaran varias horas en el autocar, estiran los brazos mientras el conductor va sacando los instrumentos, cajas negras de formas extrañas. Un hombre, casi de la misma edad que Erhard, trata de captar su atención, pero Erhard lo ignora como si no lo viera con las gafas de sol. El hombre insiste.

—¿Reemplaza a Pilar? —pregunta en inglés con acento alemán.

—Sí —responde Erhard—. Por desgracia es así, mi joven amigo Pilar contactó conmigo anoche.

—Me temo que no lo conozco —dice el hombre, mirando la mano de Erhard.

—Después de más de cuarenta años, todavía puedes conocer a gente nueva.

Extiende la mano para saludar a Erhard, pero el conductor los interrumpe al alcanzarle al hombre un trombón en una caja blanca. Erhard se apresura hacia la entrada de la carpa más cercana.

Uno de los hombres en kandura lo saluda y levanta la lona de la tienda para que pueda entrar. El aire frío lo golpea en la cara, sobre todo porque no lo esperaba. La carpa es oscura y el espacio en el que se encuentran está totalmente refrigerado. Coloca las gafas de sol en el bolsillo. Es una especie de almacén con cajas de lámparas y una selva de plantas en la esquina. Erhard no quiere, pero tiene la sensación de que debe seguir a los otros músicos, que giran a la derecha por la tienda como si supieran adónde tienen que ir. Recorren un pasillo con compartimentos en el lado derecho. Cada uno de ellos contiene mercancías, o sillas, o uniformes. También hay unos baños, en los que una mujer está de pie frente a un gran espejo pintándose los labios.

—Joder, ¡menudo frío! —dice uno de los músicos jóvenes.

Erhard se detiene junto a una abertura en el lado izquierdo. Es impresionante, tan impresionante, tan violento, tan abrumador que Erhard siente perder su energía, el miedo se le

cuela en el cuerpo. La sala está adornada con flores, candelabros, alfombras orientales de hilo negro, sillas de oro junto a mesas bellamente decoradas con manteles negros, interrumpidas por grandes jaulas con loros de colores, un mono de color marrón claro, un leopardo manchado, incluso personas pintadas de oro, encadenadas, hombres y mujeres, con lenguas rojas. Erhard ve todo esto y siente casi ganas de vomitar.

Al fondo de la gran sala, que parece estar muy lejos, en el otro lado de la isla, la tienda se abre en una especie de pórtico, y hay allí unos camareros preparados con bebidas en vasos altos. Es aquí donde tendrá lugar la ceremonia de la boda.

Uno de los hombres en kandura empuja a Erhard y al trombonista por el pasillo.

—Por aquí, por aquí —les dice.

Hay un raro bullicio y ajeteo a su alrededor, miradas extrañas e intranquilidad. De repente, Erhard tiene la sensación de que podría ser una genial emboscada. Pero allí hay personal de servicio por todas partes, entran y salen por las aberturas de la tienda y pasan a su lado en el pasillo, no les prestan atención a ellos, sino a la entrada, a los invitados que están a punto de aparecer.

Los hacen avanzar junto a algo que huele a cocina. Le parece ver unas figuras conocidas. A pesar del aire acondicionado todavía suda con el traje de Solilla, y los zapatos han comenzado a rozarle porque se le pegan los pies con el sudor. Debería haberse puesto calcetines.

Pasan por un ruidoso cubículo en el que oye el sonido de varios generadores que funcionan a toda máquina. En torno a ese lugar, cuelgan más alfombras que amortiguan el ruido, pero que no lo hacen desaparecer. El olor a diésel y la fricción casi hacen que salten las chispas. Avanzando un poco más ya no se siente y pronto se olvida. Se oye a alguien comentar lo grande que es aquello. Como una pequeña ciudad.

Llegan a un área que parece estar entre bastidores. Un par de hombres están colocando una lámpara en lo alto, debajo del techo de la tienda. Hay una mesa de maquillaje, un armario ropero independiente con un vestidor colgante, trajes con lentejuelas y un gran sombrero con plumas de avestruz. Una rampa conduce al escenario que se extiende bajo una cortina negra. Suben por la rampa y miran por una rendija en el cortinaje. En el escenario hay diversas alfombras doradas. Varios de los músicos ya están afinando sus instrumentos, colocando pequeños tambores, un joven está sacando un enorme xilófono. En el frente hay un piano de cola blanco. Parece un Heintzman. Un poco recargado pero hermoso.

Los otros músicos se lanzan sobre la escena. Erhard se escabulle hacia un lado y se queda en la sombra, detrás de unos equipos de sonido. La última que atraviesa la rendija es una mujer con demasiado perfume, tiene el cuello de una violinista. Entonces la cortina se desliza.

Uno de los hombres en kandura cruza por detrás del escenario a la carrera, hablando a toda velocidad por teléfono. Erhard espera un poco antes de recorrer el pasillo por el que ha venido. Por delante de carros con platos y una zona en la que cinco bailarinas del vientre, chicas con el abdomen desnudo y cadenas y joyas en el cabello, están estirándose y sacudiendo los huesos.

Varios camareros. Están en fila con champán en copas altas.

Pasa por un bar de copas con una bonita decoración donde tres hombres sirven bebidas de color verde lima en vasos de martini. Un hombre con un traje blanco olfatea un grueso cigarro.

El corredor se ve interrumpido por la tela de una tienda.

Del otro lado del paño la luz es casi roja, parpadeante. Erhard camina en la oscuridad durante un largo trecho. Al final hay una puerta baja de vidrio. Harén nórdico. SÓLO VIPS, dice allí con grandes letras doradas. Atraviesa la puerta y entra en una habitación pequeña con tres aberturas de tiendas y pequeños bancos. Por una rendija mira en la habitación del centro. Hay un grupo de chicas sentadas sobre una serie de enormes almohadones plateados. Pequeños velos blancos les cubren los ojos, adornos de plata en los pezones, los coños pintados de plata y salpicados de mica, de modo que casi reluce una luz blanca entre sus piernas. Una de ellas se pinta los labios, otra fuma un cigarrillo con dedos temblorosos, lo apaga en una servilleta y lo esconde en el borde de la tienda. También hay un hombre joven con un gorro vikingo plateado y un tanga de color plata casi invisible. Podría ser Abdí, si el joven no tuviera la piel tan clara. La habitación es blanca y grande. Y llena de sofás bajos con almohadas, pieles y cueros. Múltiples luces pálidas cubren los lados de la tienda como si fueran humo.

Erhard entra en la habitación de la izquierda, de donde provienen las voces. Retira ligeramente a un lado la lona de la tienda. Una gran bañera, un jacuzzi con espacio para quince o veinte personas que ronronea. Un cuerpo monstruoso con enormes pechos cuelga del borde de la bañera, como si la mujer tratara de atrapar algo en el agua mientras habla consigo misma. Una voz áspera que le suena familiar. Antes de que ella mire hacia arriba, Erhard suelta la tela y se encamina a la tercera habitación.

Es pequeña, pero está profusamente decorada. Aquí hay una cama redonda con pieles blancas. Una espesa humareda procedente de una máquina de humo flota sobre el piso. Justo al lado de la cama hay un reno con su cornamenta intacta y el hocico elevado hacia el cielo, como si olfateara el peligro. Detrás de él, puede ver Erhard un enorme oso polar elevado sobre sus patas traseras, las garras en alto, la boca abierta en un rugido. Del techo cuelgan algunas aves rapaces, un águila blanca de algún tipo, un búho nival con las alas separadas como si estuviera aterrizando.

En el medio de la sala hay una gran jaula con fuertes barrotes. El humo la rodea casi por completo y Erhard sólo puede intuir a la criatura que hay dentro de ella. Está sujeta por unas cadenas. No hay nada peor, más doloroso que los animales enloquecidos por la reclusión. El animal duerme, no parece haber notado la presencia de Erhard.

Alguien lo llama.

—Entra, entra.

Una de las chicas sale de la habitación del medio antes de que Erhard pueda reaccionar. Lo mira por un momento y luego se desliza detrás de la tela a la habitación del jacuzzi.

—Sí, señora —la oye decir.

Noches árabes y adulterio nórdico.

Erhard vuelve por el mismo camino de ida.

Atravesando el bar, donde el bullicio ha aumentado y dos camareros son apremiados para servir el champán más rápidamente. Desde la parte trasera del escenario puede ver a un hombre vestido con ropa negra afinar la guitarra junto a la alfombra del escenario. Poco después, sobrepasa a uno de los otros músicos, Erhard lo recuerda con los timbales, viene del baño. Sus

miradas se encuentran, pero el hombre continúa.

Erhard mira una fila de habitáculos que están aislados. En uno hay una tarta de bodas de dos metros de altura.

—¿Qué? —dice un hombre que aparece detrás del dulce. Con harina o azúcar en la cara.

—Estoy buscando a un friegaplatos —explica Erhard.

El hombre se vuelve para mirar hacia la tarta.

—Siga recto. Al otro lado de la cocina.

Erhard se retira al pasillo. Comprueba los otros compartimentos. Están llenos de cajas vacías, bolsas con telas y basura. Una de las habitaciones se ha utilizado para hacer adornos florales y tiene un olor casi fresco. En la última habitación hay un par de sillas sencillas y una mesa llena de paquetes de cigarrillos y cacahuetes. Parece una sala para el personal. A la izquierda hay una serie de cajas marrones y bolsas transparentes con paños de cocina. Continúa.

Nadie lo detiene ni lo observa con extrañeza. Todos están ocupados con sus propias cosas. Algunos van a toda prisa, otros llevan en equilibrio montones de platos y vasos, otros se sumergen en papeles, listas de cosas que deben recoger o hacer.

Se detiene a mirar en la cocina, donde hay un aroma fuerte y especiado. Hay un par de grandes parrillas y placas de cocina con ollas y mesas con enormes ensaladeras. Entre diez y quince personas, todos hombres, se entrelazan a gran velocidad. Teme ver a Vasco, de la pensión Nerea, pero sólo le parece ver a Oswaldo, el chef del Mirador, por la parte de atrás, ocupado en cortar algo.

En la carpa siguiente hay más de treinta mujeres y hombres negros doblando servilletas y limpiando vasos. Erhard casi ha pasado de largo sin descubrirlos. Están en silencio. Totalmente concentrados. O asustados. Uno de ellos levanta la mirada hacia Erhard, un joven de sienes hundidas, y vuelve a mirar hacia abajo.

Podría ser el maliense.

—Abdi —dice Erhard.

Un par de ellos levantan la cabeza y niegan. También el joven. No es Abdi. Es muy joven.

Los ojos de Erhard hacen un barrido por los demás. Hay cuatro o cinco que podrían ser hombres, pero ninguno de ellos es de la edad de Abdi. El único que podría cuadrar es un árabe con rayas claras en el pelo negro.

—Abdi —dice.

Pero ahora nadie lo mira. Es como si presintieran que les puede traer problemas.

Ya no puede quedarse más tiempo, debe seguir buscando.

Un poco después encuentra un lugar en el que hay una abertura que da a la gran carpa, más grande que un circo. Aparte de las jaulas y el escenario con los músicos, la sala todavía está vacía. En las jaulas, la gente se mueve como si el lugar fuera demasiado estrecho. Cuenta diez jaulas. Sólo los animales están tranquilos. Y en el escenario, los músicos están ya listos. Hay un hueco junto al piano. Todos los invitados se hallan fuera esperando a que comience la ceremonia de la boda. Puede verlos a contraluz. Varios cientos de personas. Formas en vestidos largos, muchos de ellos en trajes blancos y negros, pero también algunos sueltos de rojo y azul.

La música comienza. Alguien canta con una voz clara y limpia. El sonido de un dedo mojado

sobre el borde de una copa. Suena como Pedro Jerez Segundo. Un diestro guitarrista. Debe de ser el que ha visto Erhard detrás del escenario. Suena a quejido. Después de unos minutos, comienza la percusión, algo de xilófono. Poco después una cítara.

Se agacha todo lo que puede y se apresura hasta la jaula más cercana, donde hay una figura dorada con las manos extendidas fuera de los barrotes. Es un hombre con hombros anchos y cabello rizado.

—Hola —dice Erhard, cuando está junto a él.

El hombre comienza a agitarse en la jaula. Su rostro y la parte superior del cuerpo están pintados de plata, se asemeja a una estatua horrible.

—No hagas eso —pide Erhard incómodo—. No tienes que bailar. ¿Eres Abdi? ¿Abdourahmane?

No hay reacción. El hombre sigue girando y moviéndose.

Podría ser Abdi. Podrían haberlo drogado, o golpeado, y no se atreve a responder. O quizá no entiende lo que Erhard le dice. Erhard cambia al inglés.

—¿Eres Abdi? Traigo saludos de Aissata. —Esto último lo dice para ver si el nombre de ella produce algún cambio en la cara de un hombre, pero no sucede nada.

—Señor.

Erhard se vuelve. Ve a un hombretón que se dirige directamente hacia él.

Lleva un esmoquin.

—Señor, la ceremonia de la boda comienza dentro de unos minutos. Será mejor que busque sitio al aire libre —sugiere el del esmoquin.

—¿Son malienses los de las jaulas? —pregunta Erhard, escondiendo la mano en su bolsillo. Podría alertarlo enseguida.

—Son actores, una *troupe* de teatro —responde el del esmoquin, caminando justo detrás de Erhard.

Erhard mira en las otras jaulas con figuras pintadas. Dos de ellas son mujeres, según puede ver ahora. Quizá más. Calcula que en la mitad de las jaulas hay mujeres. Eso significa que alrededor de cuatro son hombres.

Ya está saliendo de la tienda. Se pone las gafas de sol.

Todos los invitados están en una tribuna baja, donde el del esmoquin empuja a Erhard a un lado. Hay tanto invitados sentados como de pie. Un par de ellos miran a Erhard mientras se colocan, luego desvían la mirada hacia un podio ovalado de madera blanca, rodeado de palmeras, unos camellos, una fuente. El guitarrista de antes está ahora en el borde del podio y toca una canción española, una melodía simple en una mandolina.

El más grande de los camellos emite una larga llamada mientras mira por encima de las montañas de arena a sus espaldas.

Erhard

Por la parte baja de la colina se acercan dos figuras, una de negro, la otra de blanco. Parecen un espejismo, como salidas de un anuncio. Tropiezan o corren por la arena. A medida que se aproximan, los invitados comienzan a cuchichear. Hay algunas salvas de aplausos. Es la novia con vestido negro y el novio con traje blanco. Cuando están cerca del óvalo, la mandolina ya se ha arrancado con una versión lenta de la *Marcha nupcial*, de Lohengrin. Un sacerdote, que ha estado sentado en la primera fila, se levanta.

Los invitados comienzan a aplaudir. Erhard todavía no saca la mano del bolsillo. El prometido lleva a la novia hasta el óvalo, donde ella se detiene por un momento a mirar a los invitados. Está fascinante, compacta y superficial, con una gran sonrisa y un peinado en el que nada se ha dejado a la casualidad. Demoníaca en su vestido negro y transparente, como si hubiera salido de entre las cenizas de los cráteres originados por las bombas. Por un momento nadie sabe lo que va a pasar. Parece que podría ocurrírsele quitarse la ropa.

El novio también sube al óvalo. Toma la mano de la chica y la conduce en torno al estrado. Hay un suspiro de alivio entre los invitados, tal vez molestia en unos pocos. El prometido es casi divertido. Vulgar, delgado al borde de la enfermedad, al menos dos cabezas más alto que ella. Pero hay algo dulce en su puesta en escena. No parece ensayado, dan la impresión de estar más ocupados en ellos mismos. El sacerdote, que ha subido por una pequeña escalera, está parado frente a ellos, listo para la ceremonia de la boda. La música se detiene.

Erhard busca al padre de la niña. Tiene que avanzar para ver algo. Y termina a la izquierda del óvalo, desde donde puede ver las dos primeras filas. En el centro está sentado el presidente regional, Del Fico. Con esmoquin blanco. Debajo de una pequeña sombrilla. Erhard no ha seguido la política, pero todo el mundo sabe que Del Fico ha intentado recuperar su popularidad después de un divorcio que terminó en los tribunales y en los corrillos, de esos que Erhard escuchaba desde la centralita cuando conducía el taxi, la mayoría de los cuales lo presentaban como un sibarita perverso. Ha recibido ahora la confirmación y por regla general se presenta con un sacerdote y hace el signo de la cruz cada vez que aparece en público. Junto a Del Fico está una mujer que se parece a Zsa Zsa Gabor, quizá la madre del hijo. Y junto a ella está sentada otra mujer. Erhard sólo necesita mirarla durante unos segundos para darse cuenta de que es la madre

de la novia. Y, sin embargo, la mujer es completamente diferente. Casi desagradable, con un traje negro con velo y cadenas de refulgentes diamantes en el cuello y una gran flor roja, tal vez una rosa, que cubre la mayor parte de uno de sus hombros. Y a su lado: Berasategui. Vestido con un esmoquin clásico con una rosa amarilla brillante en el ojal. Su cara está escondida en una tela en la que estornuda. Pero cuando la tela se retira, Erhard puede ver su cara pálida, su nariz grande. Erhard recuerda esa nariz, pero no sabe de dónde.

Sigue mirando en la fila para encontrar al hombre de la *txapela*, pero no ve ningún tocado, sólo bonitos peinados y un par de kufiyas con bellos estampados. Reconoce a dos actores de «7 vidas», el que interpreta al novio del hermano pequeño y el que interpreta al dueño del café. Detrás de ellos, tan escondido que Erhard casi lo pasa por alto, Paco *el Panadero* Álvarez, el luchador de Lanzarote al que Erhard le debe la pérdida de su fortuna un par de semanas atrás. Está vestido con un esmoquin demasiado pequeño y parece un cantante de ópera. Por supuesto está aquí, por supuesto ha estado desde el principio a nómina de los ricos. El sacerdote da comienzo a la ceremonia. Debe de haber un micrófono en su chaqueta. Su voz atraviesa el viento con claridad.

—La vida no es fácil. Es peligrosa, es dura, es agotadora. Un equilibrio entre la noche y el día, el frío y el calor.

Erhard vuelve a mirar a Berasategui.

Pero su mirada continúa por esta primera fila. Y a dos asientos de Berasategui está Emanuel Palabras. Elegante, con una túnica blanca con pañuelo y gafas de sol. Tiene cruzadas las piernas y sobre el muslo descansa una mano gorda y peluda.

Erhard se da la vuelta y se mezcla con los otros invitados.

—Ninguno de nosotros puede atravesar la vida solo y sin ayuda —dice el cura—. Nada es mejor ejemplo que la vida en el desierto. Bajo el radiante sol y la hermosa luna.

Si Palabras descubre a Erhard, enseguida lo atraparán los guardias, tal vez incluso Charles, que debe de estar por ahí cerca. Erhard mira a su alrededor e intenta encontrarlo. Seguro que está en alguna sombra, empapada la espalda en sudor. Pero el sol lo deslumbra y Erhard no puede ver quién hay en la penumbra.

Pero ¿qué demonios está haciendo Palabras aquí?

¿Cómo puede ser un invitado cuando son rivales? ¿Cuando ha sido el padre de la novia quien ha saboteado su casino? ¿Cómo puede ese idiota obstinado poner la otra mejilla cuando su competidor arruina su negocio? Sólo se explica si Palabras no sabe lo que le ha sucedido al casino. Todavía no lo ha descubierto. Charles, Marcelis y sus ayudantes no han tirado aún de los hilos desde Abdi hasta Berasategui.

Erhard busca fuera de la reunión y baja del estrado. Se coloca con precaución dentro de la tienda, donde los camareros y chicas con burkas rojos y morados encienden velas en las mesas. Erhard camina hacia una jaula y observa la figura que hay detrás de los barrotes, que se abalanza cuando él se acerca. Es un hombre joven, tal vez de cuarenta años, con un poco de estómago como cualquiera que vive de la cerveza, el pollo frito y el fútbol. No es un maliense, tal vez francés. Erhard lo saluda brevemente y mira hacia atrás a la ceremonia.

Si pudiera alejar a Palabras de Charles, lejos de los otros invitados...

Si pudiera estar a solas con Palabras...

Ahí atrás, donde están los generadores de todas las carpas.

Mucho ruido, escaso tráfico de huéspedes y camareros.

Cuando Erhard revele a Palabras que Berasategui ha saboteado el casino, lo ayudará. Pueden encararse a Berasategui y obligarlo a entregar a Abdi. Y a Lene. Pueden ir desde aquí en el Mercedes 60 de Palabras.

El sacerdote hace una breve pausa, durante la que se puede oír el susurro de las palmeras y el batir de la tela de las tiendas. Luego continúa:

—Estamos hoy aquí reunidos para juntar las fuerzas más poderosas que conocemos. La luz y la oscuridad. Hoy es una celebración de las muchas facetas del amor, de las diferencias entre las personas, entre mujeres y hombres. Veo el rostro expectante de Helena, observo la mirada orgullosa de Rodolfo Francisco de Campeones Jorgénito. Es un gran día. No porque sea fácil, no porque la vida vaya a ser una larga fiesta, sino porque habéis elegido reconciliar poderosas fuerzas y convertirlos en uno.

Desde la oscuridad, puede estudiar el lado derecho del estrado. Sigue temiendo ver al hombre de la *txapela*, pero en su lugar ve un grupo numeroso de hombres serios a la sombra de una palmera. Algunos son policías con elegantes uniformes, cinco de ellos incluso portan subfusiles que sostienen en el costado. Están aquí por Del Fico. Erhard busca la cara de Bernal, pero no está. Tras los policías hay varios hombres en traje y corbata azules, un par de ellos con frac. Uno lleva un esmoquin con las mangas cortas y pajarita amarilla. Es incluso demasiado elegante para él. Es Charles. Anda rondando, incómodo por el calor, y acaba mirando hacia la tienda donde está Erhard. Charles lo contempla, lo mide, y su mirada pasa de largo. Recorre de nuevo la tribuna arriba y abajo hasta el óvalo donde está la pareja.

Charles no lo ha reconocido. Sólo ha visto a un invitado en la oscuridad, un anciano con un buen traje. Nada más.

Los cinco hombres uniformados levantan los fusiles y disparan una salva, un estallido que emite sus ecos por encima de los bancos de arena. Los invitados prorrumpen en júbilo y aplausos. La ceremonia ha terminado. Los jóvenes se apresuran hacia el bar.

Erhard se desliza con la corriente hacia la carpa grande y espera la oportunidad de abordar a Palabras.

Hace un calor infame.

Al principio, cree que es por la pintura plateada y las pieles que le han colocado sobre los brazos y los muslos, piensa que es la absurda incomodidad, las sensaciones de picor y cosquilleo que tiene por todo el cuerpo, porque está amarrada a la maldita jaula y no puede rascarse, y porque personas extrañas, hombres con máscaras desagradables y falsos turbantes, y mujeres con labios pintados de rosa, le andan metiendo el dedo en el coño, pero no es por eso. La habitación está tremendamente caliente. La mesa de hielo de detrás de la cama está a punto de derretirse, y la botella de vodka, que antes estaba metida en un agujero, ha comenzado a inclinarse y pronto caerá al suelo.

Dos de los guardias vestidos de blanco miran hacia el interior cada cuarto de hora. Será porque hacen la misma ronda y comprueban la habitación cada vez que pasan. Ella no los conoce. No estaban entre los hombres del sótano. Trata de llamarlos:

—Señores —dice. Ellos sólo la miran y sueltan el tapiz, que vuelve a su lugar.

Cada vez entran más personas a verla. Le gritan con cautela, ella los ignora, tan sólo permanece colgada de las cadenas, sin reaccionar. En todo caso, no entiende lo que dicen. Un hombre con esmoquin negro, gruesas gafas y un cigarro le pasa los dedos por el chocho y quiere que le lama la polla, pero cuando ve su cara y sus afilados dientes, ya no se atreve. Se queda de pie con la erección de color arcilla contra las barras, como si tuviera que hipnotizarla. Al final, la lujuria lo abruma, se da la vuelta y se pasa por una de las piernas del oso polar.

La mujer gorda aparece y recoloca las almohadas de la cama. Le da a Le un par de latigazos rápidos en el trasero, pero sale de nuevo cuando el del labio leporino, borracho hasta las trancas y armando ruido, entra por la abertura de la tienda. Está con un amigo, que va vestido con un traje de chaqueta negro, pero con un fular por la cara con una pequeña raja para ver, como si fuera un ninja barato. Se sienta en la cama y mira el látigo y las esposas. No dice nada.

El del labio leporino le embute dos pastillas en la boca mientras sostiene la pistola eléctrica contra su sien. Ella trata de imaginar qué se sentiría si le disparase. ¿La freiría sin más? ¿O se derretiría? El amigo no dice nada. Los hombres beben champán. El del labio leporino juega con unas llaves delante de la jaula. «¿Quieres que te follen? Mi amigo dice que le gustaría tirarse

a la chica lobo, quiere cepillarse a un lobo salvaje.» El amigo no tiene pinta de querer cepillarse a un lobo.

Permanece sentado bebiendo champán.

—Te he estado buscando —dice. Con cierto acento, una voz que ha oído antes—. La loba danesa. La estúpida, barata y cachonda loba danesa. No deberías haber venido. No deberías haber venido en absoluto.

El tipo del labio leporino se ríe y vacía el champán.

—Sacadme de aquí. Si os atrevéis —espeta Le, con las dos pastillas en un lado de la boca.

—Eres tan jodidamente fea, ¿sabes? A mi amigo le pones, pero eres fea —apunta el del labio leporino.

Unas chicas ríen cerca de allí. Los dos hombres abandonan la habitación.

Le escupe las pastillas. Una ha caído al fondo de la jaula. La otra queda colgando con la saliva en uno de los barrotes. Está algo disuelta. Se ha tragado algún trocito. Eso la tranquiliza un poco. Calma su respiración histérica.

Otro cuarto de hora ha transcurrido. Los guardias pasan de nuevo.

Desearía poder alcanzar la botella de vodka. La golpearía y la rompería contra las barras y se cortaría los brazos. Si pudiera.

Una de las otras chicas grita al lado. Es imposible saber por qué. Si es sexo, no es voluntario. Le levanta las cadenas, que resuenan e impactan en los barrotes, pero los gritos continúan. Y continúan. La lámpara en la habitación hace que las paredes flameen. Tiene todo el cuerpo lleno de picores e irritación. Por sus piernas y brazos corre el sudor, el blanco del maquillaje se apelotona.

La botella de vodka se inclina aún más y rueda hacia el suelo.

De pronto hay un niño en el medio de la habitación. Cuatro o cinco años. Como London. No se parece a London. London es pequeño y pálido, este chico es orondo y negro como una muñeca calcinada. Lleva una corbata negra y una camisa azul claro. Observa el oso polar y el tigre blanco. Toca los cuernos del reno, el sonido de la mano del chico contra el grueso pelo. Se da la vuelta y mira a Le. Su cara. Él le enseña los dientes. Imitando a los de Le. Ella abre la boca y se los deja ver. Luego, él retira el tapiz a un lado y se va.

El vapor de la máquina de humo se eleva en torno a la jaula. Se separa cuando un par de mujeres con velo negro adelantan las manos hacia ella, palpan sus tetas y conversan como si orasen, como si hubieran cumplido un deseo. Una de las mujeres huele a vainilla, a mantequilla. Le tiene hambre, no ha comido en horas, días. Las mujeres se deslizan entre el humo y los variados colores de la lámpara, sus manos desaparecen.

Música baja. Una orquesta, alguien que aplaude.

El del labio leporino y el ninja están de vuelta.

El del labio leporino ha seguido emborrachándose en el ínterin y maldice por algo. Se sienta en la cama y toquetea su teléfono móvil. El ninja camina alrededor de Le y mira dentro de la jaula. Ve una de las pastillas que Le ha escupido. Recorre el barroto con un dedo y observa la píldora. Se la muestra al del labio leporino.

—¿Quieres engañarme, perra asquerosa? ¿Crees que puedes engañarme?

Saca una bolsa de su bolsillo y toma un puñado de píldoras. Mete la mano en la jaula y aplasta las píldoras contra la boca de Le. Duele. Ella trata de mantener la boca cerrada. Es difícil. Una píldora suelta encuentra un camino entre los labios. Él le retuerce la cabeza, restringe las duras pastillas contra el rostro de Le. Por fin, se da por vencido y arroja las píldoras por la habitación. El ninja no hace nada más que mirar. El del labio leporino aún no ha terminado. Mete los brazos entre los barrotes y coge el cuello de Le, que nada puede hacer. Ella trata de tirar y tirar de las cadenas para que él pierda el agarre, pero no le sirve de nada. Es fuerte, está excitado. Ella oye al ninja hablarle en voz alta, tratando de tranquilizarlo. Las cadenas se rompen, Le cae de golpe en el fondo de la jaula, él continúa empujándola hacia abajo, la caja torácica se agita para conseguir aire. Un lado de la jaula se inclina cada vez más. Le duele la tráquea.

Entonces él la suelta.

Se desliza hacia el suelo delante de la jaula.

Le jadea buscando aire. Es algo que su cuerpo hace automáticamente. Como si hubiera alcanzado la superficie del agua. Como si se le hubiese insuflado vida de nuevo.

Encima del tipo del labio leporino se encuentra el ninja con la botella de vodka en la mano.

—Dios mío —se oye al del traje negro. Levanta al del labio leporino hasta la cama y revuelve en sus bolsillos. Arroja la bolsa con las pastillas en la cama. Bebe de la botella de vodka.

Ella se pone de rodillas y tira de las cadenas de los pies.

El ninja ha encontrado las llaves.

Él la mira.

—*Please* —ruega ella, y no es capaz de decir más. Siente como si el aire no pudiera pasar por los pulmones.

Él desaparece detrás de la jaula, manipula las llaves.

Consigue abrir la parte posterior de la jaula, que chirría y suena, ella nota que está tirando de los grilletes que le rodean los tobillos. Se hace el silencio.

—*Sorry* —dice él—. *Sorry*.

¿Qué quiere decir? Ella trata de mirar hacia atrás.

Siente la polla entre sus piernas. Dura y afilada. Él trata de metérsela en el coño, pero está pegado por la pintura. Falla. Las manos se adelantan hacia sus tetas.

Ella ve la pistola eléctrica del tipo del labio leporino en el suelo. La ha perdido cuando el ninja lo ha dejado fuera de combate.

Con una mano alcanza el arma, parece una máquina de afeitar. Mientras tanto, el ninja la penetra por el culo. Ella lo oye soltar un suspiro de alivio. Entonces, Le mete la mano entre las piernas, presiona la pistola contra la carne blanda del escroto y aprieta el botón.

Primero, hace clic dos veces.

El arma suelta una chispa. Ella mantiene pulsado el botón.

Suena como postes eléctricos mojados.

Erhard

Es casi como ser invisible. Se mueve libremente. Con un vaso en una mano y la otra en el bolsillo. Intenta no entablar conversación con nadie. No quiere saludar a nadie. Sólo quiere revolotear en torno a Palabras, en círculos cada vez más pequeños.

También busca al hombre de la *txapela*.

Presta atención constante a los sombreros. En todos los colores y formas.

Aunque en realidad no cuenta con que el hombre lleve su *txapela* en la boda. Con toda probabilidad la habrá dejado en el coche antes de atusar con gomina sus vascas guedejas. Erhard espera encontrar al hombre junto a Berasategui, pero el rico pálido está cubierto de invitados, besando a mujeres y a hombres que pasan y lo felicitan. Berasategui tiene un aire afectado e incómodo, como un lenguado jadeando..., y no es posible diferenciar a sus hombres de los otros huéspedes.

Erhard está pensando en ir directamente a Del Fico para hablarle de la familia con la que ha casado a su hijo. Sin duda, esto provocaría el caos, tal vez la intervención de la policía. Del Fico se ha pasado más de un cuarto de hora hablando con la esposa de Berasategui, la mujer cuadrangular con la flor roja mustia en su hombro. Erhard la ha visto mejor justo después de que terminara la ceremonia nupcial. Por un momento, se ha quitado las gafas de sol, y él ha podido ver un juego de ojos casi purpúreos que deberían estar en un gato persa. Desde luego que Erhard no quiere encontrársela.

Ahora llegan los hombres de blanco y empujan a todos los invitados en dirección a la tienda. Un grupo de asistentes, que no está invitado al banquete, se encamina hacia el aparcamiento. Erhard puede vislumbrar a la rapada de Diamond Estate. Es delgada como Karen Blixen. Con un vestido blanco y un hombre alto del brazo.

Ya hay vehículos en caravana colina arriba.

El camello berrea. Y la orquesta sin pianista comienza a tocar una de las sinfonías de Tchaikovsky, suena como el comienzo de la sexta.

Pasa frente a un par de presentadores de la televisión local, dos mujeres en burkas transparentes, y rodea a un pequeño grupo de policías y al sacerdote, que van pisándole los talones a Del Fico. Palabras está atravesando la tienda dejando tras de sí un rastro de risas y

corchos de champán. Erhard lo sigue por la parte exterior de la tienda, en la que los camareros entran y salen. Los invitados principales son conducidos a sus mesas. El resto debe localizar sus asientos. No hay sitio para Erhard, por lo que se conforma con vigilar a Palabras y su compañía. Por un momento, ve un sombrero negro sobre las otras cabezas, va detrás de él hasta que se sumerge y desaparece. Cuando eso ocurre, sigue con la mirada al atareado Alphonso Suárez, el director del casino, con el pie zambo metido en un zapato blanco. Él y Palabras están empujando las sillas, es cuestión de minutos que todos se sienten y comience el banquete.

¿Adónde habrá ido el del sombrero?

Erhard va a salir de la tienda por el lado derecho pasando por delante de una de las jaulas, cuando ve a una cara detrás de una máscara de plata. Es un hombre pintado de pies a cabeza, pero se puede ver su piel marrón en torno a los ojos. Está inquieto en la jaula, como si estuviera a punto de vomitar.

—Abdi —dice Erhard. Tan bajo como puede.

Mira a su alrededor y se pone de rodillas.

Los demás están ocupados buscando sus asientos y sirviendo vino.

El hombre no responde. Sus manos aprietan las barras de la jaula.

Erhard lo intenta en inglés.

—¿Eres tú, Abdi? ¿Eres tú?

Introduce la mano entre los barrotes y palpa los brazos del hombre, que entre los dedos parecen un peluche. El hombre baja la mirada hacia la mano de Erhard.

Una mujer, al otro lado de la jaula, cree que Erhard se está burlando del hombre y comienza a reír en voz alta.

—Es demasiado temprano para divertirse con los esclavos —les dice a Erhard y a su vecino, que lleva una túnica rojo oscuro. Alzan sus copas hacia Erhard.

El hombre de la jaula finalmente levanta los ojos. Son blancos y rojos, sobre todo rojos, cansados, como si sólo con dificultad pudiera mantenerlos abiertos. No sabe de dónde conoce esa mirada. Debe de ser Abdi.

—Tienes que ir a casa ahora, con Aissata.

Erhard mira hacia el fondo de la tienda, cuatro de los hombres en kandura están cerrando la abertura y dejando sólo una entrada estrecha y redonda flanqueada por dos palmeras en macetas.

—Monsieur —dice el hombre con gran dificultad. Sus labios están destrozados por la pintura—. Por favor, ellos me hicieron daño, por favor.

Erhard intenta hacerle ver que debe estar en silencio.

—Te sacaré, te sacaré ahora.

Uno de los lados de la jaula sirve de puerta. Está cerrada con un frágil candado. Erhard busca un cuchillo en la mesa. Seguro que con eso puede abrir el cierre. Toda una mesa está siguiendo la intervención. Parecen divertidos. Piensan que es parte del entretenimiento. El mango del cuchillo es fuerte. Lo introduce en el candado y lo retuerce. La pequeña cerradura cruje, pero no cede. Hace más fuerza. La cerradura salta y los trozos vuelan por todos lados. Una de las mujeres emite un satisfecho «oh».

—Ermitaño.

Erhard puede sentir un aliento caliente y un par de labios que le acarician la oreja. Y algo duro que le presiona entre los omóplatos.

—Tengo una pistola. Levántate. —La voz casi susurra.

Erhard se levanta. El hombre en la jaula mira sin interés la puerta que se ha abierto. Erhard es empujado hacia delante mientras el grupo de la mesa levanta los vasos y saluda. Puede sentir la presión contra su espalda, más fuerte que antes. Lo conducen hacia una de las salidas. Un mozo mantiene la tela de la tienda en alto, para que dos camareros puedan correr entre las mesas con grandes bandejas de cangrejos naranja y pulpo morado y cubitos de hielo con forma de luna. Erhard sale al pasillo con el otro justo detrás de él. Ahora se encuentran en el bar donde ha estado antes.

De nuevo lo empuja hacia delante.

Continúan atravesando la parte posterior de la escena. Erhard puede oír la orquesta justo al otro lado del cortinaje. Un técnico está girando selectores en una gran mesa. Ni siquiera levanta la mirada. En la oscuridad, adelantan a una pareja que camina muy apretadita. Ella lleva un bonito traje morado, el hombre va de negro. Están ocupados en sus cosas. Ninguno de los dos presta atención a Erhard. Abajo, junto a los dos pequeños compartimentos, lo empujan hacia la izquierda, a la sala del personal, donde el cenicero está abarrotado de cigarrillos; una sencilla bombilla cuelga de un cable.

—Siéntate.

Erhard se sienta en la silla y mira al hombre.

Es Charles.

Y detrás de él llega en primer lugar el pequeño Mario. Y justo detrás de él, Palabras. Todavía con un vaso en una mano y una pinza de cangrejo en la otra.

—Qué sorpresa, Afinador. Solo y sin invitación —dice Palabras, sorbiendo la pinza con mucho ruido—. ¿Qué vamos a hacer contigo? Tienes que prometerme que no vas a arruinar esta elegante fiesta. —Se vuelve hacia Charles—. Manténlo bien vigilado, apunta directamente a su jeta arrugada.

Charles dirige el arma hacia Erhard.

—Escucha lo que tengo que decir, luego tú verás lo que haces —pide Erhard.

—Te escucho. Durante exactamente diez segundos. Diez.

—No se puede explicar en diez segundos.

—Di lo que tengas que decir. Nueve.

—Te han engañado.

—Y me entero por ti. Ocho.

—Sé quién inundó tu casino.

—Bravo, Afinador. Noticias de la semana pasada. Tienes cinco segundos.

—Robaron los planos de Diamond Estate e hicieron que Abdi saboteara vuestro sistema de refrigeración. Tengo pruebas.

—Seguro que puedes hacerlo mejor. ¿Quiénes son? Tres segundos.

—¿Quién crees? Berasategui.

—Uno —dice Palabras. Y mira a Erhard a los ojos—. ¿Por qué? ¿Por qué tienes que hacerlo

aquí? —Palabras se sienta en el borde de una de las cajas marrones.

Está claro que Palabras no sabe que tienen retenida a Lene. Que Berasategui la tiene encerrada. Si Palabras lo supiera, sabría qué está buscando Erhard. Sabría que tienen a Erhard cogido por las pelotas.

—No te busco a ti —explica Erhard—. Ando buscando a Berasategui. Crees que es tu amigo, pero te engaña. Ha saboteado tu casino.

Palabras está mirando a Erhard. No hay sorpresa en el rostro del ricachón. En absoluto. A Erhard le fastidia. No era con eso con lo que él había contado.

—Ya lo sabías —afirma Erhard.

—Te quedas en el detalle, Afinador. No ves toda la foto.

—Tengo testigos, tengo pruebas que saldrán a la luz si algo me sucede.

—¿Y qué es eso que puedes probar?

—Que Berasategui ha hecho que un inmigrante en situación ilegal sabotee tu casino, que los hombres de Berasategui han apaleado a Jean Boulard, que han matado a una chica y que han hecho que parezca que lo hice yo.

Palabras ríe sin ninguna empatía.

—Por una vez, me gustaría dejarte en manos de las fuerzas del orden, si no fuese porque están todos aquí de fiesta. Bernal, ese idiota, ha tratado de ayudarte. Mucho más de lo que te mereces.

—La chica tenía catorce años, catorce años.

Palabras mira a Charles.

—¿Has oído algo de eso, Charles?

Éste niega con la cabeza.

—Puede que seáis amigos, pero, obviamente, no sabes todo lo que hacen tus amigos —dice Erhard—. Berasategui te está dañando, dañando tu negocio.

—No entiendes nada. Se trata de una lucha de poder, en la que llevamos años. Me prueban todo el tiempo. Y yo respondo. Hacemos que somos leones juguetones, eso es todo. Y ahora estamos aquí. En una agradable boda —concluye Palabras.

—¿Quiénes son los Tres Papas? Te acaban de costar millones de euros. Han acabado con una vida humana. Y a ti te da lo mismo.

—Me enfurece, no creas que no, pero lo resolveré a mi manera, y no deberías entrometerte. Lo he dicho. Y Bernal ha intentado decírtelo. Pero no te mostraste receptivo.

—Déjame hablar con Berasategui, y no me entrometeré. Dame a Berasategui. O voy a sacar todo esto. Enviaré todo lo que tengo a la prensa, a la policía y a la Interpol.

Palabras parece aburrirse.

—Vas de farol, Afinador. Podrías haber ido a los medios hace mucho tiempo si tuvieras algo.

—Tiene a Abdi.

—¿A quién?

—Abdourahmane Mbaye, un friegaplatos maliense que está en una de esas jaulas.

Palabras se levanta y se acerca a Erhard, que puede olerlo, un olor a plenitud, rosas demasiado dulces.

—¿Todo esto para salvar a un lavaplatos?

Erhard no sabe qué decir.

—Puedes creer lo que quieras, pero tu friegaplatos no está ahí. Está muerto —dice Palabras mirando a Charles.

—Lo he visto. Está en la jaula, ahí mismo.

—No es él. Es todo lo que puedo decirte. Probablemente pienses que todos los malienses se parecen. Pero no es él. Tu friegaplatos está muerto.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué lo crees? Quiero oírse lo decir a Berasategui —suelta Erhard.

—Él no sabe nada de eso —afirma Palabras.

Erhard no lo comprende.

—Charles cogió a tu pequeño friegaplatos —explica Palabras—. Gracias a ti lo pillamos. Charles tuvo una charla con él y descubrió cómo sucedió todo. Era una persona amistosa. Incluso nos iba a ayudar con un trabajito, pero al salir del puerto, saltó al agua y se ahogó. Tal vez un suicidio, tal vez un accidente tonto. Tal vez un poco de justicia poética. Primero, el mar se llevó a mi amado hijo..., y ahora también se lleva a tu pobre friegaplatos. Al destino le gusta cuidar los detalles.

Erhard trata de descubrir la mentira en la cara de Palabras, pero no ve nada.

—No te creo.

—No es necesario. Pregúntale a Mario, él lo vio. Lo vio ahogarse.

Erhard mira al sobrino. A pesar de las lamentables heridas de su rostro, parece un adolescente, con dientes grandes, aparato y un esmoquin demasiado grande.

—Sí, sí —dice Mario—. Lo vi.

Ve a Abdi, el rostro desconocido de Abdi, desaparecer en las oscuras aguas del puerto.

—Es una verdadera pena, Afinador. ¿O debería decir «cazador de perros»? No funcionó. Ahora tengo que volver a la fiesta del año. Ellos se ocuparán de ti —indica Palabras, y parece dispuesto a irse.

—Quiero hablar con Berasategui. O te arrastro conmigo, a ti y a él y a Del Fico. No llegaré a ningún otro acuerdo. No has hecho nada más que actuar contra mí. Me quitaste la licencia de taxi. Tus hombres dispararon a *Laurel*. Has perseguido a mi hija. Ahora voy a por todas.

—*Laurel*, ¿quién demonios es *Laurel*?

—Es la cabra —explica Charles.

—La cabra. ¿Habéis matado a una cabra?

Charles se encoge de hombros.

—Tal vez hemos matado a una cabra. Pero te olvidas de algo —continúa Palabras—. Me he asegurado personalmente de que todos los propietarios de un piano que conozco comiencen a llamar a otro afinador. Lo he traído de Gran Canaria. No es que sea una solución económica, pero es estupenda.

Erhard no sabe qué decir. Piensa en los muchos meses en los que intentó hablar sin éxito con clientes con piano, nuevos y antiguos.

—Y por eso iré a la prensa, a *CanariasUna*, a la policía.

—No lo tendrás fácil. Ya sabes cómo me llevo con la policía. Pero tal vez no sepas cómo se

llevan los Tres Papas con la prensa, Federico de Gamas es el dueño.

—Hay un par de policías a los que no se puede controlar con dinero, y muchos periodistas independientes que no se dejan amedrentar con amenazas.

Palabras golpea con el índice el pecho de Erhard.

—Tendrás que esconderte el resto de tus días. No tendrás un momento de paz. Todo lo que hagas saldrá mal, todos tus seres queridos morirán.

—Es muy tarde. No poseo nada, no tengo a nadie. Búscame a Berasategui ahora, y tal vez, tal vez, no arruine vuestra fiestecita.

—¿Y qué hay de Beatriz? Soy yo quien la mantiene viva, ¿lo has olvidado?

Erhard no se ha olvidado de Beatriz.

—No tiene vida. Si pudiera decidir, preferiría que te castigasen antes que estar artificialmente viva.

—No sabes lo que dices. Está viva, respira, ve salir el sol. ¿Y dónde estás tú? Yo soy el único al que tiene.

Por un momento, Erhard se siente confundido. Olvida lo que iba a decir. Palabras suena sincero. Parece que le importa.

—Me prometiste que la cuidarías. Me diste tu palabra.

—¿Y tú? Me vuelves a amenazar con ir a la prensa.

—Es un caso nuevo. Un nuevo crimen. Varios crímenes nuevos.

—Mantenme fuera de esto. Encontraré a Berasategui, cuidaré a Beatriz. Y no dirás nada sobre mi papel.

—No puedo. Matasteis a Abdi. Y a Idowu.

—La cabra va en la cuenta de Charles. El lavaplatos era culpable. Y de lo último que mencionas no sé nada.

—Quiero hablar con Berasategui.

—Aficionadillo, no sabes nada. Sigues hablando de Berasategui. Y es la señora Requiro la que decide. Su esposa. Y a ella no vas a conseguir sacarla de la mesa. Pero puedes hablar un poco con su mano derecha, el Nieto, estará encantado de conocerte. Adiós, cazador de perros.

Abandona el reservado y desaparece. Charles se queda quieto con la pistola corta apuntando a Erhard. Pasa un largo minuto. Él trata de ordenar su mente. Abdi está muerto. Abdi está muerto. Entonces, el hombre de la jaula no era Abdi. ¿Por qué la cara le sonaba tanto? Es como si ya no pudiera pensar sin divagar en círculos sin sentido. Siempre ve el rostro del hombre de color plateado, los ojos rojos. De repente, lo recuerda. Dónde lo ha visto. En el sótano de detrás de la frutería de Virgen de la Peña. Aissata había dicho que él conocía a Abdi. Sus ojos rojos. Él era el vagabundo en el saco de dormir destrozado, «primo, primo», había dicho.

Abdi está muerto. Ahogado.

Hay música muy lejana, la melodía de *Es mi niña bonita*, apagada por el ruido, la tela de la carpa que se distiende y se tensa de golpe. Luego entra una persona por la abertura, dos personas, tres, cuatro. Los dos primeros van con traje azul, chicos sencillos y elegantes. Detrás de ellos llega Pesce. Parece no reconocer a Erhard, pero Erhard sabe que lo ha hecho.

Por fin: un hombre grande en un traje ajustado con pajarita blanca. Parece un lanzador de

jabalina o uno de esos que salen en las revistas de moda. La cara no tiene arrugas. Pero también es una cara que se olvida rápidamente. Lleva en la cabeza un sombrero plano y negro. Parece una boina de viticultor o de pintor. Una *txapela*.

Mira por encima del hombro y ve al hombre de negro tambalearse un segundo, luego se cae hacia atrás, encima del reno, y se queda colgando con su traje negro en sus astas; el animal cruje ligeramente, pero se mantiene de pie.

Las llaves están puestas en la cerradura. Abre la cerradura y quita las cadenas de sus tobillos. Tiene marcas rojas y profundas. Se arrastra fuera de la jaula. Las piernas no la sostienen, tiene las rodillas doloridas. La pintura plateada le pica y la araña. Coge el agua de la mesa de hielo derretida y se lava deprisa con las manos mojadas, frota la pintura de las piernas y los brazos, pero no sirve de mucho, y le sigue picando.

A la gorda se le puede ocurrir ir hacia allí en cualquier momento. Y como mucho faltan un par de minutos para que vuelvan los guardias.

Ella se arrastra sobre el tipo del labio leporino, que está tumbado encima del látigo blanco y las esposas de felpa. Le desabrocha los pantalones y se los baja hasta las rodillas, agarra una almohada y le abre las piernas. Y espera un momento.

Ya oye a los guardias fuera de la tienda. Se acercan.

Ella se coloca entre las rodillas del tipo del labio leporino..., con la cara vuelta hacia su entrepierna mientras sostiene la almohada sobre la cara de él, como si le gustara ser asfixiado. Ella gime en voz alta. Hasta que oye a los guardias salir de la habitación. Se detienen al otro lado y hablan. Ella continúa con sus sonidos mientras intenta oírlos. Siguen su marcha.

Luego registra al ninja.

Le quita el pañuelo de la cabeza. La cara está tensa y casi azul. Lo reconoce, pero no comprende nada. Es el vendedor de cortinas. El imbécil del aeropuerto que intentaba presionarla para que volviese a casa. ¿Qué hace aquí? ¿Cómo la ha encontrado? Puto cerdo. Empuja el arma eléctrica en su muslo y la pulsa, saltan chispas contra la ropa negra.

En los pantalones, encuentra la llave de un vehículo, un juego de llaves de casa, algo de dinero suelto, un teléfono móvil. Un viejo Nokia. Intenta apagarlo, pero ni siquiera sabe cómo funciona. Son casi las ocho de la tarde. Hace aproximadamente tres minutos que los guardias han pasado. Vuelve a meterle el dinero y las llaves de casa en los bolsillos.

Le da la vuelta y lo palpa por la parte posterior. Sujetos en el cinturón lleva una placa de

policía desgastada y una pistola en una funda de cuero. Está considerando llevarse el arma consigo, pero la mira un momento, mira la placa, y tira ambas cosas en la esquina detrás del tigre. Jodidos polis, jodido estúpido vendedor de cortinas.

Lo incorpora en el suelo. Puede atarlo a la jaula con las esposas afelpadas. No son muy sólidas, pero probablemente lo suficiente como para ponerlo en un pequeño aprieto cuando se despierte. La jaula parece como si estuviera a punto de caerse a pedazos. Le junta los brazos por delante del cuerpo y le pone las esposas.

Con cuidado mira por la abertura. No se ve a nadie.

Entra en una pequeña habitación con bancos a los lados. Entre los bancos, ve otras dos aberturas. En una de las salas, baila una de las mujeres doradas frente a un hombre de pelo blanco. En la segunda, hay tres hombres en el jacuzzi junto con la mujer gorda y dos mujeres en nicab. Están de espaldas a ella. Es obvio que uno de los hombres está haciendo algo y sonríe emocionado, mientras las burbujas saltan en las orejas de la mujer gorda, que está echada hacia atrás.

A dos metros de la entrada alguien ha dejado caer un pequeño traje con adornos dorados. Le se pone de rodillas y avanza a gatas, la música es fuerte, el baño hace ruido. Ve a uno de los hombres, que estira el brazo para alcanzar una botella de una cubitera. Agarra el traje. Debajo hay un adorno. Es la botellita de cristal que le robó la gorda. Le se arrastra hacia atrás mientras los vigila. Ya está fuera.

Seis minutos hasta que vuelvan los guardias.

El traje no le queda bien, es demasiado grande, pero no importa. Tapa la pintura, y si enrolla las partes sueltas sobre la cabeza, también le cubre la mayor parte de la cara. Se coloca el collar al cuello. Hay un profundo gruñido. Es uno de los hombres, que se está despertando. Se apresura hacia la habitación blanca. El del labio leporino sigue en la cama, pero el vendedor de cortinas se ha levantado, las esposas en el regazo. Todavía está desorientado, el pañuelo negro le cuelga del cuello.

—¿Cómo se dice en español *dirty fucking cop*?

Él no responde.

Ella le enseña el arma eléctrica.

—¿Más? ¿Quieres más?

Él sólo puede negar con la cabeza.

—Haz lo que digo. O te frío.

Lo obliga a ponerse de pie.

Dos minutos para que regresen los guardias.

Le afloja el cinturón, le coloca la ropa y envuelve el pañuelo alrededor de su cabeza, pero deja caer parte de él hasta las manos para que no puedan verse las esposas. Ella se pone su propio pañuelo. Luego se coloca a su lado, metiendo una de las manos en sus pantalones y sosteniendo la pistola sobre sus pelotas.

—Ya me estás sacando de este jodido infierno. Hasta la calle.

Él mira hacia el techo y asiente con la cabeza.

—Y no nos paramos. Sobre todo, si te encuentras a alguien que nos hable o te salude. Y

sobre todo si son policías. Si no, aprieto el botón.

Él asiente de nuevo.

Ella le muestra la llave del vehículo.

—¿Es un coche de policía?

Niega con la cabeza.

—Entonces, vamos a tu coche. ¿Izquierda o derecha?

Su cabeza rueda sobre sus hombros. A la izquierda.

Suena como si él jurase, pero ella lo empuja hacia delante, a la pequeña habitación exterior. Continúan a través de una puerta baja de vidrio y un corredor largo y oscuro. Los dos guardias se dirigen hacia ellos, Le baja la mirada y se inclina hacia el vendedor de cortinas. Ninguno de ellos la reconoce.

Pasa por delante de una gran barra. Aquí hay muchísima gente, bármanes sirviendo zumos en vasos altos, un camarero que está colocando cigarros en una mesa. En una pequeña habitación ve una tarta alta y rosada de varios pisos. Todo su sistema se tambalea, dirige al vendedor de cortinas hacia ese cuarto.

Hay una parejita nupcial encima de la tarta. Es la tarta de bodas más espantosa que Le haya visto jamás. Con su mano libre come un trozo de pastel del piso intermedio, espuma dura y merengue que saben a azúcar y limón. La gente pasa por el pasillo, pero nadie los ve, nadie se detiene. En la pared del fondo hay cuatro cajas grandes con carteles de advertencia en el lateral. BEWARE OF FIREWORKS. El vendedor de cortinas se queda amodorrado mientras la ve comer. Encuentra algo que sabe a piña, se relame los dedos y se limpia en el pañuelo del hombre. Lo empuja con el hombro al pasillo y le hace acelerar el paso.

Atraviesan una sala alta, desordenada. Del otro lado de una cortina roja oye cientos de voces y tonos de música clásica. Pasan corriendo unas bailarinas de la danza del vientre con grandes plumas en el pelo.

Es una boda absurda y opulenta en la que los ricos están de celebración mientras se abusa de las mujeres en la trastienda. Está a punto de vomitar la tarta.

Un técnico de sonido está frente a una mesa de mezclas y mira a Le. Dos personas atraviesan caminando la oscuridad. Ella agarra la cabeza del vendedor de cortinas y la empuja contra su hombro, como si fuera una pareja que se está yendo. Coloca con firmeza la pistola eléctrica en su espalda. Por un segundo capta la cara del hombre que va delante cuando pasan a su lado, luego baja la mirada.

Era su padre. Y tenía mala cara.

Se vuelve para mirarlo y puede ver que lo está empujando el otro hombre, que tiene algo contra la espalda de su padre. Casi de la misma manera en que Le hace avanzar al vendedor de cortinas. ¿Qué hace su padre aquí? Ella sólo es capaz de encontrar una respuesta. Debe de haber ido a buscarla.

Erhard

—Quiero hablar con Berasategui. O con su esposa.

—No quieres hablar con nadie —replica Txapela, con un claro acento del norte de España.

—Si me sucediese algo, hay material para la prensa, la policía...

—El señor Palabras me ha dicho que saldrías con eso.

—Tengo prueb...

—No tienes nada. Te persigue la policía. Y punto.

—Puedo demostrar que Palabras os robó...

—Para. Para y calladito, jodido idiota. ¿Crees que no lo sabemos todo? ¿Crees que los Tres Papas no saben lo que pasa? —Se vuelve para mirar a Pesce—. Quiero hablarte del toro jubilo. Un bonito festival al que me encantaba asistir con mi bisabuelo cuando fui creciendo. Una vez al año buscábamos unos buenos toros, no los más jóvenes o los más hermosos, sino alguno miedoso, de los que son capaces de correr de verdad. Luego les dábamos buena comida, un poco de vino y les untábamos el rostro con una buena capa de alquitrán, ya sabes, se les metía en los ojos, en la boca. Cuando oscurecía, abríamos la puerta. Y entonces ya podía sostener una rama ardiendo delante del toro hasta que el fuego prendía. Era una visión maravillosa. Era como ver pasar por las calles a un auténtico diablo a toda velocidad.

Erhard siente que algo se desgarrar en su interior y cae, cae, cae. Igual que una roca desde la cima de una montaña. Es alivio, miedo, temor, fatiga. Todo cae. No hay nada a lo que asirse. La sensación es casi agradable. Ha hecho lo que ha podido.

—¿Dónde está mi hija? Dime dónde está —le ruega.

Txapela se da la vuelta y mira a Pesce.

—Al principio pillamos al hombre equivocado, cosas que pasan, pero luego Pesce nos habló de un hombre solitario y senil al que se había encontrado una vez. Un alma curiosa, obstinada y triste. Con cuatro dedos. Y luego la puta de tu hija nos ayudó a encontrarte. Ni siquiera tuvimos que preguntar en condiciones. Nos lo dijo sin más.

—¿Qué le habéis hecho? —Erhard intenta levantarse, pero la lucha termina pronto y sin previo aviso.

Le golpea el pómulo con un clic seco. Erhard oye agrietarse la piel como cuero viejo y siente

que todo el cráneo protesta. Algo húmedo le recorre la mejilla y gotea desde el cuello.

—En este momento probablemente le estarán dando por culo uno de los millonarios locales y su hijo. El jefe habría preferido deshacerse de ella, pero este tipo de plásticos se debe reciclar. Sobre todo si le gusta disfrazarse un poco.

—Disculpe —dice un camarero, mirando a través de la abertura de la tienda.

»Una bebida especial para el señor Jorgenson.

Erhard mira al camarero y a la bandeja que sostiene en equilibrio sobre los dedos con una bebida marrón en un vaso alto. Debe de ser un error, una broma. Por otro lado, parece un lumumba. ¿Podría ser Palabras, que le envía un último saludo?

—Soy yo —contesta Erhard.

El camarero entra en el reservado.

Pesce toma la bebida y la prueba. A él no le gusta, la vuelve a poner en la bandeja. El camarero pasa por delante de Txapela y coloca el vaso en la mesita, a la izquierda de Erhard. Deja una servilleta al lado de la bebida. Erhard la prueba y vuelve a dejar el vaso. Es lumumba. O algo parecido. Tal vez licor de cacao, leche, coñac.

—Acabo de cambiar de opinión. Había pensado llevarte al desierto y verte arder como al toro jubilo. Pero ahora quiero teneros a los dos, a ti y a tu hija. Dos llamas en la oscuridad —dice Txapela, y le hace una señal a Pesce.

»Búscala. Ahora.

—¿Y qué pasa con Afrodita? —pregunta Pesce.

—A la mierda con ella. —Txapela empuja a Pesce fuera del cubículo.

—Es una amenaza, os atreveréis...

Txapela hace con la mano una señal que surte efecto en Erhard. Éste pierde la voz y baja la vista hacia la mesa. La sangre corre por su cuello. Si al menos el lumumba funcionase... Coge la servilleta para limpiarse la sangre. Luego la mira. Hay un mensaje para él.

En danés:

Cuando oigas la explosión, tumbate y rueda hacia la orilla de la tienda.

Erhard deja la servilleta. Tiene que ganar tiempo.

—Lo sé todo —señala—. Todo sobre el casino y el robo en Diamond Estate e Idowu. Tú la mataste. Todo va a salir a la luz. Si nos tocas un pelo a mí o a mi hija, si nos haces daño, se va a saber toda la historia. Del Fico se hunde con vosotros. Todo.

Txapela no es estúpido. Está midiendo a Erhard. A la luz de la bombilla, su piel lisa parece casi verde y extraña.

—No te creo. Pero casi casi. Yo casi estaría dispuesto a darte una oportunidad, pero con mi jefa no se puede negociar. Y ella sabe que se puede confiar en los vascos. Nosotros acabamos nuestros trabajos. —Le agarra la mandíbula a Erhard y aprieta un dedo contra la herida del pómulo.

La lona de la tienda se descorre.

—El Nieto —dice Pesce, con la cara petrificada.

Txapela suelta a Erhard y mira a Pesce.

—¿Dónde está esa zorra?

—Se ha ido —explica Pesce—. No está en la jaula.

—Llama a Dos Labios —ordena Txapela—. Estaba allí vigilándola, con la pistola eléctrica.

—Dos Labios sigue allí, tumbado. No he podido sacarle ni una palabra.

Suena un grito extraño y una explosión en el pasillo.

Txapela se vuelve hacia Erhard.

—¿Sabes algo de eso? Cuéntanos lo que sabes.

—Sé que en el País Vasco os folláis a las cabras —dice Erhard—. Y odio a la gente que se folla a las cabras.

95

Le

Ella continúa avanzando mientras trata de ordenar sus ideas. Un camarero con un par de cócteles está a punto de chocar con ellos. Se disculpa, incluso aunque no sea culpa suya. Ella no responde, pero se da cuenta de que se queda mirándolos hasta que el vendedor de cortinas sale por fin de la tienda.

De pronto, el calor de la tarde los asalta, el aire fresco de la carpa ha desaparecido. El sol está bajando. Detrás de la colina hay una cresta de rayos amarillos, los últimos de los cuales se reflejan contra la parte superior de la tienda. A la luz del día, es más evidente que tiene algo apretado contra la espalda del vendedor de cortinas, y un joven, que está de pie vigilando una limusina, les grita. Parece que grita algo bueno, pero ella no lo entiende.

Todo el área fuera de la carpa está cubierta con placas marrones que disipan el calor. Suben una colina y vuelven a bajar. Se da cuenta de que están en un desierto, ve kilómetros de arena. Hacia el otro lado, pero muy lejos, puede divisar el mar. El sol se encuentra ahora detrás de ellos, frente a ellos las sombras caen largas y finas. Entran en un aparcamiento con al menos cincuenta automóviles estacionados a lo largo y ancho en filas regulares. La mayoría de los vehículos son Mercedes o BMW. Cinco o seis Ferraris, por lo que Le puede ver. Y un par de grandes jeeps.

—Te podrás ir en cuanto estemos en tu coche —dice ella.

Él mira hacia atrás.

—Eres...

—Cierra la boca. ¿Dónde está tu cacharro?

No lejos de allí, junto a la tienda, hay un guardia con una metralleta.

Los mira, pero el sol lo deslumbra.

Bajan hacia la esquina más alejada del estacionamiento. Se dirigen hacia el único automóvil normal en las cercanías, un Seat polvoriento, azul oscuro. Ella lo dirige dando un rodeo. Pulsa la llave y abre el maletero.

—Eres la hija de Erhard Jorgenson.

Ella mira al guardia en la tienda. Ahora está de espaldas.

—Sí —contesta.

Aprieta el botón y ve contraerse el cuerpo del vendedor de cortinas. Luego lo empuja por

encima del borde y él cae con su trasero por delante en el profundo maletero. Cuando se queda quieto, presiona un par de veces más el botón de corriente y ve encenderse los vasos sanguíneos de sus manos. Gira sobre sus talones y cierra la portezuela. Se sienta al volante.

Abandona el estacionamiento y pasa por delante del guardia. Luego gira hacia la izquierda y sigue por detrás de la carpa. Hay algunas camionetas y un autobús plateado con la puerta abierta. Deja atrás un par de entradas a la tienda y oculta el Seat detrás de unos contenedores y unos aseos. Ahí nadie podrá oír al vendedor de cortinas quejarse dentro del maletero.

Su padre ha ido a buscarla.

No puede marcharse sin él.

Regresa a la tienda. Tarda un momento en orientarse, en descubrir de dónde ha venido. Y hacia donde ha visto ir al padre. A la izquierda hay una gran sala donde tiene lugar la boda. Se sujeta el pañuelo en torno a la cara y mira en todas las habitaciones. Al llegar a la extraña puerta y oír a la mujer gorda regañando a alguien, se apresura a regresar. No se ve a los guardias. En cambio, hay personal de cocina y camareros por todos lados. Hombres con trajes blancos. Nadie dice nada. Todos están ocupados con lo suyo o suponen que será uno de los invitados. Reconoce el bar. Y la habitación con la tarta de bodas. Ve que uno de los cocineros está ya reparando la tarta mientras fuma.

Más adelante, divisa a un jovencito con aparato que claramente está vigilando. Está de pie junto a la abertura de una habitación y mira de forma alternativa al pasillo y hacia el interior del reservado. Le agacha la cabeza y gira hacia la habitación que se encuentra justo antes. Alguien ha estado sentado a una mesa haciendo arreglos florales. Hay varios barreños de agua con rosas blancas. Una gruesa manguera pasa por debajo de la lona de la tienda. Escucha junto a la tela de la otra habitación. Hay dos voces. Hablan español.

Alguien dice «*Laurel*».

Coge unas grandes tijeras de entre las hojas y recorta un agujero a lo largo de uno de los pilares. Lo hace con cuidado. Con los dedos lo abre hacia los lados y mira al interior.

Es su padre. Está cambiado, no tiene pelo. Lleva un frac. Frente a él se encuentra el gordo beige que estaba en la casa. Y el matón que la echó de la villa apunta con un arma al padre. El gordo pincha con fuerza al padre con un dedo.

Tiene que sacarlo.

Llévrselo al automóvil. Y largarse.

Mira por la habitación.

La manguera parece de incendios. La levanta, es pesada, gira con cuidado la rosca roja en el extremo del tubo. No pasa nada. Utilizaron un carrito para levantar la tienda y poder pasar la manguera por debajo. Saca el carro y lo lleva fuera de la habitación, por el pasillo y hasta el exterior de la tienda. Sigue la carpa hasta ver un camión cisterna y la manguera de agua que desaparece debajo de la carpa. Continúa un poco más bordeando la tienda y escucha. Hay voces débiles. Con suavidad, mete la plataforma del carrito debajo de la lona. Su pulso es de al menos ciento ochenta pulsaciones por minuto. Respira lentamente y se prepara para decir el nombre de su padre.

Mira hacia el Seat, aparcado a cincuenta metros de allí. El sol ya se ha escondido por

completo, el cielo es verde oscuro, la oscuridad se adentra en el desierto. Corre hasta el automóvil y lo inclina, lo acerca lo máximo posible. No hay ruido en el maletero. No se atreve a abrir. Se apresura hacia el carrito, lista de nuevo para inclinar el carro y levantar el lateral de la carpa.

Uno, dos...

No logra imaginarse a su padre tirándose al suelo, gateando por un agujero estrecho y saliendo. No es rápido y, como los demás de la habitación, probablemente se sentirá confundido cuando de repente ella aparezca gritando. Hay que advertirle antes para que tenga tiempo de prepararse.

Y necesita una distracción. Algo que cree caos y les dé la ocasión de escapar de la tienda. Entra otra vez. Por sus conciertos, sabe que no hay nada que pueda crear tanto caos y limpiar un lugar tan rápido como una alarma de incendios o una pelea. Pero la carpa no tiene sistema antiincendios. No hay alarma, ninguna palanca roja de la que tirar. Estudia a los cocineros de la cocina, considerando cómo podría hacer que discutiesen.

Un camarero pasa con un cóctel. Una pequeña servilleta bajo el vaso.

—¡Por favor...! —le grita al camarero—. ¡Un lumumba. Para un hombre mayor con frac!

El camarero sólo señala hacia la barra y dobla la esquina, desapareciendo.

Entonces le viene a la mente algo.

BEWARE OF FIREWORKS.

El cocinero que está fumando.

En la pared detrás de la tarta de bodas: cuatro cajas grandes.

No hay alarma de incendio, pero justo por eso bien puede iniciar un incendio.

Erhard

Habría sido preferible que hubiera sonado el petardazo inmediatamente después de haberlo dicho.

Hay un segundo largo, demasiado largo, en el que los hombres se quedan en silencio mirando a Erhard, como si se hubiera volado la tapa de los sesos.

Entonces Pesce ríe. En silencio. Txapela se ajusta la pajarita.

Y el petardazo no llega. No llega.

Fuera lo que fuese lo que iba a suceder no sucede.

—Estás enfermo. El jefe me ha advertido contra vosotros, los daneses —dice Txapela, y suena como un pobre maestro de escuela.

—Ella estará ya camino de la policía —asegura Erhard, esperando el petardazo.

—Miente —escupe Pesce—. Se lo está inventando.

—Cierra la boca, Pesce —ordena Txapela, quitándose el sombrero y entregándoselo a Pesce.

Con un tirón pone a Erhard de rodillas, sujetándole uno de los brazos sobre la mesa. Erhard siente un ligero y dulce olor. Recuerda que el maestro de baile dijo algo sobre un perfume. Pesce salta hacia delante y lo ayuda. Erhard mira hacia arriba y descubre el cenicero en la mano de Txapela. El dolor lo golpea antes de que pueda averiguar qué ha sucedido. Un dolor simple, que va desde el último meñique que le queda directo y sin filtro hasta al cerebro. No puede gritar. Ni respirar.

Uno de los tipos con esmoquin grita al otro lado de la lona.

—¡Fuego! ¡Fuego en la cocina!

Erhard se desliza bajo la mesa.

¿Habrá habido un petardazo?, ¿eso era el petardazo? Erhard está intentando decidir si tiene que rodar hacia algún lado, aunque aún no ha habido un auténtico petardazo. ¿A qué se le puede llamar *petardazo* en realidad?

—¡Venga, a apagar el fuego! —brama con fuerza Txapela, sin quitar la vista de Erhard.

Hay gente gritando. Pisadas por todas partes.

—Ehh —dice Pesce.

—Eso ha sido sólo el comienzo —observa Txapela—. Me aseguraré de que...

Pero no alcanza a expresar nada más.

Entonces suena el petardazo.

Erhard ya no tiene ninguna duda. Eso es un petardazo. Es el tipo de explosión que primero recorre la tienda, luego canta, después grita, lloriquea y chilla. Toda la tienda se mueve hacia arriba, como si fuera a levitar. Las luces de la habitación parpadean. Ahora suena un coro de lamentos humanos. Voces altas y bajas. Como si procedieran de una trampilla al infierno.

Las luces parpadean.

Y se apagan.

Erhard se agacha en el suelo todo lo que puede. Está mareado, furioso, y teme cargar la mano, los dedos, con más dolor. Se tumba y rueda hacia el lateral de la tienda. Y choca con la lona de la tienda.

La luz vuelve a parpadear, Txapela está pendiente de Erhard y lo busca hasta que lo descubre en el suelo. Avanza.

La luz se va de nuevo. Y a continuación hay dos nuevas explosiones que hacen que la carpa cruja por todos los rincones.

Erhard siente una corriente de aire por el suelo.

Y una voz que llama.

—Papá.

Él mira hacia la oscuridad y puede ver una mano que lo busca, la agarra con la suya izquierda y avanza arrastrándose. Apenas recorre un metro hasta que tiene la cabeza en el hueco entre la tienda y el suelo. Él trata de pasar, pero está estrecho y es difícil de atravesar. No puede verla, pero debe de ser Lene, ella lo aferra de las manos y tira de él. Lo saca, lo arrastra.

El dolor lo marea, no le importa, se relaja y deja que tire.

Alguien le agarra los zapatos. Le retuercen los pies y él aúlla.

—Mis pies —dice—. Me han cogido.

—Patea —ordena Lene, agarrando sus brazos—. Patea con todas tus fuerzas.

Erhard lanza patadas con los pies todo lo que puede y golpea algo. Consigue soltarse los pies retorciéndolos, pero uno de los zapatos se le sale, y Lene lo saca del todo. La ve empujando algo que hace que la lona de la tienda caiga al suelo.

—¡Vamos! —grita ella.

Lo ayuda a levantarse y lo empuja hacia delante. En la oscuridad, Erhard puede ver un automóvil con la puerta delantera abierta. Algunas partes de la carpa están en llamas y una columna de fuego y colores se eleva hacia el cielo. Lene se pone en el asiento delantero, el motor ya está en marcha, mete la primera antes de que él haya llegado a entrar.

Los neumáticos rebotan contra las placas. Acelera y está a punto de golpear a tres hombres que agitan brazos y piernas para detenerlos. Uno salta hacia un lado y Lene evita golpear a los otros dos.

Pasan por la zona de aparcamiento. Cada vez sale más gente de la tienda, invitados, sirvientes, uno de los pintados, pero están pendientes del fuego. Nadie los busca. El automóvil se balancea por el camino que sube la colina, y Lene apura el motor para que haga lo que pueda. Es un Seat Ibiza. Tal vez de 2006. Un coche que va en el otro sentido se sale a la arena para

esquivarlos. Puede haber trescientos metros hasta la carretera costera. Erhard cree ver a los guardias allá abajo, en el camino, pero todo está negro. En ambos lados de las placas que ondulan a través de las dunas, las arenas parecen nubes grises.

La mano palpita, como si se le estuviera cayendo. La herida de la cara no quiere parar de sangrar. Hasta que los dos hombres en el camino encienden sus linternas iluminando el sendero en dirección a ellos, no saben que los guardias han oído algo. Uno de ellos está plantado en el medio de las placas. El otro lleva algo en la mano que resulta ser una gran porra que sostiene en el paso. Lene no se detiene, el automóvil baja la colina a gran velocidad, esquivo al primer guardia, pero no puede evitar el impacto de la porra del otro contra el parabrisas, que se quiebra y se vuelve blanco. El guardia grita y cae en la arena.

Casi a ciegas, Lene gira el volante hacia la izquierda y sale a la carretera, donde las ruedas delanteras se agarran al asfalto. Lene se mueve hacia la derecha del asiento y mira por una porción en el medio del cristal que no está rota. A sus espaldas suenan explosiones. Sonido de golpes. Hay fuegos artificiales en el cielo sobre Las Dunas. Erhard mira en el espejo lateral, colores rojos y verdes se rompen como huevos contra el cielo. No hay ningún vehículo tras ellos. Aún no.

—¿¿Hacia dónde voy? Dime adónde voy! —grita por encima del ruido del motor.

—Lejos, jodidamente lejos.

Ya ha pasado el Olympus. Él la guía por la rotonda para salir a la FV-101, las farolas desaparecen, el camino es un rastro de reflejos. Erhard observa a Lene. Hasta ahora no había podido mirarla. Tiene pintura por la cara, líneas negras alrededor de los ojos y la nariz. La cabeza del todo rapada. Parece una especie de animal de plata. Un guerrero salvaje. Ni siquiera se atreve a pensar en lo que le habrán hecho.

Los fuegos artificiales ya apenas pueden oírse. Pero el golpeteo continúa.

Él mira por el retrovisor.

—Creo que hemos pinchado.

—No es eso —dice ella.

Él se queda mirándola.

—Hay un hombre en el maletero —contesta ella.

—¿Por qué? ¿Quién es?

—Un jodido poli cabrón. Me ha violado.

Atraviesan Tindaya. No frena; pasa por delante de una señal de *stop* y sale a la carretera. Abandonando el pueblecito.

—Tuerce aquí. —Él tira del volante y el automóvil gira a la derecha.

Señala un camino poco iluminado que discurre entre colinas. Pasan por delante de una casa vacía y el esqueleto de un coche. Le se desvía entre algunos arbustos secos y da un brusco frenazo.

Apaga el motor.

A lo lejos hay un débil crujido, luego vuelven los sonidos, un hombre pide ayuda a gritos. Un hombre que golpea el interior del maletero.

Lene abre la puerta y vomita. Él le pone la mano en la espalda hasta que ella ya no puede

más. Erhard apaga las luces.

—Déjame verlo —pide él, saliendo del coche.

Rodean el automóvil. Él sólo lleva un zapato, pero no le importa.

Lene le alcanza algo en la oscuridad. Parece una afeitadora.

—¿Qué es eso? —le pregunta él.

—Da descargas eléctricas.

—Déjalo —dice Erhard, cogiendo una gran piedra del suelo y permitiendo que ella abra el maletero.

El hombre se incorpora, aturdido e histérico.

Erhard quiere aplastarlo. Enterrarlo en sangre y polvo.

La luz es débil, pero al instante ve de quién se trata.

Eso sólo hace que aumentar su deseo de dejar caer el brazo y destrozarle la cara.

Es Bernal.

Erhard levanta la piedra.

Bernal se protege con las manos.

—¡Espera! —grita.

—¿Por qué debería? ¿Por qué? ¿Por qué no matar al cerdo que ha violado a mi hija? Tú tienes hijos. Harías lo mismo.

—Te dije que olvidases al lavaplatos, te dije que...

—El friegaplatos está muerto. Y tú has violado a mi hija.

Deja caer la mano con la piedra. La deja caer sobre la cara, sobre las manos y sobre el torso. La piedra le golpea los dientes, le golpea la nariz, le golpea la clavícula, que suena como una rama seca. Siente que la sangre lo alcanza. Puede olerla.

Lene está de pie mirándolo.

—¡Para! —le grita.

Él se detiene.

—Aún no he terminado.

—Sí lo has hecho —replica ella.

—Dame una buena razón —repone Erhard, mirando hacia el charco negro en el fondo del automóvil.

Lene no permanece en silencio.

—Friegaplatos —dice Bernal—. Friegaplatos... no... muerto.

Abdi camino al infierno.

—¿Qué dice? —pregunta Lene.

—Miente, dice que Abdi no está muerto.

—¿Está muerto Abdi? —pregunta Lene.

—Se ahogó en el puerto —explica Erhard—. Se ahogó cuando trataba de huir de los hombres de Palabras. Y ahora este cerdo miente para salvarse. —Erhard escupe a Bernal.

—Pregunta... Mar... io. —Bernal no puede hacer que el nombre atraviese sus labios.

—Ya le he preguntado a Mario, me ha dicho que el lavaplatos estaba muerto.

—Mario vio. Lo vio.

—¿Qué vio él? —Erhard está seguro de que Bernal se lo está inventando.

—CRA... CRA —dice Bernal.

Erhard tira la piedra al suelo.

—¿Qué dice? ¿Está mintiendo? —pregunta Lene.

—No sé. Habla del CRA, el Canarian Refugee Authorities. No sé a qué se refiere.

Erhard agarra a Bernal de la ropa y lo hace sentarse. Sus manos están sujetas por una especie de esposas que están negras de sangre.

—Una mentira más, una, y se acabó. ¿Qué estás diciendo? ¿Qué pasa con el CRA?

El rostro de Bernal está destrozado. Dientes y huesos y ojos donde no les corresponde. A Erhard le sorprende que el hombre pueda hablar.

—Charles. Mario. Tenerife.

—¿Iban a Tenerife? ¿Qué iban a hacer en Tenerife?

Bernal resopla y le cae sangre de la nariz.

Erhard siente ganas de golpearlo de nuevo.

—¿Qué iban a hacer en Tenerife?

—¿Qué... crees tú?

Erhard piensa un momento.

—¿El casino de Santa Cruz? ¿Fueron ellos quienes robaron en el casino? ¿Charles y Mario?

Bernal cierra los ojos, está demasiado exhausto para asentir.

—¿Y llevaban al lavaplatos?

Él trata de decir que no.

—Mhh.

—Mario ha dicho que el friegaplatos saltó al agua.

—Mario... tenía miedo... Tío.

—Mario tenía miedo de su tío, no se atrevió a decírselo. ¿Qué, que el lavaplatos no estaba muerto?

—Lavaplatos. C-C-CRA. Puerto.

—¿Que el lavaplatos cayó en las manos de los hombres del CRA?

Bernal trata de respirar.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar seguro?

—Lla... llamé... al campamento.

—Y no mientes, no me estás mintiendo ahora. —Erhard zarandea a Bernal, y su cabeza da vueltas.

—Papagayo —dice Bernal, cerrando los ojos—. Papagayo.

No puede ser. Casi le gustaría que Bernal mintiese. Lo suelta y deja que caiga de nuevo en el maletero.

Erhard se coloca en el asiento delantero.

Lene en el del pasajero.

—¿Qué pasa? ¿Qué dice?

—Abdi no está muerto.

—¿Dónde está? Estaba en la boda, creo que vi...

—Está en Lanzarote. En un campo de refugiados en la costa de Papagayo. Listo para volver a casa, al África occidental, si es que no lo han enviado aún.

Lene toma la mano izquierda de su padre y mira el dedo que ya no está.

—Tal vez es mejor así. Pensé que podría encontrarte, encontrándolo a él. En cambio, lo encuentro a él, encontrándote a ti —dice.

Ella llora sobre su mano. Durante largo rato y en silencio.

Viernes

Se despierta cuando un viejo tractor pasa justo al lado del automóvil. Un chaval con gafas de sol rosas la mira, mientras una radio, atornillada al radiador del tractor, reproduce a Tiësto. *Red Lights*. Pasa entre los arbustos y desaparece, sólo la música queda en el aire. El sol cae plano sobre la isla y el automóvil, atravesando las ventanillas polvorientas. El reloj del Seat indica que son un poco más de las ocho. Le duelen la muñeca y los tobillos, todo el cuerpo, cuando se palpa, nota los pies fríos y ajenos. Sale del coche. El camino rural está casi desierto. Una camioneta oxidada zumba en la lejanía. A la derecha del pueblo puede ver una línea de humo que se dibuja entre la tierra y el cielo, donde se disuelve.

Va hacia la parte trasera. La piedra está bañada en sangre y rebozada en polvo a unos pocos metros de distancia. Levanta la portezuela del maletero. El cerdo todavía respira, a pesar de que el padre se lo ha puesto difícil. Cada una de sus inspiraciones suena fatigosa y larga. Toda la cara está hinchada. Si no recibe atención médica pronto, morirá. De eso está segura, pero no está tan segura de querer hacer algo para remediarlo.

Su padre está dormido. Todavía lleva el frac. La pajarita se le ha caído. Hay puntos rojos en el cuello de la camisa y en la pechera. Tiene una herida abierta y húmeda en la mejilla, rodeada de piel negra levantada. Su mano derecha se parece a la izquierda de ella hace un par de días: el meñique ha sido machacado hasta convertirse en una crisálida sanguinolenta. Ella no puede soportar haberles dicho a los hombres dónde vivía el padre. Les dijo dónde podían encontrar el camino que subía hacia la montaña. Y, sin embargo, su padre la buscó.

Él no la abandonó.

Lo despierta.

—Tenemos que irnos.

Él abre un ojo, el otro, y la mira.

—¿Adónde? No tenemos ningún sitio al que ir.

—Me encontraste, me sacaste de ese lugar. Tenemos que hacerlo de nuevo.

—¿Qué quieres decir? ¿Hacerlo de nuevo? Te han..., te han, no sé, maltratado, golpeado y maltratado. No vamos a acercarnos otra vez a esa gente.

—Abdi. No podemos dejarlo ahora.

—Abdi el superviviente —dice el padre—. Sobrevive a todo. También lo hará en el campo de refugiados.

—Dijiste que lo enviarían a casa.

—Y seguro que también sobrevive. Llevaría meses sacarlo de ese campamento. Y antes de que eso suceda, lo habrán mandado a casa.

—Ahora está en Europa, tiene a su mujer aquí. Tiene sus dos mujeres aquí.

—El sistema está sobrecargado, todos los días recibe oleadas de refugiados, tanto aquí como en el Mediterráneo. Es caro, lleva tiempo. Si es que se puede conseguir.

—No estoy hablando de jodidos abogados y procedimientos. Estoy hablando de encontrarlo y sacarlo. Ahora. Hoy, mañana.

Su padre mueve el espejo retrovisor y se mira la herida de la cara.

—¿De qué serviría? Han matado a Idowu. La han dejado para que parezca que lo hice yo. Aissata y su tío se esconden en el hogar Santa Marisa..., sin perspectivas de una vida digna. Hay muchos como ellos, cientos, miles, están casi en fila para ser humillados y explotados. Encontrar a Abdi no cambiará nada. Quizá sea peor. Alégrate de que por lo menos te haya encontrado a ti.

Le piensa en la chica con el ojo vidrioso y los múltiples anillos en las orejas. En la energía especial que tienen todas las jóvenes. Antes de que la vida se la arrebate.

—Uno de los hombres, el peor de ellos, me machacó el dedo, dijo que era culpa mía que la chica hubiera muerto. No sabía a qué chica se refería. Sólo sabía que era algo malo.

—El Nieto —dice el padre, mostrándole su dedo destrozado—. Así lo llaman. Llevaba un sombrero negro, la cara fina.

Le asiente.

—Nos estará buscando. Vendrá a por nosotros.

—Encontremos a Abdi.

—No, déjalo ya, tienes que irte a casa. Con tu hijo. Con tu hermana. Tu madre. Tu novio.

—Ex.

—Tu carrera. Tu música. Vete a casa mientras tengas un hogar al que regresar.

—Es tarde —dice Le mientras piensa en London. Timme y London. Ya no tiene ninguna opción en el tribunal, ya no tiene fuerzas para defender su capacidad como madre.

—Basta. Toma un baño, compra una peluca, aléjate de tu padre.

A ella le gustaría reír, seguramente la tranquilizaría un poco.

—Después, nos iremos después. Cuando Abdi esté fuera. Encontraremos un nuevo sitio para ellos, para Aissata y Abdi. Pueden vivir en tu antigua cabaña. Es mejor que nada.

—Ésa ya no es una opción.

—Entonces encontraremos otro lugar.

Él baja del automóvil y mira dentro del maletero.

—Además está éste. Lo conozco.

Ella sólo asiente.

—Aunque sea un maldito cabrón, las cosas empeorarían si muere. Los cargos en mi contra serían imposibles de refutar. Idowu y él juntos. No me libraría. No sin una condena.

—Cada cosa a su tiempo. Encontramos a Abdi. Encontramos un lugar donde puedan

quedarse. Y luego vamos a la policía.

Él cierra de un golpe el portaequipajes.

—Primero, salvaremos a este cerdo. Y luego encontraremos a Abdi.

Erhard

Aunque el automóvil de Bernal no es un coche de policía, parece peligroso y absurdo llevarlo por las carreteras y meterse con él en el tráfico del viernes por la mañana. Afortunadamente, tiene más potencia que el viejo Corsa; va tan rápido como puede al hospital de Puerto. Nada de elegir las carreteras secundarias.

Se paran un par de minutos en la aldea de Tetir con sus cinco casas, donde beben agua y se lavan en el pilón de la fuente. Lene le dice que Bernal lleva en el bolsillo un poco de suelto y un teléfono móvil. Erhard toma el dinero, once euros, y arroja el móvil en un cubo de estiércol. Coge también los zapatos de Bernal. Son negros como los otros, pero tiene las dos piezas y le quedan bien. Bernal respira a extraños golpes. Erhard intenta animarlo, sus ojos se abren, parpadean, pero se cierran de nuevo. No hay forma de conseguir de él más información sobre Mario o Abdi, ni de cualquier otra cosa. Si Bernal va a sobrevivir, tiene que recibir ayuda ya.

Erhard deja a Lene en la FV-2. Detrás del viejo túnel de lavado. A un centenar de metros de la parada del autobús 6 antes de torcer hacia la FV-3 y seguir hacia Corralejo.

—Quédate aquí, en la sombra, volveré enseguida —dice a través de la ventanilla bajada. Es mejor que ella no lo acompañe. Parece enferma y agotada. La pintura que se le ha quedado desde la cara hasta la garganta no mejora las cosas—. Buscaré algo de comida.

Rodea el enorme edificio hasta el departamento de urgencias, donde cuatro ambulancias están aparcadas bajo un tejadillo. Luego sube el coche a la acera, abre la puerta del maletero un poco y se lanza a la carretera hacia el área de recepción. Una mujer con tacones altos consuela a una niña pequeña. No había pensado que algunos de los invitados de la boda podrían encontrarse en la sala y tal vez reconocerlo. Se quita la chaqueta y se desabrocha el chaleco. Se dirige a un par de máquinas de bebidas, dulces y algo de comida no percedera. Compra dos sándwiches de jamón.

Hay una enfermera mayor detrás de una ventanilla.

—Hay un hombre herido —dice Erhard a través de los agujeros del cristal—. Está en el maletero. En el coche aparcado ahí. Está muy grave.

La enfermera se pone las gafas, se levanta y mira hacia la calle. Mientras se está levantando, Erhard ya comienza a caminar hacia las puertas.

—Eh, señor, señor, espere.

Los dos hombres sentados en una de las ambulancias no levantan la mirada.

Erhard cruza el aparcamiento y pasa frente a una garita. Atraviesa una zona de tierra seca, que en su día fue de césped, y por debajo del viaducto al otro lado de la FV-2. Cuando se ha alejado, se da la vuelta para mirar hacia el hospital y vislumbra a dos personas que están levantando a Bernal hasta una camilla.

Baja hacia el túnel de lavado.

Comen los sándwiches sin hablar.

El 6, procedente del aeropuerto, está llegando. Puede verlo antes de torcer hacia la rampa y tienen tiempo suficiente para llegar a la parada. Erhard deja tres euros y recibe los billetes. El conductor mira a Lene por el espejo, pero no dice nada. No hay casi nadie en el autobús. Se sientan en la parte trasera. El sol se abre camino sobre la isla cuando parten. Lene está ya desplomada contra la ventanilla.

No son desde luego un equipo de rescate pleno de fuerzas. Se mueven por la adrenalina y la excitación. Se mueven por la estúpida energía que se tiene cuando bajas camino de un agujero negro.

Si quieren rescatar a Abdi, si de alguna manera quieren sacarlo del campamento en la costa de Papagayo, necesitarán ayuda. Alguien que sepa lo que está en juego. Alguien que quiera arriesgarse por Abdi.

En ese momento, se le ocurre una sola persona. Y no es Aissata. Y no es el tío Yaya. Una persona que no sólo tiene contactos, sino también la disposición adecuada para lanzarse a ello.

El problema es que esa persona acaba de pasar varios días en el hospital por culpa de Erhard. Y lo más probable es que prefiera dejarle a Erhard la cara como un cromó que escuchar lo que él tiene que decirle.

El autobús está pasando el Parque Holandés y el café de Miza, ha recorrido un largo tramo y ahora se interna en las dunas. El avance se ralentiza. Hay una caravana. Muchos automóviles y camiones, motocicletas. Espera que sea por tráfico normal de turistas. Hay una especie de control justo en la curva. Un guardia civil los va dejando pasar: de uno en uno. El autobús se para totalmente. Luego se les permite atravesar la barrera. No los detienen. Hay al menos veinte policías por el camino. Y justo al lado de las chapas que llevan a Las Dunas, hay más coches de policía. El joven Hassib está sentado en uno de ellos. Erhard se oculta detrás de los asientos mientras lo rebasan. Pasan una parada más, luego se termina.

Zarandea a Lene.

—Es aquí.

Se apean. Justo al lado de la Reina del Desierto.

El Corsa está donde lo dejó. Alguien ha puesto una nota en el parabrisas. Piensa que es publicidad, pero es una nota del hotel animándolo a utilizar el parking gratuito y vigilado.

El coche ha estado al sol y es un horno, a pesar de que aún es por la mañana.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Lene después de sentarse. Mira hacia una familia que pasa con un equipo de buceo. Detrás de ellos hay una furgoneta azul oscuro a la sombra del hotel.

—Creo que tienes estrés postraumático o como se llame. No estoy seguro. Pero debería ser algo así. Y querría llevarte a un doctor. Pero ahora, ahora mismo, vamos a mi hotel. Puedes descansar. A lo mejor tendríamos que conseguir un poco más de comida. Puedes tumbarte en una bañera. ¿A que suena bien? Pues no lo es. Es mucho más rudimentario. Los otros que viven allí son indigentes, drogadictos y cosas por el estilo. Bueno, y también está *Hardy*, mi cabra. Es lo mejor que puedo conseguir en estos momentos.

—No puedo, quiero ir contigo.

—Mientras descansas iré a dar una vuelta. Sé a quién tengo que buscar. Confía en mí.

Él arranca el vehículo y la lleva al Olympus.

Erhard

Ha vuelto a Virgen de la Peña. La calle de Aissata. Desde donde se encuentra, puede ver la escalera del apartamento. Pero ella ya no está viva. Se ha cometido un asesinato en su minúsculo y mugriento apartamento, y nadie ha sido castigado por ello. Baja por el lado opuesto de la calle.

El Día de Canarias ha dejado su huella. Hay coloridas pancartas en las farolas. Botellas de vino y latas de cerveza, mierda de vacas y cabras por todas las calles. Por otro lado, el tráfico es más perezoso de lo habitual. Y las tiendas no parecen querer abrir.

Ha dejado la chaqueta, el chaleco y la faja en el Olympus. En el cristal de la lavandería, parece el director de una funeraria. Entra a llamar mientras observa al frutero.

Suena el tono.

—*Pronto* —dice Barouki.

—Soy Jorgenson.

Silencio.

—No podemos hablar —explica Barouki.

—Sea lo que sea lo que has oído, no he sido yo.

—Con lo que he oído, lamento haberte prestado un coche.

—Estoy en el lado de los buenos —asegura Erhard—. Y tú también.

—Hay personas que conozco que han resultado heridas.

—¿En la boda?

El teléfono hace pip. Erhard tiene que sacrificar un euro más.

—La gente huyó aterrorizada. A mi cuñada le dio un golpe un coche que iba en sentido contrario y tiene un traumatismo cervical. Mi viejo amigo Paulo perdió sus gafas.

—Con todos mis respetos: sobrevivirán. Es más de lo que podemos decir de las víctimas reales. Los peones de los Tres Papas en el tablero de juego. Los inmigrantes indocumentados.

Barouki suspira.

—¿Me ayudarás? ¿Una vez más?

—Decididamente eres un inadaptado —dice Barouki.

—Quiero saber si uno de tus conductores está trabajando hoy. Ésa es la única cosa. Te debo una. Lo sé. Y te devolveré todo. El automóvil, el honor y todo.

—Lo dudo.

—Su nombre es Daouda. Estuvo de baja la semana pasada. Pero tal vez ya esté conduciendo el taxi de nuevo. Es importante.

—¿Daouda? ¿Es un suplente?

—Tal vez.

Silencio

—Un momento —pide Barouki.

Erhard lo oye hablar con alguien. Teclear.

—No está trabajando. Hoy no. Ayer sí —indica Isabel.

—Gracias —dice Erhard—. Gracias.

Baoruki cuelga.

Se queda unos minutos mirando hacia la calle, observando cada automóvil que pasa. Luego camina en dirección al terraplén. En el triste solar, los hombres están sentados en un par de cajas tirando los dados. Dos de ellos están jugando, un tercero mira.

—¿Conocéis a Daouda? —pregunta.

No responden.

Uno de ellos, con una larga barba, cuenta los puntos de los dados.

—¿Quién lo pregunta? —quiere saber el otro, un tipo griego de pelo fino, sin levantar la vista.

—Su primo.

Este último sacude los hombros en una risa.

—Tú no eres su primo.

—Trabajo para su primo. Abdi. ¿Lo conocéis?

—Un tío delgado. Rápido. Rápido para un africano. Lo conozco —dice el de la barba larga.

—¿Habéis visto a Daouda? Le gusta jugar. Como a vosotros.

—¿Eres poli? —inquiere el del pelo fino.

—Cómo va a ser un poli, es demasiado viejo, será el padre de alguien —apunta el de la barba larga.

Erhard se encoge de hombros.

Los tres hombres se miran entre sí. El mediano, que no ha pronunciado una palabra, señala la calle. A la zapatería.

Erhard asiente con la cabeza y los oye continuar con sus dados.

La zapatería tiene aspecto de estar cerrada. Hay una cesta de zapatos rosa de goma con una oferta especial por el Día de Canarias. Empuja la puerta. Una persona, que puede ser el zapatero, mira hacia el local desde la trastienda.

—¿Sí? —dice sin salir.

—Estoy buscando a Daouda. Los tres caballeros del otro lado de la calle me han comentado que podría estar aquí.

El zapatero sale. Es un español con un cuidado bigote.

—Probablemente lo dicen porque alquilo una habitación encima de la tienda, desde que murió mi esposa.

—¿A Daouda?

—¿Hay algún problema?

—No —asegura Erhard—. ¿Paga el alquiler?

—Eso a usted no le importa, pero digamos que sí. Es un buen inquilino.

—¿Sabes cuándo suele estar en casa?

—Seguramente estará en casa ahora. Lo he oído hace un momento. Hace un poco de ruido cuando camina con la muleta.

El zapatero le muestra a Erhard el lateral del edificio, donde se encuentra la escalera que lleva al primer piso. Erhard sube por la amplia escalera. Aissata no le había explicado que su primo vivía al otro lado de la calle. La puerta es bonita y roja. El zapatero se queda un momento mirando a Erhard, y luego vuelve a entrar en la tienda. Erhard llama.

—¿Sí? —suenan detrás de la puerta, que se abre de golpe, como si Daouda estuviera esperando una visita. Mira a Erhard. Tiene una tirita en la nariz. Lleva un chándal amarillo y se apoya en una muleta mientras sujeta la puerta con la otra mano. Sus ojos se entrecierran—. Eres tú, hijo de puta. ¿Qué estás haciendo aquí? —Parece como si quisiera cerrarle la puerta en las narices.

Erhard pone el pie en la puerta.

—Lo siento, lo siento —dice Erhard, mirando la mano de Daouda, que busca algo en el bolsillo trasero de los sueltos pantalones de deporte. Un cuchillo, ¿algo peor?

—*Casse-toi*, no puedo conducir el taxi, no puedo ganar dinero por tu culpa. —Es un teléfono lo que ha sacado de su bolsillo. Teclea casi sin mirarlo.

—Lo siento —insiste Erhard—. De verdad.

Daouda comienza a hablar por teléfono. Deprisa. En francés. Vuelve a poner el aparato en el bolsillo.

—Te vas a arrepentir.

—Conozco a Aissata, conozco a tu tío Yaya. Los he ayudado. Estoy buscando a Abdi, tu primo.

Daouda lo mira fijamente.

—Estás mintiendo. ¿Por qué un viejo blanco idiota como tú iba a buscar a Abdi?

—Lo sabes bien. Pinchaste mi coche. Me pediste que no me entrometiera.

Daouda no tiene ni idea de lo que está hablando. Erhard lo nota. Entonces ¿quién habrá pinchado las ruedas?

—Porque Aissata me ha contratado —dice Erhard—. Para encontrar a Abdi.

—Aissata no contrata a nadie. No conoce a nadie. No tiene teléfono. No tiene dinero.

—Me ha contratado a través de una, eh, dama, que los dos conocemos. Una monja de un convento en Corralejo.

—Aissata no conoce a ninguna monja, Aissata es musulmana. —Se golpea el pecho.

—Te aseguro que es la verdad.

—Aun así, te vas a llevar una paliza. Ahora van a venir mis colegas y te van a atizar, te van a atizar, blanco idiota. Entonces sentirás la venganza de Daouda.

—¿Puedo entrar? Le he prometido al zapatero, a tu casero, que no causaría problemas.

Daouda lo mira durante un largo rato. Se inclina sobre la muleta y se arrastra hacia la habitación. Erhard entra y cierra la puerta.

Daouda se deja caer en el sofá que está junto a la ventana, a través de la cual se puede ver el talud, y a su derecha, el apartamento de Aissata.

—Entonces dime dónde está Aissata, ¿dónde está mi tío? La policía estuvo en el apartamento el otro día. Dicen que hay una persona muerta.

—Aissata está a salvo. Y tu tío. Las mismas personas que perseguían a tu primo van detrás de ellos. Por eso les he encontrado un lugar en donde puedan quedarse.

—Entonces ¿nadie está muerto? —Daouda frota la tiritita entre los ojos.

—Idowu está muerta. Mataron a Idowu. E hicieron que pareciese que había sido yo.

Daouda mira a Erhard.

—No he sido yo. No la he matado. Era una boba de mierda, pero no he sido yo. *Mon pote*, era la esposa de Abdi, nunca la mataría.

—Lo sé —dice Erhard.

—¿Qué le pasó a tu cara?

—También me han pegado a mí. Esas mismas personas.

—¿Quién? ¿Quiénes son?

—Gánsteres. Ricachones. Y ricachonas. Y sus ayudantes.

—¿Gente blanca, quieres decir?

Erhard se encoge de hombros.

—Sí, sí que lo son.

—¿Han matado también a mi primo?

—No. Por eso he venido. Abdi está vivo. Y sé dónde está. Pero tienes que ayudarme a sacarlo de allí.

Llaman a la puerta. Erhard la abre.

En la entrada hay cinco hombres, tal vez más en la escalera. El que va el primero, que se parece a Daouda, lleva un cuchillo largo, el de detrás de él lleva una gruesa rama en la mano.

—Mitsos, ¿te acuerdas de nuestro amigo el del incendio? —dice Daouda.

Uno de los hombres se abre camino entre los demás. Es el croata bajito.

—Sigo sin poder ver una mierda. Los pulmones me rascan. Y es gracias a ti. —Mira a Erhard con ojos amarillos e inflamados.

Erhard se vuelve hacia Daouda, que está sentado en el sofá y parece divertirse.

100

Le

Le está en la bañera. Una de las amigas de su padre, una mujer llamada Frida, ha ido a buscar agua y la ha calentado en la hoguera. Frida incluso la ha frotado con un trapo, rascándole la plata de la espalda, de los hombros y de los muslos. Abajo, en los arbustos, el perro ladra y la cabra bala. Le recorre la costa con la mirada. Desde la ciudad y la playa, y a lo lejos, lejos, lejos.

La isla negra como medio labio que muerde el mar.

Se desliza bajo el agua.

Por primera vez en varios años, está en un lugar en el que no hay sonidos. Ni siquiera su propia cabeza, ni siquiera las migrañas tienen nada que decir. Sin susurros, sin crujidos, sin silbidos. Todo está a treinta y siete grados, todo está donde debería estar.

Consigue de Frida algo de ropa interior. Son calzoncillos de hombre con bragueta roja y culo colgante. Le van perfectamente. Se vuelve a poner el traje morado. Se sienta junto al fuego a acariciar al perro, que come las sobras de la comida. Uno de los hombres cocina un pez largo en un casco militar abollado y lo sirve en unas hojas de periódico. Es un buen desayuno.

Sólo se pone nerviosa cuando todos en el edificio se van de repente. Frida tiene que ir a vender brazaletes a la ciudad. El hombre del perro ha desaparecido hacia la playa. Incluso el joven de ojos locos, que corría entre los arbustos tras la cabra, ha bajado por el sendero con una bolsa de latas vacías. Le se sienta en la escalera, desciende hasta el agua, chapotea entre las rocas negras, vuelve y se sienta en la cama de su padre, sólo una pila de cartones de un supermercado, hojea el extraño libro en blanco y negro, pero no puede concentrarse en nada. Ahora que no corre peligro, está más preocupada por él. La cabra se queja. Está atrapada en su propia cuerda. La empuja y la libera.

Sobre ellos el sol está vertical en el cielo.

El hombre del perro llega a explicarle que el ferri entre la pequeña isla y el puerto zarpa cada hora. Ella mira hacia la bahía y observa cada pequeña yola, cada bote, cada yate que pasa navegando. Cada vez que oye el silbato del transbordador cuando sale del puerto, cuando regresa y vuelve a zarpar, pone una piedra en la escalera. Cuando ha reunido cinco piedras, pierde la paciencia. Ya debería estar de vuelta. Ha prometido estar de vuelta para esa hora. Su odio hacia él está a flor de piel. Es fácil de activar. Ese tremendo egoísta. Dejarla aquí. Sin una mierda.

Los sonidos de la ciudad comienzan a molestarla de nuevo. Cuando el viento sopla hacia ella, puede oír las sirenas, las alarmas, los golpes. Las algas entre las piedras apestan casi como algas, el calor continúa, nada más.

Una lancha blanca se acerca a la costa. Al principio no puede oírla, sólo la ve deslizarse sobre el agua, brillar bajo el sol. Luego llega el sonido, ansioso como una cortadora de césped. Parece que se dirige a la isla, la isla negra, la que está más cercana a ella; la bruma marina aún no se ha levantado y hace que toda la escena parpadee, que las distancias se compriman. La lancha sigue a lo largo de la costa, balanceándose, rodeando a un bote de remos y un embarcadero derrumbado; se dirige a la costa.

Hacia ella.

Ella se levanta y entra en el edificio sin dejar de mirar hacia el bote. Podría ser un bote de policía, tal vez la Guardia Costera. Hombres con prismáticos. Pero luego puede ver el esbelto casco y el techo. Tal vez sólo es un grupo de pescadores que buscan un lugar tranquilo donde puedan tirar los sedales y beber cerveza.

El motor se apaga, se dirigen hacia la playa, hacia el hotel.

El bote gira para que uno de los hombres pueda saltar al agua con la ayuda de los demás. Es su padre. Está metido en el agua hasta el pecho, con los pantalones y la camisa. Él comienza a avanzar por el agua y a hacerle señales.

—Lene, Lene —la llama.

Erhard

Playa mujeres.

No sabe por qué se llama así. Suena hermoso. Como de *La Iliada*, de Homero, un lugar fatal en el que los hombres perecen.

Erhard está de pie en el centro de la barca, con una mano en el deshilachado toldillo, mientras observa la costa con los prismáticos. En un principio, él habría preferido la playa que está justo al norte del extremo sur de la isla, pero el medio hermano de Daouda, Cissé Cheick, que obviamente conoce Lanzarote mejor que cualquiera de ellos, quiere ir a la playa más grande, situada al sureste de una ciudad blanca con hoteles cuadrados. Playa Mujeres. El medio hermano tiene un gran teléfono con un mapa. Trata de mostrarle a Erhard el lugar donde pueden desembarcar. Es difícil de ver. Por el viento y los bandazos que da el barco cada vez que golpea las afiladas olas. El ruido del motor hace que sea casi imposible hablar a menos que se esté pegado a la otra persona.

Lene está sentada sola a un lado del bote e intenta secar su ropa sosteniendo las mangas en el aire. Parece que los cinco hombres casi le tengan miedo. Mitsos, el croata de dientes grises, estaba claramente entusiasmado con sus pechos mientras ella caminaba por el agua y trepaba a bordo del bote, pero se ha arrugado al ver su cara.

Les ha llevado un poco más de una hora cruzar el estrecho tramo entre Fuerteventura y Lanzarote. Podrían haber elegido un barco mejor, más nuevo, que fuera más rápido en el mar, pero no había tiempo para ello. El sobrino de Mitsos, el joven Dali con guantes de halterofilia, ha saltado a bordo del primer bote de motor con cabina abierta que ha visto en el puerto deportivo. Ha hecho el puente en el encendido, mientras que Daouda y Cissé Cheick cortaban las amarras. Mitsos y el menorquín tatuado de las orejas grandes van sentados en la parte trasera del bote fumando unos cigarrillos liados a mano y gritándose el uno al otro sin que Erhard llegue a oír lo que dicen. Mitsos no confía en Erhard después del episodio en la tienda de muebles. Piensa que el plan es apresurado y que deberían haber esperado al sábado o al domingo y haber aprovechado la noche y la oscuridad. Y, además, no habría pasado por Corralejo para recoger a Lene. Pérdida de tiempo y demasiado arriesgado. Erhard estaba de acuerdo en cierto modo, pero no quería dejar a Lene en el Olympus. Teniendo en cuenta su estado y el resto de las circunstancias. No

sabía cuánto duraría la operación de rescate. Ni si se podría realizar. Ha tenido que prometer a Mitsos miles de euros. Le ha dicho que Lene era rica y famosa en Dinamarca. Que les enviaría dinero tan pronto como estuviera en casa. Eso ha aplacado a Mitsos. Y al menorquín. Erhard tendría que hablarlo con Lene después. Después.

Ahora se están acercando a la playa. Erhard no puede ver a muchas mujeres, sino a un gran número de hombres con bañadores mínimos, a niños con flotadores pinchados, sombrillas descompuestas por el viento. Dali pone rumbo a un estrecho malecón de cemento, donde hay un bote de goma negro. Como han cortado las amarras, son demasiado cortas para llegar a los postes del puente. Dali los acerca al embarcadero y arroja la pequeña ancla en el agua baja, que es blanca. Un pez de gran tamaño, curioso, da vueltas al bote cuando el motor se detiene.

Erhard

Erhard deja caer los prismáticos, que quedan colgando del cuello, y Daouda lo ayuda para saltar a tierra. Lene se levanta y quiere seguirlo.

—Quédate aquí —le dice Erhard, señalando a Dali—. Con él. Volveremos por la noche. Si no llegamos, si algo sucede, regresad a Puerto.

—¿Qué puede pasar? —pregunta ella.

—Seguro que el campamento está vigilado, y los guardias pueden suponer un pequeño problema. —Erhard le da al menorquín una palmada en el hombro.

—Dijiste que teníais un plan —responde ella.

—Y si va bien, nos vemos dentro de un par de horas, tal vez un poco después del anochecer —dice Erhard, dándole un montoncito de monedas y las llaves del Corsa.

Daouda acaba de descubrir que tienen que recorrer un largo trecho hasta el campamento y se queja amargamente. No ha llevado la muleta. Dali está listo para encender un cigarrillo y grita a Mitsos:

—¡Enviad un mensaje cuando estéis de camino para que nos vayamos preparando!

Cissé Cheick va primero con su teléfono, Erhard va por detrás con Daouda. Éste no puede llevar nada, por lo que Erhard carga con la bolsa de deporte al hombro. Con un paquete de pan tostado, un par de linternas, una manta, unas tijeras de alambre, un par de garrotes y una recortada, que el menorquín tenía en su automóvil. Mitsos también lleva un arma. Una pistola corta en el tobillo.

Abandonan la playa y comienzan a cruzar el accidentado terreno del que Cissé Cheick les había hablado. Es arenoso y cuesta caminar, piedras negras que de repente se yerguen sobre el suelo duro. Van directos al sol, deben de ser en torno a las tres de la tarde, todavía está alto, pero está comenzando a bajar. Ninguno de ellos ha pensado en coger agua. Los dos malienses no parecen preocuparse, pero el redondo croata ya tiene una franja negra de sudor en la espalda y va refunfuñando por el esfuerzo. Erhard se da la vuelta y mira hacia la playa. Lene está sentada en el embarcadero con los pies en el agua. Dali se sienta bajo el toldillo del bote. Detrás de ellos, el mar y el cielo se funden, isla de Lobos y Fuerteventura parecen un par de líneas en un papel azul oscuro. Según el mapa, deben andar alrededor de un kilómetro y medio, pero tienen la sensación

de haber recorrido ya cinco. Erhard va sudando con los zapatos de Bernal y le duelen los talones.

Llegan a un camino rural en mal estado que siguen durante un trecho hacia el sur. Hay cajas de refrescos y bolsas negras que revolotean por todo el camino. Pueden oír, y después ver, un automóvil que se acerca. Procede de la playa. Ellos se ocultan detrás de un arbusto seco durante un minuto y esperan hasta que el coche ha pasado. Comen las rebanadas de pan tostado sin decir una palabra. Poco después, el camino se divide. Cissé Cheick envía a Mitsos y al menorquín por el segundo camino que lleva directo al campamento. Mientras que él mismo, Daouda y Erhard regresan al campo, rodeando el campamento.

Tardan diez minutos o más en llegar a una formación rocosa marrón con una antena de móviles en la parte superior, luego bajan en dirección a la costa y pueden ver el campamento a su izquierda, una maraña de colores, tiendas, un par de barracas y árboles secos y banderas de todas las combinaciones. La valla es prácticamente invisible y sólo se puede ver porque la basura y las tiendas desgarradas están enganchadas a ella, y porque cuelgan coladas secándose al aire como figuras planas que los miran fijamente.

Los dos malienses se asoman y se arrastran tras un montón de piedras. Erhard se lleva los prismáticos a los ojos y observa el campamento. El círculo que dibujan las lentes pasa sobre niños que juegan, algunos hombres que clavetean algo en el tronco de un árbol seco, unas mujeres que discuten con un hombre en un cobertizo que parece una tienda provisional con papel higiénico y comida enlatada. Un hombre apoya una garrafa de agua en el hombro. En una pared alguien ha escrito «Bienvenido a la isla prisión». Lejos de allí, a la entrada, puede ver una torre de vigilancia en la que se sienta un guardia de espaldas. A los pies de la torre hay un portón ancho y cerrado con alambre de púas. Erhard vuelve a mirar al campamento, estudiando cada cara con la que se topa. En el barco, Daouda le ha mostrado una foto de Abdi en su teléfono móvil, pero era una foto oscura tomada por la noche. Erhard cree que ninguno de ellos se parece a Abdi. Alcanza los prismáticos a Daouda, que comienza en el extremo más alejado y va subiendo en dirección a la entrada. Erhard se echa hacia atrás y mira al agua, donde un bote se desliza en el horizonte. Espera que Abdi no haya sido enviado aún a Agadir.

—Tenemos que entrar ahí. Envía el mensaje —dice Erhard.

Daouda le da los prismáticos a Cissé Cheick.

—Olvídate de eso, viejo, hay dos guardias cerca del vendedor.

—Envía el mensaje a Mitsos ahora. Luego nos arrastraremos al campamento y encontraremos a Abdi.

—*Casse-toi*, quedamos en enviar el mensaje cuando tengamos al primo. Necesitamos el caos para sacarlo, no para encontrarlo. Tenemos sólo una oportunidad, *salop*.

—Entonces entraré yo, desde aquí no lo encontraremos, el campamento es mucho más grande de lo que pensábamos —dice Erhard—. Dame los alicates.

Daouda lo mira fijamente. También Cissé Cheick. Daouda saca las tijeras de alambre.

—Te acompaño. Te acompañamos. Dame cinco minutos, diez. Si no veo al primo, entramos. Pero enviaremos el mensaje sólo cuando lo encontremos.

Erhard mira a los dos malienses y asiente.

Nadie dice nada. Van usando los prismáticos por turnos. En un momento dado, Cissé Cheick

crea ver a Abdi, pero es una mujer dormida a la sombra bajo un letrero gastado.

—Vale, viejo. Vamos —dice Daouda.

Ayudan a Erhard a levantarse y se apresuran hacia la valla. Dejan la bolsa en el suelo. Daouda corta el alambre con las tijeras. Es rápido, pero tiene que cortar muchos hilos. Erhard ve a través de la cerca a una niña pequeña haciendo pis junto a la valla, a treinta metros de ellos. Ella se queda mirándolos. Cuando termina, corre hacia las tiendas. Cissé Cheick retira el trozo cortado a un lado y deja que Erhard y Daouda entren primero. Avanzan revolviendo botellas de plástico vacías, restos de una tienda quemada. Erhard recoge un sombrero rojo de cuadros que encuentra en el suelo y se lo pone en la cabeza. Huele mal. Daouda toma una bolsa de basura y se la echa al hombro. Un mal disfraz, pero mejor que nada. Caminan por uno de los pasillos que corren entre las tiendas.

Es imposible comprender lo que se ve. Peor que la pobreza, peor que los mendigos de la calle, peor que lo que Erhard se imagina sobre la peste en Sevilla. Es una organización indeterminada de construcciones inhabitables pobladas por adultos rotos que se sientan a mirar la nada mientras los niños juegan con ositos de peluche y pompas de jabón, sin darse cuenta de que la vida ha terminado. Es difícil no quedarse pasmado, no parecer aturdido. Erhard intenta mirar dentro de las tiendas abiertas buscando a alguien que se parezca a la foto de Abdi, entre los que duermen en las sombras. Daouda llama un par de veces, dice el nombre corto de Abdi, también su nombre largo, le pregunta a una mujer con velo si lo ha visto, pero ella niega con la cabeza. Y Erhard es consciente de que no se parecen a los demás. A pesar del gorro y la bolsa de basura, no están ni siquiera cerca de la apariencia miserable del resto del campamento. Hay cabezas que se vuelven para mirarlos. Pero sólo unos pocos, la mayoría no tiene fuerzas.

Es de los guardias de los que tienen que preocuparse.

Un poco más adelante, hay dos en una motocicleta alta. Uno lleva una metralleta a la espalda, el otro está sentado con su *walkie-talkie* en la mano. Están entretenidos con una joven que lava ropa bajo un grifo. Erhard empuja a Daouda y a Cissé Cheick a la parte posterior de un edificio de madera derrumbado, detrás de los guardias y por un nuevo pasillo entre las tiendas. Daouda vuelve a pronunciar el nombre de Abdi. «Abdourahmane. Primo», llama. Un tipo con una gorra de Nike levanta la mirada, pero pierde el interés rápidamente.

Llegan a la valla del lado opuesto, dan la vuelta y toman un nuevo camino de regreso. Y cuando llegan al final, repiten el recorrido. Hay una peste a fuego, a mierda y a algas de la costa justo al otro lado de la cerca. En un momento dado, Erhard ve un gran barco varado en un puerto temporal en la prolongación del campamento. Hay tres o cuatro guardias en el puerto, todos ellos con metralletas en alto. Erhard se baja la gorra sobre la frente.

—Estamos casi donde el vendedor —dice Daouda—. Allí estaremos muy expuestos, demasiados guardias. No podemos seguir, debemos retroceder y buscarlo desde el exterior.

—Yo sigo —repite Erhard.

—No, *putain*, eres blanco, no puedes estar aquí —replica Daouda.

—Es *too risky*, te descubrirán —explica Cissé Cheick, justo detrás de Erhard, mientras señala a un par de niños que han comenzado a seguirlos.

Erhard intenta hacer huir a los niños, pero les parece que es un juego fantástico. Se ríen a

carcajadas, uno de ellos llama a su hermana mayor.

Los malienses se van por detrás de una serie de aseos y hacia la valla por la que han entrado. Él quiere seguirlos por un camino que está un poco más adelante, pero uno de los guardias lo ve y se levanta de su silla plegable antes de que Erhard pueda hacer nada. Erhard continúa recto y se detiene bajo el gran letrero de bienvenida en colores rojo, negro y verde. Se queda de pie por un momento sin ocurrírsele nada. El guardia lo llama, primero en español, luego en inglés. Erhard finge que no lo oye.

Luego se vuelve y observa al guardia, que ha avanzado y está a cinco metros de Erhard. El arma todavía cuelga a su espalda. Toma café y no tiene la intención de soltar la taza, si puede evitarlo.

—¿Dónde está tu identificación?

—¿Eh? —dice Erhard.

—¿Tu identificación? —Le indica que Erhard debería llevarla colgando alrededor del cuello.

—En mi tienda —responde Erhard en inglés.

—¿De dónde eres? No te he visto antes. ¿Eres nuevo?

Erhard asiente, como si no lo entendiera.

—¿Dónde está tu tienda? ¿Tu tienda? Tienda —pregunta el guardia.

Erhard señala el camino, en sentido opuesto a los malienses, mientras los busca con el rabillo del ojo. Sólo puede ver a Cissé Cheick, parado entre una tienda y una caravana, mirando a Erhard con los ojos muy abiertos, a Daouda no lo divisa por ningún lado.

—Busca tu identificación para que pueda verla —dice el guardia dirigiéndose hacia Erhard, que trata de dar con algo.

Quiere indicarle a Cissé Cheick que debe enviar el mensaje a Mitsos ahora, sin tardanza, pero Cissé Cheick está ocupado con otra cosa y Erhard no sabe cómo hacer gestos con los brazos sin alertar al guardia.

Luego ve a Cissé Cheick que le indica que avance, que avance y rodee la caravana.

Erhard hace como que ha cambiado de opinión y se dirige al sendero de detrás de la caravana. Nota que el guardia ha tirado la taza de café y ha agarrado la metralleta con las manos.

—Oye, zombi —dice el guardia—. ¿Te has perdido?

Erhard da la vuelta a la caravana y pasa frente a la puerta.

El guardia lo sigue.

Justo en el momento en que el guardia pasa ante la puerta, ésta se abre y lo golpea con fuerza en el costado y lo derriba, con el arma balanceándose en el cuello. Cissé Cheick salta de la caravana y lo patea en la cabeza con un sonoro clic. Los dos niños que están parados mirándolo todo parecen contentos. El más pequeño lanza también una patada al aire.

Aparte de los niños, nadie se ha dado cuenta. Erhard se pone de puntillas y mira hacia la tienda de comestibles, donde los dos guardias siguen entretenidos con la chica del grifo.

—Psst, viejo —llama Daouda desde dentro de la caravana, señalando la parte trasera. Cissé Cheick empuja hacia la puerta a Erhard, que se acerca a la caravana y mira dentro.

En una mesa pequeña hay dos jóvenes jugando a una especie de ajedrez con piezas caseras. Uno, de largos rizos, tal vez tenga trece o catorce años, y lleva un cigarrillo blanco detrás de la

oreja. El otro, que está sentado de espaldas, tiene el pelo corto y hombros anchos. Cuando se vuelve, Erhard no tiene dudas.

—Abdi. —Erhard nota que los sentimientos se agolpan—. Eres... eres —dice, sin poder continuar.

Piensa en Aissata e Idowu, en las figuras plateadas y doradas en las jaulas de la carpa, en las caras destrozadas entre las tiendas. Y mira a Abdi, que lleva una venda en la frente y tiene varias heridas en la cara, pero cuya mirada todavía es salvaje y viva, como si pudiera repetir todo si le apeteciese. Erhard quiere abrazarlo, besarlo en la boca, hablarle de todos los lugares en los que lo ha estado buscando, hablarle sobre Aissata, de Idowu, pero Abdi sólo observa a Erhard, sin mostrarse impresionado.

—Tenemos que irnos ahora —informa Cissé Cheick mirándolos desde el exterior—. Ya.

—Envía el mensaje —pide Erhard a Daouda.

Daouda se inclina hacia Erhard.

—Estooooo —dice—. Abdi no quiere, no quiere venir.

Erhard mira a Abdi. No lo entiende.

—No necesito más hombres blancos —afirma Abdi, con una voz oscura, y un tono ligeramente fuerte—. Un hombre blanco no me va a salvar.

Erhard tiene ganas de golpearlo. Una bofetada.

—Le he dicho que eras tú quien quería sacarlo del campamento —explica Daouda—. Pero también le he dicho que fue idea mía, y del primo Cissé Cheick.

—¿Y qué coño importa? —pregunta Erhard—. ¿No quieres volver a casa con tu amada? ¿No quieres salir de este infierno?

Abdi mira hacia el tablero de ajedrez y mueve un alfil, que se come al único caballo que le queda al muchacho.

—Soy *griot*, vivo un nuevo día cada uno de ellos.

Cissé Cheick está ahora dentro de la caravana, con el *walkie-talkie* del guardia en la mano.

—No podemos quedarnos. Creo que los otros guardias lo están llamando.

—Envía el mensaje —dice Erhard a Daouda.

—¿Qué pasa con Abdi si no quiere venir? —pregunta Daouda.

—Envía el mensaje —responde Erhard.

—No sabes lo terco que es. Conozco a mi primo, es terco.

Daouda teclea en su móvil.

—Bueno, ya está enviado.

Abdi los mira.

—¿Qué es ese mensaje?

—Tienes tres segundos para decidir —dice Erhard—. Tres segundos para elegir si quieres volver a ver a Aissata. En ese momento, nuestros amigos comenzarán una pelea ahí en la entrada. Y al cabo de poco, los guardias seguramente correrán hacia allá. Podemos salir por el otro lado de la valla. Todos juntos. O solo nosotros, sin ti.

Abdi mira a Erhard. A Daouda. Luego mira al chico al otro lado del tablero.

—¿Puede acompañarnos él?

—No —replica Erhard—. Hoy sólo tú.

Suena un silbido y un timbre en el *walkie-talkie* y cinco voces simultáneas.

«7, 8, 10, 11 de guardia, tenemos una emergencia, 9, 12, 6, quedaos donde estáis. 7, 8, 10, 11, salid de guardia.» Nuevo silbido.

Erhard cree oír la voz de Mitsos de fondo.

—Ahora —dice Erhard, y sale de la caravana.

Le gustaría poder correr. Correr de verdad, como cuando era joven. Ni siquiera cree que pueda ir rápido con esa mierda de zapatos.

Daouda sale de la caravana.

Cissé Cheick mira alrededor de ésta.

—*Allez, allez.*

Alguien corre entre los senderos, el sonido de una aguda campana muy lejos y gritos de hombres. Abdi mira al exterior de la caravana y baja a la calle. Es alto y delgado, pero también mucho más grande, más ancho de lo que Erhard había imaginado. Siempre creyó que estaba buscando a un hombre que no podía defenderse, pero ahora cree que Abdi fue elegido especialmente para sabotear el casino y participar en el robo en Tenerife porque su aspecto es impresionante.

Los tres malienses corren al frente. Con la cabeza gacha. Daouda se detiene, pero trata de mostrar el camino. Hasta la valla, a lo largo de la valla, sobre tiendas de campaña, por encima de una mujer dormida con un niño al que amamanta, por encima de sacos de dormir deshinchados. Erhard no puede seguir su ritmo y va un trecho por detrás, Daouda se sienta y sostiene la valla a un lado para poder arrastrarse. Continúan subiendo la colina, rodeando la antena de teléfonos, en torno al acantilado. Nadie los sigue, ni niños riendo, ni guardias gritando. Pueden contemplar de nuevo la isla y atisbar el camino unos cientos de metros más adelante. Pero algo ha cambiado, las sombras son largas y voluminosas, y casi negras, un toque frío se ha apoderado del polvo caliente. La oscuridad está preparada para lanzarse sobre ellos.

Y a Erhard le duelen terriblemente los pies.

La risa histérica de Cissé Cheick en algún lugar entre las rocas y las ramas secas. Los primos que se palmean las espaldas. Salen al camino.

Entonces suena una serie de golpes, golpes mecánicos, como un viejo pistón.

A su alrededor algo salta y traquetea.

Erhard se agacha.

Primero, cree que alguien ha puesto en marcha una bomba o un generador cercano. Podría sonar como su viejo generador. Luego piensa que por detrás de ellos hay guardias disparando. Pero no hay bombas ni guardias cerca. Si fueran los guardias, saldrían por la entrada. El sonido procede del mar, más bien por delante de ellos. Oye a Abdi blasfemar. En voz alta y alterado. Está escondido detrás de una roca un poco más adelante, sus siluetas contra el cielo amarillento, Daouda está tumbado a su lado y mira a su alrededor.

—Me han dado, me han dado —dice Abdi.

Cissé Cheick rebusca en la bolsa.

Erhard mira hacia la carretera.

En la zanja, unos treinta metros más abajo, hay una figura cuadrada. Y a pesar de que no lleva su gorra, Erhard lo reconoce de inmediato.

El cemento del embarcadero le calienta la espalda. Los pies casi no le pesan en el agua fresca. Le parece sentir a los pececillos pellizcándole los pies. Gira la cabeza y mira hacia la playa. Niños que corren para evitar las olas. Una abuela que bebe vino blanco de una cesta de picnic.

Tiene hambre y se incorpora.

Han pasado al menos dos horas desde que han dejado la barca.

El chico sigue sentado escuchando música en su móvil. Tiene el mechero en la mano y el cigarrillo sin encender en la punta de los labios. Como un niño que juega a ser adulto.

—Voy hasta allí. —Le señala la parte superior de un edificio que se alza detrás de las rocas al otro lado de la playa.

Al chico no le gusta.

—¿Y si vuelven? ¿Si tenemos que zarpar de pronto?

—Vigilaré las rocas desde allá arriba. Si los veo, puedo regresar fácilmente.

—¿No podrías comprar un poco de gasolina? Un par de litros. Sólo nos queda un poco más de un cuarto de depósito. Y creo que hemos gastado un cuarto para llegar hasta aquí. —Levanta la tapa de uno de los bancos y saca un bidón rojo.

Le mira sus monedas.

—Lo intentaré —dice, toma el bidón y salta desde el embarcadero a la arena húmeda. Camina por el borde del agua, se vuelve cada cien metros y mira hacia la planicie. No se ve nada.

Llega al final de la playa y trepa por las rocas para bajar por el otro lado, donde hay una cafetería que es parte de un hotel. Hay un par de familias comiendo en el exterior. Una gaviota roba una patata frita de una mesa abandonada. Pasa frente al café y por detrás de un pequeño aparcamiento donde se venden equipos de baño, esteras de playa y biquinis. Hay una gasolinera un poco más abajo. Cruza rápidamente la calle, que le pincha los pies descalzos, piedras blancas, afiladas.

Coge una bolsa de patatas fritas. Y le pide al gasolinero que eche dos litros en el bidón. No se puede permitir más. Se queda a ese lado de la carretera y comienza a andar por la cuneta tan lejos como puede. Quiere evitar las piedras blancas. Sube la colina y puede ver la playa, la barca y la planicie, donde aún no hay actividad. Se siente aliviada y cruza la calle cuando el asfalto pasa a

ser negro y suave.

Continúa por la carretera. Hay un trecho hasta el barco, pero le gusta la vista y puede ver lo que sucede en todos los lugares. Una niña en la playa está volando al viento una gran cometa roja. Zumba arriba y abajo, y al final choca con fuerza en el agua, la emoción de la niña se puede oír desde la colina.

Hay un pequeño camino que sale hacia la izquierda. Es marrón claro, hecho de arena fina, que parece harina. Le sigue las huellas de un vehículo pesado y ve un jeep ancho y negro parado al final del camino. Con vistas al terreno. Está a punto de pasar de largo, pero se detiene y levanta la mirada hacia el vehículo. Un jeep ancho negro. Probablemente haya muchos así. Pero, de todos modos, anda unos pocos pasos por el camino, la arena suelta, harinosa, entre los dedos de los pies, casi está fresca en los pies. La puerta del todoterreno está abierta. En el asiento delantero, con un pie fuera, está sentado un hombre jugando con su móvil. Es Candycrush.

Lene no lo piensa. Se da la vuelta y corre en la dirección opuesta. Bajando por las rocas. Salta de una roca a otra hasta la arena. Corre durante todo el camino hasta el embarcadero en el que está ahora el chaval. Todavía no ha encendido el cigarrillo.

Al principio, ella no es capaz de decir nada en absoluto. Nada que el chico pueda entender.

—¿Qué pasa? —pregunta él.

—Son los hombres. Los que mataron a Idowu. Los que hicieron encerrar a Abdi. Están aquí. Están ahí mismo.

—¿Cuántos? ¿Vienen hacia acá?

—Sólo hay uno, está sentado en el coche. —Ella señala hacia la colina—. Los otros idiotas es muy posible que estén buscando. Quizá han ido al campamento. Han debido de enterarse de que queríamos ir a por Abdi.

El chico enciende el motor de la lancha y acelera un par de veces. Luego lo apaga de nuevo.

—¿Qué hacemos?

—Contacta con tu tío. Debemos advertirles.

—El tío me ha dicho que no llame.

—Llama de todos modos —dice ella.

Él la mira, luego llama y se acerca el teléfono a la oreja.

—Sólo da la señal. No lo coge.

—Tenemos que ir allí. Hay que subir hasta el campamento y encontrar a los demás.

—¿Y si vuelven y no estamos aquí?

—Entonces se irán sin nosotros —responde Le.

—Ninguno de ellos sabe navegar. Sólo yo.

Lene mira el bidón de gasolina.

—Vamos a prender fuego a su coche. Cuando los hombres vean las llamas, volverán corriendo. Cuando mi padre y tu tío vean fuego, sabrán que pasa algo. Y tomarán otro camino de regreso.

El chico asiente.

—Pero yo me quedo aquí, ¿verdad?

Ella lo mira. Sólo tiene quince, tal vez dieciséis. Es casi dulce.

—No —le contesta—. Tienes que ayudarme. Luego vuelve a la barca y yo haré el resto.

Suben por la ladera a través de los arbustos bajos y alcanzan de nuevo la carretera. El chico se mantiene unos pasos por detrás de ella. Le siente que sus pies están pelados, sin piel en la planta. Caminan con cuidado por la pequeña carretera. En ese momento, el sol está justo en el horizonte y su sombra casi está acostada. Siguen avanzando. Ella mira hacia el jeep. La puerta todavía está abierta, pero ya no se ve el pie. Le hace señales al chico para que se acerque, pero él se queda atrás y niega con la cabeza. Ella se pone de rodillas y se arrastra hacia el coche mientras mira a la puerta. No pasa nada. Se apoya contra la parte trasera del jeep y estira la cabeza para poder mirar por la ventanilla trasera.

No hay nadie. El automóvil está vacío.

A lo lejos oye el sonido de una gran motocicleta o de algún tipo de máquina. Un sonido cortante.

Se vuelve hacia el chico.

—Se ha ido —susurra—. Probablemente haya ido con los demás. Tenemos que hacerlo ahora.

Da la vuelta por detrás del coche y va a abrir la tapa del bidón de combustible cuando Candycrush sale entre unos arbustos. Ha ido a cagar. Tiene la bragueta bajada y se está abrochando el cinturón mientras habla por el móvil. Lene no tiene tiempo de pensar qué hacer, blande la lata de gasolina.

—Eh, la puta —logra decir el hombre antes de que el recipiente alcance con un ruido hueco la mano que sostiene el teléfono y el lateral de la cabeza. Él retrocede unos pasos, se da la vuelta como si creyera que podría seguir caminando, y se cae de cabeza entre los matorrales.

—*Fuck!* —grita Le en dirección a esa zona. Recoge el teléfono y grita—. *Motherfucker.* — Luego lo lanza tan lejos como puede, por encima de las rocas, y lo ve saltar en pedazos.

—¿Dónde está el encendedor?! —le grita al chaval, mirándolo. Él sigue en el mismo lugar que antes—. El encendedor, ¿dónde está?

Él se palpa el bolsillo de la camisa y abre los brazos en una especie de lo siento.

—Búscalos, por Dios —dice ella—. Ahora, ya.

El chico comienza a bajar por el acantilado.

Erhard

Txapela avanza y levanta de nuevo la metralleta. Ahora el sonido es mucho peor, más espeluznante. Tra-tra, tra-tra. Porque Erhard sabe de qué se trata. Se aplasta en la zanja. Piedras, polvo, basura vuelan a su alrededor. Sigue y sigue. Se detiene brevemente. Comienza de nuevo. Daouda blasfema en voz alta, mientras que Abdi intenta acallarlo, tranquilizarlo.

Cissé Cheick está tumbado detrás de una piedra. Se da la vuelta y apunta la recortada en dirección a Txapela. Sale un ruido fuerte de la escopeta, casi cómico, que lanza a Cissé Cheick de espaldas a la zanja de nuevo. Al principio, Erhard cree que Txapela ha sido alcanzado, pero reaparece y cruza el camino a la carrera, con lo que consigue un nuevo ángulo. Erhard tiene que moverse por la zanja para esconderse. Abdi le dice algo en francés a Cissé Cheick, que se arrastra hacia el frente con el arma delante de él.

Los disparos comienzan de nuevo. Esta vez mucho más cerca. Erhard puede oír golpes fuertes justo por encima de su cabeza. Las balas que golpean la piedra y se zambullen en la tierra seca. Una lluvia de hierro. Daouda le grita al tirador. Abdi busca aire con punzadas en el diafragma. Una nueva bala lo ha alcanzado. Cada respiración le resulta dolorosa.

Erhard también querría gritar. Insultar a Txapela y a la mala suerte y al destino, y a lo que demonios sea que sopla contra Abdi. Toda esa mierda a la que el maliense tiene que sobrevivir para tener una oportunidad en la vida. Es insoportable.

Mira hacia el campamento, hacia la entrada, esperando ver acercarse un jeep o dos, pero no hay nada. Nada. Mitsos y el menorquín han atraído bien la atención de los guardias.

Hay un descanso en las ráfagas. Alguien corre entre los arbustos. Erhard puede oír un poco de jaleo, quizá el sonido de la metralleta al ser cargada. Cissé Cheick se levanta detrás de un arbusto y aprieta el gatillo dos veces. Esta vez sujeta el retroceso, y dos enormes alaridos, como el sonido de cañones, se alejan de la boca de la escopeta entre colores rojos y blancos.

Txapela no se mueve, se levanta y responde a los disparos con una larga y sibilante descarga que sacude toda la zanja. Un tiro da a Cissé Cheick. Erhard alcanza a ver el hombro del maliense desgarrarse y retroceder con una fuerte sacudida antes de caer hacia atrás y desaparecer entre el arbusto. Los disparos duran mucho tiempo. Erhard está quieto y los siente pasar a su alrededor. Está preparado para notar el dolor. Un golpe y un pinchazo. Quizá varios. En la pierna, en el

muslo, en el pecho. Tal vez si le da en la cabeza, no podrá llegar a oír el sonido del cráneo al abrirse.

Pero el arma se ha detenido. Hay pasos.

Txapela está en el camino, a tan sólo cuatro o cinco metros de distancia.

Una voz que podría ser la de Pesce resuena a través del crepúsculo, casi en lo alto, donde la antena de telefonía grita que la puta está abajo donde el coche, Toni tiene problemas, ella está abajo junto al coche.

Luego silencio. Un proyector de la torre del campamento barre el paisaje, no se detiene. Más bien da vueltas por el campo, aleatoriamente.

Erhard no se atreve a mover la cabeza; tan sólo mira hacia arriba y hacia la derecha y puede ver la silueta de Txapela en el borde de la zanja. Pesce aparece a su lado. Se lleva la mano a la pierna y protesta, tal vez le duela, tal vez haya sido alcanzado por un disparo de Cissé Cheick, por desgracia nada serio.

—¡De vuelta al coche, ahora, ahora! —grita Txapela.

Una nueva ronda de disparos recorre la zanja, hacia delante y hacia atrás.

Cuando se detienen, puede oír sus pasos contra el sendero y que desaparecen. Los últimos restos de cielo azul, Erhard puede verlos brillar en su camino, hacia la playa. Txapela cuadrado y duro y decidido, Pesce cojeando, tropezando detrás.

Hacia Lene.

Ahora Erhard puede oír a los malienses gimiendo de dolor. Tan rápido como es capaz, Erhard se arrastra hacia Abdi, que está retorcido en un arbusto, los blancos ojos se abren y cierran, ha recibido dos disparos en la misma pierna, en el muslo y la pantorrilla. No tiene buena pinta. Daouda está justo detrás de él con los ojos muy abiertos, belicoso y furioso como un diablo. Si fuera él y no Cissé Cheick quien tuviese el arma, estaría pegando tiros.

Cissé Cheick tiene un gran agujero en la camisa y el hombro, que su mano intenta apretar. Sangre entre los dedos. Está hiperventilando.

—Vamos a bajar a la barca —dice Erhard, mirando a Daouda—. Tenemos que llevaros a la lancha ya.

—Mis primos no pueden ir a ninguna parte. Los cerdos blancos les han disparado. Míralos, pueden morir.

Erhard continúa.

—Nadie va a morir. Ahora, por aquí, con la última luz del sol. Tienes que ayudar a Abdi. Cissé Cheick puede apañárselas solo. Tardaremos veinte minutos. Vámonos, ya. Yo iré delante.

Daouda mira a Erhard en la oscuridad con una cara que brilla de desprecio. Luego levanta a Abdi de los arbustos. Erhard tira de Cissé Cheick para levantarlo. El maliense se tambalea un poco, sacude la cabeza y se queda de pie.

Erhard le lanza a Abdi una última mirada y comienza a trepar por las rocas. No hay tiempo para quejarse del dolor de los pies. Se lanza hacia delante. Deslizándose sobre las rocas, casi tropezando, pero continúa, usando los tonos de gris para calcular dónde dar el próximo paso.

No puede orientarse bien, intuye la bahía, el agua lila y, a lo lejos, las luces de una ciudad, quizá Castillo del Águila, todo está muy alejado y fuera de su alcance. Cambia de dirección,

adelante y atrás, casi a ciegas. Confía en que Lene se haya quedado en la barca, ruega porque ella y Dali los estén esperando.

Disparos a cierta distancia, muchos disparos, ráfagas. Se detiene y escucha. El sonido es inconfundible, incluso estando a trescientos o cuatrocientos metros, suena más amistoso que antes, como un viejo ciclomotor enfermo. Dos o tres ráfagas.

No es a él a quien disparan. Las balas no caen cerca. Luego los disparos son reemplazados por un potente vacío, un golpe seco, la sensación de que la tierra se agrieta. Una hoguera gigante surge entre las rocas.

Se alza como un fantasma de cuatro patas y agita miles de miembros de un naranja chillón. Es imposible de saber, pero el fuego debe de tener al menos diez metros de altura.

En un instante, Erhard puede orientarse. Está más cerca de Playa Mujeres de lo que pensaba, la playa se esconde detrás de un cerro, se vuelve en dirección al fuego y continúa hacia delante.

Escala a una roca sobre el acantilado.

Hay un automóvil en llamas. Las llamas salen de las ventanillas del coche, las cubiertas están incandescentes. Es difícil de ver e imposible de entender: una persona abandona el automóvil y avanza unos pasos. La figura está envuelta en unas llamas claras, llamaradas como cabellos ondeando en la cabeza de la silueta.

105

Le

Saca a Candycrush de los arbustos y lo aleja del automóvil. Pesa. Lo empuja por una pequeña pendiente para que ruede y quede encogido entre un par de rocas.

Oye de nuevo el sonido cortante.

Pero ahora sabe lo que es.

Y no es una motocicleta.

Corre hasta la carretera y mira hacia la playa. El bote es sólo un óvalo negro contra el agua, no puede ver al chico, el crepúsculo está ya en camino.

—¡Date prisa! —grita a la densa oscuridad, y aguarda una respuesta. Su voz se pierde entre las peñas, desaparece en el rugido del océano.

Un poco más abajo, aparece el cuerpo menudo del chaval, ella se acerca para reunirse con él. Le quita el encendedor de la mano antes de que él pueda decir nada.

—Regresa al bote. Dale la vuelta y mantente preparado. No enciendas el motor antes de ver las llamas. ¿Entendido?

Él se vuelve y se arrastra por el mismo lugar por el que ha llegado. Ella coloca el encendedor en el borde de la ropa interior y se apresura a subir por la carretera, por el camino.

Mira hacia la pendiente y puede ver a Candycrush en el mismo lugar que antes. Luego sube hasta el coche y abre el maletero. Está lleno de armas envueltas en mantas. Bates de béisbol, un par de pistolas, una pequeña metralleta, un rifle de caza. En una caja de cartón hay cartuchos, municiones de diferentes tipos. Ella coge el bate, pero no quiere tocar las otras cosas. No tiene ni idea de cómo usar una pistola o un rifle. Deja el resto donde está, desenrosca la tapa del bidón y vierte gasolina por el portaequipajes antes de cerrarlo.

Vuelve a mirar hacia abajo, a Candycrush. Ella tiene que bajar un poco la pendiente para verlo. Piensa que se ha movido, pero está quieto.

Luego abre la puerta trasera del automóvil y echa gasolina por el asiento, también en el del conductor y el del copiloto. La fea gorra de Boina de pintor está en el asiento del pasajero, vierte también gasolina sobre ella. Luego arroja la lata en la parte trasera del coche y se dispone a salir.

—Para, puta.

Al principio piensa que es Candycrush, que se ha arrastrado pendiente arriba. Ella vuelve la

cabeza. Es Boina de pintor.

Lleva una larga metralleta en las manos apuntándola directamente.

Detrás de él sale de la oscuridad el coleta; está herido, la sangre se ha extendido en una gran mancha por su rodilla.

—¿Adónde vas? Sal del coche.

Ella no hace nada. Trata de pensar.

—Sal del coche, puta. ¿Dónde están las llaves? —Ella siente que el cañón del arma le aprieta el cuello.

Levanta ambas manos y le muestra que están vacías.

—Fuera —dice él, manteniendo la presión con el cañón mientras ella sale.

Él la golpea deprisa y con dureza con el fusil. Justo por encima de los tendones de la rodilla; ella siente un fuerte dolor y se derrumba. Al inclinarse hacia delante apoyándose en una mano, trata de encontrar el encendedor que había puesto en el elástico de los calzoncillos, pero ahora se ha movido hacia la bragueta.

Boina de pintor la aparta de un empujón y se sienta en el automóvil sin dejar de apuntarla con el arma mientras toquetea el volante. Encuentra las llaves, las agita frente a ella y las vuelve a poner en el contacto.

Le está considerando si el automóvil podría incendiarse al arrancar el motor. El coleta camina en la oscuridad y busca a Candycrush, llamándolo.

—Toni. Toni.

—¿Dónde está? —pregunta Boina de pintor, apoyándole el arma contra la garganta—. ¿Dónde está nuestro amigo? ¿Qué le has hecho, estúpida puta?

Ella no sabe qué decir. Quiere levantarse y darle un empujón al coleta cuando vea que se acerca a la pendiente. Pero está demasiado lejos. Y tiene la rodilla dislocada o tal vez rota. El dolor va ascendiendo lentamente. Aparta el cañón del fusil, irritada, pero él se limita a colocarlo de nuevo en su cabeza.

—Se acabó, puta. Todo ha terminado. Tu padre está ahí en una zanja, junto con el lavaplatos y sus amigos. Ahora vamos a dar una vuelta por ahí arriba a buscarlos, tan pronto como terminemos contigo.

Boina de pintor le dice algo rápido al coleta y gira la llave del automóvil, y el motor arranca. Le se encoge con las manos todavía sobre su cabeza.

No pasa nada.

Nada.

—¿Dónde está? Di dónde demonios está, puta.

—Te enseñaré dónde está —conviene ella.

Él presiona el arma contra su sien. Con fuerza.

—Ahora.

Pone una mano en el automóvil y se levanta sobre la otra pierna, la otra rodilla. Se apoya el coche y lo rodea. El coleta está justo detrás de ella, también con un arma dirigida hacia Le

—Pesce es peor que yo, así que no hay problema, puta —indica Boina de pintor desde el asiento delantero. Cierra la puerta del coche y enciende la radio. Son los jodidos Nicki Minaj y

David Guetta, como si no pusiesen nada más en la radio.

Ella señala hacia el maletero y se aleja.

—Ábrelo —ordena el coleta.

Ella lo mira. Luego abre el portaequipajes.

Le se interpone en el camino para que él no pueda ver. Su corazón está a punto de salirse del pecho. Doscientas pulsaciones.

—Apártate, apártate, zorra. —El coleta avanza.

Le ha sacado el encendedor de los calzoncillos y presiona el botón. Baja el brazo hasta el fondo del maletero.

—Put a fea —dice el coleta.

El encendedor hace clic dos veces, Le vuelve a intentarlo.

Entonces, una raya amarilla se extiende desde la mano y en un círculo en el maletero, en el que las mantas, las armas y la caja de munición prenden con unas vivas y rojizas llamas. El calor golpea. Le nota que su piel reacciona, se repliega. Siente como si los implantes de los pómulos y el plástico del puente de la nariz sobresaliesen de la piel, el plástico de los labios burbujea y salta, toda la zona del pecho parece desnuda, la silicona como dos bolsas de ochocientos mililitros en una parrilla de tocino tostado. Un susurro recorre el automóvil, los asientos de los pasajeros, el del conductor, mientras las llamas se extienden sin esfuerzo y con entusiasmo. Pesce aparta la cara, tiene fuego en el pelo, que salta como estrellas de ninja. Suelta el arma y retrocede gritando de dolor. Le baja la mirada. El vestido está en llamas, se despoja de él y se aleja del automóvil, gatea para protegerse. Está casi detrás de una roca cuando el fuego alcanza las municiones y lanza una serie de disparos, detonaciones y explosiones que hacen volar la portezuela del jeep. Casi golpea al coleta, que se ha arrodillado, silbando como la madera húmeda.

Dentro del automóvil, Boina de pintor lucha para abrir la puerta. Hay fuego en toda la cabina, en el asiento, en su ropa. A través de la ventanilla abierta mira a Le. Luego consigue abrir la puerta de un empujón y vuelve el arma contra ella. Lene se tira hacia delante y rueda hacia un lado. Los disparos caen a su alrededor, cerca, un dolor le recorre el estómago, pero cuando mira hacia abajo ve que es una piedra puntiaguda que le ha cortado la piel del vientre. Ella repta hacia delante mientras oye el grito de las llamas, un público exaltado que se pone en pie.

Arriba en las rocas, en el borde de la oscuridad que rodea al automóvil, puede ver a su padre andando, tal vez incluso corriendo hacia ella. Parece más viejo. O más joven. Es difícil de saber. A la luz anaranjada del vehículo, casi avanza a saltos como un gran can, con los dientes por delante. Grita, la llama.

Suena un estruendo en la puerta del coche que se viene abajo.

Boina de pintor ha salido, humea y arde, avanza hacia ella con el arma por delante. Sube y baja como una batuta. Los casquillos vacíos vuelan como palomitas de maíz desde el lateral del cañón de la metralleta.

Pop, pop, pop.

Ciento cincuenta pulsaciones o más.

Ella nota que algo la golpea. Una mano que golpea. Que llama a la puerta. Los disparos

llaman. No los abre, no puede sentirlos. No hacen daño, no duelen. Algo alcanza con fuerza a Boina de pintor, que arroja llamaradas a la oscuridad, hacia donde se dirige, hasta que el cuerpo se desmorona, chisporrotea y se eleva hacia el cielo como pavesas.

El calor se extiende por doquier y es enorme. También por dentro. Tiene muchísimo calor en su interior. Está demasiado cerca del fuego, pero no puede escapar. La cadena que lleva al cuello está incandescente y le quema la piel. Se la arranca con un fuerte tirón y queda tumbada sintiéndola. El pequeño recipiente vítreo casi se derrite en la palma de su mano.

El dedo bajo la estantería. Un muslo de pollo tostado.

Su padre la levanta.

Carga con ella.

Ella es incapaz de entenderlo. ¿Cómo puede llevarla?

A través de la oscuridad, bajando por las rocas, abajo, abajo.

El sonido del mar, el olor de algas y cangrejos.

Se acercan al bote, los pies de él sobre la arena, sus pies sobre el cemento.

A su alrededor suspiros, espasmos y gritos.

El motor. El chico enciende el motor, se balancea un poco, sólo un poco, y le hace reír, se balancea y hace cosquillas.

El hombre negro tiene tres caras que se funden en dolor y sorpresa y liberación, tiene sangre, su corazón late despacio. Es Abdi, ella sabe que es él, puede oírlo.

«¿Lo habéis encontrado? ¿Lo habéis encontrado?»

«Sí, lo tenemos, está aquí, está a salvo.»

El viento del océano es ardiente. El toc, toc del motor desaparece, se hace uno con la respiración, treinta pulsaciones.

Le echan agua por encima, le echan agua tibia y espumosa, se eleva como vapor de su cuerpo. Se hace la claridad, sale el sol, en silencio, el calor sube, el bote salta, todo está en silencio.

«Mira, el sol.»

«El sol se ha ido, Lene, todo está oscuro. Todo está oscuro.»

«No, papá, el sol está aquí y allá.»

Él moja su cabeza, ella sólo puede oír el agua, las gotas, en la frente, una gota que desciende hasta el oído, agitada como una risa de niño; él le baña la cabeza con agua hirviendo, que se evapora en su cuerpo. Ella sostiene su mano. La mano. Le da la botellita de cristal.

«Es tuyo, es tuyo.»

El silencio es tuyo.

Erhard

Erhard empuja con fuerza a Txapela con el hombro. El cuerpo en llamas no puede sostener la metralleta, tropieza en el camino, por donde desaparece en la oscuridad, brama y cae. El fuego ha prendido la camisa de Erhard, apaga las llamas a golpes y vigila a Pesce con la mirada. Lo ve arrastrándose entre las rocas, quejándose y llevándose las manos a la cara. Los cables de los auriculares cuelgan a los lados.

Ella está tumbada detrás de una roca.

Se ha quitado la ropa y está acurrucada en posición fetal. Todos los disparos le han alcanzado en la espalda, que está destrozada y aplastada como la de un animal atropellado. La columna vertebral está quebrada, los pulmones y el corazón probablemente estén dañados por las balas al igual que la médula espinal o las costillas. Debería quedarse tumbada hasta que pueda recibir atención médica, pero no hay tiempo para eso. No hay tiempo para nada. Mete los brazos bajo su cuerpo y la levanta. Ella es más grande que él, pero no le importa.

Baja por el sendero, por el camino. Un coche pasa sin parar. Continúa hacia abajo por las rocas, por pequeñas zonas de arena suelta. Habla con ella, «lo hemos logrado, lo hemos logrado», pero de sus pulmones, de su cuerpo roto, sólo llegan fuertes ruidos. Justo ante él, puede ver la alfombra plateada de la playa e intuir la barca contra el mar oscuro. Daouda, con Abdi, está en camino por el embarcadero, Cissé Cheick va justo detrás. Se oye un rugido del motor cuando Dali lo enciende y hace retroceder la barca para que los malienses puedan subir por la borda. Abdi se queda un momento en el embarcadero hasta que Daouda lo hace bajar a la lancha. Se sientan en el lateral de la barca. Erhard se esfuerza en avanzar sobre la arena y el duro cemento. Y casi se cae al fondo del bote, que se balancea. Los hombres gritan. Dali acelera el motor y, atronando, abandona la bahía; un suave viento del este crea pequeñas olas que hacen que todo salte.

La luna, escondida detrás de la tierra, amarilla y angulosa.

Él la llama.

—¿Estás ahí?

Cissé Cheick enciende la linterna de su teléfono y Erhard puede ver la piel quemada, los restos de una cara, los dientes como muñones de un naufragio calcinado. Hasta que Erhard pone

una mano delante de la luz. No quiere verla. No así. Llena un cubo de agua, le sostiene la cabeza y le vierte agua sobre el rostro, sobre la frente, sobre los hombros, sobre el pecho. Está preocupantemente caliente; tose y jadea. Los hombres se han callado. Ninguno de ellos se queja, ninguno de ellos dice nada. El pequeño Dali los dirige hacia la oscuridad, por la izquierda de un negro coloso, isla de Lobos.

Siente que Lene le coloca algo en la mano.

El cuerpo que se derrumba.

Es un adorno. Un pequeño recipiente de cristal. Lo sostiene contra la opaca luz de la luna, pero sólo puede ver la forma transparente, algo que se mueve en su interior, polvo, arena, tal vez.

—Lene —llama él—. Lene. Quédate.

Pero no se queda.

Un momento después, puede sentir que el cuerpo de ella se desmorona, la mente desaparece. Al igual que un prestidigitador que desaparece, sólo permanecen en el escenario la capa y el sombrero. Sólo permanecen el cuerpo y los últimos restos de calor.

Todo lo demás se ha ido. Todo lo demás es silencio.

Sábado

Erhard

Se quedan detrás de un dique de piedra y se balancean con el motor apagado. No pueden entrar en el puerto. Un enorme carguero con marineros gritando y luces parpadeantes obstaculiza la entrada. Sólo después de la medianoche el carguero sale a mar abierta en diagonal y con toda su envergadura, como si fuera a hacer así todo el camino hasta Málaga. Daouda ha hecho tiras una manta y la ha anudado alrededor del muslo de Abdi para detener la pérdida de sangre. Abdi no dice nada. Está sentado mirándose las heridas como si eso le irritara. Cissé Cheick se ha quedado dormido en el fondo de la barca.

Erhard permanece sentado con Lene entre los brazos. Se ha atado el adorno alrededor del cuello.

Dali dirige el barco hasta una de las dos escaleritas. A tan sólo unos cientos de metros, el Corsa y el Audi A8 de Mitsos esperan tras un secadero. Erhard ayuda a los malienses a subir por la escalera. De uno en uno. Se apresuran a cruzar bajo la luz que emiten las grandes lámparas del muelle para desaparecer en la sombra del secadero. Dali ayuda a Erhard con Lene. Así blanducha resulta ingobernable, brazos y piernas golpean en cada peldaño, en los maderos cubiertos de algas.

La llevan hasta el coche para dejarla en el maletero con el resto de la manta por encima.

Daouda y Cissé Cheick discuten en francés detrás del Audi.

—Queremos llevar a Abdi al hospital —dice Daouda cuando Erhard llega.

—No podéis. Tampoco podéis volver a casa —declara Erhard—. Ninguno de vosotros. Va a ser sólo cuestión de horas antes de que pasen a buscaros.

—Yo no soy médico. Y alguien tiene que curarlo. También a Cissé Cheick.

—Sé de un lugar. Puedo llevaros allí. Podéis quedaros unos días, quizá semanas. Hasta que estéis mejor.

—Yo no voy a más sitios —asegura Abdi—. Tengo que ir a casa con mi familia, con Aissata.

—No tienes casa. Ya no.

—Yo no obedezco a la gente que ordena. Hago mi voluntad —dice Abdi, con dificultad.

—Hazlo, y no verás a Aissata. Hazlo, pero te arriesgas a que los mismos hombres que te golpearon y te dispararon vuelvan a encontrarte y terminen el trabajo.

Se oye jaleo en algún punto del puerto, máquinas que cargan, un perro llorando. Sonidos que los intranquilizan a todos ellos.

Abdi estudia a Erhard. Erhard le devuelve la mirada. Ahora ve sus muchas aflicciones. Cada arruga en su joven rostro carece de fondo.

—Daouda dice que Aissata te encontró para que tú me encontraras. Es una mujer inteligente. Inteligente y fuerte.

Erhard asiente.

Los dos hombretones suben al asiento trasero del Corsa. Abdi delante con Erhard, donde hay más sitio. El joven Dali se irá a casa. O esperará hasta que tío Mitsos aparezca. Puede que eso no ocurra hasta dentro de varias horas. A no ser que los detenga la policía de Lanzarote. Entonces a lo mejor pasarán días, quizá semanas.

Erhard se aleja del puerto para salir a las negras carreteras. Dirección sur. Sin soltar el acelerador. No frena ni en las rotondas. Toma las suaves curvas a gran velocidad. Después de la salida hacia Gran Tarajal prácticamente no hay tráfico.

—Dices que ya no tengo casa. Pero yo tengo muchos hogares, mi hogar se encuentra donde está mi esposa, mi Aissata, mi Idowu —dice Abdi.

Erhard confiaba en que a estas alturas Daouda o Cissé Cheick se lo habrían contado. Pero seguro que no han tenido fuerzas ni ganas para decirle ese tipo de cosas.

—Idowu está muerta. Lo siento mucho.

Primero piensa que Abdi va a debatirse en el asiento o a gritar por la ventanilla. Sin embargo, se halla demasiado extenuado, demasiado débil. Toma aire y lo suelta con respiración acelerada. Concentra todas sus fuerzas en hablar.

—Soy *griot*, cuento historias, llevaré la historia de Idowu, de su madre y de su abuela. Pero no puedo decir nada, contar nada acerca de Idowu, su historia es tan larga y tan corta, como el niño que prueba la leche materna, que no le dan nada más dulce, más consistente que la leche materna, y sin embargo eso que probó primero es lo único que el niño ha probado. La niña Idowu Gadawa de Bamako, la hermana pequeña de cuatro, la hermana mayor de uno.

—¿Ellos están aquí? ¿Han huido también? —pregunta Erhard.

—Ganda Izo tiroteó a su familia por ser cristianos. Sólo lograron huir Idowu y el hermano pequeño. Este último se perdió en Port Bissau, ella no lo volvió a ver desde entonces. Él tenía nueve años.

Pasan junto a la salida hacia Pozo Negro y la zona entera se apiña en torno al coche.

—Lo lamento mucho —dice Erhard.

—¿Cómo murió ella?

—No lo sé —responde Erhard.

—No es necesario que mientas. Quiero saber lo que tú sabes.

—La asfixiaron.

—¿La tocaron?

—Creo que sí, pero no lo sé. Ésa es la verdad.

—Es culpa mía. Soy yo el que empezó la historia.

—No es culpa tuya. Nunca podría serlo. Te utilizaron para sabotear el casino. El hombre del

sombrero. El Nieto. Quería demostrar su fuerza ante otro hombre rico, Palabras. Tú sólo fuiste una pieza, un peón en el juego de ajedrez. ¿Entiendes lo que te digo? Nunca podría haber sido culpa tuya.

Abdi se yergue en el asiento.

—¿Cómo sabes tú todo eso?

—Tenía que averiguar por qué habías desaparecido. Me enteré de que te habían obligado a estropear la máquina.

—Pero yo no soy ninguna pieza, ni peón. Fui yo quien empezó todo. —Abdi mira hacia el asiento de atrás. Cissé Cheick duerme; sin embargo, Daouda tiene los ojos muy abiertos y rojos.

—¿Qué quieres decir? ¿De qué manera?

—Necesito dinero. Le digo al jefe Vasco que quiero ganar dinero. Siete mil euros. Que se lo devolveré. Le voy a devolver cada céntimo. Me da trabajo. En el casino. Muchas horas. Y un día al volver en el autobús había un hombre. Me cuenta que si lo ayudo me da todo el dinero.

—¿Era el Nieto? ¿Con sombrero?

—No, él no, un hombre grande. Con el labio redondo. Me da un dibujo. Una máquina que yo tengo que parar. Conozco máquinas. Hago que funcione al contrario. Agua adentro, aire afuera. Sencillo. La cosa está hecha.

—¿Después huiste?

—No. Yo trabajo en la cocina. Regreso a casa.

—¿Y qué pasó entonces?

—Cuando me encuentro con el hombre no me quiere dar el dinero. Me necesita para algo más. Le digo que me dé el dinero. Le digo que no. Ellos me pegan. Muchos. El jefe viene. Tú le dices el Nieto. Pero yo escapo, abro una ventana y cruzo la montaña. La casa está muy lejos. Corro y me arrastro. Me oculto. Como la comida que encuentro. Camino durante muchas horas, días. Conozco la ciudad donde vive Idowu. Estoy en su casa. Duermo.

—¿Por qué les debías dinero? ¿Les debías dinero?

—No. No —dice Abdi—. Yo necesito dinero. Soy yo el que empezó.

—¿Por qué? ¿Para qué necesitas el dinero?

—No puedo hablar de ello. No quiero.

Erhard recuerda la clínica. La descripción que hizo la secretaria del alto africano que se quedaba en la esquina de la calle enfrente de la clínica.

—¿Estás enfermo? ¿Te ocurre algo grave?

Abdi vuelve a mirar hacia atrás. Ahora Daouda tiene los ojos cerrados, a lo mejor él duerme también. Abdi se recoloca en el asiento. De alguna manera le cuesta más hablar de eso que de guerra y muerte.

—Es Aissata —aventura Erhard—. No puede quedarse embarazada.

—Está vacía —dice Abdi—. Es un gran sufrimiento, gran sufrimiento para mí, gran sufrimiento para Aissata.

—Tu primera esposa tiene que darte un hijo. Querías pagar una clínica para que ella pueda darte un hijo.

—No —contesta Abdi—. Yo amo a Aissata. Es mi amada. Ella es mi mujer. Mi futuro.

Quiero darle un hijo. —Abdi se toma una pausa para coger aire—. Le quiero dar un hijo a una buena madre. Ésa es mi historia. Durante muchos años le he prometido a Aissata darle una niña. Antes de viajar desde Mali yo le he prometido una niña. Aissata quiere tener una niña. Y yo mantengo mi palabra. No soy ninguna pieza. Yo decido lo que sucede.

Pasan Jandía y poco después Mal Nombre, donde han colocado, en lo alto del camino, un cartel que dice AQUÍ ABRE CLUB PLAYA VERDE. EL LUJO QUE TE MERECE. ELIGE HOY LA CASA DE TUS SUEÑOS. Con el logo de Diamond Estates en la parte inferior del cartel.

—Charles y Mario te echaron el guante en casa de Idowu. ¿Qué te hicieron?

—Quieren saber lo que hago, quieren saber a quién ayudo. El grande me sujeta bajo el agua. Me enfado, pero les digo lo que ellos quieren. Me darán dinero si colaboro.

—Cuéntame, ¿qué es lo que ocurrió en el puerto?

—Vamos de camino. Yo no sé qué hay que hacer. Pero oigo que vamos a robar en un casino y yo no quiero. Ya no más. El grande se enfada, pero el pequeño entre los incisivos —Abdi enseña unos enormes incisivos— me dice huye, huye. Entonces salto, salto al puerto hasta el hombre de la policía.

—¿La CRA? ¿La policía de los refugiados?

—No sé quién me ayuda. Digo que soy un refugiado. Paso una noche en la cárcel. Me dan comida. Luego me llevan en coche y barco hasta la isla. Al campamento. Yo podía huir, es fácil, los vigilantes son vagos, les puedes pagar con cigarrillos, pero yo no quiero. Estoy cansado de huir.

—Entonces llegamos nosotros.

Abdi asiente.

—¿Nos llevas con Aissata?

—No. Yo recogeré a Aissata. Y a tu tío. Están escondidos en un convento, un convento católico. —Erhard mira a Abdi—. ¿Es eso un problema?

Se limita a negar con la cabeza.

Giran para subir por la calle Cervantes y empezar a reptar montaña arriba. Dos chicas en motocicleta pasan a su lado. Aparte de eso, parece que sólo ellos bramen a través del callado paisaje, el sonido retumba en las rocas.

Aparca como la otra vez, entre el peñasco y la casa. Deja encendidos los pequeños faros puntiagudos del Corsa, así pueden ver la senda que conduce a la parte de atrás. Erhard y Daouda suben a Abdi a la terraza y atraviesan a tientas la oscura casa hasta la gran habitación de la cama oxidada. Erhard la examina. La aplasta. El colchón está apolillado y cede, los recios muelles asoman entre el colchón. No sirve de mucho.

—Lo llevaremos abajo —dice Erhard.

Crujen bajo sus pies trozos de vidrio y polvo. Cissé Cheick se ha acurrucado en la camita del primer cuarto. Llevan a Abdi abajo a la cocina y hasta dentro del salón donde se halla el piano de cola. Parece un banco de carpintero a la luz de la luna que entra a través de las contraventanas.

—Aquí arriba —señala Erhard, remolcando a Abdi hasta el piano. Le quita el jersey y lo tiende sobre el piano con el suéter bajo la cabeza.

—Ponlo debajo de la pierna, la pierna tiene que estar arriba, por encima del corazón —

explica Abdi.

—Deja el jersey bajo tu cabeza, ya encontraremos alguna otra cosa para la pierna —dice Erhard.

Daouda rebusca en la cocina y regresa con una caja de cartón. Un gato greñudo lo sigue, apenas se distingue en la oscuridad si no es porque lo delata el brillo que fulgura sobre su negro pelaje.

Abdi jadea por el esfuerzo, pero se calma poco después de haberle puesto la pierna en alto. No es fácil examinar las heridas, ver qué aspecto tienen en la parda oscuridad parpadeante.

El sol saldrá dentro de unas horas. Entonces habrá un montón de luz.

Daouda está de pie con la mano sobre la frente de Abdi.

—¿Qué tengo que hacer?

—Puedes lavarle las heridas. —Erhard va a la cocina y gira el grifo, que tiembla y gime hasta que expulsa agua a espasmos.

—Aissata, quiero que venga mi Aissata —dice Abdi—. Quiero verla.

—Necesitas un médico. Después podrás ver a tu esposa —indica Daouda.

Erhard cruza la casa y sube por la escalera.

—Vuelvo enseguida. Con Aissata. Conseguiré un médico. —Su voz reverbera en las paredes.

Erhard

Sólo ahora, al sentarse de nuevo en el coche, para dirigirse hacia el norte, mientras piensa en todo lo que ha de hacer en las próximas horas, se da cuenta de lo cansado que está. Se da cuenta del hambre que tiene.

No puede recoger a Aissata y al tío antes de las cinco o las seis. Sabe por Aaz que se levantan temprano en Santa Marisa. Son tan sólo las dos pasadas. Conduce por la FV-605. No quiere oír la radio. Baja las ventanillas para dejar que el viento pase y lo golpee.

Una vez que llega a Cotillo se coloca en el mismo borde del aparcamiento. Mira a la playa abajo, igual que una superficie gris oscura con un trazo discontinuo de luz justo en el lugar donde rompen las olas. Sus ojos se van acostumbrando a las tonalidades.

No hay nadie. El lugar está desierto.

Carga con Lene hasta la playa y la sube por las rocas. Sus pies conocen el camino, lo recuerdan a pesar de que ha transcurrido ya un tiempo desde entonces. Hay una pequeña garganta entre dos grandes peñascos. Nota cómo las piedrecillas resbalan bajo sus zapatos, pero puede apoyarse en los laterales de la garganta y mantenerse erguido hasta llegar de nuevo al sendero. Alcanza la planicie, que parece un escenario vuelto hacia el mar. El agua se ha retirado por completo. Aquí era donde él se sentaba, fue aquí donde vivió durante semanas tras su llegada. Dormía bajo los salientes de las rocas, desnudo sobre las afiladas piedras, con el sonido de pájaros deslizándose, peces que agitaban sus colas al ser capturados en la marea. *El Ermitaño.*

En soledad, porque no era capaz de otra cosa. Ahora no está solo.

Avanza a tientas y la tiende dentro de la cueva. La envuelve con la manta de manera que cubra sus pechos y su ropa interior. Se sienta sobre una piedra frente a ella. No la puede ver. Sólo percibe su rostro en forma de óvalo azul que brilla en la oscuridad de la cueva. Y por vez primera la pesanta, la desmesura se ha esfumado. Ahora reconoce a la niña de la que él se apartó. Su hija Lene. La niña que pasaba demasiado tiempo en la habitación leyendo revistas de cotilleos. La niña que reía a carcajadas cuando vieron a los Linje 3 en el teatro Glassalen, aunque para desesperación de Erhard escondía la boca detrás de la mano de él para que nadie pudiera verle el labio leporino. La niña que practicaba la flauta dulce por más que sonara espantosa. La niña que se pirraba por los filetes rusos y la espesa salsa de Annette con aquellos guisantes congelados. La

niña que él sostuvo en sus manos en el paritorio del hospital de Hillerød la noche de un lluvioso lunes de septiembre de 1977, mientras pensaba «Es culpa mía, es mi pequeño engendro».

Algo le hace llevarse la mano al cuello para buscar el colgante. Lo nota caliente y recio entre los dedos. Casi vivo.

A su espalda sube la marea. Centímetro a centímetro. Un gorgoteo, un suave trajín en cada piedra por la que circula el agua. Las gaviotas llaman por encima de él. Se queda sentado mirando el óvalo azul. Hasta que el agua alcanza sus zapatos y se dirige al cuerpo de Lene dentro de la cueva. Primero una pequeña ola llega a sus pantorrillas y caderas. Después una pasa por encima del cuello. Otra por los pies.

Le cuesta saber si el agua llega o se va. Si el sol sube o baja. Annette opinaba que él era excesivo, empleaba esa palabra, excesivo, desmesurado, ciego para los tonos intensos y suaves del amor. Amaba de modo equivocado, demasiado o demasiado poco, de manera deformada y confusa, decía ella. Eso lo amedrentaba. Que amor y pertenencia, deseo y odio, sexo, proximidad y soledad pudieran ser lo mismo y a pesar de todo diferentes. Que sea capaz de contemplar el cuerpo de su hija como si fuera un extraño y odiarlo. Que pueda contemplar el cuerpo de una mujer como el suyo propio y amarlo. ¿Cómo puede él amar a una niña que se convirtió en una mujer que a su vez se volvió desmesura? ¿Cómo puede amar a una niña a la que conoce, que se ha convertido en una mujer a la que no conoce y que es él mismo? ¿Amar a los propios hijos no es sino amarse a sí mismo en otra plasmación, mejor o peor? ¿Y por qué la ama más ahora, cuando ya no puede ser amada?

El agua, que llega y se retira, sube por la rodilla.

¿Y por qué los pensamientos acerca del amor son algo distinto, del todo distinto, del sentimiento de amor? ¿Por qué los pensamientos se esfuerzan por concebir lo que el corazón jamás podrá entender?

Ya no puede verla, el agua sube entre las piedras, la cueva está prácticamente cubierta por la espuma de las olas, ve cómo la manta se escurre fuera de la cavidad, la corriente de agua la hace girar en un remolino. Algo azul y blanco relumbra bajo el agua, es barrido, desaparece.

La cueva está vacía. Las olas chocan contra las rocas, saciadas.

No sabe adónde se la llevan. Ni hacia qué.

Son más de las siete cuando se detiene frente a Santa Marisa. El cielo se ha vuelto marrón claro, el portón ante el convento parece enorme. Camina a lo largo del muro hasta llegar a la puertecita y llama. Nadie abre. A lo mejor aún es demasiado temprano. Entonces oye pasos al otro lado, alguien lo mira a través de una rendija en la vieja puerta. Primero la deja entornada, después la empuja hasta abrirla.

Es la hermana Luz. La jovencita.

—¿Puedo hablar con la hermana Teófila?

—Está en laudes —dice con un hilo de voz la chica—. Los rezos de la mañana. —La chica empieza a cerrar la puerta.

—¿Cuándo acabará? Puedo esperar.

—La hermana Liana me ha visto venir hacia la puerta. No puedo hablar con usted.

—¿Le puedes dar un mensaje a la hermana Teófila?

La chica no responde, sino que mira por encima del hombro. Erhard escruta el jardín de detrás de ella, no ve nada.

—No puedo, lo siento, señor.

—¿Y Aaz? ¿Puedo verlo? —pregunta él.

—Es muy temprano. Los niños no han desayunado todavía.

—Es sólo un momento. Lo único que quiero es verlo.

Ella mira hacia atrás.

—Veré si puedo llevarlo a la sala antes que los otros.

Ella cierra la puerta.

Él sube y baja por la acera. Entonces regresa al coche para arrancar una página del manual del automóvil. Al principio no sabe qué va a poner. Después escribe: «Bus 19. La ciudad de la segunda esposa. El escritor favorito de tu padre. Cada hora. Hasta las 17. Importante: trae A + Y. Recuerda dinero».

Después de un largo rato la hermana Luz regresa. Con Aaz.

—Danos dos minutos —dice Erhard.

Ella se retira un trecho.

Aaz está en la puerta. Inseguro y somnoliento como un niño que se ha meado en la cama. Lleva un aburrido hábito muy corto con borlas blancas en un cinturón alrededor del talle. El pelo erizado. Erhard atraviesa la puerta y abraza al Niño Hombre. Es la primera vez que hace algo así. Se aprieta contra él, de forma que casi desaparece en ese corpachón. Aaz se queda rígido sin moverse.

—Adiós, Aaz. Adiós, mi niño. Adiós.

—¿Adónde me voy?

—Tú te quedas aquí. Yo me tengo que ir, tengo que marcharme.

—Mi madre dice que le has hecho daño a un hombre. ¿Es por eso?

—También por eso. Pero fue sin querer, Aaz. Díselo a tu madre.

—Lo haré. Adiós.

Aaz camina hacia atrás como si fuera a cerrar la puerta. Erhard llega a tiempo de meter la mano y frenarla. Mira a la hermana Luz, que se ha adentrado en el jardín del convento bajo un árbol. Estampa el papelito en la mano de Aaz.

—Dáselo a la hermana Teófila.

—¿Cuál de ellas es? No sé sus nombres.

—La guapa de los dedos largos.

—¿Es una carta de amor? No podemos ser novios de nadie. Lo dice la hermana Liana, no podemos tener novias, y no podemos jugar niños y niñas.

—Acuérdate de dárselo. Mantén el papel en la mano hasta que puedas dárselo a la hermana Teófila.

—Vale.

—Harás una buena obra. Es una carta importante.

—¿Lo haré? ¿Puedo hacer algo bueno?

—Sí, Aaz.

Erhard suelta la mano de Aaz.

Aaz cierra la puerta.

De pronto le parece pesada y enorme.

Y Erhard no está seguro de que Aaz lo haya entendido. O si va a tener oportunidad de darle el papel a Teófila sin que la hermana Liana lo vea.

Al menos la hermana Liana no entenderá el mensaje.

Rueda colina abajo. Se detiene junto al pequeño centro comercial que cambia de tiendas cada vez que un nuevo inglés prueba a abrir un comercio de souvenirs, una tienda de submarinismo o un *juice* bar. Las tiendas aún no han abierto, pero en el local de alquiler de coches se sienta un hombre joven que mira las noticias. Deja que Erhard pase hasta una de las mesas para utilizar la guía de teléfonos y un antiguo teléfono de disco giratorio. Busca «Cirugía Faliando» y marca el número del médico.

Erhard cuenta con que el médico se va a quejar por llamarlo tan temprano. Sin embargo, el médico se limita a escuchar, presiona con ahínco un bolígrafo. Pregunta sobre el estado del maliense, pregunta dónde se esconden. Percibe alguna cosa en la voz del médico.

—¿Dónde están? Dime adónde tengo que ir.

Cuando Erhard regresa al coche, se queda en pie contemplando la ciudad. Se puede ver la cima del Olympus tras las palmeras.

Hardy. No puede dejarlo.

Desciende por el camino y aparca bajo el edificio.

También hay aparcado un polvoriento furgón azul oscuro. Pero no se ve al dueño por ningún lado.

El hotel está completamente vacío, sin contar al drogadicto tunecino, desplomado en su rincón. *Hardy* se ha enrollado en los arbustos que hay delante. Erhard tira de él hasta el coche y lo empuja dentro del maletero. Se queja, da coces, pero Erhard oprime la puerta hacia abajo, de forma que la cabra se recuesta.

Se quita la camisa, la observa. Manchas rojas y manchas negras. La lava en el agua poco profunda. La golpea contra las piedras y la cuelga en los arbustos para que se seque. El viento hará el trabajo. El sol aún no está en marcha. La temprana luz aparece sólo en el horizonte.

Sube a recoger sus cosas. *La caída de Orfeo*, cuyas últimas páginas ondean al viento. Se sienta sobre el cartón. El cansancio lo abruma. Lo vence. Se desploma para penetrar en un sueño troceado, hecho cisco. Come medusas gigantes que pesca de una pecera de sangre, las sujeta en alto frente a su boca y entonces parecen el rostro de Lene hecho de cristal azul. No llega a caer nunca en un sueño profundo, sino que resbala una y otra vez hasta que el ferri del mediodía hacia isla de Lobos lo despierta con su sirena.

El sol ha ascendido mucho sobre el horizonte. La camisa está reseca y adherida a las ramas. Abajo, por el sendero, llega la Grúa con su perro.

Erhard se sienta en el coche, gira para subir a lo largo del bosque y salir a la FV-1. Apenas le queda ya gasolina en el depósito y no tiene dinero para rellenarlo. En el espejo retrovisor sólo

puede ver a *Hardy*, la cabeza y la piel estrujadas contra el cristal trasero.

Erhard

El automóvil tose en la subida hacia la casa. A medida que el sol avanza, los rayos reptan montaña abajo como un hirviente recuadro enfebrecido. Lleva a *Hardy* a la terraza para dejarlo suelto. Piensa que va a subir y a desaparecer por el escarpado peñasco. Pero la cabra ve el árbol caído y empieza a comer las ensortijadas hojas secas.

Erhard entra, llama un par de veces. Cissé Cheick ha abandonado la camita y ahora está sentado en el suelo del salón rezando a la vez que hace movimientos lentos. Daouda está de pie con las manos en el rostro de Abdi. Abdi yace rígido sobre el piano de cola, su murmullo se arrastra por las paredes para mezclarse con las cigarras, incipientes tras las ventanas.

—Está frío —dice Daouda.

—Es por la pérdida de sangre —afirma Erhard—. Se halla en estado de *shock*.

—¿Dónde está el médico?

—El médico no va a venir —contesta Erhard.

Daouda lo mira.

—No podía ayudarnos —explica Erhard—. Tendremos que arreglárnoslas nosotros solos.

—Se muere —susurra Daouda.

Abdi emite un sonido. Una especie de «no».

—Por supuesto que no. Dentro de poco vendrán Aissata y tío Yaya en el autobús. Además, traeremos todo lo necesario. Algo de comida, mantas, vendas.

Erhard se coloca junto a la ventana y aparta un poco los postigos. Mira montaña abajo. Durante el último tramo, desde Esquinzo hasta entrar en Morro Jable, un furgón azul se ha situado dos coches por detrás de él. Todo el camino hasta la rotonda y una parte de subida por la calle Cervantes. Ahora está parado abajo en la esquina. Con vistas a la parte delantera de la casa. Furgones azules por todos lados. También había uno debajo del Olympus. Pero no sabe si se trataba del mismo.

—Prometes muchas cosas, blanco —dice Daouda tras él—. Mi Abdi es fuerte, él es *griot*, pero no va a sobrevivir a la *Asr*, a la oración del mediodía, si no conseguimos un médico. Ésa es la verdad.

Cissé Cheick ha terminado de rezar, se recuesta extenuado en la pared. La herida del hombro

parece agrandarse.

Erhard se desliza para bajar por la senda que discurre a lo largo de la casa y mirar hacia el camino. No puede ver el furgón. Así que el furgón tampoco puede verlo si cruza el camino y baja a la ciudad por un sendero que serpentea entre las rocas para ir a dar a la rotonda. Desde la rotonda se dirige al aparcamiento de correos. Se coloca bajo una gran palmera gris junto al pequeño viaducto y hace como si mirase en el fondo del canal el carril de grava seco. Cuando pasa aproximadamente un cuarto de la hora, el autobús 19 entra en la rotonda para subir por la calle Cervantes. La parada se encuentra a veinticinco metros del viaducto. Una pequeña emoción recorre a Erhard cuando el autobús se acerca. Gime, cambia de marcha, pero no se desvía hacia la parada. Nadie baja ni sube. Entonces asciende unos cientos de metros por la calle Cervantes, gira en la oficina de correos y regresa. A partir de ahí lo ve desaparecer en la FV-2 hacia Puerto.

Cada hora baja por la montaña y vuelve.

Son pasadas las tres. Espera que Teófila haya recibido el mensaje.

Cuando regresa a la casa, mira hacia el furgón. Aún sigue ahí. Abdi parece empeorar por momentos. Su rostro se ha tornado liso. Daouda retira con cuidado la manta ensangrentada y lava la pierna de Abdi, los pies y las manos con agua de un cubo de hojalata que ha calentado en la cocina. La sangre se ha detenido. Se ve sangre solidificada que ha resbalado por el piano y en el suelo. Hay mucha. Demasiada.

Erhard vuelve a bajar. A tiempo.

Ahora hay más tráfico en la ciudad. Automóviles que pitan y aparcan a lo largo del canal. Se oye una voz alta como la de las apuestas en las carreras de caballos. Erhard reconoce el sonido del terrero de Morro Jable. El sonido de los altavoces delante del hall, cuando hacen la cuenta atrás para el encuentro de lucha del día. Erhard piensa en el grasiento Panadero con las manos blancas. Y el imposible Hombre Cabra, que tuvo una oportunidad y la desaprovechó.

Ya sube el autobús por la calle Pintaderas. Espera a que pasen un par de motocicletas que fluctúan junto a él con banderas verdes y blancas. El autobús se afana en la rotonda y se salta la parada. Erhard insulta a Aaz, que seguramente ha olvidado por completo darle el mensaje a Teófila.

Entonces se encienden los faros del autobús. Frena y se aparta a un lado.

Ve que se bajan tres personas. Teófila, Aissata y el tío, que lleva un gran palo como bastón.

Erhard se apresura a cruzar el camino.

Se detienen un momento a mirar en torno antes de descubrirlo.

—Espero que sepas lo que haces —dice Teófila—. He tenido que mentirle a la hermana Liana para eludir las labores en la cocina. Si me ha visto abandonar Santa Marisa junto con ellos dos, no sé lo que hará.

—Era lo único que se me ocurría —dice él—. Me alegro de que recibieras el mensaje. Que lo entendieras.

Aissata ha tomado prestado uno de los hábitos de Santa Marisa y mira a Erhard, su camisa blanca con vagas muestras de sangre y hollín. Tiene el aspecto de no saber si lo va a agredir o a abrazar.

—¿Lo tienes? ¿Tienes a mi Abdi?

Erhard asiente.

—Venid conmigo. Hay que darse prisa.

Se apresuran a subir por el sendero que discurre en arco hasta la casa. Tan pronto como abandonan el camino, Aissata comienza a hacer preguntas. Que si Abdi ha sufrido algún daño, si la ha echado de menos, si ha estado con su otra esposa, si ha perdido el trabajo. El tío intenta calmarla.

Erhard no puede contestar a sus preguntas. Al menos no todas de golpe. Tampoco tiene fuerzas. No va a empezar explicándole lo que ha ocurrido. No quiere inquietarla ahora. Sólo le dice que va a ver pronto a Abdi. Y que los otros dos primos se hallan también en la casa.

Aissata sigue preguntando. Que si se han pegado, si han actuado contra lo religioso, si han estado fuera de la legalidad. Aissata y el tío caminan un poco por delante.

Erhard señala el sendero que bordea la casa.

—Daos prisa en cruzar el camino y subir a la terraza.

Empiezan a reptar hacia arriba.

Erhard se vuelve hacia Teófila.

—Me contaste que prestáis asistencia médica a los niños y necesitados. ¿Eres enfermera diplomada?

—No soy diplomada, pero he aprendido bastante a lo largo de los años.

—¿Sabes cómo curar heridas de bala?

—No —dice ella—. Pero he ayudado a hombres que se habían cortado con cascotes de vidrio. Niños que se habían caído de una escalera. Hace poco una de las chicas se clavó un rastrillo en la espalda.

Erhard le lanza una mirada.

Luego también ellos atraviesan el camino y suben a la terraza.

El tío se ha detenido a tomar aire. Aissata está junto a la puerta y ha empezado a llorar en la manga. Llama a Abdi. Su voz suena en las paredes desnudas, que retumban como si dieran golpes.

Erhard la conduce abajo, al salón.

Abdi ha hecho el esfuerzo de alzarse sobre los codos y mira hacia la puerta. Por vez primera, Erhard se da cuenta, a la luz que entra hecha franjas por las contraventanas, de lo demacrado que está Abdi bajo la capa de músculos. Aissata llega a la habitación. Le lleva algunos instantes hacerse cargo del cuarto entero con esa luz peculiar y la visión del hombre sobre el piano de cola. Se queda en silencio. Completamente en silencio.

Avanza como si fuera a caerse, levanta a Abdi del piano y lo lleva contra sí. Él desaparece en el abrazo. Hablan entre ellos, de sus bocas salen murmullos. Erhard no entiende lo que dicen. Puede que sean puros sonidos. Pero nota cuánto hay entre ellos. Quizá el amor sea siempre una entrega al otro, reconocer que uno no puede apañárselas solo. Y se siente más la ausencia cuando ese amor está amenazado. Y todavía más cuando se ha ido. Él nunca ha echado de menos a Annette de ese modo. Ni a Mónica. Nunca se ha entregado a ellas. Jamás ha dejado su destino en manos de alguien. Sólo en las suyas propias.

Ahora se han quedado callados. En pie, no hacen sino balancearse de un lado a otro. Se

estremecen, la habitación, la casa entera se estremece.

El amor tiene muchos rostros. Algunos poco bonitos, algunos peculiares, algunos tan hermosos que le impiden respirar.

El gato baja de un salto desde el alféizar para desaparecer escalera arriba.

Aissata deja que Abdi resbale sobre el piano.

—¿Cuál es su enfermedad? ¿Qué le ha ocurrido? —Ella le mira la pierna—. ¿Por qué le falta el aire?

—Es una herida grave —dice Teófila, mientras aparta hacia a un lado el trozo de manta roja—. Dos heridas graves.

—Tiene sed, quiere agua —explica Aissata.

—Necesita calor —afirma Teófila—. Quítate el traje —le pide a Aissata, y ella se quita el suyo. Bajo el traje lleva un sencillo conjunto blanco de algodón fuerte. Su cuerpo es redondo y rosado, arrugado por encima de los muslos. Erhard había calculado que estaría en torno a la cincuentena, pero debe de encontrarse más cerca de los sesenta. Una hermosa visión. Como una fotografía de la guerra, pálida, de otros tiempos. Ella arropa a Abdi con la tela negra de la vestimenta.

Aissata duda, pero se quita el traje a su vez. Es frágil y angulosa con la misma ropa interior blanca. Abdi va a decir algo, baja la mirada a lo largo de ella, después se recuesta para dejarla que lo arroje a su vez.

Cissé Cheick permite que Teófila le vea la herida del hombro. Protesta cuando ella levanta el trapo que él había presionado contra la herida. La examina un momento para lavarla con el agua del cubo de hojalata. Le da dos analgésicos que saca de su bolso. Se los toma sin preguntar y se derrumba contra la pared.

Daouda trae agua del grifo en una vieja lata y quiere verter un poco en la boca de Abdi, pero Teófila le pide que espere. Ella va hasta Erhard, que se encuentra junto a la ventana. Él intenta mirarla al rostro mientras ella le habla. Aunque es difícil no bajar la mirada. Su vientre bajo la camiseta de algodón. No se nota, pero está ahí.

—Dentro de poco Abdi mejorará. A lo mejor se duerme. Le daremos agua, pero más adelante. Puede que tengamos que permanecer aquí algunas horas, quizá hasta mañana. ¿Crees que hay electricidad?

Erhard asiente.

—La cocina funciona —dice él.

—Necesitamos comida. Nuevas vendas.

—En lo que se refiere al pago... —empieza Erhard.

—No sabía cuánto tiempo ibas a esperar antes de pedirme el dinero. No eres fácil de descifrar. —Se lo queda mirando, después saca su bolsito—. Pero has resuelto el caso. Lo has encontrado. Prefiero no saber dónde ni cómo. —Le tiende un montoncito de billetes de cien euros.

Él toma el dinero. Hay ochocientos cincuenta euros.

—Es todo lo que he podido conseguir. Recolecté entre las demás hermanas. La hermana Liana no entraba.

Elige unos billetes. Le entrega setecientos.

—Sólo voy a usar ciento cincuenta. Dales a ellos el resto. Lo necesitan.

—¿Es para comprar? Podría venimos bien una lamparita. Algo de luz.

—No voy a comprar —indica él en voz baja. Mira hacia Aissata, que está echada sobre el piano, encima de Abdi—. Bajo a la ciudad.

Ella va a decir algo.

Erhard señala el furgón a través de la ventana.

—Me ha seguido desde Corralejo, y ahí continúa.

—¿Quién es?

—Alguien que no se atreve a acercarse a la casa. Si no, lo habría hecho hace tiempo. A lo mejor espera a alguien. No sabe que vosotros estáis aquí. Voy a hacer que me siga. Abajo, a la ciudad. Abandono el coche y lo llevo al enjambre que hay en el terrero.

—¿Después regresarás?

Él se limita a negar con la cabeza.

—Lo más probable es que el furgón no vuelva. Dentro de unas horas puedes enviar a Daouda al supermercado a por cosas.

—¿Y tú qué harás?

—Entre dos posibles respuestas la más sencilla es normalmente la correcta.

Ella le sujeta la mano con firmeza.

—Es lo que yo digo. No eres fácil de descifrar.

—Cuida de mi amigo Aaz. Dale mi libro. Está en la terraza, si no se lo ha comido la cabra. No es que tenga ningún valor. Pero es lo único que poseo, lo único que puedo darle a alguien.

Lanza una última mirada a Abdi y a Aissata antes de subir por la escalera.

No ve a *Hardy*. Ha desaparecido monte arriba. Feliz. Libre.

Erhard se encoge para entrar en el Corsa y arranca después de tres intentos. Conduce marcha atrás hasta salir al camino y da la vuelta en la esquina. Pasa frente al furgón sin mirarlo. El indicador del nivel de combustible se halla al fondo del recuadro rojo. Rueda por la calle Cervantes, sigue el camino y ve cómo el furgón baja la montaña tras él. Continúa hasta la rotonda para unirse al tráfico que va hacia el terrero. Hay más coches que en el último encuentro. Casi se podría creer que la lucha se está popularizando de nuevo. Entonces ve que en los carteles se ha añadido el nombre de un famoso cantante que actuará durante la pausa entre los combates. Gran cantidad de gente llena las calles, él rueda con lentitud entre la muchedumbre sin perder el contacto con el furgón de detrás. Gira para meterse al aparcamiento, aunque un vigilante intenta prohibirle el paso. Deja el coche en un trozo de asfalto rayado y se encamina hacia la entrada, donde se hallan los ruidosos altavoces, hombres que venden colorido algodón de azúcar. Intuye el furgón entre la multitud a su izquierda y se preocupa de que pueda ver cómo entra en el hall a grandes pasos, donde se encuentran las taquillas, así como el acceso al terrero.

Espera y ve que el furgón aparca camino arriba bajo un árbol. No puede distinguir al hombre que ha salido del coche, pero da igual. Se apresura a atravesar la barahúnda del hall para situarse al fondo, en la esquina más alejada. Junto a los servicios hay una salida que da a una zona de contenedores de basura, el lugar de fumadores, corredores ilegales de apuestas y mendigos con

letreros de cartón. Se cuela entre ellos para rodear los contenedores y pasar por encima de un guardacantón. Desde aquí se ve el mar. Sólo hay quinientos metros hasta allá abajo.

El tráfico continúa pasando junto a él. Vehículos que pitan.

Los altavoces del terrero braman llamando a la gente para que entre. El primer combate comienza dentro de un cuarto de hora. Fuera, en el camino, Erhard no puede dejar de ver un deportivo blanco con la capota bajada que gira para subir por delante del terrero. Es la esposa de Berasategui, la señora Requiro, con gafas de sol y sombrero blanco. Tras el volante se sienta uno de los grandullones. Detrás del automóvil blanco viene un Mercedes negro. Erhard se apresura a girar para rodear un par de edificios grises y entrar en la zona del ferri. Las farolas parecen flechas que apuntan al cielo despejado.

Justo después de las barreras hay una edificación plana y amarilla con el letrero BILLETES AQUÍ. Erhard mira a su alrededor por encima del hombro. Nadie lo sigue. Ni coches ni personas. Saca el dinero y compra el billete. La señora le explica que tendrá que esperar seis horas en Las Palmas y dos horas en Santa Cruz. Llegará a La Gomera al cabo de diecinueve horas.

No puede ser de otro modo.

Son ciento treinta y seis euros. Sobran catorce. Monedas.

Va hacia la breve fila de personas que esperan el ferri delante de la valla. No sale hasta dentro de media hora. Todavía no se lo ve por ninguna parte.

Se sienta en un banco situado al fondo, junto al muelle. El puerto huele a soga. Y aceite. Mira la montaña detrás de él. No puede ver la casa. A lo mejor tan sólo ha desaparecido entre los peñascos. Eso espera. Espera que desaparezca. Que nadie sepa quién vive allí. Espera que Múñez esté tan ocupado con su trabajo que se olvide de la herencia de su tía. Así podrían quedarse a vivir el máximo tiempo posible, hasta que todo se haya olvidado y enterrado, y la vida siga.

Un hombre con deportivas de color rosa se ha sentado en el otro extremo del banco. Lleva una enorme cámara en su regazo. Mira el agua, luego gira la cabeza hacia Erhard.

—Erhard Jorgenson —dice él.

Erhard lo mira. El hombre no parece peligroso. Su rostro está ligeramente quemado, sus ojos aletargados. Ha fumado maría o tiene resaca. A Erhard le asalta el vago recuerdo de haberlo visto antes. Es la cigüeña. El hombre de la cámara al pie de la casa de Mónica.

—Soy Magne Bernt Kittelsen, de la televisión danesa. Hago un programa acerca de tu hija. Ahora te estoy grabando.

Erhard permanece callado por completo. Ya no le quedan más jugadas, no puede hacer ninguna otra cosa ni hay un lugar adonde huir. Se limita a mirar a la cámara. No nota que la cámara grabe. La lente negra es un espejo donde Erhard se ve cabeza abajo, del revés, la cicatriz en la mejilla, los ojos cansados, medio cerrados a causa del sol.

El hombre tiene acento nórdico, pero habla danés, si Erhard no recuerda mal.

—Estoy buscando a tu hija. La última vez que la vieron fue el domingo en el aeropuerto. ¿Has tenido algún tipo de contacto con ella?

—¿Cómo me has encontrado? —pregunta Erhard.

—Ayer de madrugada vi que te dirigías con el coche a un edificio abandonado. Hablé con un hombre la mar de raro que me dijo que vivías allí con una cabra. Así que dormí en el vehículo.

Por la mañana me desperté cuando te ibas. Te seguí hasta la ciudad. Me gustaría hablar contigo.

—¿Eras tú el del furgón?

—Sí, era yo.

—Déjame. No quiero salir en ningún programa de televisión.

—¿Sabes qué ha sido de tu hija?

—No.

—¿Has hablado con ella?

—No.

—Vino a la isla buscándote, quería hacer las paces contigo.

—No lo creo —dice Erhard—. Mi hija me odiaba. La abandoné. Abandoné a mi familia. Sin motivo. Hace muchos años, no quiero hablar de ello.

—¿Sabes que es famosa en Dinamarca? Una de las grandes en el terreno musical. Es DJ. Lo tiene todo, menos un padre. Por eso aceptó participar en el programa televisivo.

—No sé nada acerca de todo eso. Y no me interesa.

—¿Adónde vas? ¿Te marchas en el ferri? —Señala hacia el mar, al ferri que ya viene. Humo negro, negro que sale de la chimenea roja.

Erhard mira a la cámara.

—No la he visto.

—Bonito colgante —declara el hombre, mirando el adorno que cuelga justo por el interior de la camisa de Erhard—. ¿De dónde lo has sacado?

El ferri atraca.

—No deseo salir en tu televisión. Ahora me tengo que marchar.

El hombre se queda sentado en el banco.

—Deja que te enseñe un corte, así podrás ver a tu hija.

—No —dice Erhard. Eso sí que no le apetece nada en absoluto.

El hombre saca una pantallita de su mochila. Pulsa aquí y allá sobre ella para mostrársela a Erhard. Lo ha filmado aquí. Se ve la cama de un hotel. Las ventanas. Alguna que otra almohada. Sobre una de ellas hay un rostro. Es Lene. Desnuda, los enormes pechos artificiales justo debajo del borde del edredón. Ella canta. Está borracha, da gritos a alguien que no se ve. El sonido se oye con cierta aspereza. Lene muestra algo al frente y lo besa. «Es mi adorno, el adorno que ella me dio.»

—¿De dónde lo has sacado? —pregunta una voz.

—Mi padre. Es mi padre.

—¿Qué quieres decir?

—Lo encontré. Bajo la estantería. Lo encontré. Pero no dije nada. A nadie. Ni siquiera a mi madre. Toda la sangre. Es demencial. Demencial. Fue nuestro secreto. La despedida de mi padre. Para mí.

—A ver, enséñamelo.

Lene le acerca el colgante. Fulgura a la pésima luz. El cristal del adorno con su peculiar arena gruesa.

—¿Cuál es el secreto? ¿El adorno era suyo? —La cámara retrocede un poquito. Lene no sabe

que la está grabando.

Lene se ríe.

—Estúpido noruego, olvídalo —dice frente a una buena pantalla de televisión con imágenes impactantes—. Crees que eres un auténtico psicólogo. ¿Quieres otro viaje?

—Cuéntame lo que encontraste.

Erhard levanta la vista. Los pasajeros han comenzado a dirigirse al ferri, donde un estrecho puente situado en un rincón los conduce al interior. Su mirada vuelve a deslizarse a la pantalla.

—El dedo de mi padre. Su jodido dedo. Estaba debajo de la estantería. Señalaba hacia la caja de los viejos vinilos. Me los llevé a mi habitación. Los escuché como si contuvieran un mensaje. Sabes, igual que *Stairway to Heaven*, en la que alguien dice algo hacia atrás.

—Después escondiste el dedo. ¿Y qué hay del adorno? —Ahora se ve al noruego. Intenta alcanzar el colgante, pero Lene lo oculta entre sus pechos.

—Tómalo si es que lo quieres.

El hombre duda.

—Mientes. Es un invento tuyo.

—Quemé el dedo en nuestra chimenea. Y guardé las cenizas. —Hace sonar el colgante.

—Mientes, eres una mentirosa. ¿Por qué ibas a hacerlo?

—Se hacen muchas cosas cuando echas de menos a alguien.

Completo silencio mientras Lene, tumbada, mira el colgante. Sus ojos se tornan graves. Después oculta el adorno.

—Estúpido noruego, te crees todo lo que digo. —Se echa el edredón por encima de la cabeza.

La cámara se contonea, parpadea y se apaga. El hombre vuelve a poner la pantallita en el interior la mochila.

Erhard mira al hombre.

—¿Por qué me enseñas esto?

—Simplemente porque me di cuenta de que ella no mintió. —Dirige la vista hacia la mano de Erhard que sujeta el colgante. Cuatro dedos—. Y te has encontrado con ella.

—No puedo ayudarte. Lo lamento. Tengo que marcharme. —Erhard se pone de pie.

—La familia la busca —explica el hombre—. No volvió a casa.

—Antes de ayer se celebró una gran boda en Las Dunas. Puedes empezar a buscar allí.

—Una boda. ¿Se casó ella?

—¿Quién sabe?

—Tiene un hijo pequeño. Le gustaría tener a su madre en casa.

—Que espere, está en todo su derecho. Nunca se ha de perder la esperanza. —Erhard se encamina al ferri.

—¿Hay más cuestiones. Te volveré a encontrar! —grita el hombre.

—No lo creo —dice Erhard, y cruza la pequeña pasarela.

El ferri se llena. Erhard sube a la cubierta superior junto a la borda bajo la chimenea roja para notar cómo el humo y el viento lo envuelven. Mira hacia el puerto, donde ve una pequeña figura, el cámara, salir del área del embarcadero. El ferri brama y zarpa. Se balancea picoteando sobre el

agua poco profunda, hasta que sale a mar abierto. Apunta directamente a Gran Canaria, un lugar tras el horizonte azul claro.

Se quita el colgante del cuello. Quiere dejarlo caer en el agua. Con Lene, que vuelva a Lene. Un punto. Pero no puede. Sacude la botellita y mira el polvo tras el cristal. Después la empuja dentro del bolsillo de los pantalones.

Por un momento le parece ver un destello bajo el agua. Una foca o alguna criatura plateada que bucea entre los rayos de sol. Son dos, giran alrededor la una de la otra. Hasta que se escabullen.

Y Fuerteventura desaparece en la calima.

Notas

[1] Término de origen francés. Narrador de historias en África occidental. (*N. del e.*)

[2] Esclavos agrícolas que no perciben ninguna remuneración por su trabajo, descendientes de la primera generación de esclavos capturados en Senegal o Mali. (*N. del e.*)

[3] «Viejo», en croata. (*N. de los t.*)

[4] En la cultura popular catalana, la Pesanta es un animal mitológico con forma de perro enorme (raramente un gato), que se mete por la noches en las casas y se coloca en el pecho de la gente, dificultando la respiración y provocando angustia y pesadillas. (*N. del. e.*)

[5] Se denomina normalmente «potaje de arvejas» o «caldo de arvejas». (*N. de los t.*)

[6] Término de origen chino. Instrumento de cuerda frotada que se compone de dos cuerdas y un arco. (*N. del e.*)

Los desaparecidos
Thomas Rydahl

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *De savnede*

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

© de la fotografía de portada: Mike Schmidt / EyeEm/ Getty Images

© Thomas Rydahl, 2018
Publicado por primera vez por Politikiens Forlag, Dinamarca, en 2016
Publicado de acuerdo con Nordin Agency AB, Suecia

© por la traducción, Victoria Alonso y Rodrigo Crespo, 2018

Canciones del interior:
© Immigrant song, 1970, Atlantic Recording Corporation, a Warner Music Group Company, interpretada por Led Zeppelin

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2018

ISBN: 978-84-233-5380-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

www.eltallerdellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!





Thomas Rydahl
Los desaparecidos



DESTINO